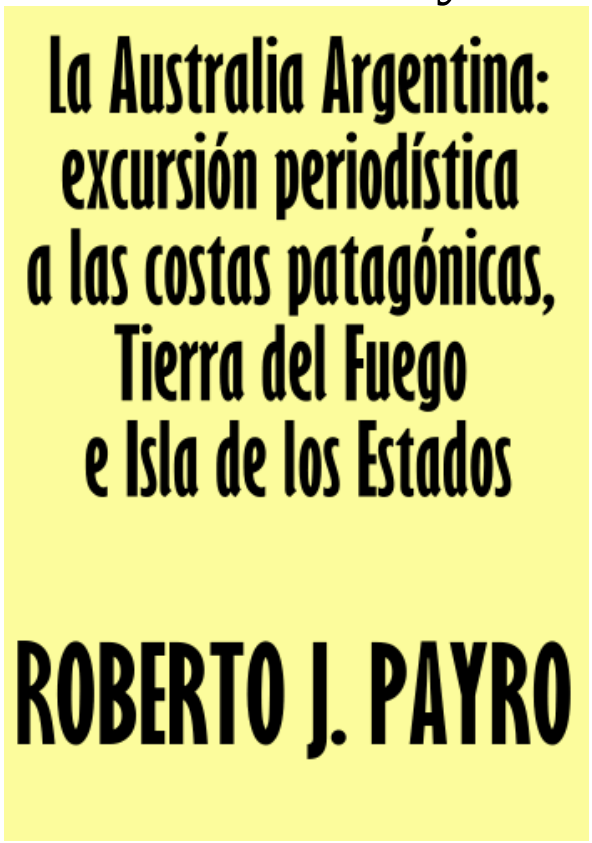
LIBRO dot.com

La Australia Argentina: excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados

Roberto J. Payró



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

La Australia argentina: Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados

- I -

En marcha

- II -

Alta mar

- III -

Toninas y medusas

- IV -

Los galenses

- V -

En plena germinación

- VI -

Proa al sur

- VII -

Deseado y el telégrafo estratégico

- VIII -

Carnaval en Santa Cruz

- IX -

Lunes de Carnaval

- X -

Los adioses de Santa Cruz

- XI -

Rumbo a Gallegos

- XII -

La capital de Santa Cruz

- XIII -

En el Estrecho de Magallanes

- XIV -

La joya de Magallanes

- XV -

Los pobladores del Magallanes

- XVI -

Antes de zarpar

- XVII -

El triunfo del paisaje

- XVIII -

Los fueguinos

- XIX -

Los fueguinos «at home»

- XX -

Los fueguinos en la actualidad

- XXI -

La capital fueguina

- XXII -

Dos días en Lapataia

- XXIII -

Nuestras avanzadas del sur

- XXIV -

La noche de Usuhaia

- XXV -

Historia e historias

- XXVI -

Borrones de la cartera

- XXVII -

De Usuhaia a Buen Suceso

- XXVIII -

La visión de la Isla

- XXIX -

San Juan del Salvamento

- XXX -

Tra la perduta gente

- XXXI -

Mal tiempo

- XXXII -

El presidio de San Juan

- XXXIII -

Naufragios y salvamentos

- XXXIV -

Aventuras de mineros

- XXXV -

Pelo y pluma

- XXXVI -

Entre dos borrascas

- XXXVII -

Un poco de climatología

- XXXVIII -

Puerto Cook

- XXXIX -

De regreso

- XL -

Las últimas páginas

A DON ENRIQUE DE VEDIA

Buenos Aires, Septiembre 15 de 1898.

Señor Roberto J. Payró:

He seguido día a día, con creciente interés, la lectura de las páginas que ha publicado Vd. en el folletín de La Nación, sobre, «La Australia Argentina».

Se dice generalmente de todo libro nuevo, para encarecer su originalidad, que «hacia falta». Del suyo puede esto con verdad, porque, en efecto, faltaba, y llena útilmente un gran vacío.

Sus páginas sueltas, popularizadas por el diarismo serán leídas y estudiadas con provecho por propios y extraños, cuando se presenten al público en la forma definitiva del libro, por cuanto satisfacen una necesidad vital. No basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda [VI] por el trabajo, y sobre todo si el libro no le imprime el sello que constituye como un título de propiedad, haciéndolo valer más.

Por esto su libro, como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la loma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla.

Ese territorio, mal apreciado por los viajeros como una región estéril, considerado durante siglos como res nullius, y que ha dado origen a cuestiones internacionales de limites, felizmente solucionadas, ha sido al fin bien explorado por los geógrafos y naturalistas argentinos, que han descubierto en él una región bien articulada y colmada de riquezas naturales que prometen un vasto campo a la actividad nacional, por medio de su colonización sistemada, así como a la inmigración y a la aclimatación de todas las razas de la tierra.

El argumento de su obra es la Patagonia y la Tierra del Fuego del dominio argentino, en su estado actual, a lo de su litoral marítimo sobre el Atlántico y sus canales orientales desde el punto de vista de su explotación y de su colonización, apuntando los medios de hacerlas prosperar; y comprende a la vez, por vía de ilustración, la historia y la geografía de aquellas comarcas y su descripción a grandes rasgos y de detalle, señalando a la vez sus necesidades y sus recursos de producción, a los efectos de su ocupación definitiva por el hombre.

Considerado bajo este aspecto, su libro llenará cumplidamente su objeto, en bien del país y para honra de su amor.

Los antecedentes históricos y geográficos que el asunto comporta, así como los que se relacionan con la historia natural, están presentados con amplitud y buena crítica, habilitando al lector para darse cuenta de su importancia en el pasado y de su valor en el presente.

Librodot

Las consideraciones económicas sobre la situación del territorio en cuestión, en sus relaciones con la colonización y la explotación agrícola y rural, están ilustradas con abundantes datos estadísticos, que contienen los elementos necesarios para resolver los problemas que él encierra como factor de la riqueza y de la grandeza nacional en el futuro.

La narración del viaje es amena y animada: las aventuras y las escenas que se suceden le dan a veces el interés de la novela, aunque a veces, también, pequen por minuciosas y demasiado largas, defecto fácil de corregir en una revisión.

Por último, las descripciones están iluminadas por sorprendentes paisajes, nuevos y llenos de colorido, que se destacan como pinturas en medio de sus páginas, y ellas constituyen uno de sus más gratos atractivos.

No trepide Vd. en lanzar su libro a la circulación, seguro del éxito.

Su afmo.

BARTOLOMÉ MITRE.

- I -
En marcha

-¿Estará usted listo para el 5? Hoy es 2, y no hay tiempo que perder.

-Sí, señor; estaré.

Venía yo de Santa Fe, donde acababa de asistir a la comedia política representada con motivo del cambio de gobernador, y la dirección de La Nación me invitaba a hacer un viaje al extremo austral de la República, visitando cuanto paraje encontrara al paso. La misión me sonreía, pues con ella iba a realizarse uno de mis mayores deseos: conocer esas tierras patagónicas en que muchos hombres de pensamiento cifran tan altas esperanzas, experimentar las impresiones de una navegación en pleno océano, y quizá ser útil a los habitantes cuasi solitarios de aquellas apartadas comarcas.

La partida del transporte nacional Villarino estaba fijada para el 5 de febrero, a las 10 de la mañana. Debía llevar a su bordo al Dr.

Francisco P. Moreno, perito argentino, y sus ayudantes militares y civiles, hasta Santa Cruz, punto de arranque de la nueva expedición emprendida por el infatigable hombre público.

El 5 estuve listo, pero la partida fue postergándose hasta el 12, porque era necesario ensayar las dos lanchas Tornicroft que el Dr. Moreno iba a llevar consigo para explorar los lagos Argentino y Buenos Aires. Por fin hubo que limitar ese ensayo a la prueba de la caldera con presión de agua, y embarcar la lancha que se había armado, sin desarmarla completamente.

El 12 a las diez en punto estábamos todos embarcados; y el Villarino se veía lleno de gente que acudía a despedirse de los viajeros, tan numerosos que apenas podían revolverse en la cubierta. El día, bastante caluroso, era magnífico, y el buque, amarrado en la dársena sur, frente al depósito número 1, manchaba el cielo azul con una ligera columna de humo que, al ascender, envolvía la flameante bandera de salida enarbolada en el trinquete.

-¡Buen viaje!

-Hasta la vuelta.

-¿Usted también se va?

Y apretones de manos, saludos afectuosos y conmovidos, conversaciones entrecortadas por el ir y venir de visitantes, pasajeros, vendedores de libros y de baratijas:

-La última novela de Zola.

-Cigarros y cigarrillos.

-¡La Nación, La Prensa!

-No deje usted de escribirme...

-¿Para cuándo es el regreso?

Por fin se dio la señal, desfilaron lentamente los visitantes, que fueron a formar en fila sobre el dock, retirose la planchada, y el Villarino comenzó a moverse arrastrado por dos poderosos remolcadores.

-¡Adiós!

-¡Adiós!

Avanzábamos por entre el laberinto de buques de la dársena, y aunque embargado por insólita emoción, por una opresión vaga y extraña, miré en torno para trabar conocimiento visual con mis compañeros de viaje: los había ¡y cuántos, y cuán diversos! Argentinos, españoles, ingleses, franceses, italianos; soldados, marineros, hermanas de caridad, señoras, niños... ¿Dónde iba a caber tanta gente?

El Villarino es un buque pequeño, muy marino, pero inadecuado para pasajeros. Tiene una máquina poderosa que le da tina marcha de diez millas or hora, y puede hacer dos millas más ayudándose con su velamen, compuesto de cuchillos, cangreja, trinquete, redonda y velacho. Es coqueto; con su arboladura ligera y esbelta y su bien cortado casco pintado de blanco, y a velas desplegadas, en alta mar semeja un gran pájaro del sur rasando la ola.

Pero no es para tanta gente, y mucho menos cuando va, como en aquel viaje, con las bodegas repletas de carbón y de carga, la proa llena de caballos y mulas, y la cubierta atestada con los botes llenos de agua para los animales, con las dos lanchas Tornicroft y con el equipaje y las personas de los pasajeros de segunda...

Íbamos saliendo lentamente de la dársena, en medio de la animación un tanto melancólica de la partida; en el pontón La Paz, escuela de grumetes, la banda de música tocaba una marcha militar; cuando pasamos todo anunciaba un felicísimo primer día de viaje: pero de pronto, al virar frente al Riachuelo para tomar el canal, sentimos una sacudida, y el barco quedó inmóvil...

-¡Hemos varado!...

-¡No puede ser!...

-¡Eh! será cuestión de media hora...

Habíamos varado en pleno puerto de Buenos Aires, justamente al lado de una draga haragana, y sobre un banco de arena que, sin justificación alguna, viene formándose allí desde hace años. ¡Buen trabajo de dragaje!

¡Linda muestra de cuanto se preocupa el Gobierno de lo que a la navegación se refiere! Si en lugar del Villarino se hubiera ido sobre el banco alguno de los buques de gran porte que diariamente entran al puerto, éste hubiera quedado cerrado por algunos días. Pero los transatlánticos pasaron junto a nosotros, como una burla.

Vano fue cuanto esfuerzo se hizo por zafar. Hasta cuatro remolcadores tiraron del Villarino, tendiendo los cabos como cuerdas de violín, resoplando jadeantes sus calderas, sin que el casco se moviese en el lecho de limo en que estaba empotrado, como en un perol de cola de carpintero.

Sonó la campana que llamaba a almorzar, cuando ya los remolcadores hablan renunciado a la empresa de sacarnos del atolladero, y la gente se agolpó al comedor. No se cabía, y hubo que comer por tandas. Formáronse dos mesas, y ninguna de ambas brilló por su alegría: la emoción de la partida, desmesuradamente prolongada por aquel tropiezo, dejaba a todos mustios y desganados. Estábamos y no estábamos en viaje, habíamos y no habíamos salido de Buenos Aires, porque ni era posible volver a tierra, ni dependía de nuestra voluntad seguir marchando.

En todo aquel día mortal, tiempo sobrado tuve de examinar a mis compañeros de viaje.

Con el Dr. Moreno iban el coronel Rosario Suárez, un viejo militar, que hizo con singular valor la guerra de indios, gran baqueano de la Patagonia y el Río Negro, agregado voluntario a la expedición, a la que habrá prestado sin duda excelentes servicios (ha regresado ya) por su conocimiento del terreno, su práctica de la vida en campana y sus recursos de soldado de fronteras. Es un hombre alto, seco, ya entrado en años, afable en el trato familiar.

Junto a este veterano, un joven capitán de artillería, el señor José Uriburu, que ya ha formado parte con éxito de otras subcomisiones de límites, oficial de escuela y excelente y discreto compañero de viaje. El señor Diego González Victorica, encargado de llevar la lancha Tornicroft núm. 1 desde el Chubut al lago Buenos Aires, y el joven Terrero, sobrino del perito, que no por ir en viaje de placer ha sido menos duro en la fatiga. Además, dos maquinistas, personal de peones avezados, los asistentes del coronel, etc., etc.

Iba a bordo otra comisión: la del ingeniero Pastor Tapia, encargado de medir terrenos de Tierra del Fuego -tan desgraciados con sus antecesores-, compuesta por el joven Vernet Lavalle, el ayudante agrimensor señor Ambone, asistentes, peones, etc.

Luego el capitán de fragata don Leopoldo Funes, encargado de establecer la línea telegráfica militar entre Río Deseado, San Julián, Santa Cruz, Gallegos y Punta Loyola; el nuevo subprefecto de San Juan del Salvamento (presidio militar de la Isla de los Estados), teniente de fragata Luis Demartini, con algunos marineros; el jefe del faro de Punta Laserre, señor Augusto de la Serna; el señor Venturi, enviado a Santa Cruz por el departamento de Agricultura, para practicar estudios; el Dr.

Pinchetti, nombrado para la Isla de los Estados; tres caballeros franceses, M. M. Sabatier, Addé y Nesler; la señora del comandante Leroux con sus hijos, y tres hermanas de caridad en viaje a Rawson.

Pero entre el ir y venir de tanta gente, me llamaron la atención una joven inglesa, miss Mary X., que se dirigía a Río Gallegos, y el Dr.

Brodrick, su esposa y su perro, que iba a probar fortuna en Punta Arenas.

Ctiriosa esta pareja: ella muy alta, vestida de azul, con gorra de marino; él pequeño, delgado, móvil, muy rubio. Tanto éstos como miss Mary no hablaban una sola palabra de castellano, y venían a América por primera vez, como se viene a una tierra de promisión.

Si me detengo a señalarlos, es porque ellos han procurado el escaso elemento romancesco de este largo viaje, dando una prueba más de lo que es el carácter británico, y de la confianza que inspira nuestro país a las personas emprendedoras.

Librodot

Entretanto, llegó poco a poco la tarde, y continuábamos varados, consultando en vano el semáforo del Riachuelo, que se obstinaba en no anunciar el repunte del río.

-¡Crece!

-No, no crece todavía. Hasta la noche no hay esperanza...

Y los pasajeros hacinados, casi sin poder moverse, bostezaban contemplando el río, hasta que la llegada de los diarios de la tarde, que nos decían en viaje, animó un poco la situación, triste y aburridora.

Yo fui a conversar con el comandante del barco, el teniente de fragata D. Juan Murúa, que desde hace muchos años navega en los mares del sur, como que ya en 1882 tomó parte en la expedición Bove, en calidad de guardiamarina, habiéndose formado bajo las órdenes del comandante Piedrabuena, aquel infatigable y valeroso visitador de las costas patagónicas y fueguinas. Murúa me dio interesantes datos que tuve oportunidad de comprobar más tarde, y que tienen su colocación lógica en estas páginas.

Es el comandante del Villarino un hombre joven, pero avezado a las rudas tareas del mar, enérgico y duro en el caso, como cuadra a un marino, afable y bondadoso en las circunstancias normales. No arriesga su buque en locas aventuras, y lo cuida como si fuera una persona amada. Así fue con la Usuhaia, cuyo comando tuvo antes, y en cuyo puente navegó decenas de veces por los canales fueguinos, los estrechos de Lemaire y Magallanes y las abruptas costas de la Isla de los Estados.

Y lo acompañan hombres de provecho y de fibra: el segundo, teniente de fragata don Eduardo Méndez, de raza de marinos, siempre en su puesto; los pilotos Carbonetti y Fábregas, que andarían por el sur con los ojos cerrados; el contramaestre Bautista, piloto de la marina mercante italiana; los comisarios Martínez y García, el maquinista inglés Drummond, y los jóvenes maquinistas argentinos educados en los grandes talleres mecánicos ingleses, Martínez, Pereyra y Maguí, a quienes no señalo por el solo gusto de hacer enumeración, sino porque son positivamente meritorios, como lo dirán cuantos los hayan visto en el desempeño de sus funciones.

La dotación de oficiales del Villarino queda completa con el Dr.

Elíseo Luque, médico de a bordo, y el farmacéutico Lagos, ambos argentinos, y excelentes compañeros, prontos a acudir donde sus auxilios fueran necesarios. El Dr. Luque, en su continuo trato con los pasajeros, y por su carácter suave e igual, se captó las simpatías de todos desde el primer momento.

A éstos y a los demás huéspedes del transporte, conocí de vista aquella interminable tarde; luego vino la familiaridad de a bordo, que nos dio lugar de conocernos más a fondo, y me permite hacer ahora estos apuntes, no tan triviales como podría parecer.

En efecto, el Villarino conducía a su bordo comisionados científicos, ocupados de la demarcación de límites con Chile, al encargado de resolver el problema de la comunicación telegráfica con el extremo sur de la República, una comisión de mensura de los terrenos de la Tierra del Fuego, pioneers y nuevos pobladores para las costas patagónicas, toda gente útil que, ya enviada por el Gobierno, ya lanzándose a buscar mayor campo de acción a su actividad, contribuyen en este momento a dar impulso a esas tierras, que poco a poco van saliendo del misterio en que las envolvía maliciosamente la especulación, y mostrando que ellas también son productivas y generosas con los que las trabajan...

Cuando cerró completamente la noche, después de comer, el transporte pudo zafar del banco en que había varado, y salir al canal, arrastrado por un remolcador. La noche estaba tranquila, tibia y muy obscura; las aguas del río, casi inmóviles, parecían do tinta, y a lo

Librodot

lejos, al este, en la rada exterior, al ras del horizonte, titilaban como estrellas las luces de los buques anclados presentando la proa a la marea.

Marchábamos hacia uno de esos barcos, el Santa Cruz, del que teníamos que recoger el piloto Fábregas. Pero ¿dónde estaba el Santa Cruz? Lo anduvimos buscando largo rato, de aquí para allá, como si jugáramos a las esquinitas, y naturalmente, sin dar con él. Por fin, el comandante resolvió fondear hasta la madrugada, como se hizo, y los pasajeros se lanzaron en procura de sus camas.

Pobres camas las de muchos, que tuvieron que dormir sobre y bajo la mesa del comedor, en un ambiente que podía cortarse con cuchillo; hubo un desbande hacia la cubierta, ya ocupada por varios, y envueltos en ponchos y mantas, sin almohada, durmieron al sereno unos veinte pasajeros de primera; los de segunda llenaban la proa, en un tendal que no permitía mover el pie sin riesgo de aplastar a alguno. El hacinamiento de gente hacía insoportable la permanencia abajo, aunque no hiciera mucho calor.

Allá al oeste, en la noche obscura, Buenos Aires nos aparecía como una línea recta de luces brillantes, que rielaban en las aguas; nada más -el resto estaba sumergido en la sombra.

...Cuando desperté sobre cubierta, con la ropa humedecida por el rocío, amanecía ya, el transporte se ponía en marcha, y la ciudad se esfumaba entre la niebla matutina, mientras que al este se abría un horizonte inmenso de agua cenicienta en que a trechos se reflejaban las pinceladas rojizas de las nubes, las manchas de azul, claro del cielo, y uno que otro caprichoso toque blanco, anaranjado o violeta.

El río estaba en calma, rizado apenas, y deslizándose por su superficie el Villarino nos alejaba de la capital, de la que quedábamos incomunicados desde aquel momento...

Nos detuvimos frente al Santa Cruz, que desprendió un bote llevando al piloto Fábregas, y apenas estuvo a bordo, el gallardo transporte echó a andar con una velocidad de diez millas por hora. La alegría renació; terminaba la espera larga y melancólica, más angustiosa que la partida misma. Pero no podíamos revolvernos a bordo, y andábamos dándonos involuntarios empellones unos a otros.

-¡Oh!, ¡ya terminará esto! -afirmaba uno.

-¿Cuándo? ¿En el Chubut?

-No, mucho antes; apenas entremos en el mar. Verá usted qué holgados quedamos, gracias al mareo...

Y así sucedió, en efecto, en cuanto la proa del Villarino comenzó aquella tarde a cortar las aguas del Atlántico.

- II -
Alta mar

Pedro Sarmiento de Gamboa, el intrépido navegante español que en 1579 visitó el estrecho de Magallanes, y que legó su nombre a una de las montañas más altas de la Tierra del Fuego -el monte Sarmiento, casi continuamente envuelto en pesadas nubes- decía en la Relación de su viaje, refiriéndose a los temibles mares del sur:

«Y todo se excusara si los que por aquí antes pasaron hubieran sido deligentes en hacer derroteros y avisar con buenas figuras y descripciones ciertas, porque las que hicieron que hasta agora hay y andan vulgarmente, son perjudiciales, dañosas, que harán peligrar a mil Armadas si se rigen por ellas, y harán desconfiar a los muy animosos y constantes Descubridores, no procurando hacer otra diligencia».

De entonces acá las cosas han variado mucho, los viajes de estudio se han sucedido casi sin interrupción, se han llevado a cabo grandes exploraciones, y los relevamientos de la Beagle y la Romanche y el derrotero de Fitz-Roy, permiten a los navegantes recorrer la costa patagónica, cruzar el estrecho de Magallanes y avanzar hacia el sur con toda la seguridad posible en mares libres que, desde el polo, van a tropezar allí con los primeros obstáculos, con la primera valla opuesta a su empuje formidable.

Las cartas del Almirantazgo, acopio de los datos obtenidos en siglos enteros de navegación, olvidan todavía algún islote, alguna bahía, algún escollo, algún relieve de la costa; pero son, sin embargo, de mucha exactitud, y guían con seguridad al buen marino. Mas no por eso dejan de ocurrir naufragios, que muchas veces -como se verá más tarde- obedecen a diversas causas ya impericia, ya negocio -que podrían ser evitadas, como se verá también que la tremenda fama que rodea, por ejemplo a la inhospitalaria Isla de los Estados, es algo teatral y ficticia, en cuanto a los barcos de vapor se refiero, aunque aquel peñón sea realmente una amenaza terrible para los buques de vela.

Por el estrecho de Magallanes pasan al año cientos de buques de gran porte, y los siniestros son relativamente escasos gracias al mayor conocimiento de aquellos parajes, sus abrigos etc.; se ha realizado ya, en efecto, el deseo de Sarmiento de Gamboa, no por parte de los españoles, ni de los habitantes de la América del Sur, sino, sobre todo, por ingleses y franceses que han dejado su indeleble huella en las costas patagónicas y fueguinas.

Tanto es así, que, recorriendo rápidamente el mapa, me encuentro con los siguientes nombres geográficos: Adam, Albermaile, Aymond, Back, Barnewelt, Barren, Beagle, Beauchène, Beaver, Berkley, Bird, Bleaker, Blosom, Brisbane, Bougainville, Bull, Buygle, Byron, Calinford, Camerons, Charmate, Choiseul, Colnet, Cook, Cooper, Coy Inlet, Croosley, Dampier, Deceit, Dotiglas, Driftwood, Dungeness, Edgar, Spinozza, Fairweather, Falkland, Fallows, Fur, Fitz-Roy, Flinders, Fourneaux, Foul, Fox, Franklin, Gay, Grey, Hall, Harriet, Hatily, Herschel, Ilidden, Hope, Katterfeld, Kendall, Lively, Madryn, Meredick, Middle, Moody, Murphy, Murray, Musters, Nassau, Oglander, Oxford, Parry, Pebble, Pembroke, Picton, Pleasant, Purvis, Spencer, Tomasin, Vancouver, Watchman, Webster, Weddel, Winter, Wollaston... todos de más o menos difícil pronunciación para lengua y labios latinos.

Algunos de estos puntos habían sido bautizados ya por los españoles; pero rebautizados por los ingleses, su segundo nombre ha prevalecido al fin, por ser el que figura en las cartas del Almirantazgo, de tal modo que en un país de habla española, la nomenclatura geográfica es casi exclusivamente inglesa, aunque no sean los ingleses los primeros que han descubierto y descripto muchos de esos parajes. Esta cuestión, nimia al parecer, preocupará sin duda más tarde a nuestros geógrafos, pues si bien es cierto que los descubridores tienen derecho de bautismo de las tierras que exploran, esa abundancia de nombres exóticos no dejará de presentar dificultades cuando la población aumente, porque los corromperá, como ha ocurrido con Camerons Bay, que hoy se llama bahía Camarones, y con tantos otros.

Pero con esos u otros nombres, el extremo sur de la República va progresando con mayor rapidez de lo que generalmente se cree; sus campos se pueblan de ovejas llevadas de

Librodot

las Malvinas, en sus puertos se levantan edificios que muchas veces no bastan al número de sus habitantes, las estancias avanzan su conquista hacia el interior, nacen algunas industrias, resuenan en sus bosques los golpes del hacha y los chirridos de la sierra, navegan en sus aguas numerosos barcos de poco tonelaje, los vapores de la P. S. N. C. y del Kosmos, etcétera, pasan casi diariamente a lo largo de sus costas, y si un gobierno progresista y bien inspirado se propusiera darles nuevo impulso, veríamos en pocos años surgir en aquellas comarcas aún solitarias otro emporio de civilización, cuna de una de esas razas fuertes y dominadoras de las zonas frías...

Y este transporte en que vamos navegando ya en pleno Atlántico, es el símbolo de lo que el Gobierno se ha limitado a hacer por la Patagonia, creyéndolo suficiente, y aun demasiado, cuando no basta para las necesidades de hoy, y no acusa la más vaga visión del porvenir. Aquí vamos, rolando y cabeceando a merced de la ola mansa, amontonados, casi estibados, los pasajeros que no cabríamos con comodidad en un vapor de doble tamaño. Además, las bodegas del Villarino, aproado por el enorme peso, van atestadas de carbón, porque como en el sur no hay depósitos argentinos sino de aparato (de Chile los hay en Punta Arenas, Coronel, etc.), está obligado a llevar combustible para la ida y la vuelta, y la carga particular se queda en la dársena, pese a las protestas y lamentos de hacendados y comerciantes del sur... ¡Y dicen que esta línea de transportes que hace un viaje al mes, tiene por objeto fomentar el desarrollo de aquellas regiones!

Hay que oír a los mismos que vienen a bordo. El Villarino sólo ha dispuesto de una capacidad de trescientas toneladas para carga. La mayor parte de las mercaderías que se esperan ansiosamente en Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, no ha podido ser embarcada. Los frutos del país que aguardan allá quien los lleve al mercado, quedarán en los puertos otro y otro mes, porque lo mismo ocurre en todos los viajes, especialmente durante el verano, y el 1.º de mayo no puede hacer mucho más que el Villarino.

-Ya verá usted en cada puerto, los bultos tirados en la playa, a la intemperie. Ya oirá usted los ruegos y las lamentaciones de los comerciantes. Ya se convencerá con la evidencia de que el Gobierno, con tanto aparato, no hace nada por nosotros.

-Nada es mucho decir -repliqué-. Los transportes llevan y traen algo, al fin y al cabo.

-Sí, traen y llevan esperanzas, que así como nacen mueren -contestó el comerciante con quien hablaba-. ¿Qué hacemos con mandar a Buenos Aires una pequeña parte de nuestros productos y con traer al sur unos pocos cajones de mercaderías? Vegetar esperando tiempos mejores, o dar extemporáneo impulso a nuestros negocios y correr a la ruina... Gracias a que Punta Arenas...

-¿Punta Arenas se está haciendo mercado?

-Ya lo es, señor, y de gran socorro para la gente del sur... Algunas de sus casas de comercio tienen sucursales en Río Gallegos, en Santa Cruz, y si usted observa, verá hasta en Madryn artículos procedentes de ese puerto chileno, que van desalojando a los argentinos.

La observación es exacta. Chile, más hábil que nosotros, ha dado tanta franquicia a la colonia de Magallanes, que su preponderancia sobre todas las poblaciones patagónicas y fueguinas es innegable. Además, sólo allí hacen escala los vapores del Pacífico y del Kosmos, lo que le procura nuevos y poderosos elementos de progreso, Buques pequeños de cabotaje, algo piratas, algo contrabandistas, se lanzan desde allí, unas veces a la pesca del lobo de dos pelos, otras al salvataje de los buques náufragos, y otras por fin, a vender

mercaderías en los puertos argentinos, y fletarse en ellos para conducirlos frutos del país, ya a Buenos Aires, ya al mismo Punta Arenas.

Esto no puede contrarrestarse con transportes que llevan muy poca carga, que hacen viajes larguísimos, y que no tocan en todos los puntos en que se les necesita. Así, por ejemplo, el itinerario del Villarino, a la ida, era: Puerto Madryn, Santa Cruz, Gallegos, Punta Arenas, Usuhaia, Lapataia e Isla de los Estados, dejando en blanco a Camarones, Deseado, San Julián, y toda la costa este de Tierra del Fuego. En San Julián tocan muy rara vez, y si el Villarino lo ha visitado al regreso, es porque tenía que desembarcar postes para la línea telegráfica militar.

Sería menester, si realmente se desea fomentar el sur de la República, o bien aumentar el número y la capacidad de los transportes nacionales, lo que produciría gastos enormes al Gobierno, o bien subvencionar una línea de vapores, interviniendo en sus tarifas de carga y pasajeros. Ya se han hecho propuestas en este último sentido, algunas bastantes convenientes según se me dice, y velando por los intereses comunes se podría licitar la concesión, para darla a la empresa que, ofreciendo más ventajas, se contentara con menos.

Los vapores particulares se cuidarían mucho de no dejar cargas abandonadas en los puertos y de procurar ciertas comodidades a los pasajeros; sobre todo acondicionarían mejor lo que llevaran, los comerciantes podrían asegurar sus mercaderías (1), y la frecuencia de sus viajes estaría en razón directa con las necesidades de la población.

Por ahora, y tal como están las cosas, el servicio de la navegación del sur es insuficiente y hasta irritante, como que no es para todos por igual, y da margen a preferencias y favoritismos que siembran el descontento en cada escala que los buques hacen, aunque sus capitanes se esfuercen por satisfacer al mayor número.

Del Chubut, por ejemplo, poco se envía por los transportes. Una tarde, un oficial de marina hablaba de ello con un comerciante de aquel territorio, muy cerca de un caballero inglés, absorto en la lectura de su diario, y decía no sin cierta acrimonia:

-Yo no sé por qué estos ingleses no quieren cargar en los transportes. Ahí tienen una cantidad de lana y no la mandan. Eso es sólo una demostración de animosidad...

El inglés que leía el diario, y que parecía no escuchar la conversación, alzó la cabeza y dijo lentamente:

-¿Mi permite, sin-nior? Nou hay animousidad. Pero nosoutres no quiere que lana vaya sucio a Buenos Aires...

Muchas veces ha sucedido, en efecto, que los transportes han cargado lana y cereales en las mismas bodegas en que llevaban a Buenos Aires madera fresca y húmeda, que ensuciaba las bolsas, hacía arder esos productos y deterioraba, en suma, los cargamentos. Los productores prefieren entonces servirse de los buques de vela, pues aunque el viaje sea más largo, tienen la seguridad de que no perderán el fruto de su trabajo.

No basta con que las tarifas sean reducidas, es necesario también que el servicio se haga como si fueran altas; de otro modo, la protección que el Gobierno preste a las avanzadas del sur, será sólo de aparato, y la desdeñarán cuantos vean sus efectos contraproducentes, como está sucediendo ahora.

El comandante Murúa comprende estas necesidades, pero no tiene en su mano el remedio, ni lo está en la del Gobierno mismo, si no aumenta el número de los transportes, en lugar de disminuirlo como lo acaba de hacer quitando el Santa Cruz de esta carrera, para mandarlo a Europa, aunque ese transporte fuera, por su capacidad, el más adecuado para traer y llevar cargas del sur. Pero ahí está el Tiempo, buque de cuatro mil toneladas, que

Librodot

puede ponerse en estado de hacer esta navegación, y que urge dedicar a ella en reemplazo del Santa Cruz, si no se quiere ver perdida toda la enorme cantidad de carga tirada hoy a lo largo de la costa patagónica...

...Seguían, entretanto, los días hermosos, y el mar se mostraba con nosotros de ura benignidad cariñosa. El Villarino, que rola y cabecea a la primera agitación, se mecía blandamente sobre las aguas verdosas, que por la tarde tomaban reflejos de acero. Ni un buque a la vista; nada más que la inmensidad del horizonte, que nos rodeaba como un circulo cuyo centro fuera el barco. De vez en cuando avistábamos tierra, ya las altas balizas del puerto de la Plata, ya la costa arbolada de la Magdalena -el 13 por la tarde, el faro flotante de Punta de Indio, y la costa a lo lejos, al oeste-, ya la Punta Médanos.

La mayor parte de los pasajeros se había mareado, a pesar del poco movimiento del buque, y permanecía en sus camarotes, dejándonos cierta holgura relativa. ¡Ah, qué incómodo viaje! ¡Qué hacinamiento, cuánto miasma de la proa a la popa, exhalado por tanto animal y por tanta gente estibada en reducidísimo espacio, y por añadidura enferma de mareo...

Porque el contagio cundía, a causa de la atmósfera, pesada a pesar de que el barco estuviera en movimiento, cruzada a veces por efluvios amoniacales, inevitables en aquella aglomeración de personas no muy amantes de la higiene en su mayoría...

Pasábamos el día entero sobre cubierta, conversando, leyendo, tomando mate y fumando cigarro tras cigarro para pasar el tiempo. Un enervamiento cada vez más pronunciado invadía a todos, especialmente a ciertas horas, cuando el sol cala a plomo sobre la tolda y la brisa calmaba hasta el punto de no hinchar las mangueras de ventilación.

No faltaba lo que nunca falta a bordo: las quejas de los pasajeros por la comida. Pero esta vez no sin fundamento, porque la grasa patria, los huevos asentados y los guisos imposibles hacían estragos en los estómagos más fuertes. Hasta el asado solía oler a sebo rancio, y los dulces de la intendencia sabían a jabón. Y eso que en este viaje, y con autorización de la superioridad, había un suplemento de cincuenta centavos diarios por pasajero. ¡Qué sería antes!...

Mi buena suerte quiso que el comandante Murúa me invitara a ser comensal de su mesa, a la que se sentaban el Dr. Moreno, el coronel Suárez, el comandante Funes, el doctor Luque, y en la que brillaron las sopas instantáneas Maggi que llevara el perito argentino para su expedición, el caldo concentrado, y sobre todo esa preciosa salsa, ese condimento impagable y no accesible a todos, que se llama buen humor. En la pequeña cámara, en que el principal asunto de conversación era el territorio que íbamos a recorrer en distintas direcciones, no faltaba tampoco la nota amena, como la frase admirable del coronel Suárez, a quien uno de nosotros preguntó, cuando volvía de proa:

-¿Y usted no se marea, coronel?

-¡Qué me he de marear, amigo, en viendo carne colgada! -exclamó el viejo militar, que acababa de examinar los cuartos de vaca pendientes en las jarcias de trinquete.

Al pasar por Monte Hermoso, alguien me hizo observar que no se veía luz. Ese faro no funciona, en efecto, por consejo del inspector de faros, y a pesar de que el gasto fuera insignificante: un hombre con cuarenta pesos de sueldo, y un litro de aceite diario. El telégrafo que lo ponía en comunicación con Bahía Blanca está suspendido también.

- III -
Toninas y medusas

El 16 de febrero a primera hora, entramos en Golfo Nuevo, después de tres días de navegación feliz. Bahía Nueva lo llamaba Fitz Roy, y parece un Limenso lago circular, rodeado de altas colinas de piedra. En sus aguas mansas vagan las medusas, como grandes y móviles flores acuáticas diversamente coloreadas por la luz, ya, con sus filamentos semejando raíces, hacia el fondo del mar, ya hacia la superficie, cual si fueran los tallos de una planta brotada en extraña maceta.

Aquella tarde sobre todo rodeaban a millares el casco del Villarino, y se las veía hasta una profundidad de varios metros, gracias a la limpidez del agua. Algo atraía indudablemente a aquellos cuerpos gelatinosos, que fuera de su elemento se deshacen y derriten, casi sin dejar rastro, y que fluctúan en él, cambian de forma y viven con una vida semi-vegetal, como hongos dotados de movimiento.

El día antes habíamos visto las primeras toninas.

Vinieron de lejos, sobre las olas, a correr carreras con el Villarino, y a juguetear en torno de él. Unas hendían el mar delante de la proa, como si arrastraran el barco; otras se entregaban a un extraordinario steeple-chiase, corriendo en filas de a tres, de a cuatro en fondo, con las aletas y parte del lomo fuera del agua, y saltando de cresta en cresta, como acróbatas de extraordinaria elasticidad. No se fatigaban. De pronto, aburridas, forzaban la marcha, y no tardaban en desaparecer a lo lejos, en la misma dirección del buque. A veces se entretenían en dar la vuelta alrededor, para ocupar de nuevo su lugar a proa, entre la espuma de la rompiente.

Esas toninas, que el Dr. Vinciguerra, de la expedición Bove, señaló como Delphino Civilitatus, es la tursio obs., blanca y negra, que describió el Dr. Moreno en su «Viaje a la Patagonia Austral», y que son más grandes que las comunes.

¿Qué buscan esos curiosos animales? Los desperdicios del barco no ha de ser, pues basta que se arroje al agua un objeto cualquiera -según me dicen- para que huyan despavoridos. Yo no quise hacer el experimento por no verme privado de tan alegres compañeros de viaje, pero algo exagerada debe ser la afirmación, porque algunos pasajeros les hicieron tiros de fusil, sin que se dieran por aludidos. Verdad es también que nadie pudo jurar que hubiera dado en el blanco.

Acompañados, pues, por las toninas primero, y por las lentas medusas más tarde, fuimos a anclar en el fondo de Golfo Nuevo, en el Puerto Madryn, cabecera del ferrocarril del Chubut y puerto principal del territorio, que presentaba a nuestra vista un aspecto desolado, con sus altos médanos apenas cubiertos aquí y allá por una vegetación achaparrada y pobre, con su puñado de casas diseminadas en la playa, como simples avanzadas de las otras poblaciones del interior.

Desembarcamos por el muelle del ferrocarril, en que había un solo vagón de pasajeros, y que se utiliza para la carga y descarga de mercaderías. La vía, que arranca de allí, va trazando una curva hasta la estación situad a la izquierda, al pie de las colinas arenosas que cierran el horizonte, y en torno de la cual se ha formado un pueblito con las casillas de los empleados de la empresa.

En la misma playa, casi al alcance de las olas, se levanta la subprefectura, viejo armatoste de madera que se mueve como un barco a cada golpe de viento, Y por cuyas rendijas sopla y silba el aire, que hace redoblar el hierro de canaleta del techo.

Más lejos, a la derecha, se ve el único edificio de material, del señor Pedro Derbes, progresista vecino que se propone ahora construir un hotel, o por lo menos una casa que dé abrigo a los pasajeros que aguardan -a veces varios días- el tren que ha de conducirlos al interior. Para ello ha tenido que hacer no pocos esfuerzos: procurarse agua dulce para el barro, improvisar el horno y vencer dificultades de todo género. Pero ya se alza su cómoda casa sobre un montículo, cerca de la ola, y alrededor de ella están las pilas del excelente ladrillo que ha de servirle para construir su hotel.

En la pared de la subprefectura y bajo el alero, como tina prohibición y una amenaza, brilla una gran chapa de bronce en la que se lee grabado el siguiente:

AVISO

DE AQUÍ HASTA CHUBUT HAY 51 MILLAS SIN AGUA.

D'ICI JUSQU'À LA COLONIE CHUBUT IL Y A 51 MILLES SANS EAU.

THE DISTANCE FROM HERE TO THE CHUBUT'S COLONY IS 51 MILES WITHOUT WATER.

VON HIER BIS ZUR KOLONIE CHUBUT SIND 51 MEILEN OHNE WASSER.

DA CUI ALLA COLONIA CHUBUT VI SONO 51 MIGLIE SENZA ACQUA.

D'AQI HATE A COLONIA CHUBUT HA 51 MILHAS SEIN AGUA.

Y esta frase, que no invita ni mucho menos a internarse en aquellas regiones, está repetida en todos esos idiomas, para que nadie ignore la larga travesía que tendría que hacer en medio del mayor desamparo. Pero lo más curioso del caso es que el letrero estaba antes mucho más lejos, millas y millas más al este, repitiéndose así el hecho aquel de la piedra que señalaba la altura de las aguas en una inundación, y colocada luego más arriba porque la apedreaban los muchachos.

¡Agua! No la hay tampoco en Puerto Madryn, si no es la que se recoge de las escasas lluvias, y la que lleva el tren, desde Trelew, a diez pesos moneda nacional la tonelada.

Pero el tren no va al puerto sino cada quince o veinte días, y hay que economizar el agua como si fuera oro en pano. Y aun así, los vecinos de la playa dependen de la buena voluntad de los señores del ferrocarril Central del Chubut, que tal es su nombre, y muchas veces tienen que ponerse a ración para no quedarse sin tener qué beber.

-¡Señor! -me decía con bastante gracia un vecino de aquella estéril playa-, si cuando el agua se va acabando, uno tiene que ir al teléfono de la compañía y preguntar a Trelew, cómo ha de manejarse en la cocina. Y por las mañanas, el cocinero viene a pedir órdenes:

-¿Puedo hacer café?

-No.

-Y puchero, ¿se hace?

-No. Haga asado no más.

...«Nuestra vida es así, y a cada instante vamos a hacer una visita a los barriles, para cerciorarnos de si disminuye el nivel».

No extrañará, pues, un curioso edicto de la subprefectura, curioso por el fondo y por la forma, que dice como sigue:

SUBPREFECTURA DE PUERTO MADRYN.

En atención a las razones que expone el vecino de esta localidad señor Pedro Derbes ante esta subprefectura a falta de otra autoridad, se avisa al público:

Librodot

Queda terminantemente prohibido arrojar basuras de ninguna clase, tachos, aguas sucias ni objeto alguno en la laguna que dicho señor Derbes posee a los fondos de las casas de la Compañía del ferrocarril Central del Chubut.

A cualquiera que contraviniere esta disposición se le obligará a extraer lo que hubiese arrojado, y se le pedirán daños y perjuicios, a más de las acciones criminales a que se hiciese acreedor por la descomposición de un artículo de primera necesidad, cual es el agua, que pudiera ocasionar en perjuicio de la salud del público.

Puerto Madryn, Enero 22 de 1898.

EL SUBPREFECTO.

Este extraño documento era digno de transcribirse, como muestra de literatura oficial, como prueba de que el agua se estima en Madryn al par del vino o más, y como manifestación clara de que también en la Patagonia hay mal intencionados.

La laguna a que el documento se refiere, y que el señor Derbes ha puesto en buenas condiciones, pertenece al ferrocarril, que la arrienda, y se forma con el agua de las lluvias, en una hondonada natural. Pero con los grandes calores se seca por la evaporación, y por la porosidad del suelo que sería necesario revestir de material duro e impermeable. Si eso se hiciera, Madryn contaría con un precioso suplemento de agua dulce, y no tendría que depender tan en absoluto del ferrocarril, que a menudo no la lleva sino cuando es necesaria en la aldea de sus empleados.

Sin embargo, mucha culpa tienen los habitantes de la escasez que sufren, pues me consta que hasta en los médanos hay agua, aunque algo salobre, buena y abundante, que para ofrecerse al sediento sólo exige un poco de trabajo, rudo pero premiado siempre.

El mismo señor Derbes ha hecho en ellos un jagüel que da de beber a quinientas vacas. En noviembre y diciembre del año pasado, cuando la escuadra de maniobras estacionó en Madryn, en el mismo jagüel se abrevaron seiscientos animales destinados al aprovisionamiento de los buques.

El químico señor Puiggari ha analizado esas aguas, declarándolas aptas para la alimentación, pero parece que este examen no ha sido todo lo minucioso que fuera de desear. Sin embargo, el uso ha demostrado que están lejos de ser nocivas.

Las vertientes de los pozos que allí se excavan, se hallan por regla general a una profundidad de treinta y cinco metros, y suelen dar hasta once metros de agua, según Derbes me ha asegurado.

Poco costaría, pues, a los particulares procurarse un elemento de tan imprescindible necesidad, y el mismo Gobierno nacional debería preocuparse de ensayar los pozos semi-surgentes, aunque sólo fuera para dar aguada a sus buques, considerando que Golfo Nuevo es un puerto militar natural, de fácil defensa, muy resguardado, y en una posición estratégica excelente e indiscutiblemente mejor que la de Puerto Belgrano, que está a más de cincuenta millas de la verdadera costa del Atlántico, mientras que el golfo, cerrado como un inmenso lago, sin más que una pequeña entrada frente a la Punta de las Ninfas, es un verdadero centinela avanzado sobre el Atlántico del Sur.

Allí la escuadra tiene seguros fondeaderos y abastecimientos abundantes: puede defenderse y hasta clausurarse sin gran esfuerzo, como también vigilar el mar en una zona inmensa, y reparar averías en plena seguridad, en aguas tan tranquilas, que son el nido plácido de las medusas.

Alrededor del golfo existen hoy 35.000 ovejas de la cría Lincoln de Malvinas y 12.000 vacas, y de 1500 a 2000 cabezas de ganado yeguarizo.

Librodot

Abunda la pesca, no faltan ni guanacos ni avestruces, mucho más comestibles que el durísimo ñandú de la provincia de Buenos Aires. Aunque de tan desolado aspecto, aquellas tierras tienen mata negra, que comen, cuando tierna, los animales, la jarilla (larrea divaricata), el piquillín (condolia microphylla), el algarrobo (prosopis), el incienso o molle morado, el jume y el quebrachillo.

Madryn no es el único puerto que se utilice hoy en Golfo Nuevo: tiene también el de Pirámides, con agua abundante y buena, y el de Crackes-Bay (ambos visitados por mí más tarde), donde está el gran galpón de la pesquería de Eyroa y Compañía y existe un pozo hecho por don Pedro Derbes.

Ese establecimiento de pesca ha fracasado, según parece, a pesar de que abunden en el golfo excelentes clases de pescado, sin duda porque éstos no han sido preparados según las reglas del arte, encontrando por esa causa reacio primero y esquivo después, el poco fácil mercado de Buenos Aires. Cuando pasamos por Crackes-Bay -donde fondeamos toda una noche, porque el océano embravecido no estaba para bromas- la fábrica se hallaba silenciosa y muerta, sin más habitantes que los dos hombres encargados de cuidar que no se derrumbe. ¿Volverá a funcionar? ¡Quién sabe! Pero es extraño que estas industrias desaparezcan, cuando se creerían llamadas a un éxito semejante al de las similares que existen y se desarrollan en Europa y hasta en nuestro mismo país. ¿Qué cosa fundamental, o qué detalles faltan? ¿El capital, la perseverancia, la idoneidad, o simplemente el contentarse con poco en un principio?... De todo hay sin duda, y lo habrá por muchos años, hasta que la escasez de medios más fáciles de ganarse el sustento y hacer fortuna, haga dar a esos, hoy desdeñados, todo el valor que realmente tienen: no se abandonará entonces la tarea al primer fracaso, sino que se buscarán perfeccionamientos, se estudiará, se trabajará con ahínco y se triunfará por fin.

Madryn, entretanto, no prosperará en mucho tiempo, por lo estéril de su suelo, la escasez de agua y el acaparamiento que de la tierra hace la empresa del Ferrocarril Central del Chubut, ya sea en previsión de ensanches futuros de sus dependencias, ya con miras especulativas. Ese ensanche se hará, en efecto, imprescindible, por poco que se desarrolle la colonia galense, pues faltan depósitos para frutos del país y mercaderías generales; el muelle sólo puede considerarse como un simple proyecto, y lo demás está en relación. En cuanto a la valorización de la tierra en la playa, no puede dudarse de que vendrá. Hoy por hoy un vecino me informa que la Compañía Mercantil de Chubut, dueña o copropietaria de la línea férrea, no ha querido vender ni a una libra esterlina la vara cuadrada, que ya es precio respetable en aquellas regiones. Las casas establecidas en la ribera, ocupan el terreno reservado por el Gobierno nacional, como fiscal, en todas las costas.

Pero la Compañía no tiene inconveniente en vender lotes de diez por quince varas a $ 100 cada uno, más allá de los 300 metros de ribera que se ha reservado, por uno u otro motivo.

El ferrocarril, que se estableció en época en que ni Madryn ni el Chubut entero valían nada, obtuvo en concesión una legua a cada lado de la vía; pero hay que tener en cuenta que la mayor parte de su recorrido cruza el desierto sin agua anunciado por la inscripción dantesca de la chapa de bronce, y que la tierra vale necesariamente poco por allí. En cambio, tenía algunas obligaciones, entre ellas, según creo, la de hacer varios viajes por semana -uno o dos- y seguramente la de dar al Gobierno, o a su delegado la Dirección general de Ferrocarriles, intervención en sus tarifas.

Librodot

No sé hasta qué punto se cumple con esas condiciones; pero me consta que la llegada de un tren a Madryn es un verdadero acontecimiento que se apunta en el calendario, y en cuanto a la tarifa, sé que desde Trelew a dicho puerto, o sea 70 kilómetros de recorrido, la empresa cobra $ 11,50 por tonelada a todos los vecinos que no pertenezcan a la Compañía Mercantil del Chubut, cuyos miembros pagan sólo $ 9 por el mismo peso e igual trayecto.

Hay que observar que el flete desde Madryn hasta el puerto de Buenos Aires, es de $ 8 la tonelada, y sacar las conclusiones a que esto invita, cuando entre ambos trayectos media una diferencia de mucho más de 1000 kilómetros...

El movimiento de Puerto Madryn es tan escaso, que desde noviembre de 1897 a marzo de 1898 sólo entró en él un buque de ultramar, la Annie Morgan, con cargamento general para la colonia; regresó a Inglaterra cargada de ese trigo del Chubut, que tiene fama de ser de lo mejor que produce nuestro país.

El que va a Buenos Aires, ya lo he dicho, se embarca generalmente en pequeñas goletas, y rara vez en los transportes nacionales...

Todo aquel día anduve en procura de informes y con grandes deseos de ir a Hawson, para darme exacta cuenta de su importancia. El comisario Martínez se disponía a acompañarme, porque el Villarino iba a retardarse un poco para hacer carne fresca, pero tuvimos que renunciar, pues el tren no apareció.

-Así hubiera llegado algún buque inglés en lugar del transporte...

¡Ya estaría acá! -nos dijo un vecino.

Entretanto, paseábamos por aquel esbozo de pueblo, si pasear puede llamarse al hecho de andar de un lado a otro azotados por el viento furioso, cargado de arena y hasta de piedrecitas, que nos cegaba y nos golpeaba el rostro.

Ya desde Madryn comienza a notarse esa característica del clima patagónico.

Diríase que un genio celoso, el mismo que ha trabajado tanto para que no se poblaran aquellas regiones, quiere castigar todavía a los que en ellas ponen el pie, y se entretiene en molestarlos y burlarlos. Pero ha perdido la ocasión: ya se ha descorrido el velo que nos ocultaba la Patagonia, y nada podrá detener ahora su rápida población y su progreso continuo.

Sin embargo, los vendavales que soplan suelen hacer volar los techos de las casillas, por más que éstas se construyan tratando de dar el menor asidero posible a las rabiosas rachas que corren desde los Andes tratando de arrasarlo todo. Hace poco volaron así varias chapas del techo de la Subprefectura, edificio que, por otra parte, exige una seria reparación, o mejor dicho, una reconstrucción completa.

El subprefecto, capitán de fragata don Francisco de la Cruz, me hizo visitar las oficinas y sus dependencias, cuyas paredes ha tenido que remendar con tablas de cajones viejos, por carecer completamente de otro material. No hay que extrañarlo, sin embargo, porque toda la repartición se halla en un estado de desnudez muy cercano a la miseria, sin mueblaje, con un solo bote viejo, y sin esperanza de que la superioridad se acuerde de dotarla de lo indispensable. Porque pocos de los que viven en Buenos Aires recuerdan que no todas son flores para los que habitan al sur del Río Negro.

En estas andanzas había llegado la hora de comer; no había que esperar hacerlo en tierra, y lo prudente era tomar un bote o irnos al Villarino, que se mecía gallardo en las aguas apenas rizadas por el viento, mientras que fuera del golfo la marejada levantarla sin duda verdes montañas orladas de espuma.

Librodot

En torno del barco vagaban lentas las medusas, opacas y blanquecinas a la luz del crepúsculo, como informes fantasmas. Las toninas nos aguardaban vigilantes a la salida, para acompañarnos en desenfrenada y brincadora carrera, y entretanto, la campana de a bordo repicaba su alegre llamado a la mesa. Se había acabado momentáneamente el mareo, y el comedor estaba animadísimo, aunque hubieran desembarcado muchos pasajeros, y entre ellos las tres hermanas de caridad, la directora de la escuela mixta de Hawson, etc., etc.

El señor Diego González Victorica se hallaba aún a bordo, después de haber hecho desembarcarla lancha Tornycroft, encajonada, sus provisiones, sus víveres y el personal subalterno, compuesto de dos mecánicos y un asistente, que lo acompañarían hasta el lago Buenos Aires, donde iba a reunirse con la octava subcomisión de límites llevándole la embarcación para explorar aquel inmenso depósito de agua que Moreno describe así:

«El lago Buenos Aires no tiene la hermosura del lago Nahuel-Huapí ni la del lago Fontana, pero es más imponente. El gran seno oriental no tiene bosques; y en las morenas apenas hay pequeños matorrales; sólo en un lago accesorio, hermosa dársena en aquel mar dulce, se distinguían siluetas de árboles. Esa dársena se encuentra dominada por elevados cerros de un macizo con nieve eterna, de cuyos ventisqueros nace el río Fénix...»

González Victorica se proponía hacer el trayecto de Rawson al lago, por Choiquenlaue y el Senguer (180 leguas), en veinticinco días, si no sobrevenía contratiempo alguno. Pensaba llevar en carros los cajones de la lancha, si era posible, y contrataría en el Chubut la gente estrictamente necesaria. Cuando esto escribo, ya estará sin duda en las orillas de Buenos Aires, se habrá reunido con la subcomisión, y la Tornycroft navegará a razón de ocho millas por hora en aquellas aguas especulares...

Tal es, por lo menos, mi deseo.

Poco después de comer se despidió, y la mayor parte de los que quedábamos subimos a cubierta. Allí nos aguardaba un espectáculo curioso:

se había bajado hasta cerca de la superficie del mar una gran pantalla con cuatro lamparitas incandescentes, y en el radio fuertemente iluminado, se movían y hormigueaban millares de peces de todos los tamaños, las formas y los colores, atraídos por la fascinación de la luz: de pronto se acentuaba su continuo movimiento, y una sombra grande pasaba, devoradora, sembrando el espanto; pero no por eso se desbandaba el cardumen, hipnotizado, atado a los brillantes rayos de las lámparas...

Y en torno, algo más lejos, las medusas boyaban como grandes caras amarillas de ahogados.

- IV -
Los galenses

De pronto, en medio del silencio de la noche, oyose un silbido agudo y prolongado: era el tren que llegaba de Trelew, a las once de la noche, aunque desde la mañana se tuviera aviso del arribo del transporte.

Poco después estaban a bordo algunos vecinos influyentes de la capital del territorio, llevados por el propósito de conquistarse un médico...

Habían sabido que con nosotros iba uno -mister Brodrick-, en viaje a Punta Arenas, y sin más trámite resolvieron quedarse con él, costara lo que costara: un médico es de imprescindible necesidad en aquellos parajes ya tan poblados, y hacía tiempo que los vecinos clamaban en vano por él.

La delegación entró en conferencia con mister Brodrick, que se quedó perplejo en un principio. Era tan inesperado, tan fuera de lo ordinario lo que le ocurría, que no se animaba a resolver por sí solo. Y comenzaron las consultas a todos los amigos de a bordo, las objeciones de un lado, los consejos del otro, hasta que el médico inglés se declaró conquistado, renunció a Punta Arenas, y comenzó sus preparativos de desembarco, ayudado por la animosa Mrs. Brodick, que probablemente preferiría quedarse en nuestro país, conociendo ya el carácter de sus habitantes, que la rodearon de simpatía y atenciones a bordo del Villarino.

Es curioso el hecho de que un hombre que después de maduro examen ha tomado una resolución y dado un rumbo a su vida, modifique sus planes y vea repentinamente abrirse nuevos caminos ante él, hallando en esta tierra ventajas tan grandes e inmediatas que quede conquistado por ella, quizás para siempre. Cierto que hay un poco de aventura en esto, pero cierto es también que la confianza que inspira nuestro progreso, invita a que se corra un albur, casi con la seguridad del éxito.

-Yo irle quedo aquí, señor -me dijo mister Brodrick M. D.- y cuando usted vuelva, tendré, gusto en saludarlo, como a los otros compañeros de viaje, que me han hecho comprender el valor del carácter argentino. Tiene que ser buena tierra la que tiene tales habitantes.

-¿De modo que renuncia usted decididamente a Punta Arenas? -le pregunté.

-Decididamente, no; por ahora. Pero el ensayo me parece digno de hacerse. Si no logro una situación soportable, claro que reanudaré mi primer proyecto. Pero tengo la convicción de que no llegará el caso...

Habíamos conquistado, sin preocuparnos de ello, un nuevo e ilustrado habitante más para la Patagonia, ese ogro devorador para los que no la conocen, esa atrayente amiga para los hombres de empresa que la han visto una vez.

Y mientras el Dr. Brodrick se preparaba a desembarcar, haciendo a toda prisa sus maletas, tuve tiempo de completar, o mejor dicho, de aumentar mis informes acerca de la colonia galense del Chubut, interrogando a los cazadores de médicos, que se pusieron a mi disposición con toda galantería.

El territorio del Chubut tiene, como se sabe, una extensión de 247.331 kilómetros cuadrados, y no es tan árido como se dice hasta en libros destinados a andar en manos de los niños.

El mismo Fitz Roy habla calurosamente de sus tierras. Dice:

«Como unas 18 millas adentro, contadas desde la boca del río, e inclusas en esta distancia las muchas tortuosidades que lleva su corriente, hay una localidad admirable para establecimiento de una colonia: los terrenos tienen de veinte a treinta pies de alto cerca de la orilla, y dominando una vista de cinco leguas hacia el norte y el oeste, e ilimitada hacia el este, todo lo que alcanza a verse del país aparece fertilísimo: el suelo es de color obscuro, cubierto de yerba y excelentes pastos en todas direcciones; multitud de ganado viene a pacer en estas llanuras. Asimismo, en su parte sur hay varias lagunas cubiertas literalmente de caza.

Librodot

»Los sauces crecen con profusión a orillas del río, y algunos llegan a adquirir tres pies de circunferencia y veinte de alto: son de la especie del sauce colorado, cuya madera es de mucha mayor duración que la del blanco... El tortuoso curso de este río y los excelentes terrenos que atraviesan sus aguas, facilita el aislamiento de ciertas penínsulas y el regadío artificial de todas ellas...

»Si sir John hubiera examinado esta localidad, no emitiría informe tan desfavorable acerca del país en general; el autor se admira también de que no hubiese llamado la atención de los españoles, estando tan cerca su colonia de la península Valdés».

La colonia galense, que tanto ha prosperado, parece haber tenido en cuenta las observaciones del navegante inglés, al establecerse allí en 1866, lejos de los centros poblados del país, pero animada de una voluntad y una perseverancia engendradoras de progreso y bienestar. Hoy aquellas comarcas están definitivamente pobladas, son ya notablemente productoras, tanto en cantidad como en calidad, y se convierten a su vez en centro de recursos y en núcleo de lo que dentro de algunos años será la Patagonia, que se vengará del desdén que se le ha manifestado, adelantando por su solo esfuerzo, y a despecho de las trabas que se le ponen bajo pretexto de protegerla.

La colonia galense produce cereales de primer orden que obtienen excelentes precios en Europa, y que sirven de término de comparación en nuestro país. ¡Muchas veces he oído en Santa Fe referirse a los trigos de una y otra colonia, diciendo: «Como los del Chubut, parecidos a los del Chubut, etc...»-, que tanto es su reconocido mérito!

Tres son los pueblos ya formados en el Chubut: Rawson, capital del territorio, con 400 habitantes, Trelew y Gayman con 200 cada uno. En el valle de la colonia se cuentan unos 1500 habitantes, y el total en el territorio alcanzará aproximadamente a 3800. Estos son en su mayoría procedentes de Gales, hombres de costumbres sencillas, trabajadores, honrados pacíficos: buen pueblo, y excelente plantel para el futuro.

Rawson, fundado el 28 de julio de 1865, es más una población comercial y política, que un centro de sociabilidad. Abundan allí las casas de comercio, y como es el asiento de las autoridades del territorio, no faltan las oficinas públicas tampoco.

La acción del Gobierno llega hasta tan lejos, y suele ser tan incómoda fuera de los grandes centros, que no es extraño observar en estas regiones apartadas cierto alejamiento casi hostil por parte de los pobladores y con respecto a los que los manejan, sin conocerlos muchas veces.

Pero no es indudablemente el Chubut el territorio que más tiene que quejarse, siendo, por el contrario, uno de los más felices, lo que se deberá sin duda y en gran parte al espíritu de solidaridad que reina entre sus colonos, y a la fuerza que a. sus derechos da la ayuda mutua, ejercida allí en todos los casos. Además, creo que las autoridades nombradas por el Gobierno de la nación han sido generalmente elegidas con bastante acierto, y si no me aventuro a afirmarlo, es por natural desconfianza y por no haberlas observado en acción y sobre el terreno; porque, como dicen los jugadores, «entre amigos con ver basta»... sobre todo en esto de manejo de pueblos.

Dentro de algunos años y dada su situación actual, las fuerzas vivas que lo rodean y que van rápidamente en aumento, no seria raro que Rawson llegara a ser un pueblo de verdadera importancia, la avanzada de la civilización hacia el sur. Tiene elemento para ello, y lo tendrá sobrado cuando el Chubut se incorpore prácticamente al país, uniéndose a él por medio de las fáciles y rápidas comunicaciones que hoy le faltan. Su aislamiento llega hasta el extremo de que, a distancia relativamente tan corta de Patagones y Viedina, no tenga un

Librodot

hilo telegráfico, que sólo va a poseer porque ha cuadrado la circunstancia de que ello sea necesario para la organización militar del país. De este abandono se vengan sin pensar en ello nuestros territorios, cuyos habitantes mandan sus productos allí donde se le ofrecen mayores facilidades, y permanecen ajenos a la nación.

Ya veremos esto muy acentuadamente más tarde, cuando avancemos hacia el sur.

Pero, si bien en otros territorios se nota con mayor intensidad esta especie de separación en lo que atañe a los intereses materiales, en el Chubut se la ve también de otra manera: costumbres, idioma, religión, toda aleja a sus habitantes del tipo común en nuestro país, y se diría que se ha salido de él, al entrar en la colonia. Naturalmente, estas diferencias irán disminuyendo a medida que el tiempo pase, y este elemento heterogéneo irá fundiéndose en la masa general, así como comienzan a asimilarse las diversas razas, en un principio aisladas, que forman -por ejemplo- la población de Santa Fe. Más lejano, el Chubut no ha facilitado tanto la mezcla, y su aislamiento es lo que ha mantenido la casta sin variación apreciable en estos treinta y dos años.

Los colonos son en su totalidad protestantes, aunque de diversas comuniones, y tienen catorce templos en el territorio. Cumplen estrictamente con sus deberes religiosos, y los pastores tienen entre ellos un papel importantísimo, pues no sólo dirigen sus asuntos espirituales, sino que tienen ingerencia también en los materiales.

Todo se resuelve allí, en efecto, por medio de meetings, trátese de lo que se trate, y en esos meetings los pastores llevan la voz cantante:

los fieles votan afirmativa o negativamente, y luego se realiza lo resuelto.

A estos meetings convoca con anticipación un periódico semanal, impreso en Trelew, escrito en galense y titulado I Drafod, que defiendo los intereses de los colones y admite colaboraciones siempre que directa o indirectamente no afecten a la empresa del ferrocarril, sagrada e impecable para él. De tales reuniones suelen surgir iniciativas de importancia, como por ejemplo, la de la adquisición de un remolcador para la navegación del río Chubut, y otras análogas.

Pero los católicos apostólicos romanos trabajan también por su lado, para quebrar o disminuir la preponderancia de los disidentes, y en Rawson, como en Bahía Blanca, como en Patagones, han aparecido los salesianos con sus escuelas y talleres, en sus operaciones estratégicas de avance hacia el sur, en cuya dirección han llegado ya a Tierra del Fuego, en la parte argentina y en la parte chilena.

La escuela salesiana de varones en Rawson tiene unos treinta niños, que serán la mitad de los de la población, y en una anexa, dirigida por Hermanas, se cuentan cuarenta niñas más o menos.

Entretanto, la escuela mixta del estado tiene sólo cincuenta alumnos de ambos sexos...

Aunque los salesianos afecten indiferencia por las cuestiones de interés general, y no sigan la costumbre democrática de los meetings, no está en su carácter hacer abandono de ellas, y su influencia moral y comercial se hace sentir allí como en todos los puntos donde se establecen. Su primer esfuerzo tiende a desprestigiar las escuelas del estado, y atraerse a los niños de la comarca, con una educación de aparato, llena de exhibiciones de habilidad en la declamación, el canto, etc., que seduce a los padres poco filósofos, deseosos del lucimiento, aunque sea superficial, de sus hijos. Luego, tras el colegio, y como por la peana se besa el santo, vienen las pequeñas industrias y los pequeños comercios que permiten a esta compañía tener estancias y aserraderos, y hasta panaderías donde quiera que establezca una sucursal.

Librodot

En fin, y como «tout chemin mene á Rome», ellos también contribuyen al progreso material del país, aunque se preocupen más del propio, y los misioneros anglicanos, tan famosos por su abnegación, no han hecho en resumen de cuentas otra cosa, desde que aparecieron por los territorios del sur, hasta hoy, en que sus misiones continúan siendo verdaderas factorías.

Pero necesariamente surgirá de su establecimiento frente a los pastores protestantes, una lucha sorda, mas de consecuencias visibles, que ha de contribuir a ahondar las diferencias que existen entre galenses y argentinos, alejados hoy, por antipatías nacidas sin duda alguna de abusos cometidos antes por los hijos del país con la persona o los bienes de los colonos. Esta separación entre unos y otros es tan notable, que se busca el medio de corregirla, y a este fin se ha fundado últimamente un Club-Biblioteca, que -dado su objeto- no sé por qué se ha llamado «Aristóbulo del Valle». La biblioteca tiene un par de docenas de volúmenes y el club no tantos socios: pero la intención es buena, y hay que desearle el más feliz de los éxitos.

Con la misma excelente intención, pero quizá con menos probabilidades de beneficio, los argentinos tratan, por iniciativa del juez letrado Dr.

Manuel Pastor y Montes, de fundar un periódico, El Chubul, escrito más o menos en castellano, y que no dejará de echar su cuarto a espadas con I Drafod, en polémicas de esas cuya vehemencia y condimento están en razón directa con la distancia a la capital federal.

-¿Cómo haré -preguntábase el diablo un día- para sembrar la discordia en aquel pueblo tan pacífico?

-¡Lléveles usted dos imprentas! -le contestó el más hábil de sus consejeros.

Entretanto, en el Chubut se vive todavía en paz y gracia de Dios, hasta donde es posible esto en agrupaciones humanas, y los grandes asuntos de estado se reducen a bien poca cosa.

Por ejemplo, con motivo de los ejercicios doctrinales de la guardia nacional, ha surgido un escrúpulo de conciencia en los viejos y religiosos galenses: los ejercicios tienen que hacerse los domingos, y éstos son días de guardar; no pueden, pues, a su juicio, permitir que sus hijos concurran a ellos, so pena de condenarse, y han hecho toda clase de esfuerzos para impedirlo. Pero los hijos son más despreocupados, y no tardarán en amoldarse, como que también para el Chubut, aunque atrase el reloj, corre el fin del siglo XIX.

Sin embargo, esta es en la actualidad la grave cuestión que se debate en el Chubut y que acalora los ánimos de sus felices pobladores, demostrando que la política y la religión enardecen todavía hasta en los cuasi desiertos...

Afortunadamente, en el Chubut suelen preocupar también cosas más útiles, y hoy se habla con entusiasmo del proyecto de un nuevo ferrocarril que correrá desde la Boca de la Zanja hasta la boca del río, en una extensión de 14 a 15 leguas. Ya se han hecho los estudios preliminares de esta línea, que favorecerá mucho a los colonos, dando fácil salida a sus productos, pues cruza todas las chacras de la colonia.

La traza ha sido hecha por el ingeniero Elíseo Schieronne, bien conocido por sus numerosas trabajos en la Patagonia, y el ferrocarril -que será sencillamente un Decauville- se construirá con capitales nacionales y sin garantía por parte del Gobierno. Los colonos se han comprometido a donar todo el terreno necesario para la vía, estaciones, depósitos, etc.

Los iniciadores de este proyecto, que probablemente se llevará a cabo en breve, son los señores Alejandro A. Conessa, gobernador interino, Dr.

Pastor y Montes, juez letrado, y Benito P. Cerutti.

Librodot

De tanta o mayor importancia que este proyecto es el de la navegación del río Chubut por medio de remolcadores, a que me he referido antes. Hoy sólo una goleta, la Río Chubut, del señor Luis Costa, surca aquellas aguas, y como los fletes del ferrocarril son tan crecidos, los productores sufren y se ven obligados a pagar sumas que serían mucho menores si sus mercancías fueran por el río. Varias veces, desde hace más de dos años, han pedido al Gobierno que les enviara un remolcador, sin conseguirlo, aunque sea de tan perentoria necesidad.

El Chubut es fácilmente navegable para buques hasta de 10 pies de calado y 180 toneladas de porte; su única dificultad está en la barra, que es peligrosa para los buques de vela, pero que no lo sería con un remolcador, pues puede pasarse sin obstáculo con la marea, de modo que con sólo esa adquisición los colonos harían un ahorro notable en los fletes, que hoy casi se les duplican con el ferrocarril.

Tanto es así, que no hace mucho resolvieron adquirir por subscripción un vaporcito, idea que, ignoro por qué causa, no se ha llevado a cabo todavía.

Entre las costumbres curiosas de los galenses, se hace notar la celebración de conciertos-exposiciones, que tienen lugar de vez en cuando, y que atraen concurrencia hasta de seis y siete leguas a la redonda.

Estos conciertos que duran largas horas -tanto que en un entreacto el público hace colación-, tienen un programa variado: canto, declamación, concursos poéticos y exhibición de objetos debidos a la industria de los colonos.

Un jurado distribuye los premios, que consisten a veces en una simple distinción, a veces también en la distinción y una pequeña suma de dinero.

A estas funciones suelen asistir hasta 600 personas, que es en proporción como si en Buenos Aires se presentaran en una fiesta más de 100.000 concurrentes...

Bien es cierto que los galanses son muy unidos, se prestan entre sí toda clase de servicios, y llegan en su concordia hasta ocultar los delitos de sus compañeros, para que éstos no caigan en manos de la justicia arizentina, que no es para ellos digna de respeto -quizá con alguna razón, si se recuerda cómo andaba ella por los territorios nacionales no hace muchos años...

- V -
En plena germinación

-¿Volverá usted al Chubut?

-¡Quién sabe!

-La Nación ha hecho un noble esfuerzo, enviándonos quien nos oiga y nos vea de cerca. Pero es necesaria la reiteración. Estamos abandonados.

El gobierno se desinteresa de nosotros, la prensa no se ocupa, el país casi ignora que existimos... Y sin embargo, aquí hay ya un gran plantel, un almácigo en plena germinación. Diga usted que lo envíen de nuevo, más tarde, para detenerse aquí y vivir algunas semanas con nuestra vida.

-Eso se hará. Vendré, vendrá otro, es lo mismo, pero tenga usted la seguridad de que el diario mira con verdadero interés estos territorios, que -como usted dice- son grandes

semilleros que sin duda nos guardan muchas sorpresas, Pero entretanto, usted mismo, don Pedro, puede colaborar en la tarea... Déme usted informes, todos los informes que tenga sobre esta tierra.

Me dirigía a don Pedro Derbes, antiguo habitante del Chubut -a quien ya antes me he referido varias veces-, tipo del pioneer criollo, cuya cara tostada y cuya barba negra como sus ojos vivos y brillantes, hacen recordar los varoniles o inteligentes rasgos de nuestro gaucho, mientras que sus maneras y lenguaje corresponden al hombre culto de nuestras ciudades.

-¿Datos? cuántos usted quiera. Pero si han de ser exactos, me parece que va a faltar tiempo...

-Sí, el Villarino zarpará dentro de un rato... Pero... Escríbamelos usted para recogerlos a la vuelta.

-¡Oh! yo estoy más hecho a manejar la picana que la pluma. Pero, en fin, haré, lo que pueda...

Y lo que pudo el señor Derbes complementa tan bien lo que he dicho ya a propósito del Chubut, que mis lectores se darán con ello cuenta exacta de la importancia de aquel territorio.

La importación durante el año 1897 ha sido por valor de & 235.784, divididos así:

Substancias alimenticias. . . . . $ 97.037,57

Bebidas. 5538,5
Aguardiente y licores. 8597,3
Tabaco. 9518,8
Hilados y tejidos. 30545,94
Ropa hecha y confecciones 33191,12
Substancias y productos químicos. 7980,52
Madera y sus aplicaciones 19926,45
Hierro y sus artefactos. 216,23
Máquinas y útiles de labranza. 27.674-
Diversos metales. 12517,38
Piedras, tierra, cristalera. 11511,21
Combustibles y artículos para alumbrado. 126,6
Artículos y manufacturas diversas. 2272,7
Productos nacionales. 2981,21
Papel y derivados. 216,2
Cuero y aplicaciones. 27.674-
Importación extranjera. 7778,42

No es este el movimiento del puerto del Rosario, ni menos el de Buenos Aires; pero en nuestra mano está, puede decirse, dar impulso decisivo no sólo a ése, sino a todos los demás puertos patagónicos.

-¡Ah! -me decía un compañero de viaje- Cuando usted llegue a Punta Arenas, se quedará asombrado de su desarrollo. Hoy es ya el plantel de una gran ciudad, y Trelew, Gayimn, Rawson, Santa Cruz, Gallegos y Usuhaia, juntos, parecerían una aldea a su lado.

-¿Y a qué se debe ese progreso tan grande y tan rápido? ¿A los vapores de ultramar?

-No, señor. Sencillamente a que nuestro Gobierno se esfuerza por fomentarlo...

Librodot

-¿Fomentar a Punta Arenas? ¡Qué me dice usted! ¿Cómo puede el Gobierno argentino?...

-¡Punta Arenas es puerto libre, y se ha convertido por esa razón en proveedor de la costa patagónica y de la Tierra del Fuego! Haya o no haya aduanas, los artículos de consumo salen de allí para todas partes. Si hay aduanas, se contrabandea; si no las hay, mejor. Y no sólo eso: los productos argentinos van a embarcarse allí para Europa, de tal modo que nuestra importación y exportación se hace por Chile... y se hará mientras nuestros gobiernos continúen ciegos. Indirectamente, pues, éstos protegen a la nueva ciudad chilena.

-¿No exagera usted? Al fin, aunque no sean oficialmente libres, según tengo entendido -Gallegos y Santa Cruz-, lo son en la práctica...

-¡Sí!, ¿pero hasta cuándo? ¿Y si a la nueva convención se le ocurre no darles definitivamente esa franquicia? ¿Quién se arriesga a establecerse con semejante inseguridad? Desde que no tiene aduana, Gallegos ha progresado de una manera notable; pero su progreso no seguirá en la misma proporción si cesa ese estado de cosas, porque ya no afluirán allí los comerciantes que acuden hoy, y Punta Arenas mantendrá su absoluta preponderancia.

A mi regreso a Buenos Aires me he encontrado con que la esperanza de los habitantes de la Patagonia se había desvanecido, pues la convención reformadora juzgó mejor dejarlos sin franquicias. Afortunadamente, el Congreso y el Ejecutivo pueden favorecerlos, y deben preocuparse de ello, pues es de alta conveniencia material y hasta patriótica, propender a que se pueblen aquellas regiones en que hasta hace bien pocos años casi no habíamos ejercido nuestra soberanía... ¡Descuido imperdonable que pudo muy bien costarnos caro!

...Pero volvamos al Chubut, cuyo movimiento comercial nos ha traído a esta digresión, al observar su relativamente lento desarrollo.

La exportación ha sido durante el año 1897 poco mayor que la importación y alcanzó a un valor oficial de $ 236.392,92. Hay que hacer observar que este valor es generalmente más bajo del real. Esta exportación se detalla como sigue:

Trigo. . . . . Ks.6059966$ 151.499,15

Cebada. . . . . .»798611597,22
Semilla de alfalfa. . . . . .»187215936075
Cerda. . . . . .»41241649,6
Cueros vacunos secos. . . . . .»208783089,16
Cueros lanares secos . . . . . .»171624175,6
Lana de oveja. . . . . .»12202228065,06
Quillangos de guanaco. 291517.326-
Quillangos de Pluma. 2211.326-
Pluma de avestruz. . . . . .»70788493,6
Cueros de guanaco. . . . . .»999249,75
Cueros de lobo. 288223-
Cueros diversos. . . . . .»1359339,75
Lana de guanaco. . . . . .»21754,25
Guano. . . . . .»1500004800
Artículos nacionalizados. . . . . .»-398003

Librodot

La exportación supera a la importación en un valor oficial de $ 608,84.

En 1897 se exportaron 79.579 kilos de trigo más que en 1896, y el aumento en otros productos ha sido: semilla de alfalfa 133.107 kilos, cerda 1647, cueros lanares 1529, lana de oveja 29.647, quillangos de guanaco y avestruz 960 unidades, guano 150.000 kilos, etc., etc.

En el mismo año han entrado en los puertos del Chubut 17 buques de vela con 1407 toneladas de carga y 132 tripulantes, tres en lastre de 856 toneladas y 23 tripulantes, y 28 vapores con 19.980 toneladas de carga y 1735 tripulantes. Naturalmente, sólo parte de esta carga iba con destino al territorio, pues se trata de los transportes nacionales y de barcos que hacen escala en muchos otros puntos. Pero la estadística suele tener esta poesía de inflación de números, que hay que perdonarle. De todos modos, resalta el hecho de que no faltan grandes barcos que recalen en Golfo Nuevo y negocien con los chubutenses.

Y aunque no se me perdone la aparente aridez de estos capítulos, tan útiles al hombre práctico, seguiré acumulando informes.

La generalidad cree aún que el Chubut es exclusivamente agrícola, pero la ganadería toma impulso de algún tiempo a esta parte, como podrá verse por las siguientes cifras, representativas del número de cabezas de ganado:

Vacuno. 60000

Ovino. 170000
Yeguarizo. 20000
Porcino. 688
Caprino. 677

Este es un plantel pequeño aún, pero aumenta cada día por la implantación de nuevos establecimientos ganaderos, y por la incorporación a aquel pueblo naciente, de hombres de brío, convencidos de que allí hay campo vasto para el aventurero del trabajo, muerto en vida en las ciudades, y en las comarcas desecadas por el enorme drenaje de la competencia mercantil e industrial, y, llamado al triunfo y la riqueza si riega aquel terreno con sudor fecundante.

Conversando con uno de los pioneers que están ya a punto de conquistar la fortuna, inquiría yo:

-¿De modo que aquí el hombre cuenta con un porvenir cierto? ¿Los que vienen conquistan seguramente la riqueza?

Y mi interlocutor, haciendo una mueca expresiva y despreciativa y abarcando el horizonte con el ademán de su brazo derecho:

-Según -me contestó-. Aquí sólo tienen éxito los hombres de acción, de trabajo y de perseverancia. El que venga a Patagonia a mandar hacer, puede estar seguro de un fracaso; el que se imagine que se enriquecerá sin sacrificio, quédese, es mejor... Aquí, muchas veces, hay que sufrir hambre y sed... Aquí sólo medra el trabajo personal, continuo. Pero el que, en medio de estas privaciones, sea obrero y patrón, sobrelleve necesidades y fatigas, y luche con esperanza y sin tregua, ese llegará infaliblemente a rico.

Y me contó la odisea de la formación de su estancia: el arriendo y la adquisición del campo con las mil dificultades protectoras que opone el Gobierno a los verdaderos pobladores, mientras regala lo mejor de todo a los favoritos, que lo entregan a la especulación inútil y dañina; la perforación de pozos en medio del arenal, para hacer

Librodot

jagüeles de agua salobre que sólo llega a ser potable por medio del trabajo incesante, del baldeo continuo; la conducción de las primeras ovejas desde los confines de la Pampa Central a la provincia de Buenos Aires, por interminables travesías en que la sed acecha al viajero, y lo mata después de horribles padecimientos; las noches de insomnio, pasadas en rondar el rebaño, inquieto en aquel terreno desconocido, y que no quiere echarse a descansar; las abrumadoras jornadas al paso del caballo escuálido y sediento, entre el polvo de la majada y la tropilla; la pérdida de los animales enloquecidos a la vista del mar, precipitándose a la orilla, para morir al día siguiente de sed, después de haber bebido.

¡Oh, qué animosos y qué dignos del triunfo son esos hombres del sur, que pasean la Patagonia desde los Andes hasta el Atlántico, sin más defensa que su propio esfuerzo, sin más protección que la ayuda propia, y que abren a la civilización y al progreso aquella inmensa tierra ignota y virgen, ingrata para el muelle, generosa y maternal para el bien templado!

De pronto, en medio del campo reseco y polvoroso, una tosca crucecita de ramas abre y retuerce los brazos, señalando el sitio donde descansa el cadáver gesticulante y crispado de algún pioneer que mató la sed... El viento de la montaña levanta espirales de fino polvo, y las arrastra girando sobre sí mismas como extrañas columnas salomónicas, transparentes y móviles, que van a derrumbarse allá a lo lejos... Y el tropero con ademán temeroso y preocupado, se asegura de que su provisión de agua no corre peligro, de que no se filtra del zurrón de cuero en que la lleva, de que no le faltará hasta que pueda renovarla... ¡Y cuando falta!...

-Un día -me contaba el señor José Siches, joven hacendado de la península Valdez-, un día era tal la sed que me acosaba, que me tiré del caballo en un cañadón, y comencé desesperado a cavar la arena con las uñas, en busca de un poco de humedad..., y no hallando agua, me llenó dos y tres y más veces la boca con esa misma arena apenas humedecida, lastimándome encías y paladar para disminuir siguiera un poco mis horribles padecimientos... Cuando llegué a una población horas más tarde, tenía la boca negra y completamente ulcerada.

¡Y cuántos han caído! ¡Cuántos caerán aún en esas travesías!

El viajero debe llevar consigo el agua necesaria, ya en chifles, ya en botas, ya en zurrones de piel de guanaco: de otro modo, su muerte es segura. El ingeniero Schierone, que tanto ha andado por aquellas soledades, ideó servirse -y lo hizo con éxito- de las árganas y tarros que usaran hasta hace poco los lecheros; sin embargo, el sistema es engorroso, pues hay que equilibrar muy bien la carga, so pena de perderla. Otros utilizan pellejos de liebre y de nonato y pieles de guanaco y zorro, pero aún no se ha encontrado nada verdaderamente cómodo y práctico, pues los pellejos dan generalmente mal gusto al agua, y hasta la descomponen, en cuyo caso los viajeros la sanean ventilándola.

Otro recurso inestimable (según me dijo, causándome mucha extrañeza, un habitante de esos parajes) es el guanaco mismo, que me afirma tiene en el estómago un depósito como de un litro de agua fresca y cristalina, aunque con cierto saborcillo de que se burla el sediento, capaz de beber cosas peores cuando la necesidad apura: ¡la sangre de los animales degollados de propósito, las mismas secreciones del cuerpo!... Casos conozco capaces de hacer erizar los cabellos, como el de dos infelices disputándose a mano armada una botella conteniendo orines... Pero, ¿para qué insistir? ¿No basta lo dicho como demostración del mérito de esos hombres, en lucha a brazo partido con la naturaleza, cine quiere ser vencida antes de entregar sus favores a quien con ella se atreve?

Librodot

Sin embargo, esto tiene remedio, no por parte de los individuos aislados, sino de la colectividad, más poderosa.

El Gobierno, en efecto, podría, con poco gasto, establecer cisternas (las hubo hasta en Arabia), o mejor aún, pozos semi-surgentes, a lo largo de esos caminos desamparados, con tanta mayor razón, cuanto que el mantenimiento de la línea telegráfica que va a tenderse los hará de imprescindible necesidad. El pozo semi-surgente, que hay cuesta una insignificancia, favorecería de una manera inmensa al valeroso poblador del sur, y sus servicios deberían hacerse extensivos a la costa patagónica, cuyo único y desolador defecto es la falta de agua. Pero, ¡vaya usted a esperar algo de la ignorancia de casi todos nuestros hombres públicos en lo que se refiere a aquella región! Tanto valdría aguardar a que esos progresos se realizaran por generación espontánea...

Volviendo a la situación actual del territorio del Chubut, añadiré que de las 30.000 hectáreas destinadas a la labranza, 15.000, o sea la mitad, están desmontadas, niveladas y habilitadas para el riego, y 5633 de éstas, en pleno cultivo y en la siguiente forma:

Sembradas con
trigo. . . . 4616
Sembradas con alfalfa. . . . 922
Sembradas con cebada. . . . 64
Sembradas con maíz, papas, etc.. . . . 14

La producción se estima así: trigo 7.811.150 kilos, alfalfa 5.000.000, cebada 184.500, semilla de alfalfa 200,000.

Los colonos se preocupan también de la plantación de árboles, y hoy crecen en aquel terreno 2403 frutales, 55.367 forestales y 4530 cepas de viña, ensayo este último digno de ser observado y seguido en sus diversas fases, y que muestra cómo conquista poco a poco nuestro suelo la vid que ya en Bahía Blanca y Patagones se creía vencida por los rigores del clima.

He hablado antes de la moralidad de los galenses.

Como la moral es una reglamentación relativa, claro que la patagónica tiene que ser peculiar. Y en grado sumo.

No puede suponerse que hombres del temperamento y la energía de los que pueblan aquellas comarcas, se encierren en el estrecho círculo de convenciones en que se desenvuelven más o menos incómodamente los que viven en los grandes centros sociales; ni puede exigirse que quien de tal modo renuncia a la sociedad, continúe sintiéndose cohibido por sus mandatos.

Así, no extraño que se me hayan contado, acerca de la familia galense, aberraciones que no quiero creer, aunque crea necesariamente en ciertas libertades no delictuosas, a que invita sin duda esa clase de existencia semi-primitiva, de sencillez absoluta, que hace que, los colonos del Chubut resistan nuestra influencia y nuestras costumbres, para mantenerse solidariamente aislados.

Pero la estadística habla también en favor de ellos.

La policía tomó durante el año 1897 veinte personas por contravenciones, nueve por escándalo, diez por ebriedad y uno por ostentación de armas.

El ex Gobernador Tello tenía, pues, razón cuando decía en una de sus últimas memorias, que los galenses eran gente honrada y moral, aunque protestante.

Librodot

De los veintisiete presos encerrados en la cárcel durante aquel año, diez y siete eran del territorio, dos del de Santa Cruz y ocho del de Tierra del Fuego, y las causas de su condena: cinco por homicidio, ocho por cuatrería, seis por robo, cinco por heridas, tres por violación y siete (presos policiales); especificación que, como ustedes ven, da ancho margen de las suposiciones.

En medio de esta paz, el Chubut crece, con una fuerza de desarrollo que hace pensar en los verdaderos milagros que produciría una sabia protección por parte de nuestro gobierno: el aumento de la población, la multiplicación de los ganados y de los cultivos, las comunicaciones facilitadas, el territorio por fin incorporado a la vida nacional. Pero aquí, como en tantos otros países, la acción del Gobierno se traduce, sobre todo, en trabas y limitaciones, cuando en los territorios lo único que se necesita, la condición ineludible para el progreso, es la amplia libertad, y una liberal distribución de beneficios materiales, que los dote de aquello que hace falta y que la iniciativa particular no puede procurarse. Resumiendo: cuanto menos gobierno, mejor, siempre que se cuide del territorio considerándolo plantel para el futuro. Yo los asimilaría a una caja de ahorro, a una alcancía en que se fuera echando la moneda menuda, sin contarla ni hacer uso de ella, para encontrarse a la vuelta de algunos años con un capitalito.

Pero no piensan así nuestros hombres públicos, ni pensarán sin duda.

Baste como ejemplo y prueba la siguiente página arrancada del último libro del doctor Moreno, en que habla algo de lo mejor del Chubut -la colonia 16 de Octubre- y que puede hacerse extensiva a casi toda la Patagonia:

«Cuando regresé en 1880 de mi viaje a esa región, e hice pública su fertilidad, nadie creyó en mis afirmaciones: la rutina decía que Patagonia era sinónimo de esterilidad, y ¡vaya uno a fiarse de entusiasmos de viajeros que dicen lo contrario! Pero las poblaciones de los colonos son el mejor justificativo de la bondad de la tierra y del fruto que ésta da cuando se la trabaja con ahínco y perseverancia. Hay comodidad en aquellas cabañas humildes, y si los colonos que llegaron y se establecieron allí desde 1888 recibieran en propiedad el lote que se les prometió, que poblaron y que aún no se les ha otorgado, indudablemente la colonia 16 de octubre sería hoy la más importante de Patagonia; pero, desgraciadamente no pocos tropiezos tienen en sus afanes, pues las tierras que rodean el valle ya han sido ubicadas desde Buenos Aires, y las quejas que oigo sobre avances de los nuevos propietarios, me apenan. ¿Cómo hemos de desarrollar la población en Patagonia, cuando tras una iniciativa laudable se dictan medidas que la anulan?

«Más de un pedido he recibido de esos pobres colonos para que trate de impedir que se reduzca el perímetro de la colonia; pero ¿qué hacer cuando no se escuchan voces de tan lejos y se procede de manera tan contraria a los intereses del país? Gran beneficio produciría una resolución general del Gobierno de la nación, ordenando la suspensión de toda ubicación de terrenos y de todo remate de tierras en Patagonia mientras no se conozca el valor de esas tierras y la mejor forma para su aprovechamiento».

¡Tal es el abono con que se trata de enriquecer aquel semillero en plena germinación! Tal el sistema adoptado para dar incremento a aquellas nacientes poblaciones.

¡Y si fuera eso solo!

- VI -

Librodot

Proa al sur

Todo era animación en la pequeña cámara del Villarino, donde se comentaba vivamente la determinación del Dr. Brodrick, ocupado aún de su equipaje depositado en el fondo de la bodega; mistress Brodrick distribuía saludos amables y vigorosos apretones de mano; el perro -aquel curioso perro negro de aguas, con una cruz de Malta en el lomo, y caireles, y collares y brazaletes de pelo en todos lados, que el doctor trasquilaba el día entero sobre cubierta, perfeccionando los extravagantes dibujos que le daban aspecto tan original -andaba también de un lado a otro, como adivinando que algo inesperado iba a ocurrir. Miss Mary X miraba melancólicamente a su compatriota, por encima del libro en que trataba de leer, pensando quizá en los caprichos del destino, y con una vaga sonrisa de indecisión y de misterio.

Miss Mary X venía de Londres, se había detenido en Buenos Aires sólo para aguardar la partida del transporte, y se dirigía a Río Gallegos, también en busca de una posición social. Iba a casarse. Ella misma nos hizo la confidencia: en la capital del territorio de Santa Cruz la aguardaba su prometido, un inglés, mister M., bien colocado, estanciero, a cuyo lado pensaba ser feliz. Lo conocía desde muchos años atrás, y no lo había visto hacía largo tiempo. El compromiso se contrajo por medio del correo: «Si usted quiere casarse»... «Sí, señor; quiero...» «Entonces, venga, que la aguardo...» E iba.

Iba sola, defendida únicamente por su valor de inglesa acostumbrada a manejarse por sí misma en el mundo, y por el natural respeto de los demás; los sajones han observado bien y prácticamente: mejor defensa es la educación que el cerrojo, y la mujer modesta y enérgica lleva una egida en que se embota, en medio de la sociedad naturalmente, la grosería y el apetito de los hombres...

Junto al Villarino, amarrada a la escala, mecíase la lancha medio llena ya por el equipaje del médico, los chubutenses venidos a bordo se despedían alegres por su adquisición, y la máquina del barco retemblaba pronta a ponerse en movimiento a todo vapor. Era más de la una.

-Buena suerte, doctor.

-Good by! Thank you.

Los que habrían de quedar en Madryn embarcáronse en la lancha, iluminada a medias por uno de los faroles del Villarino; y destacándose sobre el fondo de tinta de la noche y el mar, los pasajeros, sobre cubierta, miraban la maniobra, no sin cierta melancolía -ese vago sentimiento de malestar que se experimenta en viaje, cuando se deja a un compañero poco antes desconocido y que poco después será sin duda indiferente- y la ola mansa y profunda, batía con golpe de caja destemplada los flancos del buque.

-¡Abre!

La lancha se separó de nuestro costado.

-¡Arma!

Y los remos, moviéndose cadenciosos, se llevaron la embarcación, allá, a lo obscuro, mientras la hélice del Villarino hacía hervir el agua a popa, produciendo un torbellino luminoso, un pululamiento de moléculas fosforescentes que iba alargándose y tranquilizándose hacia atrás, para semejar más lejos, en la estela, ondulante cinta de plata.

Pero no anduvimos mucho. Había en el golfo mar de fondo, y fuera muy mal tiempo, de modo que recalamos en Grakes Bay, frente a la pesquería de Eyroa, muda y triste, para zarpar de allí al día siguiente, que amaneció bonancible y claro.

Y al salir del golfo, admiré de nuevo la soberbia entrada de aquel lago inmenso, cuyos extremos, escuetos y elevados, parecen hechos para una fortificación inexpugnable y dominadora. ¿Por qué no se ha construido allí nuestro puerto militar? ¿Por la escasez de agua, cuando tan fácil es conseguirla? ¿O, más bien, porque ofrece muchas ventajas?... ¡Quién sabe!

La vida de a bordo se habla hecho más soportable, gracias a los numerosos pasajeros que desembarcaron en, el Chubut; ya casi todos teníamos camarotes, y la cámara no presentaba por las noches los caracteres de un campamento improvisado, con el tendal de las camas en el suelo. La atmósfera era más respirable, la comodidad mayor, y la temperatura fresca comenzaba a resarcirnos de los intensos calores sufridos en Buenos Aires.

Pude examinar entonces, con relativa calma, diversos documentos que se me habían proporcionado, relativos al Chubut, que los lectores ya conocen hasta cierto punto.

Añadiré a lo dicho antes, para contribuir al conocimiento de aquellas regiones, que en su estado actual sólo han sido descriptas en el reciente libro del señor Teodoro Alemann, titulado Ein Ausflug nach dem Chubut-Territorium. Allerlei über Land und Leute im Chubut -en las memorias más o menos completas, presentadas al Gobierno nacional por los gobernadores del territorio, Tello y Conessa.

El libro del señor Alemann es por muchos conceptos interesante, y está inspirado en el noble deseo de hacer prosperar aquel territorio, que describe dividiéndolo en dos partes, como el resto de la Patagonia: la región de la costa y la de la cordillera, muy seca la primera, sobre todo hacia el norte, y húmeda, surcada por numerosas corrientes y cubierta de abundantes pastos la segunda. En el valle del Chubut, dice, la temperatura varía entre +38º y -6º centígrado, pero la nieve no permanece, como tampoco en la costa, al revés de lo que ocurre en el interior y en las mesetas. Extracto lo que sigue:

¿Es conveniente para el colono alemán o suizo emigrar al territorio del Chubut? No lo aconseja ni a éstos ni a otros inmigrantes europeos, mientras no haya fuertes sociedades colonizadoras que los protejan. Los galenses son muy exclusivistas, no hay tierras extensas para formar centros agrícolas cerca de las costas, y en el interior faltan comunicaciones. Más que la agricultura conviene la ganadería, y especialmente la cría de animales ovinos. Sólo indicarla que fueran al Chubut los colonos de Santa Fe y Entre Ríos que han perdido sus cosechas, y los que propone un medio muy curioso de establecerse. Compren ustedes -les dice- ovejas y caballos en el sur de la provincia de Buenos Aires, y avancen poco a poco en dirección al Chubut, eligiendo el invierno, en que el agua es más abundante; atraviesen el valle y continúen a lo largo de la costa, hasta encontrar sitio apropiado para instalarse. No les preocupe la propiedad del terreno: la mayoría de los ganaderos del Chubut se compone de intrusos; si el campo es particular, su dueño tiene que correr muchos trámites antes de expulsar a quien lo ocupa indebidamente en su ausencia; éste, por otra parte, no lo hace daño alguno. Si la expulsión llega, se repite la operación en otro sitio, hasta ganar lo suficiente para arrendar o comprar tierra. El consejo no es muy moral -continúa- pero las leyes nacionales no ayudan al pobre, y las mismas autoridades del territorio no han conseguido que se remedie la triste situación del poblador. De las 9750 leguas cuadradas que componen el territorio, sólo se hallan legalmente ocupadas 14 de la colonia galense, 50

Librodot

de la 16 de octubre y 20 de la compañía argentina Sud de Tierras, las ubicadas por la ley de tierras del Río Negro, 2 leguas en Teca, 2 en Valle Genoa, 5 en Camarones, 10 en Cabo Raso, etc., etc.; un total de 145 leguas, en las cuales habrá unas 80.000 ovejas y unas 42.000 cabezas de ganado bovino y caballar. El resto de los animales está repartido en las tierras ocupadas sin derecho por pobladores que poseen hasta 8 y 10.000 ovejas.

La causa de este estado de cosas es, según el señor Alemann, la tramitación larga y enojosa que hay que seguir para arrendar el campo. Muy a menudo sucede, también, que los especuladores compran la tierra arrendada, perjudicando al poblador... Por fin ofrece un interesante ejemplo práctico de lo que puede producir un pequeño capital dedicado a la ganadería en el Chubut: Con $ 8800, y arrendando campo, al cabo de seis años el ganadero tendrá animales por valor de $ 22.756, y además una ganancia por venta de lanas de $ 2248; habrá, pues, triplicado el capital, u obtenido mayor ventaja aún si compró la tierra...

La memoria del ex Gobernador interino señor Alejandro E. Conessa, a que me he referido, tiene importancia, no sólo por la preparación y experiencia de su autor, sino también por contener numerosos datos generalmente desconocidos. Entresacaré lo de mayor importancia y en primer lugar algo que corrobora lo que afirma en su libro el señor Alemann:

«El principal factor de la colonización patagónica y la única forma práctica y viable de realizarla sin grandes erogaciones fiscales, ha de tener por base la liberal y conveniente distribución local de la tierra pública entre los pobladores de buena fe. Con gran perjuicio para los territorios patagónicos se ha generalizado en demasía un grave error, que consiste en la exageración siempre creciente de la excelencia y el valor de sus tierras, a consecuencia de una propaganda especulativa hecha a favor de los compradores metropolitanos, poseedores de grandes áreas únicamente destinadas a la especulación».

Observa que sólo 145 leguas están ocupadas legalmente, y añade:

«Pero es el caso notable que esos propietarios no representan la tercera parte de la cifra que arroja la ganadería territorial»; luego «existe una población importantísima que se halla en condiciones precarias, ya radicada en campos fiscales, va en terrenos de propiedad particular que no han sido poblados, ocupando una superficie doble o triple de la que utilizan los dueños o concesionarios autorizados.»

Para poner remedio a esta situación, el señor Conessa ha proyectado una ley destinando mil leguas a la colonización pastoril, y por la cual se favorecería a los actuales ocupantes y se estimularía la construcción de pozos, sin los que no podrá poblarse la mayor parte de los campos de la costa...

Se detiene también el señor Conessa en el relato de las aventuras de seis familias polacas que fueron al Chubut y se encontraron sin las tierras laborables que se les había concedido aquí, y con la resistencia de los galenses en cambio. Como afortunadamente poseían algunos medios, se fueron con el señor Julio Kaulosky a establecerse sobre el río Mayo o la laguna Blanca, donde el Gobierno haría bien en concederles tierras, abriendo así el camino a otros inmigrantes de la misma nacionalidad que pudieran acudir.

Otras noticias interesantes, que sintetizo lo más posible: El sistema de irrigación es muy deficiente, y urge la construcción de dos represas proyectadas en 1883 por el ingeniero Tornu. No hay fondos suficientes para la construcción de puentes y caminos, que se impone.

«Valle de los Mártires»: La tierra de esta colonia, fundada en 1891, es idéntica a la de la colonia galense, pero está a 50 leguas de los puertos, y las cien hectáreas que se

Librodot

conceden a los pobladores no compensan los gastos. Podría dedicarse con éxito a la colonización agropecuaria, lo mismo que el Paso de Indios.

Las colonias pastoriles Sarmiento, sobre los lagos Musters y Colehuape, a 15 y 20 leguas del puerto Tilly-Road, y San Martín o Indígena en los valles andinos del río Genua, están aún en barbecho, pues no se ha practicado la subdivisión necesaria. Tienen, sin embargo, pobladores ubicados transitoriamente.

«16 de Octubre»: uno de los más hermosos valles patagónicos, está bastante poblado, y no necesita sino un poco de atención por parte del Gobierno nacional, para convertirse en un notable centro productor...

...A mi regreso al Chubut, sope que había sido nombrado Gobernador del territorio el coronel O'Donnell, jefe por tantos conceptos digno de aprecio, y que tan buenos servicios ha prestado en la dirección del Colegio Militar, etc. A su llegada se le recibió con grandes demostraciones, que me relató pintorescamente un vecino:

-¡Oh!, ¡le hicimos una fiesta inolvidable para nosotros! Nunca hubo nada igual en el Chubut. Nombramos comisiones, nos vinimos todos a Madryn, dijimos discursos, y se dio un lunch, y quemamos fuegos artificiales, soltamos globos, tiramos bombas... ¡Figúrese usted! Toda la guardia nacional, los cuarenta hombres, formó en Trelew y escoltó al coronel hasta Rawson. Bueno, ya comprende que con el cansancio no hubo fiesta posible aquel día. ¡Pero al siguiente!... A las tres se sirvió un té en la Gobernación para el pueblo, para los pobres, y al mismo tiempo otro más paquete en el club para el Gobernador y su comitiva. Al anochecer, banquete, con un discurso del doctor Álvarez, que no habla más que pedir, y una contestación del Coronel que nos dejó contentísimos. La capital estaba toda embanderada... En fin, amigo, estábamos satisfechos y teníamos que hacerlo ver. ¡Ojalá todos los gobernadores fueran tan buenos gauchos como O'Donnell!

- VII -
Deseado y el telégrafo estratégico

Pasamos de largo frente a la bahía de Camarones, a propósito de la cual dice Fitz-Roy en su derrotero:

«Esta gran bahía alcanza desde puerto Santa Elena al cabo Dos Bahías, que dista de aquélla 22 millas. La costa es de piedra hasta la punta Fabián, desde la cual se transforma en chinos y continúa de esta manera hasta el cabo. En el fondo de la ensenada hay un islote alto y pedregoso con otros dos cayos más bajos y pequeños hacia el norte: todos ellos son totalmente blancos, por lo cual se les denomina cayos o islotes blancos; esta blancura la ocasionan los excrementos de miles de pájaros acuáticos que en ellos se posan.»

Pero -ya que no pude detenerme- el señor Campbell, que acababa de recorrer aquellos parajes, me facilitó datos bastante completos acerca de Camarones, cuyo desarrollo comienza apenas.

Los principales pobladores son los señores Camerón y Greenshields, que poseen cuarenta leguas de tierra, en las que van a instalarse con 6000 ovejas de Malvinas. Este establecimiento se llama Lochiel, nombre de un highlander escocés.

Librodot

Existe otra estancia de diez y seis leguas, con 2500 ovejas, perteneciente al señor Julio Schelkly, que se propone aumentar ese plantel dentro de poco, y entre el resto de los pobladores se llegará a unas 5000 ovejas y a tinas 3000 cabezas de ganado vacuno, caballar y porcino.

Entre los arbustos espinosos que desgarran el vellón de las ovejas, pululan las perdices, las liebres y los guanacos que corretean en rebaños por aquellos campos, y suelen con su empuje derribar los alambrados.

Tampoco falta el ñandú, cuya pluma se vende a buen precio, y cuya carne comen con placer los habitantes de la Patagonia. No he podido comprobar la afirmación varias veces oída, de que es mejor para comer que el avestruz de Buenos Aires, tan duro y mal oliente.

Los campos de Camarones no son tan buenos para la ganadería como se dice generalmente, a juzgar por el hecho de que no soporten bien más de 1500 ovejas por legua. Algunos pobladores, sin embargo, hacen subir teóricamente ese número a 3000; pero no han hecho la prueba todavía.

En cambio, aunque escaso, el pasto es salado y de buen engorde, y el clima favorable. La oveja malvinera de excelente lana y se reproduce muy bien. Pueden aprovecharse los valles, que son lo más apto para la ganadería, con bastante éxito, aunque los mismos médanos tengan yerba también.

El agua es generalmente salobre y escasa, pero en algunos puntos se la ha encontrado de buena calidad.

La población de Camarones alcanzará hoy a unos 60 habitantes, entre propietarios y peones, en su mayoría gente del norte de Europa, avezada al clima. Los peones son generalmente criollos.

Es de notar allí la estancia del señor Fisher, establecida en Cabo Raso, con 3000 ovejas, y una cómoda casa de material, la mejor de todo el territorio del Chubut.

-¿Y usted va a establecerse en Camarones, mister Campbell? -pregunté cuando me hubo dado estos informes.

-¡Oh! no -contestó vivamente-. La tierra es muy cara a cansa de la especulación. Ahora voy a Santa Cruz, donde creo encontrar campos mejores y más baratos.

En la bahía hay mucho y muy buen pescado, como también camarones, etc.

Pasamos algo más tarde frente a Malaspina, donde se está planteando una estancia perteneciente a mister Keen, todavía sin animales, y luego frente al golfo de San Jorge, cuyas costas están desiertas y son muy poco conocidas, probablemente a causa de la escasez de agua potable.

Era ya de noche cuando cruzamos el golfo, por lo común agitado y bravo. No sé cómo habían llegado estas noticias a los pasajeros de proa, que por la tarde se decían unos a otros:

-Luego estamos de baile en lo de don Jorge.

El baile, aunque lo hubo, no fue tan animado como se temía, pero sí lo bastante para hacer retirarse a sus camarotes a los que, desde Madryn, gozaban de una tregua en el mareo. Rolaba el Villarino, que cuando rola lo hace de veras, y no para que se burle de él cualquier estómago de tres al cuarto, y la despoblación de la cubierta y de la cámara, cuyas maderas crujían, como quejándose, volvió a producirse más acentuadamente que nunca.

Uno de los peones de la comisión de límites, que dormía sobre cubierta envuelto en un poncho, despertó sobresaltado de repente, y viendo que el transporte se inclinaba de un modo tan violento como amenazador, se puso en pie de un brinco, recogió el poncho, y conservando con dificultad el equilibrio, dio la voz de alerta a sus descuidados compañeros:

Librodot

-¡Guarda muchachos, que se da vuelta el barco!...

La frase, que tuvo un éxito colosal de hilaridad, corría poco después de boca en boca.

Pero la cosa no pasó de bandazos y crujidos, y el día siguiente amaneció sin otra novedad a bordo que la desaparición de uno de los patos que el señor de la Serna llevaba a la Isla de los Estados, y que probablemente se asó en algún rinconcito de la máquina.

Las Tres Puntas, en que termina el golfo de San Jorge y que -Cosa curiosa -coincide casi exactamente con los Tres Montes de la costa del Pacífico, nos presentaron aquel día sus tres cerrillos de tierra, perfectamente destacados sobre el horizonte.

La navegación continuó sin incidentes hasta que avistamos Deseado.

Alguien nos vio desde la costa, porque de pronto; apareció una humareda, anunciadora de nuestra llegada. Los humos, como los llaman por allí, sirven de telégrafo óptico en la Patagonia, y con ellos se comunican los habitantes y los viajeros a largas distancias, estableciendo anticipadamente su significado convencional. Un humo quiere decir una cosa, dos otra, y así sucesivamente. Como ciertas yerbas producen humo de distinto color, ya negro, ya blanco, se hacen combinaciones, y así pueden multiplicarse las señales todo lo necesario.

Pero a pesar del oportuno aviso, Deseado nos deseó en vano esta vez, porque pasamos de largo.

Este puerto, situado en la boca del río del mismo nombre, es difícil por la fuerza de la marea, por la falta de espacio en su entrada, y por los bajos de piedra que hay en ella.

Todavía existen allí las ruinas a que se refiere Fitz-Roy en su Derrotero:

«Hace tiempo se fundó en este puerto una colonia española; pero no correspondiendo a las esperanzas que sus fundadores habían concebido, la abandonaron. Las ruinas de los edificios, que son de piedra, y los restos de un jardín de árboles frutales que todavía en 1829 producían membrillos y cerezas, indican distintamente la localidad.»

Muchos cerezos han caído, mandados cortar para hacer fuego por un jefe de nuestra escuadra, hoy comodoro.

Deseado fue descubierto en 1586 por el célebre navegante inglés Thomas Candish, quien fondeó en él con cinco buques y le dio ese nombre, que era el de uno de ellos. Peleó con los patagones en esa primera estadía, que repitió en 1591, yendo como antes al estrecho de Magallanes.

Más tarde, en 1591, lo visitó el marino holandés Oliverio Noort, quien cazó allí gran número de pingüinos.

También Le Maire estuvo en Deseado, dejando allí una inscripción, de la que se apoderó el caballero inglés Juan Narborough, y monumentos conmemorativos de su viaje, que halló el capitán Wood en 1671.

Lo más curioso de la historia de este puerto, es que dos veces se ha tomado posesión de él en nombre de Inglaterra, la primera en marzo de 1670 por John Narborough, y la segunda un año más tarde por el capitán Wood.

Pero pasemos o otro orden de observaciones.

El verano pasado (1897), el comandante Funes, que iba con nosotros a bordo del Villarino, reconoció los terrenos comprendidos entre Puerto Deseado y Santa Cruz, con el objeto de establecer la línea telegráfica militar que ha de unir Buenos Aires con el extremo sur de la República. Él me ha proporcionado interesantes informes sobre aquella región, de los que voy a valerme.

Librodot

Después de recorrer el río Santa Cruz y la isla de Pavón, exploró el río Chico y sus alrededores, entre ellos el gran bajo de San Julián, situado a la altura del paso de la Tapera, en el mismo río, y que tiene 25 leguas de largo de este a oeste por cinco leguas de ancho, aproximadamente. Desde el río Chico hasta el extremo este del bajo, los terrenos son casi siempre pobres de pasto, y carecen de agua, notándose sólo la aguada de Pan de Azúcar, a once leguas del río. La línea telegráfica tendrá que correr, pues, por el este del paso de la Tapera unas dos leguas y media, para continuar luego en dirección a San Julián.

A seis leguas se encuentra un puesto de la estancia de mister Hope, y el camino que a él conduce permite el tránsito de carros, siendo de notar que desde el extremo del bajo hasta el puerto los campos tienen mayor abundancia de pastos. Desde el establecimiento citado hasta San Julián no hay agua en un trayecto de nueve leguas; la hay al oeste, como también pasto abundante, pero la línea tendría que detenerse en el bajo de San Julián, que a esa altura es intransitable.

Mas al norte, de San Julián a Deseado, hay un camino que corre a lo largo de la costa y del mar a distancia que varía de una a cinco leguas de ella, transitable para vehículos. Sobre 61 a 24 leguas del primero de dichos puertos, está situado el establecimiento de los hermanos Arnold; más lejos hacia Deseado, los campos continúan siendo buenos en una extensión de 35 leguas aproximadamente, y tienen cuatro aguadas; del Tordillo, del Petizo, del Buque y del Lobuno, dos de ellas a 15 leguas de distancia entre sí, y la última a tres de Deseado.

Al contrario de la creencia general a propósito de la Patagonia, los campos son buenos aunque sin agua hacia la costa, y malos hacia el oeste, como que no tienen pasto, son pedregosos y además de carecer de agua también, están sembrados de grandes salinas. Las abundantes lluvias de invierno forman depósitos de agua dulce, pero los calores y los fuertes vientos, tan frecuentes allí, los hacen desaparecer en el verano, por lo cual no hay que contar mucho con ellos, y preferir las aguadas permanentes donde, con más o menos trabajo, siempre se obtiene agua.

El comandante Funes añade que el camino de San Julián a la boca del río Santa Cruz no puede servir para establecer la línea, porque atraviesa campos yermos, sin agua ni pasto.

Del Santa Cruz a la boca del Coy Inlet corre un camino carretero en buenas condiciones y en una extensión de 45 leguas aproximadamente, por campos feraces, provistos de agua, hasta unas 15 leguas del segundo río, donde comienza a ser escasa, aunque se la encuentre acercándose a la costa del mar.

La línea telegráfica tendrá que desviarse hacia la laguna de la Leona, entre el Coy Inlet y Río Gallegos, para atravesar el río por el paso de Guaraique, pues más cerca del mar los desbordes del Gallegos, la fuerza de sus corrientes y los témpanos que arrastra, derribarían los postes inutilizando el telégrafo.

Del paso de Guaraique al puerto de Gallegos y de éste a Punta Loyola, que dista aproximadamente ocho leguas, sólo se presenta una dificultad: el paso del río Chico, que en invierno inunda el valle y que mantendría en el agua algunas partes, cosa que sucederá más acentuadamente aún en el valle del Coy Inlet.

Por estos datos puede colegirse el aspecto general de aquella región, ya bastante poblada, y en que prosperan las haciendas, se encuentran guanacos y avestruces, y vagan animales vacunos y yeguarizos, alzados, que el gaucho y el pioneer no desdeñan, como que les ofrecen abundantes y suculentos asados sin exigir más que un buen tiro de bolas a carrera tendida.

Librodot

Entré San Julián y el cañadón 11 de septiembre, en una extensión de 24 leguas hacia Deseado, existen los establecimientos de los hermanos Patterson, Mata Grande, y de los hermanos Arnold, con ganado ovino, como la estancia de mister Jenkins Binfien, a tres leguas de Deseado.

Los establecimientos de Victoriano Vázquez, Reina, Smith, Guillaume, Woodman y Bodman, y Hamilton, dedicados especialmente a la cría de ganado lanar, se encuentran situados entre Santa Cruz y Loyola, el de Reina en el cañadón de las Vacas, el de Smith en la boca del Coy Inlet, el de Guillaume al otro lado del mismo río, y el de Hamilton justamente en Punta Loyola. Deben señalarse también el de Hope, a nueve leguas de San Julián, y el de Manzano, en la costa norte del río Santa Cruz.

Todos estos hacendados, a quienes el telégrafo prestará grandes servicios, haciendo cesar la incomunicación en que se encuentran, cooperan en lo posible para su ejecución, y han prometido dar local para las oficinas, alojamiento y manutención para el personal, y caballos para los guarda-hilos. Así, pues, no hay sino que poner manos a la obra, que -dicho sea de paso- debería haberse ejecutado muchos años hace, no sólo teniendo en cuenta la defensa militar del país, sino también el progreso de aquellas regiones argentinas, más alejadas de las provincias hermanas -en el hecho- que estas últimas de la misma Europa, como que sólo fondea en sus puertos un sólo transporte nacional cada mes largo... Y eso, algunas veces; porque cuando no se les ocurre...

La prolongación de la línea telegráfica desde Punta Loyola hasta el Cabo de las Vírgenes, se hará por medio de un cable submarino, según el proyecto del ingeniero Luiggi. Más tarde será necesario complementar esta obra, siguiéndola hasta San Sebastián, Usuhaia e Isla de los Estados, donde el telégrafo sería de grande utilidad.

Para la línea terrestre entre Deseado y Gallegos, se necesitarán 10.600 postes -que ya comienzan a llevarse a la costa-, en la forma siguiente: a Deseado 375, a Spring Bay 375, a Bahía Desvelos 1100, a San Julián 2550, a Santa Cruz 2600, a Coy Inlet 2600 y a Gallegos 1000.

GALLEGOS

Pero se ha cometido un error muy grave, al elegir la madera de Tierra del Fuego, si esa madera no es pura y exclusivamente del corte de invierno. La procedente de los cortes hechos en verano, es tan poco apropiada para el objeto, que todas las personas entendidas convienen en que con tales postes la línea telegráfica será de tan poca duración, que puede decirse que apenas terminada por un extremo estaría en el suelo por el otro... El fagus cortado en verano tiene el grave defecto de rajarse de arriba abajo, y de podrirse una vez enterrado, de tal modo que en Santa Cruz hay que renovar sin tregua los corrales hechos con postes de esa madera, que en Tierra del Fuego son, en cambio, de gran duración, tanto al aire como bajo el agua. Y si a esto se añade los fuertes vientos, los animales alzados y los guanacos sarnosos que irán a rascarse en los postes, la tensión del alambre, etc., se emprende fácilmente que la línea será «pan para hoy y hambre para mañana», como dice el refrán. Pero con buena vigilancia puede evitarse en mucha parte el inconveniente.

Librodot

Entre otros informes queme dio el señor Funes sobre aquellos parajes, que no me era posible recorrer sin dedicar muchos meses a ello, son interesantes los que se refieren al puerto, de San Julián y al Coy Inlet.

Allí practicó reconocimientos del fondo de la bahía, y valiéndose de una mala chalana, única embarcación con que contara, hizo varios sondajes y encontró un fondeadero con nueve a diez brazas de agua en marea baja, abrigado de los vientos y de la mar que entra con temporal de afuera. Ese fondeadero está mucho más adentro que el señalado en las cartas inglesas, que carece de abrigo, y es, por lo tanto, mucho más cómodo. Con poco trabajo puede obtenerse agua potable, y convendría hacerlo, pues San Julián está rodeado de estancias, cuyos productos irán a Buenos Aires cuando haya mayores comunicaciones. Hoy se envían directamente a Inglaterra, porque los transportes nacionales no se detienen allí, lo que perjudica al mismo tiempo a los hacendados y al fisco.

La entrada del Coy Inlet presenta dos canales, uno al norte y otro al sur, y adentro hay un fondeadero abrigado, con seis brazas en marea baja.

La barra es de piedra, pero plana, y no la atacan sino muy rara vez los vientos de afuera, pues reinan sobre todo los del tercer cuadrante (2), disminuyendo por lo tanto el peligro de una varadura. Las mareas son allí de siete brazas, de modo que cualquier buque puede entrar al fondeadero.

- VIII -
Carnaval en Santa Cruz

Santa Cruz, a donde nos dirigíamos a todo vapor, y ayudados por las velas cuando el viento era propicio, fue hasta hace poco la capital del territorio de su mismo nombre, que hoy ha sido trasladada a Gallegos.

Pero antes que lleguemos a esos puntos, séame permitido añadir algunas líneas a propósito de Deseado.

Como han de recordarlo aquellas personas que se han preocupado de los progresos del sur, los primeros colonos de ese puerto llegaron a él en 1882, y se establecieron bajo las órdenes de un personal oficial, numeroso y bien remunerado, que poco o nada útil era.

Dos años trabajaron asiduamente las familias colonizadoras, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, y poco a poco fueron retirándose, quedando sólo tres que han logrado formar un capital bastante apreciable.

La desorganización de las subprefecturas y la falta de comunicaciones, no han sido ajenas a este resultado, la una sembrando la desconfianza en los habitantes, la otra impidiendo el desarrollo de los productos naturales.

Los transportes -¡siempre los transportes!- han dejado de visitar a Deseado con la relativa frecuencia con que visitan a algunos otros puertos del sur, y han abandonado a los colonos a su propia suerte... Por otra parte, la subprefectura en cuestión ha dado lugar a un número tal de sumarios, que no puede compararse a otra oficina pública, según verá el curioso en los archivos...

Librodot

El clima, como en toda esa parte de la Patagonia, es variable pero seco, y también, como en el Chubut, la escasez del agua se hace sentir y ha impedido que los campos se pueblen más.

Otra particularidad, un recuerdo, mejor dicho, de la vieja colonia española, es la existencia del perejil, cuya semilla, arrastrada por el viento, ha ido a germinar en los cañadones, a muchas leguas de la costa, y que probablemente de año en año va extendiendo su conquista hacia el interior.

Respecto de aquella tierra, a menudo inhospitalaria, conviene citar aquí los datos que me comunica un antiguo habitante de ella.

«En 1885, casi a la entrada de la bahía Spring, se perdió el vapor inglés Bochester, cuyos tripulantes, por casualidad, dieron con un colono, quien los llevó a la subprefectura, donde permanecieron cerca de cinco meses, por falta de transporte.

»Luego, en 1887, se perdió nuestro Magallanes, y los pasajeros y tripulantes no se cansan de contar las penurias que han sufrido hasta la llegada de socorros.

»En 1895, para hacer economías, fue abandonada la subprefectura, y sólo en el año corriente se restableció, sin que se hubiera dado noticia de esto a los cónsules de las naciones marítimas...»

Menos mal que se haya vuelto sobre esta medida, y que ya se piense en dar estabilidad a las reparticiones racionales de la Patagonia, sobre todo las que son de tan imprescindible o insustituible auxilio. Pero ya hemos visto a la subprefectura de Madryn casi sin botes en que poder separarse algunos cables de la costa, y ya veremos otras lindezas análogas...

Largas horas de navegación nos faltaban para llegar a Santa Cruz, punto de, arribo del doctor Moreno y su comitiva, y gran parte de ellas la dediqué a reunir recuerdos y pedir informes acerca de aquella región.

-Santa Cruz y Gallegos -me dijo uno de mis compañeros de viaje-, son dos puertos característicos por sus ríos y la gran semejanza de sus condiciones climatéricas y topográficas. El primero de estos ríos es más caudaloso que el segundo, y se cree que es navegable casi en toda su extensión...

(Esto último acaba de comprobarlo el doctor Moreao con toda felicidad, como lo relataré a su tiempo.)

-Este río Santa Cruz, continuó mi interlocutor, es una arteria de comunicación de la más alta importancia, como han sabido comprenderlo muchos compradores de tierra que la han monopolizado.

-¿Y del Gallegos? -pregunté.

-Podría decirse lo mismo, aunque en menor escala, en lo referente a las tierras. Varios ciudadanos chilenos vienen desde 1880 ocupándose de recorrer todo el territorio de Santa Cruz, y hoy algunos de los hacendados que poseen extensos campos a ambas orillas del Estrecho de Magallanes, en suelo chileno, poseen también los mejores campos de esta región argentina.

Esta especie de monopolio, que se hace extensivo no sólo a los habitantes de un país extranjero -que al fin pueblan sus campos y contribuyen a su progreso- sino también a los favoritos de la suerte, representados en el caso por empleados públicos de más o menos campanillas, este monopolio, repito, se hace por la desidia y con la anuencia inconsciente del Gobierno, que nunca se ha preocupado con la debida dedicación del porvenir de esas tierras y de la facilidad de existencia de sus colonos actuales. ¿Dónde están los estudios concienzudos o siquiera esmerados de aquel suelo, desde el punto de vista práctico?,

Librodot

¿dónde la legislación lógica que permita no deshacer mañana lo que se está haciendo hoy?, ¿dónde la tendencia de crear sobre bases experimentales la estabilidad de propósitos que nos es tan necesaria para que nuestra marcha sea seria y realmente progresiva?

Apenas se ha explorado una región desconocida, y apenas se sabe en las oficinas públicas que hay en ella terrenos aprovechable o cuando esos terrenos se solicitan por la especulación, que los obtiene sin dificultad, aunque ellos estén poblados desde muchos años atrás por hombres de trabajo y sacrificio, que tendrán que desalojar a la intimación de los nuevos posesores.

-¡Ah, señor! -decía a un miembro de la comisión de límites uno de esos antiguos habitantes de la Patagonia- Aquí he pasado una gran parte de mi vida; todo lo que usted ve, esta estancia, lo he hecho yo con mis propias manos y es todo mi capital. Si mañana alguno, comprador o arrendatario del Gobierno, viene a sacarme de aquí, yo alegaré mi mejor derecho, hasta con las armas si es preciso.

Y ese hombre representaba en su frase enérgica, la irritabilidad de que se encuentran presa los que se hallan en sus mismas condiciones, y que allá, en medio del desierto, han hecho obra más meritoria y patriótica que aquellos que, por el simple hecho de frecuentar los ministerios, pueden hoy echarlos de su hogar.

Más tarde veremos lo que suele suceder con las denuncias de yacimientos mineros, que es curioso, por no decir otra cosa.

Y ese desamparo, esa injusticia del Gobierno están probados en todas las formas, hasta en la misma ubicación de las subprefecturas y de las capitales, que ya hemos visto pasearse de un lado a otro; en el nombramiento de funcionarios y empleados poco idóneos, sólo delicados a su interés, y por lo mismo, autoritarios y despóticos; en la falta de una inspección severa que hubiese podido evitar desde faltas muy graves hasta simples ridiculeces.

En cierta época, los marineros de la subprefectura de Santa Cruz andaban vestidos de chiripá y bota de potro, por no tener otra cosa que ponerse.

El presidio militar, que, tanto dinero costó, está hoy abandonado, sus casillas de madera se caen a pedazos, o se venden a precios irrisorios; el depósito de carbón, vacío, con análoga suerte, y lo único de extrañar es que el despilfarro se detenga aparentemente ahí.

El 20 de febrero, domingo de carnaval, llegamos a Santa Cruz, después de una navegación bastante agradable, pasada sin incidentes, en la amena y fácil intimidad de a bordo.

Las largas horas transcurridas sobre cubierta, con una temperatura benigna y un sol radioso, parecían cortas por la contemplación del mar, cuyos tonos cambiantes, según el momento, la profundidad y la marea, reclaman un pintor. Van del azul obscuro, casi negro, basta el verde claro, pasando por todas las gradaciones y matices intermedios. A popa, la espuma de la hélice y la de la ola que acaba de cortar y surca el barco, forma curiosas vetas sobre el fondo verdoso y transparente, que me hacen recordar el mármol de San Luis. A lo lejos, la marejada mansa trae a la memoria la Pampa con sus suaves ondulaciones. La luz juega el principal papel en este cuadro siempre variado y siempre el mismo, y los vapores nos hacen representar a menudo e instintivamente la escena de Hamlet y Polonio:

Hamlet.- ¿No ves aquella nube que parece un camello?

Polonio.- Cierto, parece un camello.

Hamlet.- Pero ahora me parece una comadreja.

Polonio.- No hay duda, tiene aspecto de comadreja.

Hamlet.- O de ballena.

Polonio.- Verdad, sí, de ballena...

Hamlet.- ...Tanto harán ustedes, que me volveré loco de veras.

Pero estas visiones, bellísimas entonces, iban a desmerecer muy luego y casi a borrarse de la memoria ante otros espectáculos más grandes y tangibles que todavía guarda el sur casi desconocido, y que no sé cómo no han atraído ya a todos los amantes de la naturaleza...

La entrada a Santa Cruz es menos monótona que la de Madryn, porque sus costas descarnadas, y tristes también, son más abruptas, y la vista descansa en los altos acantilados, en los montes y las colinas, en la rápida corriente del río, que, cuando baja la marea, llega a ser torrentosa.

A la derecha, a lo lejos, en un vallecito escondido, está Misioneros, el que fue presidio militar y hoy no se sabe cómo continúa siendo asiento de la subprefectura y del correo, aunque se halle a más de una legua de los verdaderos centros poblados.

Enfrente se ven unas cuantas casas de comercio, destacándose sobre la inmensa y alta playa de cantos rodados y de arena fina; a la izquierda los grandes galpones para depósito de carbón que el Gobierno tiene abandonados y sin un pedazo de hulla, aunque tanto necesite de esa facilidad la navegación del sur, y aunque Chile nos haya dado el ejemplo en toda la costa oeste y en Punta Arenas mismo. Más lejos, colinas pedregosas de cantos rodados, en que crecen matas de esa yerba fuerte que vive en las tierras saladas, y que da a esos cerrillos tintes verdinegros, que se hacen más intensos hacia el pueblo propiamente dicho -el Quemado-, extendido sobre un pequeño llano a 1900 metros de la costa, y unido a ella por una calle bastante bien hecha, y de 25 metros de ancho.

En la playa, multitud de fardos de lana estaban tirados desde meses atrás, a la espera de un barco que los transportara, y echándose a perder a la intemperie, aunque a pocos pasos se levante el depósito inútil del carbón, que bien pudiera prestarse a los colonos para defender su mercadería.

Y tirada sobre uno de los costados, imagen desolada de nuestra actividad administrativa, la antigua barca Usuhaia, que se me dijo estaba en venta, sin que se hallara comprador.

Tiempo, y largo, tuve para contemplar este paisaje, pues el bote de la subprefectura que debía darnos entrada, tenía que trasladarse desde Misioneros, cuyas casillas negras se distinguían apenas allá a lo lejos, detrás de un monte (Punta Witte), rico en curiosidades naturales, entre ellas la magnífica ostra fósil de la Patagonia, que figura en todos los museos.

La población de Santa Cruz data de 1879, pero tomó incremento realmente desde 1881; aun antes, en 1877, el comandante Piedrabuena edificó en la Isla Pavón; pero en la última fecha estableciéronse allí los colonos Gregorio Ibáñez, Cipriano García, Manuel Coronel y Gregorio Albarracín. De éstos sólo queda hoy la sucesión del primero, porque los demás tuvieron que ceder sus derechos. ¡Y con razón! Vivían en el más completo abandono, y su única comunicación era un barco que llegaba con intervalos de ocho y más meses. El Gobierno, que les había prometido animales, no se los dio, y para alimentarse tenían que recurrir a la caza de avestruces y guanacos, porque ni la pesca abunda... Los barcos que llegaban vendíanles víveres, pero escasos, y ¡a qué precio!... En una ocasión se vendió en Santa Cruz el quintal de harina a $ 50 oro.

Y todos aquellos colonos que habían ido allí con sus familias, fiados en nuestros gobiernos protectores del inmigrante, tuvieron por fin que retirarse, no sólo a causa de las

Librodot

tremendas penalidades que sufrieron, sino también porque hasta ahora no han logrado título de la legua de campo que por ley les corresponde como colonos.

El 84 volvió a poblarse Santa Cruz, yendo en la barca William Seeck a establecerse allí el nuevo comisario de la colonia, señor Augusto Segovia, y los colonas Marcelino Tourville, Pedro Semino, Silvestre Alquinta y Pedro Sanveliche. Diose a cada uno de ellos una casilla de madera y forros de hierro galvanizado para la misma, víveres para un año y unos pocos animales.

El Gobierno, que se habla comprometido, según decreto y contrato, a darles 250 ovejas, 50 animales vacunos, 12 caballos y útiles de labranza, etc., a cada uno, no les dio nada en resumen de cuentas; pero ellos, a fuerza de trabajo y perseverancia, consiguieron algunos animalitos, y hoy son estancieros y cuentan con un serio capital.

Eso sí, ¡tampoco se les ha dado el título de la legua de campo! Aviso a los especuladores.

¡Oh! hay que machacar sobre esto, que es la carcoma de aquel territorio, desde el río Negro hasta los canales del Beagle. Aquellos hombres no pueden ser despojados, porque han hecho demasiado esfuerzo para que les resulte inútil, porque han hecho muchísimo bien al país en que viven, para que éste no les recompense, dándoles siquiera lo prometido.

El señor Williams, que en aquel tiempo era subprefecto marítimo, les daba para que pudieran, no vivir, sino no morirse de hambre, los víveres sobrantes de la subprefectura, lo que él podía de sus propias reservas, y aun así veíase obligado a salir a cazar o mandar a su hermano con sus caballos y sus perros, para darles de comer. Uno de ellos, don Pedro Semino, que habitaba en una casilla del Gobierno con su mujer y dos hijos menores, tenía por único haber... ¡una yegua!... Los nuevos colonos de la Patagonia no sabían andar a caballo, no tenían recursos, estaban en el más completo abandono, y sin embargo, han triunfado. Véase por esto lo que hubiera sido aquella región con una más hábil y generosa distribución de los beneficios gubernativos, o mejor dicho, con un cumplimiento más estricto de sus deberes y obligaciones...

Hoy, en el departamento de Santa Cruz solamente, cuéntanse 250.000 ovejas y 1000 animales vacunos, los que no dan resultado, y sólo se tienen para las necesidades de la pequeña población, que entre Santa Cruz y San Julián es de unos 250 habitantes. Santa Cruz tiene además 2000 caballos, y San Julián 100.000 ovejas.

Las casas principales de comercio de Santa Cruz son la de Braune y Blanchard (sucursal, notadlo bien, de la de Punta Arenas), con un capital de 25.000 pesos; la de don Benito Fernández, antiguo contramaestre de nuestra escuadra y de la Escuela Naval, con 20.000; la de Tito Martínez, etc., etc.

Pero hay que hacer observar que estas pequeñas casas tienen su capitalito en continuo movimiento, y realizan beneficios muy apreciables, lo que las hace en realidad de mayor importancia.

...Llegó por fin el bote de la subprefectura, diose entrada al Villarino, que borneaba con la marea bajante. Allí iba a quedar gran parte de los pasajeros, con el doctor Moreno, unos para remontar con él el Santa Cruz, otros para seguir por el río Chico, a las órdenes del capitán Uriburu, que debía reunirse con la novena subcomisión de límites.

Además de la lancha, que era necesario armar a bordo, tenía que procederse al desembarco de las mulas de la comisión, taciturnos y melancólicos compañeros de viaje, de que no me he ocupado quizá como debiera, y que mirándose unas a otras, vuelta el anca al mar, rumiaron tristemente durante largos días el pasto seco que se les daba, cuando no se

Librodot

sentían atormentadas por el mareo o a medias cocidas por el vaho ardiente de las calderas. La operación iba a costar varios días de trabajo.

La caldera de la lancha Tornycroft, número 2, que tan airosamente iba a navegar muy luego el río Santa Cruz, no se hallaba en buenas condiciones; la prueba que de ella se hizo en el puerto de Buenos Aires no fue suficiente, como lo demostró otra que -esta vez con vapor y no con presión de agua- se efectuó a bordo del Villarino poco antes de la arribada. Se repasó toda ella, ajustándosele tubo por tubo, y la larga operación no estaba aún concluida en el momento del desembarco.

Bajamos a tierra. La marea había dejado a descubierto la ancha y tersa playa de arena, coronada por la gradiente de cantos rodados, de pedregullo, que forma una verdadera colina de falda completamente plana.

Se calculará la altura de esta costa, sabiendo que en las mareas de luna llena las aguas tienen entre baja y pleamar, una diferencia de 42 pies.

El doctor Moreno, sus ayudantes y sus peones fueron a instalarse en el abandonado depósito de carbón, mientras uno de su comitiva quedaba a bordo para vigilar la descarga de los víveres y pertrechos.

Al mismo tiempo comenzaba el carnaval, el único que hemos tenido, el de las mulas.

Con la baja marea el Villarino estaba a distancia relativamente corta de la playa, y para ahorrar trabajo y no estropear demasiado a los animales, se procedió a echarlos al agua y hacer que, nadando, ganaran la orilla. Abrieron la marcha los caballos del coronel Rosario Suárez, sobre todo el Rayo, «su crédito», corcel que fue de un cacique del sur, y que viejo y todo como es hoy, dio muestra de su brío cortando vigorosamente el agua correntosa del Santa Cruz, y dando ejemplo a sus compañeros. ¡Pobres animales! Después de tanto día de traqueteo infernal, de mareo y de hambre, aquel jueguito de carnaval al uso antiguo no debía hacerles mucha gracia. Al pisar la arena se detenían temblando, sacudiéndose, desorientados, como si les faltase el balanceo del buque. En el agua los arriaban la lancha a vapor del transporte y los botes, pero hubo que abandonar el procedimiento, porque, espantados, se iban corriente abajo, a perecer en cuanto se fatigaran. Solos, se desenvolvían perfectamente, y llegaron sanos y salvos.

Sentados en el pedregullo, mirábamos el interesante espectáculo, muy divertidos, porque en esos viajes largos y monótonos todo incidente es entretenimiento, y recordando que también en Buenos Aires se desembarcaban de ese modo los animales antes de que, tuviéramos el Puerto Madero, como se desembarcaban en carretas las personas...

-Lindo carnaval, ¿eh?

-¡Lindo, lindo! Ahora falta el corso: vamos hasta el Quemado.

-Vamos.

Y emprendimos la marcha hacia la aldea, que, como he dicho antes, está a 1900 metros de la costa. Aquí comenzaron las penas, pues para ganar el bulevar teníamos que recorrer un trayecto bastante largo por el pedregullo, que se apartaba crujiendo bajo nuestro peso, destrozándonos los botines, no hechos para esas andanzas. Afortunadamente, un carrito de carnicero acertó a pasar cuando ya estábamos dando al diablo la caminata, y el carrero, dirigiéndose al doctor Luque, que iba con nosotros:

-¿Usted es el médico de a bordo? -le preguntó.

-Sí. ¿Qué desea?

-¿Quiere hacer el favor de venir a ver a un enfermo en casa de Tito?

-¿Dónde está esa casa?

Librodot

-Allá, en el Quemado.

-Bueno, ahora mismo irá.

Yo tomé parte en la conversación entonces, iluminado por una idea salvadora.

-¿Por qué no nos llevaría en el carrito?

Y en el carrito sucio de sangre, nos fuimos, en efecto, el doctor Luque, de uniforme, y yo, porque los compañeros no quisieron seguirnos, suplantando el suplicio del pedregullo por el de los barquinazos del vehículo, que nos obligaban a asirnos fuertemente para no caer. Así vimos la casa de comercio de Braune y Blanchard, el galpón negro con una cruz en el remate, que sirve de iglesia, donde no se dice misa porque no hay ornamentos, y el resto del pueblo, alegremente dorado por el sol, plácido y tranquilo entre las altas colinas que lo rodean por tres lados, y que no dejan de tener algo de pintoresco.

El doctor Luque hizo su visita médica, luego tuvo que montar a caballo para ir a hacer otra en Misioneros -un regular galope-, y por fin todo el día estuvo solicitado, llevado y traído, sin dársele punto de reposo. En Santa Cruz no hay médico, como no lo había en el Chubut, y cuando llega un transporte, el de a bordo ya tiene para rato, por poco complaciente que sea, porque en cuanto a recompensa, sólo habría que esperar la celeste.

Don Juan Williams, juez de paz de la localidad, y que hace de agrimensor, de consejero, etc., asiste a los enfermos también como Dios le da a entender, y algunas veces con excelentes resultados. Pero... no hay medicamentos, es decir, no hay sino aquellos de uso más común, como la sal de Inglaterra y a algunos específicos; buscó, por ejemplo, el doctor Luque yoduro de potasio, y tuvo que recurrir al botiquín de a bordo.

Este señor Williams, que fue subprefecto marítimo en tiempos de la segunda fundación de la colonia cuya historia he referido rápidamente, ocupándome al paso de él, es un hombre alto y seco en apariencia, de larga barba entrecana y ojos llenos de juventud. Gran jinete, infatigable cazador de guanacos y avestruces, ha corrido por aquellas colinas pedregosas y abruptas, arriba y abajo, con riesgo de la vida, y eso durante años enteros. Diez y siete ha estado allí, sin venir sino tres veces a Buenos Aires, y conoce aquella tierra palmo a palmo, como conoce cuanto ha pasado en ella. Él fue quien me dio minuciosos e interesantes detalles sobre esta región, que me han servido y me servirán en adelante.

-¿La vida no será en Santa Cruz tan fácil como podría serio? -le pregunté en una de nuestras largas conversaciones.

-¡Oh! a pesar de todo lo que se sufre, esto es hoy el paraíso, comparado con lo que fue antes. Ahora hay recursos, no muchos, pero suficientes, y en un principio no había nada, todo estaba como la palma de la mano...

-Usted ha prestado muchos servicios a los colonos, que le deben no haberse muerto de hambre en ciertas ocasiones. Me ha dicho Tourville, por ejemplo...

-Ya hubieran salido solos del paso -dijo, rehuyendo la contestación.

Cambiamos de tema, y al ver una cantidad de troncos y tablas esparcidos por el suelo, en medio del campo, pregunté:

-¿Para qué es toda esa madera?

-Estamos de edificación -me contestó-. Santa Cruz adelanta a pesar de todo. Ahora va a poblarse todo el terreno amojonado que usted ve, y dentro de poco nuestro pueblito habrá crecido notablemente. Se dan lotes de 25 por 50 y de 50 por 50 a los que se comprometen a poblar, con la única condición de que depositen 50 pesos como garantía de que construirán el cerco y la casilla. Muchas de ellas serán de madera solamente, pero, como habrá visto en el Quemado, allí las hay de material, es decir, de adobe.

Librodot

-Y, a propósito de progresos y facilidades de existencia: ¿ha cesado por completo la carestía de otros tiempos?

-Sí, ahora tenemos vacas, cuya carne no se consume, porque los animales enflaquecen demasiado; capones excelentes, muy sabrosos, algunas aves, muy pocas legumbres, que cultiva cada uno para sí -papas, habas, cebollas-, etc.- vino chileno abundante y barato, como el azúcar, el café, té, licores...

-¿Que vienen naturalmente de Punta Arenas?

-De Punta Arenas, sí. Se exporta mucho para allá también, porque los transportes no bastan, las mercaderías que vienen se quedan en Buenos Aires, y las que deberían ir... Esos fardos de lana que ve usted en la playa, están allí hace más de dos meses, y tendrán todavía que aguardar.

En cambio hay otras ventajas, como, por ejemplo, el aumento anual de las ovejas, que dan 85 por 100 aquí, en ocasiones hasta 110 en San Julián y hasta 140 al pie de la cordillera... Y eso con una sola parición al año.

-¿Tanto? ¿Y cómo puede ser que...?

-Es que esta raza, cruza de Cheviot y Lincoln, que es más o menos la de las Malvinas, adquiere gran desarrollo y es mellicera. Las ovejas tienen dos y a veces tres corderos, la mortalidad es muy pequeña, no hay epidemias, y el clima demuestra ser muy favorable.

-¿Y la lana es tan buena como la carne, que en efecto es sabrosísima?

-Se lo diré todo con decirle que el año pasado ha obtenido en Inglaterra hasta 8 3/4, peniques.

Miré el campo en torno y quedé sorprendido de que aquellos matorrales desolados, escasos, morados y verdes, pudieran servir de alimento, con tan visible éxito, a los miles, de animales de que se trata. Pero recordé que en Patagonia no se tienen las majadas como en el norte, un espacios reducidos; que cada oveja cuenta con un vasto radio en que comer el jume blanco, y que esos animales están desde varias generaciones adaptados al medio, como que proceden de las Malvinas, donde ya Darwin, en su viaje de circunnavegación a bordo del Beagle, observó la curiosa adaptación y el desarrollo del ganado vacuno; caso que ha ocurrido también en lo que respecta al ovino, que literalmente no cabe en la isla.

Tanto es así, que algunos hacendados malvineros matan millares de cabezas a la orilla del mar para utilizar las pieles y dejar el animal a disposición de las aves carnívoras y del capricho de las olas. Otros hacen sebo, y otros, por fin, venden los animales en pie a precios muy bajos.

Muchos de esos hacendados han hecho todo lo posible para ir a poblar la Patagonia, pero se han encontrado con esta dificultad: no se les garantizaba la posesión ni el arrendamiento del campo necesario, y no podían aventurarse hasta el extremo de tener ovejas y no donde ponerlas.

Eran siete u ocho, que hubieran llevado un plantel de mucha importancia.

El señor Williams envió innumerables notas, tocó cuantos resortes pudo, pero sin que se lograse como servicio lo que en verdad era un beneficio general. Y los malvineros se fueron a Chile.

Entretanto, aquella tarde se había desembarcado todo el equipaje del doctor Moreno y comitiva, y gran parte de las mulas y caballos, operación esta última que tuvo que suspenderse porque comenzó a soplar el vientecito patagónico, y a correr el Santa Cruz que se las pelaba.

Librodot

La comisión de límites estaba ya instalada en el galpón, organizando los víveres y pertrechos, bajo las órdenes inmediatas del perito, incansable en la tarea y que tomaba parte en ella como los demás. Las visitas se encargaban del mate amargo, que no hubiera circulado de otro modo, y ya junto al fuego se doraban lentamente los cuartos de un capón, que al poco rato fue manjar delicioso para nuestros estómagos hambrientos.

Crujían bajo nuestros pies los cantos rodados que han quedado en enormes montones en el piso interior, y redoblaba sobre nuestras cabezas el techo de hierro, sacudido por la brisa que, según el anemómetro de abordo, corrió aquella noche más de 60 kilómetros por hora. Algunas veces anda más, y por eso aquel puerto es tan temible para las embarcaciones menores, pues se le alía la corriente, y como suele soplar arrachado, con ráfagas violentas, ni puede utilizarse la vela, ni puede el remo con el torrente aquél.

-¡Hermoso carnaval!

-¡Hermoso!

-Mientras sólo dure los tres días...

Buque ha habido que ha tenido que quedarse allí, a dos anclas, semanas enteras, por no poder desembarcar un fardo ni con la lancha a vapor.

Cuando, después de comer, hicimos señas al Villarino para que nos mandara bote, comenzó a inquietarnos no notar a bordo movimiento alguno. A las señales con pañuelos, sucedieron más tarde, ya entrada la noche, las de los faroles, las fogatas y los tiros de revólver. Nada.

Nadie se movió, ninguna embarcación bajó de sus pescantes, y el Santa Cruz siguió rodando con ruido fragoroso sus aguas verde claro.

-Hay que renunciar a que nos manden bote.

-¿Pasará algo a bordo?

-Es extraño que no contesten, porque tienen que haber comprendido las señales.

-Y el comandante Murúa también está en tierra y desearía embarcarse.

Estas y otras observaciones cambiábamos cinco de los pasajeros del Villarino, y un peón, cargado de trebejos, los que más habíamos andado aquel día; no descontábamos lo que la experiencia enseña a los que frecuentan aquellos parajes. Nadie escarmienta en cabeza ajena.

Sin embargo, el río es verdaderamente temible en esa altura.

La corriente llega a tener una velocidad de siete a ocho millas por hora, y si el viento, tal como lo he descripto -con sus 60 y 70 kilómetros-, corre en contra de ella, bien pueden comprender los lectores que no exagero.

Pero no podíamos pensar en dormir incómodos allí cuando a bordo nos aguardaban nuestras camas y nuestros abrigos -habíamos declarado terminantemente nuestro propósito de no quedarnos en tierra-, desconocíamos, o mejor, no queríamos creer en los riesgos que presenta aquel relativamente angosto caudal de agua, cuando el Villarino estaba casi puede decirse al alcance de la mano, y por amor propio y temeridad resolvimos embarcarnos de cualquier modo. La suerte no quiso que halláramos lo necesario: bote sí -había varios en la playa-, pero faltaban los remos. Hubiéramos tomado cualquiera, para devolverlo al día siguiente, pero no era posible hacerlo sin tener con qué bogar.

Una choza baja, tan baja que era menester entrar casi a gatas, cerrada apenas con unas chapas de hierro galvanizado, aislada en la costa, nos pareció depósito de artículos navales.

-¿Abriremos?

-¿No abriremos?

-A la guerre comine à la guerre.

Y se abrió. Había allí, en efecto, caballería, tarros vacíos de pintura, bombillas, hasta un timón, pero ni un solo remo.

-¿Durmamos aquí? -propuso uno.

-¡Qué hemos de caber, hombre! Y además, tanto valdría dormir afuera, y en el galpón estábamos mejor.

Seguimos buscando, naturalmente sin hallar, a lo largo de la playa, sobre los cantos rodados, bajo el viento cortante como hoja de cuchillo, hasta que al fin, cansados, lacerados casi, acabamos por donde debimos comenzar, dirigiéndonos hacia la única casa de comercio que permanecía abierta todavía, la de un obsequioso andaluz que habíamos conocido aquella tarde.

-Venimos en procura de bote; ¿tiene usted alguno, o cualquier otra cosa para irnos a bordo?

-¿A bordo?... -preguntó extrañado- ¿Con este tiempo?

-Sí, hemos resuelto irnos.

-Pues no, señores, no tengo bote, y me alegro.

-¿Ni remos?

-Tampoco.

Inició una disquisición sobre los peligros, pero se la cortamos, preguntándole si no habría al alcance algún lanchero. Había, se le mandó llamar y fue. Era un marinero portugués, de cara ancha y abierta, sonriente y tranquilo. A nuestra pregunta, hecha casi en coro, contestó categóricamente:

-No, señores, no puedo llevarlos; mi compañero no está, un hombre solo no rema bastante; y aunque estuviera, él no querría... ni yo tampoco.

-¿Por qué?

-Ustedes no quieren creerlo que es este río; se ha comido mucha gente; se ha de comer mucha todavía, y no hay que jugar con él...

Y nos contó varios naufragios, marineros perdidos con el bote, que había ido a encenagarse allá abajo en el cieno, hombres robustos, arrebatados por la corriente... y todo esto sin dejar la expresión risueña y franca.

Nos miramos las caras. Volver al depósito de carbón era declararnos en plena derrota. Pero no había que hacerle. Lo que no tiene remedio, remediado está.

Agotados todos los medios de que hubiera podido disponerse para ir a bordo, natural es que resolviéramos... quedarnos en tierra. Pero, ¿dónde?

Nos consultamos, consultamos al almacenero andaluz, al marinero portugués, y ya íbamos a optar por ir a dormir en la playa sobre el pedregullo -¡con aquel viento!- o invadir el depósito de carbón, cuando la situación se despejó como por ensalmo.

-Yo me voy al depósito -dijo uno-. Tengo una cama para usted -murmuró el ventero al oído de otro, conocido suyo de tiempo atrás.

Un tercero preparó sus baterías y las abocó al marinero, que se había quedado observando la escena con cara risueña:

-¿Y usted no tendrá algún rincón?...

-Sí, pero mi casilla es chica y no podría llevar sino a uno.

-Bueno, el peón dormirá en cualquier parte, en el suelo, donde menos incomode.

Y los que quedábamos en blanco, que éramos tres, comenzamos, envidiosos, a tratar de que se echara atrás, denigrando la habitación sin conocerla. Pero el huésped replicó, sin

Librodot

enfadarse, risueño como cuando se negaba a llevarnos: -No, el cuarto era muy limpio, hasta recién empapelado, con una buena cama.

-¡Oh! -terminó- siempre pasa lo mismo con los pasajeros; muchas veces he pensado hacer una comodidad y la haré en cuanto pueda...

Creí entender por comodidad algunos cuartos para huéspedes, y eso era en efecto.

-Bueno, pero ¿y nosotros?

-¡Ah!

Y se desentendían los ya ubicados, tan egoístas como nosotros envidiosos. «Una noche como quiera se pasa», sí, pero ¡aquélla! El que se quedaba en el almacén nos surgió de pronto una idea salvadora.

-¿Por qué no van a casa de Braune y Blanchard?

-¡A esta hora! (ya eran cerca de las doce, y la noche estaba como boca de lobo).

-Sí, pues. Seguro que les dan hospedaje.

-Pero es imposible que a media noche...

-Vayan tranquilos, y llamen si la casa está cerrada.

No había que discutir, pues la disyuntiva era fatal: o ir a fastidiar al prójimo, u optar por el pedregullo del depósito, incomodando también allí para procurarnos algunas mantas. ¡En marcha, pues! Y azotados por el viento, en medio de una obscuridad tal que no nos veíamos aunque camináramos juntos, echamos a andar en busca de la larga calle que ya aquel día habíamos recorrido varias veces. Los demás tomaron rumbo también, y las peripecias cesaron. En casa de Braune y Blanchard nos recibieron en palmas de manos, aunque ya estuvieran todos acostados; cediome su cama el gerente, a pesar de mis protestas; la otra que ocupaba un empleado tocó en suerte a uno de los compañeros, y el último, Nesler, tuvo un magnífico catre. Poco después dormíamos todos con un sueño tan bien ganado desde el punto en que comenzó a ser vaga aspiración, que necesariamente tenía que ser profundo.

Al día siguiente, cuando volvimos a la playa, supimos que otros compañeros, menos afortunados, habían forzado también la puerta de la casucha, y entre los baldes y los cabos habían pasado la terrible noche.

De esta última aventura nadie ha dicho palabra, nadie se ha jactado, de manera que sus actores permanecen desconocidos... hasta cierto punto.

En el depósito de carbón ya casi todo estaba dispuesto para la marcha; los víveres en sus cajas a propósito para el carguero de las mulas, repartidas las armas, las mantas, las ropas. Sólo faltaban las mulas que no habían podido desembarcarse el día anterior, para que la comisión de límites pudiera fijar definitivamente su partida. El doctor Moreno, levantado desde el amanecer, ocupaba su actividad en mil detalles, sin demostrar impaciencia por el retardo. Bien es cierto que aun desembarcadas las mulas, faltaría la lancha, que, en efecto, el Villarino dejó varios días después, con uno de sus maquinistas, para terminar el arreglo de la caldera. Pero he observado en él esa cualidad de no impacientarse, mientras se esfuerza por ganar tiempo a la vez, en varias ocasiones. Cuando varamos en plena dársena, y después de seis eternas horas de espera, cuando los nervios de todos nosotros vibraban como cuerdas de violín, recuerdo que le dije:

-¿No le parece esto desesperante, doctor?

-Cuando se viaja es necesario aprender a tener paciencia -me contestó.

La experiencia, en efecto, me lo ha estado demostrando en esta larga excursión. Pero sería necesario examinar si algunos temperamentos son aptos para aprenderlo.

Librodot

Pasamos aquella mañana mirando el río y mirándonos las caras. No había otra cosa que hacer hasta la hora de almorzar, lejana aún, si es que no se considera hacer algo el sorber mate tras mate, y comentar el ruido del viento y el de la arena que arrastraba para imitar el rumor de la lluvia que no cae por allí.

Curioso fenómeno: antes no llovía jamás en la costa este de la Patagonia y Tierra del Fuego; ahora comienzan a notarse algunas escasas lluvias, sobre todo en la isla. El clima varía, en efecto, y observaciones aproximativas hechas en Bahía Thetis, Buen Suceso y Policarpo, dan en cuatro años un aumento notable en la lluvia caída y en la humedad atmosférica. También se ha notado una pequeña diminución en la velocidad de los vientos. Datos exactos a este propósito tienen los padres salesianos de Río Grande, y el observatorio de Córdoba, que mantiene una estación en la Isla de los Estados.

Y ya que hablamos de meteorología -aunque rudimentaria-, ¿por qué no añadir que el clima de Santa Cruz es tan extremoso que de 22 grados centígrados de temperatura en el verano, el termómetro desciende en invierno a 13 y más grados bajo cero? Los vientos que predominan, con la velocidad que ya he dicho, son los del tercero y cuarto cuadrante, nieva todo el invierno, y el mismo río suele helarse a una y otra orilla, hasta no dejar sino un pequeño canal en el centro, como sucedió en julio de 1895. Verdad que en aquel mes, desde el 12 al 16 sobre todo, la temperatura era, de 8 a 9 de la mañana, de 15 grados bajo cero.

-¿Vamos a almorzar?

-¡Ya era tiempo!

- IX -
Lunes de Carnaval

A la tarde el viento amainó un poco, pero no lo suficiente para que pudieran continuarse las operaciones de desembarco. Habíamos hecho honores a un gran puchero y a un buen asado de capón en casa de Tito, en el Quemado, y trabado más amplia relación con Marcelino Tourville, quien me prestó su caballo para ir hasta el depósito-alojamiento de la comisión de límites, y usarlo luego según me pareciera.

-Es un servicio inestimable, pues recorreré la costa, veré Misioneros, y me libraré del pedregullo -me dije-. Cierto que hace años que no monto a caballo, pero ¡bah! quien bien aprende, tarde olvida.

Hubiera deseado mayor tiempo para internarme algo en el territorio, pero ni podía perder el Villarino, so pena de quedarme allí un mes entero, ni podía tampoco adivinar que el viento iba a jugarnos la mala pasada que tenía en preparación.

Pero, otros dirán por mí el concepto que les merece aquella región, tierra adentro, y el primero será uno de los hombres que más han contribuido, en épocas anteriores, al conocimiento de la Patagonia: el capitán Moyano que, refiriendose a ella, dice:

«La zona vecina a la costa contiene pastos escasos, pero de una calidad especial que permite aprovecharlos para la cría de vacas, ovejas, caballos y cabras, y que la práctica ha probado pueden soportar el clima de todo el año, y algunos retazos en los valles de los ríos y cañadas se prestarían para la agricultura, aunque no en grande escala. La zona central es menos apta a estos objetos, porque a la escasez mucho más acentuada de su vegetación,

Librodot

reúne la seria desventaja de que dando una prueba de su inhabitabilidad en esta estación, los mismos animales salvajes, como guanacos y avestruces y aves que a millones bajan en ella a las costas, tal vez no permita en ella la estadía de los animales en el invierno, doblemente más crudo que el de la costa, por la elevación de las mesetas que la forman, y su distancia del mar, que tanto atempera el clima. La zona andina, o sea la zona montañosa, que empieza con los primeros contrafuertes de la cordillera, está caracterizada por espesos e interminables bosques de hayas antárticas, y una vegetación herbácea que satisfaría al estanciero más exigente».

La reciente obra del doctor Moreno es más explícita en lo que respecta a la Patagonia Central, y los trabajos que él y sus colaboradores tienen en preparación arrojarán mucha luz sobre ella.

Pero, aparte de que era justo recordar al explorador citado -a cuyos trabajos he tenido que referirme ya-, sus consideraciones son de mucho valor, y merecen ser recordadas.

Darwin, que remontó con Fitz-Roy el río Santa Cruz, y que si hubiera seguido todavía algunas de sus vueltas habría avistado y descubierto el lago Argentino, puesto que anduvo 224 kilómetros de su curso, y el lago estaba como si dijéramos al alcance de su mano, se expresa con mayor severidad y no sin cierta injusticia, acerca de la topografía de aquel territorio.

«El paisaje -dice- continúa ofreciendo escaso interés. La similitud absoluta de las producciones en toda la extensión de Patagonia, constituye uno de los caracteres más notables de este país. Las llanuras pedregosas, áridas, tienen en todas partes las mismas plantas achaparradas; en todos los valles crúzanse los mismos matorrales espinosos. Por todas partes vemos los mismos pájaros y los mismos insectos. Apenas si un tinte verde, algo más acentuado, corre por las orillas del río y de los arroyos límpidos que van a arrojarse a su seno.

La esterilidad se extiende como una maldición sobre todo este país, y la misma agua que corre sobre un lecho de guijarros, parece participar de esa maldición...»

La falta de víveres, más que otra cosa, hizo que Fitz-Roy no siguiera adelante; otros más tarde lo hicieron, y por último ha tocado al perito argentino la honra de remontar a vapor el Santa Cruz -como aseguró que era posible en 1877-, de entrar al lago Argentino, de ir por el Leona, hasta el lago Viedma, sirgando sólo unos veinte metros a la altura del cerro Fortaleza. Pero no adelantemos los sucesos, como se dice en las novelas de intriga, y recordemos que el doctor Moreno, sus ayudantes y sus peones, están todavía en el depósito de carbón.

Sin embargo, venía esto muy a cuento al hablar del territorio, pues contra lo que afirman los exploradores citados, el doctor Moreno, que no limitó sus trabajos al curso mismo del río, sino que estudió también sus márgenes en una extensión bastante vasta, ha encontrado -según mis noticias- campos espléndidos para pastoreo, y lo que es mejor, maderas en abundancia, y hasta minas de carbón de piedra (¿lignito?)

La navegabilidad del Santa Cruz era un problema de alta importancia, cuya solución va a entregar al trabajo y al progreso una nueva y vastísima zona, casi despoblada hasta hoy; si el parásito de la especulación, que impide el desarrollo y ejercicio de las fuerzas vivas que están aún latentes en toda la Patagonia, no invade también aquella región, y si el Gobierno, tan descuidado siempre, la reserva hasta estudiarla y hallar el modo de entregarla a los pioneers que la hagan prosperar para bien suyo y del país.

Librodot

No tengamos, por Dios, otra concesión Grünbein, ni se dé esa tierra a intermediarios cuya sola misión sería hacerla pagar máscara a los trabajadores, cobrando su influencia como mercadería, y contribuyendo así a desacreditar nuestros procedimientos administrativos. Hay que reaccionar; es necesario no descontar ya el porvenir, sino prepararlo para que sea más próspero.

...Santa Cruz debe su nombre a Magallanes, que lo descubrió el 26 de agosto de 1520, después del recio temporal que hizo naufragar una de sus naves. Pero durante muchos años no se ocuparon de aquel puerto los españoles, en cuyo nombre había tomado posesión de él quien estaba llamado a mayor gloria aún, el navegante de quien Camoens dijo:

Ao longo desta costa que tereis

irá buscando a parte mais remota
o Magalhaes, no feito con verdade
portuguez, porém nao na lealdade

Según Pigafeta, el historiador de aquella expedición por tantos conceptos memorable, el puerto era bueno y seguro. D'Orbigny supone que más tarde hubiera cambiado, porque en 1746 la nave española San Antonio lo encontró impracticable a causa de la acumulación de arenas. Pero no ha habido tal cambio; el San Antonio no habrá logrado entrar a causa de la barra que sólo puede pasarse cada seis horas; la enorme diferencia de las marcas, que he señalado ya, permite en pleamar el paso de buques de cuatro y cinco mil toneladas, sin el menor inconveniente.

Magallanes, sin embargo, pudiera haber hecho una pequeña variación profética en el nombre con que bautizó a esa Pesada Cruz para sus primeros pobladores... para los pasajeros del Villarino, y especialmente para mí, que en el overo de Tourville, abiertas las piernas como para desarticularlas sobre el ancho recado, y después de dar algunos galopes de aquí para allá, caí muy ufano al depósito, para averiguar cómo marchaban las cosas. Todo iba a pedir de boca, menos lo dependiente de la voluntad del río, que corría en forma de hacer inverosímil que pudiera helarse alguna vez, ni aun en el mismo polo.

-¿Por qué no va a Misioneros? -me preguntó el Dr. Moreno.

-Es mi proyecto.

-Entonces, hágame el favor de ver si hay cartas para la comisión de límites.

-Con mucho gusto.

Bajé a tomar un mate, y ya comencé a notar que el recado no estaba hecho para mí o yo no estaba hecho para el recado. Disimulé como pude una manera de caminar que aún no me conocía, y traté de alejar de mi mente los tristes y dolorosos presagios que la asaltaban. ¡Caramba, un criollo, que ya en 1880 hacía largas etapas en Curumalal con D. José María Muñiz!...

Entre los visitantes semiforzados del depósito estaba el ingeniero Tapia, que:

-Si encontrara caballo, lo acompañaría con gusto -me dijo:

-Y yo también -añadió el comisario Martínez.

Encontraron: Martínez un jamelgo y Tapia una linda mula, trotona y falsa, como la del romance; montamos los tres, y para llegar más pronto, echamos a galopar por el camino más largo. Fuimos de nuevo al Quemado, y desde allí, al trote, para gozar del paisaje, a la subprefectura, por la falda de los cerros que dominan el río.

Librodot

-¡Pero qué andar tan duro tiene este animal! -Y recordaba, allá en mis adentros, la aventura que el día anterior había ocurrido a un joven francés, compañero de viaje, que tuvimos por muerto tres o cuatro veces. A la quinta, y después de recogerlo casi del suelo, no pude menos que decirle:

-¡Mais vous vous faites mal!

-J'en ai eu bien d'autres... au manège... et encore, le caporal etait-là, pour m'obliger a remonter en selle...

Y volvía a subir como si tal cosa.

Al pie de los cerros, riquísimos en fósiles, el camino es fácil y el río hace en la playa, un poco más lejos, caprichosos encajes. Misioneros no se ve, aunque se halle a menos de una legua, oculto como está por la punta de Witte. El viento parece haber dejado de soplar, quizá porque lo detienen las alturas que faldeamos.

-¡Pero qué andar de caballo!

-¿Quiere la mulita? -me preguntó risueñamente Tapia.

La miré, lo miré... Él es pequeño y no va mal en una mula como las excelentes llevadas en el Villarino, de cuya recua formaba parte aquélla.

Pero yo... Mi montura, cuando pasé los Andes, parecía extraño fenómeno con seis extremidades.

-¡Muchas gracias! -contesté.

-¿Quiere que regresemos?

-¡Qué esperanza!

Este modismo era trasunto de mi temor a una rechifla. ¿Y las cartas?

¿Dónde estaban las cartas? ¿Conque no había llegado a Misioneros?... Me encomendé a Pellicer, mártir en Santiago del Estero y... ¡a galope para concluir de una vez! No sé cómo puede uno olvidarse de tal modo de andar a caballo. ¿Será el recado? ¡pues, tan ancho! En una silla inglesa, menos mal...

Por fin se presentaron a nuestra vista las casillas negras del antiguo presidio, la habitación del subprefecto, menos tétrica, y la mancha roja del buzón federal, allí en la playa, donde nadie ha depositado nunca cosa alguna, si no es el viento las arenas y las piedrecitas que arrastra.

Nos apeamos a la puerta de las oficinas subprefectoril y postal, y nos recibieron el subprefecto Máximo Rivero y el ayudante y administrador de Correos a la vez. Mi modo de andar del depósito se había acentuado un tanto, pero aún era presentable.

-¿A usted lo manda La Nación? -me preguntó el subprefecto.

-Sí, señor.

-¿Y para qué?

-Hombre... para ver... para observar...

-¡Ah! ¿De modo que viene al tuntún?

-En efecto, al tuntún. Siempre andamos así, y a veces es muy curioso...

(Hay que recordar que estábamos en lunes de carnaval, y que era obligatorio divertirse en algo. Nunca falta quien suministre asunto.)Recogí luego las cartas, montamos, y aunque fuera un poco tarde, Tapia y yo nos quedamos en la punta Witte para recoger algunos fósiles.

Desde Darwin se conocen esos fósiles, pesadas ostras que llegan a tener un pie de diámetro y que parecen enormes y cenicientos pasteles de hojaldre. El comisario Martínez siguió marchando al paso, para que lo alcanzáramos.

Librodot

Llenamos de ostras las alforjas de la mula, que desgraciadamente tenía floja la cincha, y mientras armábamos un cigarrillo y cambiábamos impresiones, se preparaba la catástrofe.

-¡Cuidado! -gritó de pronto el ingeniero Tapia.

Y apenas lo hubo dicho, cuando sentí silbar junto a mi cabeza el más vigoroso par de coces que cuadrúpedo alguno haya tirado nunca, y enseguida una loca, una furiosa carrera por las piedras de la loma.

-¡De buena se ha escapado! -exclamó mi compañero, que montó de un salto a caballo y se puso en persecución del espantado animal, que fue sembrando el suelo con ostras fósiles, bajeras, cincha y montura, dejándome boquiabierto, tan rápidamente se había desarrollado este final de acto.

¡Pero qué carnaval, señor!

Filosóficamente fui recogiendo las prendas de la montura, y luego me senté sobre ellas a contemplar las peripecias de la cacería en que Tapia se había empeñado. Triunfó por fin, volvió haciendo cabrestear al animal, lo ensillamos, y sin que mediara negociación alguna, él se quedó con el caballo y yo lo seguí modestamente enhorquetado en la acémila, y todavía agradecido por no haberme quedado a pie.

Los fósiles, que fueron a buscar nuevo yacimiento, se quedaron por esa vez allí.

En el camino encontramos a Martínez, que volvía a ver lo que pasaba, y como se acercaba la noche, echamos por la quebrada playa, arribando felizmente al depósito. Cuando eché pie a tierra tuvo que hacer heroicos esfuerzos para que no se me conociera la enorme fatiga, el dolor del cuerpo entero, desde los omóplatos hasta los tobillos.

A pesar del resultado un tanto negativo de mi cabalgata de ese día, pensé poner en planta un proyecto que mascullaba en mi interior, casi desde el principio del viaje: pedir permiso para agregarme a la comitiva del perito, y acompañarlo en su expedición a través de la Patagonia, para ir con él a Santiago y regresar de allí a Buenos Aires. En tal caso tendría que haber modificado el plan primitivo de la excursión, dejando para otra vez la interesantísima visita a Tierra del Fuego e Isla de los Estados. Como lo pensé lo hice, pero a la primera insinuación, el doctor Moreno me dio a entender que no tenía para qué exponerme a un fracaso seguro, solicitando claramente un favor que no me concedería. Y pues había observado ya con qué severidad alejaba a los que no pertenecían a la comisión, me di por entendido, y puse punto en boca. Más tarde, en Buenos Aires y de regreso, le pregunté si, en caso de insistencia, me hubiera autorizado a seguirlo.

-No -me contestó categóricamente.

Traigo esto a cuenta, porque algunos diarios de ultracordillera han hecho viajar al enviado de La Nación con los expedicionarios de la comisión de límites, criticando y dando por realizado lo que sólo fue un proyecto periodístico muy natural, pero que ni siquiera se formuló. Y como no ha faltado tampoco aquí quien recogiera la especie, no estaba demás desvanecerla, aunque mi itinerario se haya encargado ya de ello.

...Pasando por alto otros incidentes de menor cuantía, cayó la tarde, amainó bastante el viento, y los pocos que en la playa estábamos vimos con júbilo que se desprendía un bote del costado del Villarino. Había que aprovecharlo y embarcarse. Nos despedimos antes de que la embarcación llegara a la playa.

-¿Pero volverán? Vengan mañana a comer un asado al asador.

-Sí, ¡cómo no! Pero bueno es despedirse... por si acaso.

Con estos vientos no sabe uno a qué atenerse, ni puede confiar mucho...

-Buen viaje, entonces.

Librodot

Y deseando al perito Moreno que realizara la proyectada y felizmente resuelta navegación del Santa Cruz, nos lanzamos al bote, que tomamos por asalto, con un gran suspiro de satisfacción, aunque fuéramos a encerrarnos en círculo más estrecho: el barco.

La embarcación iba llena de gente, pero apenas golpearon a compás los remos y nos separamos de la orilla, cuando acudieron de varias partes a la playa, a todo correr, otros compañeros de viaje, a quienes no pudimos ir a tomar, por desgracia suya. Los rezagados suelen llevar la peor parte... y éste fue el caso, pues la calina que en ese momento aprovechábamos, era sólo un recalmón, precursor de una ventolera de dos mil y pico de demonios.

A bordo nos recibieron con grandes agasajos un si es no es fisgones, pues los prudentes que no desembarcaron, se daban cuenta de que todas no habían sido rosas la noche anterior. Habían oído los tiros y visto la fogata, pero ¿qué hacerle con semejante tiempo? Los botes que se ocupaban del desembarco estuvieron la tarde anterior en serio peligro, el chinchorro, con los que habían salido a pescar, en tremendos apuros, y la misma lancha a vapor no llegó sin esfuerzo al costado del buque. ¿Cómo ir en busca, entonces, de los que «andaban paseando»?

-¿Y probó la picana con piedra? -me preguntó el segundo Méndez, que se había divertido mucho con nuestras aventuras diurnas y nocturnas.

-¡Cómo quiere que saliéramos! Además, tendríamos que haber andado mucho para encontrar avestruces.

La picana con piedra es un plato indígena del que hablan primores cuantos lo han comido; consiste en la armazón posterior de un avestruz gordo -o flaco si no hay otro-, en cuyo interior se echa una piedra previamente calentada todo lo posible; luego se cierra la caparazón cosiendo la piel, que se ha dejado a ese objeto, y se pone el todo un rato al rescoldo. En un momento más la picana está hecha, se abre, y en la fuente natural queda un guiso exquisito -dicen cuantos lo gustaron-, en que los trozos de carne se bañan en una salsa que no podría imitar el más hábil cocinero.

Pero ese manjar, antes cotidiano en Patagonia, escasea hoy sobre la costa, porque los avestruces han ido retirándose hacia el interior, en un repliegue defensivo a que los han obligado los intrépidos e infatigables cazadores. Digo intrépidos, porque se necesita valor real para correrlos a rienda suelta, cuesta arriba y cuesta abajo, por campos cubiertos de piedras y guijarros, donde si no hace la vizcacha sus madrigueras, practica sus obscuras minas el tucu-tucu -más temible, porque sus trampas no se ven, como las del otro roedor. Este avestruz -creo haberlo dicho antes-, difiero de su hermano de la provincia de Buenos Aires, no sólo en su carne, más apetitosa, sino también en varias particularidades, que lo han hecho llamar Struthio Darwinii, mientras el otro lleva el nombre de S. Rhea.

LA CAZA DEL AVESTRUZ

No se lo caza entre muchos, como en las boleadas de nuestra provincia; en Patagonia suele un solo jinete ir con sus perros -esos extraños perros que sólo se ven allí y en el Jardín

Librodot

Zoológico- y volver con varios ejemplares del enorme pájaro, cuya pluma se vende a buen precio, cuyos alones y picana se comen, y de cuya piel del pescuezo se hacen tabaqueras (chupas) sacándola al estilo de las botas de potro.

Los perros -especie de galgos mestizos de largo hocico- adiestrados ya por el atavismo y perfeccionados por el ejercicio, tienen tan rara habilidad, que a veces cazan sin necesidad de ayuda; corren, matan el ave, y luego vuelven en busca del amo para conducirlo adonde está la presa.

Pero éstos son excepcionales, y la mayoría se limita a retardar la carrera del avestruz y hasta detenerlo colgándose de él a pesar de sus patadas, que rehuyen con agilidad pasmosa.

En cuanto a las costumbres del ave gigantesca de la Patagonia, nada digo, por cuanto han sido ya tan descriptas, que no incurriré en el exceso de volver sobre ellas. Corren como el viento, ayudándose con las alas; la hembra pone gran número de huevos que el macho incuba; sabe y puede nadar largos trechos, aunque no le agrade el agua; es muy curioso, y tiene un estómago... de avestruz.

El guanaco, tan desconfiado como su vecino patagónico, y al mismo tiempo tan curioso como él, se caza en la misma forma, y son los perros los que hacen el mayor gasto en las partidas cinegéticas. Este animal, que Darwin señalaba como análogo en Patagonia al camello en Oriente, suele encontrarse en gran número en las travesías más extensas, donde no hay agua en decenas de leguas a la redonda. Muchos afirman que bebe agua salada; lo cierto es que puede pasar mucho tiempo sin sufrir sed, y luego corre con tal rapidez, que no existen para él distancias demasiado largas.

Ya hice referencia a la versión -que trato de comprobar- de que, a semejanza del camello, llevan un depósito de agua en el estómago. Es verosímil, puesto que se trataría de una adaptación al medio, en forma más perfecta que la poca o ninguna necesidad de beber de ciertos animales -hasta la misma oveja del territorio que se contenta con el rocío cuando no tiene otra cosa.

La caza del guanaco es de más peligro que la del avestruz, porque aquél, como la gamuza europea, trepa montañas y salta precipicios y grietas, poniendo en duro trance al jinete que lo persigue. Pero como los perros, los caballos se han habituado a esa suerte de ejercicios, y no es raro verlos bajar a galope por una cuesta ruda y pedregosa, casi tan rápidamente corro los cantos que hacen rodar sus patas, de tal modo que no se sabe a quién admirar más, si al noble animal o a quien lo monta.

El guanaco sirve para comer cuando no está muy cansado: la fatiga hace desmerecer mucho su carne, que en ese caso se acepta sólo por necesidad.

En la región, y como recurso, hay también liebres -ya en menor cantidad que más al norte- algunas aves, y el mismo tucu-tucu, que bien preparado es un aceptable manjar. Más al centro aparece el huemul, el ciervo chileno, que cerca de la cordillera no teme todavía al hombre, o lo observa con la misma curiosidad del guanaco y del avestruz, pero más ingenua y confiadamente. Las grandes manadas de animales alzados, de baguales, que caza y come con tanto placer el habitante de la Patagonia, se han retirado mucho, y van en marcha hacia el sur. También con ese rumbo han ido las vacas, que antes vagaban por el territorio del Río Negro, rechazadas poco a poco por el hombre, que las persigue sin descanso.

Para la caza de estos animales, el perro es también poderoso auxiliar, y se adapta a ella con singular resultado, como se adapta a la del zorro, que abunda, pero que se toma preferentemente por medio de trampas, evitando así trabajo y gastos. Con la piel del zorro

Librodot

se hacen quillangos, no tan estimados como los de guanaco y avestruz, y pues se necesitan muchos para hacer uno solo de esos curiosos tapices, esparcidos hoy por el mundo entero, no vale la pena de matar caballos y de cansar perros en su busca. Pero los canes suelen hacer esa caza por su cuenta y de pura afición, cuando la encuentran a tiro o la olfatean en las cercanías.

-¡Oh!, yo no creía que estos animales fueran tan buenos cazadores, aunque me lo hubieran animado muchas veces personas serias y conocedoras del país.

Esto me decía un ingeniero francés que acababa de explorar aquella región.

Y me contó cómo un día, que -poco después de llegar- recorría el territorio, vio a lo lejos, a una distancia tal que era locura pensar en perseguirlo, un avestruz de gran alzada.

El perro que llevaba, y que era un hermoso ejemplar perteneciente a un explorador francés que lo había precedido, se puso a ladrar, como invitándolo a que lo siguiera. En lugar de hacerlo, ordenó a un peón que detuviera al animal, pero, como si hubiera comprendido, éste se lanzó a toda carrera, antes de que el peón se hubiera bajado del caballo, en dirección al avestruz y hasta perderse de vista... Largo rato después, y cuando el explorador creía que el perro se había escapado, volvió jadeante, y con sus ladridos, ora alegres, ora disgustados, tanto hizo, que un peón lo siguió hasta donde el avestruz yacía con el cuello fracturado por sus mordiscos.

Bastará, por ahora, de perros, cuando diga que en Patagonia sirven también, y con mucha fidelidad y eficacia, de pastores de rebaño. La escasez de yerba hace, como ya lo he dicho, que las majadas de ovejas tengan que esparcirse en vastísimos espacios, calculándose algunas veces, y en ciertos parajes, que se necesita una hectárea por animal. Para el hombre sería improbo trabajo rodearlas y recogerlas, pero el perro se encarga de ello y lo hace a las mil maravillas. Aún más: toma y detiene a la res que el amo le indica, y llena sus funciones con una seriedad y una competencia que pocas veces se halla en los puesteros y peones de estancia, más aficionados al fogón que a la labor.

El comercio de quillangos tiene alguna importancia, y su factura ha ido perfeccionándose poco a poco. A los comunes que todos conocen, han sucedido otros hechos con ciertas partes especiales de la piel, como por ejemplo, la pequeña mancha color torcaz en la frente del guanaco, o las salpicaduras blancas del cuerpo y el pecho; este producto tiene que ser caro, pues cada quillango se compone de piezas cosidas entre sí, que no alcanzan a un decímetro cuadrado cada una. Combinando colores, se hacen también de bonitos dibujos simétricos.

Los indios los cosen con tientos, o fibras del mismo guanaco, y muestran en ese trabajo mucha habilidad; hechos así, los quillangos son de larga duración, doble o triple de la que alcanzan los de otra factura menos prolija y con materiales distintos. Una vez sobadas las pieles, y cosidas unas a otras, suelen los indios pintarlas del lado del revés con tierras coloreadas, haciendo algunos dibujos semi-geométricos, en que el contraste de las tintas no deja de tener gracia.

Además de los quillangos de guanaco y de zorro, los hay -y pueden encontrarse en el comercio- de piel de avestruz, con sus plumas, naturalmente, siendo los más estimados, más hermosos, y de más alto precio, los hechos con las plumas más blandas y blancas, sobre todo los llamados de «avestruz de huevo», que se hacen sólo con pichones, a costa de mucho trabajo y sobre todo de paciencia. Pocos ejemplares hay de esta clase, y si la moda se inclinara a ese lujo, no dudo de que el Struthio Darwinii iría muy pronto a aumentar el catálogo de las especies extinguidas.

Librodot

El precio a que pueden adquirirse en Patagonia misma -los quillangos inferiores, precio para los viajeros que pasan por los puertos y tienen el capricho de poseer uno- varía entre quince y veinte pesos papel; los especiales suben en proporción a su mérito, y algunos cuestan una fuerte suma.

Otro animal que, si no es característico de aquella costa y la correspondiente región mediterránea, frecuenta ambas habitualmente, es el cóndor de los Andes, que suele verse como un punto negro en las alturas, cerniéndose en busca de la presa que su extraordinario poder visual ha de indicarle. Remito al lector a los que han descripto antes al rey de las aves, ya científica, ya literariamente, y sólo me permitiré hablar de unos cóndores domésticos.

El señor John Wilson, vecino de Puerto Deseado, tuvo la buena fortuna de tomar varios cóndores pichones, que crió en su casa hasta su completo desarrollo. Naturalmente, siempre impidió que volaran, para que no se le escapasen -e ignoro si para ello los tuvo encadenados de una pata, como se estila, o solamente enjaulados- y allí vivieron sus primeros años los «calvos moradores de la montaña».

Pero un buen día -también ignoro por qué- resolvió mister Wilson desprenderse de los esclavizados monarcas, y los regaló a una persona residente en Santa Cruz, que se los llevó a ese puerto y los tuvo algún tiempo en la subprefectura. Una mañana le avisaron que las aves habían desaparecido.

«La cabra tira al monte y el cóndor a los Andes» -dirán ustedes.

Pues no, señor. Cual modestas palomas mensajeras que vuelven al palomar paterno, los cóndores alzaron el vuelo, trazaron sus círculos cabalísticos en el aire, y de un solo golpe de alas fueron a dar a Puerto Deseado y a casa de mister Wilson, que, naturalmente, los acogió como merecían. Repito que esos cóndores no habían volado nunca, lo que habla mucho en favor de su instinto, y que volvieron voluntariamente al cautiverio, lo que demuestra que podría domesticarse si no fuera por ungues et rostrum.

Ya me parece verlos de carteros en la Patagonia, llevando paquetes de impresos bajo el ala, como las palomas los livianos mensajes que se les confían. Eso sería mejor que hacerlos alzar muchachos en las garras, como hizo Julio Verne, o construir nidos como nuestro alto poeta.

«¡El cóndor mensajero!» Vale la pena repetir el ensayo que, sin pensarlo, hizo el señor Wilson, para lo cual podrían utilizarse los ejemplares que parpadean mustios en las jaulas de Palermo; sólo que éstos encontrarían en la provincia de Buenos Aires muchos más pollos y gallinas en que entretenerse, que sus filosóficos hermanos de la Patagonia, y puede que no volvieran a la querencia, como regresaron los que tenían allí la vida asegurada.

¡Qué diablos! no siempre se halla en las estepas patagónicas un cadáver de guanaco en que cebar el pico: aunque sea más ayunador que Tanner y que Succhi, también el cóndor ha de ser aficionado a comer todos los días.

Si aquila non capit muscas, menos aún el cóndor, sobre todo cuando ha sentado su real en esos territorios, donde no he visto una sola mosca, ni para remedio... es decir, en tierra, pues las que con nosotros venían en el Villarino -y aunque Darwin diga lo contrario-, vivían en cámara y camarotes, aunque decreciendo en número a medida que avanzábamos hacia el sur. Verdad que la doctrina del sabio inglés no queda contradicha por el hecho; al contrario. Si las moscas no se adaptan al medio patagónico, el transporte nacional está adaptado especialmente para su conservación y propagación... lo que no quiere decir -¡cómo ha de querer!- que sea sucio en demasía.

Librodot

Observé algunas cuando volví esa tarde: estaban semi-atontadas, pegadas a las paredes y especialmente al techo; su hora final se aproximaba. Y recordé entonces con cierto espíritu de venganza satisfecha, cuánto y con qué insistencia y de qué modo me había fastidiado, incomodado, atormentado, cuando eran enjambre, al zarpar de la dársena y luego allá en alta mar, donde estaban de perpetuo jolgorio, sin soñar en la suerte que las aguardaba...

...Aquella noche estuvimos de fiesta a bordo. Fiesta de marineros:

acordeón, guitarra y baile, sin que faltara probablemente el trago echado a hurtadillas, pues a pesar de todos los reglamentos y de todos los castigos, la tripulación de nuestros buques se ingenia para procurarse licores, y suelo hacer proezas que dejan chiquita a la famosa pesca de botellas de los mosqueteros.

No sé de dónde sacaron aquellos alegres mozos ropas de mujer y otra indumentaria carnavalesca; es el caso que pronto aparecieron sobre cubierta varias parejas de máscaras, y después de un paseo triunfal por todo el barco, rasgueó una guitarra, chilló un acordeón y dio principio el baile, a la luz de las lamparillas incandescentes, atrayendo a todos los pasajeros, para quienes ya cualquier cosa era diversión, y que formaron corro en torno de los grotescos bailarines... Un cuadro digno de ser pintado: sobre el fondo negro de la noche, como estrellas, las luces del pueblito; una, titilante y vaga, allá a lo lejos, en Misioneros; la cubierta en la penumbra, creciente hacia proa, con la mancha blanca y violenta de una lamparilla incandescente; un grupo de figuras indecisas en lo obscuro; otro destacándose con vigor, vibrando colores, en plena luz; marineros sentados o echados en el suelo; pasajeros de proa hablándose y riendo a voz en cuello; oficiales de pie, con su traje galoneado, y en medio, girando al compás de la música áspera, los mascarones mal prendidos, con el rostro cubierto de hollín (que, dicho sea de paso, nos ha llovido el viaje entero)... Tal fue, después del de las mulas y la cabalgata, el famoso carnaval santacrucense, que por mucho tiempo me dejará recuerdos, gratos o ingratos, según me refiera al espíritu o al cuerpo.

Todo el mundo estaba alegre, menos una única pasajera de cámara, miss Mary X, la joven inglesa que iba a Gallegos, a casarse. ¿Porqué?

Misterio... Ella tan risueña, tan jovial en los días anteriores, melancólica y callada, apenas si se acercó al corro para dirigir una mirada mustia a los bailarines.

-¿Qué tiene, miss Mary?

-Nothing.

De pronto cambió completamente de expresión, iluminándosele el rostro, y se puso a hablar con mucha animación a un joven, compañero nuestro desde Buenos Aires, que le daba la réplica en un inglés mediano, pero muy sugestivo al parecer... ¡Acabáramos de llegar!

Sin duda en ausencia nuestra se habría hecho allí un nudo, y estaríamos en pleno reinado de la intriga amorosa, aunque inocente.

Ella joven, sola, agradecida a las atenciones de que la rodeaba él, buen mozo y emprendedor... No, no podía ser de otro modo, y más cuando la monotonía del viaje, el aire tibio y vivo, los efluvios del mar, la luz, la confianza de a bordo, todo había estado tomando parte semanas enteras en la muda complicidad de las cosas...

Medio derrengado, me senté en un banco a observarlos: no -¡Dios me libre!- por malsana curiosidad, ni menos por burlona indiscreción. Pero todo es materia de estudio, todo tiene un significado, todo contribuye a dar -al que sabe observarlo- idea del medio en

Librodot

que se halla, de los hombres que codea, de las peculiaridades que flotan a su alrededor, invisibles para la mayoría.

Y pensaba: He aquí una mujer que, dando muestras de verdadero temple de ánimo, viene de uno al otro hemisferio, en busca de su pareja, confiada en el varón, fuerte por sí misma, pero susceptible de cambios y adaptaciones inesperadas, sensible a las influencias externas, como el compás en los canales del Beagle, perturbado por la atracción de los minerales de hierro de la costa... Esta mujer, sentada frente a mí, junto a un argentino que representa bien el tipo nacional, forma con él un símbolo de la fuerza de atracción de estos países y estas razas nuevas.

Ella, de cualquier modo, sea que realice su proyecto matrimonial, sea que el inocente flirt de hoy se desarrolle en novela más o menos interesante y efectista, va desde luego a convertirse en pobladora de la Patagonia, tiene un significado histórico, es una nueva energía que colaborará desde hoy en la obra de las energías poderosas que allí trabajan. Él, con su juventud, con su brío, con la corriente de simpatía franca y jovial que emana de los latinos de América, regenerados y reforzados por otras sangres más ingenuas pero más fuertes, viene a ser en el caso, representativo y útil; porque reúne nuestras cualidades de atracción, y tiene en su persona y en su modo de ser, la juventud, el desprendimiento, la despreocupación de nuestro país... todo eso malo, que a nadie daña sino a nosotros mismos.

Y esa mujer, libre como lo son sus compatriotas, que ni teme a las hablillas, ni cree peligroso conversar con un hombre -seguía yo reflexionando-, da, a bordo del Villarino y en pequeño, la nota tónica del progreso de esta región, que a mi juicio está llamada a ser, geográfica y sociológicamente, la homóloga de los Estados Unidos del Norte, pese a la ceguedad de los gobiernos.

Este fuerte sexo débil ha desalojado ya en mucha parte de la Patagonia a la india Tehuelche, de enérgica e inteligente raza, sobre cuyos -cada vez más escasos- ejemplares, domina desde las estancias inglesas y alemanas, salpicadas en el desierto como núcleos de futura civilización. Ante ella, la mujer que llevaban los ejércitos de fronteras, y que allí quedó llenando sus funciones étnicas, y la mestiza que nació del contacto entre indios y cristianos, ceden palmo a palmo el terreno, que prepararon ha tiempo, como tipos de un período de transición. Vienen de fuera, al par de miss Mary, y en continua y poco observada inmigración, a cooperar en la tarea evolutiva, miembros femeninos de pueblos varoniles crecidos en climas análogos; de pueblos que ora han podido entonar el Rule, ora han dado florescencias intelectuales tan extraordinariamente poderosas como Escandinavia. Y -sin perjuicio de eso- allá en Rawson, y en Gayman, y en Trelew, se forma desde hace años una ¿cómo diré? una especie de haras humano, cuyos productos están llamados a extenderse por gran parte de la Patagonia y a influir de una manera decisiva en el tipo de su población, como influirán -sin darse cuenta, pero no menos eficazmente por eso-, las semillas esparcidas y cuasi aisladas en toda esta zona inmensa.

Invito al lector a considerar los hombres -sólo eso- de los pobladores de aquella tierra, cuando, poco más adelante, inserte el plano del territorio de Santa Cruz con los establecimientos ganaderos que lo pueblan; y lo invito a que medite sobre ello, para arribar a la conclusión de que, en efecto, en Patagonia se prepara una raza distinta de la nuestra, no sólo porque el medio lo exige así, sino también porque los elementos que trabajan en su formación, los antepasados de los nietos por venir, son diferentes en absoluto de nuestros abuelos.

Librodot

Aun los de esta generación hemos asistido como testigos oculares a transformaciones sociales de mayor cuantía, como por ejemplo, a la diminución y casi extinción del negro, no perdido en medio del número que creó la decuplicación de los habitantes de Buenos Aires, sino lisa y llanamente desaparecido por el mestizaje primero, y por la escasa vitalidad del mestizo después. Todo, usos, costumbres, hasta rasgos fisonómicos, ha variado de un cuarto de siglo a esta parte, en la capital como en la provincia, como en Santa Fe, como en toda comarca a que han afluido diversas inmigraciones. El gaucho de los alrededores fue suplantado por el orillero en otra época, y hoy este mismo se funde en el pueblo común, sin características determinadas, porque el tipo general es indeciso todavía. Y en este centro la influencia era más difícil de ejercer, porque el plantel que lo formaba tenía acentuados rasgos propios, como que venía de una sola raza, y se había establecido bajo la superintendencia absoluta de ésta. ¿Cómo, pues, no prever lo que está preparándose en Patagonia? ¿Cómo creer que aquel almácigo -muy ralo hoy, a decir verdad- va a producir plantas análogas a las que nacen y prosperan de este lado del río Negro?

¡Oh, miss Mary! Si usted supiera el interés etnológico que tiene su persona, en su carácter futuro de antepasada!...

Sabía yo muy bien que mi compañera de viaje no emigraba por casualidad y excepción hacia esas tierras. Otras la precedieron, otras la seguirán.

Las familias de estancieros ingleses y alemanes, gustan de ser servidas -aunque no hayan sido gentes de fortuna en su país- con más corrección y delicadeza de la que puede esperarse y exigirse de los ásperos hijos de nuestra campana, y generalmente traen de ultramar las personas que han de ocuparse de los servicios de dentro de casa.

Los ingleses, sobre todo, han introducido en Patagonia sus house-maids, con un contrato en que establecen generalmente, además de la soldada, el compromiso de pagar el viaje de retorno y otras recompensas, las obligaciones comunes en esa clase de trabajo, y la de que «no han de casarse» mientras dure el contrato, so pena de perder los salarios del término entero... Esto no puede impedir, y naturalmente no impide, que se casen cuando hallan mi buen partido, cosa no difícil si se tiene en cuenta que en Patagonia escasea la población femenina, y que la masculina, crecida en relación, no es muy exigente ni de belleza, ni menos de patrimonio. Las que no se casan mientras dura su enganche, regresan a Europa si tienen allí un compromiso preestablecido; pero en su mayoría se quedan, inducidas a ello por una fuerza de inercia aparentemente negativa, pero en este caso muy positiva y muy benéfica... La naturaleza echa mano de medios complicados y a veces invisibles para arribar al resultado final que se propone y a que siempre llega. Hizo una raza de ovejas para la Patagonia; con facilidad igual, sin el concurso de sabios ni estadistas, está haciendo un pueblo...

Y mientras estas ideas, informes aún, bullían en mi cerebro, se confundían con observaciones extravagantes y con recuerdos melancólicos, sin destacarse claras y aisladas como ahora; miss Mary y su galán seguían hablando dulcemente, en íntima confidencia, ajenos a la sospecha de que pudieran ser punto de partida de una meditación sobre las razas futuras, terminada en un sueño de lo porvenir.

Porque así terminé: Patagonia estaba ya poblada desde Viedma hasta la punta Dungeness, desde el Atlántico hasta los valles habitantes de los Andes; cada puerto era un pueblo, cada caleta una aldea; luego la población se hacía más densa a medida que avanzaba a la falda de la cordillera, donde vivía con una vida intensa y pacífica, libre y feliz.

Librodot

Esos pobladores eran ya tostados y nervudos hombres de campo, derechos sobre el caballo o encorvados sobre la esteva, manufactureros vigorosos, leñadores, mineros... Los trenes llevaban a la costa los productos de todo el interior. Por los grandes ríos que bajan de la montaña, iban y venían las chatas a vapor, llenas de mercaderías, de minerales, de maderas.

Variaba el clima, brotaba el bosque hasta en el arenal, perdía Patagonia su fisonomía misteriosa y amenazadora, y de aquel territorio inculto y casi desierto, surgían una, dos, tres provincias que reclamaban el self government, con más razón que muchas otras, diciendo: «¡Ah! nos habéis dejado, y hemos crecido solas, por nosotras mismas, con nuestras fuerzas personales, sin ayuda, sin simpatía, sin educación casi, y hoy tenemos otro modo de ser, otras costumbres, otros hijos distintos de los vuestros.

Y contad con que sólo queremos ser estados dentro del estado... Nos habéis dado gobiernos que han detenido nuestro progreso, preocupados sólo, egoísta, delictuosamente, del progreso individual de los que los componían; nos habéis hecho permanecer largos, muy largos años, en un destierro que comercialmente nos acercaba a Inglaterra y a Chile más que a vosotros... Ahora venimos a daros la sorpresa de nuestra mayoría de edad, en que no pensasteis nunca, para la cual no nos habéis preparado...»

Bien. Esto es pura fantasía. Pero, sea lo que fuere, ese ensueño se puede realizar, porque Patagonia, más que geográficamente, está alejada del resto de la república por la indiferencia.

Más aun: en los centros de población, los hijos del país se consideran extraños, cuando no enemigos. Han ido a ellos antes, van a ellos ahora, como se va a una tierra conquistada (¿es esto atavismo?), y pesan sobre los pobladores de otras nacionalidades con toda su autoridad delegada o usurpada, pues también suelen crearse autoridades sin base legal. De ahí un retraimiento, una desconfianza por lo que procede de nosotros, que se manifiesta claramente hasta en lo más mínimo.

Ejemplo de ello es que allí donde pueden ejercer los habitantes algún derecho político, lo ejercen haciendo abstracción de los argentinos. Así, en el Chubut, donde se eligen municipales, éstos pertenecen en su totalidad y genuinamente a la colonia galense, con exclusión de los ciudadanos de raza latina.

Pero nuestros gobiernos no tienen costumbre de considerar problemas políticos estos cuyo planteo se inicia ahora, y dejarán que Chubut y Santa Cruz especialmente no afinen sus instrumentos para entrar acordes en el nacional. ¿Es esto para mal?, ¿es para bien? ¡Quién sabe! Considero que allí se prepara una raza poderosa; que las fuerzas de la Naturaleza trabajan activamente, en colaboración con las fuerzas sociales que están en perpetuo movimiento en todo el mundo y encuentra allí terreno nuevo y libre donde actuar y acrecer, y que hora es ya de no limitarse a considerar política el cambio de un gobierno o la elección de un candidato, para que el pensamiento pueda abarcar mayores conjuntos y llegar a conclusiones más amplias y positivas.

- X -
Los adioses de Santa Cruz

A la mañana siguiente era el viento tan violento, que no se pudo acabar con el inacabable desembarco de las mulas.

Apenas si se botó al agua la hoy famosa lancha Thornycrofft que ha remontado el Santa Cruz, pero con su caldera incompleta y sus adornos desdeñados, porque no hay paciencia humana capaz de resolver el rompecabezas de las piececillas accesorias e inútiles que hay que ordenar, como el forro de la regala, las bancadas de proa y popa y los lujosos enjaretados. Remolcada, la lanchita dio ya idea de sus buenas condiciones, quedó más libre la cubierta del Villarino y nosotros exonerados de una de nuestras preocupaciones.

De vuelta, un bote nos trajo tentadora invitación a no sé qué asado al asador de carne caponil, fresca y gorda; y relamiéndonos, tratamos el vaso de conciencia de desembarcar o no desembarcar, de ir o de no ir, de comer o no comer, porque esta última era la disyuntiva entre el famoso plato nacional y los platos anti-internacionales de a bordo.

-¿Vamos?

-¿Y si no podemos volver?

-Sí, pero... ¿y el asado?

-Bueno... ¿pero y el viento y la corriente?... Acordémonos de ayer...

-¡Vamos!

-Yo no voy...

Y en ese instante Eolo hinchó los carrillos y se puso a soplar con tanta fuerza, que imagino que tras de la arena volaron los cantos rodados de la playa, y tras éstos las ostras patagónicas, y después todo cuanto se levantaba sobre la superficie de la tierra.

Corría arremolinado y verde de rabia el Santa Cruz; en la costa nubes de polvo ocultaban el árido paisaje; algún remolino de arena erguía su línea opaca y móvil, más visible que el resto del cuadro, y súbitamente desaparecieron de la escena cuantas personas animaban la costa melancólica del río...

Supe después que los pocos pasajeros que permanecían aún en tierra, se habían visto obligados a quedarse en el sitio en donde estaban, pues salvo caso de fuerza mayor, no se hubieran atrevido a poner las narices afuera.

Pero, como todo tiene que acabarse, nuestro cautiverio santacrucense tuvo fin al fin, y una buena tarde nos hallamos todos a bordo, sin grandes desperfectos, dispuestos a zarpar y deseosos de hacerlo.

Sin grandes desperfectos, excepción hecha del Dr. Luque, quien, almorzando en el depósito de carbón con el Dr. Moreno y comitiva, quedó con la mano agujereada de una puñalada, en cierto encarnizado combate con una patria galleta... Nos llenó de sangre el barco, palideció mucho, detuvo la hemorragia después de revolver todo el botiquín, y los aires salobres y saludables del extremo austral de América no tardaron en reponerlo después de la sangría.

Las que no pudieron reponerse fueron algunas docenas de fotografías que había yo tomado y cuya pérdida lamento aún. Los negativos procedentes de un foto-gemelo con objetivo Seiz de Lepage, estaban cuidadosamente guardados a la luz de una lámpara roja en un estuche especial, negro y sin rendijas, donde la luz tenía rigurosamente prohibida la entrada. Pero no faltó mano de compañero curioso, o de mozo entrometido que destapara la caja y diera paso al enemigo de las placas sensibles. Total: perdí muchas vistas interesantes, de cuya catástrofe sólo he venido a darme amarga cuenta acá. Lo siento, porque la falta es irreparable...

Librodot

...Todos los pasajeros estábamos en la borda agitando en el aire nuestros pañuelos; subía y bajaba lenta en la popa, la bandera azul y blanca; hervía el agua atrás, y en la superficie del río iba quedando un surco, como de tierra arada. Sobre el fondo negro del depósito de carbón movíanse coloreadas figuras liliputienses, y en el ambiente brumoso había olor y electricidad de sensaciones nuevas. Marchaba el Villarino.

Quedábanse Moreno y sus segundos. Y a aquel trapo que ondulaba a popa, al estridente silbido que una, dos y tres veces rasgó el aire, envuelto en tenue nube de vapor, contestó de pronto, mudo y solemne, flameando sobre el techo del depósito, otro paño blanco y azul, que más adivinamos que distinguimos y que hemos seguido con la vista hasta que se perdió en la bruma.

¡A Gallegos! Íbamos a ver el último centro de población que la Argentina tiene en Patagonia, la capital de Santa Cruz, el pueblo que tarde viene a disputar la hegemonía a Punta Arenas.

¿Qué, sorpresa agradable o desagradable podría guardarnos Río Gallegos? Pocas horas nos faltaban para saberlo y también para dar principio al fin de nuestro viaje por esa tierra austral argentina, ya que el remoto sur del continente está en otras manos, merced a la geométrica y curiosa raya del paralelo 52.

Despreocupado de la charla amena de los compañeros y de la música de Rinaldi, el maestro de piano del Villarino, que tocaba no sé qué barcarola sentimental, allá en cubierta me puse a revisar mi cuaderno de notas, para añadir las muchas que faltaban y no fiar demasiado a la memoria.

En la vida de repórter se observa a la larga cuán malos colaboradores son el lápiz y la cartera de apuntes. Un periodista habla con un individuo sobre cualquiera cuestión interesante, le pregunta, está obteniendo de él datos preciosos, tiene toda la confianza y toda la locuacidad del interlocutor en favor suyo. Pero de pronto saca el carnet, esgrime el lapicero, y la fuente se ciega como por ensalmo. La confianza se trueca en temor, la locuacidad en reticencia, y los datos positivos, a veces, en rotundas negativas...

No aconsejo a los colegas el uso de las notas, sino ex post facto.

Yo agregué algunas a mi cuaderno, entre otras una denuncia de vecinos caracterizados del Quemado contra un funcionario de la localidad, cuya denuncia, cubierta de firmas, tengo en mi poder, y dice:

«El comisario de este departamento comete los abusos y arbitrariedades que a continuación se expresan:

»Han ocurrido tres muertes violentas de hombres sin que la policía haya averiguado nada al respecto, aun teniendo conocimiento de ellas.

»El señor comisario ha establecido un despacho de bebidas a nombre de otra persona, donde todo individuo puede embriagarse impunemente y a su vista, sin sufrir castigo alguno, mientras que, si esto hacen en otra casa de negocio, se le cobra una fuerte multa, o en su defecto, es castigado con prisión en un sucio calabozo.

»Las jugadas en todas las casas son prohibidas, y castigadas con multas, mientras que en la casa del señor comisario no sólo son admitidas, sino que también se ha establecido un sistema de coimas a favor de la casa, en la taba, el monte criollo y el choclón.

»Los gendarmes, que son solamente dos, los emplea el señor comisario en su servicio particular, y en apalear personas indefensas por el solo hecho de no haberse embriagado en su casa de negocio.

Librodot

»Han sido enviadas muchas quejas al gobernador del territorio, sin que hayan sido atendidas.»

Este grito no ha de extrañar a nadie y ha de ser absolutamente ineficaz. Es el caso, o nunca, de la voz que clama en el desierto, y convencido de ello, no lo traería a estas páginas si no fuera prueba viva de lo que está consignado en el capítulo anterior.

Las autoridades que manda el país, pueden hacerlo, por lo menos, antipático a la Patagonia. Los gobernadores no observan bastante las necesidades y las pasiones del pueblo que nace bajo su mano. Son indiferentes a sus quejas, fundadas o infundadas, y suelen sufrir que los desacredite un subalterno por no haberse hecho bastante accesibles a la masa, considerando alcurnia lo que por hoy sólo podría compararse a una transitoria jefatura de tribu, o si se quiere que modernicemos, a la dirección de una empresa agrícola, de una factoría, en que cada trabajador es moralmente un socio.

Iban esos vecinos de Santa Cruz a presentarse al Ministro del Interior, desesperando de hallar en el Gobernador del territorio ecos a su queja. No era el camino. Además, quién sabe si habrán hablado de una manera tan categórica al Gobernador, en quien -lo creo- vivirá, pronto a exteriorizarse, el espíritu de la justicia que no se ha manifestado, sólo por no presentársele la ocasión.

Y, al par de esa prueba de la tirantez existente entre los colonos y sus gobernantes, nos da el documento indicios de lo que es el comercio en aquellas regiones: el alcohol prima sobre las otras mercaderías, o por lo menos ocupa uno de los primeros lugares entre ellas. Es natural:

esparcidos en una gran extensión de territorio, los pobladores de Patagonia van al pueblo con dinero en el bolsillo, o crédito que lo valga, no sólo en procura de vitualla y ropas, sino también a divertirse en la posible manera, allí donde no abundan los sitios de recreo. La esquina del gaucho pampeano, la pulpería famosa, teatro de dramas y sainetes, se ha trasladado allá con otro carácter, ha diezmado al tehuelche, y cobra diezmo crecido al trabajador patagónico, que deja en ella gran parte de su salario, sino todo.

El comercio de artículos de tienda está también muy comprometido, pues lo practican, al par de las casas especiales, los mismos establecimientos ganaderos, que mandan sus lanas a Inglaterra y piden que, en cambio de una parte de su valor, les envíen un surtido o pacotilla de prendas de vestir, que luego venden con poca ganancia a los peones que en ellos trabajan, tanto más fácilmente, cuanto que no se les cobra derechos de importación.

Este es uno de los grandes argumentos que tienen a su servicio los que se oponen a los puertos libres en Patagonia, como si el enriquecimiento de unos pocos negociantes equivaliera al bienestar de la generalidad de los que pueblan aquel suelo.

Claro que el importador que introduce grandes partidas de mercadería, puede hacer menos pesadas las tarifas aduaneras; pero tan claro como eso es que, no habiendo derechos, mejor para cada uno es tener los menos intermediarios que sea posible.

Luego después, Patagonia no será ni en muchos años comercial sino por accidente; tiene funciones determinadas de productora, sobre todo en el ramo de ganadería, pues exceptuando el Chubut, la agricultura no prospera en ella aún. Los temores que por su comercio se abriguen, son extemporáneos, y pensar en proteger a los almaceneros y tenderos, es curarse en salud. Ya se protegen ellos solos...

-Verá usted -me decía un hacendado de Santa Cruz-, verá usted cómo las provincias colonizadoras como Santa Fe, se oponen a que nos den los puertos libres, poniendo de relieve razones que no son las verdaderas.

Librodot

-¿Por qué?

-Porque no les conviene decir la verdad, y hacen, lo que dice el cantar criollo: hacen como el teru-teru

que chilla lejos del nido

pa que no encuentren los huevos.

-¿Y cuáles son las razones verdaderas?

-Una, sobre todas: que si se declararan estos puertos libres, todos los colonos que hoy sufren al norte por la pérdida de sus cosechas, etc., se vendrían inmediatamente aquí...

-Puede que acierte usted.

-Estoy en lo verdadero, y como decía La Honradez «los hechos me justificarán...»

He sabido después que, en efecto, las provincias agricultoras se opusieron en el seno de la convención, por medio de sus representantes, a las franquicias de los puertos patagónicos, logrando que no se les dieran. Pero aunque esa oposición no triunfara, la exigencia injustificada de las ya formadas y constituidas provincias del norte, hubiera hecho muy difícil, si no imposible, dar ese decisivo impulso a los territorios del extremo sur. Pretendemos servirnos de la experiencia de Estados Unidos, y no acertamos a imitarlos en aquello que ha cooperado con más eficacia a su engrandecimiento, como las extraordinarias facilidades que dieron para poblar sus comarcas desiertas, y la absoluta libertad de que gozaron sus primeros habitantes. Aquí todas son trabas, y cuando el pioneer se lanza por fin a aquellos incultos y pobres campos, después de vencer dificultades sin cuento, encuentra en las autoridades el mismo afán de gobierno a todo trance que viviendo en un centro de civilización.

Y repito que no son aquellos hombres del mismo corte que los que trabajan en nuestras provincias: la necesidad les hace aguzar el ingenio, y la lucha tenaz por la vida, los prepara para todas las tareas.

Uno de Santa Cruz, llamado Charles Ross, realiza la síntesis del colono patagónico.

Este individuo, que habita el territorio desde hace muchos años, comenzó a abrirse camino en las condiciones más precarias que imaginarse pueda. Para adquirir un caballo, no teniendo dinero disponible ni de dónde sacarlo, dio al que se lo vendía, por ochocientos pesos de trabajo.

Ross es al mismo tiempo herrero, carpintero, mecánico, maquinista... y hoy alquila su caballo Tucu-Tucu, a tanta costa obtenido, por botellas de coñac o de ginebra, nunca por dinero... Como él hay otros, y los antiguos colonos que vinieron del viejo mundo sin saber palabra de la nueva vida en que iban a iniciarse, se han convertido en camperos, jinetes y cazadores que corren el avestruz y el guanaco cual si hubiesen nacido en plena pampa, y se han avezado de tal modo a las necesidades de aquella existencia solitaria, que hoy se bastan a sí mismos, y pocas veces tienen que recurrir a extraño auxilio. Sólo reclamarían la acción de un gobierno, para libertarse de enemigos tales como los cuatreros, y eso simplemente porque no se les permite tomarse justicia por su mano, porque poco les costaría, como a los primeros habitantes del Far West, formar liga para perseguirlos y ahuyentarlos.

Uno de estos cuatreros, Asencio, no deja de ser original.

Hace sus incursiones dos veces al año, sin que la policía se preocupe mayormente, y roba caballos, ovejas, cuanto encuentra a mano, para volver después con toda tranquilidad a su escondite y prepararse para el malón siguiente.

Librodot

Esto viene de tiempo inmemorial, y parece que continuará por largos años todavía, con gran detrimento de las ovejas, en balde tan prolíficas.

Otro de los apuntes de mi cartera, hechos a bordo, después de la excursión por Santa Cruz, dice:

«He visto pocos indios tehuelches, y los pocos que he visto están tan asimilados a las costumbres comunes a nuestra campaña, que no pueden considerarse ya como genuinos.»

Sus costumbres, su físico, hasta sus mismas creencias religiosas estén bien diseñadas por los muchos exploradores de Patagonia, una vez desvanecida la leyenda de los gigantes que inventó Pigafeta, y que repitieron tantos.

El fantástico historiador de viaje de Magallanes, los decía de cuatro varas de estatura, invención que corre parejas con la de que los tehuelches hablaron con el diablo, casi en presencia suya, con la de que los pájaros del Pacífico se meten dentro de las ballenas, y con la de que un rey americano tenía dos perlas como huevos de gallina...

Son efectivamente altos, bien formados, fuertes, y el quillango que constituye su único traje y que llevan como manto, no sin cierta gracia, los hace parecer de mayor estatura, como sucede con cuantos usan ropa talar. Son dolicocéfalos, es decir, tienen el cráneo oval en la parte superior, y más largo que ancho. Viven de la caza, en que demuestran gran habilidad; su inteligencia es clara, sus costumbres sencillas, y sólo la civilización que les ha llevado el alcohol asesino, ha podido hacerlos degenerar. Pacíficos y bondadosos, han sido los amigos de los primeros europeos que visitaron la Patagonia, con quienes comerciaron, y a quienes sirvieron en muchas ocasiones. Los primeros navegantes -después de Magallanes-, los encontraron ya con caballos.

Respecto de ellos dice Darwin: «En tiempos de Sarmiento (1580) esos indios estaban armados de arcos y flechas que luego han desaparecido. Ya también entonces poseían algunos caballos. Hecho curioso es éste, que demuestra con cuánta rapidez se multiplicaron los caballos en la América del Sur. Los primeros fueron desembarcados en Buenos Aires en 15371; la colonia fue abandonada durante algún tiempo, y los caballos volvieron al estado salvaje; y en 1590, sólo cuarenta y tres años más tarde, ya se les encuentra en las costas del Estrecho de Magallanes.»

En otra parte dice el sabio naturalista: «Sus grandes capas de guanaco (de los tehuelches), sus largos y flotantes cabellos, su aspecto general, les hacen parecer más grandes de lo que realmente son. Tienen por término medio seis pies de alto; algunos son más grandes; otros, pero en número muy escaso, más pequeños. Las mujeres son también muy altas. Esta es, en suma, la raza más grande que se haya visto. Sus rasgos se parecen mucho a los de los indios que vi con Rosas en el norte; tienen, sin embargo, un aspecto más salvaje y formidable: se pintan el rostro de rojo y negro, y uno de ellos estaba cubierto de líneas y puntos blancos, como fueguino.

El malogrado Ramón Lista, en uno de sus últimos trabajos, ha hablado bastante extensamente de la curiosa leyenda que los tehuelches relatan como historia de su raza. Lista, que fue gobernador del territorio de Santa Cruz, estuvo muy en contacto con esos indios, tanto que llegó hasta vivir entre ellos, valiéndose de medios que no son para contados ahora.

Dice que tienen en su mitología un ser fuerte, sabio, benéfico, creador del universo, a quien llaman El-lal, autor de los tehuelches o Tzóneka, que animó a las fieras que infestan el mundo, reveló al hombre el secreto del fuego, le dio armas, abrigo e ideas morales. El-lal llega a la tierra desierta, vence al puma, al zorro y al cóndor. No ha nacido; vivo le arrancó

Librodot

Nosjthej del vientre de la madre sacrificada y quiso devorarlo, cuando un roedor auxilia y esconde al niño en su madriguera. El-lal, nómade, vence luego al gigante Goshg-e, pide la mano del hijo del sol y es burlado. Se metamorfosea en pájaro entonces, y en alas de un cisne se aleja para siempre de aquella tierra ingrata.

Añade Lista que, según la tradición, El-lal procedía de Oriente, pero que también se lo hacía aparecer por primera vez en la montaña.

«Nosjthej, padre de El-lal -escribe-, mata a su mujer, ábrele el vientre con tajante pedernal, y arranca al niño que ansía devorar; pero en tan supremo instante siente un ruido extraño bajo el suelo que se estremece, quédase suspenso y olvida al niño.

»Aparece entonces Terguer, el roedor, que coge a El-lal y va a esconderle en el sitio más recóndito de su morada. En vano Nosjthej, repuesto de su sorpresa, intenta realizar su abominable propósito: sus manos chorrean sangre, la cueva es profunda y estrecha. Arde en su mirada la cólera salvaje; grita con voz que repercute en los Andes; pero todo es inútil: el dios seguirá creciendo al amparo protector de la tierra.

»Nosjthej vuelve los ojos extraviados hacia el cadáver sangriento de su víctima. ¡Oh, portento! Una fuente cristalina fluye del vientre herido... Y pasan los años, y los siglos se suceden a los siglos, y ahí está -frente a Teckel, camino de Ay-aike al Senguerr- el manantial maravilloso, Jentre, en cuyas aguas se han bañado muchas generaciones de niños Tzónekas.

»Los primeros años de El-lal pasaron ignorados en la soledad del desierto. El roedor fue su sostén, le enseñó a comer yerbas, le abrigó en su nido de lana de guanaco, le hizo conocer los senderos de la montaña.

El-lal siguió creciendo, inventó el arco y la flecha, y muy pronto dio principio a sus correrías vagabundas. Al volver cada noche a la cueva, llevaba algún pajarillo cazado con sus armas divinas.

-»Ten cuidado -le decía el roedor-; las fieras son hijas de la obscuridad.

»Y El-lal se sonreía.

»Una mañana iba siguiendo el borde sinuoso de un torrente; de repente le acomete un puma enorme. Arma su arco, silba la flecha certera y va a herir en el ijar al cruel felino, que lanza un rugido pavoroso. Otro rugido le responde, El-lal se halla entre dos fieras, la una herida pero en pie, la otra, más temible aún, oculta en la maleza. El cazador está sonriente; ni siquiera ha vuelto a armar el arco. Luego sigue su rumbo, trepa una colina, se acerca al borde de un río caudaloso, coge algunas piedras de su lecho, se aparta un tanto de la orilla, reúne aquí y allá pequeños trozos de leña, desmenuza unos, rompe otros... y el fuego brilla por primera vez en la soledad de los campos.

»Otro día más que pasa. El-lal ve un cóndor parado en la cumbre de un cerro.

-»Dame una pluma de tus alas para poner en mi flecha.

»¡Imposible! -le grita el pájaro- Las necesito, son mi abrigo, con ellas hiendo el aire.

»Insiste El-lal, ruega, amenaza.

-¡Imposible! ¡Imposible!

»Y el cóndor despliega sus alas, remonta el vuelo y ya casi desaparece en el espacio, cuando El-lal arma su arco son cuidado, suelta la cuerda, vibra el aire... y el ave desciende en revueltos giros.

-¿Qué pluma queréis? ¿Qué pluma queréis?

»Y llega a tierra con la garra entreabierta. El-lal le coge del cuello, le arranca las plumas de la cabeza y le dice:

Librodot

-¡Vuélvete a la cúspide del cerro!

-El dios-hombre tiene ya la fuerza y la musculatura de la juventud; ningún animal le resiste: el puma se le humilla, el cóndor le acompaña en sus correrías, el cóndor no le niega ya sus plumas. Todo está sujeto a su imperio.

»Pero un día reaparece Nosjthej.

-»Yo soy tu padre -le dice.

»El-lal lo conduce a su antro, le enseña sus armas, sus arcos, sus flechas, sus tallados pedernales y sus hondas; le muestra sus trofeos, las pieles de los pumas, las caparazones de los armadillos gigantescos, las alas enormes de los cóndores.

» Después coge un hueso, extráele la médula y se la ofrece complacido...

»Transcurre algún tiempo. Nosjthej es el amo; el héroe le obedece, pero un día se subleva contra sus mandatos y huye a esconderse en la montaña. Su padre le persigue... Ya le alcanza... El-lal se detiene un instante, hiere la tierra con el pie, lanza un grito estridente, y el bosque, la selva enmarañada, se alza como una barrera insalvable delante del colérico padre.

»La tierra ya se ha poblado de hombres, y un gigante, Goshg-e, siembra en ella el terror y la desesperación. Cada noche desaparece algún niño. El monstruo devora, también, al cazador extraviado. El-lal sale en su busca, le encuentra en la linde de la selva... Pero el gigante es invulnerable... las flechas del héroe se astillan o rebotan... Las víctimas se suceden a las víctimas. El espanto no tiene límites.

»El-lal toma entonces la apariencia de un tábano, busca otra vez a Goshg-e, se introduce arteramente en sus fauces, penetra en su estómago, híncale el aguijón. El gigante se retuerce y lanza gritos nunca oídos, gritos que el viento arrastra por los campos como la última amenaza del monstruo..

»Luego hay un lapso de tiempo en que todo es vago y misterioso, en que todo se confunde y contradice. El-lal pierde casi por completo su carácter divino, toma un nuevo nombre. Su cabellera va sujeta a la frente, con la vincha indiana; el hacha de piedra y el dardo aparecen en sus manos; su albergue es de ramas entrelazadas. Otros seres como él le acompañan por todas partes. Da caza a los guanacos, vigila en la noche.

Tan pronto se le ve a la vera del bosque como al borde del mar. Es ictiófago, es carnicero...

»Nosjthej se llama entonces Tkaur.- El roedor dormita en la cueva...

»Aparece Sintalk'n, guerrero poderoso y sagaz. Lucha con El-lal. La sangre de los hombres empaña la tierra. Las bestias feroces vuelven a sus correrías destructoras.- Renace Goshg-e, más espantoso; su frente sobrepasa a los cerros más altos.- Hasta la misma Naturaleza parece conturbada. El sol se obscurece, la tierra palpita en su corteza, el viento brama incesante. El-lal ya no es dios. Su boca blasfema, en su corazón arden todas las pasiones de los hombres.

-»¡Sintalk'n! ¡Sintalk'n!

»Este nombre resuena al borde del océano y al pie de la montaña...

Pero el guerrero es vencido y aprisionado... y devorado. El-lal vuelve a ser omnipotente. Solicita en matrimonio a la hija del Sol y de la Luna, pero éstos, no atreviéndose a rechazar abiertamente la alianza, se valen de un subterfugio para no acceder al pedido; una sierva joven toma el vestido y el nombre de la niña; los emisarios de El-lal la reciben y conducen al lado del héroe, quien descubre inmediatamente el engaño. Su voz suena entonces contra el Sol, y su arco le amenaza con sus flechas más agudas.

Librodot

»Pero no termina aquí el mito tehuelche.

»Disgustado El-lal, va a alejarse para siempre del teatro en que se desarrolla su obra de dios y de héroe. Su misión ha terminado: ha hecho al hombre primitivo, ha purgado la tierra de los monstruos que la asolaban; ha echado la primer semilla de moral en el corazón de la criatura humana, y le ha enseñado el secreto de la combustión y los rudimentos de la industria; le ha dado armas, le ha dado abrigo de pieles, le ha proporcionado albergue. Ha removido para él todos los obstáculos de la ingrata naturaleza, y le ha dicho:

-»¡Anda! ¡El horizonte es tuyo!

»Metamorfoséase luego en avecilla, reúne a los cisnes sus hermanos, pósase en alas del más arrogante de ellos, y en bandada rumorosa va a través de los mares, hacia el este, descansando en las islas misteriosas que surgen de las ondas heridas por flechas invisibles.

-»Allá, por donde andan los vapores, allá desapareció El-lal con los cisnes sus hermanos -me decía el anciano Papón».

Esta confusa mitología, llena de saltos y lagunas, y que quizá necesite mayor comprobación, ofrece gran margen para el hombre estudioso.

porque inconexa y todo como es, tiene vagas reminiscencias de otras mitologías y otras teodiceas. Cuando lleguemos a hablar de los indios de la Tierra del Fuego -de una de sus razas, sobre todo- nos servirá la página de Lista para establecer puntos de comparación, no exentos de interés positivo, e indicios fehacientes de afinidades no comprobadas hasta ahora.

Repito nuevamente que, entre los múltiples trabajos de Lista, los que versan sobre los tehuelches son los que tienen más valor, y los que pueden tomarse con mayor confianza, por los medios de que se valió para entrar en las costumbres y en la intimidad de esos indios. Conviene, pues -ya que no he logrado acercarme a ellos-, utilizar ese folleto, muy escasamente conocido, según mis informes. Habla Lista:

«Ambos sexos llevan en sí el sello peculiar a todos los pueblos indígenas sudamericanos y éste es el de la tristeza, detalle que se advierte al primer golpe de vista. Es un aire doliente, pesado, lánguido o indiferente a la vez, y sin que ello importe el querer hacer una frase, diríase que el tehuelche retrata en su semblante la desolación, la árida monotonía del país en que ha nacido. Es poco dado a la risa, y cuando lo hace es a manera de estallido, anormal, como que su temperamento no se presta a tal manifestación.

»De otra parte, he observado que conversan poco y con cierta indecisión, une en las horas aflictivas se convierte en balbuceo.

»Dado este modo de ser, nada tiene de extraño que las manifestaciones de sus más íntimas alegrías, siempre breves, revistan un carácter de brusquedad turbulenta y salvaje.

»Estos indios no se sorprenden de nada; todo lo miran con la mayor indiferencia, al menos aparente, y ni siquiera las obras arquitectónicas o mecánicas más notables despiertan en ellos signos externos de asombro. El cacique Papón visitó conmigo, no ha mucho, el Río de la Plata; mas nada llegó a alterar la fría serenidad de su rostro. Figurábame que todo le era conocido: ferrocarriles, monumentos públicos, instalaciones de industria, alumbrado eléctrico. Lo único que llegó a interesar su curiosidad, fue la pareja de elefantes del jardín de aclimatación en Buenos Aires.

-»¡Oh! ¿Cómo llamar ese animal grande?... Keteshk (lindo) -agregó en su lengua; y se quedó callado, girando su mirada a otra parte.

Librodot

»La expresión facial parece como que se comunicara al cuerpo todo; y esto que tal vez parezca absurdo a muchos, es para mí evidente. Observad a un indio que anda: su andar es vacilante, se inclina hacia el suelo, diríase que le abruman hondos pensamientos.»

Falta ahora, para que el lector forme concepto acerca del tehuelche, copiar modelos de literatura que el mismo Lista ofrece, quizá exagerando su nitidez, pero ciertos en el fondo, sin embargo. Son dos fábulas. Una de ellas -la primera- la conozco pasada por la pluma de Fernández Bremón y con un personaje sustituto del zorro; la otra, tan ingenua, no tiene, según mis impresiones, una analogía entre los apólogos conocidos. -Véanse, que será útil:

«El zorro y la piedra. -Un zorro desafió a correr a una piedra; ésta se excusó:

-Soy muy pesada.

-Correremos cuesta abajo de este cerro- insistió el zorro.

-Soy muy pesada, pero... guardaos de mí.

-¿Alcanzarme? ¡Qué locura! Yo corro como el viento.

-En fin, corramos -dijo la piedra.

Y el zorro partió como una flecha... se echó a rodar la piedra entonces, y de tumbo en tumbo fue a herir de muerte a su rival, que ya llegaba al pie del cerro.»

La segunda fábula a que me refería, es la siguiente:

«El zorro y el puma. -Un puma se encontró al linde de un pajal con un zorro muy donoso.

(Es de advertir que éste tenía un vistoso copete en la cabeza).

-¡Qué lindo adorno llevas, amigo mío! ¿Cómo lo has confeccionado?

-habló la fiera.

-Muy sencillamente: raspeme la cabeza con un pedernal, y luego introduje en ella las lindas plumas de avestruz.

-¡Qué admirable! Yo deseo someterme a la misma prueba. ¿Quieres tomarte la molestia de hacerlo por mí?

-De mil amores.

Y el zorro comenzó a raspar el cráneo del puma hasta que lo hubo adelgazado lo suficiente para quebrarlo de un sólo golpe de pedernal.

Y murió el puma.»

- XI -
Rumbo a Gallegos

Acompaña a este capítulo un plano de una parte del territorio de Santa Cruz -la comprendida entre el río del mismo nombre y el límite argentino-chileno, que deja a la vecina República el sur de la Patagonia y todo el estrecho de Magallanes. Este plano, hecho sobre el del ingeniero Siewert, de reciente data, tiene por objeto dar a conocer la población e industria ganadera de esa interesante región de nuestro territorio. Para no llenarlo de confusos letreros, se ha usado en él de los números, cuya explicación va enseguida, y sólo se han señalado los lotes de la concesión Grümbein, para que el observador pueda abarcar de una ojeada el modo como se han desflorado aquellos terrenos: los lotes elegidos, y que

hoy pertenecen, ya a Grümbein, ya al Banco de Amberes, están encerrados por líneas rectas; la mensura de esas posesiones, acaba de ser aprobada por el Gobierno.

Pero antes de continuar, consignaré las notas explicativas referentes al plano.

Núm 1.- Establecimiento de la concesión Piedrabuena, con 8 o 10.000 ovejas más o menos.

Núm. 2.-Mister Johnson, 4.000 vacas.

Núm. 3.-León Pouchet, 4.000.

Núm. 4.-Señor Cressard, 4.000.

Núm. 5.-Kurtz y Wahlen, 15.000 ovejas. Hay en ese campo hacienda alzada.

Núm. 6.-Enrique L. Reynard, 12 ovejas.

Núm. 7.-Estancia de Manuel Coronel, uno de los primeros pobladores del territorio, que ha estado en continuo contacto con los indios y conoce toda la Patagonia desde el Río Negro al estrecho de Magallanes. Ha vivido con los indios más de quince años, y hoy cuenta de 65 a 70 de edad. No posee gran número de haciendas.

Núm. 8.-Pearson, y Patterson, 2.000 ovejas.

Núm. 9.-Smith, 8.000.

Núm. 10.-Puesto de Contreras, con 500 vacas. Las subcomisiones de límite acostumbraban proveerse allí de carne.

Núm. 11.-Puesto de Coronel, con 1.000 ovejas. En los alrededores hay liebres patagónicas, o mejor dicho agutíes.

Núm. 12.-Puesto de un oriental, llamado don Tomás, con 1.000 ovejas.

Núm. 13.-Guillaume, pequeña población sin animales todavía.

Núm. 14.-Aubone, ex-secretario de la Gobernación de Santa Cruz, puesto con 6.000 ovejas.

Núm. 15.-Guillaume, francés, establecido allí desde hace muchos años. Tiene 8000 ovejas procedentes del Río Negro, 300 vacas y 300 yeguas.

Núm. 16.-Montes, español, 90.000 ovejas o más. Un poco más arriba, sobre la costa del Atlántico, hay pasto fuerte y abundante.

Núm. 17.-Jameson, australiano, 2000 ovejas.

Núm. 18.-Terrenos inhabitados; algo más al sur hay dos grandes lagunas de agua dulce, que se unen en la época de las crecientes.

Núm. 19.-Fernández, español, 4.000 ovejas.

Núm. 20.-Establecimiento de varios pequeños con un total de 1200 ovejas.

Núm. 21.-Riquez, oriental, 6000 ovejas.

Núm. 22.-Urbina, 5000 íd.

Núm. 23.-Redman y Woodmann, sobre el cerro Guar-Ayken. 20.000 íd.

Núm. 24.-Felton, 18.000 íd.

Núm. 25.-Halliday, 12.000 íd.

Núm. 26.-Riveira, 10.000. Estos campos están cubiertos de mata negra, pasto fuerte y de buen engorde para los animales. Sobre la costa y sin número, ocupando el cabo Buen Tiempo, está el establecimiento de Rudd, con 10.000 ovejas.

Núm. 27.-Meyer, 12.000 íd.

Núm. 28.-Douglas, 112.000 íd.

Núm. 29.-Roux, 2000 vacas.

Núm. 30.-Noya y otros, 7.5000 ovejas.

Núm. 31.-Ronx, 9000 íd.

Librodot

Hotel y posada en el paso del Guar-Ayken.

Núm. 32.-Gran campo alambrado de los señores Hamilton y Saunders, escoceses, con un plantel de 10.000 ovejas, que piensan aumentar introduciendo mayor número de animales.

Núm. 33.-Establecimientos de Bartlett y de Molesworth, con 10.000 ovejas cada uno.

Núm. 34.-Establecimiento de Montes, con unas 10.000 ovejas y campo de Celestino Bousquet, con hacienda vacuna bravía, compuesta de 3000 cabezas, más o menos.

Núm. 35.-Clark, 6.000 ovejas.

Núm. 36.-Bitsch, 6000 íd.

Núm. 37.-Eberbardt, 20.000 íd.

Núm. 38.-Cark, 6000 íd.

Núm. 39.-G. Saunders, 12.000 íd.

Núm. 40.-Ross, 2500 íd.

Núm. 41.-Scott, 9000, y Grant, 3000 íd.

Núm. 42.-Hamilton y Saunders, 10.000.

Núm. 43.-Grandes bosques de hayas antárticas. Hay allí una puntita de ovejas del señor Lemaitre.

Núm. 44.-Woods y Compañía que poseen una inmensa zona de terreno.

Tienen allí más de 10.000 ovejas, pero no he podido precisar el número.

Una de las casas de comercio más importantes del territorio, me facilitó la lista de los principales hacendados, propietarios y arrendatarios de tierra, algunos de los cuales no figuran en el plano adjunto, ya por estar establecidos al norte del Santa Cruz, ya por no haber obtenido el tiempo oportuno informes fidedignos a su respecto. Son los señores: Aubone; Alonso, Martín (Deseado); Auvern, Tomás; Bousquet, Celestino; Bresca y Compañía; Barreiro; Braun Moritz; Braun, Cameron y Lippert (San Julián); Burlotti, Engenio; Clark, William; Coronel, Manuel; Clementi, Máximo; Dobree y Cressard (comerciantes en Punta Arenas también); Eberhardt; Felton, Herbert; Grant, Roberto; Game y Catlle; Guillaume, Augusto; Halliday, Williams; Hamilton y Saunders; Hope, W. (San Julián); Jameson, Jenkis (Deseado); Kark y Oxembruj; Burgmeister; Mc.

George; Molesworth; Montes, José; Noya, L.; Nees, William; Nash; Patterson, Donald; Rivera, Victoriano; Rieques, Juan; Reynardo y Greenwood; Magan; Rieques, Juan, Suárez, Rodolfo; Scott; Smith, Juan; Urbina, Pedro; Woodman y Redman; Van Praet; Wallace, Williams (San Julián); Wahlen y Kurtz, etc., etc.

Puede observarse bien aquí lo que queda dicho en el capítulo anterior acerca de la población de Patagonia y los elementos de que se compone su plantel en la actualidad, teniendo en cuenta también que los hacendados ingleses prefieren muy a menudo llevar sus peones y capataces de Inglaterra, desconfiando mucho -y no sin razón- de la actividad de los hijos del país.

TERRITORIO DE SANTA CRUZ

Y se habrá observado también la forma de población de ese pedazo de territorio, que si bien es más densa hacia la costa, no desaparece sino muy poco a poco hacia la cordillera, en ensayos primeros contrafuertes y a inmediaciones de los lagos, hay todavía algunos establecimientos, como uno de Carpenter con 3000 ovejas, otro de Kark con 5000, un tercero de Eberhardt con 4000, etc., que no figuran en el plano. Poco tiempo más, y se verá el efecto de esos jalones plantados en el desierto, y que invitan a que otros vayan a ubicarse entre ellos, disminuyendo las distancias y aumentando los recursos de aquella zona.

De la concesión Grünbein ¿qué puedo añadir a lo que ya se ha dicho en todos los tonos? La elección que ha presidido a la ubicación de los lotes, está bien patente en el plano. Se ha seleccionado todo lo mejor, se ha desdeñado lo mediano y lo malo, y se ha quitado el mérito a mucha tierra que pudiera tenerlo si contara con las aguadas que le servirían con una división que consultase más el interés común.

En fin, eso está hecho, y parece que sin remedio, aunque semejante modo de ubicar tierra no tiene precedentes sino en la República Argentina; ahora lo que importa es que no se repita esa desastrosa errata -quiero llamarla así- en las nuevas zonas que van a abrirse a la civilización.

De los terrenos de la concesión Grünbein, los mejores son los del oeste, situados casi sobre los lagos Sarmiento y Maravilla, al norte del seno de la Última Esperanza. Estos campos, excelentes para la ganadería, pertenecen hoy, en gran parte, al Banco de Amberes, y ocupan el vasto cuadrado que se ve en la parte alta del plano.

...Desde nuestra partida de Santa Cruz el tiempo nos favoreció, como en las anteriores singladuras. Roló algo el Villarino, molestado por el viento de tierra y un poco de mar de fondo, pero sin llegar a mayores. La vida a bordo era tranquila y plácida. Íbamos más solos, cada vez más solos, dejando no sin cierta vaga melancolía nuevos compañeros en cada puerto, especialmente en Madryn, que es de mucho movimiento de pasajeros, y en Santa Cruz, donde acabábamos de separarnos de la comisión del doctor Moreno. Añadíase a esto la falta de noticias de Buenos Aires, que ya se dejaba sentir, produciendo en todos los no avezados a esos viajes, un desasosiego no por lo reprimido menos sensible.

-¡Bah! Telegrafiaremos en Punta Arenas...

-En Punta Arenas no hay telégrafo.

-A Buenos Aires no, pero a Santiago... Y haciendo retransmitir desde allí los despachos...

-No hay telégrafo a Santiago...

No lo hay, en efecto, aunque aquí se crea generalmente lo contrario, tanto que yo iba convencido de ello, y esperaba poder comunicarme desde el Estrecho con la dirección del diario y con los míos. Es tan natural que no se deje completamente aislada del país una zona que lo pertenece, y que tiene importancia real, política y comercialmente considerada, que atribuíamos a los vecinos más actividad de la que nosotros hemos demostrado... y demostramos; porque todavía es difícil que aprovechando todo el verano próximo y trabajando firme, quede tendida la línea, establecidas las estaciones y en aptitud de funcionar el telégrafo. Ahora, la correspondencia con Buenos Aires es de una lentitud desesperante.

Pasando los transportes una vez por mes, cuando no más (8), una carta no obtiene contestación sino sesenta días después de escrita... Patagonia está, pues, más lejos de Buenos Aires que la misma Europa.

Librodot

...La falta de noticias, el aislamiento en que uno se encuentra en Patagonia, es lo que hace desagradable un viaje que en otras condiciones sería de placer, aunque la costa, árida y triste, tenga muy poco de pintoresca. La monotonía de aquellas tierras, ora pedregosas, ora cubiertas de arena, siempre con escasa y pobre vegetación, es un prólogo que prepara bien el ánimo para los cuadros sorprendentes que han de verse después. Y el mar, como si se diera cuenta de la poca variedad del paisaje, se esfuerza en cautivar la vista, combinando sus más curiosos juegos de color, y excediéndose a sí mismo en las auroras triunfales y en las sanguíneas puestas de sol. El mar es, por sí solo, un espectáculo altamente sugestivo: invita a meditar, aclara las ideas, permite concentrarse y hacer síntesis de lo que se ha observado. En él se suprime con la imaginación el estrecho límite del barco, y el pensamiento flota libre en la inmensidad. Todo contribuye a este resultado, desde la falta de preocupaciones materiales inmediatas, hasta el mismo a veces cuasi cariñoso cabeceo del buque mecido por la ola. El movimiento del agua, la luz que la colora, el cielo en que pasan, ya lentas caravanas de nubes, ya escuadrones lanzados en rápida carrera; el aire que juega con la vela o con el gallardete, las aves que revolotean sobre la superficie móvil, diezmando los bancos de crustáceos o de pececillos, son elementos siempre iguales y siempre nuevos, de un cuadro que se pinta en el espíritu y que reclamando una atención vaga y soñadora, permite pensar, y sugiere nuevos rumbos a la idea.

Aquella tarde el Atlántico estaba bravo; desde lejos corrían hacia nosotros batallones de olas coronadas de espuma, que cortaba el Villarino, más gallardo que nunca, moviéndose de proa a popa, de popa a proa, con movimientos de corcel brioso. De pronto, con fragor de hojas sacudidas por el viento, una salpicadura de espuma blanca entraba por delante, se estrellaba contra la casilla del timonel, bifurcábase por babor y estribor, corría largo trecho, dando un tinte obscuro a las maderas claras de la cubierta, y llegaba hasta la popa, arrastrada por el viento como fresca y salada llovizna...

Todos los pasajeros estaban en la cámara. Ya se veía la costa, más accidentada allí, con médanos y serranías, cubiertos ole pasto fuerte, y donde pacen numerosas ovejas, desde el Santa Cruz hasta el Coy Inlet, hasta el cabo Buen Tiempo, hasta la punta Dungeness. El río Coy es una arteria de mucha importancia, cuyo curso no se conoce todavía sino desde el meridiano 71º 30', que tiene numerosos brazos y va a echarse en el océano en el paralelo 51º, a poco más de medio grado al norte de Río Gallegos. Se le llama allí generalmente el Coile, adulterando el nombre como lo hacen a veces hasta los mismos hombres de ciencia. Darwin, inducido en error por la pronunciación inglesa, y como Fitz-Roy también, llama Chupat al río Chubut, y escribe Tandeel, Tapalguen, etc. Esta ortografía subsiste en las traducciones al francés de sus obras, perdiéndose así hasta el parecido de la pronunciación, como sucede, por ejemplo, con Walleechu (hualichu), que todavía en inglés se pronuncia de una manera análoga a la tehuelche. Aquella región está cruzada por una verdadera red de corrientes de agua, aunque aquí y allí no falte una que otra travesía sin recursos. Los campos mejoran hacia la cordillera, y sobre ella comienza el bosque de árboles corpulentos, recurso inapreciable para los futuros pobladores de la comarca, como lo serán las minas de lignito que se encuentran sobre el estrecho de Magallanes y suben hacia el norte, presentándose en todos los territorios, incluso el Neuquen. El combustible no abunda hacia la costa, y los tehuelches usaban la leña de guanaco, de la misma procedencia de la leña de oveja utilizada en la provincia de Buenos Aires, y fácil de obtener por los grandes montones de estiércol que forman esos animales, acostumbrados a usar una sola huanera.

Librodot

Y, ya que hablo de huano, recordaré que lo hay en bastantes cantidades a lo largo de la costa patagónica y en algunos islotes.

Desvelos es uno de los puntos más ricos de ese abono, pero parece que el producto no es de muy buena calidad. Es curioso el aspecto que suelen presentar esos depósitos blancos, sobre todo si, como en Deseado, se destacan como grandes parches de cal sobre las peñas obscuras, casi negras.

Hace algunos años el transporte Villarino sorprendió y apresó en Desvelos a dos buques que se ocupaban en cargar huano, contra lo que manda la ley, quitándoles más de trescientas bolsas llenas del producto, que dejó en el mismo puerto. Pero no por eso dejan de ser explotadas las huaneras, y en toda la costa se piratea y se pesca sin miedo del castigo, pues los transportes nacionales no tienen interés en perseguir buques cuya captura es difícil por lo veleros y el poco calado, cuando nunca se obtiene el prometido premio por la buena presa...

Lobos, cazones, huano, ballenas, peces exquisitos, mariscos, nada falta en aquellos mares, aunque escasee en ciertos puertos: en otros, en cambio, se presentan con sorprendente abundancia, y es realmente raro que todavía no se haya formado una empresa seria -la de bahía Crakes tuvo la mala suerte que se sabe- para la explotación de la pesca en grande escala y la fabricación de conservas. Pero ya vendrá todo eso, cuando se cuente con un servicio regular de comunicaciones, y Patagonia, hoy exclusivamente ganadera, se prepare para la industria, acercándose más a los mercados de consumo. Para ello es necesario que el Gobierno se preocupe de aquellas regiones, y que cese de ser cierta la siguiente observación de Martín de Moussy:

«Las tentativas de colonización ejecutadas desde 1580 hasta 1782, tenían por objeto principal garantizar aquel pedazo de territorio contra su ocupación posible por otra nación.»

Tan poco caso se hace aún de la Patagonia, que la frase del geógrafo francés parece escrita hoy mismo, tal es su actualidad... Pero no se ven indicios todavía de que comience a variar ese estado de cosas, y si no fuera porque aquellas comarcas tienen una gran vitalidad propia, estarían tan desiertas como hace un siglo.

No lo están hoy -lejos de eso- y todo el que recorra el territorio del río Santa Cruz hacia el sur, se sorprenderá de su progreso rápido aunque extraoficial.

Un proyecto de excursión -que tuve que abandonar después, porque hubiera implicado renunciar a la visita a Tierra del Fuego o isla de los Estados, pero que recomiendo a los que vayan con más tiempo a la Patagonia Austral -tenía el siguiente itinerario:

De Gallegos por el valle que cruza el río, hasta los canales del oeste y el lago Maravilla -una cabalgata de ocho días-; de allí a la comisaría de Mollesworth, situada al sudeste, y luego al establecimiento de Bonvalot, para seguir después a la estancia de Saunders, y llegar a Punta Arenas pasando por la garganta formada entre Otway Wather y el Estrecho de Magallanes, y en que muchas cartas geográficas sitúan equivocadamente la cordillera. Esa garganta es, por el contrario, un bajo salpicado con numerosos charcos de agua, restos sin duda de un viejo canal.

La excursión es cómoda y fácil, por los abundantes elementos con que puede contarse, el carácter servicial de los hacendados de la región, y la benignidad del clima durante los meses del verano. Según se me ha informado, aquellos campos son excelentes, y los paisajes muy hermosos, sobre todo cerca de la cordillera y en el lago Maravilla, que al decir de cuantos lo han visto, tiene muy merecido su nombre.

Librodot

La más desagradable de las peripecias que puedan ocurrir al viajero en ese trayecto, será el encuentro con algún puma, como le sucedió al Dr.

Moreno en el río que llamó Leona en recuerdo del peligro corrido. Los pumas, en efecto, llegan muy al sur, para no detenerse sino ante la barrera que les forma el Estrecho. Pero no son muy temibles. Sólo atacan al hombre cuando se ven acorralados y no pueden huir; entonces esgrimen furiosos la zarpa y el colmillo.

«Este animal -dice Darwin- habita las comarcas más diversas; se le halla, en efecto, en las selvas ecuatoriales, en los desiertos de Patagonia y hasta bajo las latitudes 53 y 54º, frías y húmedas de Tierra del Fuego. He observado sus huellas, en la cordillera de Chile central, a una altura de 10.000 pies por lo menos. En las provincias del Río de la Plata, el puma se alimenta principalmente de venados, avestruces, vizcachas y otros cuadrúpedos pequeños. Rara vez ataca a las haciendas y caballos, y menos aún al hombre. En Chile, por el contrario, destruye muchos potrillos y terneros, probablemente a causa de la escasez de otros cuadrúpedos... Se afirma que el puma mata siempre su presa saltándole sobre la cruz y tirando hacia él con una de sus patas, la cabeza de su víctima, hasta romperle la columna vertebral. He visto en Patagonia esqueletos de guanacos cuyo cuello estaba dislocado así.»

Según los habitantes de Santa Cruz, el procedimiento del puma es otro, aunque se parezca al descripto por Darwin: salta sobre la grupa de su presa, y el solo golpe de su caída basta para descuadrilarla, y reducirla a la inmovilidad.

El ingeniero Siewert, me dice que ha encontrado numerosos pumas en los cerros del sur de Gallegos, habitando en las cuevas naturales que allí existen.

Entretanto, íbamos acercándonos a Gallegos, y al mismo tiempo al desenlace o cosa así de la novelita de miss Mary. Un indiscreto -que nunca faltan- se había preocupado de verificar en Santa Cruz la existencia del novio. Sí, lo había, el hecho era indiscutible. Pero no reunía las condiciones con que lo exornaba la fantasía de la joven, por lo menos según los informes del indiscreto en cuestión. Hombre de carne y hueso, ya un poco maduro, con escaso capital, mayordomo y no propietario de estancia, desvirtuábase un tanto en nuestro concepto, antes muy alto, por las reflexiones que sugería aquella el mujer haciendo viaje tan largo en busca suya.

-Ya estamos cerca, miss Mary.

-¡Oh, sí!

Y reprimió un suspiro mientras buscaba con la vista a su caballero accidental.

Éramos varios los que seguíamos con interés el desarrollo de ese drama sin peripecias ni golpes de efecto, tan humano en su sencillez como poco teatral, y no era posible rehuir el comentario.

-Me parece que esta mujer no se casa, decía uno meneando la cabeza con aire perplejo.

-Lo que nos importará a nosotros que se case o no... replicaba un segundo, que sin embargo estaba dedicadísimo a la observación.

-Sería lástima, porque esa joven es muy correcta, y su posición se liaría difícil si no se casara...

-¡Bah! Es inglesa, y si no su cónsul de Punta Arenas, cualquier compatriota la reintegraría a su tierra. Los ingleses se ayudan tanto entre sí como tienen poco en cuenta a los de otras nacionalidades, los argentinos inclusive...

En estas y otras pláticas llegamos a la entrada del río Gallegos, entre el cabo Buen Tiempo y la Punta Loyola. Esa entrada es más pintoresca que la de los otros puertos visitados antes. A uno y otro lado se elevan grandes barrancas cubiertas de pasto fuerte, que

Librodot

terminan al norte en un promontorio bastante alto. A lo lejos, al sur, se ve un sistema de cerros, llamados impropiamente Los Frailes y Los Conventos, sin que nada justifique ni un remoto parecido.

Esas montañas son de piedra y presentan en su interior tres cráteres estriados, en cuyas paredes se notan todavía las huellas del fuego que debe haberse extinguido en una época relativamente cercana. Junto a esos cráteres principales hay muchos secundarios más pequeños.

La playa de Gallegos es de ripio, y bastante elevada, pues las mareas son tan poderosas o más que en Santa Cruz. Cuando fondeamos, frente a la capital más austral de la Patagonia argentina, en el puerto sólo había un pequeño buque fondeado, perteneciente a una de las casas de comercio de Punta Arenas, que tienen sucursales en nuestro territorio. Otros dos buques varados y tumbados en la playa daban al sitio un acento de tristeza, una nota melancólica y sugestiva.

- XII -
La capital de Santa Cruz

-Aquí, en Patagonia, se sale de un buque para entrar a otro.

-Es mucha verdad.

Íbamos a instalarnos en el hotel, recién establecido, y que es más confortable de lo que en aquellas comarcas pudiera esperarse. La casa, de madera, está dividida en varias salas, y tiene también algunas habitaciones para huéspedes. Pero tanto esa como las demás del pueblo naciente, están asimiladas a barco, hasta por el olor peculiar que partiendo de la cocina se enseñorea de todos los rincones del edificio.

Gallegos tiene unas cien casas, y quinientos habitantes, más o menos.

De esas cien, la mitad son establecimientos comerciales más o menos importantes, cuyo capital en giro alcanzará a medio millón de pesos. Ha tomado mucho impulso de algunos años a esta parte, desde que se trasladó allí la capital del territorio, y gracias sobre todo a las franquicias aduaneras de que gozó bajo cuerda, y que incitaron a varios comerciantes a establecerse con casas de cierta importancia como la de Braune y Blanchard, la de Dobrée y la que acaba de fundar el señor Jacobs, ex-vicecónsul argentino en Punta Arenas. Las otras dos son, también, sucursales establecidas por comerciantes de la ciudad chilena.

El palacio de la gobernación es una gran casilla de madera, cuyo techo rojo domina el resto, con una nota más vibrante de color. Las calles, apenas esbozadas, son rectas -o lo serán cuando aumente la edificación-, y un ancho camino bastante bien tenido conduce del centro del pueblo a la playa. En los corrales adyacentes a las casas, se ven animales domésticos, gallinas, patos, avutardas, cuya presencia sugiere la idea de cierto bienestar, y aquí y allí, levantándose escuetas, las armazones de nuevas casillas, anunciadoras de un progreso bastante rápido.

También allí se oyen quejas amargas contra los transportes nacionales, aunque la cercanía de Punta Arenas haga menos dura la situación, con algún beneficio para los

Librodot

habitantes y mucho para nuestros vecinos del Estrecho, que acaparan aquella clientela, lo importan mercaderías, y lo exportan los productos.

Los transportes no llevan carga para el puerto chileno, pero el intercambio no disminuye por eso, como que varios veleros de cabotaje y algunos vaporcitos hacen la carrera, cobrando escaso flete, y resulta una ventaja para productores y comerciantes, hacer sus operaciones por allí.

Muchos de los que tienen que viajar a Buenos Aires, prefieren irse por tierra a Punta Arenas, y embarcarse en los grandes vapores que tocan allí tan a menudo.

...Hay un momento triste en esta vida de perpetuo examen que llevamos los periodistas: arribar a una síntesis, a una conclusión -después de haber visto-, es una tarea agotadora, una exacerbación del gasto nervioso, que produce un cansancio excesivo, y que no rinde ni en líneas abundantes, ni en líneas elegantes, el esfuerzo que significa.

Ya en Gallegos, casi en el límite de la Patagonia argentina, me era imprescindible echar una ojeada general al país que iba a dejar horas más tarde; y con la indolencia que en los largos viajes crea esa especie de cuna que se llama un barco, dejaba pasear mi fantasía por las vagas regiones de lo inmaterial y de lo abstracto. Patagonia era para mí, en aquel momento, una tierra geográfica, cuyo papel exclusivo se limitaba a las cartas y a los textos, y cuya acción no iba más allá de un ensueño de novedades áridas y poco sugestivas... Cuando uno de mis compañeros de viaje, inteligente y claro, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

-Ya sé...

-Ya sabe usted... ¿qué?

Se sonrío, y repuso:

-Ya sé lo que usted piensa... Está preocupado en busca de una idea...

-Puede... Yo mismo ignoro lo que me trabaja...

-La idiosincrasia de Patagonia...

-¿Cómo adivina?

-Las mismas causas determinantes, producen los mismos efectos... No es adivinanza, entonces.

Callamos un instante, pero al fin mi curiosidad pudo más que mi amor propio, y pregunté:

-¿Y qué piensa usted de Patagonia?

Mi interlocutor se quedó perplejo, y no contestó.

Gallegos, silencioso, se extendía a lo lejos, envuelto en la noche.

Algún perro celoso ladraba a los marineros que cruzaban las calles. La paz tranquila del extremo sur de América envolvía seres y objetos -y mi pregunta se ensanchaba, tomaba proporciones de problema, agitaba sus enormes alas sobre el pueblo casi dormido. Y se repetía:

-¿Qué piensa usted de Patagonia?

Y mientras aguardaba la respuesta, ella iba formulándose en mi mente, clara y determinada, cuando el interlocutor, perplejo, buscaba las palabras para vestir la idea. Recordaba los nombres de sus exploradores, sus trabajos científicos, su esfuerzo, que pocos tienen hoy en cuenta; hacía revista de los viajes y las recaladas, cuando marinos valerosos iban a surcar aquellos mares, a vela, desafiando peligros que no desafían hoy los barcos de vapor. Asociaba los nombres de la costa a los nombres de los que la visitaron cuando aquello parecía buena presa para las potencias marítimas. Soñaba en el estadista que

Librodot

hubiera hecho de aquellas comarcas un centro nuevo de civilización. Y en la exaltación creadora del pensamiento, repetía la aspiración desvanecida del maestro Zola, y a la amarga y «no contestada frase de Pedro en la ciudad de los Césares y de los Papas, sustituía otra más lógica y más positiva y más real: «¡Una nueva América! ¡Una nueva América!»

Entretanto, después de la pausa larga y sugestiva, mi interlocutor contestó:

-Patagonia es hijastra. Tiene toda la voluntad de las hijastras, descuidadas y sin embargo dignas de atención, de respeto, de ayuda. Si sus cualidades naturales responden a su ambición, puede que triunfe sobre sus hermanas.

-¿Cree usted próximo ese triunfo?

-Próximo o lejano, ¡quién sabe!

Cambiamos de conversación, pero creo que no nos apartamos ni un momento del asunto principal.

Patagonia no debe al Gobierno sino vejámenes unas veces, desdenes otras.

Gallegos mismo, que comienza a prosperar hoy, está amenazado de muerte segura, si la convención reformadora ha dicho la última, palabra respecto de su suerte...

Vivir de Punta Arenas es bien triste para los que habitan zonas tan favorecidas por la naturaleza; vivir sin ella es imposible, cuando no se tienen comunicaciones con el resto del país, y cuando sólo gabelas se aguardan de sus gobernantes, que no quieren abrirlos ojos. Todo es exigencia de parte de los argentinos para aquellos parajes; todo es tolerancia, de parte de los chilenos, para aquella comarca.

-Fíjese usted -me dijo, apenas desembarcado, el señor M., joven argentino, a quien preocupaba el hecho que iba a señalarme-. Fíjese usted; aquí todo el mundo es semi-chileno.

-No lo extrañé -le contesté-. Si examinamos bien, hemos de ver que más servicios les han hecho los chilenos que los argentinos... Nosotros...

apenas si ahora comenzamos, extraoficialmente, a ocuparnos de esto, y a darnos por apercibidos de que vive gente aquí...

No insistiré sobre la importancia del territorio de que Gallegos es capital, ni sobre la clase de sus productos, su modo de población, la calidad de sus tierras, etc., tanto más, cuanto que desde aquel punto casi extremo, la atención comienza a ser fuertemente atraída por lo que ha de verse días y aun horas más tarde: el Estrecho, que las consejas del sur rodean de majestad tan terrible; la inmensa isla de Tierra del Fuego; la colonia de Magallanes, mercado y almacén de Patagonia; el paso del Breecknock, semillero de piedras y de escollos; los canales de la Beagle, estupendos de belleza, y por fin, las últimas poblaciones perdidas del país, Lapataia, Usuhaia, San Juan del Salvamento...

Sólo se reflexiona sobre la única preocupación dominante a lo largo de la costa, el tema obligado de todos los días, el que llega a apoderarse del espíritu y se convierte en obsesión: las comunicaciones. Sin ellas no se progresará; con ellas, dadas las fuerzas vivas que tiene aquel inmenso pedazo de nuestro suelo, se irá lejos, y muy fácilmente, como lo demuestra Punta Arenas con su rápido incremento, que ahora nada detendrá.

Pero poca suerte ha tenido la tierra patagónica desde su descubrimiento hasta la fecha, y el sistema de desdén y abandono data de siglos.

A este respecto cuenta Martín de Moussy, que los hermanos Viedma emplearon el año 1780 en examinar el puerto de Santa Elena (44º 30') y de San Gregorio, las costas del golfo de San Jorge, el Puerto Deseado y el de San Julián. Habiendo dejado a su hermano en el puerto San José (golfo de San Matías), Francisco Viedma se decidió por Puerto Deseado,

Librodot

donde estableció provisionalmente una parte de los colonos que llevaba consigo; luego, pareciéndole preferible el puerto de San Julián, hízolo asiento de un establecimiento definitivo. Aquella localidad era, en efecto, muy ventajosa por lo profundo del mar, y la abundancia de leña, pastos y agua potable. En los alrededores vivían indios pacíficos que habían recibido bien a los españoles.

«Después de una invernada que fue ruda para los colonos, cuya instalación no podía ser completa -añade el sabio geógrafo francés- Viedma aprovechó su buena voluntad para llevar un reconocimiento al interior del país en noviembre de 1782. Llegó casi hasta la vertiente oriental de la cordillera, después de haber tenido que atravesar los afluentes, entonces considerables, del río Santa Cruz. Los indios tehuelches que encontró en el camino, eran hombres de talla superior a la de los españoles, y tenían seis pies (1m 74) término medio -es la media que da d'Orbigny- aunque los hubiera más altos aún».

...«Viedma consideraba, pues, el puerto San Julián como el mejor de toda la Patagonia para un establecimiento colonial, cuando el virrey ordenó que se abandonara, a pesar de toda la oposición de su gobernador, que con razón hacía resaltar sus ventajas, su porvenir y los gastos que ya se habían hecho en él».

Ese sistema de población y abandono lo ha continuado y perfeccionado la República Argentina, como ha podido verso en Santa Cruz, por ejemplo, y se verá luego en Buen Suceso, Bahía Thetis, etc., etc., gastando sumas importantes sin beneficio para nadie, o mejor dicho, con particular beneficio para unos pocos. Unas veces el abandono ha tenido razón de ser, por haberse elegido mal el sitio donde se ubicaba ya el presidio, ya la subprefectura, ya el futuro pueblo; otras ha obedecido a causas de menor cuantía, a meros caprichos, o a propósitos no muy confesables que digamos.

Pero es tiempo de que esto cese, tanto más, cuanto que la experiencia ha costado millones al país, y nuestros vecinos han llegado a éxito mayor con menor esfuerzo, sencillamente porque han sabido administrar, han sido más prácticos que teóricos, y -fuerza es decirlo también- porque sus marinos, frecuentadores de los mares del sur, no han hecho de ellos un espantajo, dando margen a que se pensara que querían conservar su usufructo. Véase cómo cuenta Moussy, ya citado, la fundación de Punta Arenas, y cómo su perspicacia le hacía prever el porvenir de la pequeña colonia:

«A pesar de todas las exploraciones -dice hablando del sur de Patagonia- no se creó establecimiento alguno en aquellos parajes, hasta que en 1843 el Gobierno chileno se decidió a ocupar el Estrecho de Magallanes y sus dos orillas. Una pequeña expedición que salió de Chiloé el 10 de septiembre, llegó el 21 a Puerto Hambre y echó los cimientos de una colonia, a la que se dio el nombre de Punta Bulnes, en honor del entonces gobernador de la república chilena. Seis años más tarde, el 1849, el establecimiento fue trasladado a diez y seis leguas de allí, a un pequeño cabo llamado Punta Arenas, donde la temperatura era más elevada, la leña más abundante y el aspecto más alegre. Creose allí la ciudad de San Miguel que existe todavía.

»Un motín, continuación de la tentativa revolucionaria hecha el año anterior en Copiapó, ensangrentó la colonia en 1852; pero el jefe de la revuelta, el autor de los actos de ferocidad que entonces se cometieron, Cambiaso, fue pasado por las armas, y la colonia -que tiene ya veinte años de existencia- comienza a prosperar, según parece.

»Este punto se hará muy importante cuando se establezca en el Estrecho la navegación a vapor. Un informe del último gobernador, señor Schythe, afirma que se encuentran yacimientos de carbón en las cercanías de la colonia. Esta circunstancia contribuiría

Librodot

poderosamente a dar valor a esa creación, porque no es dudoso que, tanto el Estrecho de Magallanes como las costas patagónicas, tendrán con el tiempo una población civilizada y establecimientos serios.»

»La gran pesca de anfibios, la de la ballena, la explotación del huano de los islotes de la costa de Patagonia, pueden abrir desde hoy fértil campo a la industria; muchos navíos a vela antes que doblar el Cabo de Hornos preferirían el paso del Estrecho, si hallaran en él remolcadores a vapor, absolutamente necesarios, a causa de las calmas y las corrientes.»

Los mismos vapores de la P. S. N. C. que hoy recalan en Punta Arenas, al cruzar el Estrecho, los de la Kosmos y otros, podrían haber sido atraídos a hacer escala en algún punto de la costa argentina, ofreciéndoles análogas comodidades a las que, para refrescar víveres, etc., tienen en el puerto chileno. Y eso, que no hubiera sido inmediatamente benéfico para todo la Patagonia, hubieralo sido a la larga, contribuyendo a formar una población de importancia, desde luego mucho mayor que la de Gallegos y Santa Cruz.

Un solo día permanecimos en el puerto: la carga era muy poca -pues las mercaderías van de Punta Arenas, donde se obtienen más baratas-, siendo colmados de atenciones por los señores Aubone, Magan, y otros propietarios y pobladores del territorio. A la mañana siguiente a nuestra llegada debíamos zarpar, aprovechando la marca, porque la barra es de difícil acceso, y la última noche que pasáramos en la Patagonia Argentina transcurrió rápida en amable conversación que duró hasta altas horas.

Había desembarcado miss Mary, en compañía de su prometido, que fue en su busca a bordo.

Era éste un hombre alto y fuerte, ya de alguna edad, pero de aspecto juvenil todavía. Tenía las características del inglés de nuestra campaña, hecho ya a los usos del país, acriollado en su traje y sus maneras. No fue muy efusivo con la novia, que lo fue menos con él, pero en la expresión del rostro se le conocía la íntima satisfacción de que estaba poseído.

Ella no pudo ocultar cierta esquivez, cierta desilusión, y sus ojos se empañaron un tanto. ¡Vaya! Tiene razón Campoamor:

«Pasan diez años, vuelve él

y al encontrarse él y ella:
-¡Dios mío!, ¡y éste es aquél!
-¡Dios santo!, ¡y ésta es aquélla!

Vinieron las presentaciones, que miss Mary hizo con gracia, recomendándonos a la gratitud del futuro por la atención que todos sus compañeros de viaje habíamos tenido con ella, y especialmente uno, el mismo de las largas charlas sobre cubierta que entre burlón y entristecido miraba a la pareja, pensando quizá en que todo tiene un término en la vida, y especialmente el flirt a bordo de los vapores.

El novio, muy gentil, nos estrechó la mano, agradeció en pocas palabras, y después de desembarcar, paseó toda la tarde por el pueblo, llevando del brazo a miss Mary, con una plenitud de satisfacción que le brotaba visiblemente por todos los poros...

Pero vino la noche, y con la noche la sorpresa.

Un caballero inglés, que iba con nosotros en el Villarino, y que acabábamos de ver hablando con la joven, se acercó a un grupo de pasajeros, e hizo estallar la bomba:

-Miss Mary no quiere casarse...

Librodot

-¡Hola! ¡Hola!

-¿Cómo es eso?

-¿Que nos cuenta usted?

Y nos mirábamos sorprendidos, aunque con una aire que estaba diciendo: «Pero si eso era inevitable.»

-Así me lo acaba de declarar -repuso el viajero- pidiéndome consejo, y autorizándome para que consultara con ustedes qué es lo que puede hacer, como más conocedores que son de las costumbres del país.

-Hombre, sencillamente que no se case, si no quiere...

-Es natural.

-Nadie puede obligarla.

Pero, después de la sentencia vino la reflexión, y el interrogatorio:

-Pero ¿por qué no quiere casarse?

-¿No conocía ya al novio?

-¿No será esto un capricho pasajero?

-Ella declara terminante mente que ni se casa ni se queda en Gallegos; que lo ha pensado bien, y que ahora no le conviene en manera alguna... Yo le he hecho reflexiones, pero de nada han valido...

-¿Y qué podemos hacer nosotros?

-No veo con qué títulos intervendríamos...

-Sí, pero dejar que una mujer se case contra su voluntad...

-¡Pues, señor! ¡Esto sí que es comedia!... De cómo se quiere hacer representar el papel de providencia en el Sí de las niñas...

Al fin, y como galantería ineludible, se resolvió que una delegación iría a hablar con miss Mary, para conocer su última palabra y resolver luego lo que podría hacerse dentro de lo correcto y lo caballeresco; la delegación partió en su busca, conversó con ella largo rato, y regresó diciendo que habían fracasado todas las tentativas de arreglo, que miss Mary quería irse a Punta Arenas para tomar el primer vapor del Pacífico que la volvería a Inglaterra, y que rogaba a sus compañeros de viaje que le ahorraran una penosísima explicación con mister Z., representándola y diciéndole que renunciaba a su mano.

-¡Vaya un compromiso en que nos coloca! -exclamó uno- Bonitos nos pondría el novio...

-¿Y quién va con esa carta del negro? -preguntó otro- Si se tratara de parientes o de amigos...

-Tanto más -agregó otro- cuando puede suceder que miss Mary cambie nuevamente de opinión. Souvent femme varie... Bueno fuera que mañana quisiera casarse...

Como el Villarino salía al día siguiente, el problema tenía siquiera una dilación, ya que no una solución.

-Dejemos el asunto para mañana, pues.

-Claro, es lo mejor. Así tendremos tiempo de reflexionar, los novios inclusive.

A primera hora del siguiente día, nueva consulta a miss Mary, que se ratificó en su firmísima intención de no casarse, y rogó de nuevo que se la sacara del apurado trance, casi con lágrimas en los ojos. Y nueva consulta en cónclave de pasajeros, ya resueltos a hacer algo por la joven, pero sin hallar el medio decoroso y decisivo, que tampoco hiriera muy cruelmente al novio, quien, por otra parte, ya podría haberse apercibido de que algo terrible

estaba tramitándose contra su corazón... Porque ¡figúrense ustedes lo que significará una mujer querida para esos hombres del desierto!...

-¿Y si consultáramos con alguno de los vecinos que conozca bien a Z., y que lleve la parte cantante en este final dramático? Nosotros lo acompañaríamos como coristas...

-Bien pensado. Pero ¿a quién?

-A. N. Es influyente, creo que tiene negocios con Z., y puede, por lo menos, darnos un buen consejo. Casualmente, ahí va, hacia la playa, donde también están los novios... Y ya nosotros debemos ir pensando en embarcarnos.

El señor N. nos dio efectivamente la solución del problema.

-Puede que se trate de una tontería, de un simple capricho, de algún pasatiempo tomado a lo serio; según lo que ustedes me dicen, eso es fácil... Entonces, ya que la joven ha hecho lo más, que haga lo menos.

Vino de Inglaterra, pues que se quede aquí unas semanas, hasta conocer mejor a Z., que es un excelente sujeto, y quizá entonces quiera lo que no quiere hoy. Yo le ofrezco mi casa; en ella puede hospedarse el tiempo necesario para el experimento, y si su negativa continúa, yo me comprometo a envíarla a Punta Arenas para que su cónsul la reintegre a Inglaterra, como lo hará sin duda.

Tan sensatas palabras tuvieron la acogida que merecían, y todos vimos el cielo abierto ante ese allanamiento de las dificultades que un momento antes nos parecían casi insuperables. Pero faltaba poner el plan por obra, que convencer a miss Mary, que preparar a mister Z., y por fin... que embarcarnos, porque la marea crecía rápidamente.

Se hizo como se pensó. Después de algún llanto de la joven, de un susto terrible del prometido, que no sabía si tomarlo a burla o a veras, trágica o indiferentemente, pues no estaba preparado para el golpe de una conferencia explicativa entre ambos, mister Z. se fue a sus quehaceres, miss Mary con el señor N. a casa de éste, nosotros al bote que nos esperaba al pie de la costa de pedregullo, escenario triste de aquella escena, y poco después, silbando como espectador descontento, echó a andar el Villarino en las aguas tranquilas de la mar llena.

Mes y medio más tarde, pasando de vuelta por Gallegos, pregunté:

-¿Y miss Mary?

-Está en la estancia.

-¿En qué estancia?

-En la de Z.

-¡Cómo! ¿Se ha casado?

-Pocos días después de irse el Villarino.

También este es un desenlace lógico y natural: había que esperarlo, como había que esperar el que estuvo a punto de ser decisivo.

- XIII -
En el Estrecho de Magallanes

Librodot

Al día siguiente, muy de madrugada, pasamos a la altura del Cabo de las Vírgenes, aquel cabo famoso que hace más de diez años despertó en Buenos Aires la fiebre del oro, haciendo que chicos y grandes se precipitaran al Ministerio de Hacienda a solicitar pertenencias mineras, que quedaron inexplotadas porque el rendimiento de las arenas y las pepitas auríferas no equivalía al sacrificio que representaba obtenerlas.

Sin embargo, no faltan hoy mismo cateadores y mineros que frecuenten aquellos parajes, trabajando en sociedad y con algún resultado, pues viven de poco, y se contentan con unos cuantos gramos de oro que los permitan divertirse más o menos días en Punta Arenas.

En efecto, vimos dos carpas de mineros en Zanja Pike, situada más arriba del cabo, en cuya demanda íbamos.

Es urgente el establecimiento de un faro de primera clase en el Cabo de las Vírgenes, llamado así por Magallanes, que lo descubrió el año 1520 y el día de las Once mil Vírgenes. Dicho faro, que sin duda formará parte del vasto proyecto de iluminación de nuestras costas formulado por el ingeniero Luiggi, será de mucho auxilio para los barcos que navegan en demanda del Estrecho o del Cabo de Hornos, pues no teniendo hoy como situarse en noches obscuras, corren serio riesgo, y muchas veces naufragan -los de vela sobre todo-, cuando sobreviene una calma y los arrastra la corriente hacia tierra. Un casco de navío de buen porte, que vimos náufrago en el cabo, es mudo pero elocuente testigo de la necesidad de esa obra...

Poco más tarde, y pasando la línea de fronteras argentino-chilena, que sigue el paralelo 52 hasta el meridiano 70, baja de allí, recta, hasta el monte Aymont, y corre luego, sinuosa, a cortar el monte Dinero y la punta Dungeness, doblamos ésta y penetramos en el Estrecho de Magallanes, tranquilo como una balsa de aceite.

A nuestra derecha se elevaba, no muy altivo, no muy majestuoso, el monte Dinero; a la izquierda velamos vagamente la costa de Tierra del Fuego, más baja que la de la Patagonia chilena, y al contemplar aquel paisaje algo monótono, algo desabrido, desvanecíase la temerosa esperanza de asistir a uno de los grandes espectáculos de la Naturaleza.

Nada de lucha de los elementos, nada más que una gran masa de agua arrastrada por las corrientes, entre costas relativamente bajas, y que nuestro buque cortaba tranquilo con su proa. Sin embargo, la idea que uno se forma del Estrecho es terrible, y no sin razón. Las penalidades que han sufrido los primeros navegantes que por aquel paso se trasladaron al Pacífico, los peligros que acechan hoy también a los barcos, tienen que rodearlo de un nimbo temeroso. ¡Ah, cuando reina la calma, y el agua se precipita del uno al otro mar, con rapidez vertiginosa, no hay muchas veces paño que baste al velero para salvarse del naufragio!... ¡Ah! cuando sobreviene un chubasco, y el horizonte se cierra a pocas brazas de la proa del vapor que navega confiado, y su comandante no tiene cómo saber si corre a embicar o si sigue el rumbo que le marcan las excelentes balizas y columnas puestas meticulosamente por orden del Gobierno chileno, barcos de vela, buques de vapor, juegan su vida al entrar a ese estrecho, para mí tan tranquilo, menos proceloso aún que nuestro río, en las suestadas que lo enloquecen...

Al oír hablar de las dificultades con que tropiezan, de los riesgos que corren, de las catástrofes que sufren los marinos de hoy, con buques tan perfectos, causa asombro el valor y la pericia de los que, como Magallanes, se atrevieron a surcar, en verdaderas cáscaras de nuez, mares hasta entonces desconocidos, y temibles aún ahora, cuando las cartas del Almirantazgo, de Fitz-Roy y de la Romanche señalan casi hasta la más mínima piedra.

Librodot

Los cinco buques con que Magallanes realizó la proeza, sumaban, en total quinientas toneladas, es decir, menos que un pequeño transporte de hoy, y su tripulación se componía de ¡doscientos treinta y siete hombres!

De estas cinco naves, la Santiago, que mandaba Serrano, se perdió en la costa patagónica; otra, la Victoria, vio en Octubre de 1520, al sur del Cabo Vírgenes, una «abertura que después de averiguado era un estrecho», y que algunos llamaron por eso de la Victoria.

Mandó Magallanes que se explorase el paso, la tripulación de una de las naves se sublevó y regresó a España, otra nave volvió días después, diciendo sus oficiales que sólo habían visto una gran bahía rodeada de bajíos y escollos, y por fin súpose que la tercera había andado tres días sin dificultad, y que lo alto de las costas, el excesivo fondo y el movimiento de las mareas hacían muy creíble que aquel fuera un estrecho entre dos mares. Magallanes resolvió seguir el mismo camino con las tres naves que le quedaban, abandonando a la sublevada de que no se tenía noticias, y el 6 de noviembre de 1520 entró en el Estrecho, y el 28 del mismo mes lo había recorrido de extremo a extremo, y desembocaba en el mar que llamó Pacífico, porque el tiempo constantemente favorable les permitía hacer singladuras hasta de setenta leguas.

Poco iba a gozar de su triunfo el gran navegante, que el 26 de abril de 1521, cinco meses después de su descubrimiento, moría a manos de los indios. Los historiadores portugueses de la época, y también Argensola, hacen notar que al mismo tiempo y en circunstancias análogas, moría en las Molucas Juan Serrano, grande amigo de Magallanes, y cuyos informes incitaron a éste a buscar un paso entro los dos océanos.

Los indios diezmaron a la tripulación de las naves, que -por no poder llevarla-, tuvo que quemar una de ellas, la Concepción; la Trinidad fijé tomada en la Malasia por los portugueses, y sólo la Victoria, mandada por Sebastián de Elcano, con diez y ocho tripulantes, volvió a España en septiembre de 1522.

Oceanum reserans navis
Victoria totum
Hispanim Imperio clausit
utroque polo.

Magallanes tiene un monumento en el sitio en que cayó, en las Islas Filipinas, y otro más grande o imperecedero en el estrecho que lleva su nombre, poniendo de relieve su enérgica figura ante los ojos de cuantos navegan esas aguas que el surcó el primero.

Siguiendo sus huellas, y antes de que el Estrecho fuera frecuentado y se abriera definitivamente a la navegación, muchos navegantes expedicionaron a él, mandados por España y otras naciones.

En 1525, siete buques con un total de 1010 toneladas y hombres de tripulación, al mando de García Yofre de Loaisa, partió para el Magallanes, recorrió la costa patagónica y el estrecho; una de sus naves, el San Lesmes, que corrió hacía el sur, volvió porque parecía que donde había llegado «era acabamiento de tierra» (probablemente, según Urdaneta, vio el Cabo de Hornos), y fue tan perseguido por la desgracia, que doce años después sólo Urdaneta había regresado a España.

Gaboto preparó una expedición para ir en socorro de Loaisa, pero no pasó del Río de la Plata.

Librodot

En septiembre de 1534, salía de España D. Simón de Alcazaba, con dos naves, y el 18 de enero de 1535 entraba en el Estrecho. En la entrada de éste halló un mástil elevado en tierra con una gran cruz y esta inscripción: 1526; y los restos de un navío, que supuso fuera uno de Elcano. Por la rudeza de la estación (era verano, sin embargo) la tripulación le obligó a volverse de la mitad del Estrecho. Alcazaba desembarcó en la costa, hízose jurar gobernador, realizó algunas pequeñas expediciones al interior, y fue poco después asesinado por algunos de los suyos, que pretendían hacerse piratas. El maestre y contramaestre de la capitana, ayudados por algunos marineros fieles, lograron apoderarse de los asesinos, pasando por las armas a los principales. Pero los sobrevivientes llegaron a tal estado de escasez, que la ración quedó poco a poco reducida a una libra de carne de lobo y una taza de vino para cada tres hombres. Se dieron, por fin, a la vela, dejando en la costa algunos desterrados por complicidad en el crimen cometido, pero las naves se separaron sin causa, y sufrieron toda clase de penalidades, naufragios, avances de los indios, etc.

Pero, no obstante estos fracasos, cuatro años después, don Alonso de Camargo partió con tres navíos rumbo al Estrecho de Magallanes. Perdiose la capitana en la primera angostura, el 22 de octubre de 1539; otra tuvo que correr hasta el Cabo Vírgenes, y la tercera, muy maltratada, pasó al Pacífico, recogiendo a Camargo y los náufragos, y llegó a Arequipa, dando por primera vez noticias de la costa.

En 1557, el capitán Juan Ladrilleros con dos navíos, salió de Valdivia por orden del gobernador y capitán general de la provincia de Chile; recorriolo dos veces, estudiándolo con esmero, y volvió con sus marineros diezmados por los grandes azares del viaje.

Hiciéronse otras muchas expediciones por orden de los gobernadores de Chile y el Perú, perdiéronse muchos buques, otros renunciaron al intento, y por fin España abandonó el Estrecho, de cuya existencia llegó a dudarse, siendo opinión de muchos que se había cerrado, hasta que otras naciones desvanecieron semejante error.

Inglaterra, en sólo diez y seis años, hizo seis expediciones, siendo la primera en fecha la del célebre Francisco Drake, grande y arrojado marino, pero no menos pirata por eso. En abril de 1578 llegó a San Julián, donde empleó un patíbulo erigido por Magallanes para castigar a insubordinados, colgando de él a Thomas Dougthie, que trataba de hacerle un motín; peleó contra los tehuelches, y el 17 de agosto embocó el Estrecho, teniendo que retroceder por un viento contrario. Por fin, lo pasó en 17 días, viaje el más rápido que se hubiera hecho hasta entonces.

Luego, y después de sufrir un temporal de cuarenta días, navegó el Pacífico hacía el norte, tomó y saqueó a Valparaíso y otros pueblos de la costa, y a la altura de Panamá se apoderó de varios navíos españoles cargados de dinero, por el cual dio recibo, arruinó a Guatalco, y cargado de riquezas dio la vuelta al mundo, para arribar a Plymouth tres años después de su partida...

Por perseguir a Drake, España reanudó sus expediciones al Estrecho de Magallanes, enviando una al mando de don Pedro sarmiento de Gamboa, caballero de Galicia, que ya en el Callao y en Panamá había peleado con el marino inglés, Sarmiento era muy experto navegante, aunque nunca creyera que hubiese variación en la aguja imantada, y se confiaba mucho en su pericia.

Esta expedición de Sarmiento fue una de las que arrojó más luz sobre el Estrecho de Magallanes, aunque los medios de observación de que se disponía en el siglo XVI, fuesen muy escasos y dieran lugar a grandes errores. Valiole ser honrado con el título de capitán general del Estrecho de Magallanes y gobernador de cuantas tierras poblase en él, pues

Librodot

había logrado que Felipe II resolviera fortificar la primera angostura y establecer más tarde colonias en ambas márgenes.

Con este objeto, que iba a dar a España el dominio definitivo de aquella zona, armose una segunda expedición, llamada también de Sarmiento, y mayor que todas las anteriores, pues la escuadra se componía de 23 navíos.

Zarpó esta flota, del puerto de Sevilla, el 25 de septiembre de 1581, con anuncios de mal tiempo.

Los pilotos hacían notar que, como se acercaba el equinoccio, era peligroso darse a la vela, pero el duque de Medina Sidonia los obligó a zarpar, como lo hicieron, para tener que refugiarse días después en Cádiz, habiendo perdido totalmente cinco de sus buques y ochocientos hombres.

Antes de salir perdieron otras naves, y en la travesía a Río de Janeiro se enfermaron y murieron más de ciento cincuenta tripulantes. En Río, donde invernaron, murieron otros tantos y varios desertaron... Los navíos comenzaron a podrirse, menos los acorazados o emplomados del rey, y a hacer agua... Los desastres de esta expedición fueron en aumento. Los jefes Flores de Valdez de la flotilla, y Sarmiento, del Estrecho y sus futuras colonias, ya desavenidos, se separaron. Los capitanes y maestres de las otras naves vendían las provisiones destinadas a las colonias, cambiándolas por productos del país... Zarparon, por fin, en noviembre de 1582, pero para perder un bergantín y una lancha, y luego la Riola, de quinientas toneladas, con 350 personas, la Santa Marta y la Proveedora. Flores, cuya intención parece haber sido la de que fracasara el viaje, dejó otros tres buques la Almiranta, la Concepción y la Begoña -con trescientos soldados, en las costas del Brasil, diciendo que no aguantaban el mar.

Más tarde se separó de la expedición para irse por tierra a su gobierno de Chile, don Alonso de Sotomayor, con tres naves y muchas provisiones y gente, aunque tuviera orden de auxiliar antes a la expedición en el Estrecho.

Sólo con cinco naves llegó Sarmiento al Magallanes el 7 de febrero de 1583; pero Flores se echó atrás, a pesar de todo cuanto Sarmiento le dijera y sin motivo alguno plausible, volviéndose a Río de Janeiro y de allí a España.

Sarmiento con el almirante Rivera, cinco naves y 530 hombres, volvieron a emprender la expedición, llegaron al Estrecho el 8 de diciembre, pasaron la primera angostura, fondearon cerca de la segunda en febrero de 1584, pero perdieron las amarras (las anclas sujetábanse entonces con cabo, no con cadenas como hoy) y tuvieron que volver atrás, a ponerse al reparo del Cabo Vírgenes.

Allí se fundó el primer establecimiento que haya existido en el Estrecho de Magallanes, con trescientas personas y con el nombre de ciudad del Nombre de Jesús. El desembarco fue muy difícil. Rivera, sin orden de Sarmiento, marchose una noche a España con tres fragatas; otra, mal varada para alijarla, no podía servir, de modo que sólo La María quedó al servicio de la colonia.

El animoso Sarmiento no desesperó por eso, y después de otras mil peripecias, combates con los indios, penosísima excursión por tierra, fundó en mitad del Estrecho una segunda ciudad que llamó del Rey Don Felipe en cuya construcción trabajó hasta abril. Luego, como fuera con su nave y treinta hombres a visitar la ciudad Jesús, corrió un temporal, tuvo que desembocar al Atlántico, y subir hasta el Brasil, desde donde intentó repetidas veces, y siempre en vano, volver al Estrecho. La historia de Sarmiento parece desde un principio, y especialmente a partir de este punto, una novela de aventuras,

Librodot

fogosamente escrita por él mismo. Derrotado, viejo y enfermo, llegó a España en 1590, aquel hombre de indomable energía, cuya empresa mereció mejor fortuna.

En cuanto a los pobladores de las nuevas ciudades, sin recursos, sufriendo los rigores de aquel clima, desamparados, hicieron inútil tentativa de escapar a una muerte segura, construyendo bajo la dirección de Biedma, que los mandaba, dos barcos, uno de los cuales naufragó...

Pasaron dos inviernos en medio de tantas penalidades -casi sin otra comida que mariscos, agotados por el frío-, que al fin del segundo invierno sólo quedaban quince hombres y tres mujeres de las dos colonias...

Los españoles afirman que el marino inglés Thomas Candish, que pasó por allí en 1587, fue informado por el marinero Tomé Hernández, de la desesperada situación de sus compañeros, que Candish dijo a éste que les avisara su presencia, pues los tomaría a su bordo, pero que luego se hizo a la vela, abandonándolos. El diario de Candish dice lo contrario; pero parece quo, en efecto, no hizo todo lo que debiera por aquellos desgraciados primeros pobladores de las costas donde hoy pacen grandes rebaños de ovejas, y donde bajo excelentes auspicios nace la vida civilizada.

Esa expedición de Candish abre una larga serie de otras realizadas por ingleses, como la de Sarmiento cierra con una catástrofe las de los españoles. Pasó Candish el Estrecho, hizo buenas presas en el Pacífico, y volvió a Inglaterra dos años después de su salida.

Su teniente Davis, arrojado muy al este de Puerto Deseado (que descubrió Candish y así llamado por el nombre de uno de sus barcos), avistó unas islas, probablemente las Malvinas, descubiertas en 1700 por los marinos de Saint Malo.

Andrés Merik, que siguió a Candish en 1589, no pudo entrar en el Estrecho, y regresó a Europa. La misma poco más o menos, fue, en 1591, la suerte de la escuadra de John Chidley, y, de la segunda expedición de Candish, que sólo llegó a Puerto Hambre, y vuelto atrás, la tripulación lo obligó a dirigirse a Inglaterra. Se cree que murió en el viaje.

En 1593, otro inglés, Richard Hawkins, cruzó el Estrecho, avanzó por el Pacífico hacia el norte, y fue tomado por la escuadra del Perú, cesando con esta expedición las de los corsarios de aquella nacionalidad.

En cambio, los holandeses fijaron la vista en el Estrecho, para intentar un comercio regular con las Indias. El primero de éstos fue Mahu, al mando de cinco buques de 150 a 500 toneladas y 547 tripulantes. Pero murió Mahu del escorbuto, y asumió el comando el vicealmirante Simón de Cordes, que dio su nombre a una de las bahías al sudeste de la Península de Brunswick, después de larga navegación en que no le faltaron penalidades. Poco más adelante fundaron la orden del «León desencadenado»

para -decían- «perpetuar la memoria de un viaje tan extraordinario y peligroso, en un estrecho que ninguna otra nación había intentado pasar con tantos y tan grandes buques». Curiosa es una de las cláusulas a que debían sujetarse los caballeros del León, por la cual, era su deber, «exponer libremente la vida y hacer todos sus esfuerzos, para que las armas holandesas triunfasen en el país de donde el rey de España sacaba tantos tesoros empleados tan largos años en hacer la guerra y oprimir a los Países Bajos»... Pasó el Estrecho, perdió varios de sus buques, y el último que quedaba fue tomado en las Molucas por los portugueses...

Olivier Van Noort, otro holandés, pasó el Estrecho en 1600 y dio la vuelta al mundo. Siguiéronle más tarde Sebald de Wart, Joris Spilberg, y Jacobo Lemaire.

Librodot

Este último es el glorioso descubridor del cabo de Hornos, de Horn, mejor dicho, y del Estrecho que lleva su nombre, y nos ocupará más tarde.

Reanudaron entonces sus expediciones los españoles, con las de los hermanos Nodal, que fueron hasta la isla de Diego Ramírez, llamada así por el hidrógrafo que llevaban con ellos; a los ingleses volvieron también a la cara, enviando primero a sir John Narbourough, encargado de fundar en la costa patagónica establecimientos que no fundó, pero quien tomó posesión de Deseado, y pasó al Pacífico; y después al capitán Wood, con dos buques. El capitán Wood tocó en Puerto Hambre en noviembre de 1671, pasó al Pacífico, donde los españoles le tomaron alguna gente prisionera, volvió a cruzar el Estrecho en sólo diez y ocho días, y regresó a Inglaterra.

Siguen a ésta una expedición española mandada por don Antonio de Vea (1675), otra de los famosos corsarios llamados Flibustiers, cuya historia -muy interesante- no es del caso, y la inglesa de Strong (1689) que no tuvo resultado.

Toca ahora, después de España, Inglaterra y Holanda, el turno a Francia, que acaba de coronar últimamente sus exploraciones, con la utilísima y famosa de la Romanche a Tierra del Fuego y Cabo de Hornos, que en estos años tanto ha contribuido al conocimiento de aquellas regiones.

El primer navegante francés que surcó las aguas del Estrecho (1696) fue M. de Genner, con seis buques y el geógrafo M. Froger. Tuvo, después de llegar al cabo Froward y de bautizar en las inmediaciones la Bahía Francesa y el río Genner, que regresará su tierra, tan falto de víveres, que cinco días antes de llegar a la Bochela tuvo que dar ración única de chocolate y azúcar a su tripulación. Fundose luego en Francia una compañía para establecimiento y explotación de colonias en Sud América, la cual envió al capitán Beauchesne, quien invernó en Puerto Hambre, tomó posesión de una de las islas del sur, que llamó Luis el Grande, y después de hacer gran comercio con los indios, volvió doblando el Cabo de Hornos. La isla se abandonó por el advenimiento de los Borbones al trono de España.

Pero la dificultad del paso del Estrecho hizo que los muchos franceses que acudieron a negociar en el Pacífico, prefirieran el camino del Cabo, hasta que M. Marcant entró en Magallanes, descubriendo al este de la isla Clarence un canal que llamó Bárbara, como su buque (1713).

Entretanto, el rey Felipe V quiso hacer extensiva a Patagonia la pacificación y colonización intentadas en las Pampas, y ordenó una expedición que salió de Buenos Aires el 15 de diciembre de 1748, formando parte de ella los padres jesuitas José Quiroga, Cardal, Strobl y Falkiter, quien se quedó en Patagonia hasta la expulsión de su Orden, e hizo una descripción algo fantástica pero en muchos puntos apreciable, de aquellas regiones. La expedición llegó hasta el Estrecho, pero no lo atravesó.

Luego Inglaterra mandó a Byron (1764) a hacer un viaje de circunnavegación pasando por el Magallanes, como lo realizó; a Wallis, que de 1766 a 1768, dio dos veces la vuelta al mundo, en 637 días, a bordo de su Delfín; a Carteret, que separado de Wallis en el Estrecho, también dio dos veces la vuelta al mundo.

Bucarelli mandó, por esos años (1767) una expedición a la Tierra del Fuego, que colonizó en ella sin oposición de los indios, que, por el contrario, se mostraban serviciales; pero la colonia fue abandonada por su distancia y porque se la consideraba un lugar de destierro.

Librodot

Esta expedición, mandada por Felipe Ruiz Puente y compuesta de las fragatas Esperanza y Liebre, salió de Montevideo el 28 de febrero de 1767 junto con el célebre Bougainville, que mandaba la Boudeuse y L'Etoile, y que iba a entregará España las Malvinas, cedidas por Francia mediante la indemnización de 2.412.000 reales de vellón.

Bougainville fue el primer francés que diera la vuelta al mundo, y la narración de sus viajes es palpitante de interés y de verdad.

En 1779 hizo otra expedición Juan de la Piedra, no llegando sino hasta San Matías, donde fundó una colonia que diezmó el escorbuto.

En 1785 y 1786, la fragata Santa María de la Cabeza, mandada por el capitán de navío don Antonio de Córdoba, practicó un minucioso reconocimiento del Estrecho, y la relación de su viaje es documento de mucho valor para la historia del Magallanes.

En este siglo pocos viajes hay que notar, si no es el de d'Orbigny, que sólo llegó al golfo de San Matías, y muy especialmente el de la Beagle y la Adventure, mandadas por Philip Parker King y Robert Fitz-Roy (1826 a 1834), de que formó parte Darwin, el del comandante Mayne (1867-68) y el de la Romanche (1883). Pero esos pocos viajes, a partir de Fitz-Roy, han bastado para desvanecer muchas consejas, hacer dar algunos pasos a la ciencia y ofrecer al navegante guías inapreciables en el laberinto de los mares del sur.

Por nuestra parte, aunque descuidáramos mucho aquella región, hemos mandado varias expediciones, ya a Tierra del Fuego, ya a la Isla de los Estados, que si bien no se han ocupado especialmente del Estrecho, lo han recorrido del uno al otro extremo. Tendré oportunidad más tarde de ocuparme de estas expediciones, entre las cuales la más interesante es la de la subcomisión de límites, que ha practicado estudios y reconocimientos de importancia, al oeste, aunque no en las mismas aguas del Magallanes.

Los chilenos se han preocupado más, y son utilísimos los trabajos hechos en 1885 y 1886 por sus buques de guerra Toro, Aptao y Cóndor, que lo balizaron en toda su extensión, facilitando aquel camino para la navegación, hoy tan importante.

Las balizas y hoyas colocadas en aquella época, a tan corta distancia unas de otras, que siempre están a la vista del piloto, se cuidan meticulosamente, y un vaporcito que recala en Punta Arenas, las recorre sin cesar, desagotando las boyas, cuidando de que no se desvíen y manteniendo siempre correcta esa inapreciable guía del marino.

Tal es, a grandes rasgos, la historia del Estrecho de Magallanes, desde su descubrimiento hasta el día. Quien desee conocerla más en detalle hasta fines del siglo pasado, puede recurrir a un libro, cuyos datos he aprovechado en gran parte de lo que dicho llevo. Es la Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes, de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza, en los años 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y manuscritos, y noticias de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho. Trabajada de orden del Rey. Me he referido al viaje de la Santa María, tan interesante bajo todos conceptos, algunos renglones más arriba, como uno de los que más contribuyeron al conocimiento del Estrecho; debo añadir que la relación de ese viaje es de lo más completo y claro que he visto en la materia, y afirmar como seguro, que si los navegantes de la nave citada hubieran poseído los instrumentos con que se cuenta hoy, sobrellevando menos fatiga y haciendo menos esfuerzo, habrían dado una nota definitiva a propósito del Magallanes.

Cuando se piensa en lo que hicieron aquellos hombres con tan escasos elementos, luchando en forma tal contra dificultades hoy desaparecidas, se toman bajo beneficio de inventario las cuasi proezas de los navegantes actuales de Piedrabuena, abajo, y de ese

Librodot

inventarlo resulta que más es el ruido que las nueces, como vulgarmente se dice, y que ir hoy con un barco a vapor a surcar el temeroso Estrecho, es más fácil que internarse sin práctico en uno de nuestros mansos ríos.

Pero los que han hecho la navegación del sur, han cuidado de presentarla como temible, para dominar sobre ella primero, y para infundir temor después.

Del miedo sale el monopolio.

Mas los amigos de Piedrabuena, que adquirió la República para su servicio, como quien hace alianza con una potencia, le habrán oído decir, en la intimidad, cuán fácil era surcar siempre a vela aquellas aguas del Atlántico, si menos mansas, tan poco devastadoras como las del Pacífico.

Murúa, el comandante del Villarino, discípulo y cultor de Piedrabuena, cuyo retrato está en su camarote, sonríe cuando se le habla de los pretendidos peligros de aquel derrotero, pero calla, puesto que es humano admitir que uno hace algo más de lo que los otros serían capaces de hacer... Y su segundo, Méndez, suele encogerse imperceptiblemente de hombros, y cuando mucho, observa:

-El paso del Breacknock suele ser serio, en caso de neblinas y chubascos. Pero... lo preferiría al canal de la Mancha...

Y sin embargo...

Llega a mi noticia, alguna sobre los últimos naufragios ocurridos en el Estrecho, que dan qué pensar. No son todas, al fin flores.

En un intervalo de diez días, allá en 1884, perdiéronse en el Estrecho dos vapores; el uno de la compañía francesa Chargeurs Réunis, llamado Arctic, encallado en una restinga que sale del Cabo Vírgenes; el otro, de la P. S. N. C., el Cordillera. Salváronse en ambos las vidas, pero no la valiosa carga (ya se verá en otro sitio cómo son los salvamentos y cuánto cuestan).

El Arctic naufragó de noche, durante un chubasco de nieve, y con sus propios recursos desembarcó los pasajeros y envió un chasque en demanda de auxilio a Punta Arenas. Aunque hubiera naufragado en costa argentina, nuestras autoridades no intervinieron para nada...

Todo el cargamento del Arctic, mercaderías generales, telas y paños, vino, etc.., fue, transportado al puerto chileno, con ayuda del vapor aviso Comodoro Py, y a pedido del señor Sampayo, gobernador de Magallanes.

El Cordillera se perdió en la Punta San Isidro, también de noche y durante un chubasco de nieve, como el anterior (12 de octubre). Salváronse los pasajeros, que fueron llevados a Punta Arenas, como el cargamento, que se vendió en £ 500 a los señores Julio Haas y José Fiol, que tenían un buzo como socio industrial. Las mercaderías resultaron muy averiadas, pero la maquinaria y rieles de ferrocarril que llevaba el Cordillera, dieron a los compradores una ganancia líquida de 20.000 pesos oro.

En 1885, el transporte chileno Angamos tocó en una piedra desconocida hasta entonces, y apenas si se salvó, muy averiado, gracias a los socorros del vapor Malvina.

Recientes son las pérdidas del vapor alemán Kambyses y del inglés Coro-Coro en el Cabo San Antonio, y de otro cuyo nombre no sé, en el canal de Smith, donde estaba trabajando actualmente el vapor Albatros, chileno.

Por mucho que el balizamiento del Estrecho sea eficaz para la navegación durante el día no es suficiente para la navegación nocturna.

Hace falta un sistema bien combinado de faros en vez de las pirámides y boyas.

Librodot

Toca también al Gobierno argentino el establecimiento de dos faros:

uno en el Cabo Vírgenes, como ya he dicho, y otro en el Cabo Espíritu Santo, y ambos de bastante alcance. No darían quizás beneficio inmediato, pero lo procurarían considerable para los transportes que pasan por el Estrecho.

- XIV -
La joya de Magallanes

-¿Qué es aquello? ¿La casa... la cruz negra... el pontón?...

-La Congeladora.

-¿Y el pontón que se ve tan cerca entre las casas y la cruz?

-Pertenece a la fábrica. También tiene una parte de la maquinaria.

-¿Es muy importante el establecimiento?

-Mucho. Pertenece a Woods y Compañía. Ahora va a ocuparse de la exportación de ganado en pie. Ya ha hecho un ensayo con buen éxito.

-¿Estamos en la primera angostura? ¿No se llaman angosturas estos pasos más estrechos?

-En la primera; según se cuente... Ya sabe usted lo del cesante que vivía en el primer piso, a partir desde el cielo...

Un poco más tarde:

-¿Qué son esos puntos blancos que se mueven en la costa?

-¿Cuáles?

-Aquellos... Parecen terneros...

-¡Ah! sí; son ovejas...

-Y muchas... Probablemente malvineras como más al norte, del tamaño de animales vacunos... ¡Cuántas!

-¡Y las que no se ven!... Son de Menéndez. Aquí, sobre la costa, tiene más de 100.000.

-¿Sin exageración?

-Más de 100.000, seguro.

Poco rato después:

-Más ovejas, ¿no?

-En efecto.

-¿De quién?

-De Reynard.

-¿Cuántas?

-Más de 100.000 también.

-¡Pero, hombre! ¡Pero, hombre!

Y se me abrían los ojos, y me decaían las mandíbulas, con aquella sorpresa. ¡Cómo! ¿Había en el extremo de América establecimientos así?

¿planteles semejantes de fortuna? ¿capitales tan grandes en juego?

¿fuerza tal de expansión y crecimiento?

-¿Con que Reynard? ¿Con que Menéndez? ¡Cien mil y más ovejas cada uno!

-¡Oh! Menéndez tiene y tiene... Ahora puebla en Santa Cruz y se establece en Tierra del Fuego. Los planos locales están llenos de la repetición de su nombre, y tiene en Punta Arenas una casa de comercio que no estaría mal en Buenos Aires, y una línea de vapores, y... ¡qué sé yo!

-¿Algún capitalista europeo?...

-Un hombre de su trabajo, y un hijo de sus obras. Vino pobre, hace muchos años. Se cuentan sobre él las historias más raras. Sus orígenes humildes han dado lugar a una porción de leyendas, interesantes como todas las leyendas; rapsodias por lo común, en que se le cuelgan milagros que no ha hecho, y se le atribuyen parecidos con otros triunfadores de los países nuevos...

-¿Por ejemplo?

-Con Barnatto... sin las minas.

-¡Cuente usted eso!...

-Y usted, indiscreto, lo contará a su vez en La Nación... ¿Verdad?

-Para eso estamos.

-Pero no garantizo la autenticidad de la narración...

-Ni yo diré que usted me la ha hecho. Verdad o mentira, también la biografía tiene su interés, cuando sale de la órbita de lo vulgar. E imagine, amigo mío, qué bien parecerá algo de ameno, por ejemplo, después de la historia del Magallanes, y de un sinnúmero de datos estadísticos...

Lo de Barnatto me ha intrigado... Decía usted que Menéndez...

-El señor Menéndez, hoy millonario, gran hacendado, progresista, hombre de negocios de mucho olfato, y muy correcta persona en el trato social -ya lo conocerá usted-, vino hace muchos años a Punta Arenas, en una situación precaria, según se dice. Acompañaba -agrega la leyenda- a un pobre saltimbanqui que traía un teatrito de títeres. La población, deseosa de diversiones, acogió aquélla como un verdadero regalo, y aunque el espectáculo no fuera muy atrayente ni muy subyugante, lo frecuentó, permitiendo a sus introductores hacer algunas economías. Menéndez, muy cuerdo y muy práctico, se sirvió de ellas para establecerse con una pequeña casa de comercio, que prosperó gracias a su espíritu de empresa, a su sagacidad para los negocios, a su tesón y... al medio en que actuaba.

-Sí, el medio... El medio es uno de los pocos semi-vírgenes que van quedando en el mundo: no ha aprendido a ser ingrato todavía. Me gustaría compararlo con la Australia de los primeros tiempos... tanto más, cuanto que ésta es la tierra más austral del continente americano... Pero el personaje vale lo que el medio, es un gran producto de estos países, una síntesis determinada de sus pobladores... aunque sólo sea cierta una parte de su leyenda.

-Poco más o menos... Otra lo presenta como elemento de una compañía de circo, que -más inteligente que sus compañeros- se quedó en Punta Arenas, con la visión del porvenir, perseverando hasta el extremo de trabajar él solo, como un Proteo, en todos los papeles, o como dicen los acróbatas y artistas, en «todos los números», bajo una carpita que se llenaba de mineros, de piratas, de todos los ecumeurs de estos mares y estas costas, pródigos como cuantos ganan fácilmente el dinero. En fin, Menéndez está rodeado del prestigio que le presta su éxito y del enorme que lo añade la envidia, yendo a buscar sus principios, para denigrarlo, y que sólo consigue hacerlo un personaje de novela.

-¡Interesantísimo!

Librodot

-¡No! no tome usted notas... o prométame no decir quién lo ha contado eso.

-¿Para qué decirlo?... ¿Y está usted seguro de que podré conocer a Menéndez?

-Y de que se encontrará usted con un hombre muy agradable y de ideas muy claras, que extiende hoy su radio de acción a nuestro país, como ya le he dicho. Sí, lo conocerá, como podrá conocer gran parte de la población de Punta Arenas, la más extraordinaria que haya usted visto hasta ahora, por sus componentes y por... su fermento. Porque aquello fermenta que es un gusto, y está produciendo algo muy raro: un pueblo con caracteres propios.

Seguíamos navegando sobre las aguas apresuradas del Estrecho, en medio de una atmósfera tibia, clara y tranquila; del uno y del otro lado veíamos la costa chilena de Patagonia y de Tierra del Fuego, con montículos y entalladuras cubiertas de yerba, más amena ya que la Patagonia propiamente dicha, como si tras larga navegación por tierras áridas y frías fuéramos entrando en la zona templada.

Y nuevas preguntas:

-¿Qué es aquello? ¿Un canal? ¿Una bahía? ¿La entrada esa?...

-Bahía Peckett. La Isla que se vislumbra allá, a proa, es la Isabel.

Ya estamos cerca de Punta Arenas.

-En efecto, comienza a animarse el paisaje. Hay más ovejas...

-Pocas. Son de Hamilton y Saunders, pero no se recuestan mucho a la costa.

-¿Cuántas tienen?

-Treinta mil... Si usted dejara la profesión... Pero no quiero hacer epigramas.

-Gracias. Me vengaría... Ahora comienzan a verse algunas casas aisladas; supongo que irán aumentando un poco hasta las cercanías de Punta Arenas...

-Y un mucho también. Punta Arenas va a ser una sorpresa para usted, que ya tiene el ojo acostumbrado a Madryn, Santa Cruz, Gallegos...

...Cuando, con gallarda maniobra el Villarino trazó una curva sobre la ola rizada, ya la voz del comandante redobló la cadena del ancla en el escobén, saltó el agua pulverizada hasta la borda, sonó el telégrafo con el campanillazo de «máquina atrás» y luego con el «Stop» final, y quedamos fondeados, sólo entonces me di cuenta de lo que era y de lo que valía la joya del Magallanes, Punta Arenas, tendida sobre colinas verdes, casi casi como una risueña Montevideo del sur.

Aquella tarde no desembarcamos.

Tuvimos que aguardar, primero, a que la capitanía del puerto nos diera entrada, como lo hizo sin gran pérdida de tiempo; luego se trasladó a bordo el cónsul interino de nuestro país, mister Jacobs, que se quedó a comer con nosotros, y que nos dio noticias relativamente frescas de Buenos Aires.

Es que, mientras los transportes invierten semanas en el viaje de la capital de la República Argentina a Magallanes (verdadero nombre de Punta Arenas), los vapores de la P. S. N. C. que salen de Montevideo, llegan en 120 horas de navegación, poco más menos, y adelantan, naturalmente, la correspondencia una porción de días.

¡Oh! Punta Arenas es la población del sur más socorrida en cuanto a comunicaciones, y su movimiento tendrá que hacerse más intenso cada vez, gracias a ellas. Véase sus líneas de vapores:

Pacific Steam Navigation Company, con dos buques cada mes, que tocan a la ida y al regreso en Magallanes.

Lloyd. Norte Alemán con un vapor por semana. Tocan, pues, ocho veces al mes en dicho puerto.

Librodot

Messageries Maritimes, un vapor quincenal.

Kosmos (de Hamburgo) quincenal; cada mes toca una vez en las islas Malvinas.

Chargeurs Réunis, en combinación con las M. M., quincenal.

Hay además una compañía italiana que hace servicio regular cada veinte días o un mes, y una norte americana, que sirve de vez en cuando a aquel puerto. Pero esto no es todo.

Para el cabotaje, salvamentos, etc., existen también en Punta Arenas cuatro compañías locales de vapores: la de Braun y Blanchard, con cuatro buques, Lovart, Torino, Vichuquen y Antonio Díaz; la de Kurtz y Wahlen, con dos; la de Menéndez con dos también, y la sociedad anónima que arma el Albatros.

Cuters, goletas, pailebotes de dos y tres palos, de veinticinco a doscientos toneladas y más, abundan en el puerto, y llevan casi sin excepción la bandera chilena; estos barcos hacen toda especie de trabajo, desde el flete sencillo, hasta las expediciones a caza de lobos o en busca de oro en la Tierra del Fuego; y sea lo que hagan, contribuyen a impulsar y fomentar la colonia, que de pocos años a esta parte progresa de una manera no sólo visible, sino también sorprendente.

Podíamos, desde la cubierta del Villarino, examinar a nuestro sabor el panorama de la risueña villa, que iba poco a poco esfumándose con la lenta caída de la tarde: las calles accidentadas, los largos muelles que se internaban en el agua, las casillas de madera del puerto, las más vistosas del centro, y aquí y allá, dominadores, uno que otro edificio de material, con aspecto de palacio, la esbelta torre de la iglesia, todavía con su andamiaje, todo ello destacándose sobre el doble telón de las colinas en cuya falda se tiende Magallanes. ¡Qué sorpresa para los que esperábamos hallarnos frente a un pueblito mal trazado, de casas diseminadas y tristes, como los otros de la Patagonia! Las calles centrales, bien delineadas, corrían compactas, y sus edificios, de forma graciosa, tenían tonalidades alegres en medio de la atmósfera clara; animaban el puerto carros y carretas ocupados en operaciones de carga; resonaban martillazos en la costa, en los pequeños astilleros donde se construyen buquecitos de cabotaje; lanchas a vela y a vapor surcaban las aguas tranquilas, ya dando largas bordadas... ya marchando en inflexible línea recta. Y Magallanes tenía un aspecto de actividad jubilosa; parecía más grande, ya ciudad hecha, con sus cinco mil habitantes escasos, después de la visión melancólica de los cuasi abandonados pueblos de la costa argentina...

Ya tiene, en efecto, vida propia, y en la faja de tierra que pertenece a Chile y corre sobre el Estrecho, existen numerosos e importantes establecimientos ganaderos, algunos de los cuales he señalado ya, y cuya ubicación puede verse en el plano adjunto. Los principales son los siguientes:

Menéndez, ya nombrado, con 100.000 ovejas; Reynard, que tiene también una grasería, 100.000; Hamilton y Saunders, 30.000; Bous, hacienda vacuna, ignoro en que cantidad; Wagner, 5000 ovejas; Shuitembourg, estancia con vacas pertenecientes al señor Adet; Hivera y Blanchard, 15.000 ovejas; Bonvalot, 10.000. Cuéntanse, además, numerosos establecimientos de menor cuantía, estanzuelas y puestos que pueblan casi todo el territorio.

Hacia el norte están los toldos del cacique tehuelche Mulato, que posee unas trescientas vacas, otras tantas yeguas y ha formado una especie de pueblito indígena.

Todo esto asegura a Magallanes los medios de existencia, la seguridad de atender a las primeras necesidades de la vida, sin tener que esperarlos de fuera; contribuye también a su enriquecimiento, cuya fuente principal no es, sin embargo, la ganadería, sino el comercio, la explotación de minas... de mineros sobre todo, la caza de anfibios, los salvamentos y

Librodot

¿por qué no decirlo?, hasta la piratería misma, plaga que en muchos años no se desterrará de los mares del sur.

...Después de comer nos preparamos a bajar a tierra, acompañados por el señor Jacobs, que nos invitó a pasar un momento en su casa.

-Lástima que no hayan llegado ustedes anoche -nos dijo- hubieran conocido de una sola vez a la sociedad de Punta Arenas, porque, festejando el entierro de carnaval, hemos tenido un gran baile en el club. ¡Oh! Ha estado muy bueno, muy animado, y se hubieran sorprendido ustedes agradablemente.

Cuando trepamos al muelle de pasajeros, cómodo y bien construido, era completamente de noche, y reinaba en el pueblo una obscuridad sólo interrumpida aquí y allá por las luces de una que otra casa de comercio.

Las calles de acceso al puerto se hallan en bastante buen estado, pero poco más lejos comienzan los pantanos y los rompecabezas, que la falta de alumbrado hace más temibles. Punta Arenas no ha tenido gobierno municipal, lo que explica el abandono de los servicios públicos.

-Pero dentro de poco tiempo vamos a tener luz eléctrica -nos dijo mister Jacobs-. Está contratada la maquinaria.

No era ya hora de visitar las casas de comercio, que cierran temprano, pues el movimiento nocturno es naturalmente escaso con la ciudad a obscuras; de otro modo, nos hubieran sorprendido algunas por su importancia y la multiplicidad de sus artículos.

Es curiosa la historia de algunos de esos establecimientos, como lo es la de las fortunas que en ellos y fuera de ellos se han formado.

Repetiré una parte de lo que me han contado y de lo que he podido averiguar, como contribución al estudio de aquel pueblo extraño.

El fundador de una de las casas más fuertes de Punta Arenas, hoy fallecido, era desertor de una goleta lobera norteamericana. Quedose allí, con intención de hacer por su cuenta la pesca del lobo, y asociándose con algunos presos de la entonces colonia penitenciaria, construyó un barquichuelo, en que se embarcó junto con veintitrés compañeros más, con destino a las roquerías de la Tierra del Fuego. Los expedicionarios permanecieron allí cuatro meses, en la mayor escasez, alimentándose casi exclusivamente de carne de lobo. Pero, en cambio de este sacrificio, volvieron a Punta Arenas con 22.000 cueros, ¡una verdadera fortuna!

El feliz iniciador de la expedición lobera, o más hábil o más cauto que sus compañeros, invirtió su capital a tanta costa adquirido, en la fundación de una casa de comercio que prosperó a pesar de su ignorancia -o gracias a ella; ¡quién sabe! -pues no conocía ni la o por redonda. Sus compañeros quedaron en la pobreza, y los que viven aún son simples trabajadores, mientras la fortuna que ha dejado aquél, suma muchos mitos de pesos.

El actual vicecónsul de su majestad británica, sucesor de mister E.

S. Younge -señor Stubenrauch, llegó a Punta Arenas el 1883, como dependiente de los señores Wehrhahn y Compañía de Hamburgo y Valparaíso, que acababan de comprar la pequeña casa de comercio de Schröder, la mejor de la localidad en aquel entonces. Más tarde dirigió dicha sucursal, que hoy la ha comprado, dándole gran impulso. Ha sido el primer poblador de la Tierra del Fuego chilena, fundando un establecimiento ganadero en Gente Grande, allá por 1886.

Otro de los fuertes comerciantes de Magallanes, tuvo un punto de partida aún más humilde, pues llegó en 1882 como inmigrante y sin un centavo. Era un judío polaco,

Librodot

empeñoso y hábil, para quien todos los oficios eran medios de llegar a la realización de sus aspiraciones: fue panadero, fondista, carnicero, estanciero, y en pocos años alcanzó efectivamente a la fortuna.

LOS ESTABLECIMIENTOS DE MAGALLANES

Otro judío austríaco, desembarcado en 1884 en Punta Arenas, con unas cuantas monedas de plata por único capital, puso un pequeño despacho de bebidas que atendía su mujer, mientras él trabajaba como blanqueador, vidriero, carpintero y otros menudos oficios. Hoy tiene una casa de importación y exportación, cuyo capital no bajará de $ 150.000.

Harry Gray, que había sido mayordomo de un vapor del Pacífico, quedose en Punta Arenas, según él mismo cuenta, poseyendo solamente dos libras esterlinas, con las cuales emprendió el comercio de objetos curiosos de los indios, quillangos, artículos de bazar, libros, etc.; trabajó con tan buena suerte, que cuando la revolución chilena, pudo presentarse al gobernador general Valdivieso, ofreciéndole cinco mil libras esterlinas en moneda contante.

Los que se han establecido ya con algún capital, como Aimé, Jounge, Blanchard, Meidell, Kurtz, Dobrée, etc., no han sido menos felices. Pero no faltan fracasos, sin embargo.

El más sonado es el de mister Saunders, víctima más de su confianza que de otra cosa. Saunders había sido herrero de la gobernación, y con sus economías estableció el Unión Hotel, a cuyo frente puso a su esposa, para dedicarse él a otros trabajos. El descubrimiento de yacimientos auríferos en Porvenir, puerto de la Tierra del Fuego chilena, situado al este de Magallanes, le incitó a probar fortuna como número. En un principio marchó bastante bien, tanto que se embriagó con la facilidad del triunfo, y desechando medios más lentos pero más seguros, invirtió todo su capital en una mina, la Martha.

Las perspectivas de los primeros tiempos fueron muy halagüeñas, los rendimientos de la Martha, asombrosos: con cuatro o cinco peones, a quienes pagaba $ 25 y la comida, extrajo de 400 a 500 gramos de oro por mes. Sus ilusiones subieron de punto, juzgaba aquello un tesoro inagotable, y para explotarlo con mayor amplitud, dedicó todas las ganancias a adquirir instrumentos de trabajo, vías férreas, etc...

Desgraciadamente, en un viaje que hizo en busca de nuevos materiales para su mina, dejola en manos de un empleado infiel que lo defraudó y huyó. Cuando regresó Saunders, habían desaparecido las arenas auríferas recogidas en su ausencia, los peones estaban impagos, las herramientas destruidas... Era la miseria.

Saunders ha vuelto, después de estar a un paso de la fortuna, a ser herrero de la gobernación de Punta Arenas.

De modo que aquella vida se ha formado, especialmente, con hombres de esfuerzo propio, de modestos cuando no culpables antecedentes, llevados allí, ya por la indigencia, ya por el odio al castigo o a la sujeción.

Librodot

Porque la primera población de Punta Arenas ha sido -como debe saberse- de presidarios y de desertores. Curiosa amalgama de que tenemos algún ejemplar en el país, como varios que están dando la mano a los territorios del sur, y cuya historia no es del caso recordar.

La rápida formación de esas fortunas justificaba la afirmación del compañero de viaje: pocas comarcas quedan en la semi-virginidad de esos parajes, pocos pioneers pueden ir todavía a trabajar donde no los haya precedido la especulación; el ruin artificio de valorizar terrenos que aún no han producido cosa alguna, justificaba esa afirmación y hacía nacer este pensamiento:

-¿Cómo gente tan patriota, abnegada, hábil, imbuida en los secretos de la economía política, vidente del porvenir, pronta al esfuerzo eficaz, puede ignorar aún que existe Punta Arenas, y que Punta Arenas es una lección? ¿No está aquí la prueba palpable de que hemos errado el camino?

Magallanes ¿no demuestra de un modo práctico y concluyente que era necesario dejar hacer? ¿Ha creado Chile esta colonia? ¿Se ha preocupado de formarla?

Lejos de eso. El vecino, hoy mismo, no vende tierras: las arrienda.

Pero ha tenido el verdadero concepto del desierto.

-¿Quiere usted ir... tan lejos?

-Sí, señor.

-Pues, vaya usted.

-Pero... ¿garantías?

-Las que usted se procure.

-¿Inmunidades?

-Las que usted mantenga.

-Sí. Pero ¿y la autoridad?

-La enviaré tarde, y entonces lo incomodará a usted lo menos posible.

-Mas, los derechos de aduana, para quien se arriesga a tanto...

-No los habrá.

-Y la policía, tan vejatoria en la campaña...

-Usted será su propia policía...

Y este concepto que vimos practicado por vez primera, en este siglo, allá en el Far West Americano, es el que ha formado a Punta Arenas, la más importante población del sur; como que con tales franquicias nadie temió ir a ubicarse, y a invertir capitales, aunque no tuviese el terreno en propiedad.

(Porque Chile no ha vendido ni vende esas tierras, y queda como propietario enfitéutico de ellas; política práctica que hoy, sin embargo, parecería darle resultados adversos, pues sus hacendados compran campos en la Argentina... Pero él se queda con los suyos, que no se desarriendan, y que valen más cada vez.)

Australia, California, el África del Sur, todo viene al recuerdo cuando se visitan estas regiones recién abiertas al trabajo y la ambición.

Punta Arenas, ayer no más presidio, ha comenzado a crecer, a hacer humus -si se me permite decirlo- con verdaderos sedimentos sociales; y como se repitió a propósito de una colonia análoga, «tiene un clima moralizador», corrige y perfecciona. Es decir: los que van allí, después de una falta cometida porque el medio los obligó a ello en cierto modo, no la repiten, porque no la necesitan. Sublata causa... Buen argumento para los que solemos ver en el delito la obra de una fatalidad completamente humana.

Librodot

Aquel pueblo, en parte, se compone de piratas, desertores, mineros, loberos, comerciantes sin escrúpulos, prostitutas, militares sin cabida en otros centros, marinos semi-piratas, presidarios, jugadores... y sin embargo es un pueblo que -aparte de ciertas exterioridades, al fin y al cabo perdonables- puede ser comparado con cualquier otro, y de los más correctos...

¡Otro tema de estudio!

Cuando salimos de casa de mister Jacobs, que nos había invitado con una copa de champaña, y cuya señora había sido extremadamente amable con nosotros, visto que sólo estaban abiertas las confiterías, nos preguntamos unos a otros:

-¿Adónde podemos ir?

Y el problema parecía sin solución, cuando una voz exclamó, determinada:

-¡A casa de Piña! ¡A buscar a Piña!

¿Quién es Piña? El amigo de los argentinos. ¿Qué hace? Comercio. ¿De qué especie? De todas. Es farmacéutico, fotógrafo, cigarrero...

-¡Vamos!

Y fuimos.

Y nos encontramos con Piña, un hombre grueso y jovial, ya entrado en años, que hace hoy por afición lo que antes hiciera para formar fortuna; vale decir, que ha comanditado a sus antiguos dependientes que tienen la botica, la fotografía, la cigarrería... y lo demás.

Presentaciones hechas:

-¿Qué piensan hacer ustedes? -pregunta el señor Piña.

-Lo que usted quiera -le contestamos.

-¿Ir al club?

-¿A qué club?

-Al de Bomberos.

-¿No hay, otro?

-No, señores, salvo el del Pito, sociedad recién formada y que todavía no tiene local. Ella es, justamente, la que dio el baile de anoche.

Desde Santiago de Chile conté a los lectores de La Nación lo que eran las sociedades de bomberos. Una de ellas existe en Magallanes, tan igual a sus iguales que no tengo por qué describirla.

Es el club de Bomberos un vasto edificio de madera, con varios salones, uno de ellos suficientemente grande para que se celebren en él funciones teatrales y bailes a que concurre toda la haute de Punta Arenas; en este salón están bombas de incendio, los carros y demás elementos que posee la compañía de voluntarios; en otro salón más pequeño hay billares, mesas de juego, etc. El club es muy frecuentado, como que, fuera de los cafés y confiterías, es el único sitio de reunión.

Los viajeros fuimos muy galantemente recibidos por los socios, que nos agasajaron cuanto les fue posible, como por regla general sucede a los argentinos que van a Chile, y pasamos en el club horas muy agradables en amena plática. A veces no faltan, sin embargo, descomedidos, pero en aquella ocasión el recibimiento no pudo ser más agradable y satisfactorio.

Cuando salimos del club era ya tarde, y sólo quedaba abierta en la villa una que otra taberna o fonda, y reinaba en ella un silencio profundo. ¡Muchos de los que habíamos bajado a tierra, optamos por quedarnos a dormir en el hotel, vista la distancia relativamente larga a que había fondeado el Villarino.

Librodot

En el hotel, bastante limpio y muy confortable en relación a los otros que habíamos visitado en Patagonia, encontramos enfermo en cama al teniente Guttero, comandante del Golondrina; tenía una afección bastante dolorosa a la garganta, pero felizmente no de gravedad, pues merced a los cuidados del doctor Luque, pocos días más tarde pudo volver al servicio.

Estaban también allí el ingeniero Krause y otros miembros de la subcomisión de límites, que pensaban reanudar sus tareas un momento interrumpidas. Allí iba a quedar, también, el ingeniero Pastor Tapia, acompañado por sus ayudantes Vernet Lavalle y Ambone, para trasladarse luego a San Sebastián, punto de partida de sus trabajos de mensura, amojonamiento y entrega de los lotes de campo en Tierra del Fuego, que acababa de vender el Gobierno nacional. La base de la operación era la línea de límites con Chile.

He olvidado decir que Tapia debió haber desembarcado antes en San Sebastián.

En efecto, cuando salimos de Gallegos hicimos rumbo a ese puerto para dejarlo allí antes de ir a Punta Arenas. Tarde y en una noche obscura como boca de lobo, avistamos las luces del Páramo, el establecimiento minero que fundara Popper; pero el mar estaba agitado, la costa es brava, la noche negra mostrábase lo menos propicia para un desembarco, así es que, apenas dejamos atrás las luces del Páramo, viró de bordo el Villarino, y navegó hacia el Estrecho, renunciando a su primera intención con gran pesar del ingeniero Tapia.

Este pudo afortunadamente encontrar en Punta Arenas los elementos necesarios para trasladarse con su comitiva y pertrechos a San Sebastián, donde le aguardaban nuevas y más penosas dificultades.

También en Punta Arenas quedaba otra serie de estimables compañeros de viaje: Sabatier, Nesler, y alguno más que habían contribuido a amenizar las largas horas de navegación.

Pero no había lugar para la tristeza.

La mañana siguiente amaneció radiosa, dorando las casitas de madera, haciendo brotar chispas de los cristales en las anchas ventanas, abiertas casi de extremo a extremo de las fachadas para aprovechar la escasa luz del invierno. Risueño era el aspecto de Punta Arenas, fresca y suave la temperatura; las vías públicas animadas presentaban un aspecto de fiesta consolador después de tantos días de soledad en los monótonos pueblos patagónicos.

Recorrimos, pues, las calles, a la espera del almuerzo, admirando algún edificio, como la casa de la señora viuda de Noguera, que no había mala figura en la Avenida Alvear, los numerosos establecimientos comerciales, atestados de mercaderías, los pequeños jardines como el del Banco de Londres y Tarapaca, o los improvisados en las ventanas, tras de cuyos vidrios brillaban las flores. Las calles son accidentadas, como las de Montevideo, y presentan pintorescas perspectivas; sólo que están -como ya he dicho- en un abandono tal, que no hay quien se anime a internarse en algunas de ellas.

Abundan los restaurantes, los despachos de bebidas, los billares; no encontré en mi camino una sola librería, ya que no merece el nombre de tal una taberna donde se vende papel y algún libro escolar; pero no hay que extrañarlo, primero porque aquella población no es ni tiene por qué ser muy lectora, y porque artículos de escritorio y obras de batalla los hay en todos los bazares.

Pronto conocimos la villa entera, que -lo repito- nos agradó y sorprendió, más aún en aquella hermosísima mañana, y dirigimos nuestros pasos hacia el puerto, nos detuvimos

Librodot

ante el gran depósito de carbón del Gobierno chileno, y paseando por la calle Körner, tuvimos ocasión de visitar algunos astilleros, en que se construyen chatas y hasta vaporcitos destinados al servicio del Magallanes.

En las aguas del puerto había, aparte de nuestro Villarino y el Gaviota, dos o tres buques mercantes, un sinnúmero de embarcaciones menores, y un buque de guerra chileno.

Allí tuvimos las primeras noticias del Bélgica, cuyas huellas íbamos a seguir hasta San Juan del Salvamento, para no tener luego más noticias de él.

El buque explorador que se dirigía a la Tierra de Graham, había estado pocas semanas antes en Punta Arenas, a refrescar sus víveres y sin novedad a bordo. Sus jefes y oficiales fueron muy agasajados durante su estadía en el puerto, y un vecino que posee una cría de palomas mensajeras les regaló varias, para ser el primero en conocer el resultado de su viaje... Un mes más tarde supe que de esas palomas sólo una había regresado, pero sin mensaje alguno...

Como se verá después, el Bélgica había sufrido algunos contratiempos bastante serios antes de llegar a la isla de los Estados.

Del puerto pasamos a las colinas que limitan la villa formándole como un telón de foro, y desde allí pudimos abarcar el panorama de la ciudad, sentados al pie de una cruz conmemorativa de una misión.

-¡Quisiera que alguno de nuestros gobernantes viera esto! -exclamó uno de nuestros compañeros- ¡Le daría vergüenza el abandono de los pueblos que nos pertenecen en el extremo sur!...

Y así es la verdad.

Un argentino que pise el suelo de Punta Arenas, no puede reprimir un movimiento de disgusto, de desconsuelo, y hasta cierto punto de envidia; no de envidia destructora y estrecha, sino de la que crea la emulación o incita a hacer, a esforzarse, a aprovechar elementos prácticamente utilizables, como lo demuestra aquel pueblo que seis años hace era apenas un villorrio...

Chile no descuida sus más alejados territorios. No hace mucho ha enviado un nuevo contingente de población a Punta Arenas, unos mil chilenos, cuya incorporación artificial a la villa no deja de presentar serias dificultades, porque todavía no hay trabajo suficiente para todos, y la vida se les hace ardua en esas condiciones.

Pero obviará eso realizando obras públicas de importancia, ya proyectadas, con cuyo sacrificio logrará probablemente su propósito de nacionalizar aquel pueblo que hasta ayer era compuesto en inmensa parte de extranjeros.

- XV -
Los pobladores del Magallanes

No había aún sonado la hora del almuerzo, y no sabíamos en qué ocupar el resto de la mañana.

-¿Vamos al Diluvio? -propuso uno de nosotros, ya conocedor de Punta Arenas.

-¿Qué es el Diluvio?

-Un café.

-¿Y por qué iríamos a un café y no al hotel, donde estaremos mejor?

-Por dos razones: porque en el Diluvio veremos a una parte no poca curiosa de la población, y porque allí podremos oír un poco de música. El dueño, que es un catalán bajito, colorado y cabezón, toca el piano con bastante habilidad, y luego, allá van a tomar el vermouth muchos loberos, mineros y merodeadores de las costas...

-Vamos, entonces.

El Diluvio es un pequeño establecimiento cuyo mueblaje se compone de un mostradorcito atestado de botellas, dos billares, un piano, algunas mesas y las sillas necesarias. Cuando entramos, presentaba un aspecto animado, pues casi todas las mesas estaban ocupadas, y el propietario tocaba con brío una tanda de valses.

Este café y sus habituales frecuentadores han sido ya descriptos amena y fielmente por José S. Álvarez, en su trabajo «En el mar austral», aparecido hace poco, y no me detendré más sobre él. Pero como es, efectivamente, un punto de reunión característico, él también tiene que servirme como medio de conocer a los habitantes de aquellas extrañas regiones.

Había allí, como me lo indicaba mi compañero, curiosas individualidades, hombres enérgicos de rostro curtido por el aire del mar, seres innobles de mirada de ave de rapiña, jóvenes marcados con el estigma del vicio, y trabajadores agobiados por las fatigas de una existencia de lucha. Y de las mesas se elevaba una confusa y extraordinaria algarabía, mezcla de todos los idiomas, en que resaltaba de vez en cuando un modismo del país pronunciado con acento extranjero, o un juramento que dominaba de pronto las sonoras y marcadas cadencias del piano.

En Panta Arenas se hace mucho la vida de café, lo que ha contribuido a dar a sus habitantes una fama no envidiable, sobre la que han recalcado muchos viajeros, desde Popper, que hizo la más cruel diatriba de aquel pueblo, hasta los que han escrito más recientemente.

Como, fuera de las expediciones a caza de lobos o en busca de oro, la actividad es muy restringida, el café atrae a la gente, que en él hace vida social y en él se encuentra para hacer sus negocios.

En aquellos días el tema principal de las conversaciones era la reapertura de la caza de lobos, que después de cuatro años de prohibición, porque comenzaban a escasear dichos animales, tendría lugar el cercano 1.º de Marzo.

Muchos se preparaban a emprender el lucrativo negocio, ya por su cuenta, ya por la de algún capitalista. Los que forman una expedición por su cuenta, no tienen generalmente grandes recursos, así es que se reúnen varios, hacen sociedad, fletan un barquichuelo, invierten los fondos que les restan en provisiones de boca y ropas de abrigo, y se lanzan al mar, muchas veces para no volver, pues ora los destruye un naufragio, ora los arrebata el oleaje de sobre alguna roca desnuda en que han desembarcado para sorprender a los lobos... Cuando vuelven y la caza ha sido productiva, malgastan el dinero ganado a costa de tantos esfuerzos y peligros, en las tabernas, con mujerzuelas, o en el juego devorador del pocker, que en Chile baja desde los clubs hasta los figones de última especie.

Los capitalistas que emprenden la caza del lobo son cada vez menos; el comercio da mejores rendimientos, con exigencias no tan grandes. Igual cosa ocurre con las minas, que ya no parecen ser sino recurso de desesperados. Más fácilmente se enriquece el que provee a los mineros y les compra oro, que el que lo saca de la negra arena en que está envuelto.

Las expediciones de mineros se hacen poco más o menos lo mismo que las de los loberos. Se asocian cuatro o cinco con cuarenta o cincuenta pesos cada uno, compran

Librodot

víveres, compuestos de porotos, carne salada, charqui, harina, té y azúcar, adquieren lona para hacer carpas, fletan una pequeña ballenera, a veces un simple bote, y se van al sitio elegido, sobre el que alguno de ellos posee datos, o sencillamente a buscar terreno propicio en las cercanías de yacimientos conocidos ya.

Entonces comienzan los trabajos y padecimientos. Generalmente, para obtener un puñado de oro, tienen que lavar arena meses enteros, de la mañana a la noche, sin tregua ni descanso, sufriendo los rigores de la intemperie, con hambre, aglomerados por la noche como indios en sus miserables carpas. Muchos no vuelven, porque se mueren de frío o de enfermedad, generalmente producida por el guachacay, aguardiente anisado de que llevan consigo abundante provisión.

Pero a veces la cosecha suele ser fructífera, y el minero regresa rico a Punta Arenas, de donde salió pocos meses antes empujado por la miseria.

Seis que volvían no hace mucho de una de esas expediciones felices, y que habían recogido diez y ocho kilogramos de oro, fueron sorprendidos en medio del Estrecho por una formidable racha que les tumbó la ligera embarcación en que iban, arrebatándoles el fruto de sus fatigas y la vida misma de casi todos ellos.

Este año, y en el canal del Beagle, sucumbió otra expedición de mineros. Volvían también a Punta Arenas, cuando su pequeña ballenera fue tumbada del mismo modo. Los que en ese instante estaban sobre la cubierta, menos dos que desaparecieron, lograron asirse de la quilla, quizá sólo para prolongar su agonía... De pronto sintieron golpes en el casco...

dentro habían quedado, como en una campana de buzo, los compañeros que se hallaban abajo cuando el siniestro. ¿Cómo socorrerlos? ¿Cómo darles aire, para que pudieran vivir hasta la problemática y providencial llegada de auxilio? Si abrían un agujero, el nivel interior de las aguas subiría inmediatamente, precipitando su muerte; si no lo abrían, la asfixia no podía tardar en producirse... Y los golpes de aquel ataúd flotante se repetían cada vez más desesperados, aumentando la angustia de los tristes que, a cielo abierto, también veían acercarse a grandes pasos el momento postrero...

De pronto el agua hirvió y se agitó junto al casco volcado, surgió una cabeza, luego un cuerpo, y no sin trabajo izose un hombre hasta la quilla, donde hacían equilibrio sobre el abismo sus compañeros de desgracia.

Era uno de los que quedaron encerrados, un marinero correntino, gran nadador, que, buceando, había encontrado la escotilla y salido por ella, con rara fortuna... Los otros no sabían nadar... Descansó el hombre, y luego volvió a sumergirse en el agua, con su navaja abierta en la mano.

Iba a tratar de desprender uno de los botes, trincado casualmente con cabo y no con cadena sobre cubierta; era la única esperanza de salvación, pues imposible sería mantenerse mucho tiempo en aquella postura sobre el resbaladizo casco. Dos y tres, y cuatro veces sumergiose así, y por fin sus esfuerzos se vieron coronados, y el bote subió a la superficie...

Entretanto, los golpes continuaban en el interior de la ballenera... Allí adentro, en la horrible obscuridad de la cámara, debía desarrollarse un drama que desgraciadamente sólo podía tener un desenlace: el abandono y la muerte...

Así fue, en efecto, el correntino y sus compañeros enderezaron y desagotaron el bote, y dando el último adiós a los enterrados vivos, se alejaron de su embarcación arrastrados por la corriente... Después de mil padecimientos, medio muertos de sed, de hambre y de frío, llegaron a Punta Arenas, más pobres y desamparados que nunca... Allí estaban, en el

Librodot

Diluvio, contando su lamentable historia mientras bebían una copa de pisco, prontos quizás a emprender de nuevo análogas aventuras...

Y allí me contaron otras no menos desastrosas, algunas de las cuales acabo de encontrar de nuevo en una conferencia de Julio Popper, a quien prefiero ceder la palabra.

«Reproduzco -dice el conferenciante- la siguiente relación, hecha por un marino que hoy reside en Punta Arenas, el capitán Harry Michelsen. La doy a título de curiosidad, porque el espíritu humano se resiste a concebir todo lo aterrador que resume en algunas palabras.

»En uno de los viajes loberos que efectuó hace años a la Isla de los Estados, halló en sus playas un barril que contenía carne salada, que examinada detenidamente resultó proceder de restos humanos... ¡Horroroso producto de la desesperación!... ¡Carne de hombre en conserva!

»¿Habrá sido resultado de algún sorteo caníbal? ¿El último recurso de náufragos que por largo tiempo esperaron la salvación llevada por algún buque de paso? Nadie sabrá decirlo...

»Pero lo que puede afirmarse con seguridad, lo que está fuera de toda duda, es que un drama que tomó origen en la corte de Austria, en el que coincidía la alta nobleza del protagonista con los novelescos antecedentes de un casamiento morganático, que llamó la atención de todos los hombres ilustrados del mundo, tuvo su trágico desenlace en las abruptas costas de la Isla Desolación, donde, según todos los indicios, fue a estrellarse la Santa Margarita, templo flotante de una pasión amorosa. El archiduque Juan de Austria o más bien Juan Orth, y su adorada Milli Stubel, con todos los tripulantes que los acompañaban, encontraron su trágico fin destrozados quizás por la innumerable fauna que pulula a lo largo de las costas fueguinas, o sepultados en la playa, bajo las cenagosas arenas eternamente azotadas por las rompientes.

»El capitán Goyet, comandante de la fragata francesa Almendral, de 1670 toneladas, perteneciente a la casa Bordes de Burdeos, refiere que el 24 de Agosto del año próximo pasado fue empujado por un temporal deshecho hacia los escollos del cabo Pilar, extremo oeste del Estrecho de Magallanes. La fragata se hallaba ya en el recinto de las enormes rompientes que se estrellan contra las rocas circundantes; el viento soplaba furioso; colosales olas iban a estrellarse contra el puente del buque, arrancando todo lo que se oponía a su paso. De un momento a otro podía chocar despedazándose contra los escollos que por todas partes le rodeaban, cuando por una circunstancia que el mismo capitán no se explica, encontrose arrastrado por una fuerte corriente hacía el interior del Estrecho, considerable mente averiado el buque, pero fuera ya de peligro.

Detrás de él, en la misma desesperada situación, pero algo más al sur, frente a la Isla Desolación, quedaban luchando contra los desencadenados elementos cuatro buques más, que seguramente perecieron, uno de los cuales respondía a la inscripción del Santa Margarita.»

La frecuencia de los naufragios, de que ya me he ocupado antes, da margen a una especie de oficio bastante lucrativo, a que se dedican muchos de los habitantes de Punta Arenas: el salvamento.

Por esta clase de operaciones, en que se ocupan algunos vaporcitos de las compañías ya citadas, y las embarcaciones pequeñas, se cobran enormes sumas. Sé de un capitán que recibió en pago el 75% del cargamento que salvó.

Esas mercaderías van, por cuenta de las compañías de seguros, al comercio de Punta Arenas, que las expende baratas, dando mayores facilidades de vida a la población, aunque no al viajero de paso, a quien no se tiene consideración alguna.

-Aquel que usted ve allí -me dijo la persona que me servía de cicerone, señalándome a un hombre alto y fuerte, de aspecto decidido-, es minero, y si usted quiere, puede darle informes interesantes sobre el oro de estas costas.

-Si quiero... ¡puj hombre! -¡como dicen por aquí!...

Lo llamó, y previas las presentaciones y la invitación al vermouth, el minero se puso en situación de ser interrogado.

-¿Abunda el oro por estos parajes? -pregunté.

-Aunque se haya perdido mucho el ánimo por los fracasos sufridos, hoy se trabaja todavía, y no con mal resultado.

-¿En dónde?

-Especialmente en Sloggett, en la isla Lenox, en la Nueva, en la Navarino, en todo el archipiélago que se extiende al sudoeste de esta última isla, hasta el paso del Breacknock, en la península Brunswick, y en la Tierra del Rey Guillermo donde Chile está colonizando...

-¿Y se saca mucho oro?

-Un tal Orestes Grandi, que trabajaba con algunos indios en la isla Lenox, sacó más de seis kilos en tres meses, lo que es bastante regular.

Pero hay yacimientos mejores, que la casualidad puede hacer descubrir un día.

-Pero si usted afirma que los hay, será porque ya han sido descubiertos...

-Lo han sido, pero diré a usted... El minero que encuentra un buen paraje, trata de guardar su hallazgo secreto, para explotarlo él solo. Así ha ocurrido con Ceferino Mora, que en poco más de un mes, y ayudado por una mujer india, con elementos escasos y sin herramientas apropiadas, saco más de dos kilos de oro, no se sabe de dónde. Lo sorprendió una helada, y a duras penas logró venirse a morir aquí; la india había muerto antes.

Conociendo algunos el buen resultado material de su expedición y el gran rendimiento obtenido, quisieron comprarle el secreto, pero él no cedió y se lo llevó consigo, aunque le ofrecieran dos mil pesos y la mitad de lo que se sacara con mayores elementos, peones, etcétera. Era la fortuna, si se trataba de un sitio tan bueno como parecía... Ahora bien, usted comprenderá que ese yacimiento no está perdido, y que alguien ha de encontrarlo, tarde o temprano.

-¿Y sólo hay oro en los puntos que usted me ha citado, o también en otros?

-También se encuentra en las barrancas de Carmen Sylva, al este de Tierra del Fuego, en el Páramo, donde se estableció Popper; y se busca en varios parajes. Algunos mineros han ido hasta la Isla de los Estados, pero parece que sin éxito, aunque Pablo Hansen, vecino de este pueblo, diga que lo ha encontrado. Probablemente será en cantidad tan pequeña, que no compense el trabajo. En Zanja Pike, que usted habrá visto antes de doblar el Cabo de las Vírgenes, se encuentra oro hasta a doscientos metros sobre el nivel del mar... En cuanto a mí, creo que el oro de aluvión concluye en la línea que corre del cabo Peña a la bahía de Sloggett, y es fuera de duda que no lo hay lejos de la costa.

-Le agradezco mucho estos informes, señor, y aunque abuse de su paciencia, le pediré otro. ¿Qué tales relaciones median entre loberos y mineros?

El buscador de oro se sonrió, puso el codo sobre la mesa, apoyó la cara en el puño, y me miró un instante.

-Son lobos de la misma camada -dijo por fin-. El minero de hoy es el lobero de mañana, y viceversa. Unos y otros se prestan auxilio en caso de desgracia. Pero los loberos no frecuentan los mismos parajes, pues podrían ser perseguidos. Digo podrían, porque no se les persigue mucho que digamos. Figúrese usted que vienen desde Europa, como lo prueba el hecho de que en una de mis excursiones encontré en Puerto Cook una flecha clavada con la punta para abajo, con una tabla en que se leía este letrero, en inglés: «Un lobero a vapor Jason, capitán Larsen, 27 de Octubre de 1893». Enterrados al pie de la fecha había un tarro de carne conservada y una botella de whisky. La goleta lobera Sarah W. Hunt, norteamericana, cazó durante nueve años consecutivos, hasta que en 1895 le echaron el guante dos vapores chilenos. De aquí salen todos los años en Julio, Agosto y Septiembre, goletas y pailebotes que van a cazar al sur, en las cercanías del Cabo de Hornos. Nosotros no vamos tan lejos, pero alguna vez los buques loberos que pasan de vuelta nos socorren.

-¿Y es muy importante el comercio de pieles?

-Mucho, sí señor.

-¿A pesar de la prohibición de la caza?

-Sí; para cerciorarse no tiene usted sino que ver las publicaciones comerciales inglesas. Los noruegos y los belgas son los que más se ocupan de esto, y con resultado, de tal manera que las precauciones que se toman para que no se extingan tan útiles animales, son completamente inútiles, y los gobiernos pierden con ellas entradas importantes para el erario. ¿Cómo perseguir a los loberos, cuando los lobos de dos pelos se han refugiado al sur, en las inmediaciones de Cabo de Hornos, donde no pasan buques de guerra, sino muy rara vez?...

Llegados a este punto, ya era pasada la hora del almuerzo, así es que nos despedimos del amable interlocutor, y salimos de El Diluvio para encaminarnos al hotel, donde ya nos aguardaban varios compañeros de viaje, echando pestes por nuestra tardanza. Se almorzó bien y alegremente aquel día, después de tantos de mala comida a bordo, y por la tarde se reanudó el paseo, menos interesante ya, pues habíamos visto casi todo lo que hay que ver en Punta Arenas. Por la noche debíamos embarcarnos para zarpar a la madrugada siguiente.

En las fondas y bodegones había algunos marineros, escasos compradores en las grandes tiendas, en las cuales el movimiento era pequeño; uno que otro carro dirigiéndose al puerto o regresando de él cargado de mercaderías, pocos transeúntes ocupados en sus negocios, sin prisa, con mucho tiempo por delante. El sol alumbraba como con cariño aquella escena; parecía que quisiera despedirse de nosotros, y en efecto, después estuvo muchos días ausente de nuestra vista, haciéndonos recordar y echar algo de menos aquel día hermosísimo. Sólo por momentos, allá en los canales, nos dio inolvidables espectáculos, y en la prolongada residencia de la Isla de los Estados, asomó curioso para vernos y escapar en seguida, haciendo que lo deseáramos más...

-Mucho se ha hablado hoy de naufragios -me dijo el compañero con quien recorría nuevamente las calles de Punta Arenas-, y de loberos, y de mineros, y de comerciantes. Todo eso es de gran interés, porque tiene cierto gusto a nuevo para nosotros. Si tratáramos de saber algo más al respecto, ya que no hay cosa mejor que hacer...

-Era mi idea -contesté-. Vamos.

-Pero, ¿adónde?

-¿Adónde ha de ser sino al Diluvio? Probablemente allí nos aguardará el minero de esta mañana, que podrá darnos más noticias.

Librodot

Debo advertir una vez por todas, y como demostración de agradecimiento, que la mayor parte de mis compañeros de viaje se han constituido por propia voluntad y con la mayor galantería -tanto los que fueron, como los que regresaron conmigo-, en otros tantos decididos y utilísimos colaboradores de este trabajo que, sin tal ayuda, hubiera sido más incompleto de lo que es. Y continúo:

Fuimos, en efecto, al Diluvio, que estaba -cosa extraña- completamente solo. Pero no tardaron en llegar clientes que ocuparon los billares, acompañando con el chis-chas de las bolas, el trozo de ópera que el dueño de casa tocaba en el piano a pedido nuestro. También fue el minero, que se acercó inmediatamente a nuestra mesa. Entonces pude examinarle a mi sabor.

Era, como ya he dicho, un hombre alto y fuerte. Sus anchas espaldas estaban, sin embargo, algo agobiadas, y su rostro enérgico, poblado de barbas bermejas y coronado por espesa y dura cabellera, tostado aquí, rojizo allá, presentaba hondas y terrosas arrugas, sobre todo en la frente y junto a la nariz ruda y arqueada. Adivinábase que había padecido y gozado mucho en los treinta y cinco o cuarenta años de su vida, y que su mano callosa y seca había manejado tanto el plato del lavador de oro como el cubilete de los dados. Quizá sea presunción, y este descubrimiento del carácter por los rasgos fisonómicos haya venido ex post facto, después de conocerlo por los indirectos informes recibidos y por la relativa saturación del medio... Sea como sea, el hombre era interesante.

Nos relató diversas aventuras, nos describió los múltiples padecimientos del aventurero de esas regiones, contonos de hombres enriquecidos y empobrecidos en un abrir y cerrar de ojos, nos hizo historia de otros, llegados de repente al bienestar...

-Pocos -terminó- han podido triunfar por falta de elementos, por no tener suficientes capitales, o por no tenerlos en absoluto. Para dar gran rendimiento, la arena aurífera tiene que ser trabajada con procedimientos modernos, con buena maquinaria... Popper tenía razón.

-A propósito de Popper -interrumpí-, ¿qué se piensa de él por acá?

-¡Psché! No se le quiere mucho que digamos, ni aun después de muerto. También es verdad que antes habían querido matarlo, y que el obispo Fagniano y otros lo salvaron de una pueblada y lo hicieron embarcar. Sin embargo, era un hombre fuerte e inteligente, cuya influencia se ha sentido para bien de estos parajes, aunque sobre todo se ejercitara en beneficio suyo. Al fin, él fundó el establecimiento minero de San Sebastián -el Páramo- y él más que otros hizo conocer lo que era la Tierra del Fuego. Aquí, despreciativamente, le llaman aventurero, y yo digo «¿y qué somos nosotros? ¿qué es la mayoría de los habitantes de estas tierras y estos mares? Sólo que Popper era un aventurero de talento y un hombre de hierro». Y es verdad: su carácter dominador lo hizo extralimitarse algunas veces. Luchó con gobernadores, con policías, con mineros que iban en hordas a su concesión, con los indios, con todo el mundo... y por fin, acuñó moneda que daba en cambio de oro en polvo, e imprimió estampillas de correo, que hasta en Chile circulaban... ¡Oh!, nunca fue blando. Me he tenido que sonreír, al leer una de sus conferencias en que se lamentaba de la amarga suerte de los indios, como si él no los hubiera cazado también cuando su primera expedición, con detalles que no son para repetidos. Pero era un hombre de una actividad pasmosa, de una energía indomable, cuyo papel estaba limitado a lo que hizo: conquistar en cierto modo estas regiones y darlas a conocer al mundo. Y eso lo hizo bien, aunque muriese joven, con tanto impulso se lanzó a realizarlo...

-Mas, ¿por qué quisieron hacerle daño aquí, en Punta Arenas?

Librodot

-¿No lo adivina usted? Pues es muy sencillo. Él, con un piquete de policía, rechazaba a los mineros que iban de aquí a lavar en el Páramo y sus alrededores. Hasta una vez corrió a un grupo con muñecos atados a caballo... Luego después, los que habían trabajado con él, no estaban contentos con la paga recibida... Natural era que no se le quisiese, y hasta que se tratase de jugarle una mala pasada... -¿Boycotearlo lynchándolo?

-Justamente.

-El procedimiento es expeditivo. Pero Popper se ha vengado de él, diciendo lo indecible de Punta Arenas.

-Y lo han vengado otros, que hoy hacen lo mismo, o peor que él, aprovechándose del trabajador, pagándole con vales que sólo tienen curso en su establecimiento -un boliche con bebidas y un poco de ropa, en que se quedan todos los salarios, por crecidos que sean. También es cierto que el trabajador europeo tiene que soportar la tremenda competencia que lo hacen los chilotes, los de Chiloé y Chonos, que se conchaban por diez, doce y quince pesos mensuales para trabajar en las minas, y que vienen a ser como una especie de esclavos, pues siempre deben más a sus patrones, por guachacay y alguna camiseta, que lo que han de ganar en muchos meses.

Pero ellos soportan bien esas estrecheces, acostumbrados como están a vivir de choros y luche.

-¿Qué es eso?

-Choros son mariscos, los que ustedes llaman mejillones; y luche es una preparación que hacen con la fruta del cachiyuyo, de esas algas que verá usted después en gran abundancia. Los chilotes, cuando han juntado algunos fondos, suelen decir: «Vámonos a Chile a comer comida», con lo que expresan que van a Valparaíso o Santiago, donde comerán carne. ¡Oh!, esos hombres son muy curiosos, y si fuera a Chiloé no perdería usted su viaje.

Hasta vería -como yo lo vi hace algunos años, y si no han cambiado las cosas- remates de mujeres, que el marido o el amante vende para siempre, por unos cuantos gramos de oro o alguna otra fruslería. Usted no lo creerá, pero es así.

-En efecto, permítame usted que lo dude hasta que lo vea... y no se ofenda por ello.

-¡Ofenderme!... Ya sé que es una verdad inverosímil...

En el curso de la conversación habíame sorprendido la facilidad y la corrección relativa con que se expresaba, y se lo dije en una perífrasis más o menos acertada.

-No lo extrañe -repuso-. He sido muchos años marinero, me he acostumbrado a ver y a comprender las cosas en mis largos viajes por todos los países del mundo, y algunas lecturas me han enseñado cómo se dice lo que se sabe. Hay muchos que todavía visten la blusa del marinero, que ustedes juzgan toscos e ignorantes y con quienes conversarían horas enteras. Así se sorprenderá usted cuando le diga, que aparte del español, que he aprendido en España, en la Argentina y aquí, hablo bien el alemán -lo soy-, más que regular el francés, el inglés, el italiano, el portugués... y comprendo el ona y el yagán...

El minero nos contó, luego, en pocas palabras, su vida desde que desertó de Buenos Aires hasta que fue a dar a Punta Arenas, en la última miseria. Allí había podido trabajar por su cuenta gracias a lo que le produjo su participación en un raque...

-¿Raque? No entiendo.

-Así decimos nosotros, y tenemos también un verbo especial: raquear.

-¿Qué significa?...

-Ir a un salvamento. «Vamos al raque» o «vamos a raquear» quiere decir: «hay un buque náufrago, y en el salvamento puede ganarse dinero; vamos.»

-¿Y de dónde sale ese modismo?

-Es una corrupción de la palabra inglesa wreck, que se pronuncia rek y que significa naufragio. Tantos ha habido, y tantos han vivido de ellos, que, ya ve usted, hasta verbo hay para la operación...

Iba avanzando la tarde, queríamos comer en tierra, y era preciso embarcarse aquella noche. El minero no aceptó nuestra invitación, le agradecimos sus curiosos informes, y nos despedimos de él, quizá para no volver jamás a verlo.

- XVI -
Antes de zarpar

Punta Arenas tiene dos periódicos: El Magallanes y El Porvenir. El Magallanes, que es el más antiguo, sale dos veces por semana, presenta buenos materiales, y está empeñado en una campaña contra los padres salesianos, que lleva con cultura, y que tiene verdadero interés.

«No nos guía -ha dicho- el espíritu de abrir una campaña religiosa contra la institución salesiana establecida en Punta Arenas. Únicamente queremos defender los intereses de industriales de Magallanes, y, a la vez, los de mil quinientas o más personas que viven en esta región del trabajo de los aserraderos de madera... Defendemos los derechos de esos centenares de personas que quizás antes de un año van a quedar sin el pan de cada día...»

Cuenta el citado diario que llegados los padres salesianos a Magallanes, comenzaron por establecer una hacienda de ovejas en la isla Dawson, estancia que va adquiriendo notable desarrollo.

«Más tarde -añade- se hicieron armadores, proveyendo hasta ahora la goleta María Auxiliadora, cuyo mantenimiento les cuesta bien poco, puesto que la tripulan con indígenas fueguinos que no perciben sueldo alguno, teniendo sólo un capitán pagado. Posteriormente han establecido en Dawson un aserradero a vapor, en cuya instalación han invertido algo como treinta mil pesos. Tienen ahí también una curtiduría que principia a funcionar. Por último, quisieron establecer en Punta Arenas el alumbrado eléctrico de la población, pero este nuevo negocio puede considerarse como fracasado.

»Como se ve por la ligera enumeración anterior -termina El Magallanes-, los salesianos no sólo se dedican al culto divino, sino también al cultivo de industrias diversas, mereciendo de sobra el calificativo de sacerdotes-industriales.»

He tenido ocasión de pedir opiniones e informes sobre el asunto a personas serias y penetradas de él, cuyas opiniones han coincidido con las de que efectivamente los establecimientos mercantiles de los salesianos dañan más que benefician, pues ni siquiera tratan de civilizar a los indios, sino de valerse de los que a ello se prestan como instrumentos gratuitos de trabajo. El mismo proceder observan en la Tierra del Fuego argentina, por lo cual es más interesante aún la campaña del diario chileno, que se alarma con razón del abaratamiento artificial de la madera en un aserradero que no paga la mano de obra, arruinando a los que pagan a sus obreros. Tomemos nota de los datos que ofrece.

Librodot

«En los alrededores de Punta Arenas, desde Tres Brazos por el sur, hasta Río Seco por el norte, hay nueve aserraderos establecidos, algunos de ellos desde muchos años, y son:

Tres Brazos, a vapor, de D. M. Braun.

Leñadora, hidráulico, de la sucesión de D. José Baereswyll.

Río de la Mano, a vapor, de D. F. Mateo Bermúdez.

Montaña, a vapor, de D. H. Booten.

Río de las Minas, a vapor, de D. R. Hamann.

Comisiones suizas, a vapor, de los hermanos Davet.

Tres Puentes, a vapor, de D. Juan Bitsch.

Río Seco, a vapor, de D. A. W. Scott.

Puede calcularse el valor de estos nueve aserraderos entre terrenos, edificios, maquinarias, muelles, ferrocarriles, etc., en trescientos mil pesos.

En los contornos de algunos de ellos, como en Tres Brazos, Tres Puentes y Río Seco, se han formado verdaderos núcleos de población. Los del Río de la Mano han hecho llegar hasta allá la población de Punta Arenas, de modo que se les puede considerar como incluídos en la parte urbana de la capital.

Los nueve aserraderos nombrados ocupan, más o menos, de 700 a 800 hombres, entre cortadores de palos, aserradores, carreteros, mecánicos, empleados en las maquinarias, etc.

Ese número de hombres representa quizás quinientas familias, lo que significa de 1500 a 2000 personas (hombres, mujeres y niños). Puede, pues, calcularse que de una cuarta a quinta parte de la población total del territorio, vive de los establecimientos de aserrar maderas. Y se comprende que sea así, puesto que toda la ciudad de Punta Arenas, ya bastante extensa, está construida en madera, como también las instalaciones y casas de todas las estancias de la Patagonia, tanto chilena como argentina, las de la Tierra del Fuego, y aun las poblaciones de Gallegos y Santa Cruz, que se surten de esta plaza.»

Nótese que el dato último es perfectamente exacto, aunque tengamos un aserradero oficial en Usuhaia y uno particular en Lapataia... Pero, ¿qué hacer si los transportes casi no conducen carga, en relación con las necesidades de nuestras poblaciones patagónicas?...

Otro mercado importante para las maderas de Punta Arenas, son las Islas Malvinas, en donde no tocan nunca nuestros buques de guerra -los transportes lo son- por las razones que comprenderá a primera vista el lector.

La cantidad diaria que los nueve establecimientos citados pagan a la población obrera, puede estimarse en $1000, porque el jornal medio de cada operario varía entre $2.50 y $5. Unos tienen sueldo fijo y los más trabajan por su cuenta, vendiendo los palos a los aserraderos. Todas las familias que viven de los aserraderos han construido sus casas más o menos grandes, cultivan su huerto, poseen algunos animales, etc., lo que en el conjunto significa una riqueza para Punta Arenas.

«Pues bien -exclama el diario-, esa valiosa industria, esos hombres y sus familias, se hallan ahora con la gravísima amenaza de no tener en qué ocuparse, lo que significa el hambre para dos mil personas.»

La baja constante del precio de la madera, provocada por los salesianos de la isla Dawson, ha sembrado, en efecto, el pánico entre todos los aserradores que, si continúa, tendrán que clausurar sus establecimientos, que ya hoy mismo no les dan beneficio alguno. Ése sería un rudo golpe asestado a Punta Arenas, y que retardaría indudablemente su progreso, dando a una sola sociedad comercial el monopolio de la industria más favorable al aumento de su población.

Librodot

El precio a que los salesianos venden su madera, es el de cuatro centavos papel el pie, y a los demás propietarios de aserradero les será imposible competir, mientras no hallen el medio de hacer trabajar gratuitamente a sus hombres.

Tal es el grave problema planteado hoy en Magallanes, y del cual pende en cierto modo su porvenir, pues la ganadería reclama pocos brazos, y no es la industria más indicada para formar pueblos.

Lástima sería que ese tropiezo se convirtiera en obstáculo invencible, agrandado como está por la resolución de no vender las tierras fiscales, que en el momento actual, y como ya he dicho, retrae un tanto la afluencia de nuevos pobladores, y la radicación definitiva de los antiguos.

Pero Chile tiene el derecho de gobernarse en su casa completamente a su gusto; y decidir -por otra parte- si hace bien o mal en no desprenderse de esos campos, sería partir de ligero; no hay que olvidar, en efecto, los perjuicios que al país ha causado la venta inconsiderada de nuestra tierra pública, ni tampoco el escasísimo adelanto de las zonas que han sido reservadas. Un poco de ambos sistemas, prácticamente combinados, sería lo mejor, y el eclecticismo se impone, para que la inmigración encuentre donde ubicarse y trabajar, y para que la nación no se despoje por completo de lo que mañana puede serle eficacísimo recurso.

Entretanto, y aun en su situación actual, si no se agrava, Punta Arenas seguirá atrayendo gente de todas partes, como centro comercial de primer orden en el sur, como puerto de movimiento y como villa proveedora de una zona inmensa, que va desde el golfo de San Jorge hasta el Cabo de Hornos.

Hasta hoy sólo Gallegos podría hacerle competencia, pero... Gallegos es uno de sus clientes principales, y lo será ostensiblemente, o por medio del contrabando, mientras no se lo coloque -y al par de él a los demás puntos patagónicos- en situación de hacer comercio con Europa, sin necesidad de ayuda de vecinos.

La importación y exportación libres de derechos, es una condición imprescindible de progreso para la Patagonia, tanto más, cuanto que lo contrario es perfectamente inútil. Para impedir el contrabando, el fisco tendría que gastar en un año diez veces más que el producto de todas las aduanas del sur, y todavía se vería burlado y defraudado. En cambio, con la libertad aduanera, ganaría la formación rápida de pueblos como el que me ocupa, toda vez que los gobiernos de territorio no se opusieran inconscientemente a ello.

Pero no es sólo la libertad de aduana lo que crea el predominio comercial de Chile al sur de América; la vecina república tiene algo que ofrecer a los navegantes europeos: carbón. Este carbón es de mala calidad, mejor dicho, es lignito; pero les permite dejar en sus bodegas mayor espacio para sus mercaderías, sirviéndose de él -mezclado con hulla- hasta llegar a Montevideo.

Nosotros también tenemos carbón análogo, pero no se explota todavía por falta de hombres de empresa, y de fomento inteligente por parte del Gobierno. Si hubiera carbón de buena calidad en la Tierra del Fuego argentina, a la entrada del Estrecho -y puede obtenerse con el mismo lignito, valiéndose de procedimientos industriales poco costosos-, no hay duda de que los transatlánticos aprovecharían esa circunstancia, no para abandonar completamente el mercado carbonero chileno, sino para no cargar tanto combustible, y adquirir lo consumido en el trayecto, realizando así una nueva economía.

Mas todo esto será también inútil, mientras no se haga un plan completo de gobierno para esas comarcas, y mientras vayan a dirigirla hombres sin preparación, sólo preocupados

Librodot

de los detalles visibles del momento; o convencidos de que esas gobernaciones son medios de medrar, y no otra cosa; o enfermos de autoritarismos que no hallan campo más amplio en que dar pábulo a su pasión. En esto se ha mejorado bastante, a decir verdad. Pero, siendo los Gobernadores sólo prefectos del Ejecutivo Nacional, ¿obedecen a un criterio único y bien determinado, como debiera ser?...

Y ¿qué añadiremos, en esta ligera recapitulación, a lo ya dicho, sobre los transportes nacionales, que tan mal sirven a todo ese sur, abandonado a su suerte, más alejado de nuestros grandes centros comerciales de lo que éstos se hallan de Europa?...

La comunicación es la incorporación. Si se quiere que Patagonia y Tierra del Fuego sean argentinas, hay que ligarlas estrechamente a los núcleos argentinos. ¿Los medios? Cualquier hombre, por poco versado que esté en lo que se llama ciencia político-económica, podrá arbitrar teóricamente unos cuantos. En la práctica, teniendo en cuenta las costumbres oficiales sudamericanas y especialmente las de nuestro país, sólo hay uno: entregar la navegación del sur a empresas particulares.

De cuatro transportes nacionales con que se cuenta hoy para ese servicio, uno está en Europa, el Santa Cruz; otro en comisión, el Villarino; el tercero, en compostura desde hace larguísimos meses, con trabajo para muchos meses más, eterno y achacoso como su nombre: El Tiempo. Sólo el 1.º de Mayo anda en funciones, y en su último viaje el 1.º de Mayo tardó, como el arca de Noé, ¡cuarenta días y cuarenta noches en llegar de San Juan del Salvamento a la dársena sur!...

No hay que contar el transporte Usuhaia, al servicio exclusivo de la Gobernación de Tierra del Fuego, y cuyo itinerario se limita al extremo austral.

¡Dígase, después de esta rápida enumeración, que aquellas regiones son protegidas y ayudadas!...

Comprenderán los lectores que, entretanto, había sobrevenido la noche, habíamos comido, y después de despedirnos estábamos ya a bordo del Villarino, que se preparaba a zarpar. Izábanse los botes, probábase la máquina, y en la driza dirigida al sur flotaba la bandera de salida.

Quedábamos a bordo un puñado de pasajeros: el comandante Funes, el capitán Demartini, de la Serna, jefe del faro de Punta Laserre y su señora, el doctor Pinchetti...

Parecía que nos despidiéramos del mundo civilizado...

- XVII -
El triunfo del paisaje

Al partir de Punta Arenas, nuestro itinerario era el siguiente: canal de la Magdalena, canal Cockburn, paso del Breacknock, canal Darwin, canal del Beagle, bahía de Usuhaia...

Quien examine con algún cuidado el plano que acompaña a este capítulo, comprenderá que en ese trayecto iban a presentarse ante nuestra vista espectáculos por lo menos curiosos de la Naturaleza; los tuvimos sorprendentes, grandiosos, inesperados. Los accidentados y tortuosos canales que iba a recorrer el Villarino, después de salir del Magallanes, navegando primero hacia el sur, luego al sudoeste, para dirigirse después al este, casi en línea recta, son una verdadera maravilla, insospechada por cuantos imaginan el sur como un

páramo helado, sin vegetación, sin vida, como un desierto casi polar, que sólo fuera sugestivo por su misma inmensidad.

El pequeño plano, tomado con bastante exactitud de la carta Fitz-Roy, corregida y aumentada por los hidrógrafos de la Romanche, bastará para dar una idea clara de la extraña topografía de aquellos parajes, no bien delineados en los mapas de uso común. Se verá en él, sinnúmero de islas, escollos, peñascos, islotes, caletas, bahías, que forman como un caprichoso encaje, en la costa de Tierra del Fuego, tan extraordinariamente recortada. La extraña forma del cabo Valentín, en la isla Dawson, que termina hacia el norte, en el Magallanes, como una punta de lanza. La curva relativamente suave de la península Brunswick, sembrada de cerrillos. El canal San Gabriel, que separa la isla Dawson de la Tierra del Fuego y acaba con la aguda y atrevida punta Ansiosa. El de la Magdalena, limitado al oeste por los entallados bordes de la isla Clarence. El Cockburn, curvo, lleno de islotes, con ampliaciones dadas por las bahías y los puertos. La península Breacknock, encorvada como garra de ave de rapiña, con la concavidad interna de la bahía Courtenay. El paso del Breacknock, cuyos bajíos, escollos y piedras, no ha podido aún demarcar por completo carta alguna. La isla Basket, la isla Quemada, que dejan entre una y otra un claro, un vacío, desde donde se ve la inmensidad del Pacífico, detrás de la bahía Desolada, en que altas peñas surgiendo de las aguas justifican su nombre, y aun más, pues llegan a producir temor hasta cuando la superficie del canal y del mismo océano se riza apenas con la brisa. La isla Stewart, la Londonderry, la O'Brien, que situada entre la anterior y la Tierra del Fuego, forma dos canales que, unidos luego, dan nacimiento al canal Darwin, continuado después por el del Beagle.

«El canal del Beagle -dice Darwin-, descubierto por el capitán Fitz-Roy en su primer viaje, constituye uno de los notables caracteres de la geografía de este país, y, podría decirse, de todos los países. Puede comparársele al valle de Lochness, en Escocia, con su cadena de lagos y de bahías. Ese canal tiene, más o menos, 120 millas de largo, con un ancho medio -ancho que varía muy poco- de dos millas aproximadamente. Es casi en todas partes tan perfectamente recto, que la vista, limitada a un lado y otro por una línea de montañas, se pierde en la distancia. Atraviesa el Beagle la parte meridional de Tierra del Fuego, en dirección este-oeste; hacia la mitad, un canal irregular llamado el Estrecho de Ponsonby, viene a unírsele formando ángulo recto con él.»

Sobre ese canal están las bahías Yandagaia, Lapataia y Usuhaia, dominada esta última por el agudo pico del monte Olivia.

-¡Ahora sí que va usted a ver panoramas espléndidos!

Era el segundo Méndez, que se acercaba a mí, sonriente, satisfecho de navegar, como marino de raza.

-Pero -añadió- para verlo todo es necesario no distraerse, no quedarse en la cámara...

Íbamos aún por el Estrecho, con tiempo excelente, algo frío, pero agradable. El cielo comenzaba a cubrirse de brumas, de nebulosidades que en el sur lo ocultan casi continuamente. El Villarino, marchando a todo vapor, se mecía apenas sobre el agua tranquila, y parecía deslizarse con elegancias de patinador, coquetamente, reflejando la blancura de su casco en las ondas verdosas...

Allá, a la derecha, doblaba el Estrecho hacia el noroeste entre la península Brunswick y la isla Clarence; enfrente, alzábase un monte rodeado de alturas, y el canal de la Magdalena

Librodot

semejaba cerrada bahía, solitaria y triste. Las rocas peladas, el agua mansa, la recortada costa, el cielo turbio, todo se fundía en una coloración melancólica de tonalidad tan armoniosa, que se sentía no ser pintor para trasladarla al papel con los ligeros toques y las blandas tintas de la acuarela. Era aquello un país de ensueño triste y sentimental, una tierra y un mar, escenario de pasiones insaciadas, de desalientos mortales, de amarguras sin término; allí cabía una novela de descreimiento y desengaño; allí el pincel encontraría el cuadro sugestivo de la aridez de la existencia.

-¡Qué hermoso es esto, a la verdad!

-¡Oh, ya verá, ya verá! -contestó Méndez-. Espere a que entremos en los canales.

Ningún signo de vida presentaba allí la Naturaleza; un silencio profundo reinaba en torno. «Oíase aquel silencio», como dijo el fantástico escritor, y la soledad, sin una vela en lontananza, sin un humo en las costas, tenía no sé qué de vagamente terrorífico. Sólo el agua vivía, ondulada hasta perderla de vista, móvil pero también taciturna. Y el Villarino continuaba su marcha, casi abandonado, él, que salió de Buenos Aires llevando a su bordo a un pueblo entero, él, en cuya cámara se oían voces, risas, alegres notas del piano, y en cuya cubierta había siempre un pululamiento, un ir y venir inacabable. Murúa y el timonel en el puente. Méndez y cuatro o cinco pasajeros a popa... Y así, no distraídos por influencia externa alguna, veíamos pasar ante nuestros ojos, lentamente, como en fantástica procesión, montes y bahías, cerros y costas a pico, islas y escollos, dotados para nosotros de extraño movimiento.

La luz tamizada por nebulosidades, iluminaba sin embargo con vigor el cambiante panorama.

Aquí y allá sobre las costas erguíanse montículos abruptos, y de vez en cuando una mancha verde, tendida en la orilla, anunciaba la cercanía de la vegetación triunfal de los canales.

La nieve, en las alturas, señalábase apenas como una sombra blanca, preparando, en pleno verano, el helado sudario invernal que envuelve las rocas y cuelga de los árboles en pintorescos jirones.

El Villarino avanzaba deslizándose por el agua rizada en la calle que forman las costas más escuetas cada vez del canal de la Magdalena, ya cerca del paso del Breaknock.

-¿Vamos al puente?

El segundo Méndez comenzaba su cuarto; Murúa iba a descansar.

-Vamos.

Desde arriba se abarcaba más amplio el paisaje, el lago aparente formado por la curva del canal, las rocas plomizas, los islotes verdes, el cielo al mismo tiempo claro y ceniciento, sin la victoria del sol.

Seguimos navegando varias horas, que sin embargo, transcurrieron rápidas, y entramos al paso temible del Breacknock, semillero de escollos y bajíos, que en tiempo de niebla es barrera casi infranqueable, siempre amenazadora para el marino.

Fue benigno. La luz intensa, el viento en calma, la mar bonancible, dejaron pasar al Villarino como un gran pájaro austral que apenas humedeciera sus plumas en la onda.

Las cartas marítimas, tan minuciosas sin embargo, no señalan todas las piedras de aquel sitio, piedras que acechan al navegante, descubiertas sólo por el hervor del agua y por las ya lívidas ya rosadas matas de cachiyuyo, esa alga colosal que tiende desde el fondo sus brazos mucilaginosos y llega a veces a 100 metros o más, a lo lejos.

-¿Ve el cachiyuyo? -preguntó Méndez.

Librodot

-¿Aquellas manchas verdosas?

-Sí.

-Parece brotar de la superficie del agua, tendiéndose sobre ella.

-En efecto. Y el cachiyuyo es el amigo del marinero. En el sur no hay escollo que no esté aboyado por él...

-¿Aboyado? ¿Qué quiere decir eso?

-Viene de boya, porque, efectivamente, las matas de cachiyuyo hacen el mismo servicio que ellas, indicando los sitios peligrosos. A veces tal peligro no existe, porque la mata, adherida a la roca, sube desde una gran profundidad.

Más tarde, leyendo a Darwin, he hallado detalles sobre esta planta extraordinaria.

«Encuéntrase en la Tierra del Fuego -dice- un producto marino que por su importancia merece especial mención. Es una alga, la Macrocystis pyrifera. Esta planta crece sobre todas las rocas, hasta una gran profundidad, sobre la costa exterior y en los canales interiores. Creo que durante los viajes de la Adventure y del Beagle, no se ha descubierto roca alguna cercana a la superficie que no estuviera indicada por esa planta flotante. Compréndese en seguida los servicios que presta a los barcos que navegan en aquellos mares tempestuosos; a muchos sin duda ha salvado del naufragio. Nada más sorprendente que ver a aquella planta creciendo y desarrollándose en medio de esos inmensos escollos del océano occidental, en sitios donde aglomeración alguna de rocas, por duras que fueran, podría resistir largo tiempo a la acción de las olas. El tallo es redondo, viscoso, liso, y rara vez llega a una pulgada de diámetro. Varias de esas plantas reunidas son suficientemente fuertes para soportar el peso de las gruesas piedras de que brotan en los canales interiores, y sin embargo, ciertas piedras de esas son tan pesadas que un hombre no podría sacarlas del agua para ponerlas en el bote.

»El capitán Cook dice, en su segundo viaje, que en la tierra de Kerguelén esa planta se eleva de una profundidad de veinticuatro brazas.

Ahora bien, como no crece en dirección perpendicular, que forma un ángulo bastante agudo con el fondo y luego se extiende a considerable distancia en la superficie del mar, créome autorizado a decir que algunas de esas plantas se extienden a sesenta brazas y más. No creo que haya otra planta cuyo tallo llegue al largo de 350 pies de que habla el capitán Cook.

Además, el capitán Fitz-Roy las ha encontrado a 45 brazas de profundidad.

»Las capas de esta planta marina, aun cuando no tengan una gran extensión, son excelentes rompeolas flotantes. Es curioso ver en los puertos expuestos a la acción de las olas, con cuánta rapidez grandes olas que vienen de fuera disminuyen su altura y se transforman en agua tranquila, apenas atraviesan esos tallos flotantes.»

En una nota observa Darwin que esta planta se extiende por una región inmensa. Se la encuentra desde los islotes cercanos al Cabo de Hornos, hasta los 43 grados latitud norte, por el lado oriental. En el occidental se la encuentra hasta río San Francisco, en California, y quizás también en Kamstchatka.

Más curioso es todavía el hecho siguiente que he podido observar, y que describe Darwin con gran exactitud, diciendo:

«El número de criaturas vivientes de todos los órdenes cuya existencia está íntimamente ligada a la de estas algas, es verdaderamente asombroso. Podría llenarse un extensísimo volumen con la sola descripción de los habitantes de esos bancos de plantas marinas. Casi todas sus hojas, salvo aquellas que flotan en la superficie, están cubiertas por

Librodot

un número tan grande de zoófitos, que se ponen blancas. Encuéntranse allí formaciones extremadamente delicadas, habitadas las unas por simples pólipos semejantes a la hidra, otras por especies mejor organizadas o por magníficas ascidias compuestas. Vense también, adheridos a las hojas, diversos moluscos. Innumerables crustáceos frecuentan la planta. Si se sacuden las largas raíces enredadas en las algas, se ve caer una cantidad de pececillos, caracoles, cangrejos de todo género, estrellas de mar, magníficas holoturias, plantarias y animales que afectan mil formas diversas. Cada vez que he examinado una rama de esa planta, no he dejado de descubrir nuevos animales de las formas más curiosas.

...»Sólo puedo comparar esas grandes selvas acuáticas, del hemisferio meridional, con las selvas terrestres de las regiones intertropicales. Sin embargo, no creo que la destrucción de un bosque, en un país cualquiera, ocasionara ni mucho menos, la muerte de tantas especies de animales como la destrucción del Macrocystis. En medio de las hojas de esta planta viven numerosas especies de pescados que en ninguna otra parte podrían hallar abrigo y alimento; si esos pescados llegaran a desaparecer, los cormoranes y los demás pájaros pescadores, las nutrias, las focas y los marsupios, perecerían bien pronto también; y, por fin, el salvaje fueguino, el miserable amo de aquel país miserable, redoblaría sus festines de caníbal (13), decrecería en número y cesaría quizás de existir.»

En algunos puertos tranquilos, de agua transparente, como Usuhaia, Haberton, etcétera, he visto el curioso desarrollo de esas plantas extraordinarias, cuyas hojas, ya salpicadas de puntos blancos por los caracolillos a ellas adheridos, ya sonrosadas y amplias, ya verdes con una tonalidad obscura y barnizada, se extendían, inmóviles o apenas mecidas por el vaivén de las olas.

El agua, cuando quedaba un instante inmóvil, parecía un cristal que cubriese el extraordinario bosque, haciéndolo sólo accesible a la mirada.

Por entre las hojas corren y se enroscan como víboras las guías de la planta, resistentes y elásticas, tanto que hay que hacer un gran esfuerzo para romper las más delgadas, que se estiran como un grueso pedazo de caucho por su relativa elasticidad.

Una abertura, en el paso del Breacknock nos dejó vislumbrar por un momento el mar Pacífico, cuya línea horizontal estaba cortada aquí y allá por peladas y cenicientas rocas.

Y los paisajes iban desarrollándose cada vez más interesantes a nuestra vista, con un lujo de color que nadie esperaría encontrar en aquellas regiones. Por momentos aparecía el sol, dorando las alturas crecientes, y dando caprichosos matices a los gruesos montones de nubes, que al propio tiempo señalaban y ocultaban los montes elevados, casi eternamente envueltos en una capa de densos vapores. Comenzaba la vegetación, desarrollándose paulatinamente, formando una línea que se extendía hasta perderse de vista, sobre la que se destacaba con tonos más obscuros y enérgicos, la roca pelada, salpicada aquí y allá por alguna mancha de nieve.

Parecíame estar en plena cordillera de los Andes y recorrer una vez más aquellos parajes, pero después de un desastre colosal, de un diluvio que hubiera cubierto valles y hondonadas, dejando sólo descubiertas las cumbres de la montaña. Aquí, la Isla Quemada, por cuyas grietas parece aún correr el humo, y cuyo desolado aspecto tiene algo de fantástico y teatral; allí un rincón de verdura en que crece el musgo amarillento junto a las gramíneas de un verde más intenso y vivo; allá una ensenadita de aguas especulares en que se retrataba la costa rígida, de líneas violentas; acullá la ligera ondulación de la corriente, en el canal... Y todo esto móvil, envuelto en las gasas ligerísimas de una neblina apenas perceptible, esfumado en las lejanías como un sueño vago, con masas de nubes y claros de

Librodot

azul purísimo, algo semejante a las extrañas y efectistas creaciones de Gustavo Doré... ¿Por qué no van allí los pintores argentinos? ¿Por qué no se inspiran en aquella naturaleza salvaje, tan rica de color, tan variada y tan nueva? Allí encontrarían tema para tantos paisajes, para tantas manchas admirables, como puede darlos la Suiza. Ya un lago tranquilo cubierto de hojas de cachiyuyo, rodeado de altas rocas, por las que trepa el ejército del fagus, ese árbol austral por excelencia, que resiste las nieves y los huracanes, con su copa verde tendida a favor de los vientos más frecuentes y terribles; ya un panorama polar, con los irisamientos del hielo transparente y la blancura mate y fría de la nieve; ya un pedazo de selva virgen, con las yerbas altas, y en que se entrecruzan los troncos del fagus y el canelo, y donde crecen grandes flores, blancas o rojas como sangre, selva que parece tropical, tanta es su vitalidad; ya -cuando el otoño comienza- el cariñoso matiz sonrosado que toman las hojas perennes de la haya, contrastando sobre los diferentes verdes del resto de la vegetación.

TÉMPANOS EN EL BEAGLE

Cuando aquello se conozca más, es indudable que la fotografía comercialmente, y la pintura por la parte artística, se apoderarán de aquel tesoro para no abandonarlo ya, como es fuera de duda que no tardarán en fundarse en los canales, aprovechando los sitios más pintorescos, establecimientos de hospedaje a que, en nuestro ardiente verano, acudirán a solazarse las personas que pueden huir de las ciudades, y que amen la naturaleza.

GRAN VENTISQUERO EN EL BEAGLE

Algunas de las pequeñas bahías a cuyo frente pasábamos, eran encantadoras. Pero cuando no se navegaba muy cerca, sólo se veían sus grandes líneas, el verdor del cielo, y los árboles tan diminutos, que parecían juncos, aunque a veces tengan un tronco respetable. Esas bahías, muchas de ellas escondidas, suelen ser puerto de refugio de los loberos, su escondite mejor dicho, o estación y campamento de buscadores de oro, ocultos allí a toda mirada indiscreta. Puntos de esos hay sólo conocidos por unos pocos, donde cualquier pirata, cualquier malhechor puede desaparecer de la vista de sus perseguidores, aun con embarcaciones de cierto porte, sin que éstos logren hallarlo.

Una abertura entre dos rocas, sólo visible desde un sitio dado, un paso ancho y sin peligro, y luego una bahía cuyas puertas se cierran tras el buque, y cuyas costas ofrecen el más seguro abrigo. Cierto comerciante de uno de los puntos visitados en este viaje, y cuya goleta vimos de pronto a corta distancia del transporte, navegando con su mismo rumbo, y sin que hubiéramos sospechado su presencia, que nos sorprendió, cuenta que él sabe un sitio de ésos, en el que ha solido dejar su embarcación, completamente sola, sin más precaución que la de amarrarla en arganeo, y seguro de que nadie la vería... Y como él habrá tantos... casi todos los navegantes de los canales.

De vez en cuando veíase flotar en la superficie como blanco buque, algún pequeño témpano de hielo, desprendido de los ventisqueros cercanos.

Librodot

Nunca son de gran tamaño, aun cuando abunden mucho en la estación avanzada. No es raro que sobre ellos se pose algún shag, como una mancha de tinta en una superficie blanca, ni verlos repentinamente darse vuelta, carcomida su base por las aguas del canal, cuya temperatura es más elevada. Marchan uno tras otro, arrastrados por la corriente en la misma dirección, o se arremolinan y detienen en los remansos para derretirse lentamente junto a las peñas. Estos témpanos, al desprenderse de los ventisqueros, y caer al agua, suelen producir grandes olas que van a estrellarse contra las rocas de la costa y que pondrían en serio peligro a las embarcaciones que se hallaran en las cercanías. Pero pocas veces se ve por allí otra embarcación que alguna piragua fueguina, o las goletas de Punta Arenas, que toman siempre el medio del canal, para evitar que una racha las lance contra la costa.

Al regreso, ya en otoño, vi centenares de témpanos que navegaban por el canal y siendo -aparte de las aves- lo único animado de aquel paisaje ideal, al que sólo falta el movimiento de la vida humana, para que su pintoresco deje de ser tan selvático y melancólico como es hoy en ciertos parajes. Alguna vez, cerca de nosotros, a tiro de fusil, pasaba un vuelo de avutardas, él, blanco, brillante, a la cabeza de las dos hembras, parduscas, formando triángulo, o junto a la costa observábamos el hervidero del agua, producido por la marcha del pato a vapor, esa ave que nada con la rapidez que le ha valido su nombre, levantando con las alas rudimentarias gotas, y espuma, como si fueran ruedas de paletas puestas en movimiento por una máquina poderosa. El pato a vapor no puede volar, pero no he visto ave alguna que nade con tanta celeridad, pues la suya es comparable sólo con la de un pez. O en el cielo tranquilo, alguna palomita del Cabo, de alas pintadas como una falena; o la mancha negra primero, y el abierto abanico más cerca, del Darup, el carancho fueguino, siempre a caza de cadáveres, vecino del pingüino, cuyos pichones devora si logra burlar la paternal solicitud. O en la costa cercana, y sobre las aguas mansas, el blanco plumaje de la avutarda, pescando entre las peñas, o de los gaviotines diseminados aquí y allá, y devorando los langostinos o los pececillos que se ponen al alcance de su pico agudo, con gallardos movimientos del cuello, y elegantes revuelos rápidos en que moja las patas en el agua, para levantarse en seguida un metro o dos, y tornar a descender. O la golondrina de mar, de patas palmeadas, pequeña y de intenso color pardo obscuro, a la que la superstición del marinero atribuye el don de pronosticar desastres, y que le anuncia temporal si llega a posarse en su barco.

OTRO DE LOS GRANDES VENTISQUEROS

Pero toda esa vida animal, toda la que bulle en las aguas del canal del Beagle, no logra desvanecer la profunda impresión de soledad que producen aquellos sities, impresión que ha comenzado en el Atlántico sur, donde raras veces se ve una vela, y que se hace más intensa allí. El canal tiene todo el aspecto del desierto, o una extraña autosugestión lo hace creer. El hecho es que aquellas peñas, aquella nieve, parecen no holladas nunca por el pie humano, y los árboles corpulentos en la costa, más pequeños a medida que trepan a las alturas, hasta hacerse achaparrados y muy diseminados cerca del límite de la nieve, muestran sus hojas siempre verdes con la languidez triste de lo que no alberga a ser viviente alguno.

Ni aun pasaba por nuestra imaginación que sobre aquellos acantilados, o en aquellas playas, detrás de un tronco o de una piedra, pudiera ocultarse alguno de esos indios fueguinos en cuyo detrimento se han forjado tantas leyendas, haciéndolos antropófagos,

ladrones y asesinos por tendencia, leyendas que no se desvanecerán muy pronto, aunque ya se haya trabajado en ello.

De pronto nos sorprendió el espectáculo de uno de los ventisqueros, el primero que veíamos en los canales, y también uno de los más pequeños, cuya nieve llegaba hasta el mar, con tonos azulados suaves y tenues, muy finos, que hacían resaltar más la blancura casi absoluta de la nieve en la cima, destacada a su vez sobre el fondo plomizo del cielo. Hermoso espectáculo, que nos produjo profunda impresión, aunque entre nosotros fuéramos varios los que habíamos visto glaciares en los Andes. No es lo mismo encontrarlos en una grande altura, que verlos allí, al nivel del mar, rodeados de vegetación, en medio de una temperatura agradable, como de un día plácido de nuestra primavera, y donde parecería que la nieve no pudiera conservarse sino breves instantes. Sorprende el espectáculo, cuya visión se conserva en la retina, y ha de conservarse largos años sin duda.

El contraste de aquel blanco celeste de superficie muda y tersa que baja en rápido declive hasta el agua verde del canal, con las peñas obscuras y las morenas negruzcas, con los mismos cerros que se elevan a su lado, sin nieve los unos, los otros hasta cierta altura cubiertos de árboles, rectos en los puntos abrigados, retorcidos como en ademán de desesperada defensa en aquellos en que el viento no encuentra obstáculo, tiene algo de impresionismo a todo trance, que hace recordar las descripciones del fjord noruego, pero que indudablemente tiene carácter propio.

-¡Qué admirable! -exclamó a nuestro lado uno de los pasajeros, que, como yo, veía aquello por primera vez.

-Sin embargo, ya verá usted más lejos otros glaciares mayores -replicó Méndez-. Éste es uno de los más insignificantes. Y si el monte Sarmiento tuviera la bondad de sacarse el capote, lo sorprendería también, sin duda. Pero rara vez se deja ver, pues siempre está cubierto de nubes.

En efecto, no lo vimos, ni a la ida ni a la vuelta, y era de todo punto imposible aguardar a que tuviera la galantería de descubrirse, ni aun considerando que ese era uno de nuestros mayores deseos.

Pero llegamos a uno de los ventisqueros mayores, que nos ofreció relativa compensación. Sus proporciones eran colosales, pues medía algunos kilómetros de ancho, y bajaba desde una blanca montaña que se elevaba allá en el fondo. Visto desde lejos, pues íbamos a distancia de la costa, daba sin embargo idea de su tamaño, y su resplandeciente blancura atraía todas las miradas.

Darwin, que se ha detenido bastante en el estudio de este curioso fenómeno, en zona tan alta todavía, dice de ellos, entre otras cosas de mucho interés, lo siguiente:

«La extensión de los ventisqueros hasta el mar debe depender principalmente (admitiéndose, entiéndase bien, que existe una cantidad de nieve en la región superior) de la poca elevación de las nieves eternas en montañas escarpadas situadas cerca de la costa. Como el límite de las nieves es muy poco elevado en Tierra del Fuego, podía esperarse que muchos ventisqueros se extendieran hasta el mar. No por eso dejé de experimentar profundo asombro cuando -bajo una latitud correspondiente a la de Cumberland- vi todos los valles de una cadena de montañas cuya cima no se eleva a más de 900 o 1200 pies, llenos de ríos de hielo que bajaban hasta la costa. Casi todos los brazos de mar que penetran hasta el pie de la cadena más elevada, no sólo en Tierra del Fuego, sino también durante 650 millas (1040 kilómetros) sobre la costa, dirigiéndose hacia el norte, terminan en

Librodot

«inmensos, en asombrosos ventisqueros», para emplear las palabras de uno de los oficiales encargados de relevar las costas.»

Y otros y otros se presentaron a nuestra vista, con las cercanías cubiertas de témpanos boyando en el agua clara, después de pasar delante de altas montañas cubiertas de fagus, a veces inclinados todos paralelamente hacia un lado, como por un solo golpe de viento.

-¡Éste debe ser hielo de verano! -exclamó uno.

En efecto, con aquella temperatura, en ese ambiente nebuloso y húmedo tiene que sorprender la presencia de tanta nieve, puesto que el ventisquero europeo (14) cuya nieve baje hasta el mar, que se halla más al sur, ¡está casi dos mil kilómetros más cerca del polo que los del canal del Beagle!...

El más curioso por los contrastes que ofrece, es uno que llegando en otro tiempo hasta el agua, ha formado una gran morena con el arrastre continuo de materiales sobre la línea negra de esta formación reciente; se ve bajar enorme río de nieve, como una cascada, mientras en el fondo se alza la montaña blanca que le da nacimiento junto a otra pardusca y sin nieve, y a los costados aparece la costa accidentada, desnuda a la izquierda, cubierta a la derecha de árboles que desde lejos parecen mondadientes...

En esa costa abrupta, aquí y allá, caen cubiertos de espuma, como hilaza de algodón, los chorrillos, pequeños torrentes que se precipitan casi perpendiculares, formando hondas grietas semejantes a cicatrices en medio de los verdores que los rodean. Estos chorrillos suelen asumir el aspecto de verdaderas cascadas, y se multiplican hasta lo infinito a lo largo de los canales, pagándoles continua, aunque en cada caso pequeña contribución.

A veces -y desgraciadamente no lo he presenciado-, el espectáculo cambia, y en un rincón desolado, árido y triste, se ve bajar hacia el mar un río de piedras, visión cuasi diabólica que causa asombro mezclado a cierto terror. Enormes piedras siembran un plano inclinado, como olas de un mar inmovilizado, hechizado de pronto. Se espera verlas derrumbarse de repente retumbando con sordo fragor al caer en el agua, y al mirarlas desde el barco en movimiento, parecen moverse ellas también. Ideas de cataclismo sugiere el paisaje, y la mente se abisma buscándole causa. Los sabios afirman que la Tierra del Fuego ha sido sacudida por grandes terremotos, y al contemplar su aspecto, no se duda de que las fuerzas de la Naturaleza hayan trabajado allí con extraño vigor, hasta con rabia; las quebrajas, las grietas, las hendiduras, las caprichosas cortaduras de las rocas, las colinas y los montes, el sello de violencia que se nota en cien partes, lo demuestran de una manera visible. Sólo por un terremoto de inusitada intensidad puede explicarse este fenómeno, que se ve con más frecuencia en la isla de los Estados y en las Malvinas...

El paisaje es triunfal doquiera se tienda la vista, ya sea que produzca impresiones de terror, como una tierra estéril y maldita, de ásperas y amenazadoras rocas, ya se suavice, y hallando, sin embargo, contrastes rudos de color, aglomere la gran mancha blanca de la nieve con la sombra de las peñas y los verdores de los árboles, ya se haga suave, blando, casi idílico en alguna playita de cantos rodados en que va a morir mansamente la ola espumosa, coronada de árboles, alfombrada de yerbas y de flores, en que brillan los puntitos rojos de las frutillas silvestres, las perlas moradas, casi negras del calafate, y la nota vibrante de las aljabas, de las violetas amarillas, esa extraña flor sin perfume de la Tierra del Fuego... A veces el panorama tiene una grandeza admirable, se hace majestuoso y sereno, con tal armonía, tal fusión de tintas, que trasladado al lienzo con toda ingenuidad, parecería una creación genial, uno de esos cuadros en que los artistas enormes suelen sorprender y revelar el secreto de la Naturaleza.

Librodot

Cuando brilla el sol, todo es allí soberbio; la luz se quiebra y centellea en la nieve, dora los riscos, da frescura o intensidad a los árboles, claridades cristalinas al agua; se atenúa en las hondonadas, donde los ligeros vapores que no logra desvanecer, toman reflejos opalinos, esfumando las lontananzas; proyecta sombras violentas tras de los picos, y no satisfecho aún, aprovecha las gotas de agua que han quedado en la atmósfera para describir su semicírculo cabalístico, el brillante arco iris, fenómeno casi diario en aquellos parajes, donde llueve tan a menudo.

PUNTA "DIVIDE" EN LOS CANALES

Los he visto que iban de una playa a otra, frente a mí, casi al alcance de la mano, dejando en medio, como coronada por un nimbo, una colina o una roca; los he visto en el mar formando casi un círculo perfecto; y siempre con una nitidez, con una precisión admirables, definiendo sus colores y su dibujo como con un compás... Y, mientras el sol resplandece en medio de una extensión de puro azul del cielo, se ve avanzar por la parte opuesta una nube negra y pesada de granizo, en otro lado la lluvia cae como una cortina sobre el paisaje, y más cerca el arco iris despliega sus galas...

De pronto se desvanece todo; de aquí, de allí, de la montaña, de las playas, de las rocas, de los árboles, acuden las legiones de la niebla, envuelven al barco en un denso tul, que cuelgan de los mástiles y hacen bajar por los flechastes como una tienda de campaña. La popa desaparece para los que están a proa, la proa para los que están a popa, y los trajes de lana se cubren de brillantes gotitas de rocío, redondas como perlas transparentes. Se fondea, y el buque parece entonces alejado, arrancado del mundo para trasladarlo a un país de encanto, de ensueño y... de resfríos.

Estas nieblas suelen ser tenaces, sobre todo cuando se acerca el invierno; entonces pierden su belleza para el viajero melancólico, splenetic, anhelante por reanudar la marcha. Pero si el fenómeno se presenta en otras condiciones y no se hace majadero, sorprende y admira, sobre todo por la noche, cuando las luces blancas y rojas de a bordo se ven rodeadas de un núcleo ya lechoso, ya rosado, y todo en torno se funde en un caos fantástico, donde sólo viven ellas como astros de luz implacablemente fija...

Las puestas de sol, cuando se digna asomar entre las nubes, son grandiosas también; no las he visto más bellas, y me han sugerido la idea de haber contemplado el amanecer desde el Righi, porque si los canales tienen algo del fjord noruego, tienen mucho de Suiza, sólo que sus montañas no parecen tan altas como realmente son, quizá porque se las ve desde la base a la cumbre, sin otras elevaciones intermedias. Ya que hablo de montañas, y puesto que no me ha sido posible ver el Sarmiento, así llamado por el ilustre navegante que el siglo XVI exploró el estrecho y las costas de Tierra del Fuego, permítaseme incluir aquí la descripción que Darwin hizo de ese elevado monte:

«Asistimos -dice- a un espectáculo espléndido: el velo de nieblas que nos oculta al Sarmiento se disipa gradualmente y descubre la montaña a nuestra vista. Esta montaña, una de las más elevadas de la Tierra del Fuego, alcanza una elevación de 6800 pies. Bosques muy sombríos visten su base hasta un octavo más o menos de su altura total; sobre ellos y hasta la cima, extiéndese un campo de nieve. Esa inmensa aglomeración de nieve que no se funde nunca, y que parece destinada a durar tanto como el mundo, presenta un grande, ¡qué digo!, un sublime espectáculo. La silueta de la montaña se destaca clara y definida y gracias

a la cantidad de luz reflejada en la superficie blanca y tersa, no se ven sombras en la montaña; no pueden distinguirse, pues, sino las líneas que se destacan sobre el cielo; así es que la masa entera presenta un admirable relieve. Varios ventisqueros descienden serpenteando desde esos campos de nieve hasta la costa; pueden compararse a inmensos Niágaras congelados, y esas cataratas de hielo azul son quizá tan bellas como las cataratas de agua corriente.»

MONTE SARMIENTO

Pero basta. La palabra no puede dar ni pálido reflejo de la impresión producida por el múltiple espectáculo que ofrecen al viajero esos indescriptibles, esos maravillosos canales donde se unen las bellezas del trópico a los helados cuadros polares, pasándose de unos a otros sin transición casi, como en un mágico diorama. Hay que ceder el puesto a los pintores, invitarlos, incitarlos a que vayan a refrescar sus pinceles en aquel baño de hermosura y de grandeza, para dotar luego a nuestro país de lienzos que sugieran al alma altos pensamientos, y rindan culto a los tesoros naturales que nos han cabido en suerte. De los pintores argentinos, sólo Malharro, en época lejana, cuando iniciaba apenas su carrera, visitó aquellas regiones, que esperan desde entonces al artista revelador de su belleza.

- XVIII -
Los fueguinos

Las tres razas

La maravillosa costa que he tratado de describir, es la Onayusha, o costa de los Onas. Las tierras que se extienden al norte forman la Onaisin o tierra de los Onas, nombre primitivo o indígena de la del Fuego.

Permítaseme que antes de continuar el relato de mi viaje, agrupe aquí las observaciones que en todo ese trayecto he podido hacer acerca de los antiguos señores de aquel suelo, sin seguir como hasta aquí el orden en que han sido hechas u obtenidas de los viejos pobladores de la región, para dar mayor unidad a este trabajo.

En él he cuidado de no partir de ligero, consultando a las mejores autoridades en la materia, haciendo inacabables preguntas a cuantos hallaba a mi paso, que hubieran vivido largo tiempo entre los indios, y observando por mi propia cuenta cuando la ocasión se me presentaba. Éstas son escasas ya, las familias fueguinas se extinguen rápidamente, los indios pierden su carácter en las misiones y en los centros poblados; los que mantienen aún su carácter y tradiciones, andan perdidos u ocultos en las selvas, los fjords y las montañas más ásperas y fragosas de la isla.

Para conocerlos en su «estado natural» sería menester internarse en aquellos desiertos, hacer una verdadera expedición con grandes elementos, pues la misma policía suele no poder dar con sus aldehuelas... No era el caso. Una excursión no es ni una expedición ni una exploración, y aunque la tarea es interesante, no entra del todo en el resorte

periodístico. Sin embargo, los lectores tendrán aquí datos completamente nuevos y exactos a propósito de los fueguinos, junto a otros ya presentados en publicaciones científicas, que son necesarios para la mayor claridad de los primeros, y para la unidad de este capítulo.

La Onaisin no es sólo patrimonio de los onas. En ella habitan otras dos razas con caracteres propios y bien definidos -yagán y alacaluf- todas tres conocidas con el nombre general de fueguinos. El norte y el este y sudeste están ocupados por los onas; el sur por los yaganes, el oeste por los alacaluf, y, como los antiguos navegantes desembarcaron en diversos puntos de la isla y conocieron, sin especificarlas, estas distintas razas, fácil es comprender el cúmulo de contradicciones en que incurrieron, dejando perplejos hasta a los más avisados.

Hoy han cambiado las cosas, y la confusión tiende a cesar, gracias a los viajeros que como Bove, Lista, Popper y otros, se han ocupado de la cuestión. Bove se cuidó más especialmente de los yaganes, Lista de los onas, pero ambos parecen haber bebido en una fuente común, y hecho muy escasas investigaciones y observaciones directas. La dificultad del idioma es, en efecto, casi insuperable, y conocerlo para poderse entender bien con los indios, es tarea de años. Esta clase de trabajo ha podido ser realizada con éxito por los misioneros anglicanos, conocedores de la isla desde 1850, y especialmente por uno de ellos, mister Thomas Bridges, hoy fallecido, que ha hecho un estudio prolijo del idioma y costumbres de los yaganes. Probablemente a él se deben muchos de los informes publicados luego por otras personas que, en cortos viajes, no estaban en condiciones de recoger muchos elementos. De ahí el parecido que existe entre unos y otros trabajos, aunque sea lógico que la observación de una sola cosa por varios observadores, dé resultados sólo diferentes en los detalles, si todos van de buena fe y con espíritu de verdad.

Darwin se ha ocupado, también, de los fueguinos, como antes lo hicieran Bougainville y otros, pero no ha dividido las razas, ha incurrido en un error como el de creerlos caníbales, y ha hecho afirmaciones por lo menos aventuradas, aunque su trabajo fuera el más completo y exacto publicado hasta entonces (1845).

Sin embargo, esa división está perfectamente deslindada no sólo por el idioma -son completamente distintos el de los yaganes, onas y alacaluf- sino también por las costumbres y la estructura física de cada uno de esos indios.

El ona, por ejemplo, descendiente indudable de los tehuelches del sur de Patagonia, es cazador, pescador y no navega nunca; el yagán es puramente pescador y marinero; el alacaluf, quizá descendiente de los araucanos del sur de Chile, navega, pesca y caza. Ni unos ni otros se entienden entre sí, aunque la vecindad y el continuo trato, ya en la guerra, ya en la caza en sitios no deslindados y por lo tanto comunes, hayan creado algunas, aunque pocas, palabras que figuran en los tres idiomas.

No poco habrá contribuido a estas diferencias la topografía de la Tierra del Fuego, tan variada como su clima, cubierta de bosques en el centro y sur, de pastos como la Patagonia al norte, de rocas casi estériles al sur, riquísima para pastoreo al este, lluviosa y nebulosa sobre el canal del Beagle, seca y fría sobre el océano Atlántico. La influencia del medio se nota efectivamente, pues las costumbres de familia de una misma tribu y tribus de la misma raza, son diversas, como se verá después.

Pero señalemos, en lo posible, los caracteres de estas tres clases de fueguinos, de las cuales la yagán es hasta ahora la más conocida, mientras los alacaluf permanecen envueltos en una especie de misterio y sólo se tienen algunos datos incompletos sobre su modo de ser.

Librodot

Onas.- Comenzando por los más interesantes, son los onas, como ya he dicho, una rama de los tehuelches fuertes, inteligentes y de buena índole como ellos. Son altos, muy bien formados, de color aceituna pálido, y sus facciones no tienen nada de desagradable. Pelo negro, laso y recio, ojos negros también, algo sesgados, nariz generalmente ancha, pómulos un tanto salientes, boca de labios gruesos, dientes iguales y blanquísimos.

Notable es en las mujeres la pequeñez y belleza de los pies y las manos; tanto más, cuanto que la ona es una caminadora infatigable, y anda casi siempre descalza y con ojotas rara vez.

Su carácter es generalmente manso y sociable; son risueños, y al reír muestran su hermosa dentadura. Andan desnudos, cubiertos solamente con un quillango de guanaco o de zorro, sin taparrabo ni cosa que lo valga, y arrojan aquél cuando pelean o cazan.

Se dividen en onas del norte y onas del sur, y esta división podría situarse imaginariamente en la cadena de Carmen Sylva. Hay entre unos y otros ciertas diferencias de costumbres, y suelen no entenderse entre sí, aunque su idioma tenga muchas voces de raíz común, como por ejemplo:

SurNorte
AguaShimShem
BrujoWo-telWutel
CarneYeperYaper
AmigoYeyoguaYeyogua

Como he de ocuparme con bastante extensión de los onas, dejo para entonces otras muchas observaciones.

Añadiré sólo, que los onas comen preferentemente carne, aves, tucu-tucus y pescado a medias cocidos, nunca crudos, y algunos mariscos.

La foca les sirve de alimento solamente en casos de necesidad, y nunca prueban el zorro, por una razón especialísima.

Yaganes.- El yagán es bajo de estatura pero de torso fuerte. Las piernas alcanzan poco desarrollo, porque viven continuamente en la canoa, puestos en cuclillas. Se les niega inteligencia, pero es indiscutible que la tienen en cierto grado, y más de lo que parece, como lo prueba el hecho de que se les utilice en diversos trabajos con buen resultado.

Casi se han extinguido por completo, y se me afirma que ya a lo largo del canal del Beagle no existirán más de cincuenta.

Antiguamente ocupaban las dos costas, desde la Bahía Aguirre al Paso de Breacknock.

Los he visto en Usuhaia, en sus canoas hechas de tablas; las de corteza, que describiré después, escasean hoy, porque les es más cómodo hacerlas por un procedimiento semejante al que usan los hombres civilizados.

Sus facciones son abultadas, pero sus ojos vivos y pequeños están siempre avizores, y denotan cierta picardía. Vestidos -éstos- con ropas que les habían dado los misioneros, tenían un aspecto grotesco. Los pocos que aún quedan libres, andan desnudos y sólo cubiertos por una capa de pieles o quillango, como los onas.

Son especialmente pescadores, y a esto debe atribuirse la deformación y debilidad de sus piernas.

Alacaluf.- Robusto, aunque no tanto como el ona, es el más guerrero de los fueguinos.

Librodot

«La fisonomía del alacaluf -me dice quien los ha visto de cerca- es más desagradable que la del mismo yagán, pero su cuerpo es más desarrollado, porque anda frecuentemente en tierra. Tiene la frente más achatada y ancha, los pómulos menos salientes, la nariz más afinada; es cobrizo.»

El alacaluf habita en Tierra del Fuego y sus islas, desde el canal de la Magdalena al norte, en los alrededores del monte Sarmiento, y al sur de Magallanes, en el archipiélago, hasta el Cabo de Hornos.

Su número es difícil de calcular por su carácter hosco y traicionero, que dificulta en gran manera sus relaciones con los civilizados -se limitan en esto a lo estrictamente necesario para comerciar-, pero tiene que haber disminuido mucho, pues el gobierno de Chile, en cuyo territorio están exclusivamente, los hace transportar a centros poblados y los entrega a particulares que -dicho sea de paso- no siempre los tratan con humanidad.

Pero, de cualquier manera, los alacaluf, que no han sido objeto de tantas persecuciones, son más numerosos que los onas y yaganes juntos.

Son cazadores, pero su especialidad es la navegación, en que muestran mucha habilidad, y la pesca de anfibios.

Los salesianos de la parte chilena han hecho alguna tentativa para reducirlos, pero su carácter indómito y malévolo se presta poco para las dulzuras de la civilización, aparte de que ya saben negociar y procurarse con los productos de la caza y la pesca aquello que constituye sus únicas necesidades: galleta, guachacay (anisado) y tabaco. Ama el alacaluf su libertad ante todo, y no hay discursos que valgan con él; testigo el caso del padre Stopani, herido de un hachazo en la misma misión por un alacaluf que huyó con cuatro compañeros robándose un bote. De los indios no se supo más; el bote fue encontrado un año después en la costa norte de Magallanes, donde estaba escondido.

Son sanguinarios.

En 1893, asaltaron en Puerto Hope una goletita tripulada por cuatro loberos. Mataron a tres de ellos, y el cuarto, hábil tirador, se salvó haciéndoles certeros disparos a través del tambucho de la embarcación, con los que puso a varios fuera de combate y logró ahuyentar a los demás.

Tratábase de una venganza, porque los asesinados no les habían dado suficiente ración de galleta, guachacay y tabaco.

Como están muy en contacto (en el contacto relativo que ya he dicho) con los blancos, por su activo comercio de pieles, se explica el conocimiento que tienen del valor de las cosas, como también sus vicios, importados en su mayor parte.

Son también ladrones, y se citan robos hechos con sorprendente audacia, como varios de ganado cometido al norte de Magallanes. Carnean en el campo mismo, y luego transportan las reses en sus canoas al otro lado del Estrecho. Hace pocos años matrerearon en grande una noche, cerca de Punta Arenas; notado el hecho a la madrugada siguiente, se los persiguió sin descanso, pero sin hallar huella de ellos. Desaparecen con una destreza verdaderamente maravillosa, perdiéndose en los fjords, sin que llegue a sorprenderse ni siquiera la canoa en que han huido.

Tiene un carácter mucho más taciturno que el del yagán, vengativo en extremo, y no da hospitalidad al extranjero, ni deja conocer otro toldo que el que tiene en la costa para pescar.

Es polígamo, más acentuadamente aún que los onas y yaganes, y en extremo celoso de su honra, cuyos ultrajes castiga con la muerte. Así, cuando una canoa alacaluf aborda a un

Librodot

barco cualquiera para comerciar, muy raro es que vayan mujeres en ella, temerosos sus maridos de que se les ultraje.

Sobre su religión no poseo dato alguno, y los padres salesianos que están en contacto con ellos, o no los han procurado o se los reservan. Los loberos que los visitan de vez en cuando, no se interesan en tales investigaciones.

La religión de los fueguinos

Puede ponerse en duda que los indios de Tierra del Fuego tengan un culto externo, pero no una religión.

Sin embargo, ha habido quien lo niegue casi rotundamente, quizá sólo por el hecho de que los onas y los yaganes son muy reservados en ese punto. A decir verdad, lo son en todo con el extranjero, y contestan a sus preguntas de una manera desesperante, por lo incierta y vaga, cuando no tienen completa confianza en él.

No faltan, sin embargo, pruebas de que esa religión existe; lo que habrá faltado será sin duda paciencia o interés para buscarlas. Sin embargo, el conocimiento de las creencias de un pueblo importa tanto como el de su propio idioma para darle filiación. No se trata de lo último en estas páginas, sino sencilla y modestamente de exponer los datos obtenidos con tanta insistencia como buenos resultados.

El mismo mister Bridges, tan conocedor de aquellos indios y sus costumbres, ha dicho: «No reconocen un Creador, ni tienen idea del futuro, ni esperan nada después de la muerte.»

Pero luego añade, contradiciéndose: «Tienen una palabra para expresar la muerte, Cagagulo, cuyo significado es subir y volar», para completar esto diciendo que creen en aparecidos, en seres sobrenaturales, en criaturas salvajes que vagan por la selva, y en que las exhalaciones son espíritus errantes de sus muertos.

Tributan, además honras fúnebres a sus deudos y amigos, tienen supersticioso temor a las tumbas, a las que no se acercan, y consideran maldito el lugar en que se ha cometido un crimen. Purifican a sus hijos apenas nacidos, cantan y bailan en los alumbramientos, en las noches sin luna, en la fiesta de la primavera, cuando las niñas llegan a la pubertad...

Tienen médicos que hacen ensalmos, se atribuyen poder sobrenatural bajado de arriba, poseen amuletos mágicos y maravillosos que llevan misteriosamente ocultos en un zurrón de cuero de lobo, colgado al pecho, y se atan a la cabeza como huincha, una cabalística tira de guanaco nonato.

Éstos son los hechos más o menos divulgados, que demuestran por sí solos cuán equivocadas son las afirmaciones de que carecen de religión, indios que se someten a esas prácticas y aun a otras de mayor importancia que veremos después.

Pasemos ahora a otro orden de observaciones, menos conocidas o desconocidas del todo, advirtiendo antes que yaganes y onas se han tomado parte de sus creencias, hasta el punto de que hoy están casi del todo confundidas.

Poco se sabe a ciencia cierta sobre la religión de los yaganes, pero es fuera de duda que la han tenido, y hasta que han sido iconólatras.

Muy insignificantes datos pueden obtenerse de los sobrevivientes escasos de, esa raza, que sólo recuerdan pequeños fragmentos de la mitología de sus antepasados. La extinción

de las tribus por una parte y los esfuerzos de los misioneros por otra, han sido causa de la pérdida de tan interesantes leyendas.

Pero se sabe por algunos ancianos yaganes que sus antecesores creían en genios del bien y del mal, y los personificaban con ídolos toscamente hechos, muy raros y de que no he podido hallar ejemplar ninguno. Sólo con datos de memoria, he logrado hacer un facsímile, naturalmente fantástico, de dos de ellos. Pero es muy probable que el ensayo de esculturas que Bove publicó, sea uno de los ídolos en cuestión.

Cuéntanme de un yagán viejo de la misión de Usuhaia, testigo o cómplice de la matanza de misioneros en la isla de Navarino, que sólo practicaba el rito católico por conveniencia, y seguía con su antigua religión.

Tenía en su poder un ídolo de madera, apenas labrado, con dos agujeros por ojos, una hendidura por boca y un pedacito de hueso incrustado en forma de nariz, con joroba y las piernas apenas señaladas, al que llamaba Hanush-aica, genio de la mar bravía. Por más que se insistiera con él, nunca quiso cederlo.

Cuando se le preguntaba algo respecto de la vieja religión de los yaganes, contestaba invariablemente:

-Baf aiola; mister Bridges culalán. (No sé; mister Bridges enojado).

Con esto quería significar sin duda que hablando de sus antiguas creencias disgustaría al misionero bajo cuya dependencia estaba. Sin embargo, eso no le impedía cuidar de su fetiche como si fuese un tesoro y... zabullirlo en el mar cuando no andaban bien las cosas, como los marineros de Nápoles con San Genaro.

Cónstame, también, que los yaganes ponían en sus canoas pequeñas y toscas figurillas de madera, y que les hacían toda clase de manifestaciones de respeto, aunque ellos mismos las hubieran fabricado...

precisamente como en plena civilización. Eran, pues, idólatras, y si no se sabe más a ese respecto, ha sido, o por su extraordinaria reserva, o por desidia de los viajeros que los han visitado.

Pero la falta de datos exactos ha dado rienda suelta a la imaginación, y así he oído muchas veces con extrañeza por lo menos, afirmar que los fueguinos tenían en medio de la isla y entre las selvas, un templo consagrado al Sol, que era digno de visitarse.

No quiero incurrir en el achaque general de los viajeros que niegan rotundamente lo que no han visto; pero debo afirmar que ni los exploradores, ni las autoridades, ni los mineros y marineros desertores que han recorrido la isla del uno al otro extremo, pueden dar noticia de semejante cosa. Al contrario, todos están contestes en decir que no existe tal templo, y que se trata puramente de una invención.

Contribuyen a dar fuerza a esta aseveración el carácter nómada de los fueguinos, sus rudimentarias construcciones, de menos invención que las esquimales, y su intelectualidad, poco meditativa, como en la mayoría de los pueblos vagabundos, y nada amiga de normas y reglamentos.

Justamente esa falta de monumentos religiosos, como su ignorancia del arte de escribir, son las causas que más dificultan -hasta imposibilitan- la reconstitución de su historia y la conservación de su leyenda.

No es dudoso, pues, que el templo de los fueguinos tendrá que ir a reunirse con la ciudad de los Césares que a tantos sorbió el seso en épocas anteriores.

En lo que respecta a la religión de los onas, se ve ya mucho más claro que en la de los yaganes.

Librodot

Tienen toda una mitología, la historia lamentable de la perdición de su raza, con reminiscencias del cristianismo y del paganismo griego, lo que hará sospechar que su leyenda ha sido forjada después del descubrimiento, con fragmentos de las prédicas de los misioneros, y de narraciones de los tripulantes de las naves descubridoras que abordaron a la isla y a la Patagonia austral. Sea como sea, el mito tiene verdadero interés.

Han hecho también su olimpo y rinden culto a todas las fuerzas que animan la Naturaleza, principalmente al Sol, divinidad benéfica y al mismo tiempo la más poderosa de todas, que preside los nacimientos, la primavera, la pubertad de las jóvenes.

La Luna es, en cambio, la deidad maligna, la señora de los mares, la que provoca las enfermedades, la escasez, el hambre. Cuando está roja o tiene halo, el ona no se atreve a salir de su wigwam, la conjuran con cantos quejumbrosos, se tiznan la cara, se rasguñan las piernas, recuerdan a sus muertos, sin nombrarlos, y pasan a veces toda la noche velando con lúgubre temor.

La leyenda a que antes me he referido explica estos conjuros y este pánico. Veámosla:

El castigo de los onas

En época remota, los habitantes de Tierra del Fuego eran hombres blancos y tenían barbas.

Esa tierra era entonces grande, muy grande, y se extendía hacia el norte.

Vivían en ella y con ellos el Sol y la Luna, marido y mujer (16), que eran sus tutores o monarcas.

Pero los habitantes de la Onaisin comenzaron a pervertirse, y llegaron a ser muy malos.

No existía el matrimonio, las mujeres eran de la comunidad, y no tenían hijos.

La Luna y el Sol les aconsejaban, les amonestaban, y trataban en vano de corregirlos.

Entonces, viendo que no lograrían nada de aquellos perversos seres, un día, justamente airados, los abandonaron y se subieron al cielo, donde están.

Poco tiempo después, se les apareció Chaskelshen, el gigante tan alto como los árboles, cuya barba blanca le llegaba hasta el suelo, que les dijo:

«Vengo mandado por los antiguos bienhechores de los onas, Carpe y Creen, a avisar a aquéllos, por última vez, que si no se corrigen y abandonan sus costumbres perversas, serán terriblemente castigados.»

Después de esta amenaza, Chaskelshen desapareció.

Pero los onas no hicieron caso, y seguían su vida depravada, cuando de pronto comienza a llover, mientras el suelo temblaba y se estremecía con espantables sacudidas.

Y llovió tanto, que la tierra fue cubriéndose poco a poco, el cielo se obscureció hasta el extremo de convertirse en noche espesa, y las aguas subieron tanto que sepultaron a aquella tierra maldita y sus pervertidos habitantes.

Así fue castigado el vicio y la maldad de la primera raza ona.

Cuando se retiraron las aguas, la Onaisín, que hasta entonces había sido llana, apareció sembrada de numerosas y altas montañas que periódicamente se cubrían con una capa blanca y fría.

Luego que se hubo hecho este cambio, Carpe y Creen enviaron a esa tierra a Cohan Yeperr para que volviera a poblarla.

Cohan Yeperr llevó consigo dos pedazos de tierra, el uno colorado, negro el otro, que depositó en las llanuras del norte.

Y de la tierra colorada nació una mujer, y de la negra un hombre, que son los padres de los onas de hoy, que esperan que un día la Luna y el Sol se apiadarán de ellos, y bajarán a darles consejo y gobernarlos otra vez.

Otra versión del mismo mito, que he recogido de una fuente muy distinta:

La Luna y el hombre

Woltel, un grande y poderoso cacique, incurrió en la cólera de la Luna, madre de la primera mujer, cometiendo un delito imperdonable para ella, como era el tener contacto carnal en cierto período del mes.

La Luna se puso roja de ira y juró exterminar la raza de los hombres.

Éstos, que conocieron su furor, pero no sabían la causa, imploraron a la deidad, que se mostró inflexible.

Lanzó torrentes de agua e innumerables rayos sobre la tierra y todos hubieran perecido, a no ser por el nacimiento de Crentancol, fruto de la culpa de Woltel.

Woltel, agobiado por el peso de su falta, confesó a su hijo la causa de la cólera de la Luna.

Y Crentancol indignado mató a su padre...

Con esto se aplacó el enojo de la deidad, que perdonó a los que aún vivían, pero jurando que destruiría a todos los hombres si llegaba a repetirse el delito de Woltel.

El fondo de ambas versiones viene a ser análogo, si no semejante, y en las dos vemos el pecado original, mientras que en la segunda llega a establecerse cuál es. No me detendré a señalar aquí el parecido de esta fábula con otras de la antigüedad, pues está demasiado visible, los lectores lo hallarán fácilmente.

Pero debe recordarse que casi todas las tribus de indios de esta parte de América, y muy especialmente los araucanos y quizá los apaches, tienen la tradición del diluvio. Ahora bien, según lo que Lista ha publicado respecto de las creencias de los tehuelches, ésta no figura entre ellas, y los onas no la han recibido entonces de sus labios. Pero, ¿no pueden los alacaluf haberla llevado de Chile, explicándose así fácilmente su procedencia?

En cuanto a la diferencia de forma y detalles de una y otra, debe tenerse presente que han tenido que conservarse puramente por tradición oral, en un pueblo que no ha dado ni aun los primeros pasos hacia la escritura, como que lo único que marca -sus flechas- lo hace valiéndose del modo de atar la punta. Natural es, entonces, que pasando la leyenda de boca en boca, haya sufrido transformaciones capitales, sobre todo cuando los onas del sur variaron hasta el idioma de los del norte, que adulteraron a su vez el de los tehuelches.

Pero ese mismo mito, la idea de castigo y de regeneración, tienen que convencernos, una vez por todas, de que no es la fueguina una raza abyecta y cretinizada, el eslabón entre el mono y el hombre. Pruebas más acabadas de la inteligencia del ona pueden aducirse, sin embargo; pero ésta basta por ahora, para concederle más alto nivel intelectual que el que se le atribuye.

Pero doloroso es tener que confesar que esa bella y simpática raza de indios tiene también sus manifestaciones bárbaras, no dictadas por la defensa propia según ellos la entienden, sino pura y simplemente por la superstición. Pero apresurémonos a añadir que esas manifestaciones son poco frecuentes, y que hubieran desaparecido ya, si los encargados de propagar la civilización no la hubiesen propagado a tiros...

Además del Sol y de la Luna, de los espíritus y los salvajes, creen los onas en una deidad terrible: Schalgpe.

De pronto, dicen, y durante la noche, levántase del suelo un vapor blanco, una nube que tocando en tierra queda suspendida a cierta altura.

En medio de esa nube aparece Schalgpe. Es una mujer extremadamente hermosa, alta, de cuerpo esbelto y formas bien modeladas, cuyos ojos negros resplandecen bajo su larga cabellera rubia. Está envuelta en un manto blanco y suelto, y la orla flotante se confunde con la nube misma.

Schalgpe se ofrece pocos instantes a la vista a un tiempo encantada y espantada del ona, encantada por la belleza de la visión, espantada porque Schalgpe va en busca de niños, y si no se los ofrece, ella los tomará... ¡y cuántos! (18)

Para evitar su furor, se prepara un sacrificio de que serán víctimas las criaturas más contrahechas y débiles de la tribu...

Se alza un toldo formado con palos y ramas, cubriendo una gran piedra, que será al mismo tiempo tajo y altar, a él se conducen los infelices niños, y sobre la piedra se les decapita...

No insisto en tales horrores. Pero debo repetir que estos sacrificios se hacen muy de tarde en tarde, y agregar que tienen su explicación, si no convincente para nosotros, muy aceptable para ellos.

Mister Bridges, hablando de los fueguinos, ha dicho:

«Los niños defectuosos son destruídos al nacer; pero sólo cuando el defecto es enorme». La visión que nadie ve, ¿no será acaso pretexto y consuelo para las tristes madres cuyos hijos están destinados a perecer por sus defectos físicos? En ese caso sería única, barbarie tal con tal delicadeza... Por otra parte, ¿no insinúa algún biólogo moderno la conveniencia que habría en hacer lo que los onas?...

Además, hay que tener en cuenta, dada la clase de vida de los onas, que un niño defectuoso está entre ellos fatalmente condenado a muerte por la Naturaleza, en las inacabables marchas, en las violentas partidas de caza, en las luchas con las otras tribus, en los largos inviernos de hambre; hoy no se celebran casi esos sacrificios; y sin embargo, no se ve ona que no sea robusto y ágil, no tanto porque la raza sea superior, sino más bien porque los inferiores han sucumbido, sobreviviendo los más aptos.

Para bregar a brazo partido, sin tregua ni descanso con la naturaleza fueguina, menester es estar magníficamente dotado...

Pero, dejando de lado esas crueldades, vese en Schalgpe la poética personificación y deificación de la niebla cruel y hermosa, mortal para los niños enfermizos, y ese símbolo no es de los que menos hablan de la inteligencia y la imaginación de los onas.

Librodot

Si, con la base que tenemos acerca de su mitología, quisiéramos reconstruirla toda, claro está que arribaríamos directamente a la conclusión de que la religión de los onas es un paganismo no poli, sino panteísta, con ninguno o con muy escaso culto externo, que, sin embargo, pudo existir en la antigüedad, y haberse perdido luego por indiferentismo.

Tendrían probablemente ceremonias análogas a una de los yaganes que describe Mister Bridges, como si se tratara de una simple diversión, y que sin embargo tiene marcadísimos rasgos de las fiestas y danzas religiosas de los salvajes en general.

«Entre sus diversiones usuales -dice el ex-misionero- figuraban representaciones teatrales, en que los hombres personificaban las entidades imaginarias o demonios.

»Al efecto, los actores se encerraban en la kina o choza que servía de bastidores, y se pintaban la cara y el cuerpo, untándose el pecho con sangre, que obtenían apretándose las narices.

»Adornados con grandes sombreros de corteza, los hombres salían de súbito en tropel, y armados de palos, arpones o arcos, bailaban y saltaban frenéticamente delante de las mujeres del auditorio, amenazándolas con sus armas y usando expresiones y ademanes obscenos y violentos. Después de rendirse de fatiga, precipitábanse de nuevo en la kina, donde los hombres se reían y discutían los méritos de la representación.

»Estas fiestas duraban a veces muchos días, y eran ocasión de desórdenes y escenas licenciosas.»

He hablado antes de los hechiceros, que van perdiendo mucho en el concepto de los indios, cuando los que practican la magia y la medicina no son al propio tiempo sus jefes. Antiguamente era todo lo contrario, y se les tenía gran confianza y fe. Algún Molière del drama de la kina los habrá desmonetizado sin duda, o el contacto con los blancos les habrá hecho pensar en cosas más positivas. Pero el siglo pasado gozaban de gran crédito según nos cuenta Bougainville, en lo que voy a transcribir por curioso; aunque no se refiera precisamente a los fueguinos sino a los indios que habitaban en la península Brunswick, sobre el Estrecho de Magallanes; por las señas parece tratarse de los alacaluf.

INDIOS ONAS

«En una de las ocasiones que saltaron a tierra, se juntaron todos los salvajes con mucha alegría; pero separaron a sus mujeres, a las cuales no querían se llegase; uno de los muchachos, de casi doce años, y el único cuya presencia fuese interesante, fue sobrecogido de un flujo de sangre acompañado de fuertes convulsiones. El infeliz había estado a bordo de L'Etoile, donde le habían dado pedazos de vidrio y espejos, no previendo el funesto uso que haría de este regalo.

»Tienen el hábito de introducir en la garganta y narices, pedacitos de talco, porque acaso la superstición presta alguna virtud a esta especie de talismán, o acaso le miran como preservativo de alguna incomodidad que padecen, y el muchacho hizo verosímilmente el mismo uso con el vidrio, pues tenía las encías y el paladar cortados en muchas partes y casi sin cesar se desangraba.

»Este accidente extendió la consternación y la desconfianza; sospecharon sin duda algún maleficio, porque el primer acto del hechicero o brujo que se apoderó del muchacho, fue despojarle precipitadamente de una casaca de lienzo que se le había dado; quiso restituirla a los franceses, pero como éstos no quisieran tomarla, la arrojó a sus pies.

Verdad es que otro salvaje, que sin duda gustaba más de los vestidos, la recogió al instante.

»El hechicero tendió al muchacho de espaldas en una de las chozas y se puso de rodillas entre sus piernas; se doblaba sobre él y con la cabeza y las dos manos le apretaba el vientre con toda su fuerza, gritando continuamente sin que se pudiera distinguir nada articulado. De vez en cuando se levantaba y parecía coger la enfermedad con las manos juntas, y las abría luego en el aire, soplando como si quisiese arrojar un mal espíritu; y mientras, una vieja llorosa chillaba al oído del enfermo hasta ensordecerle, y él parece que sufría tanto con el mal como con el remedio.

El curandero le dio alguna tregua para ir a tomar su vestidura de ceremonia y después, empolvados los cabellos y adornada la cabeza con dos alas blancas, bastante parecidas al bonete de Mercurio, empezó otra vez sus funciones con más confianza, y con el mismo efecto. Nuestro capellán administró furtivamente el bautismo al muchacho que empeoraba; sabiendo yo lo que ocurría, fui con Mister de La Porte, nuestro cirujano mayor, que hizo llevar un poco de leche y tisana emoliente; cuando llegamos, el paciente estaba fuera de la choza; su médico, a quien se había unido otro del mismo jaez, empezó de nuevo su operación sobre el vientre, los muslos y los hombros de la pobre criatura, y daba lástima verla martirizar de aquel modo, sin quejarse; su cuerpo estaba ya todo acardenalado, y los médicos seguían aún su bárbaro remedio, con un tropel de conjuraciones. El sentimiento del padre y de la madre, sus lágrimas, el vivo interés de toda la tribu, interés que se manifestaba por señales inequívocas, y la tolerancia del muchacho, causaban la más viva impresión. Los salvajes comprendieron sin duda que les acompañábamos en su pena, pues comenzó a disminuir su desconfianza, dejándonos acercar al enfermo, y el cirujano examinó su boca ensangrentada, que el padre y otro chupaban alternativamente. Gran trabajo costó hacerlos admitir la leche; fue necesario probarla muchas veces, y a pesar de la invencible oposición de los hechiceros, el padre se determinó a hacerla beber a su hijo, y aun aceptó el regalo de la cafetera llena de tisana emoliente. Sus curanderos manifestaron celos de nuestro cirujano, a quien, no obstante, parece que reconocían por hábil encantador; y aun abrieron un saco de cuero que llevan siempre colgado al pescuezo y que contiene el bonete de pluma, polvos blancos, talcos y otros instrumentos de su arte; pero apenas miró, cuando lo cerraron al punto. Notose que en tanto que uno trabajaba para conjurar el mal del doliente, el otro no parecía ocupado sino en prevenir por sus encantamientos el efecto del daño que sospechaba habíamos echado sobre ellos.

»Al anochecer volvimos a bordo, dejando al muchacho mejor; no obstante, un vómito continuo que lo atormentaba nos hizo sospechar que había tragado el vidrio, y más tarde hubo motivo de creer que nuestra conjetura tenía mucho fundamento. Como a las dos de la madrugada se oyeron alaridos repetidos, y al amanecer, aunque hacía un viento horroroso, dieron a la vela los salvajes. Huían sin duda de un lugar manchado con la muerte y con funestos extranjeros que creían idos sólo para destruirlos. No pudieron montar la punta oeste de la bahía; en un instante de calma volvieron a intentarlo, pero una fugada violenta les hizo enmararse y dispersó sus débiles buques. ¡Qué ansiosos estaban de alejarse de nosotros! Abandonaron una de sus piraguas que necesitaba carena. Satis est gentem effugisse nefandum. Lleváronse la idea de que éramos seres malignos, ¿pero quién no les perdonara su resentimiento en aquella coyuntura? ¡Qué pérdida, en efecto, para una sociedad tan poco numerosa, la de un adolescente, ya libre de todos los peligros de la infancia!»

Librodot

No es necesario hacer un resumen de lo que queda dicho, para que quede demostrado que los fueguinos, como la mayoría de los indios americanos, por otra parte, tienen una religión bastante compleja, cuyos ritos se han olvidado y perdido hasta cierto punto, o ellos cuidan de ocultar, por su natural desconfianza con los extranjeros, y el temor al enojo de misioneros y catequistas.

En cuanto a su moral, fácil es comprender que no llega a nivel muy alto. Apenas si tienen una que otra idea vaga, inculcada quizá por los misioneros.

Así, no es extraño que vendieran sus hijas púberes sin grande escrúpulo de conciencia; que aun hoy desconozcan absolutamente el pudor; que no crean delito el robo al cristiano de sus «guanacos blancos»

(ovejas); que vivan en la más completa promiscuidad, sean polígamos en algunos parajes, y rindan consagrado culto a la vendetta.

Sin embargo, no dejan de tener buenas cualidades, como la bondad para con sus mujeres, la generosidad con sus compañeros, la sociabilidad, que les hace reunirse por las noches en la choza, ocqrr, y mantener largas conversaciones, entrecortadas por estentóreas risas.

Hombres y mujeres son muy lujuriosos, pero el sexo fuerte respeta al débil, y no abusa jamás de él. El hombre que tal hiciera se granjearía el desprecio de toda la tribu, y daría lugar a que se vengaran terriblemente de él. Cuestiones de esta especie son, en efecto, las que provocan las luchas a mano armada de familia a familia que han contribuido a diezmar a los fueguinos.

Mas, aunque las relaciones de familia entran en la moral, dejaremos por ahora ese punto.

- XIX -
Los fueguinos «at home»

Los fueguinos en su hogar... Su hogar es grande, como que se compone de toda la isla, menos la parte habitada por los blancos que han ido a civilizarlos con rémington, y que hoy continuarán su tarea con mauser.

Signos inequívocos del progreso: el rémington es ya un arma atrasada hasta como instrumento educativo...

Vaya esto como prólogo, y lo que sigue como continuación del capítulo anterior.

La familia fueguina

Cuando nace un ona, una de las vecinas de su madre, que en el trance asisten a ésta, le corta con los dientes el cordón, que le ata con un hilo de tripa de guanaco, hecho lo cual, todas menos una salen del estrecho wigwam y se ponen a bailar en torno, acompañadas por un canto de circunstancia.

La que ha quedado dentro unta al chico de pies a cabeza con un ungüento compuesto de greda y saliva, y le practica un masaje completo de los músculos y articulaciones, animada por los cantos de las otras.

Quizás atribuyan a la pomada aquella alguna virtud mágica, pero lo cierto es que el masaje, practicado con bastante delicadeza, no deja de presentar sus ventajas para la criatura.

La madre no se cuida más de sí misma que en los días ordinarios, y pocas horas después suele vérsela tan campante atendiendo a sus tareas, como si nada hubiera pasado.

Los hombres, entretanto, han huido de sus chozas, porque creen que si oyen las quejas de la madre, todo andará mal; en compensación, cuanta vieja hay en los toldos se ha metido en el wigwam, a riesgo de sofocar a la paciente y a su prole. El alumbramiento es, también, muy fácil, y no suele haber tropiezo alguno.

Vive el niño rodeado del cariño materno y del de todas las mujeres de la tribu, y poco tiempo después de nacido (en el sur, y muy especialmente los yaganes), se le sumerge en el mar, ya como una consagración o purificación, ya simplemente para fortalecerlo.

La madre lo amamanta sin ayudarse con nada hasta que ha cumplido los siete meses, época en que comienza a darle otra clase de alimentos, pero sin despecharlo, cosa que suele hacer cuando ya el niño tiene más de tres años. Las criaturas son colocadas en una especie de bolsa de cuero, sostenida por un bastidor tosco de madera, construido en esta forma:

Se la ata de la cintura para arriba, de modo que queda como en pie; las patas largas del bastidor se clavan en tierra, y el niño sólo es sacado de allí una vez cada veinticuatro horas.

El bebé ona pasa gorda la vida, y come cuando quiere, con sólo gritar pidiendo, porque la madre es muy liberal, y cuando está ausente nunca falta una vecina caritativa que corra a darle alimento y bebida a un tiempo mismo. Lección ésta que podría ser útil también en otras partes que no son la Tierra del Fuego.

Suele la madre temer que se le pierda su niño; entonces -pero raras veces- toma una espina y un poco de madera carbonizada, y le hace ligeras incisiones en los brazos, en que introduce el polvo negro. Éste es todo el tatuaje que usan los onas, y no como adorno, sino como marca y distintivo.

Tengo referencias de una india señalada así, con nueve incisiones de medio centímetro de largo, a medio centímetro de distancia una de otra en el brazo izquierdo, y once en el derecho. Y decía, hablando de ellas:

-En un brazo dos manos y una; en el otro una mano y...

Y enseñaba cuatro dedos. Esto demuestra que los onas no cuentan solamente hasta tres, como se ha dicho. Llegan, en efecto, hasta dos veces dos manos; es decir, veinte. De allí para arriba son muchos.

En ese intervalo, el niño ha recibido nombre. Se le han puesto lindos collares de concha, se le ha pintado el rostro de rojo y blanco, que queda hecho una monada, una ricura, y crece mimado por la ternura materna, sin cuidarse del padre, que tampoco se cuida de él. Cuando ya da pasitos y balbucea algunas palabras, comienza su primera educación , que consiste en el aprendizaje de su lengua, tan difícil -el yagán y el ona son también semejantes en esto- que un adulto extranjero pasará años si se dedica, antes de saberla. En esta tarea la madre es eficazmente ayudada por sus amigas, que sonríen al niño mostrándole sus dientes blancos y esmaltados, mientras le repiten las palabras con notable paciencia.

Entretanto, puede diablejear a sus anchas, pues no recibirá castigo corporal alguno, sino reprimendas y consejos morales que, como dice mister Bridges de los yaganes, seguirán después, más por necesidad que por afición.

Bien, ya el hombrecillo tiene cinco años, y es hora de pensar en cosas serias. Ya tiene toda clase de preeminencias, se le considera superior a su propia madre -a quien respeta

Librodot

mucho, sin embargo, pero a quien poco después podrá censurar en ausencia del padre si encuentra reprensible su conducta-, y debe prepararse a la alta misión que le ha sido deparada. Si el niño es niña, nadie, si no es la madre, hace caso de ella; su papel en la vida se reduce a casarse y tener hijos, justamente como en la civilización. Pero si el niño es niño...

ONA ADULTO

Primero, el padre o el abuelo -más generalmente el abuelo-, pone en sus manos el primer arco y las primeras flechas, cuyo manejo le enseña ayudado por varios siglos de atavismo y de selección natural y artificial.

Cuando el chico ha hecho algunos buenos blancos en el stand lujoso de la selva o de la playa, y cuando ya sabe matar un shag o una avutarda, pasa al segundo año de estudios y acompaña a los hombres que van a alguna corta excursión por las veredas del bosque o por los senderos de la costa, para avezarse a las largas marchas que habrá de hacer después en procura del preciso sustento.

Sólo entonces comienza a cesar o disminuir la indiferencia del padre, que ha llegado a extremos inconcebibles, puede que porque ya lo ve casi en condiciones de bastarse a sí mismo.

Algo más tarde -tercero y cuarto años de estudios- le llevan a las grandes correrías, a cazar guanacos, a ejercitar al mismo tiempo la agilidad, la resistencia, la astucia, el oído, la vista, el olfato y la fuerza. Y si el alumno resulta bueno, pocos meses más tarde se deslizará por la maraña del bosque como una culebra, saltará zanjas y precipicios, correrá sin fatiga días enteros, burlará a los recelosos centinelas de los guanacos, verá a millas de distancia el animal o la persona que busca, reconocerá las huellas de los que han pasado semanas antes por donde pasa él, husmeará el más ligero olorcillo de los alrededores, y volverá a su wigwam, desde leguas, con un guanaco de cien kilos al hombro, y a paso acelerado.

YACAMUSH (MÉDICO)

Como ustedes lo oyen. Fitz-Roy tuvo que prohibir a sus marineros que lucharan con los indios, porque perdían su prestigio y hasta los más formidables ganaban una costalada.

Ha llegado el héroe a la adolescencia; en este punto se le somete a un período de disciplina, durante el cual tiene que ayunar, rigurosamente a veces, e instruirse en la filosofía rudimentaria y egoísta que le enseñan su padre y abuelos.

«Siendo muy buenos los preceptos que les inculcan -dice Bridges-, sus prácticas son desgraciadamente muy malas y basadas en el más completo egoísmo. Uno de los principales consejos que se dan a los jóvenes, es tomar por primera mujer a una vieja, porque son las que dan menos trabajo y más ayuda.»

Ya el ona está hecho, y su padre lo ama y se preocupa de él. A un mismo tiempo, va a casarlo y a completar su educación para que entre a la vida armado de todas armas. Tiene el jovencito, entonces, catorce o quince años, y su desarrollo es completo.

FUEGUINO ADULTO

No vaya a creerse que el padre, poco práctico, elegirá alguna linda rapazuela que le distraiga a su hijo; no, tiempo tendrá para eso, cuando se halle en estado de comprender las satisfacciones y los deberes conyugales. Pone los ojos en una jamona de las familias vecinas, o viuda o divorciada, que sea capaz de hacer abundante cosecha de mejillones, tejer sólidas canastas de mimbres, tender lazos a las aves y otras análogas virtudes domésticas; le propone el casamiento-iniciación, y como el hijo es un robusto y gallardo mozo de anchos hombros y saliente pecho, rara vez se ve desairado. Y la dama de cierta edad, y el dichoso jovencito se casan sin mayores ceremonias y se van a vivir en su wigwam.

El wigwam no es un palacio ni mucho menos; unos cuantos troncos enzarzados entre sí, y cubiertos con pieles de guanaco, lienzos, trapos, cuanto se encuentra a mano. Generalmente es de forma cónica con un agujero en el vértice, para que salga el humo del fogón, que está en el centro de la base. Los indios se acuestan en él con la cabeza junto a la pared y los pies al lado del fuego.

Establecido en su hogar el nuevo matrimonio, comienzan las tareas domésticas, civiles y políticas de ambos cónyuges, y la última educación del marido, tan sabiamente inventada por los onas.

Él se ocupa en cazar, en hacer sus arcos, en labrar sus flechas, en explorar los alrededores de su caú; ella teje mimbre, recoge mariscos, lleva agua para beber, enciende el fuego, arregla los cueros de la choza, soba pieles de nutria y de guanaco, caza aves con trampa o con red, cose quillangos, pesca a la orilla del mar o de los ríos. Es tratada con bastante consideración, y su marido no le levanta la mano, pues perdería en el concepto de los demás y tendría que temer la venganza de los padres y parientes de su esposa. Ella, en cambio, es dócil y trabajadora, por lo general, y guarda fidelidad a su marido, como éste a ella.

Pero, ya que en eso estamos, entremos al wigwam, en este instante abandonado, y hagamos el inventario de lo que contiene. Primero, un mal olor bastante pronunciado, porque agua la habrá para beber cuando mucho.

Luego, dos pedazos de carne de guanaco, pendientes del techo, uno junto a la puerta, el otro en el fondo. En seguida, el fogón lleno de ceniza y de valvas de moluscos.

El arco y las flechas, estas últimas en una aljaba de piel de lobo, cosida con tientos de guanaco, y con el pelo para el exterior.

El quillango de cueros de guanaco o de zorro, que usan como único traje, y con el pelo para afuera.

La corona de piel de la axila del guanaco, en forma de mitra, que ciñen a la frente cuando andan en campaña, y que, desatada, es más o menos así:

DIADEMA ONA

El taparrabo que usan las mujeres, cuando no tienen un vestido o un pedazo de tela que atarse a la cintura.

Las ojotas o abarcas con que suelen calzarse cuando hacen alguna correría.

Las piedras areniscas para afilar sus flechas y cuchillos. Piedras para hacer fuego.

Cuchillos hechos con zunchos de barril y cabo de madera.

Cajas vacías de conservas para tomar agua.

Vejigas de guanaco para conservar la grasa y la sangre de los animales que cazan.

Canastas de junco, de forma casi esférica, semejantes a las de la mayor parte de las que hacen nuestros indios. Estas canastas suelen estar calafateadas con greda, y entonces les sirven para tener agua.

Paletas de lobo marino, que sirven de cuchara para recoger grasa, etc.

Zurrones de piel de guanaco, para recoger mariscos, aves y pescados.

Huesos pulidos para fabricar las puntas de las flechas; un cuero grueso para el mismo objeto.

Cintajos que se ponen las mujeres en la garganta del pie.

Collares de caracoles y conchillas pequeñas, a que las indias son muy aficionadas.

Correas de guanaco.

No sé si olvido algo, pero no ha de ser de importancia.

Como se ve, pocos de estos artículos se deben a la industria de los indios, que han ido aprovechando cuanto la casualidad llevaba a sus playas. Antes, sus flechas eran de piedra, tenían cuchillos y hachas del mismo material, y hasta jarros que fabricaban con corteza de haya. Hoy aprovechan las botellas de vidrio para hacer las puntas de sus armas; sus cuchillos son de arcos de barril, y cualquier tarrito les sirve para beber, de modo que la civilización ha ido -sólo en esto- a hacerles más fácil y cómoda la vida; en cambio les ha ahuyentado sus guanacos y sus lobos, sin resarcirlos con nada...

-¿Cómo deja esta pobre gente todos sus tesoros así abandonados?

-Es muy sencillo: el ona no roba, y el cristiano no codicia esos que usted llama tesoros...

La vida pasa tranquila y feliz si no falta qué comer. Por la noche se reúnen los vecinos en el wigwam, a conversar y contarse cuentos, que ellos llaman «mentiras de chicos» -yans-cayuela-, y sus grandes y francas risotadas se oyen a lo lejos dominando los rumores de la selva, o interrumpiendo el silencio de la llanura.

Esas charlas en que los onas se ejercitan en su difícil lenguaje, suelen prolongarse largas horas; a veces comienzan por el día, pues apenas el indio se ha ganado el sustento, ya no tiene qué hacer. Mientras ellos hablan y ríen, las mujeres cantan con voz monótona:

y guardan silencio en cuanto llega un extraño; o la canción del matrimonio, que sólo se entona en las noches sin luna, porque la Deidad es adversa a él, melopea muy semejante a la anterior:

Entonces es cuando se transmiten las ya adulteradas leyendas de sus antepasados, comentan los sucesos del día, preparan sus excursiones próximas, en manera alguna incomodados por la atmósfera densa, el humo del fogón, el vaho de las respiraciones. Cuando el sueño llega, los vecinos se retiran. Si hay algún huésped, se tiende en el suelo, en el quillango que es traje y cama a un mismo tiempo, sin preocuparse de quién está a su lado

Librodot

ni qué nace. El matrimonio joven, las viejas, las niñas, el huésped, todos duermen juntos, como los radios de un círculo, con los pies junto al fuego, y el perro bien estrechado a ellos, para dar y recibir calor, a la llama oscilante de los troncos de haya, o de ese canelón cuyo humo enceguece e inflama los ojos de cualquier cristiano, pero que para los indios no presenta inconveniente alguno.

Viene la mañana, y con ella la actividad, a veces relativa, a veces casi inverosímil del ona. Si es en verano, va a bañarse, pues cuando ha recibido alguna noción de higiene es muy cuidadoso de su cuerpo, aunque no lo sea de su choza. En el estado natural se enjuga el cuerpo bañado en sudor durante sus atléticas correrías, con un liquen blando, suave y húmedo que abunda en la isla. Si es en invierno, sale a estirar los músculos y a entrar en calor a la luz de las estrellas, esperando que amanezca... a las tres de la tarde. Luego regresa al wigwam, a labrar pacientemente sus puntas de flechas, esmerándose en darles un corte elegante y en hacerlas agudas y resistentes. La mujer, entretanto, va y viene en sus ordinarias tareas, o se sienta en cuclillas junto al fuego, a conversar y coser sus pieles.

Come el ona cuando siente apetito, si tiene qué comer, pero es frugal, y no bebe alcohol. Lo he visto rechazando con una mueca desdeñosa, como de repugnancia, un vaso de vino que se le ofrecía. Los que han estado en contacto con los blancos y los tehuelches, fuman, pero no en exceso, y si algo piden al viajero, es ropa y galleta con preferencia al tabaco. No así los yaganes y los alacaluf, que son apasionados del guachacay, y se dan soberbias panzadas cuando pueden, que no es muy a menudo...

Su manjar predilecto es el guanaco, sobre todo cuando está gordo, quizá por necesidad fisiológica; se observa, en efecto, que todos lo pueblos que no tienen pan, comen mucha grasa, especialmente en los países fríos. Luego vienen las aves -no contemos el guanaco blanco, la oveja, intangible para él si no la roba-, el tucu-tucu y la foca, que sólo come en caso de necesidad.

Nunca se alimenta con carne cruda, ni con aves ni pescado que no hayan estado al fuego; pero no aguarda tampoco a que la cocción de la carne sea completa. No prueba jamás la carne de zorro, porque, según dice, este animal devora cadáveres de hombres y mata a los que encuentra en el campo enfermos o rendidos, para saciarse con ellos. Comer zorro sería para él como ser antropófago de segunda mano. ¿Dónde va a parar con esto el pretendido canibalismo de los indígenas de Tierra del Fuego?

Estos platos de resistencia se alternan con mejillones, con huevos -en primavera-, que asan al rescoldo, con pescado, apio silvestre, setas y hongos de muy buen sabor, que abundan en la isla, frutillas silvestres, frambuesas negras, uvas del bosque, diversas bayas azucaradas, y el pan de indio, un parásito fungiglobular que crece en los troncos de los árboles, y que contiene un jugo dulce y sabroso. Es el Cyttaria Darwinii de los naturalistas, y como su nombre lo indica, los indios lo usan en vez de pan, cuando carecen de este artículo.

Hecha su comida, el ona sale de caza con uno o dos compañeros, sea el día que sea, pues no tiene fiestas ni solemniza fecha alguna, salvo la vuelta de la primavera, en que entona cánticos al Sol, su deidad benéfica.

No volverá con las manos vacías, pues si no encuentra caza recoge hongos, pan y alguna otra cosilla con que aplacar las iras del estómago.

A veces, a su regreso, lo aguarda una grave cuestión que él y sus compañeros de tribu están llamados a resolver. Se ha cometido un delito:

Librodot

una mujer ha faltado a sus deberes conyugales, y el marido irritado, sediento de venganza, pide que se la castigue con la muerte.

El gorrge ha convocado a todos los hombres de la tribu para que resuelvan acerca de la suerte de la mujer, el cómplice ya sabe la pena que le aguarda: ser desterrado de la tribu. Como el ona que hemos visto nacer es ya casado, es decir, ha llegado a ser mayor de edad, tiene que escucharse su opinión y computarse su voto; es toda una persona.

El gorrge, más que un cacique es un caudillo, designado por elección entre los más fuertes, valerosos, hábiles e inteligentes de la tribu. La grandeza de ésta depende de sus cualidades, pues según sean ellas, aumentará o disminuirá el número de sus miembros. Un gorrge que se haga famoso por sus hechos y conducta, verá crecer los caús alrededor del suyo, con gran descontento de las otras tribus, que a veces tomarán las armas para vengarse y atajar con sangre su engrandecimiento.

Sin embargo, es un pobre monarca constitucional, de restringidísimos poderes, apenas un caudillo adornado con un nombre respetable.

Cierto que su gente le debe obediencia; pero ésta, cuando no se hallan en estado de guerra, es relativa y... constitucional.

Le quedan las funciones de juez, poder que tampoco es discrecional, sino en determinados casos. Resuelve y falla en las diferencias de menor cuantía que se suscitan entre miembros de su tribu, interviene en asuntos de familia, pero sólo a requisición de los interesados, y somete al voto general los casos de aplicación de la última pena. La vida humana es sagrada.

Como caudillo, su deber es velar por la suerte de los suyos, dirigirlos en la caza y la guerra, defenderlos contra sus enemigos personales de otras tribus, y ampararlos cuando lo han menester. Para eso es, también, el médico, aunque haya curanderos que no son caciques.

Entre los onas no hay propiedad; de manera que, si tuviesen códigos, sus abogados no tendrían que perder muchas semanas en aprenderlos. Por eso también sus jefes no pesan sobre ellos, ni ellos dan mucho trabajo a sus jefes. Su propiedad es un derecho de prioridad sobre los productos de la caza y de la pesca, que reparten con sus compañeros. Cuando uno ha cazado, ya no hay hambre en la tribu, aunque el cazador ignore qué ha de comer al siguiente día. Lo que uno tiene es de todos, y todos se ponen al servicio de uno sólo cuando se trata de vengar su honor o de defenderlo contra algún ataque.

Son tan generosos y hospitalarios, que el mismo enemigo es sagrado en su choza, de la que lo dejan salir sin perseguirlo hasta pasado largo tiempo, como es sagrado cuando está indefenso o enfermo.

Sé cuánto difieren estas aseveraciones de las que hasta ahora se han hecho acerca del ona y del yagán; se ha juzgado por circunstancias y hechos excepcionales, se les ha atribuido la culpa que sólo pesa sobre los blancos, se califica de crimen lo mismo que se les ha enseñado con el ejemplo. «Este perverso animal, si lo atacan, se defiende...» Sólo a un fueguino cazado con armas perfeccionadas, que ve que le arrebatan su mujer y sus hijos para concubina y esclavos civilizados, se le puede ocurrir semejante atrocidad. ¡Defenderse!...

El gorrge, pues, ha llamado a su pueblo para que juzgue a la mujer adúltera. El pueblo, como un solo hombre, dice que se aplique la ley de la costumbre. ¿Matar a la mujer? No, señor. ¿Encogerse de hombros ante la indignación y la rabia del marido? Tampoco.

Librodot

La ley de la costumbre es explícita y clara: dice que el juicio no podrá tener lugar sino unas cuantas lunas después de descubierto el delito, y que no se aplicará la pena si el marido no insiste en solicitarla, y si los hombres de la tribu no están conformes con ella, no sé si por simple mayoría o por totalidad de votos, pero me inclino a creer lo último, porque raro es el caso de una ejecución capital.

Ley benigna con apariencias terribles, pues pasado el primer escozor de la afrenta, y recuperada la sangre fría, difícil es que el ultrajado insista en pedir la muerte de la culpable, y aunque la pidiera, sus compañeros han tenido tiempo de reflexionar y no darán su sanción al tremendo castigo. Ya el susto, el temor de la sentencia posible, constituyen suficiente pena.

En ese intervalo, la adúltera queda recluida, y su reclusión dura aún algunas lunas, cuando no se ha pronunciado sentencia de muerte.

¡Dígase después que los onas no tienen talento!

Sin embargo, casos de otra especie hay para los cuales no se muestran tan benignos. Por ejemplo, ciertos asesinatos.

Tengo informes de un hecho últimamente sucedido.

Un marido celoso, que creyó ultrajado su honor, asesinó a su mujer y a su hijo. Los parientes de la víctima pidieron para él la última pena. La tribu, indignada y horrorizada por crimen tan atroz, dio su consentimiento sin vacilar. El asesinato se había cometido en Monte Chico, Tres Hermanas, y allí fue llevado el asesino por los próximos deudos de su mujer, que lo ejecutaron en el mismo sitio en que había corrido la sangre de la esposa, culpable o no, mezclada con la del niño tierno e inocente...

Nuestro ona, que respetó a sus padres y abuelos, a los hombres de edad madura y a los ancianos de su tribu, tiene a su vez derecho al respeto de los jóvenes. Es ya un cazador y un guerrero en toda la extensión de la palabra, y cree llegado el momento de pensar en casarse...

No, no es error, ni olvido. Antes lo casaron; ahora va a casarse él.

Hay en la tribu alguna muchachita de diez años no parienta suya, ni próxima ni lejana, que promete ser, con el tiempo, una real moza. A ella dirige sus miradas, consulta el caso con su primera mujer, que es de consejo, según se recordará, y por fin pide la niña a sus padres, da los cueros de la boda, y se casa con ella.

La antigua no mira casi nunca con malos ojos esta invasión de su hogar; por el contrario, se dedicará a enseñar a su colega, a instruirla en las costumbres, gustos y caprichos del esposo, a servirla de madre, en fin, como el hombre le servirá de padre hasta la pubertad. Muy a menudo una y otra son hermanas y están habituadas a la unión, dificultándose así las diferencias.

Éste es, por otra parte, el único parentesco que el ona tolera en punto al matrimonio. La simple mención del incesto lo horroriza, y se quedaría sin casarse antes de hacerlo con una consanguínea, por más lejana que fuese. Tan alta idea tienen, también, los yaganes de la familia, que en su vocabulario existe una palabra para designar cada grado de parentesco, y la rama de donde proviene.

Pero si la primera mujer no está conforme con las nuevas nupcias de su marido, puede dar por desatado el lazo, y retirarse a casa de sus padres o parientes, a esperar mejor coyuntura y menos pesada coyunda. En ese caso se lleva a sus hijas, que el padre reconoce, sin embargo, y éste se queda con los hijos, para educarlos en su única industria de cazador forzudo.

Librodot

Cuando la esposa impúber se convierte en mujer, hay gran fiesta en la tribu. Esto ocurre de los trece a los catorce años. Se baila y se canta, a veces durante varios días, como celebrando las verdaderas bodas de los esposos.

Seis meses después de aquella fecha, poco más o menos, la recién casada deja de comer carne, y su alimento consiste principalmente en pescado, mariscos, raíces de achicoria y otras yerbas y el guassing, pequeña frutilla muy refrescante que abunda al norte de la isla. Vive entonces separada del marido, pero no cambia en nada sus costumbres, camina largas distancias, sin precaución, caza con sus redes o trampas, y pesca en la costa, metiéndose en el agua, sin que esto le ocasione malestar alguno.

Poco más tarde la familia aumenta, llega otro hijo, y se repite la cadena de pequeños acontecimientos domésticos que venimos siguiendo desde el nacimiento del padre, sólo interrumpida por alguna mudanza, ya porque se ha encontrado mejor emplazamiento para los toldos, ya porque la caza escasea en los alrededores, ya porque la seguridad de la tribu está comprometida, etc.

Entonces es de ver la fuerza y la destreza de las mujeres onas, que cargan con sus hijos, con los miserables enseres del caú, con los cueros que lo cubrían y que servirán para el nuevo hogar. Su resistencia es pasmosa, su conformidad increíble. Después de marchas forzadas, todavía tienen valor para reír, mostrando sus blancos dientes...

Personas fidedignas cuéntanme de una de esas caravanas de mujeres, caminando sobre la nieve, en la mudanza de un campamento. Algunas iban cargadas hasta con ciento veinte kilos, y marchaban por un camino de cabras, un despeñadero que la nieve hacía más peligroso aún. Avanzaban lentamente, previniendo los obstáculos que pudiera ofrecer la malhadada senda, poniendo el pequeño pie con precaución sobre la tierra helada. Los hombres, armados, andaban en descubierta por los alrededores, hasta largas distancias, explorando las peñas y el bosque... Y a despecho de la enorme carga, a despecho de lo áspero del terreno, las mujeres acamparon aquella tarde a diez millas -de quebradas- de su campamento anterior...

Esto es muy frecuente, casi diario. Indios e indias presos en Usuhaia, burlaron la vigilancia de sus guardianes, y cargados con cuanto pudieron encontrar, como acémilas, en menos de media hora desaparecieron tras los altos montes que rodean la capital fueguina, sin que nadie soñara en alcanzarlos...

Pero estas heroicas expediciones no son siempre felices: el 11 de Mayo de 1892, en Policarpo, un terrible derrumbe de tierra destruyó una caravana compuesta de 11 mujeres y 19 niños...

Volviendo al ona-tipo, natural es que con tantas andanzas, la enfermedad lo postre un día, sobre todo después de que la civilización le ha regado la tuberculosis, que se encuentra a sus anchas en la isla, aunque ya le quede poco en qué elegir.

Cuando cae, las mujeres de la ranchería se encargan de cuidarlo, y de procurarle lo que necesita; el gorrge le suministra remedio o exorcismos, generalmente tan eficaces los unos como los otros, y que lo dejan morir o contribuyen a matarlo, si la naturaleza no lo salva. Cuando el caudillo no ejerce, va a examinarlo y a recetarle el yacamush, médico de la tribu, que naturalmente hace lo que el gorrge, con tan buena voluntad como mal resultado. Total, el enfermo se muere, o entra en larga y cruel agonía.

En este último caso, y cuando no hay esperanza de que el enfermo mejore y se salve, los parientes cumplen con el piadoso deber de...

Librodot

despenarlo, estrangulándolo; ésta es, por lo menos, la costumbre de los yaganes, que llaman a la operación abacana.

Deudos y amigos se reúnen en torno del lecho mortuorio, y se lamentan lastimosamente; los parientes se rapan el cráneo con conchas afiladas de mariscos, y se dejan una corona de cabellos como la de los dominicos, pero más larga, presentando con aquellas crines que les caen sobre la cara, el aspecto más extraordinario. Para completarlo, embadúrnanse el rostro con hollín y aceite; los amigos píntanse también, con diversos colores, según el grado de amistad que los ligaba al difunto.

Luego éste es envuelto en su propio quillango, como en una mortaja, y se procede a cumplir con él los deberes póstumos. El entierro de los cadáveres se ha hecho antiguamente de diversos modos. Los depositaban envueltos y cosidos en el quillango, sobre alguna peña casi inaccesible, donde no pudieran alcanzar los zorros. O los sepultaban en su mismo caú, al que daban fuego en seguida, procedimiento que les fue prohibido por el gobernador Paz.

Ahora cavan una honda fosa en un sitio apartado de todo sendero, en medio del bosque, en que -solamente los deudos del muerto- depositan sus despojos. La tumba y sus alrededores son sagrados, y nadie puede pasar sobre o cerca de ella, sin cometer un sacrilegio.

Los indios creen que el espíritu del muerto tiene influencia sobre su vida, y lo recuerdan -quizá como intercesor- siempre que la luna roja los amenaza con sus iras...

La viuda no tarda en casarse. Mujeres hay que han tenido hasta diez esposos consecutivamente. Pero la poliandria es desconocida. No así la poligamia, de uso común, sobre todo en ciertos lugares de la Osnaisin, de la tierra yagana, y más particularmente entre los alacaluf. Sin embargo, únicamente algunos caciques tienen cuatro o cinco mujeres, contentándose el vulgo con dos o tres.

Lo anterior sería susceptible de grandes ampliaciones, pero se preferirá sin duda dejarlas para pasar a otros asuntos, tan interesantes por lo menos. La novela del ona está por escribir, el cañamazo real queda hecho, sin una desviación de la verdad; no faltará probablemente quien lo aproveche para bordar sobre él alguna amena e instructiva narración, que no es del caso aquí.

La guerra, la caza, la pesca

Ya he dicho que el ona es puramente cazador, y que sólo pescan sus mujeres, desde tierra, o internándose a pie en las aguas bajas; el yagán es exclusivamente pescador, aunque sus mujeres se ocupen en cazar algunas veces; el alacaluf es ecléctico: caza y pesca con igual habilidad.

En seguida veremos a los dos primeros en la tarea; ahora vamos a asistir a una lucha entre dos tribus onas, empeñadas en destruirse entre sí, como si no bastaran los factores extraños de extinción de la raza, que tan activamente trabajan en la isla desde hace tiempo.

La guerra ha estallado por causa del rapto de una mujer, y va a durar meses, quizá años enteros, aunque con sus largos períodos de tregua. No se ha trabajado mucho por la vía diplomática antes del rompimiento de las hostilidades. Bastó con que dos hombres de las tribus se encontraran y cambiaran un par de flechas, para dar comienzo a una guerra de

recursos que ha de ser mortífera. En efecto, tras la venganza de la primera afrenta, tiene que venir la venganza de las venganzas sucesivas, una lucha exterminadora semejante a las que diezmaron la Córcega, una serie de sangrientas escaramuzas, de sorpresas, de emboscadas y de matanzas.

El gorrge asume la autoridad suprema.

Lo que él mande en este caso, ha de ser obedecido sin réplica ni examen. El indio que desoiga sus órdenes, será considerado traidor, y pasado por las armas sin forma de juicio. Se suspenden, pues, «las garantías constitucionales», el país se halla en estado de sitio, y el gorrge tiene un poder discrecional e ilimitado, que no va, sin embargo, hasta imponer contribuciones extraordinarias, fuera de la de sangre.

La guerra, lo repito, es de recursos.

El ona, que es un incomparable rastreador, espía los movimientos del enemigo; sigue sus huellas; lo aguarda entre los árboles de la selva. Por el color y la disposición de los humos que se ven en el horizonte, conoce -aunque parezca increíble- quiénes son los que los han encendido; como por las ligeras huellas que deja en el bosque el enemigo cauteloso, sabe cuándo ha pasado, para dónde y en qué número.

En tiempo de guerra se pinta la cara de rojo, con rayas negras de ceniza, dos partiendo de las sienes, dos de los pómulos y dos de los lados de la nariz. Éste es al propio tiempo su distintivo y su uniforme.

No combate sino en orden disperso, a flecha, sin avanzar sobre el enemigo, sino cuando está herido, o considera inevitable su captura. Los prisioneros son muertos sin piedad.

El ona se desliza por el bosque, sobre los troncos podridos que siembran el suelo, entre las ramas secas y crujientes, en medio de las más lujuriantes frondosidades, sin hacer un ruido, sin que el quillango toque una hoja, sin que nada indique su presencia. Después de largas marchas hechas con estas fatigosas precauciones, suele sorprender al enemigo, aunque éste no se descuide jamás. Entonces dispara su arco, y su flecha es siempre certera. El combate comienza, sin embargo, pues como la muerte aguarda al prisionero, nadie se entrega sino cuando ya le es humanamente imposible defenderse.

El guerrero no se despoja de su quillango, que le sirve de arma defensiva. Para ello se lo pone sobre las espaldas, y tomando los dos bordes que van hacia adelante con la mano que sostiene el arco, forma un ángulo por cuyos lados resbalan las flechas que llegan con poco impulso, sin tocarle el cuerpo. Él, agazapado, presenta el menor blanco posible.

Así se matan unas cuantas decenas, hasta que el peor parado abandona el campo a su enemigo. Pero no por eso termina la guerra: hasta que se encuentren dos para renovar las hostilidades, pues las treguas no equivalen a un tratado definitivo de paz, que nunca se pacta. Sin embargo, el statu quo puede durar indefinidamente, y su duración traer consigo el olvido de las disensiones.

Pero si el ona sorprende a un enemigo enfermo o indefenso, no lo mata, ni le hace daño alguno, aun en lo más encarnizado de la lucha, y cuando le es necesario vender cara su propia vida. Que a tanto llega el buen instinto de esos salvajes, en cuya caja craneana hay más materia gris que en la de muchos civilizados, y en cuyo pecho late muchas veces su corazón a impulsos de sentimientos generosos.

Las mujeres, acostumbradas desde la niñez a asistir a estos cruentos combates, no se conmueven mucho que digamos ante el peligro de sus padres, sus hermanos y sus esposos. La guerra forma parte de las costumbres, y dado su modo de ser, hay que convencerse de

Librodot

que el ona no teme a la muerte, y no halla suficientes halagos en la vida para esforzarse por conservarla.

Sin embargo, desarrollan en sus luchas una previsión y una destreza tales, que más que en valor parece que emularan en habilidad. Cuando está en acecho en el bosque, un blanco pasaría mil veces al lado suyo sin notar su presencia, ya se esquive tras de los troncos, ya se tienda en el suelo entre los musgos, ya se adapte a cualquier insignificante grieta del terreno.

Un hombre que ha vivido mucho tiempo entre ellos, me hace conocer un caso verdaderamente curioso, aunque la estratagema en él usada lo haya sido y lo sea también hoy mismo por indios del Chaco y de la América Septentrional. Vaya el relato por cuenta de su testigo:

«En 1885, los onas del norte robaron al señor Stubenrauch, cónsul de Inglaterra en Punta Arenas, una importante cantidad de ovejas, como novecientas.

»El delito era grave y había que castigar a toda costa a sus autores, que de otro modo se ensoberbecerían demasiado. Así es que el escampavías chileno Toro salió en su persecución, recorriendo cuidadosamente la costa del Estrecho, pero sin dar con los indios.

»Quiso la buena suerte de los perseguidores que una comisión que desembarcó, y cuando ya creía inútiles las pesquisas, tropezara precisamente con la huella de los atrevidos ladrones. Siguieron el rastro, encontraron huesos de ovejas, y después de pasar frente a un matorral bajo, con algunos arbustos, muy claros y esparcidos, perdieron la huella.

Continuaron, sin embargo su camino, seguros de dar más adelante con ellos, pero fue en vano que escudriñaran una gran zona de territorio.

»Ni indicio de indios se veía por allí. Volvieron a registrar, más atentamente si cabe, los alrededores, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces pensaron en el regreso. Cuando iban en camino de vuelta, observaron con sorpresa que la mancha de arbustos y matorral había desaparecido. Se acercaron al sitio donde debía estar, y en vez de árboles destrozados hallaron cenizas de fogones recientes, y huesos de carnero...

Los onas, sintiéndose perseguidos de cerca, habían tomado ramas y hojas, y se habían convertido en bosque viviente, engañando al destacamento gracias a la distancia; para que los marineros no pensaran en registrar los árboles, se habían diseminado, de tal modo que parecía imposible ocultarse allí...»

De éstos y análogos recursos se valen en la guerra, ruda y difícil, pues los dos beligerantes usan más o menos de las mismas tretas, y ni para unos ni para otros hay dificultades en el terreno, ni secretos en la selva inextricable para un blanco.

Hoy son los alacaluf los más guerreros entre los fueguinos, y conservan su antiguo carácter de ferocidad, su espíritu intensamente vengativo y sus métodos poco nobles de pelear. Sus procedimientos son, sin embargo, muy semejantes a los de los onas.

Los yaganes, que no usan flecha, eran en otro tiempo muy aficionados a los combates singulares, y rara vez se encontraba uno que no presentara grandes y numerosas cicatrices de heridas recibidas en esos duelos, que el uso inmoderado del alcohol que le daban los blancos, hacía más frecuentes aún.

La misma habilidad, igual astucia, resistencia análoga a la que desarrollan para la guerra, demuestran los onas para la caza. No se les escapa guanaco, nutria o zorro, y son admirables arqueros.

Librodot

Sírvense de un arco de metro y medio de largo, poco encorvado y muy duro, cuya cuerda fabrican con tripa de guanaco, unas veces trenzada, otras torcida como cabo. Mucha fuerza muscular se necesita para tender ese arco, que ellos arman sin esfuerzo aparente.

Con él disparan tres clases de flechas, que se distinguen por su tamaño: las pequeñas son para aves y zorros, las medianas para caza mayor y las más grandes para la guerra. El asta de estas flechas es de las ligeras ramas del calafate, perfectamente rectas; en uno de sus extremos lleva una punta muy aguda de hueso o de vidrio, pues los onas han abandonado la piedra por difícil de labrar; en el otro extremo le sujetan dos barbas de plumas, atadas con fibras de guanaco, lo mismo que la punta.

Estas flechas miden desde 45 hasta 75 centímetros de largo, y tienen una marca especial, conocida por toda la tribu, que consiste en el modo de atar las plumas o sujetar la punta.

Su destreza para manejar esta arma primitiva es tal, que a cien metros de distancia perforan cajas de fósforos, una tras otra, sin errar disparo.

Para la caza del guanaco reúnense dos o tres onas, y salen acompañados de sus perros que merecen -y tendrán- especial mención. Llegan al sitio escogido de antemano, tomando el sotavento para que los desconfiados animales, y sobre todo su centinela, no los olfateen. Venlos desde muy lejos, gracias a su extraordinario poder visual, e inmediatamente envuelve cada uno su perro en el quillango, que se quita de los hombros, quedando en el más duradero y sencillo de los trajes.

Arrastrándose, deslizándose, aprovechando para ocultarse todos los accidentes del terreno, con la cautela de un salvaje -es el caso de decirlo-, llegan a ponerse a tiro sin que lo sospeche el más avizor de los guanacos. Arman su arco y cada cual dispara sobre la pieza que ha elegido, y que hiere siempre. Rara vez cae al guanaco al primer flechazo; aun heridos de mauser, escapan vertiginosamente, de modo que los cazadores blancos prefieren el rémington que los destroza e imposibilita más.

Pero cuando han disparado, sueltan los onas a los perros, que se encargan del resto, alcanzan al animal, se le cuelgan del pescuezo, y se dejan arrastrar hasta extenuarlo del todo. Entonces llegan sus amos, que ultiman la víctima y se la llevan triunfantes.

No deja de tener interés el siguiente relato de cacería que me ha hecho Jorge Morgan, contramaestre de la subprefectura de San Juan del Salvamento, muy versado en las costumbres de los indios, con quienes ha vivido largo tiempo, y que me ha proporcionado muchos y muy curiosos informes.

«Estábamos en la subprefectura de Buen Suceso, donde generalmente carecíamos de carne, lo que hacía muy ruda nuestra vida. Un día, el encargado de la repartición me mandó a la Bahía Valentín, situada al sudoeste de la otra, para que con la ayuda de los indios que vivían allí, procurara matar uno o dos guanacos.

»Un indio tísico me servía de vaqueano.

»La distancia que media entre la bahía Buen Suceso y la de Valentín es, sobre el mapa, de cuatro o cinco millas, que lo accidentado del terreno triplica en la realidad. Sólo después de seis largas horas de marcha me encontré en el campamento de los onas, a quienes expuse el objeto de mi visita. No tuvieron inconveniente en ayudarme.

»A la mañana siguiente, en efecto, salí acompañado por cinco indios a caza de guanacos; cada cual llevaba su perro.

»En un principio caminamos hacia el interior de la bahía, pero después de dos horas de marcha a un paso que yo apenas podía seguir, cambiamos de rumbo, siguiendo hacia el

Librodot

oeste, en dirección a la bahía Aguirre. Tres horas más tarde llegamos a la hondonada por donde corre el río Aguirre, y que, como éste, va a desembocar al mar. Esa hondonada está cubierta de hermosa yerba; un arroyito de aguas amarillentas corre casi en el medio, y a ambos lados la limitan tupidos bosques de hayas.

»El indio Capelo, que era uno de los que me acompañaban, se detuvo de pronto.

»Había visto tres guanacos, 'un hombre y dos mujeres' decía.

»Los otros indios observaron un segundo, después de la rápida indicación de Capelo, vieron también la situación de los guanacos y se dividieron en dos partidas para atacarlos. En cuanto a mí, hubiera jurado que no había tales guanacos en toda la extensión de la hondonada.

»Me dejaron en el punto en que estaba, diciéndome que no sabía caminar en el monte y que iba a asustar y hacer huir a los animales. Me quedé, pues, observando a los cazadores y tratando de atisbar a los guanacos.

»Los onas se alejaron faldeando la colina, sin hacer crujir una rama, sin agitar una hoja.

»Sólo media hora más tarde vi uno de los guanacos que pastaba tranquilamente, a una distancia de milla y media más o menos de donde yo me encontraba. Al poco rato distinguí los otros dos. El macho levantaba de vez en cuando la cabeza, y olfateaba el viento, en cuya dirección pastaban los tres. Seguí atentamente sus movimientos, muy tranquilos, que los alejaban poco a poco de mí...

NIÑOS ONAS

»De pronto, y casi al mismo tiempo, vi que el macho y una de las hembras daban un salto enorme y emprendían velocísima carrera hacia donde yo estaba. La otra hembra escapaba en dirección opuesta. Pero en ese instante salían del bosque con violenta arremetida los cinco perros de los onas, que se abalanzaron a los animales heridos.

»Los indios, completamente desnudos, aparecieron tras de los perros, disparando flechas y corriendo casi a la par de los guanacos.

»El macho no alcanzó a correr quinientos metros. Un perro colgado del pescuezo y otro del hocico, lo habían postrado, y el pobre animal estaba en tierra a la merced de sus cazadores.

»La hembra, entretanto, seguía corriendo, hostigada por los otros tres perros que la habían alcanzado; sin duda estaba levemente herida, y hubiera conseguido escapar si uno de los perros no se le colgara también de la garganta.

»Los indios la seguían de cerca, menos uno que se había quedado a ultimar el macho. La hembra se hallaba ya a unos ochocientos metros de mi puesto, pero aunque tenía conmigo mi fusil, no pude hacer fuego por temor de matar algún indio o alguno de sus valientes perros.

»Emilio -uno de los onas- más veloz que sus compañeros, estaba a menor distancia del animal; sin dejar de correr armó el arco, disparó la flecha, y aquél cayó para no levantarse más.

»Todo esto había durado cinco minutos a lo sumo.

»Terminada así la partida, creí poder infringir la consigna de quedarme inmóvil en mi puesto, y acercarme a la hembra que yacía muerta a unos centenares de metros.

»Cuando estuve a su lado, vi que había recibido siete flechazos, dos atravesándole la garganta, dos en el vientre, dos en otras partes del cuerpo, y uno -probablemente el último, disparado por Emilio- en mitad del corazón.

»También el perro que se colgó del pescuezo había trabajado bien, cortándole la arteria yugular, por cuya herida se escapaban torrentes de sangre que uno de los indios recogió cuidadosamente en una vejiga.

»Acto continuo fui a ver el otro guanaco, que sólo tenía dos heridas de flecha: una detrás de la paleta derecha, la otra en el costillar, atravesándole el pulmón izquierdo. La punta de esta flecha se había roto después de atravesar al animal, chocando contra una costilla. El indio Ventura había hecho ambos blancos a cincuenta metros, tocando el pulmón al primer flechazo. Los perros habían destrozado completamente el pescuezo y el hocico del guanaco, y Ventura se quejaba de la poca sangre que podría recoger, pues la mayor parte había escapado por el cuello.

»En un abrir y cerrar de ojos los guanacos fueron desollados y cortados en trozos para poder transportarlos más fácilmente. Los cueros, atados y envueltos en ramas, se depositaron en la horqueta de un árbol, para recogerlos al día siguiente, pues la distancia era larga, hacíase tarde, y no era necesario volver con tanta carga.

»Pero los indios llevaban suficiente, pues no desperdiciaron nada, alzando, además de la carne, con las patas, las cabezas y las tripas de los guanacos. Sin embargo, marcharon como si tal cosa...

»Yo, en cambio, que sólo llevaba el rémington, apenas podía seguirlos y a cada paso me enterraba en los pantanos de turba. Una vez más mis compañeros tuvieron que ir en mi auxilio, y sacarme a fuerza de brazos, porque me había hundido casi hasta la cintura...

»Llegamos a los ranchos ya entrada la noche -yo naturalmente medio muerto de fatiga-, y los indios que se habían quedado y las mujeres del campamento, nos recibieron con grandes demostraciones de alegría.

»Entonces comenzaron los preparativos del festín.

»Reservose guanaco y medio para llevar a Buen Suceso; el resto quedaría para los indios.

»Púsose a asar un gran pedazo de carne, y Emilio y Ventura, después de limpiar unas tripas, las llenaron con la sangre que habían recogido, haciendo una especie de morcilla, sin condimento alguno, que pusieron a cocer lentamente al rescoldo.

»Asada la carne y la morcilla, todos participamos del banquete, tanto los que se habían quedado en el campamento como yo, simple espectador, y como los infatigables cazadores. Todo era júbilo en aquellas pobres chozas: cantaban las mujeres, contaban cuentos los hombres, relamíanse los perros, y yo era objeto de burlas por parte de los viejos, que me decían:

»-Cristiano no good. No sabe caminar.

»Probé la morcilla. No sé si sería el hambre, aunque más me inclino a creerlo, porque en todo el día no habíamos comido nada; pero el hecho es que me pareció deliciosa y comí cuanto pude, que no fue ni con mucho tanto como lo que tragaron los cazadores...

»A media noche los indios fueron retirándose uno tras otro para irse a descansar a sus caús, y yo, que me caía de sueño y de cansancio, juzgué conveniente imitarlos. Tuve que hacer de tripas corazón y acostarme cerca del fuego, entre la vieja ciega Wabulaya, y el viejo Filote, envolviéndome en un quillango que me prestó Coustén. A la mañana siguiente

Librodot

emprendí viaje de vuelta a Buen Suceso con el vaqueano y otro indio que nos ayudó a llevar la carne.»

Bien podría la imaginación haber forjado más emocionante aventura de caza; pero ésta, en su sencillez, da mejor el tono de lo que son esas expediciones, casi diarias para el indio y su perro.

Todos o casi todos los fueguinos tienen perro, un perro extraño que se parece al mismo tiempo al lobo y al zorro, delgado y ágil, de hocico puntiagudo y ojos vivos, cuyas orejas tiesas lo muestran en continua vigilancia.

Pueden verse ejemplares de estos curiosos y útiles animales, en nuestro Jardín Zoológico, donde no dejan nunca de llamar la atención de los concurrentes. Este perro es, según los naturalistas, el canis dingo de Australia, y según los indios la joya más preciada de su pequeño tesoro.

De esto último no cabe duda.

El can fueguino acompaña a su amo a todas partes y en todas las circunstancias: cuando viaja, cuando caza, cuando come, cuando duerme. Es su auxiliar, su compañero, su otro yo. Comparte sus amores y sus odios, y le ha tomado, en cierta medida, su carácter y sus costumbres.

El indio llora la muerte de su perro como lloraría la de su mujer.

Un viajero ha dicho que el perro era «la estufa ambulante del fueguino», a quien suministra calórico en los crudos días del invierno.

Exacto; pero el observador no es justo cuando añade que el inteligente animal sólo sirve para eso.

En efecto, el perro de Tierra del Fuego caza, según acabamos de ver, y si pertenece a los yaganes también pesca, si pescar es recoger mejillones, destrozarlos con los dientes y comérselos. Es carnívoro e ictiófago, como sus amos. Naturalmente, sólo el hambre y la falta de otros recursos han venido educándolos de padres a hijos para esa última clase de alimentación.

Es habilísimo en la persecución de guanacos, nutrias, zorros, pingüinos y aves en general, y no es raro verlos cazando por su propia cuenta, aunque su honradez llegue al extremo de entregar a su amo el fruto de su trabajo.

Los hay en estado de servidumbre, y en libertad. Los últimos vagan por la isla, casi convertidos en lobos, a que se parecen tanto.

Los primeros son criados en el wigwam desde cachorritos, con mimo extraordinario; en las mudanzas, y cuando son aún pequeños, suelen las mujeres aumentar con ellos su enorme carga, para que no se fatiguen y enfermen con el viaje. Desde temprano son adiestrados para la caza. A largas distancias descubren la presencia de las nutrias, que van a buscar a sus cuevas a orillas del agua, y que destrozan si caen al alcance de sus mandíbulas. En vano la Lutra felina apela a sus defensas -los dientes y las zarpas- contra el mortal enemigo; éste sabe cómo esquivar los golpes y las dentelladas, y cómo clavar los colmillos en el cuello de la nutria, hasta darle muerte o permitir la llegada del cazador, que se apresura a acudir para que la valiosa piel no desmerezca con los mordiscos del perro, que la rasgan y agujerean.

Para adiestrarlos, el indio les hace tragar por fuerza la hiel de la primera nutria que cazan, o chamusca las patas del animal, y calientes aún, casi abrasando, las restriega en el hocico del perro, no muy satisfecho de la operación; pero dice -y parece ser cierto- que de ese modo no olvidan jamás el olor de la nutria, que le toman un odio imperecedero, y que la

Librodot

descubren por lejos que esté. Corren entonces hasta alcanzarla, y si se ha metido en su cueva, comienzan a agrandar el agujero con las uñas, llorando y aullando desesperadamente hasta que los amos acuden a su llamamiento.

Es hermoso verlos en la tarea.

Un día que salimos en bote a recorrer la doble bahía de San Juan del Salvamento, en la Isla de los Estados, llevábamos entre los remeros al indio Sosa, que naturalmente se hacía acompañar por su Tontín, un perro cuyo aspecto prometía bien poco, a decir verdad. Era, sin embargo, un animal de valía.

Apenas dejamos el muelle y doblamos la punta que allí llaman el Cabito de Hornos, por sus remolinos y las violentas rachas que bajan de las altas rocas. Tontín puso las patas delanteras sobre la borda, y comenzó a olfatear el aire, con grandes y ruidosas aspiraciones; pero esta primera y preventiva inspección no debió darle resultados satisfactorios, porque en seguida se echó en el fondo del bote, a los pies de su amo, y allí permaneció sin moverse.

Cuando desembarcamos, saltó el perro a la playa de cantos rodados, y volviendo la cabeza a un lado y otro, olfateó de nuevo, para lanzarse en seguida como una flecha sobre un pingüín que a unos ochenta metros estaba oculto en la maleza. La dentellada al pescuezo, y la captura del ave, fue cuestión de un minuto. Sosa se apoderó de la pieza, viva aún, y Tontín continuó sus pesquisas con tal éxito que momentos después se apoderaba de otro avechucho, y hubiera continuado devastando la bahía, si, tornándose amenazador, el tiempo no nos obligara a regresar.

A la vuelta, en efecto, sorprendionos un fuerte chubasco de lluvia, acompañado por violentas rachas de viento helado. Sosa, en su banco, remaba con brío, cubierto con un capote de paño. Tontín, parado en medio del bote, recibía las salpicaduras del mar y el polvillo de la lluvia arrastrado por el viento. El amo lo llamó:

-«Vení, vení Tontín, acostate.»

Y tendiendo su capote, hizo echarse al perro sobre un extremo, lo tapó con el otro, y él siguió a cuerpo gentil, empapándose estoicamente.

Se ve en esto el cariño que tienen a sus animales, de los que no se separan sino contra su voluntad. Y este amor es natural, porque sin su perro el fueguino tendría muchas veces que sufrir hambre, o estar en continua vigilancia en tiempo de guerra.

Así, cuando un viajero, a bordo de un buque, desea poseer uno de esos extraordinarios perros ya adiestrado, no falta quien le enseñe a valerse de un medio injusto y cruel: momentos antes de zarpar, se llama a bordo a los tripulantes de alguna piragua, se les hace subir a la cubierta, se les entretiene, se acaricia al perro, que suele mostrar los dientes pero que se limita a esa manifestación de antipatía en presencia de su amo. Luego el can desaparece, encerrado en algún camarote, los indios son bruscamente arrojados del barco, en marcha ya, y quejas, protestas, lamentaciones y lágrimas, todo es en vano. El despojo se ha consumado, el hombre de la civilización tiene un título más al cariño y al respeto del indio, y la piragua va quedando atrás, más atrás, aunque sus palas batan desesperadamente las aguas mansas del canal... ¿Y qué mucho que se roben los perros del indio, cuando se les quitan sus hijos y sus mujeres?...

Pero no es raro que al dar los despojadores libertad al perro algunas millas más lejos, el noble animal salte la borda, gane la costa a nado, y corra por la orilla hasta perder el aliento, en busca de la canoa de su amo, que siempre encuentra, al fin, guiado por su instinto.

Librodot

Esta particularidad, esta fidelidad a toda prueba mejor dicho, da lugar a veces a una lucrativa especulación realizada por ciertos fueguinos poco escrupulosos. Donde las dan las toman, ¡qué diablos!

Uno de esos indios ladinos sube a bordo con su magnífico perro cuando el barco está por zarpar. Nunca falta algún aficionado que quiera comprárselo, y él lo vende gustoso, sin grande exigencia; recoge la galleta, el guachacay o el tabaco que le dan en cambio, vuelve a su canoa; y boga tranquilamente hacia la costa. El can, entretanto, hace fiestas a su nuevo dueño y lo sigue a todas partes, como si de pronto se hubiera encariñado con él. No hay que fiarse de apariencias... Cuando el barco echa a andar, y aprovechando el menor descuido, el perro se precipita al agua y va a reunirse con el indio, que lo espera, feliz con la ganancia tan fácilmente adquirida. Pero, ¿qué es esto sino una represalia provocada por los civilizados que lo privaban de su único amigo, de su activo ayudante, del inteligente instrumento de todas sus empresas?...

CHOZA FUEGUINA

El perro fueguino es, también, admirable por la flexibilidad de sus músculos; uno he visto que andaba como gato por la borda de un buque; todos trepan por las rocas con asombrosa agilidad, nadan rápidamente y sin fatiga, recorren largas distancias a la carrera, saltan como gimnastas, vigilan como cerberos y son feroces perseguidores de cuanto bicho vive en agua y tierra.

Indio, uno de los habitantes más simpáticos del presidio de San Juan del Salvamento, tenía la maldita costumbre de irse al faro de Punta Laserre, a perseguir los conejos a dentellada limpia; para entrar al recinto, saltaba un vallado bastante alto, y se precipitaba sobre los indefensos roedores, provocando una dispersión general y dejando el campo sembrado de cadáveres. Al «sálvese quien pueda», los conejos sobrevivientes ganaban el monte; pronto iban a quedar deshabitadas las madrigueras del peñón, y sin posible ewel los empleados del faro. Para impedir el acontecimiento de semejante desgracia, uno de los marineros engatusó al perro a fuerza de caricias, y cuando fue dueño de él, le ató a la cola una cacerola de hierro, y dándole un latigazo, lo hizo echar a correr en dirección al presidio. Indio huía con creciente velocidad, dejando atrás todos los obstáculos, y más incomodado al parecer por el ruido que por el peso de la cacerola. Cuando llegó al vallado, lo saltó limpio y todavía le sobró una vara... Ese perro es de una fuerza muscular inverosímil, y en cualquier circo tendría gran éxito como acróbata y hércules canino.

Son conocidas las hazañas de otro perro de esta raza que tenía en Buenos Aires uno de nuestros marinos. Desesperábase por perseguir a cuanto can civilizado veía. Cuando no podía precipitarse escalera abajo, se tiraba desde el balcón saltando la reja; aunque el piso fuera de respetable altura, caía sobre sus cuatro elásticas patas y corría a su congénere, a quien saludaba con los mejores tarascones de su repertorio.

Una vez se rompió una pata, pero la lección no le aprovechó, y en cuanto estuvo sano volvió a las andadas.

Para no perder los perros fueguinos que se traen ya grandes, muchas veces es necesario tenerlos enjaulados como fieras.

En fin, y para concluir: es seguro que los fueguinos, desde que los blancos invadieron su isla, dicen o piensan como el escritor francés:

-¡Cuánto más conozco a los hombres, más amo a los perros!

El ona tiene, pues, como medios de ganarse la vida, sus flechas y su perro. El yagán y el alacaluf poseen también, como pescadores que son, otros instrumentos de trabajo.

El último usa como el ona arco y flechas, y como el yagán lanza y arpón para pescar. Sus flechas son más cortas que las del ona, y no tan bien hechas; sólo se sirve de ellas para cazar aves a corta distancia.

Los arpones del yagán y el alacaluf son de hueso de foca, y los trabajan con cuidado, aguzándoles bien la punta, y alisando la superficie.

Los atan a un palo recto, de regulares dimensiones, por medio de delgadas tirillas de cuero fresco, que al secarse adhieren perfectamente el asta a la punta. Esos arpones suelen ser lisos, con una sola entalladura como en el primer dibujo, o recortados en forma de sierra, como en el siguiente:

Los primeros les sirven generalmente para pescar centollas, grandes y suculentos cangrejos que, gracias a la transparencia del agua, cuando está tranquila, pueden verse paseándose por el fondo. El indio las pincha en medio de la cáscara, con su arpón, y las sube a su canoa, donde suele asarlas y comerlas sin pérdida de tiempo. Los dentellados son más a propósito para la caza de la foca, y de peces de gran tamaño, que toma también con el doble arpón:

Para la fabricación de estos instrumentos, como también para otros usos -entre los cuales es notable el de afeitarse el vello, que tienen fueguinos y fueguinas-, se valen de un cuchillo especial, hecho con una valva afilada de marisco, a la que por lo común no ponen mango, pero que a veces lo tiene.

Estos cuchillos primitivos tienden a desaparecer por completo, sustituidos por los de arco de barril, de que ya hablé, más fáciles de hacer, más cortantes y más durables también.

Los yaganes pescan con línea y con red, además del arpón. Y al decir los yaganes, les atribuyo indebidamente funciones exclusivas de sus mujeres. A ellas, en efecto, incumbe esa tarea, como todas las más pesadas, pues el yagán no las trata con la delicadeza del ona, lo mismo que el alacaluf.

Las redes que usan son de mallas regulares como las europeas, y hechas de tiras delgadas de cuero. Los alacaluf las tienen semejantes.

En cuanto a la pesca con línea, la particularidad consiste en que no usan anzuelo. En el extremo de un «tiento» largo, o de una guía muy fina de cachiyuyo, hacen un nudo en que colocan la carnada, un pedazo de mejillón la primera vez. Echan la línea casi a flor de agua y luego silban de un modo peculiar, atrayendo a los peces que, en efecto, no tardan en acudir. Cuando alguno ha mordido el cebo, dan un rápido tirón circular, y el incauto pez, arrancado a su elemento, va a caer en la canoa o en la playa, según donde se haga la pesca.

Sin embargo, tengo noticia de que han solido usar una especie de anzuelo bastante ingenioso. Hacían una pequeña varilla de hueso, que ataban a la línea. En el centro de la varilla colocaban otra sobre un eje, que la permitía moverse hacia abajo, hasta igualar la punta de la primera, y hacia arriba hasta formar dos ángulos rectos con ella. Colocaban la

Librodot

carnada en las dos varillas cerradas y formando una sola; el pez las tragaba; al tirar, abríase la movible, que se enganchaba en sus fauces, y el pez se convertía en pescado.

Apenas obtenían algunas piezas, abandonaban la carnada de lapa o mejillón, para adoptar la de pescado, que cortaban con los dientes, y que da resultados mejores.

Y ya que observo esto, haré también notar que los fueguinos se valen de sus dientes como de un verdadero estuche de herramientas apropiadas para toda clase de usos... Hasta vidrio rompen con ellos, para preparar sus flechas...

Los yaganes hacen su canoa de corteza, que desprenden en primavera, cuando sube la savia, del tronco de grandes fagus, por medio de cuñas.

Sacada y seca la corteza, a la que desde un principio han dado la forma conveniente, en parte parecida a la de los cascos de un globo, cosen los diversos trozos entre sí, con barbas de ballena, armando definitivamente la piragua con tablas flexibles que encorvan de una borda a la otra, a modo de cuadernas, y que sirven al mismo tiempo de piso. Con troncos delgados, forman la regala, que corre de un extremo al otro de la canoa, y que cosen también a la corteza con barbas de ballena. Ahora bien, como la madera encorvada tendería naturalmente a tomar de nuevo la recta, abriendo la piragua, solidifican ésta con palos que la atraviesan de borda a borda, fuertemente sujetos a la regala, y cuyos extremos sobresalen de ella.

Estos extremos, toscamente redondeados, se esculpían antiguamente y representaban las deidades más veneradas por los dueños de la canoa, que los llamaban hamush. La piragua de los yaganes tiene dos proas y es poco estable fuera de las aguas tranquilas de los canales. Así, no es verdad que se aventuren a pasar el Estrecho de Lemaire para ir a la Isla de los Estados que, por otra parte, no presenta indicio alguno de que los salvajes la hayan visitado hasta ahora.

En la actualidad prefieren hacer sus canoas con tablas que obtienen fácilmente. Entonces afectan la forma de una batea, bastante tosca, y sin originalidad alguna. Más pintoresca y curiosa es la antigua, que he ensayado describir.

FUEGUINOS EN SU CANOA

Las mujeres yaganas dirigen esta primitiva embarcación, sentadas en el fondo, de manera que la borda está casi a la altura de la axila, y bogando con unas palas cortas. El marido, entretanto, se calienta al lado del fogón colocado en medio de la canoa, sobre un gran trozo de tierra cortado con yerba, una especie de adobe, que impide la propagación del fuego. En él asa mariscos y pescado que come cuando tiene gana.

Todo lo relativo al manejo de la embarcación está a cargo de las mujeres, que, cuando no la necesitan, la amarran generalmente a las matas de cachiyuyo cercanas a la costa, ganando ésta luego a nado. Los hombres no saben nadar; y en 1885 se ahogaron seis de ellos en Usuhaia, salvándose tres mujeres y un niño, que iban también en la canoa, el niño gracias al arrojo de la madre. Es muy extraño esto, pues el yagán pasa la mayor parte de su vida navegando por los canales.

Las canoas del alacaluf son mucho más marineras que las del yagán, y casi siempre están aparejadas con un velacho redondo. No son de corteza ni de tablas, como las del yagán, sino de grandes troncos ahuecados de haya.

Librodot

Usa pala larga, a guisa de remo, es muy diestro para dirigir su barquichuelo, que no carece de cierta estabilidad y anda grandes distancias con él. Pero tampoco se anima a atravesar el Lemaire, generalmente proceloso.

Tiene cerca de la costa chozas en que sólo habita durante la estación de la pesca y de la caza de la nutria, y que son en un todo semejantes a las de los otros fueguinos. Las que posee en el interior y que constituyen su verdadero domicilio, son difíciles de encontrar. Serán, seguramente, análogas.

Las mujeres onas, que no navegan, pescan desde la costa, o internándose en las aguas bajas, en que se sumergen hasta la cintura.

Cuando en las peñas de la orilla no hay mejillones grandes -este molusco tarda años en crecer, y los indios hacen de él un gran consumo- van a buscarlos en las restingas que avanzan en el mar, y no tienen inconveniente en bucear para arrancarlos del fondo.

Hay que observar que los onas, más previsores que los yaganes, sufren menos penurias por escasez de víveres. Han inventado, en efecto, un método para la conservación de la carne de guanaco.

Cuando la caza de este rumiante ha producido más de lo que se puede consumir sin que sobrevenga la descomposición, buscan un charco que se haya formado en un terreno de turba, y con agua abundante. En el fondo de ese charco cavan un hoyo suficientemente grande para que quepa en él toda la carne que se quiere conservar. Ésta se deposita en él y se cubre cuidadosamente con la turba extraída, que se aprieta para que quede sólida. Poco a poco el agua vuelve a adquirir su limpidez primera y nadie, al pasar junto al charco, adivinaría que es un depósito de víveres.

La carne dura así enterrada, y en relativamente buenas condiciones, hasta unos tres meses. Pero toma un sabor acre, ácido y terroso, que no disgusta a los indios, y que los civilizados soportarían muy bien en caso de hambre. La parte interior de la carne no tiene tantos defectos.

- XX -
Los fueguinos en la actualidad

Un trabajo del reverendo mister Thomas Bridges

La muerte acaba de sorprender en Buenos Aires, adonde lo habían traído asuntos particulares, a un hombre vinculado estrechamente a la historia de Tierra del Fuego, desde la primera tentativa fructuosa de incorporarla a la civilización.

Era un misionero anglicano, que desembarcó en la península de Usín en 1879, para no salir ya del suelo fueguino. Su labor, si no ha conseguido el principal objeto a que iba encaminado -reducir y civilizar a los indios-, dio, sin embargo, resultados muy apreciables de progreso, creando en aquellos parajes centros de recursos de que antes carecían, como la misión de Usín, frente a Usuhaia, el importante establecimiento de Haberton, etc.

Pero, además de esto, el reverendo mister Thomas Bridges se ha distinguido en el estudio de las lenguas fueguinas, especialmente la de los yaganes, determinando su

estructura, y compilando con extraordinaria paciencia un vocabulario yagán que contiene más de treinta mil voces con su correspondiente traducción inglesa.

Durante una visita que le hice en Haberton, tuve oportunidad de hablar con él sobre tan interesante asunto, y le manifesté mi extrañeza de que indios de costumbres completamente primitivas, con escasísimos instrumentos y rudimentarias ideas, poseyeran riqueza tal de palabras, que casi iguala a la del castellano.

-Imposible parece -dije- que encuentren suficientes objetos e ideas abstractas como indicarían sus treinta mil y tantos vocablos, si es que no tienen numerosos sinónimos para designar una misma cosa...

-No, amigo mío -contestó mister Bridges-. Eso depende de que han especializado cada verbo y cada sustantivo hasta la minuciosidad. Sus verbos son singulares, duales y plurales, con tres conjugaciones distintas. En los nombres, no sólo señalan un objeto o una persona, sino también el sitio que ocupa con respecto al que habla. Naturalmente, entonces, el número de sus palabras tiene que ser casi ilimitado.

-¿Y piensa usted publicar su vocabulario?

-Pienso en ello, pero no lo he resuelto aún. He hecho imprimir, sí, en Londres, varios evangelios en idioma yagán, que está reducido a la escritura por el sistema fonético de Ellis. Sí, amigo mío; es muy bueno para la predicación de las palabras de Dios.

-¿Ha hecho usted otros trabajos relativos al yagán, Reverendo?

-He redactado, amigo mío, la gramática, y hace algunos años di en la English Literary Society de Buenos Aires, una conferencia en que me ocupaba del idioma. Sí, amigo mío.

Tengo en mi poder la conferencia en cuestión, cuya parte lingüística es muy interesante. Será sin duda el documento más completo publicado hasta ahora sobre el idioma yagán. Me permitiré, pues, valerme de él en lo que sigue.

El yagán tiene, según mister Bridges, cuarenta y cinco sonidos o letras diferentes, de las que diez y seis son vocales.

Las palabras son tan numerosas como ya se ha dicho, y se multiplican aún por la composición.

Los nombres, pronombres y verbos tienen tres números: singular, dual y plural, cada uno de ellos completo en sus varios cambios de caso y tiempo, y en las formas interrogativa, afirmativa y negativa. Es muy rico en pronombres y verbos, y su pronunciación es suave; pero la gran variedad de sus sonidos hace imposible un método silábico de escritura.

Los yaganes, muy aficionados a la conversación, por su raro espíritu de sociabilidad, y que dedican a ella la mayor parte de su tiempo, dominan perfectamente su idioma, pero son incapaces de separar las palabras que forman una sentencia. Así, el único medio de aprenderlo, mientras no se conozca la gramática y el vocabulario de mister Bridges, será oírlo de boca de los indios, lo que reclamará años de paciencia y contracción.

Análogas dificultades presenta la lengua de los onas, que pocos blancos conocen, siquiera sea superficialmente.

Pero necesario es explicar algo más el espíritu particular del idioma yagán, y mister Bridges lo hace en la siguiente forma:

«Una de las grandes peculiaridades del yagán -dice- es que tiene un sistema o serie regular de verbos singulares y plurales, totalmente originales y distintos. Cada serie es perfecta y tiene sus tres números -singular, dual y plural- y sus modos y tiempos propios.

Librodot

Así, ata significa tomar o traer una cosa; atapay, tomar dos cosas; tumina, tomar varias cosas. Ejemplos:

Él lo tomó - Catud.

Él los tomó (dos objetos) - Catakipinda.

Él los tomó (varios) - Cataminude.

INDIOS ALACALUF

Lo mismo sucede con una extensa serie de verbos transitivos que, con sus innumerables compuestos, forman una parte muy importante, y única de la lengua.

Mas también hay otra serie de verbos igualmente importantes en su forma primera, pero que entran por mucho en gran número de verbos transitivos. Daré sólo dos o tres ejemplos. El verbo «ir a pie».

SingularCataca

DualCatacapai

PluralUtushu

Ejemplos de conjugación:

¿Dónde ha ido a pie? (una persona) - ¿Cutupai catacara?

¿Dónde han ido a pie? (dos) - ¿Cutupai catacarapai?

¿Dónde han ido a pie? (varias) - ¿Cutupai utushara?

Para el uso de estos verbos no hay necesidad de pronombres. Hay varios participios que, como los pronombres, tienen las inflexiones de número y de caso, y reemplazan a menudo a los pronombres.

En yagán no existe diferencia de género en ninguna clase de palabras.

La estructura de la lengua requiere palabras largas; pero, es muy sencilla y regular. Estas palabras largas tienen, por lo demás, un amplio significado. Ejemplos:

Cataguamush - Dice que lo hará.

Cawashtakgaiadagagupikinamashundeaca - Dicen (dos) que lo hicieron en tal tiempo.

En estas palabras el prefijo pronominal empieza el verbo, y la terminación de tiempo lo completa, formando así un solo verbo toda la frase.

El número de afijos y prefijos de los verbos es muy grande, y los cambios que el verbo sufre en el proceso de la inflexión son tan completos, que la palabra original acaba por perder su estructura y su sonido.

Así, ata, tomar, se convierte en ukrdu; y ura, llorar, en aune cusk, «él ha llorado».

Otros datos de la misma fuente: Tienen palabras para designar las estaciones. La correspondiente al otoño, hanitush, significa «hojas coloradas», porque en esa época enrojecen las del fagus.

Su nomenclatura geográfica es muy lógica, y tiene siempre una referencia al sitio. Por ejemplo:

Wulla, es el nombre que dan a la isla Navarino.

Wullaia (ata-bahia), es la bahía mayor de Navarino.

Wullaiashea es una isla importante de una ensenada de Navarino.

Wullaiyusha, a la costa de Navarino.

Wullalanuk o fin de Wulla, a la isla de Gable, situada al este de Navarino.

Otro ejemplo:

Onaisín o tierra de los onas, es la Tierra del Fuego.

Onashaga o canal de Ona, es el del Beagle.

Onagusha o costa de Ona, es la costa norte del canal.

Las islas de Wollaston se llaman Yashousín, o tierra de islas, y sus naturales yashcaiamalím, o sea isleños.

Otros nombres geográficos califican el lugar, como, por ejemplo, Roca Parada, Cerco Redondo, Raíz Colgada, Bahía Caliente, Aguas Amargas, etc.

Tienen también términos para designar todos los grados de parentesco, indicando la rama, y hasta para padrastro, madrastra, cuñado, cuñada, suegro, etc.

Sorprendía notablemente a mister Bridges, que la palabra yagán yamana signifique al mismo tiempo hombre, y vivo, vida, vivir. Esto, sin embargo, no es tan sorprendente. La idea, y justamente la más rudimentaria, de vida está tan ligada a la del ser humano, que esta manera de expresar ambas con un vocablo solo, parece muy natural en el ignorante salvaje, incapaz de atribuir mayor amplitud al concepto superior de la existencia.

Un informe curioso, y generalmente desconocido: Queda dicho que los onas del norte entienden el idioma de los tehuelches; los del sur tienen muchas palabras comunes con los del norte y se comprenden fácilmente; los yaganes pueden hablar de las cosas más comunes con los del sur; los alacaluf se hacen entender por los yaganes, y quizá también con los naturales de Chonos, formando así una cadena del nordeste al sur y al noroeste, creada evidentemente por las relaciones, y quizá también por orígenes comunes.

Un ona del sur, llamado Tataminick, aprendió en pocas semanas el yagán, y casi en seguida el alacaluf.

Los onas, según me comunica el contramaestre Morgan, manifiestan su espíritu poético no sólo en sus leyendas y en sus cuentos, sino también en el significado de muchas palabras, verbigracia: la estrella matutina tiene por nombre Gsaselp, que significa «el cantor de la mañana»; la vespertina Jartum «el adormidor», y Sirio, Gsasiulp, que quiere decir «la luz de los ojos»...

El fin de una raza

El fueguino se extingue con pasmosa rapidez. Asistimos a los últimos estertores de su agonía, comenzada desde que los primeros hombres blancos pusieron el pie en su isla.

Sin embargo, esos indios, y especialmente los onas, no merecen suerte tan cruel. Por su inteligencia, por sus condiciones de carácter, por su mansedumbre, eran acreedores a los beneficios de la civilización, y debió tratarse de conquistarlos poco a poco para ella. No ha sido así. ¡Qué! Se ha hecho todo lo contrario, y se les ha cazado como a fieras, en nombre de los más altos principios de la humanidad.

Dentro de pocos años, las dos razas que pueblan la Tierra del Fuego propiamente dicha, habrán desparecido casi sin dejar rastro de su paso por el mundo. ¿Por qué?

Las causas -ya que no las razones- de esta rápida extinción, son bastante complejas. Presentemos primero una general, para detenernos en seguida sobre las particulares.

Darwin, Quatrefages, de Rochas, Blaine, Garnier, y muchos otros antropólogos, han hecho notar que donde quiera que pasa el europeo, muere y desaparece el indígena, atacado por enemigos naturales y artificiales que tienden a desalojarlo, para que lo suplante otro más apto.

Fontpertuis, hablando de la extinción de los indios australianos, hace estas atinadas consideraciones:

«Sabido es, desde el punto de vista moral, lo que debe entenderse por la sustitución de razas superiores. La caza de los australianos, y el exterminio gradual de los pieles rojas, ha dado a esta expresión un sentido tan preciso como terrible...»

Tanto en Tierra del Fuego, como en la Pampa, como en las demás comarcas pobladas por salvajes, en efecto, las razas superiores han ocupado el puesto de las inferiores, destruyendo primero a éstas, como medio más expeditivo que la educación paulatina, para apartar obstáculos y no verse incomodadas en su desarrollo ulterior. Los indios del extremo austral de América no podían quedar exceptuados de esta ley general, y no lo han sido.

Los indios y los blancos son naturalmente enemigos. Los últimos, más fuertes, tienden a despojarlos de sus territorios, y subyugarlos para que trabajen en provecho suyo; los primeros se esfuerzan por mantener el dominio de su país, y por conservar su libertad absoluta. Para que los odios no estallen de una y de otra parte, sería necesario desplegar una habilidad blanda y suave, que es ridículo esperar de parte de los conquistadores, pioneers y aventureros que invaden las tierras nuevas, buscando facilidades de vida y enriquecimiento agotadas en los países civilizados, y decididos a conseguirlas por todos los medios. En teoría, los misioneros protestantes o católicos serían los indicados para desarrollar esa mansa e ideal clase de política, pero en la práctica ocurre otra cosa muy distinta, pues los catecúmenos tienen que someterse a una especie de sujeción, que se torna más dura cuando los misioneros se dedican -como lo hacen siempre- a las industrias y al comercio a que se presta el país. El Chaco misionero dio antiguamente un ejemplo de esto, como lo dan hoy las misiones de Río Grande, de la península de Usuhaia y de Dawson en el extremo austral de América, donde el indio cree hallar más bien una cárcel disfrazada y una vida penosa de trabajo, que las dulzuras del hogar en plena civilización.

FACSÍMILE DE UN DIBUJO YAGÁN

La lucha que forzosamente se traba entre el salvaje y el blanco, tiene que ser, forzosamente también, mortal para el primero, como está comprobado por los hechos en todas partes del mundo.

En cuanto a las causas particulares de la extinción de los fueguinos, son de diversos órdenes y pueden enumerarse así:

La persecución -que ya hemos indicado en tesis general- de que han sido objeto desde tiempo inmemorial por parte de los nuevos pobladores de su territorio.

Las enfermedades importadas, como, por ejemplo, la tuberculosis, que han hecho estragos entre ellos y que continúan su obra destructora.

La exportación de adultos y de niños, hecha antiguamente por los misioneros, y hoy día por los gobiernos, en la forma que se dirá más adelante.

Librodot

La escasez cada vez mayor de elementos de vida, que antes abundaban, y que el blanco ha hecho disminuir enormemente, persiguiendo sin tregua los animales silvestres.

El uso de alcoholes nocivos que le procuran la avidez de comerciantes sin escrúpulo.

El cambio de costumbres y método de alimentación, que no han podido evitar, pues deriva fatalmente de la influencia directa o indirecta de los extranjeros.

Y por último, su mismo espíritu batallador, que los arrastra a guerras en que se diezman entre sí.

Pueden examinarse rápidamente estas diversas causas parciales de desaparición, que trabajan de consuno en su obra destructora con éxito tal, que dentro de poco no quedará un fueguino en la isla.

En la primera colaboran desde un principio los exploradores, las autoridades, los hacendados. Estos últimos, sobre todo, se llevan la palma hoy, y son los que con más eficacia persiguen a los indios. Los exploradores han llegado en su celo científico, hasta fusilar a los fueguinos, para enriquecer los museos de Europa con sus esqueletos!...

Así, como suena... El mismo Popper, que no era muy blando de carácter, y que muchas veces disparó su rifle para alojar una bala en la órbita de un indio -especialmente en su primer viaje-, denunció el hecho en una conferencia pública, acusando también a un excursionista argentino.

Oigámoslo:

«Hace cinco años (1886) desembarcó un explorador en la bahía de San Sebastián, y comenzó su noble tarea atropellando mujeres y criaturas que condujo en seguida a Buenos Aires, heridos y sangrientos.

»Hace tres años (1888) un vapor embarca en la primera angostura del Estrecho de Magallanes a un grupo de seres humanos remachados a pesadas cadenas, como tigres de Bengala. Era toda una familia ona, que después fue exhibida en Europa, en los jardines zoológicos o de aclimatación.

»Hace pocos meses (1891) un grupo de hombres del que formaban parte los señores Willems y Russon, individuos que necesitaban vaqueano para recorrer las playas ya conocidas de Tierra del Fuego, asesinan ancianos indefensos, arrancan a las mujeres del lado de sus maridos, y satisfacen sus bestiales instintos ¡oh, sarcasmo! a nombre de la ciencia, mancillando vergonzosamente la misión que les confió el Ministro de bellas artes de una culta y elevada nación!!...»

¡Qué entrañable amor deben profesar los indios al blanco, después de estas calurosas manifestaciones! Sí, tanto que hoy apenas se ve un fueguino fuera de la misión, de Usuhaia y Haberton. El resto, el pobre resto, huye, se esconde, se sepulta en lo más espeso del bosque, en lo más inaccesible de las serranías del interior de la isla, sin atreverse a asomar, expuesto a las penurias del hambre, quizás a la muerte, que prefiere a la inevitable exterminación a que lo condena el civilizado; siquiera libre, tiene alguna probabilidad de escapar.

Las autoridades hacen, por otras razones especiosas, lo mismo que los exploradores. Tienen que hacerse respetar y obedecer. Olvidan que no han instruido previamente a sus súbditos, como olvidan que estamos en un país republicano, para seguir innatos instintos de autocracia. ¿No cumplen los indios un decreto, una disposición, una orden que quizá no conocen? ¡Pues fuego en ellos! que así aprenderán... desapareciendo... Esto es inicuo, pero ha sido y es así.

Librodot

En cuanto a los hacendados, quedan citadas las palabras de Eliseo Reclus. Básteme añadir que también en Punta Arenas hay estancieros que no pagan por la piel de la cabeza de los indios. ¡No, eso nunca! Se contentan simplemente con la oreja derecha, demostrando así que no son sordos a los dictados de la caridad cristiana. El precio también varía: pagan dos libras por pieza.

¿Qué puede resultar de esto sino un odio mortal, implacable? ¿No estaría dentro de la lógica de las represalias, que los fueguinos cazaran a su vez a los blancos? Pues, sin embargo, las manifestaciones de ese odio son relativamente pocas, y la venganza no se ejerce muy a menudo. Y si suceden, hay que repetir las palabras de Darwin hablando de los australianos que cometían «una terrible serie de robos, incendios y asesinatos», y decir con él, francamente: «Confieso que todos estos males y sus consecuencias han sido probablemente causados por la infame conducta de algunos de nuestros, compatriotas.»

En efecto, antes no eran hostiles a los blancos, y son innumerables los náufragos recogidos en sus playas, sobre todo por los onas (29). Nada tuvieron que temer de ellos los primeros que bajaron en la isla; sólo más tarde comenzaron a ser hostiles, y la historia no muy bien averiguada de la desastrosa expedición Gardiner inicia el período de sus inacabables luchas con el blanco, en que siempre llevó la peor parte. Pero los que intervinieron en aquellos luctuosos sucesos no fueron los onas, sino probablemente los yaganes, cuyo carácter es menos franco, abierto y generoso. Así parece demostrarlo el sitio en que ocurrió la catástrofe, que tendré oportunidad de relatar.

Los onas se han mostrado y se muestran todavía benévolos con los blancos, cuando no se los hostiga más de lo soportable. Pero es curioso que no distribuyan por igual sus amistosas intenciones. Demuestran, en efecto, marcada preferencia hacia los rubios, no hacen buenas migas con los morenos y se burlan estrepitosamente de los negros. Nuestros vecinos, que desde hace muchos años recorren aquellas tierras, no gozan de sus simpatías, sin duda porque, llegados antes a la caza del lobo, también antes los han hecho objeto de persecuciones y crueldades. Para los onas, todo hombre que lleva gorro de piel obscura es chileno...

Entretanto, llega tan lejos el desprecio de los blancos por ellos, que los consideran al igual de los animales silvestres de la isla.

Un lobero de Punta Arenas cuenta como gracia, a quien quiere oírlo, que cuando vuelve de sus excursiones no deja nunca de acercarse a la costa, para ver si hay indios. Si descubre algunos, se entretiene en hacerles fuego con su fusil, cargado de gruesas municiones para focas.

-¡Viera usted -exclama riendo- los gestos y los saltos que hacen cuando la munición les pica en alguna parte carnosa del cuerpo!...

Semejante cosa no se hace ni con las fieras.

Y, sin embargo, no me cansaré de repetirlo, no hay razón para perseguirlos de ese modo, y es cometer una verdadera iniquidad. Sin embargo, y para que no se crea en un propósito preconcebido de ocultación, voy a referirme a los datos que me suministraran el jefe y otros funcionarios de la policía de Usuhaia, respecto a la acción actual de los fueguinos.

Los onas -me dicen- destrozan los alambrados, roban las haciendas e incendian las poblaciones, asesinando siempre que les es posible a los que habitan en ellas. Matan también a los viajeros que transitan por el territorio.

Sus últimos crímenes -añaden- son los siguientes:

Librodot

Asesinato alevoso de dos mayordomos de la comisión de límites y de dos peones, cuyos cadáveres fueron descuartizados y quemados después. El móvil de este asesinato ha sido el robo de víveres.

Poco tiempo más tarde la misma tribu que cometió ese crimen asesinó al marinero Gallardo, de la subprefectura de Bahía Thetis.

Un mes después, dos marineros náufragos de la tripulación del Duchess of Albany, que estaban postrados por el hambre y el cansancio, viéronse asaltados por los indios, sin poder defenderse a causa de su debilidad, y fueron asesinados.

Dos marineros austríacos que atravesaban el territorio fueron asesinados también, al norte de Río Grande. Las armas que llevaban habían despertado la codicia de los indios.

Después de haber cometido un robo de hacienda, los onas mataron a los peones Williams y Traslaviña, que los perseguían, también al norte de Río grande (31).

En Febrero del corriente año, un oficial y un marinero del buque chileno Magallanes cayeron en manos de los indios, que los torturaron horriblemente durante dos días, al cabo de los cuales les cortaron las orejas, los ojos y la lengua, y no contentos con esto, los amputaron...

Las tribus conocidas -dicen por último los citados funcionarios- que cometen estos actos, son las que capitanean Caushel, Caien John, Canchecol, Sajiolpi, Felipe y Zacarías. Éstos, en su mayor parte, habitan al sur de Río Grande y tienen sus caús o chozas en lo más intrincado del bosque o en quebradas de difícil acceso. Es, pues, muy difícil perseguirlos. Además, la policía carece de elementos, especialmente para poder moverse con rapidez.

-Mejor -dirá alguno-. Si los tuviera ya hace tiempo que no habría onas, lo que sería doloroso, aunque no fuera más que por la etnología.

Pero hay que observar, sin pretender por eso atenuaciones, que los crímenes en cuestión no se han cometido en un breve espacio de tiempo, y que la instrucción de los sumarios tiene que ser deficiente por dificultades idiomáticas y aun de otros órdenes. En efecto, más adelante narraré un hecho de que fue víctima el mismo jefe de policía, y se verá en qué circunstancias operan los indios. En el fondo de todo esto, no hay sino una represalia, una vendetta, provocada por los desmanes de los blancos. Y no hay medio aparente de terminar de una vez. Si los indios vengan en los cristianos el ultraje o la matanza hechos entre los suyos, la autoridad los persigue, ellos se resisten y defienden, pero sus arcos no pueden competir con el mauser, y caen otros más. Nueva vendetta, y nuevo castigo... En tal forma esto no puede cesar sino con la completa extinción de los naturales, y en ese camino se va, con harta prisa...

Proclamando una amnistía general y procurándoles alimentos, de que hoy carecen, los indios se reducirían sin dificultad. Son bastante inteligentes para eso.

Y no se crea que proveyéndolos se haría un acto de excesiva generosidad. Sería sencillamente hacerles justicia y mostrarse equitativos. Esto casi no necesita demostración, pues es evidente que se les ha quitado la tierra de sus padres, y lo que es peor, que los nuevos pobladores les han ahuyentado las focas y diezmado los guanacos, dejándolos en la indigencia, y que luego los matan si se atreven a robar una oveja para comer.

Mucho fía el Gobierno en las misiones, pero éstas son simples factorías útiles sólo a los misioneros o sus sociedades. La misión salesiana de Río Grande, por ejemplo, no asila sino a unos cincuenta niños, que viven con sus familias en torno de las casas, en wigwams miserables, siguiendo sus usos y costumbres salvajes, y según me informa la policía de Usuhaia, los adultos de estas familias hacen incursiones por su cuenta o sirven de guía a sus

Librodot

tribus cuando van a dar algún malón, refugiándose luego en la misión, donde hoy mismo hay malhechores. Hace cuatro años que los salesianos están establecidos allí, y en todo ese tiempo no hay ejemplo de que hayan salido a parte alguna con el objeto de catequizar indios, como es su compromiso material y su deber moral... Si se cifra alguna esperanza en ese medio de civilizar a los salvajes fueguinos, ya se ve que ésta tiene que resultar fallida.

¿Cuántos indios caen al cabo del año, muertos en nombre de la civilización? Difícil es saberlo, pues se hace la vista gorda respecto de los particulares que se entretienen en ello, y la tribu de las víctimas huye generalmente a ocultarse en lo más áspero de la isla. Pero deben ser muchos, a juzgar por los pocos que quedan.

Sin embargo, este elemento de destrucción tiene un formidable auxiliar en las enfermedades importadas por los blancos, la tuberculosis, la sífilis, la viruela, el sarampión, la coqueluche...

La primera epidemia se presentó en 1860, haciendo tales estragos, que muchos lugares quedaron reducidos a la mitad de su población. Desde entonces, aquellos males no han descansado en su obra de exterminación. La tuberculosis, sobre todo, ataca a la mayor parte de los pocos que quedan, y concluirá con el resto.

Es curiosa esta importación de enfermedades, que ha ocupado la atención de los sabios.

Darwin, hablando del rápido decrecimiento de los indígenas australianos, dice que durante sus viajes, y con raras excepciones, sólo vio algunos chicuelos criados por ingleses, atribuyendo esta desaparición al uso de licores espirituosos, a las enfermedades europeas, que -hasta las más benignas, como el sarampión- hacen espantosos estragos entre los salvajes, y a la extinción gradual de los animales silvestres. Añade a esto consideraciones y observaciones que me parece conveniente transcribir.

«Dícese -agrega- que la vida errante del salvaje hace perecer una cantidad de niños en los primeros meses de existencia; y a medida que se hace más difícil procurarse alimentos, se hace también más necesario vagar mucho. Por consiguiente y sin que pueda atribuirse la mortalidad al hambre, la población decrece de una manera extremadamente repentina, comparada con lo que pasa en los países civilizados. En estos últimos, en efecto, el padre puede arruinarse la salud realizando trabajos superiores a sus fuerzas; pero al hacerlo, no perjudica en nada la salud de sus hijos.

»Además de estas causas evidentes de destrucción, ordinariamente parece hallarse en juego algún agente misterioso. Donde quiera que pise el europeo, la muerte acecha a los indígenas. Observemos por ejemplo ambas Américas, la Polinesia, el Cabo de Buena Esperanza y Australia: en todas partes se ve el mismo resultado. Pero no es el hombre blanco sólo quien desempeña este papel de destructor; los polinesios de extracción malaya, han llevado por delante, en ciertas partes del archipiélago de las Indias orientales, a los indígenas de piel más negra. Las variedades humanas parecen reaccionar unas sobre otras, como las diferentes especies de animales: el más fuerte destruye al más débil. No sin tristeza escuché a los magníficos indígenas de Nueva Zelanda, cuando me decían que estaban seguros de que sus hijos desaparecerían muy pronto de la superficie de la tierra. Todo el mundo ha oído hablar de la inexplicable diminución comenzada desde la época del viaje de Cook, de la población indígena, tan hermosa y tan sana de la isla de Taití; sin embargo, habría podido esperarse allá un aumento de población, porque el infanticidio, que en otro tiempo reinaba con tan extraordinaria intensidad, ha cesado casi por completo, las costumbres no son tan malas, y las guerras son mucho menos frecuentes.

Librodot

»El reverendo J. Williams sostiene en su interesante obra titulada Narrative of Missionary Enterprise, que allí donde se encuentran indígenas y europeos 'prodúcense invariablemente fiebres, disenterías, o algunas otras enfermedades que arrebatan gran cantidad de personas.' Y agrega:

'Hay un hecho cierto, que no se puede controvertir, y es que la mayor parte de las enfermedades que reinaron en las islas durante mi permanencia, fueron llevadas por los buques; lo que hace a este hecho más notable aún, es que no podía señalarse ninguna enfermedad entre la tripulación del barco que causaba esas terribles epidemias.' Esta afirmación no es tan extraordinaria como parecerá a primera vista; en efecto, podrían citarse varios casos de fiebres terribles que se han declarado sin que fueran atacadas las personas mismas que fueron su causa primera. A principios del reinado de Jorge III, cuatro agentes de policía fueron en busca de un preso que había estado mucho tiempo encerrado en un calabozo, para conducirlo ante un juez; aunque aquel hombre no estuviese enfermo, los cuatro agentes murieron en pocos días de una terrible fiebre pútrida; sin embargo, el contagio no se extendió a nadie más. Estos hechos parecerían indicar que los efluvios de cierta cantidad de hombres encerrados algún tiempo juntos se convierten en verdadero veneno para quienes los respiran, y que ese veneno es más virulento aún, si esos hombres pertenecen a diferentes razas. Por misteriosos que parezcan estos hechos, ¿son, al fin y al cabo, más sorprendentes que el muy conocido de que el cadáver de un hombre, momentos después de su muerte y cuando ha comenzado la putrefacción, engendre a veces principios tan deletéreos que un simple pinchazo con el instrumento que ha servido para disecarlo, sea causa segura de muerte?»...

Estas consideraciones pueden -sin ningún inconveniente- ser aplicadas a la extinción de las razas fueguinas, que obedece a idénticos motivos.

Abundando en la materia, el ilustre sabio añade en una nota:

«El capitán Beechey hace observar que los habitantes de la isla Pitcairn están firmemente convencidos de que después de la llegada de un buque serán atacados por afecciones cutáneas y otras enfermedades. El capitán Beechey las atribuye al cambio de alimentación durante la estadía del barco. El doctor Mac Culloch dice:

»'Afírmase que a la llegada de un extranjero (a San Kilda), todos los habitantes pescan un resfrío, para emplear la expresión vulgar.'»

El doctor Mac Culloch parece considerar esto como muy risible, aunque se lo hayan asegurado muchas veces. Sin embargo, añade que se ha informado entre los habitantes, quienes le han contestado la misma cosa. En el Viaje de Vancouver, se encuentra una afirmación semejante relativa a Otaití. El doctor Dieffenbach, en una nota que puso a su traducción de ese libro, dice que los habitantes de la isla Chatham, y los de varios puntos de Nueva Zelandia, tienen la misma convicción.

«Sería imposible que esa creencia se hubiera hecho casi universal en el hemisferio septentrional, en los antípodas y en el Pacífico, si no descansara sobre observaciones ciertas.

»Humboldt dice que las grandes epidemias de Panamá y el Callao, estallan siempre a la llegada de barcos que van de Chile, porque los habitantes de aquella región templada experimentan por primera vez los efectos de la zona tórrida.

»Puedo agregar que yo mismo he oído en el Shropshire, decir que los carneros importados por barcos, aunque se encontraran en perfecto estado de salud, son a menudo, si se les mezcla a algún rebaño, causa de enfermedades en éste.»

Librodot

Fontpertuis añade a estas causas de decrecimiento, otra que por lo menos es ingeniosa, y que no deja tampoco de tener su base seria. Es ésta la impresión de desaliento y tristeza que producen en razas naturalmente altivas, las empresas de los blancos, su número, su inteligencia, sus pasiones, etc. Recuerdo que Quatrefages la ha mencionado, pero sin detenerse a examinarla atentamente, como lo hizo Gratiolet. Cita luego ciertos hechos observados y referidos por un funcionario inglés. «Mister Malcolm Sproat -dice- tomaba posesión en 1860, en nombre de la Gran Bretaña, de la parte de las islas de Vancouver que ocupa el fondo del estrecho del Juca. En aquel rincón de tierra vivían algunas tribus salvajes pertenecientes a diversas familias que no hablaban la misma lengua, colocadas sin duda alguna en el último escalón de la humanidad, y a quienes mister Sproat designó con el nombre de Aths, porque el nombre de todas sus tribus contenía la sílaba ath. Los salvajes, por instinto no recibieron bien la llegada de los ingleses, y éstos los obligaron a refugiarse en el interior, lo cual aumentó su disgusto; pero como se reconocían más débiles, no dieron señal alguna de desagrado, y durante el primer invierno se llevaron bien con los europeos. Trabajaban para éstos a jornal, y con el dinero de sus salarios compraban vestidos, harina, arroz, papas, que se les vendían a bajo precio, por lo que se manifestaban contentos. Pero cuando llegó el segundo invierno, con sorpresa de mister Sproat, los salvajes demostraron disposiciones muy diferentes. Los jóvenes se habían entregado a la ginebra y al ron, los adultos y los ancianos huían de la presencia de los ingleses, se ocultaban en el fondo de sus grutas, parecía que alimentaran siniestros designios, y sus fisonomías expresaban la amenaza. Esta metamorfosis inquietó en un principio al representante inglés; pero no tardó en conocer su verdadera causa. La vista de los ingleses, de sus barcos, de sus máquinas, el sentimiento de su inferioridad, habían como embrutecido a aquella pobre gente, quitándole toda confianza en sí misma, todo respeto a su tradición y costumbres, aumentado todo esto con una epidemia que causó grandes estragos entre ellos. En vano mister Sproat había prohibido con el mayor rigor la venta de licores fuertes. Los aths morían por docenas, víctima del desaliento y de la estupidez que se apoderó de ellos desde su primer contacto con una raza mejor dotada que la suya.»

Estas causas de decrecimiento son comunes a todos los indios, pero se manifiestan en la Tierra del Fuego con mayor fuerza destructiva que en otras partes, aunque allí no se ha llegado -según tengo entendido- a cooperar a la obra de las enfermedades, como en la Australia, donde se envenenaba a los maoríes por medio de carne de carnero previamente rociada con estricnina...

No han contribuido poco a la casi completa extinción de los fueguinos, la acción quizá bien intencionada de los misioneros anglicanos que, arrancándolos de su vida y sus costumbres nómadas, los sometían sin transición a un régimen inadecuado, a una alimentación diametralmente opuesta a la suya, y a trabajos para los cuales no estaban hechos. También los pioneers del comercio han seguido esas huellas, proporcionándoles ropas ridículas en aquel clima, a cambio de sus abrigadas capas o quillangos de guanaco y de zorro. Con esto gana la civilización, comenzando por el civilizador...

Antiguamente, y antes de que la Argentina tomase definitiva posesión de Tierra del Fuego, se practicaba ya la exportación de indígenas. Los misioneros ingleses, so pretexto de educarlos, enviábanlos en gran número a su establecimiento de Keppel Island en las Malvinas.

Ahora el Gobierno comienza a hacerlo por su cuenta, y en el último viaje del transporte 1.º de Mayo, varias familias fueron llevadas al Chubut, donde sin duda perecerán sin

Librodot

sucesión, pues el indio se agosta, esteriliza y muere fuera del medio ambiente en que nació, como lo demuestra la mortalidad que en Buenos Aires ha extinguido casi a los que se trajeron y regalaron cuando la conquista del desierto. En cuanto a su esterilidad, está comprobada también, y el conde Strzelecki, hace constar que más de doscientos indios de Van Diemen, transportados a la isla Flinders, ¡sólo tuvieron catorce hijos en ocho años!, mientras que los que quedaban en libertad en su tierra, se multiplicaban de un modo notable...

De los alcoholes, factor poderosísimo de destrucción, no hay para qué hablar. Ellos solos -y sobre todo los que se expenden a los indios, por su pésima calidad- bastarían y sobrarían para extinguir la raza.

Afortunadamente para su conservación, los onas no beben; en cambio, los yaganes y los alacaluf se mueren por el guachacay y del guachacay...

Lejos están los fueguinos de merecer esa suerte, pues si carecen de iniciativa, no les falta inteligencia.

El ona hace gala de aprender rápidamente el castellano, mientras que su lengua queda casi inaccesible para el blanco. Además, se muestra apto para todas las tareas, como algunos yaganes, que cortan madera, asierran tablones, hacen trabajos de carpintería, aran y siembran, etc., etc.

El maestro de música de Usuhaia, que antes lo fue de la misión de Río Grande, y cuyo nombre siento no recordar, me ha asegurado que los indios aprenden fácilmente a tocar, y que especialmente las mujeres tienen notable embocadura para los instrumentos de cobre y madera. Tanto, que en pocos meses formará una banda muy aceptable, según él, que ha vivido largo tiempo entre los indios, lejos de poblado, entre ellos que tienen sus cantos, en que imitan los gorjeos de los pájaros, los rumores del viento, con cierto espíritu musical.

La música, aun rudimentaria, es una manifestación de cualidades intelectuales.

Pero esto no es todo. Hay entre ellos cabezas verdaderamente privilegiadas, como demuestra la siguiente anécdota que hace poco relató mister Bridges al señor José S. Álvarez, y que éste me ha comunicado galantemente, con algunos otros útiles informes. Habla el misionero:

-Tenía yo en Haberton un winchester que, aunque bueno, erraba fuego algunas veces. Mis hijos y yo lo desarmamos varias veces, hasta donde creíamos poder hacerlo sin peligro de no armarlo otra vez, pero no dimos nunca con el defecto. Solíamos prestar el arma a un indio ona, que salía a cazar con ella por los alrededores, la cuidaba mucho, y la devolvía a su regreso. Naturalmente, observó que la carabina no andaba como debiera, y fue a verme con la proposición de componerla. Yo estaba convencido de que no lograría su propósito, pero como un arma que puede no dar fuego, es más un peligro que una defensa, permití al indio que lo desarmara, simplemente por curiosidad, y para darme cuenta de sus alcances. Hice bien. El ona desarmó y examinó pieza por pieza completamente todo el mecanismo, sacó los resortes, con paciencia y delicadeza suma, y luego volvió a colocarlo todo en su sitio preciso, sin titubear ni confundirse. Pero no había descubierto el defecto, y descorazonado iba a renunciar a la compostura, cuando advirtió que uno de los dientes del disparador estaba gastado, causa, en efecto, de las fallas de la carabina. Tomó un pedazo de hierro y una lima... e hizo un disparador nuevo, que funcionaba perfectamente...

Y mister Bridges terminaba su relato diciendo:

-Yo creo que un hombre que hace eso, amigo mío, sin tener noción alguna de mecánica, es uno de los genios más grandes del mundo.

Librodot

- XXI -
La capital fueguina

El Villarino lanzó un silbido prolongado.

Sin embargo, en los alrededores no se veía población alguna, y el eco sólo, contestaba al llamamiento.

¡El eco de los canales! Músico excéntrico y ruidoso que se apodera de cualquier sonido, juega con él, lo desarrolla, lo refuerza, le hace variaciones, lo atenúa por fin, y va apagándolo poco a poco hasta que se confunde con el murmullo de las aguas, y muere. Hace pensar en Suiza, en los ventisqueros, en las avalanchas... Pero parece inofensivo. Aunque se hizo fuego sobre un glaciar con la ametralladora de proa, no se produjo desprendimiento alguno de nieve. Retumbaron los cañonazos largo rato, con ruido de batalla, pero la conmoción de la atmósfera no repercutió en la blanca vestidura de la montaña, provocando el alud. Todo quedó en su estado normal, después del estampido del cañón, y la salva interminable del eco.

La imaginación, pues, hacía que nos pudiéramos creer rodeados de barcos que silbaban saludándose.

-¿A quién saludamos? -pregunté.

-Es un anuncio de que llega el transporte.

-Anuncio... pero ¿a quién?

-A los de Lapataia, que están a la vuelta de esa punta. La entrada del puerto no se ve todavía, porque se inclina mucho, formando ángulo agudo con la costa.

-¿Pero vamos a fondear allí?

-No. Se avisa, para que preparen la madera que vendremos a cargar mañana: postes para el telégrafo patagónico.

-¡Ah! Entonces marchamos directamente a Usuhaia...

También los silbidos podrían haberse considerado como un saludo al territorio argentino, que volvíamos a ver después de muchos días. La línea divisoria pasa efectivamente casi al lado de la bahía de Lapataia.

-Directamente. Llegamos esta tarde, saldremos mañana a la madrugada y volveremos a buscar la correspondencia cuando hayamos terminado de cargar los postes. Luego... a la Isla de los Estados, y de allí, por el este de Tierra del Fuego, a Patagonia otra vez...

-¿De modo que dentro de dos o tres semanas podremos estar de vuelta en Buenos Aires?...

-Será... lo que tase un sastre.

-¿Sabe usted que en ese caso voy a verme en apuros para describir estos parajes?... Ni siquiera me he saturado en el ambiente, y me parece como que todo lo hubiera visto en sueños. La visión ha sido demasiado rápida para fijarse bien, y lo que conservo es como una fotografía movida... Si me quedara...

VISTA DE USHUAIA

-¿Dónde?

-En Usuhaia, en cualquier parte donde me procure el famoso «color local», haya gente que me informe, y cosas pintorescas al alcance de la vista. Para describir exactamente un medio, es necesario haber vivido en él; y hasta aquí casi no he vivido sino en el barco, asistiendo a lo demás como a un espectáculo rápido e incompleto. Sí, me quedaré...

-Pero, ¿dónde?- preguntó mi interlocutor.

-Quédese usted en la Isla de los Estados -interrumpió el capitán Demartini-; está autorizado para desembarcar allí, y en San Juan tiene todos los elementos que necesita: cosas que ver, gente conocedora de estas tierras, tranquilidad para trabajar, un medio original y extraño, aunque muy semejante a este... y un amigo que tratará de hacerle soportable el destierro...

-Muchas gracias... No estoy lejos de aceptar, pero lo pensaré... La disyuntiva está entre Usuhaia o San Juan del Salvamento, ya que después sólo queda regresar.

En el largo viaje se habían estrechado las relaciones, y se hablaba en común de los proyectos y las miras de cada uno: Funes preocupado con los palos del telégrafo; Demartini organizando en teoría la isla en que iba a mandar; De la Serna ocupándose de su faro; el doctor Pinchetti de sus futuros enfermos del presidio y la subprefectura, y yo de los cientos de líneas que ya era necesario comenzar a formar en orden de batalla.

Estábamos sobre cubierta admirando el paisaje, la luz suave, las cumbres doradas por el sol, el agua tranquila y de color de acero, el ambiente tibio, los hilos de plata de los chorrillos que caían de las alturas, el verde claro de los árboles reflejándose en las ensenadas como espejos.

De pronto un chorro que brotaba de en medio del canal nos llamó la atención.

-¡Una ballena a proa!

-¡Otra a babor!

-¡Dos a estribor!

En efecto, estábamos rodeados de ballenas, desgraciadamente muy alejadas de nosotros para poderlas ver de un modo distinto. El polvo de agua que lanzaban por los espiráculos, parecía tenues vapores blancos que brotaran del mar en ebullición. Apenas se diseñaba una parte de su obscuro lomo en la superficie del canal. Dos de ellas se levantaron de repente, sacando gran parte del cuerpo enorme sobre el agua.

-Juegan -dijo uno.

-Debe ser la época del celo -corrigió otro.

Había muchas en aquella parte del canal. Como no se las persigue -su caza está prohibida-, abundan allí, pues los canales constituyen para ellas un seguro refugio. Los yaganes, que tan aficionados son a su carne, no las cazan; cuando la mala suerte de alguna la hace varar en la costa, o cuando la marea echa a tierra algún cadáver, los indios se apresuran a descuartizarla y se llevan grandes pedazos, que comen con delicia aun cuando la carne esté más que faisandée.

Poco después nos hallábamos frente a Usuhaia, el antiguo asiento de la misión anglicana, hoy Capital de la Tierra del Fuego argentina.

De las altas montañas que la rodean, dominadas por el agudo pico del monte Olivia (33), descienden a la playa gruesos y copudos árboles. La bahía, tersa como un espejo, se

extiende en forma semicircular, avanzando sobre ella los dos muelles, uno de pasajeros y otro para la aguada, cuya armazón se refleja en el agua; como cerrándola, se extiende al sudoeste la península de Usín, en que se agrupan pintorescamente las casas de madera de la misión, el pequeño templo, los cercados de la huerta y para los rebaños. Enfrente Usuhaia rodea la casa de gobierno, con su puñado de establecimientos comerciales, su presidio, su aserradero, su fábrica de conservas, su iglesita, el chalet del gobernador, la escuela, ganando poco a poco las alturas, a medida que el bosque de hayas cae a los golpes del hacha. Los troncos cortados y muertos a pocos pies sobre el suelo, parecen amarillos basamentos de alguna inmensa columnata.

La tierra, en torno, está cubierta de verdor, y entre la yerba corren arroyos de agua cristalina, pura y sabrosa, uno de los cuales se ha aprovechado para el abastecimiento de los buques, llevando su curso hasta el extremo de un muelle, donde los botes pueden llenarse con toda facilidad. Algunos caminos, partiendo del pueblo, suben serpenteando por entre la selva hasta ganar las primeras alturas, y en sus márgenes crecen las gruesas hayas; el canelón o magnolia, o bark, que da florecitas blancas, transparentes como la tez de una mujer pálida y que no tienen perfume; los cipreses de hermoso ramaje; las elegantes fusquias de pródiga florescencia, mientras que la tierra se ve cubierta de una alfombra de violetas amarillas, sin perfume también, de musgos pajizos, de líquenes de todos los colores, de setas carnosas, de apio jugoso y perfumado, de fresas silvestres, de frambuesas negras, de calafate, de gramíneas de todas clases, que multiplican las tonalidades del verde, con variedad y armonía extraordinaria.

El aspecto de Usuhaia es triste, contribuyendo a ello los pedazos de troncos aún en pie que causan la impresión de las ruinas. Pero se ve que el pueblo adelanta, que el progreso se extiende hasta él, y que no tardará en desarrollarse, si nuevos factores se incorporan a su vida.

Gruesas y pesadas nubes negras bajaban lentamente de las sierras cuando fondeamos a algunos cables del muelle; no tardó en caer un chubasco, pero una racha limpió de pronto el cielo, mientras que sobre la península, casi junto a nosotros, un arco iris trazaba sus semicírculos de colores, y reflejándose en las aguas tranquilas, semejaba una circunferencia completa.

No bien habíamos fondeado, cuando se acercó al Villarino una canoa fueguina, manejada por dos mujeres y en cuya proa descansaban tranquilamente sus maridos. Llevaban mejillones y lapas que nos ofrecieron. Yo acepté, e iba a darles en cambio algunas moneditas de níquel, cuando un oficial de a bordo me detuvo.

-No les dé dinero -dijo-; unas cuantas galletas será mejor.

-¡Pero, bien pueden comprarlas con esto!

-Sí... alguna copa de veneno... O si quieren galletas, les darán una o dos esos tigres de tierra...

Y volviéndose a los yaganes:

-¿Galeta? -preguntó.

-Galeta yes -contestaron los indios mostrando los dientes en una sonrisa que les distendió la enorme boca.

-¿Por qué no los hace subir? -dije al oficial-. Quisiera hablar con ellos.

Subieron los hombres; las mujeres, bastante adiposas, pero no repelentes, se quedaron en la canoa, cerca de la escala, manteniéndola con suaves y lentos golpes de la pala corta, que manejaban con habilidad.

Librodot

Uno de los indios era ya viejo, y en el rostro arrugado, de color mate y terroso, aparecíanle algunos gruesos y diseminados pelos de barba gris. Brillábanle los ojillos bajo las cejas canosas, y sobre la frente y las sienes le caía la crinuda cabellera lacia. El otro, mucho más joven, se parecía a él. A bien que todos los yaganes se parecen, o nuestros ojos no ven las diferencias, como pasa con los japoneses, que a nuestra vista no tienen más que un solo modelo...

-¿Cuántos años tiene usted? -pregunté al viejo.

-¿What?

No hablan sino inglés; claro, la misión... Demartini les repitió la pregunta en esa lengua.

-Yes... -dijo el indio.

Sí, no era una respuesta. Se insistió, pero con igual resultado.

El viejo sonreía, brillábanle más los ojos, pero su única respuesta era el mismo yes.

No quieren contestar. Recelan de todo extranjero, y dudan cómo serían recibidas sus palabras. Para escapar por la tangente tienen el pretexto del idioma y lo aprovechan.

Se les dio galleta, volvieron contentos a su canoa, alejáronse del Villarino, y poco después desembarcaban en la costa de la península.

Entretanto había llegado el bote de la gobernación, llevando a su bordo varios vecinos de Usuhaia, el juez de paz Salvadores, el comerciante Luis Fique y otros, que nos invitaron a desembarcar.

Una visión inesperada en aquellas latitudes nos sorprendió a todos agradablemente: era un ligero bote, a cuyo timón iba una dama; otra se hallaba a su lado; manejaban los remos niñas vestidas de colores primaverales, y jovencitos que bogaban con vigor. El sol caprichoso brillaba en las aguas y animaba el cuadro, que parecía arrancado del Tigre para trasladarlo por encantamiento a aquellos solitarios parajes, animados y alegrados por su nota vibrante.

-¿Quiénes son esas damas?

-La señora de Godoy y la de Abdón Aróstegui, con sus hijos.

-¡Ah!

El misterio quedaba explicado, y de veras que la iniciativa de aquellas damas, en villegiatura en Tierra del Fuego, no ha de contribuir poco a los futuros veraneos en el canal del Beagle, en esa maravilla americana y argentina, que una vez puesta en moda tiene que hacer furor, como suele decirse en las crónicas sociales.

Pero era necesario desembarcar para conocer la capital fueguina, aprovechando las pocas horas que pasaríamos en sus aguas, tanto más, cuanto que, al regreso, el Villarino sólo se detendría para recoger la correspondencia. Bajamos a tierra, y al echar a andar por el muelle, lo primero que nos llamó la atención fue un poste rojo del correo. Más tarde íbamos a ver otro ejemplar en San Juan del Salvamento, y creo -aunque no estoy seguro- que hay otro en el mismo Cabo de Hornos, para uso de los náufragos... sólo que sus cartas no se recogen... Naturalmente que ni en Usuhaia ni en San Juan se utilizan; pero producen tan buen efecto...

En Casa de Gobierno estaba el comandante Godoy, que nos recibió con mucho agasajo, y después de un rato de conversación nos invitó a recorrer la capital, lo que no era muy difícil, pues ocupa un espacio todavía reducido, y no hay que detenerse mucho en la contemplación de sus bellezas arquitectónicas.

Librodot

Apenas echamos a andar, produjonos desagradable impresión la humedad del suelo, afortunadamente permeable, pero saturado de agua. En Usuhaia llueve casi todos los días, y a menudo varias veces, de modo que el piso no se seca nunca. Pero el barro no se adhiere a los pies, y si el calzado no se empapara, la incomodidad sería llevadera. Sin embargo, el hábito se hace, y la salud general de los blancos es tan buena allí, que Popper soñaba en el establecimiento de un sanatorium, sin duda teniendo en cuenta la presión atmosférica, cuya media es de 740.94, casi la misma que en la Côte-d'Or, un poco más baja que la de Santiago del Estero, mientras que su temperatura, en verano, no baja de 9 a 10 grados centígrados.

Nos encaminamos hacia el bosque, por senderos abiertos entre la yerba menuda y firme, pasando cerca de las casas de comercio, que a estilo de las que abundaban en otro tiempo en la provincia de Buenos Aires, tienen de todo, y especialmente bebidas. Un billar reunía en torno un grupo de personas. Las casas de madera, con techos de hierro de canaleta, parecían deshabitadas, y un silencio profundo reinaba en el pueblo, sólo interrumpido por las risas que partían de la sala de billar. Se experimentaba un sentimiento de soledad, aunque fuéramos seis o siete en animada conversación. Después de pasar el limpio arroyo, cuyas aguas llegan hasta la punta del muelle, y caen desde allí con salto continuo y rumoroso, comenzamos a subir una cuesta suave, un camino carretero que se interna en el bosque, bajo la sombra de las corpulentas hayas. A su lado, a la derecha, corre sobre pequeños cantos rodados el hilo de agua que baja rápido de las alturas, entre el marco de oro de los musgos y de esmeralda de las yerbas acuáticas, salpicado aquí y allá con magníficas flores blancas, aljabas rojo y violeta, espinos de fruta negra y redonda, tristes y agrios como malhumorados habitantes del bosque, proveedores, muy a pesar suyo, del azucarado postre de los indios.

A medida que subíamos, la selva se hacía más espesa y obscura; secos hachazos resonaban a lo lejos con golpe rudo, y los árboles parecían estremecerse al oírlos. Muchos con la apariencia de la vida estaban muertos en pie, corroído, carcomido, podrido el corazón por la humedad. Un pájaro trepador, especie de carpintero, les horada el tronco, cerca de la cepa, por donde penetra el agua que los mata (34). Otros, lozanos y orgullosos, llevaban sus ramas vigorosas, cubiertas de hojitas verdes, a mezclarlas con las rugosas y secas de los árboles muertos, prestándoles una apariencia de vida.

Ni una hoja se movía en la tranquilidad apacible de la atmósfera, y el sol, que se había despojado de su capa de nubes, sembraba el suelo de onzas de oro. De vez en cuando el grito de un pájaro vibraba en el aire, y a lo largo del camino, curioso y alegre, acompañábanos saltando el reyezuelo de plumaje obscuro, que nos miraba torciendo coquetamente el cuello. Un poco más lejos, oímos de pronto una confusa algarabía: eran loritos verde claro, que se habían posado en la copa de una haya, y discutían acaloradamente no sé qué proposición controvertible. Algún papamoscas de pico negro y copete escarlata, uno que otro gorrión alejado casualmente de la llanura, tordos, estorninos... Los pájaros moscas, las mariposas, volaban en torno de los árboles, cortando en sus giros la línea recta de las escasas abejas que andaban en busca de flores. Pero no se crea por esto que el bosque era un enjambre de seres vivientes y alados.

Por el contrario, parecía a primera vista despoblado, mudo como el bosque durmiente, y los mismos golpes del hacha, parecían su respiración jadeante, como si tuviera pesadilla.

Todavía podíamos contar con algunas horas de día, y continuamos internándonos en la selva, subiendo el declive bastante rápido del camino carretero, sobre una masa compacta de hojas en lenta descomposición. No andábamos sin trabajo, a causa de la presión

Librodot

barométrica y de la blandura del suelo, que cedía bajo nuestros pies, ya pisáramos en la capa de detritus vegetales, ya en los musgos amarillos y esponjosos enormes, redondeados como inmensos crisantemos. Algunos troncos, derribados por su propio peso, estaban cubiertos de parásitos, hongos y musgos, variadísimos, sobre todo éstos, que la industria aprovecha para formar selvas minúsculas, extraña vegetación, adorno en mesas y floreros de gusto más o menos discutible. Ni un reptil, ni un sapo, ni una rana se deslizaban o saltaban entre aquel vigoroso enzarzamiento de árboles, plantas y yerbas, de un aspecto verdaderamente tropical...

Nos sentamos los más cansados en un grueso tronco, mientras el Gobernador, el comandante Funes y el señor Fique, comerciante de Usuhaia, seguían adelante, examinando los árboles más desarrollados, que se encuentran en el corazón mismo del bosque. Por entre las ramas, y desde aquella altura veíamos las aguas tersas de la bahía, que el sol doraba a trechos con reflejos enceguecedores. De pronto palideció, para tomar en seguida el color del acero, mientras en las altas hojas comenzaban a redoblar las gotas de una lluvia tan repentina como importuna.

-¡Oh! Hay que acostumbrarse -dijo por vía de consuelo un empleado del presidio, que nos acompañaba-. Si hiciéramos caso de la lluvia, nunca podríamos salir.

-Lo que no significa que tengamos que soportar ésta -dijo uno de nosotros.

Emprendimos el viaje de regreso, dejando que los infatigables caminadores hicieran lo que más les acomodara, mientras nosotros buscábamos el reposo agradable de las casas. Por fortuna, el chubasco no era fuerte e iba a ser pasajero. En efecto, cuando salimos de la sombra de los árboles, el cielo se despejaba nuevamente y el sol aparecía otra vez.

Decidimos entonces aguardar a nuestros compañeros, que no tardaron mucho.

-¿Y, amigo, usted también se marcha mañana? -preguntó Godoy acercándose a mí.

-Sí, comandante; no puedo quedarme sin visitar Lapataia, de que me han hablado como de algo muy hermoso, y de darme cuenta de la importancia del aserradero.

-Pero entonces no va a ver a Usuhaia...

-¡Eh!, no tiene mucho que ver que digamos, y esta misma tarde puedo escudriñarla de extremo a extremo. Además, a la vuelta...

-No cuente con la vuelta. El Villarino no se detendrá sino momentos...

Pero no quería dejar de ir a Lapataia, y toda argumentación sería inútil. Por suerte, la galantería del gobernador iba a encontrar la manera de obviar dificultades, y de facilitarme una permanencia más larga en la capital fueguina...

-Bueno, usted se va. Pero, si yo le mando mañana la lancha a vapor, ¿se vendrá para ver esto más despacio?

-¿Por la tarde?

-Sí.

-De mil amores. Ésa sí que es una excelente proposición, pues de ese modo mataré dos pájaros de una pedrada: conoceré Lapataia, y esta ciudad que, según parece, tiene sus complicaciones... Pero -bromas aparte- vendré con gusto, para que usted me dé algunos informes sobre estos territorios.

Visitamos la pequeña iglesia en construcción, cuyas paredes exteriores son de hierro galvanizado, revestidas interiormente con otras de madera del país, como el piso, cuyas tablas proceden del aserradero que funciona en la cárcel de reincidentes. La iglesita tiene su campanario, pueden caber en ella unas doscientas personas, y no presenta mal aspecto.

Librodot

Al contrario... como que es el único monumento arquitectónico de la población. Pasamos, también, por el interior de la fábrica de conservas, de que me ocuparé después (o no), bebimos un vaso de cerveza con que nos obsequió don Luis Fique en El primer argentino, casa de comercio que fundó en 1884, cuando el hoy comodoro Laserre enarboló por primera vez el pabellón argentino en Usuhaia, y luego nos fuimos a la Casa Gobierno, a continuar allí las amenas pláticas del día.

IGLESIA DE USHUAIA

Roncaba la estufa atestada de carbón, en el despacho de Su Excelencia, porque desde que comenzó a caer la tarde, bajaba rápidamente el termómetro, y dos o tres, sentándonos en su derredor, nos pusimos a asar cuidadosamente los botines que chorreaban agua y cuyas suelas se habían esponjado como carbón húmedo.

-Lignito de Tierra del Fuego -dijo Godoy.

-¿De veras?

-Sí. Aquí tienen ustedes la muestra. Quema tan bien como el carbón de piedra... o casi. He mandado a la capital, para que los conocedores opinen sobre él.

-¿Y hay mucho?

-Mucho, sí. Se han encontrado varios yacimientos importantes, y cerca de las costas, lo que facilitará su explotación, si la calidad hace que valga la pena, como creo. ¿Quieren tomar un mate?...

Buenos Aires no quiere ya mate. Pero apenas se sale de su arrabal, apenas desaparecen las aceras de piedra y los faroles de gas, el mate recobra su imperio, vuelve a sus antiguos esplendores, reúne en amable intimidad a grandes y pequeños, nacionaliza y vincula a todos, y su sabor ligeramente amargo, su suave estimulación, anima las conversaciones, abre el apetito de pensar y de comer, aclara las ideas, dulcifica asperezas y antipatías, inclina a lo ingenuo y a lo bondadoso, y es el amable boute-entrain en las tertulias, y el amenísimo compañero en la soledad, que puebla como su hermano el cigarro. He encontrado en viaje muchos excursionistas extranjeros que, después de algunos visajes de repugnancia para con la bebida nacional, han ido modificando su primera impresión hasta convertirse en incansables materos. En viaje, el mate no es sólo un entretenimiento, es un verdadero ayudante -si se me permite-, tan poderoso como la coca para algunos organismos. Pues... queda dicho que empezó a circular el mate amargo, acogido con gusto por todos, y que la conversación se animó, acompañada por el ronquido de la estufa, y los silbidos de una que otra racha violenta que sacudía las paredes de tabla del palacio gubernativo. Y salieron a danzar... ¡los transportes!...

¡Pero, señor! O se han pasado la palabra todos los sudistas argentinos, o existe una razón vital de protesta. En Madryn... ¡los transportes! En Santa Cruz... ¡los transportes! En Gallegos... ¡los transportes! En Usuhaia... ¿Se oirá el mismo estribillo en San Juan del Salvamento?... ¿La gritería se convertirá en plebiscito?

Mercaderías tiradas... visitas de médico... cargas que nunca se embarcan... averías y perjuicios... comida imposible... prensas de gente en vez de camarotes... tardanza

desesperante o prisa vertiginosa, nunca el término medio... Las mismas quejas, casi con las mismas palabras...

-Pues si ustedes taladraran los oídos ejecutivo-nacionales como taladran los míos, seguro estoy de que no pasarían tres meses sin que tuvieran las mejores comunicaciones del universo e islas adyacentes...

¡Vaya! Yo también trataré de aburrir a Gobierno y pueblo con la repetición interminable de la misma cantilena. Pero, descuiden ustedes. Será completamente inútil.

Ya era de noche cuando nos despedimos del comandante Godoy, para volver al Villarino.

-Quédense ustedes a comer conmigo.

-Gracias. Estamos empapados.

-Ésa no es una razón... fueguina.

Pero nosotros no estábamos aclimatados todavía, y la humedad, que se nos infiltraba hasta las carnes, no era para ser soportada mucho tiempo más.

-¡A bordo, a bordo! Gracias de todos modos, gobernador.

-Le mando la lancha, ¿eh?

-Por la tarde, sí. Por eso he dejado hoy de ver algunas cosas que me interesan.

-Buen viaje, entonces.

Entramos en el chinchorro que nos aguardaba al extremo del muelle, y los marineros bogaron con brío hacia nuestra casa flotante.

A la madrugada siguiente, apenas el crepúsculo comenzó a dejar ver los objetos, cobrose el ancla, rodó la hélice, y el Villarino fue poco a poco desandando parte de lo andado, para fondear hora y media después en Lapataia, o sea Bahía de los Ladrones.

- XXII -
Dos días en Lapataia

Aquella mañana nos levantamos tarde casi todos los pasajeros, pues la tertulia de la noche anterior se había prolongado más que de costumbre, de modo que no vimos de nuevo el hermoso paisaje que presenta esa parte del Beagle. Pero cuando subimos a cubierta, no nos fue posible dejar de admirar la belleza de la bahía en que estábamos fondeados, una de las más seguras y más pintorescas que tenga la Tierra del Fuego, tan rica en panoramas. Ciérranla por todos lados altas y escarpadas montañas, dejando sólo una puerta de entrada, en cuyo umbral se ve la espuma de las olas que no lo transponen cuando el mar se agita y convulsiona fuera. Las aguas verde esmeralda de un ancho arroyo, casi un río, serpean rápidas entre rocas escuetas, y van a confundirse con las más obscuras de la bahía, en cuya superficie juguetean y pescan los patos a vapor, las avutardas, los gansos, los cormoranes, ofreciéndose a la escopeta del cazador, espiados por los buitres y los halcones, o por algún cóndor vagabundo que se ha dejado llevar hasta allí al capricho de sus infatigables alas, pronto a hacer presa de ellos si la ocasión se ofrece.

¡Qué acuarela! ¡Qué suavidad de tintas! ¡Qué armonía! La roca desnuda, rojiza, o parda, o blanquecina; la arena menuda y blanda de las playitas, el canto rodado de otras festoneadas por el cachiyuyo verdinegro, medio corrompido, que depositaron como una

Librodot

orla las mareas; la selva trepando hasta la altura; árboles con las raíces al aire, como garras, prendidas a la peña estéril, nudosas y fuertes, chupando por todos sus poros un alimento invisible; más allá un islote de piedra, sin vegetación, descubierto sólo en las aguas bajas, cubierto por la negra alfombra de los mejillones; otros escollos blanqueados por el guano de los shags; allá a la izquierda, sobre una playa teñida de verde, rodeada de montes casi a pico, la Primera Carbonera Argentina con su techo azulado, sobre altos pilotes de madera, sin paredes y... sin carbón. En nuestro país una carbonera nacional que tuviera carbón, sería una anomalía tan grande por lo menos como un ministerio de Hacienda con dinero en la caja... Y sobre todo esto, un cielo azul celeste pálido, surcado por una que otra nube blanca como un copo de algodón.

Eran las diez y media de la mañana. Habíamos llegado antes de las ocho, y aún no se mostraban los hombres del aserradero, invisible desde a bordo, pues se halla algunas cuadras río arriba, disimulado por islotes y peñascos altos o cubiertos de árboles. No sé qué había sucedido, el hecho es que hasta entonces no habían podido acudir, y que se les esperaba con impaciencia.

Por fin, de detrás de una peña salió un bote, conduciendo a varias personas que pronto estuvieron a bordo. Entre ellas estaba el señor Brusotti, administrador del aserradero, que pertenece a los señores A.

Zavalla y Compañía, que lo adquirieron de su fundador don Jacinto Ravié, actualmente cónsul argentino en Punta Arenas, y propietario de un nuevo aserradero frente a la península Gable.

El señor Brusotti, que se quedó a almorzar con nosotros a bordo, en la cámara del comandante Murúa, donde lo hacíamos éste, Méndez, Funes, Demartini, el doctor Luque y yo, nos invitó a visitar el establecimiento, que es, sin duda, de bastante importancia, y que está llamado a grandes desarrollos. Nos trasladamos a tierra, una hora más tarde, en la lancha a vapor del Villarino, por los estrechos pasos que se abre el río de ondas verde blanquecino en medio de las rocas. Presentose a nuestra vista un grupo de casas, galpones y depósitos, construídos con madera del obraje y hierro galvanizado. Era la habitación de la familia, la de los obreros y peones, los cobertizos para guardar y estacionar madera, y el departamento de las máquinas, de cuya chimenea salía un grueso penacho de humo negro.

Sierras circulares, sierras sin fin, sierras de carro, hacían a un tiempo, casi automáticamente y con pocos obreros, tablones, tablas, postes, varillas... Aquella actividad, aquel trabajo, en sitios al parecer desiertos, y a tantas leguas de distancia de los centros poblados, causaban una agradable sorpresa.

ISLA REDONDA (LA PATAIA)

La playa turbosa estaba sembrada de gruesos troncos de árbol, algunos de más de un metro de diámetro, que una yunta de bueyes arrastraba pesadamente uno por uno, subiendo la cuesta, para dejarlos junto al depósito. Los pacíficos animales obedecían a la palabra del peón que los manejaba látigo en mano, como un director de picadero, y sus gritos dominaban el fragor de las sierras al morder la madera haciendo volar amarillentas nubes de aserrín.

El corte de árboles se hace en varios puntos, río arriba, donde los obrajeros tienen también sus casas. La mayor parte de los troncos son conducidos al aserradero por el río, por el «camino que anda», atados unos a otros como balsas. Una esclusa, que cierra un gran remanso en el sitio en que dos rocas avanzadas forman una angostura, impide que los trenes de madera, o la mayor parte de ellos, salga al mar y se pierda en los canales. El obraje principal se halla en el centro del istmo que separa a Lapataia de la bahía Argentina. Hay allí un gran galpón para el personal, depósito de víveres, cocina, etcétera. Cuenta con doce obrajeros, cuatro carros especiales para el transporte de troncos gruesos, cuatro yuntas de bueyes, cuatro sierras de vuelo, etc., etc. Está unido al aserradero por un excelente camino de tres kilómetros de largo, hecho con troncos, piedra y ripio, que se cuida de mantener en buen estado para la facilidad del transporte, cuando se hace en carros.

La madera que se utiliza es, naturalmente, la del fagus, que allí llaman coigüe como en Chile. Interesarán los siguientes informes, recogidos de los propietarios del obraje, a propósito de esa madera, cuyo uso se hará más general cuando sea más conocida (35).

Su buena calidad y duración depende de que los árboles sean cortados en invierno, cuando se ha retirado la mayor parte de la savia. De otro modo, quedando muy húmeda, se pudre o se raja. El muelle de Punta Arenas, que se halla aún en buen estado, fue construido en 1860 con madera cortada en las condiciones antedichas.

Pero hay una dificultad para el corte de árboles en invierno, y es la gran diferencia de duración del día en las dos estaciones extremas. En el verano hay cerca de catorce horas de sol, sin contar los crepúsculos, y en ese tiempo se trabaja mucho y fácilmente, los caminos son mejores, los bueyes están gordos y el frío no acobarda a los obrajeros. En el invierno el día dura como unas siete horas, y las nevadas que obstruyen los caminos, el inevitable enflaquecimiento de los bueyes, y otras penurias inherentes a la estación, hacen que el rendimiento sea escaso y la madera tenga que venderse a más alto precio.

Mientras visitábamos el aserradero, el comandante Funes no estaba ocioso. Había ido a hacer un minucioso examen de los postes preparados para cargar el Villarino y destinados a la construcción del telégrafo patagónico. De este examen resultó un beneficio, pues logró troncos más gruesos que los contratados, y por consiguiente, de mayor duración, considerando las violencias de los vientos más fuertes en Patagonia.

Luego pasamos a la huerta, junto al río verde, sobre un terreno alto y plano, de pequeña extensión, en que crecen los nabos, las coles y otras plantas comestibles, al lado de las fragantes frutillas bermellón claro, que los visitantes devastamos en un abrir y cerrar de ojos, con anuencia del dueño y gran sentimiento de sus hijitos, al mismo tiempo hortelanos y consumidores.

Más lejos se alzan las colinas que van creciendo hasta convertirse en montañas boscosas, barrera limitadora del horizonte. Allá arriba hay un magnífico lago, visitado y poblado por patos y cisnes, y por bueyes y carneros vueltos al estado salvaje. Estos carneros, tienen tal abundancia de lana, que, siendo difíciles de atrapar en los sitios descubiertos, se enredan y traban en el bosque, presentando magnífico blanco al cazador.

Pero, aunque algunos hubieran bajado con escopeta, como el doctor Pinchetti, que de ella no se separaba jamás, y aunque no faltara quien se internase en busca de caza, nadie llegó al lago, de lo que se felicitarían mucho las aves, ni nadie descubrió ganado alzado, con lo que se perdonó la vida a los carneros.

A la tarde, mucho antes de que el sol se ocultara tras de las montañas, regresé a bordo, a esperar el vaporcito de la gobernación que debía ir a buscarme. Pero el mar estaba muy

Librodot

agitado afuera, comenzaban a caer frecuentes chubascos de lluvia pulverizada por el viento, y lo más probable sería que el patrón no se hubiera atrevido a salir con la frágil lancha. Así fue, en efecto, y mi prisa resultó inútil, no sirviendo sino para hacerme parecer más largas las horas, en medio del paisaje borrado por la lluvia y la neblina, que apenas dejaban ver el techo plomizo del depósito de carbón, cuya armazón desolada se alzaba a pocos metros del Villarino.

-Aquí ha estado el Bélgica -oí que decía una voz cerca de donde yo estaba.

Era uno de los empleados del aserradero, que hablaba con otro del transporte. Me acerqué a ellos, preguntando:

-¿El de la expedición al polo sur?

-Sí, señor, el mismo.

-¿Y con qué objeto vino?

-A hacer aguada. Parece que su viaje hasta aquí no ha sido muy próspero, y que la mala suerte persigue al barco. Apenas salió se le descompuso la máquina y tuvo que ir a Ostende. Desde allí hasta las aguas sudamericanas ha navegado muy lentamente. Luego la tripulación comenzó a comportarse tan mal, que el comandante tuvo que dejar en tierra algunos marineros en Magallanes. ¡Quién sabe cómo le irá después!... Ahora debe estar por las tierras de Graham por lo menos, y aun así, no ha hecho el trayecto con la rapidez necesaria. El invierno se viene encima.

-¿Qué tal barco es el Bélgica?

-Bastante sólido para ballenero. Soportará bien los témpanos aislados, pero no me parece muy propio para una invernada en los hielos.

Recordé entonces los terribles crujidos del Fram, que describe Nansen, cuando lo estrechaba con abrazo mortífero para cualquier otro buque, la nieve helada en torno suyo.

-¿Los oficiales hicieron observaciones? -pregunté.

-Sí, creo que sí... Sobre todo, tomaron muchas vistas fotográficas, con aparatos muy hermosos que habían traído. Todos gozaban de muy buena salud, declaraban que estas comarcas eran lindísimas, y se mostraron muy amables y corteses. Cuando llenaron sus aljibes, se fueron. ¡Quién sabe si los volveremos a ver!...

Mientras conversábamos en cubierta, soportando la llovizna helada, por no meternos en la cámara, triste y obscura, mis ojos se volvían instintiva e insistentemente hacia el galpón, en uno de cuyos rincones había un montoncito de hulla.

-Poco carbón tiene el depósito -dije.

-Sí -contestó uno de mis interlocutores-. Y así es desde hace mucho tiempo, de modo que la carbonera es un simple adorno.

Sin embargo, este abandono debe cesar cuanto antes. No tenemos sino dos depósitos de carbón en los mares del sur, el de Santa Cruz y el de la Lapataia, ambos desprovistos, y que no pueden prestar, por consiguiente, ayuda alguna a nuestra marina de guerra, ni a los barcos que por cualquier contingencia necesiten combustible para continuar su navegación.

Tener carboneras en esa forma es irrisorio, y mucho más pagándose, como paga el Gobierno, mensualidades por la custodia de la hulla ausente.

Por otra parte, la situación de Lapataia en mitad del canal del Beagle, no la hace muy a propósito para ese servicio; mejor sería cualquier punto austral de Patagonia, o la misma Isla de los Estados, más cercanos a los caminos seguidos generalmente. Se dirá que pueden improvisarse carboneras en un momento dado y sin gran pérdida de tiempo.

Librodot

Conforme. Pero siempre habría alguna pérdida, innecesaria, y causada sólo por la imprevisión.

Los últimos rezagados volvían de tierra.

Todo el día, y a pesar de la lluvia de la tarde, se había estado cargando postes para el telégrafo, bajo la vigilancia del comandante Funes, que los examinaba uno por uno en el embarcadero. Fue el último en regresar acompañado por el señor Brusotti, que iba con la buena intención de invitarnos a almorzar al día siguiente a su casa. Muy hospitalaria y obsequiosa con los viajeros la gente del sur, y muy prontos a aceptar invitaciones los viajeros australes, víctimas indefensas de la cocina de a bordo.

Demás está decir que al día siguiente todos los invitados acudíamos al lugar de la cita, provistos de un apetito que hizo honor a unos tallarines de mano maestra, y otros platos no menos respetables, acompañados de rabanitos, manteca de cabra, blanca como campo de nieve, champignons frescos y encurtidos de un sabor delicioso, y frutillas fragantes y qué sé yo... La señora de la casa se preocupaba de todos menos de ella misma, haciéndose acreedora a nuestro agradecimiento y aplauso.

Hacía tiempo que no comíamos tan bien, ni rodeados de tantas atenciones.

No se había interrumpido, entretanto, la carga de los postes, ni se tenía noticias de la aproximación de la lanchita a vapor de Usuhaia, cuya ausencia me había permitido asistir a aquel almuerzo famoso en los anales del viaje. Demartini y yo nos fuimos, pues, a vagar por el bosque, cuyo silencio admiraba y sobrecogía, y allí hubiéramos quedado el día entero, si la humedad que nos empapaba los pies no se hubiera entretenido, también, en helarnos las piernas hasta las rodillas.

Regresamos a bordo, y pasamos melancólicamente el resto de la tarde mirándonos las caras y preguntándonos hasta cuándo iba a durar nuestra inacción. Estábamos sin duda invadidos por la manía de la movilidad. Sólo nos distrajo la llegada de un bote que iba en busca del doctor Luque, con la noticia de que acababa de ocurrir un accidente en el aserradero. Una viga, al caer, había roto la pierna a un obrero que no tuvo tiempo de escapar al golpe. Sus dolores eran terribles, y urgía auxiliarle.

El médico, siempre pronto, siempre solicitado en todos los puertos a que arribaba, se embarcó inmediatamente para ir a la cabecera del herido, a quien hizo la primera cura, dejándolo algo calmado.

El Villarino tenía que permanecer día y medio o dos días más en Lapataia para completar su cargamento de postes. Habría tiempo, pues, para aburrirse, y eso consideraba yo entre mí, cuando un grito lanzado desde la popa vino a desvanecer mis temores:

-¡La lancha, la lancha!

En efecto, por el estrecho portillo que da acceso a la bahía, avanzaba con su penacho de humo hacia babor la lanchita esperada, pequeña a la vista como una cáscara de nuez.

La tarde caía entretanto, y poco tiempo después iba a ser noche cerrada. Cuando atracó la lanchita al Villarino, que parecía un gigante a su lado, el crepúsculo comenzaba, y el paisaje aparecía en una media luz tenue y difusa, que le comunicaba cierta dulce y triste poesía, un encanto misterioso, vago, opresor...

El patrón preguntó por mí.

-¡Presente!

-Me manda el señor gobernador, para que me ponga a sus órdenes.

-Muchas gracias. Pero supongo que no será prudente ni necesario salir hoy...

-Cuando usted guste.

Librodot

-Mañana temprano...

-Muy bien. ¿Quiere usted visitar la lancha?

No tenía gran cosa que ver: la máquina la ocupaba casi toda, no dejando a los lados sino un paso de veinticinco centímetros de ancho. A popa le habían hecho una camareta en que cabrían cuando mucho, y como sardinas en banasta, siete personas de mediano volumen.

-¿En cuánto tiempo llegaremos a Usuhaia?

-Si el tiempo es favorable, en menos de tres horas.

-Bueno. Mañana a las ocho, entonces.

-Perfectamente.

El patrón Romero era un hombre de unos cuarenta años, fuerte y bien repartido, de mirada resuelta y modales francos y algo bruscos. El resto de la tripulación se componía de un negro maquinista, un timonel, y un chiquillo -el Payaso- que hacía de foguista y era de los menores que Godoy llevó a Usuhaia.

Al día siguiente, muy de mañana, fueron a despertarme a mi camarote; salté de la cucheta, me vestí con rapidez realmente periodística, y diez minutos más tarde estaba en la lancha, después de haber tomado mi taza de café. ¡En marcha!

La atmósfera estaba clarísima, tibia y como perfumada. Todo parecía alegre, el mar, el cielo, las costas cubiertas de vegetación, las rocas sonrosadas por los reflejos de algunas nubes teñidas por el sol. A medida que avanzábamos, el panorama se decidía, se acentuaba, con más color, con líneas más enérgicas.

En la primera isla de la derecha, saliendo de Lapataia, y en la cumbre de un cerro bastante alto, veíase un palo colocado como una baliza.

Cuando nos acercamos salió a nuestro encuentro en un bote, el viejo Revello, guardián de las ovejas que allí tiene el patrón de la lancha a vapor; iba en busca de una bolsa de galleta, y al mismo tiempo a dar cuenta de lo que aquel palo significaba.

-¡Buen día, Revello! Aquí está la galleta; exclamó el patrón cuando atracó el bote. Y... ¿qué había en el palo?

-Un frasco en el suelo, al ladito, con unos papeles -contestó el viejo.

-¿Lo ha traído?

-Sí, aquí está.

Y le dio un frasco de vidrio blanco que en efecto contenía papeles, bastante deteriorados por la humedad. Eran dos tarjetas, la una escrita con lápiz, la otra con un nombre solo. La primera algo borrosa en partes, ilegible en otras, decía lo siguiente:

«Ile Ronde, 25 février 1896. -Mardi. -Fernand Lahille, doctor en medicina y ciencias naturales, encargado de la sección zoológica del Museo de La Plata, accompagné de son préparateur M. E. Beaufils, ont passé ici trois jours pour étudier la faune et la flore. Que ceux qui passeront ici reçoivent un cordial salut de leur devancier. Ils... de la grande baie (Lapataia)... au nord (Usuhaia) est le siège d'une mission anglaise, en même temps que le siège du gouvernement de la Terre de Féu. -F.

Lahille.»

Los puntos suspensivos ocupan el lugar de palabras borradas por completo; pero no por su falta se pierde el sentido de lo escrito: la estadía del doctor Lahille, estudiando la flora y la fauna, y su amistoso saludo, que yo retribuyo como el primero que lo ha recibido. La segunda tarjeta era del señor Beaufils.

Volvimos a ponerla en el frasco, tapándolo bien, y se lo entregamos a Revello.

Librodot

-Póngalo en el mismo sitio, pero a cubierto de la humedad -le recomendamos.

-Está bien. Adiós.

-Adiós.

Y la lanchita a vapor echó a andar, viró, y tomó nuevamente el camino de Usuhaia, dejando detrás el saludo del doctor Lahille, que ha de ser sin duda grato a otros que lo encuentren en aquel desierto.

En todas las ensenadas, en todas las playitas se veían gruesos troncos cortados, llevados hasta allí por la marea. Eran los que se desprendían de las balsas, y siguiendo el curso del río desembocaban en el mar. Los había en cantidad bastante grande, y parecían suficientes para cargar un buque regular; pero en su mayor parte debían hallarse ya en mal estado, y ser inservibles por su larga permanencia en el agua.

Cerca de nosotros y con gran ruido, pasó un pato a vapor, levantando espuma y dejando tras de sí una estela, como si fuese realmente una embarcación. Aunque la lanchita caminara bastante, el pato la dejó muy pronto atrás, y minutos más tarde se perdió en las sinuosidades de una costa lejana.

Ya he dicho que sus alas atrofiadas son demasiado cortas para permitirle el vuelo; en cambio, nada con increíble rapidez. Casi siempre nada en parejas, y no se separa nunca a más de tres millas de la costa, de modo que su presencia es siempre indicio de tierra próxima. Anida entre la yerba de la ribera, y pone cada año de cuatro a seis grandes huevos blancos. Su alimentación consiste en los pequeños caracoles y mejillones que viven en el cachiyuyo.

Es hermoso verlo navegar por las aguas tranquilas, envuelto en espuma, rápido y azorado como si huyera de un peligro, y su vista sorprende a cuantos se presenta por primera vez.

En el resto del viaje no encontramos cosa digna de mencionarse, si no es, en un fondo bajo de arena, visible por la transparencia del agua, que parecía de moiré verdoso por los reflejos del bosque cercano, un pululamiento de centollas, que vagaban sobre las negras e inmensas conchas de los mejillones, que habitan aquel refugio desde tiempo inmemorial, y pescados, y langostinos, toda una vida animal hormigueante que contrasta con la escasez de seres vivientes que se nota en tierra.

CASCADA DE RÍO GRANDE (USHUAIA)

A veces teníamos que acortar la marcha de la lanchita, y detener la hélice, dejándonos llevar por el impulso recibido y la marea bajante, al pasar por entre inmensas matas de cachiyuyo, cuyas hojas más altas erguidas sobre la superficie del mar se movían lentas a un lado y otro, acariciadas por la brisa. Tomábamos el camino más corto para llegar a Usuhaia, aprovechando los pasos inaccesibles para los buques de algún calado, pero fáciles y seguros para nuestra embarcación.

-¡Oh! Todavía tenemos que dar muchos rodeos para llegar a Usuhaia -me dijo Romero-. Sin embargo, antes debió poderse ganar mucho terreno.

-¿Cómo? -pregunté.

-¿No ve usted entre aquellas dos colinas un espacio llano, poco ancho y muy bajo, que apenas está cubierto por el pasto y se levanta tan poco sobre el nivel del agua, que también se ve detrás?

-Sí.

-Pues esa especie de istmo ha debido ser hasta no hace mucho un canal que nos hubiera ahorrado una tercera parte del camino. Está compuesto de arena, y la capa de turba y humus es insignificante.

Este fenómeno se ve muy a menudo en Tierra del Fuego y en la Isla de los Estados. Los desprendimientos de la roca, y las arenas que arrastra la marea, van colmando poco a poco muchas bahías y hasta canales de escasa profundidad, de modo que tiempo más tarde -léase siglos- no será ya exacta la pintoresca definición que de estas tierras hacía Darwin, diciendo que eran un país montañoso cuyos valles estaban suplantados por canales y bahías.

Pasamos cerca de una costa arenosa, tras de la cual se levantaban suavemente algunas colinas.

-Allí hay manantiales de agua mineral -dijo Romero, señalándola.

-¿De qué clase?

-No sé. No se ha analizado todavía.

-Vamos a verla.

-Ahora no es posible. La lancha no llega hasta donde es fácil desembarcar, y la chalanita no soportaría su peso, ni el mío.

En efecto, la chalana era una batea ascendida por favoritismo al rango de bote, que iba amarrada a la popa de la lancha. Embarcarse en ella era condenarse a un baño seguro, pues apenas soportaría al Payaso, que no levantaba vara y media del suelo. Cífranse grandes esperanzas en estas fuentes, aunque no se conozca aún la naturaleza de sus aguas, algunas de ellas fuertemente purgantes, como se ha experimentado por casualidad, y otras de efectos menos visibles, pero apreciables sin embargo, en molestias gástricas. Creo que ya se han enviado muestras a químicos de Buenos Aires, encargados de analizarlas.

La baja marea había dejado en seco parte de las rocas en los angostos canales que cruzábamos; estaban materialmente cubiertas de mejillones de todos tamaños, adheridos a la piedra y como ofreciéndose a nuestro apetito, aguzado por el aire vivo de la mañana, hermosa y serena como un día de otoño en los alrededores de nuestra ciudad. El sol había aparecido ya sobre las empinadas crestas de las montañas del este, y las nubes se amontonaban alrededor de los picos, dejando libre el resto del cielo, de un azul purísimo.

Nos acercábamos a Usuhaia.

De pronto apareció el conjunto de casas de la misión, envuelto en una atmósfera dorada, leve bruma que el sol teñía con sus rayos más cariñosos, y que se reflejaban con cambiantes opalinos en el agua de la bahía, azul también, y tersa como inmenso espejo de acero. Usuhaia se presentó en seguida, retratada como la misión -con la torrecita de su iglesia, los muelles y las embarcaciones, los chalets y las casas, de cuyas chimeneas se escapaban ligeros humos, pronto desvanecidos-, en el lago inmóvil, duplicación del cielo.

Lentamente avanzamos hacia el muelle, al que comenzaron a acudir personas que me aguardaban extrañadas por la tardanza de la lancha que había salido en mi busca veinticuatro horas antes.

Librodot

- XXIII -
Nuestras avanzadas del sur

El primer cuidado de mis huéspedes fue conducirme a la habitación que se me había preparado en la Casa de Gobierno, y en que, además de una excelente cama, tenía cuanto era necesario para reparar el desorden que en traje y persona había producido el viaje en la minúscula embarcación, que la chimenea se encargaba de llenar de hollín pulverizado, impagable para convertirnos en máscaras. No tardó en reunírseme el comandante Godoy, que me expuso alegremente el programa del día.

-Primero, y esto es importante, a almorzar; usted debe traer apetito con el madrugón y el fresco de la mañana. Después, tomaremos la lancha y nos iremos a ver la cascada del Olivia, que es muy hermosa. Hoy es domingo, y hay ejercicios religiosos en la misión. Llegaremos a tiempo, y usted verá un espectáculo interesante. Luego, a la vuelta, visitaremos un poco más detenidamente la capital, esperando que llegue la hora de comer, y por la noche... haremos lo que usted quiera.

-¿Qué le parecería un reportaje sobre sus dominios, Gobernador?

-¡Hombre! Le daré cuanto informe desee, y más también. Si quiere que empecemos...

-Un momento. Acabo de arreglarme, tomo el lápiz y la cartera y comienzo a preguntar.

Pero en ese instante nos anunciaron que el almuerzo estaba en la mesa, y pasamos sin más tramitación al chalet contiguo a la Casa de Gobierno, una casa de madera llena de luz, cómoda y bastante amplia, en cuyo recinto las infaltables chimeneas conservaban la atmósfera a una temperatura casi estival.

Las señoras de Godoy y de Aróstegui, las niñas que días antes viera paseando en bote y manejando el remo, rodeaban la mesa, en el comedor, cuyas inmensas ventanas lo hacían parecer una habitación de cristal adornada con los brillantes paisajes de la Naturaleza misma: la bahía, las colinas de la misión, las costas pintorescas, los árboles del bosque...

Estaba también allí el señor Ravié, que acababa de ser nombrado cónsul argentino en Punta Arenas, adonde iba a trasladarse poco después. Él y el juez de paz, señor Salvadores, debían acompañarnos en nuestra excursión de aquel día.

Almorzamos con apetito, en forma a que ya me iba desacostumbrando a bordo, y que me hizo recordar la vida bonaerense, y emprendimos viaje al muelle, donde ya nos aguardaba la lancha. Debíamos reunirnos más tarde a las damas, en la península de la misión.

El trayecto hasta el sitio en que se halla la cascada es corto, pero mientras lo recorríamos, descargaron dos chubascos, que nos hicieron temer que se aguara del todo el paseo. Afortunadamente, el cielo se despejó en seguida, mostrándose aún más radioso que antes.

Desembarcamos en una playa de cantos rodados, a cuyo borde comienza la selva en que se han hecho algunos desmontes; aquí y allá veíanse grandes pilas de troncos cortados, prontos para embarcar. Seguimos un buen trecho por la costa, internándonos más tarde por un camino cubierto de árboles, que sube con rápido declive, trazando anchas curvas; luego lo abandonamos para seguir una vereda tortuosa que la yerba iba borrando, y que serpenteaba por colinas cada vez más altas. Por fin, un rumor confuso, como el fragor de las hojas fuertemente agitadas por el viento, nos anunció la proximidad de la cascada de ese

Librodot

río Grande, que no hay que confundir con el otro que, corriendo hacia el centro de la Tierra del Fuego, va a desembocar en el Atlántico entre el cabo Domingo y el cabo Peñas.

El río, de agua clara y rápida, cae allí desde una altura bastante grande, corre vertiginosamente por un espacio llano y curvo sembrado de rocas, y salta otra vez entre espumarajos. El doble salto, aunque pequeño, es interesante por lo pintoresco, rodeado como está de árboles corpulentos y de ancha copa, y de rocas desnudas, que avanzan sobre él. Las aguas, después de su primer caída, corren tumultuosas, extraviadas por los surcos que en ellas abrieron las piedras y que no se han cerrado a causa de la velocidad que llevan; infinitas burbujas suben y revientan en su superficie, sembrándolas en puntos que parecen luminosos, y no es raro ver que arranquen y arrebaten pedazos de turba cubierta de vegetación, que desmenuzan y hacen desaparecer inmediatamente revueltos en sus ondas, para depositarlos luego en la barra cada vez más ancha del río.

Sentados en un peñasco, pasamos largo rato contemplando el agreste y hermoso paisaje. Estábamos fatigados, más por la rarefacción de la atmósfera que por lo penoso del camino, y el mismo Godoy, que ya debería estar aclimatado, sin embargo, respiraba fuerte, como yo, para llenar de aire los pulmones. Bebimos de aquella agua, tan pura y cristalina en la copa, como turbulenta y opaca en su carrera vertiginosa; era riquísima, helada, y casi juraría que flores invisibles la habían perfumado y dado sabor. No debía ser esto una ilusión simplemente, porque recuerdo que Godoy me dijo:

-¿Qué le parecería tener este salto en Buenos Aires, para vender el agua por botellas? En un verano se haría una fortuna...

Las corrientes de agua de Tierra del Fuego son en general amarillentas, saturadas de turba y de otras materias en suspensión, que si no las hacen desagradables del todo, no incitan a beberlas tampoco. No son dañosas, sin duda a causa del clima, que no permite su rápida descomposición, pero sé que todas las muestras que se han enviado a Buenos Aires para su análisis, han llegado completamente descompuestas, pues no han podido soportar temperaturas más altas que la de la isla.

Pero pasaban las horas, y a las tres y media debía comenzar el oficio divino en la misión.

-¿Vamos andando?

-Vamos.

Por fortuna, el regreso era más fácil, pues sólo teníamos que bajar todo lo que habíamos subido, y pronto nos encontramos a bordo de la lancha, que comenzó inmediatamente a redoblar con los émbolos, navegando con rumbo a la península.

-¿Sabe usted en lo que voy pensando? En que todavía no he visto un solo caballo en Usuhaia.

-¿Caballos aquí? ¿Para qué? ¿Para andar por el bosque o trepar por las montañas de piedra? Serían inútiles. ¿Para recorrer la costa? Mejor es el bote, que puede ir en línea más recta de un punto a otro. Los caballos sólo sirven en la parte este y en la norte. Además, con la humedad de este suelo sufrirían mucho de los cascos, hasta que pasadas algunas generaciones, los productos nacidos aquí estuvieran naturalmente aclimatados.

-¿Según eso, también el ganado vacuno sufrirá en estos parajes?

-También, pero no tanto. Fíjese en los bueyes de la Gobernación, que no están mal. Sin embargo, tienen el engorde de verano; en invierno enflaquecen mucho. Y además, hay que considerar que ésos están cuidados con esmero que no podría tenerse con un número crecido de animales. Pero hay otros puntos mucho más apropiados para la cría de ganado

Librodot

vacuno, sobre el mismo canal de Beagle, por ejemplo Haberton, donde mister Bridges tiene hacienda flor, de que nosotros mismos nos aprovisionamos, y que adquieren casi todos los barcos que pasan por aquí.

-¿Mister Bridges, el antiguo misionero de Usuhaia?

-Sí. Ahora está instalado en la península de Gable, donde el Gobierno le ha concedido una vasta extensión de tierra.

-¿Y la misión, a cargo de quién está?

-Del antiguo catequista, el reverendo mister Lawrence, que dentro de un rato podrá conocer.

Arribamos a la península, cuyas costas bajan rápidamente hacia el mar, terminando en una playa suave, que cubren las grandes mareas. Un camino ancho y muy bien conservado sube a la colina, en que se alzan el templo y los edificios de la misión, el pequeño chalet rodeado de flores y plantas de adorno de mister Lawrence y su familia, las casas de los indios, las dependencias, etc.

Fuimos directamente al templo, donde ya estaba reunida una concurrencia por lo menos curiosa por lo abigarrada. Las señoras de Godoy, de Aróstegui, de Lawrence, otras damas de la misión, algunos ingleses, el primer maquinista del Villarino, casado con una de las hijas del pastor y que estaba allí con licencia, nosotros, y detrás indios, indias e indiecillos, vestidos a la europea con un desaliño y una extravagancia verdaderamente fueguinos.

El reverendo Lawrence ocupó la cátedra, y comenzó la lectura, en inglés, del evangelio del día. Por las enormes ventanas entraba una luz tranquila y amable; en las paredes brillaban grandes carteles con paisajes de colores vivos e inscripciones morales y religiosas, en inglés. Los fieles estaban sentados en bancos de madera, frente a los cuales había un reclinatorio.

Concluido el evangelio, comenzaron los cánticos, en coro, tomando también parte en ellos algunos indios e indias, con bastante ajuste y siguiendo sin dificultad los acordes del armónium que los acompañaba.

Entre esos cánticos hízose notar uno en lengua yagana, cuyas dos primeras estrofas decían así:

Jesus jai a cush-gai-at-a
nnu jai ai-aw-la
Baible, endaige a va wun
Le cuyah-ge-gay-at-a.

Ye-ca-ci-yu-al-am-iim
ci chin-ah-cin-aamush
Ci-yu-al-a mai-aw-ana
Cunyin mush a-bi-la.

Luego un sermón, una oración en yagán y en castellano por la prosperidad de las autoridades de nuestro país, etc., etc., y los oficios divinos concluyeron.

En la puerta se reunió con nosotros el reverendo Lawrence, que nos invitó con mucha galantería a tomar una taza de té.

Librodot

La salita, llena de libros, paisajes, fotografías, publicaciones ilustradas, muebles confortables, daba la ilusión de que nos halláramos en las proximidades de Buenos Aires, en una de las mansiones inglesas de Lomas o Temperley, y no en plena Tierra del Fuego y rodeados por todas partes de desierto. Mientras mistress Lawrence y sus hijas se ocupaban de preparar el té y las excelentes tostadas con manteca del día, el reverendo me dio a conocer brevemente la historia de la misión, en que no falta la nota dramática.

Un ex-oficial de la marina real inglesa, el capitán Allen Gardiner, salió de Liverpool el 7 de Septiembre de 1850, a bordo de la Ocean Queen.

Iba enviado por la South American Missionary Society, con el objeto de que fundara una misión en las costas más australes de la América del Sur, para catequizar a los indígenas, y lo acompañaban un misionero, un médico y cuatro ayudantes.

Después de una larga navegación en que se sufrieron serios contratiempos, Gardiner y sus compañeros desembarcaron dos meses más tarde en Banner Cove, puerto de la isla Picton.

El Ocean Queen les dejó provisiones para seis meses, dos balleneras y dos botes pequeños para su movilidad, armas y municiones, etc., etc.

Los intrépidos misioneros quedaron solos en aquel país desconocido y entonces inhospitalario, pero llenos de la noble resolución de llevar a cabo la tarea emprendida.

La isla Picton, que se encuentra en el extremo este del Beagle, entre Haberton y Sloggett, no ofrecía recursos para la subsistencia. Los yaganes, por otra parte, hostilizaban a los misioneros que habían ido a establecerse en su territorio. Las provisiones comenzaban a escasear, las esperanzas de recibir ayuda de Inglaterra se hacían más problemáticas, y la situación iba presentándose insostenible.

En este trance, Allen Gardiner resolvió abandonar la isla, para ir a establecerse con sus compañeros en lugares más hospitalarios.

Tomó sus barquichuelos, embarcó en ellos los pocos víveres que le quedaban, y pocos meses después de su arribo a Banner Cove, salía de allí para ir a buscar la muerte en Bahía Aguirre.

Dirigiose Allen Gardiner, en efecto, a dicha bahía, que se halla a unas treinta millas al este de Picton, en la angosta punta que Tierra del Fuego avanza sobre el Atlántico. Desembarcó allí, en un sitio que le pareció conveniente, pero luego resolvió dirigirse al Puerto de los Españoles, situado en la misma bahía.

Por si llegaba algún buque de Inglaterra en su socorro y llevándole provisiones -desgraciadamente se habían agotado ya cuantas tenían-, dejó sobre una piedra la siguiente inscripción:

Dig below
Go to Spaniard
Harbour.
March, 1851.

«Cave usted abajo. Voy al Puerto de los Españoles. Marzo de 1851.»

Librodot

Al pie de la piedra enterró con las precauciones del caso, para que se conservara, un papel conteniendo este angustioso llamado:

«Si usted marcha por la playa, milla y media, nos encontrará en el otro bote amarrado en la boca del río, en el extremo de la bahía, lado sur. No tarde, porque nos estamos muriendo de hambre.»

Desgraciadamente este pedido desgarrador de auxilio iba a escucharse demasiado tarde.

La muerte más horrible aguardaba a los infortunados y valerosos misioneros...

El buque Dido, de la escuadra inglesa, que iba a llevarles provisiones, llegó al escenario de aquel drama el 6 de enero de 1852, muchos meses después de la catástrofe...

Guiados por la inscripción y por el rumbo que señalaba el papel enterrado, los tripulantes de la Dido fueron en busca de los cadáveres, pues no otra cosa esperaban encontrar.

Lo primero que encontraron en el Puerto de los Españoles fue los cuerpos insepultos del capitán Allen Gardiner y del misionero Maidment.

Más lejos, en la boca del río, estaban los cuerpos del médico Williams y del pescador John Pearce...

El hambre había dado trágico fin a la primera tentativa de civilizar a los fueguinos...

Mister Lawrence interrumpió su relato para que hiciéramos los honores al perfumado té que nos ofrecía su señora, acompañado de las crujientes tostadas, y de fresquísima leche de vaca. Luego continuó:

Pero este primero y doloroso fracaso no entibió el celo de la South American Missionary Society. Por el contrario, la memoria de Gardiner parecía incitarla a perseverar, como lo hizo.

En efecto, en 1853 mandó construir una goleta de cien toneladas, propia para la navegación de las costas del sur, y la bautizó con el nombre del intrépido y abnegado capitán.

La Allen Gardiner, bajo el comando del capitán W. Parker Snow, y conduciendo a su bordo al misionero Garland Phillips y al cirujano Ellis, zarpó para Tierra del Fuego en 1854, con el mismo propósito que llevaran sus predecesores.

Pero no llegó hasta la isla, sino que se detuvo en las Malvinas, donde se fundó una misión.

La pequeña colonia se compuso de los ya nombrados y de los reverendos G. P. Despard, John Furniss Ogle y Allen Gardiner, único hijo de la víctima de Bahía Aguirre.

Aunque establecidos en las Malvinas, no abandonaron la idea de catequizar a los fueguinos, y con el objeto de trabar poco a poco relaciones con ellos, suavizar asperezas y enemistades y aprender su idioma, expedicionaron con mucha frecuencia al canal del Beagle, deteniéndose en el Puerto de los Españoles, en la isla Picton, en Usuhaia, Wualaia, etc. Algunos vivieron algún tiempo con los indios, para progresar más en el conocimiento de la lengua, que pronto supieron porque una casualidad feliz los puso en contacto con Jemmy Button, el famoso fueguino inmortalizado por Darwin en su Viaje de un naturalista, que Fitz-Roy llevó a Inglaterra y en su segunda expedición devolvió a sus lares. Jemmy los guió en el aprendizaje del yagán, y merced a su ayuda, en breve tiempo pudieron explicarse.

Era ya hora, pues, de intentar la segunda fundación de la colonia misionera de Tierra del Fuego, como en efecto se hizo.

Librodot

El 1.º de Noviembre de 1859, ocho años después del trágico fin de Gardiner, la goleta de la misión, procedente de las Malvinas, fondeaba en Wualaia, donde iba a desarrollarse un nuevo y sangriento drama.

Los indígenas hicieron en un principio demostraciones de amistad y trataron bien a los misioneros, que permanecían, sin embargo, a bordo.

Pasaron así algunos días, y la confianza empezó a nacer. Cinco más tarde, todos, menos el cocinero de la goleta, se trasladaron a tierra.

Eran ocho personas: el capitán de la Allen Gardiner, un misionero, dos pilotos y los cuatro marineros que componían la dotación del buque.

Descuidados estaban, cuando de pronto los atacaron traidoramente los indios.

No se dio cuartel. Los ocho perecieron asesinados.

Sólo se salvó el cocinero, que por su suerte se había quedado a bordo, y que luego pudo contar los detalles del suceso...

Segunda vez habían quedado burlados tan nobles esfuerzos, y segunda vez la muerte había esterilizado la semilla de la misión.

Pocos años después, en 1862, se insistió de nuevo, pero esta vez para triunfar de todas las dificultades.

La South American Missionary Society nombró en aquella época «superintendente de la misión anglicana de Tierra del Fuego», al reverendo mister Wasti H. Stirling, que debía residir en las Malvinas.

Sterling se estableció en ellas con su esposa y sus hijos, y después de muchos trabajos preliminares en el asiento futuro de la misión, logró contar con la benevolencia de los indígenas, familiarizados ya con los ingleses y convencidos de que nada tenían que temer de ellos.

Construyó entonces una casita de madera en la península de Usuhaia, y un año más tarde el misionero mister Thomas Bridges y el catequista John Lawrence ensancharon la pequeña colonia, levantando una casa más espaciosa que la primera, una iglesita-escuela, un asilo para huérfanos, y los ranchos necesarios para las familias indígenas que buenamente se habían reducido.

Llevaron al mismo tiempo algún ganado vacuno y ovino de las Malvinas, que -ya aclimatado allí- soportó bien las inclemencias de Tierra del Fuego.

Más tarde, en 1885, aumentó la misión con la presencia de la señora Hemmings, enviada de Inglaterra como partera y directora del asilo de huérfanos, a bordo de otro buque, el Allen Gardiner II, que ha prestado grandes servicios a los misioneros. En 1887 llegó también el reverendo doctor E. C. Aspinall, médico y misionero, que se estableció en Usuhaia.

La pequeña colonia cuenta hoy con una iglesia, una escuela, una casa espaciosa ocupada por el reverendo Lawrence y su familia, otra para los huérfanos, siete para las familias indígenas, una herrería, una carpintería, dos depósitos de víveres, pesebres, etc., para animales.

Estos edificios están rodeados por varias hectáreas de tierra labrada, limitadas por un cerco de estacones y divididas en jardines, huertas, corrales y patios.

Darwin, que no creía en que pudiera lograrse ese resultado y manifestaba su lástima por la suerte de los misioneros, admirado por el éxito conseguido, se hizo uno de los sostenedores pecuniarios de la misión, cuyo triunfo aplaudía calurosamente.

Librodot

Cerca del modesto templo se ve, severo y triste, el cementerio en que descansan los restos de los primeros civilizadores de Tierra del Fuego.

Nada llama la atención en él, nada turba tampoco la tranquilidad de los que allí duermen, después de terminada la tarea.

La misión posee hoy, además de sus edificios, 12 caballos, 180 animales vacunos, 50 cabras y unas 300 ovejas, sin contar las vacas y cabras que en pequeño número tienen los indios.

El reverendo mister Thomas Bridges se retiró de la misión diez años hará, para ir a poblar la península de Gable, a 35 millas de Usuhaia, en que el Gobierno argentino le había concedido una vasta extensión de tierra, convertida hoy en magnífica estancia, cuyos productos son famosos en el sur. Se sabe ya la inesperada muerte de mister Bridges, ocurrida hace poco en Buenos Aires.

Esta concesión última será sin duda la que ha hecho que el Gobierno nacional quite a la misión la península de Usuhaia para darla en arrendamiento a los señores A. Zavalla y Compañía. No estoy bien enterado del asunto, pero conozco varias solicitudes y notas elevadas por mister Lawrence al ministro del Interior, una de las cuales, fechada en 1897, dice entre otras cosas:

«No escapará a la ilustrada penetración del señor ministro, toda la razón y derecho que me asiste para tener la primacía (en cuanto a la posesión de la península), máxime cuando ya a mediados de 1892 me presenté al superior Gobierno solicitando lo que hoy vuelvo a pedir, y máxime también cuando los señores A. Zavalla y Compañía jamás han hecho esfuerzo alguno por traer la civilización a Tierra del Fuego, como que son recientemente pobladores.»

Pero hay que examinar primero a qué título se hizo la concesión de la península de Gable, a la que según Bove, ya en 1882 pensaba mister Bridges trasladar la misión de Usuhaia. Dice el distinguido explorador:

«Todos esos inconvenientes (los que ofrecía la península de Usuhaia), son bien conocidos por el señor Bridges, el cual desea transportar la residencia de la misión al poniente de la isla (península) Gable, donde a un clima mejor va unido un terreno más vasto para pastoreo, en que abunda la leña y el agua, además de la ventaja de una frecuente comunicación con los onas, que, por causas ajenas a la misión, fueron hasta entonces descuidados y viven en el estado más primitivo. Pero mil obstáculos se oponen al deseo del señor Bridges, y entretanto, la isla Gable ha sido ocupada por dos o tres familias indígenas con unas decenas de animales.»

Sea como sea, es doloroso para aquella gente que ha habitado tanto tiempo en esas tierras donde han nacido sus hijos, ya hombres, verse hoy obligados a emigrar, en busca de otro asilo...

La tarde había avanzado bastante, cuando nos despedimos de mister Lawrence, señora e hijas, y de sus hijos Juan y Federico, los primeros guardias nacionales argentinos que hayan nacido en Tierra del Fuego.

Y acompañados por ellos hasta la playa, frente a la cual, y sobre el espejo de la bahía, la capital fueguina se veía envuelta en tenue gasa de vapores a la luz difusa del crepúsculo, nos embarcamos en seguida, para saltar minutos después a tierra, gratamente sorprendidos por la placidez encantadora de la atmósfera, los efluvios del mar y del bosque, la claridad con que se dibujaban los detalles del paisaje a pesar de la incierta y vaga neblina flotante...

El comandante Godoy me dejó en libertad hasta la hora de comer.

Librodot

-Querrá usted hacer alguna investigación por su cuenta -dijo-. No voy a incomodarlo más; pero... tenga cuidado de no perderse en las calles.

¡Grave peligro, en efecto, el dédalo intrincado de las calles ausentes de Usuhaia!...

-¡Gracias por las dos atenciones, señor gobernador! En efecto, bueno es que vaya por ahí a caza de datos. Pero no por eso se escapará usted del reportaje.

-Siempre a sus órdenes.

No tardé en encontrar en uno de los escasos sitios de reunión -por no llamarlos otra cosa- a un antiguo vecino del territorio, con quien poco rato después charlábamos como viejos amigos, y que según parece, no deseaba otra cosa que desatar la lengua. Una botella de Panquehue avivó seguramente ese deseo. Se trató de la misión que acababa de visitar.

-¿Usted viene de la península? -me preguntó.

-De allá vengo.

-Yo conozco la misión desde 1884, cuando se estableció aquí la subprefectura. Entonces había 185 indios, el misionero era Bridges, con su señora, su cuñada y cinco hijos; estaba también Lawrence, como catequista, con su mujer, una cuñada y cuatro hijos. Armstrong, el maestro de escuela, no tenía familia, y era el único soltero, pues el herrero Whaito tenía a su mujer y dos hijos. Así, con familia, yo también sería misionero.

-¿Y ésa era toda la población blanca de la misión?

-No, señor. Estaban también la señora Hemmings, otra cuñada de mister Bridges, el patrón de la goleta, el piloto, el cocinero y cinco marineros.

Pero ésos andaban en continuos viajes a la otra misión, la de las Malvinas, que tenían a su cargo dos familias de once personas. Allá se llevaron muchos indios, decían que era para enseñarles oficios y a trabajar en el campo... Si los pobres estaban tan bien como aquí...

-¡Qué! ¿No estaban bien?

-Bastante peor que ahora. Sólo dos tenían habitaciones regulares...

para ellos; los demás se contentaban con sus wigwams, que eran una indecencia. Sin embargo, sé que en Londres se publicaban cartas diciendo que los indios poseían ganado y qué sé yo... Figúrese... Los pobres no podían vender nada sino a los misioneros, y éstos cobraban cuatro libras esterlinas y diez chelines por cada animal vacuno. Si un indio llegaba a tenerlos y los vendía -a los misioneros naturalmente- el importe quedaba en la misión para los gastos del dueño. Así se aumentaba la ganancia...

-Me parece que usted exagera y tuerce la intención de las cosas.

Querrían evitar con eso que se explotara a los pobres indios y se les envenenara con bebidas alcohólicas...

-Puede que sea así, pero... Mire: solamente los misioneros podían comprarles cueros de nutria y de lobo, y no les pagaban más de media libra de té y media docena de galletas. En cuanto a los demás trabajos se retribuían sólo con la comida; y no eran livianos, créame: cultivar la quinta, cortar leña, hacer casas, cargar y descargar los barcos, cuidar los animales de la misión y los que tenían los misioneros, hacerlo todo en fin... Y todavía buscaban mariscos y pescado para sus familias, porque la misión no daba de comer sino a los que trabajaran, y eso escasamente. A las seis ya debían estar en pie; media hora después les daban un cocimiento de harina de avena con un poco de leche de vaca, y desde las siete hasta las doce, a trabajar, y duro... De doce a una se repartía el rancho: un potaje con galleta, unos porotos, harina de avena, un puñado de arroz, unas cuantas papas, verdura inferior y algún hueso sobrante de la comida de los misioneros. Y vuelta al trabajo hasta las seis... A las seis y media, cuando ya se caían de debilidad, a ellos, acostumbrados a comer

Librodot

todo el santo día en las épocas de abundancia, les daban un jarro de té puro y un par de galletas...

-Carga usted las tintas del cuadro, ¿no?

-Pregunte a cuantos vinieron el 84 con la expedición de Laserre, que tomó posesión de esto, izando el pabellón argentino en lugar del inglés que ponía mister Bridges en su casa. ¿Vio cuando llegó el Villarino, una bandera argentina enarbolada en la península? La pone siempre Vicente, el alcalde -un criollo casado con una india-, en el mismo lugar en que hasta 1884 se veía la inglesa...

-¿Y Bridges no discutió el cambio?

-¡Qué esperanza! Dijo que no sabía que esto fuera nuestro, y que no tenía inconveniente... Creo que se le prometió dejarlo donde estaba y no incomodarlo nunca. Así por lo menos se ha hecho hasta ahora. Bueno, pues. Además de la comida, les daban algunas ropas usadas que enviaban de Inglaterra, pero apenas suficientes, y sólo a los trabajadores, que si querían más abrigo tenían que comprarlo con el producto de los cueros, o pagándolo con trabajos especiales. Lo mismo pasaba si querían ropa para su mujer y sus hijos... Pero a muchos se les acabaron pronto las penurias, porque pocos meses después de establecida la Subprefectura, vino una epidemia que sólo dejó a unos quince hábiles para el trabajo, aunque los misioneros hubieran traído más de cincuenta de la isla Wollaston...

Descansen en paz. En cualquier parte estarán mejor.

Y a guisa de Amén a esta oración fúnebre, se echó al coleto un gran vaso de Panquehue.

-Al año siguiente les vino otro buque, y con él más personal. Por cada indio había entonces tres misioneros... ¡hágase usted cargo!

-Pero los fueguinos se civilizarían mucho más rápidamente de ese modo, me parece.

-¡Oh! Lo que querían era que trabajaran y les dieran provecho, sin pensar en otra cosa. Eran muy comerciantes. Mister Bridges decía en 1884, que desde el 12 de octubre al 30 de noviembre había ganado mil cuatrocientos pesos líquidos vendiendo víveres y ropas a las tripulaciones de los buques y de las oficinas nacionales. ¡Qué les importaba de los indios!... Mírelos ahora mismo: apenas saben malamente cuatro palabras de inglés y dos o tres de castellano, que las han aprendido de los marineros; en cambio, han adquirido todos los vicios...

-Eso no es culpa de la misión. Me consta que mister Bridges nunca ha querido venderles licores... ni siquiera tabaco...

-Pero la tripulación de los barcos de la misión les enseñaba, y otros les vendían... y les venden ahora mismo, aunque el Gobernador lo haya prohibido, y castigue duramente a los borrachos. La sociedad comerció mucho y con gran éxito en pieles, y los misioneros no dejaron de hacerlo, también, por su cuenta, a pesar de los reglamentos; ¡oh, yo sé muy bien todo eso! Hasta se supo en Londres, como que hubo apercibimientos y suspensiones que alcanzaron al mismo capitán de la Allen Gardiner. No se forman estancias y se viaja a Inglaterra, a Punta Arenas y a Malvinas sólo con el sueldito, aunque sea a oro...

-¡Es usted perverso!

Me miró con una sonrisa, apuró otra vez la copa, y contestó tranquilamente:

-Soy el único que puede, aquí, decirle la verdad respecto de la misión, porque no soy ni amigo ni enemigo de ella. Ha progresado materialmente desde que se establecieron las reparticiones nacionales; pero, entienda usted bien. la misión como establecimiento, no los indios.

Librodot

Los empleados, que llegaban muy pobres, los ayudaban a comerciar, y no naturalmente civilizando a los indios, sino aprovechando sus fuerzas. Y tanto progresó, que obtuvo la concesión de la península de Gable o de Down East (abajo al este), como la llaman los misioneros, que ya entonces habían hecho allí una casita y fundado una chacra con unos cuantos indios y una docena de vacas. Gable es el terreno mejor para agricultura y ganadería de todo el canal; pero Bridges, que lo sabía, se cuidaba de no propalarlo, para lo que le servía admirablemente la fiebre del oro que dominaba a los argentinos, hasta el punto de no permitirles ver lo fácil que era enriquecerse por medio del trabajo en estos ricos campos. La concesión fue hecha a nombre de mister Bridges, que dejó de pertenecer a la misión, creo que por resolución de la South American Missionary Society, pero sin que se hiciera ruido alguno alrededor del asunto. Lo más curioso es que, mientras esto ocurría, los boletines de la Sociedad aparecían llenos de amargas quejas contra las autoridades argentinas que perseguían a sus misioneros, etc., etc... Ya ve usted.

-¡Vaya, vaya! ¿Sabe que es curiosa la historia, tal como usted la cuenta?...

-Curiosa y verídica. Por otra parte, es la historia de la mayoría de las misiones de todas las sectas y en todos los países. Créame usted o no me crea, las cosas han pasado tal como se las cuento, y no han de faltarle testimonios de que es así.

-¿Y la misión de Usuhaia se ha ramificado?

-Sí; además de la estancia de Gable, que no puede considerarse como tal, hay otra pequeña en la isla de Wollaston, que regentan dos hijos de mister Lawrence, mocetones altos, fuertes y robustos que hacen honor a la Tierra del Fuego en que han nacido, por su desarrollo físico. También hay otra en Tekinika; es la que mister Burleight fundó en 1888 en Wollaston y que después se trasladó allí.

Era hora de ir a reunirme con el comandante Godoy, así es que me despedí de aquel Aristarco de la misión anglicana, a quien había escuchado para oír el contra, después de conocer el pro. Pero antes de marcharme:

-Usted debe estar muy al corriente de la historia de Usuhaia -le dije.

-¡Ya lo creo!

-¿Y me la contaría?

-Con mucho gusto.

-¿Mañana?

-Cuando usted quiera.

-¿Aquí?

-Aquí o en cualquier otra parte; yo lo buscaré temprano.

- XXIV -
La noche de Usuhaia

Acabábamos de comer y estábamos fumando en un saloncito del chalet del gobernador, junto a una estufa bien repleta, cuando hice un esfuerzo para sacudir el entorpecimiento producido por las andanzas del día y la bonne chère que les sirvió de recompensa.

-Vamos al reportaje, señor gobernador.

-Pregunte usted.

-Y apuntaré al mismo tiempo. De aquí va a salir, lo menos, un catecismo fueguino.

En efecto, me limitaré a copiar aquella serie de preguntas y respuestas, inconexa al parecer, pero que da idea clara de la situación actual de Tierra del Fuego en su parte argentina. Comencemos.

-¿Cuáles son las poblaciones principales del territorio?

-Naturalmente ésta, Usuhaia, la capital. Pero la agrupación mayor es el Páramo, ya sabe, al norte de la bahía de San Sebastián, el establecimiento minero que fundó Popper... Hay también algunas estancias verdaderamente importantes, como la que acaba de formar Menéndez -el de Punta Arenas- al norte, invirtiendo en ella medio millón de pesos más o menos; la de Bridges, en Gable, de mucho menor capital, pero que vale la pena; la que está formando la viuda de Noguera, y que será de primer orden; la que la Sociedad Explotadora tiene a nombre de Mores Braun; la de mister Wells en el río Cullen... Y otras más, fundadas recientemente al norte, y sobre el canal del Beagle, como las de Pietranera, la de Luis Isorna, que tiene una casa de comercio aquí, la de Drouman, primer maquinista del Villarino y yerno del pastor anglicano, una de Lawrence, otra de Romero y otra de Maupas, que poblará este año... Otros pobladores han venido, más vendrán, de los que han comprado tierra en remate, y esto seguirá progresando lenta pero seguramente.

-¿La ganadería es la industria principal de esos establecimientos?

-La ganadería, sí.

-¿Y la madera?

-Tiene usted el obraje de Lapataia, uno que acaba de fundar Ravié, y pare de contar...

-¿Cuánta se exporta?

-No sé.

-¿Cómo que no sabe, gobernador?

-No. Una resolución superior impide a la gobernación que haga oficialmente esa comprobación estadística, tan necesaria.

-¿Y eso por qué?

-Vaya usted a saberlo, cuando hay una ley reglamentando el aprovechamiento de los bosques nacionales... Cosas de nuestra tierra, amigo, que usted como periodista debe conocer de pe a pa, y que le habrán hecho protestar muchas veces...

-Cierto; y ¿qué árboles se aprovechan fuera de los fagus?

-El calafate, que los naturalistas llaman berberis, el canelón o magnolia, drymis, y otros que no se han clasificado todavía. Los primeros son más bien arbustos que árboles.

-¿Quiere que volvamos a la ganadería? ¿Cuántas ovejas hay en este momento en Tierra del Fuego?

-Setenta mil más o menos, que producen anualmente de siete a ocho libras de lana y tienen un aumento cuyo mínimum es de noventa por ciento al año. Ésta es la región más apropiada para la cría de ganado lanar. Las ovejas se desarrollan aquí mucho mejor que en el continente, dan más lana, y no sufren por ahora otra enfermedad que la sarna. Y esta misma es muy poca.

-¿Y la lana es de buena calidad?

-Excelente, limpia, seca. La que se ha vendido este año en Londres, obtuvo siete a ocho peniques la libra. Aquí podrían establecerse criaderos de reproductores que darían resultados maravillosos. Se puede disponer todavía de 350 a 400 leguas de campos

Librodot

magníficos, con abundantes aguadas, y pastos flor, más de sesenta variedades, en su mayoría gramíneas.

-Esto en cuanto al ovino; el vacuno prospera poco, me parece.

-No hay que olvidarse de que esto se comienza a poblar apenas desde hace año y medio. No se ganó Zamora en una hora. Sin embargo, puede calcularse que habrá hoy sus dos mil cabezas. El ganado es, en su mayor parte, mestizo; aquí, sobre el Beagle, predomina el Polled Angus. Animales yeguarizos hay de mil doscientos a mil quinientos, especialmente al norte; son los que se destinan a los trabajos del campo, y en las expediciones es muy difícil procurárselos, pues no los facilitan gustosos los hacendados, a quienes hacen mucha falta.

-Pero, ¿se aclimatan bien?

-Muy bien en las regiones secas del norte y el este; al sur sufren por la humedad del suelo. Pero aquí mismo habrá más tarde caballos, como los hay en las Malvinas, que presentan, sin embargo, iguales inconvenientes; todo es cuestión de tiempo, de trabajo y de perseverancia, y todo se haría muy rápidamente si el Gobierno nacional ayudara un poco...

-Y no ayuda -interrumpí-. Ya lo he visto en toda la costa sur, donde la gente está abandonada a su suerte, cuando no se propende a empeorarla.

Pero creí que Tierra del Fuego estuviese en mejores condiciones. Se hace tanto ruido alrededor de ella...

El gobernador Godoy me miró con una sonrisa medio burlona, medio entristecida.

-¡En mejores condiciones! -exclamó sarcásticamente-. ¡En mejores condiciones!... Cuando vuelva a Buenos Aires, vaya al ministerio del Interior y al de Hacienda, y verá mis rimeros de notas, inútiles, completamente inútiles, porque no les han hecho caso, aunque tratara de asuntos de vital importancia para el territorio.

Y me explicó parte de sus proyectos, tendentes a fomentar el desarrollo de la población y a radicar en la isla a muchos que la frecuentan periódicamente, en busca de oro o a caza de focas. La dificultad insuperable de mantener una vigilancia siquiera medianamente eficaz con los escasísimos elementos policiales que tiene la gobernación, da ancho campo a los mineros merodeadores, que llegan al territorio, hacen su cosecha de pepitas o arenas, y se van a Chile a convertirlas, sin dejar provecho alguno al país que se las procura. Lo mismo ocurre con los cazadores de lobos, que inundan sus productos al extranjero, y que no pueden ser perseguidos ni coartados en su acción, porque no hay con qué recorrer los innumerables canales, pasos, bahías, ensenadas, abrigos invisibles de que está sembrada la Tierra del Fuego, y en que andan y se cobijan las goletas de unos y otros.

De este modo, la prohibición del lavado de oro y de la caza de anfibios es sencillamente irrisoria.

Lo único que se logra con ella, es que la República, burlada, no alcance ningún beneficio de sus riquezas, que van a fomentar poblaciones de otros países menos escrupulosos, y para quienes ese comercio y ese estado de cosas es de conveniencia suma, como que les procura grandes elementos de vida.

A juicio del comandante Godoy, el Gobierno nacional debía declarar libre el lavado del oro, para los colonos ya establecidos en la Tierra del Fuego, que se encargarían, por propia conveniencia, de ahuyentar a los intrusos, atraerían a otros pobladores fijos, y propenderían indirecta pero eficazmente al progreso de esos lugares hoy desiertos, o frecuentados por aventureros que escapan apenas logran su objeto y reúnen un puñado de oro.

Librodot

Dando ese paso salvador, abriendo de par en par aquellas tierras a la iniciativa de los hombres rechazados de los grandes centros por escasez de recursos para formar un capital y asegurarse medios de vida, las carpas de mineros adventicios que se alzan hoy en las playas auríferas cederían su puesto a casas sólidas y estables, primer núcleo de los pueblos que en el futuro han de formarse sobre el maravilloso canal, y en la costa este, bañada por el Atlántico. La piratería, que impide el progreso y abre caminos ocultos por donde escapa nuestra riqueza, concluiría de ese modo, sin requerir mayor esfuerzo de las autoridades, y nadie iría con sus manitas lavadas a usufructuar una fuente de recursos, cuya abundancia no se conoce aún, que no puede desdeñar el erario, y que vale más todavía como factor de progreso que como productora de renta.

Pero esto necesitaría un complemento de mucha eficacia, como sería la venta fácil de tierra en pequeños lotes para los que desearan poblar.

La baratura de los terrenos de Usuhaia, por ejemplo, es sólo aparente. Cada lote cuesta «dos pesos» moneda nacional, es cierto, pero los compradores no pueden hacer la operación en Tierra del Fuego, sino que tienen que venir a Buenos Aires a tramitarla en el ministerio, o nombrar un apoderado que se encargue de ella, con los gastos y tropiezos consiguientes...

Además, ¡hace tres años que no se escritura un solo lote!

-¡Pues señor! -decíame el comandante Godoy-; ¿hay confianza o no la hay en los gobernadores que nombra el ejecutivo nacional? Si la tiene, ¿por qué no los deja obrar, bajo su directa, su inmediata responsabilidad?

Si no la tiene, ¿por qué los nombra, por qué no los cambia? El papel de los gobernadores de territorio es bien triste en la actualidad, pues no se atiende a lo que dicen y aconsejan, no se les deja hacer, y muchas veces, a pesar de su dictamen, a pesar de los fundamentos positivos en que se basa éste, se dan concesiones o se dictan leyes que significan un enorme paso atrás, una verdadera desgracia para el pueblo que están aparentemente llamados a proteger. Mire usted.

Y por el cristal de la ventana me mostraba el espeso bosque, intrincado y negro, que rodea al pueblo como una muralla, y que la luz de la luna iluminaba con resplandor confuso.

-¿Adónde quiere que se extienda Usuhaia mañana? ¿No le parece urgente desmontar ese bosque? ¿No hay visible necesidad de preparar el terreno para los que han de venir, para los que vienen ya?... Pues el Gobierno ha prohibido el corte de madera en la capital, sin y con reglamento... El primer beneficio que se obtiene con esto, es que la gente no tenga en qué trabajar...

Y después de una pausa añadió:

-La Tierra del Fuego sería diez veces lo que es hoy, si el Gobierno nacional hubiera hecho por ella la cuarta parte de lo que debió hacer.

Aquí sería conveniente abrir un paréntesis, para demostrar cómo la Argentina ha heredado de España su falta de aptitudes de colonizadora, que constituirá un peligro si se continúa en el mismo rumbo; para demostrar la orfandad en que se encuentran los territorios, como punto inicial de una posible disgregación; para recordar que Inglaterra envió a éstos sus exploradores y avanzadas en forma de misioneros, conociendo el mérito de esas tierras; para presentar a estos desiertos detenidos en su progreso por las rapiñas mezquinas, más perjudiciales y retrógradas -aunque parezca paradoja- que los grandes negocios leoninos, que dejan siquiera algún rastro de adelanto, para cubrir las apariencias...

Pero temas son que exigirían extenso desarrollo; preferible es limitarse, por ahora, a recomendarlos a la atención de los hombres de gobierno, para quienes ni deben ni pueden pasar desapercibidos.

El comandante Godoy continuó exponiéndome la situación de Tierra del Fuego, que es de las más precarias; la gobernación no cuenta ya ni con el aserradero del presidio, que antes le permitía llevar a cabo muchas obras de utilidad general, como la capilla, los galpones, el mismo aserradero, la casa del gobernador, los calabozos, las dos panaderías, la casa-quinta, la escuela, y las varias embarcaciones, chatas, botes, etc., que han costado una insignificancia y valen hoy cerca de cien mil pesos, según estimación de personas competentes e imparciales. Rodeados de cortapisas e impedimentos, ni el Gobierno ni los particulares pueden hacer nada de provecho para la región. Hasta la cárcel de reincidentes, con pretensiones de colonia penal, de la que nada tiene, no hace sino ocasionar gastos sin resultado, porque no se envía a ella sino valetudinarios e individuos inútiles para el trabajo, que muchas veces no quedan allí sino cortísimo tiempo, como que ha habido casos en que, condenados mandados de Buenos Aires ¡han cumplido su condena a bordo de los transportes, antes de llegar a Usuhaia!... Otros están un mes, dos, en la cárcel, y apenas comienzan a darse cuenta de lo que es aserrar una tabla, cuando ya hay que ponerlos en libertad, para que vuelvan si quieren al teatro de sus fechorías, o vayan de incógnito a Punta Arenas, donde no los admiten a cara descubierta.

En averiguaciones ulteriores, supe que esa cárcel tiene un personal de diez y nueve empleados con sueldos mensuales por valor de dos mil cuatrocientos veintiséis pesos, y una partida, también mensual, de cuatro mil para racionamiento y vestuario. Cuando estuve en Usuhaia había veintiséis presos; meses antes, en diciembre, sólo diez y seis, de manera que para cada preso había un empleado, y aun sobraban tres. El director titular, señor Della Valle, estaba con permiso en la capital federal, y según parece, las cosas no marchaban bien en su ausencia, pues hallábanse suspendidos por el subdirector, el alcaide y el ecónomo, y varios empleados subalternos habían presentado su renuncia. Los presos, por otra parte, hiciéronme llegar una queja contra el subdirector, en que dicen:

«Desde el 4 de febrero, que reclamamos al alcaide interino, celador Guerchi, por lo insuficiente de la alimentación, se nos castigó acortándonos la ración, que se redujo desde entonces a lo siguiente: por la mañana media ración de carne y caldo, privándonos del asado; por la tarde media ración de caldo que no es tal, pues carece de todo condimento alimenticio. Esto es insuficiente hasta para un niño, de modo que el primer castigo que nos ha impuesto el señor subdirector es el hambre, sin escucharnos ni por mera fórmula.

»Desde hace doce días -dicen más abajo- no se nos deja atender a nuestro aseo personal, como tampoco al de nuestras ropas; no nos permiten salir de la cuadra, que es un vasto foco de infección, llena de residuos de toda especie, completamente cerrada y sin ventilación, y donde nos alojamos diez y nueve personas, entre ellas un tísico en el último grado...

»La otra tarde, por reclamar el alimento que no se le había dado, a uno de nuestros compañeros de infortunio lo abofetearon, lo apalearon, y esto ocurre muy a menudo desde que está el alcaide interino, quien abusa de todas maneras de su poder.»

Firmaban esta comunicación diez y nueve de los veintitantos presos de la cárcel, algunos de ellos célebres en los anales de la policía bonaerense. Bastante habrá, sin duda, que rebajar de su protesta; pero la base ha de existir, y no es justo cerrar los oídos a quien tan amargamente se queja.

Librodot

Sería oportuno, como opinaba el gobernador, sustituir esa cárcel de reincidentes, que a nada conduce, por una colonia penal en toda regla, con hombres y mujeres no culpables de delitos infamantes, y que aún pudieran rehabilitarse, a quienes se incitaría a formar familias, dándoles tierra y útiles de trabajo con que volver a la vida honrada. El doctor José Luis Cantilo demostró ante el congreso científico latinoamericano la utilidad de dichas colonias, fundándose:

«En el aumento de la criminalidad que provoca la inmigración, las deficiencias de nuestras cárceles, las controversias de los grandes maestros sobre el sistema celular, y sus conclusiones favorables a la colonización penal.»

«Recordad -decía al congreso- que los fracasos de este sistema se deben principalmente al egoísmo, a la crueldad o a la inepcia, que siempre ha mejorado la condición del culpable, y que en todos los casos -aun en los de abandono de la metrópoli, como ocurrió en Australia- las colonias han prosperado dando resultados excelentes; recordad el éxito brillante de Inglaterra; el orden y el progreso reinantes en Nueva Caledonia; las reformas españolas; la sabia organización portuguesa, los antecedentes argentinos y los de algunos otros países americanos; la opinión favorable de gobiernos y hombres de estado; recordad las excelentes condiciones de nuestros vastos territorios del sur y los muchos informes favorables que han merecido... Llamad la atención de los gobiernos. Decidles que en lugar de construcciones infectas, estrechas, mezquinas, dediquen una pequeña parte de los vastos territorios despoblados, a la regeneración del culpable; que establezcan colonias bien organizadas, que den al condenado útiles de trabajo y concesiones de tierra; que le permitan vivir en familia, etc.»

Los penados que colonizaran en Tierra del Fuego, podrían dedicarse al ramo de aserradores y carpinteros, y especialmente a la carpintería naval, para la que se presta admirablemente la madera del fagus, como lo prueban las diversas embarcaciones que se utilizan en Usuhaia; esto daría gran incremento, no sólo a la industria, sino también a la navegación de aquellos mares. Además, los aserraderos establecidos y que se establezcan, tienen asegurado su porvenir, por la aceptación cada vez mayor de sus productos, que antes encontraban grandes resistencias porque la madera aparecía en el mercado sin estacionamiento, y procedente de los cortes de verano, en cuya estación es poco apta para construcciones, lo es menos para muebles, y se raja o pudre fácilmente. Aquellos árboles magníficos, que por término medio tienen doce metros de alto por cuarenta centímetros de diámetro, alcanzando a menudo a proporciones mucho mayores -he visto ejemplares de un metro de diámetro en Lapataia-, han sido calumniados y denigrados públicamente, aunque se expendieran bajo otros nombres, como el de guindo por ejemplo, y se utilizaran mucho en mueblería. El informe del ingeniero Duclout, que les hacía justicia, y más que todo la práctica, desvanecerán pronto las últimas preocupaciones que se abrigan en su contra, pero siempre que se corten con todos los cuidados que la experiencia aconseja. De otra manera, su descrédito inmerecido perdurará.

-Cuando la gobernación tenía el aserradero -díjome el comandante Godoy- se regalaba madera a todo el que quería poblar. Hoy no se da, ni se vende.

Una facilidad más que se ha perdido, para el desarrollo de aquella población, de aquel territorio que, como todos los nuevos que no ofrecen grandes elementos de vida, necesita que se creen artificialmente éstos en un principio, y que no se le abandone mientras no tenga fuerza suficiente para manejarse solo.

Llegados aquí, cortamos la conversación, que había sido larga.

Librodot

-¿No quiere que demos una vuelta? -preguntó el gobernador-. La noche está muy linda.

-Vamos.

Y salimos de su casa. La noche estaba realmente espléndida, aunque bastante fría. Las siluetas de las montañas veíanse como enormes manchas de azul obscuro, casi negro sobre la tinta más pálida y blanquecina del cielo alumbrado por la luna, y en que flotaban aquí y allá grandes nubes bajas, pesadas y lentas, que se retiraban ahuyentadas por el frío. Usuhaia parecía dormir ya profundamente; sólo una que otra luz velaba aún, tras los vidrios de alguna ventana. Pero apenas salimos llegaron a nosotros notas ruidosas y confusas de instrumentos de cobre, que tomaban extrañas sonoridades en aquel silencio y en aquella soledad.

-¿Qué es eso?

-La banda de música que se ensaya.

-¡Ah! ¿Y quiénes la componen?

-El juez de paz, algunos empleados de la gobernación y varios vecinos... Han tenido gran éxito en el carnaval, aunque su saber no sea extraordinario, ni mucho menos. ¡Qué quiere! En algo se ha de pasar el tiempo, y nuestro público no es exigente. Un poco de ruido, y basta. Se formó una comparsa, cuyo mérito exclusivo consistía en que formaba parte de ella casi toda la población, lo que la ponía al amparo de la crítica...

¿Quiere que vayamos a casa de Fique?

-¿El de la fábrica de conservas y de «El primer argentino», cuyo letrero he visto desde a bordo?

-El mismo.

-Vamos allá. Y a propósito, ¿hay muchas casas de comercio en Tierra del Fuego, fuera de las de Usuhaia?

-Algunas, más o menos importantes: la que tiene mister Bridges en Haberton, donde no vende alcoholes ni tabaco, y otras en Sloggett, en Río Grande, en San Sebastián, en alguna isla chilena, una para los peones del aserradero, en Lapataia, y pare usted de contar.

Llegamos a casa de don Luis Fique, en cuyo almacén se entretenían algunos trasnochadores tocando la guitarra, para acabar alegremente el domingo. Un rato de conversación con aquel antiguo poblador de Tierra del Fuego, nos hizo saber que el pequeño vecindario está muy desazonado con la prohibición del corte de maderas, y con las dificultades que se le oponen a cada paso para su desarrollo. Los comerciantes sufren también mucho por el mal servicio de... los eternos transportes, que ya iban siendo para mí una pesadilla.

-Nosotros, que no podemos comprar grandes partidas de nada, por falta de capitales, nos quedamos a menudo sin ciertos artículos de primera necesidad, porque el transporte no los ha cargado en Buenos Aires. Esto es la ruina del comercio.

Hablamos también de la fábrica de conservas a cuyo frente está don Luis, y que no funciona ahora, aunque sus productos, los exquisitos mejillones cuyas primeras remesas tuvieron tanto éxito, merezcan indudablemente la aceptación y el entusiasmo de los gastrónomos.

La fabricación ha tenido que suspenderse por varios motivos, entre ellos la escasez de obreros prácticos en las diversas y delicadas operaciones que ha menester una conserva para que su buena calidad quede garantizada. Sobre todo se necesitan soldadores que cierren las latas con rapidez y perfección al mismo tiempo, pues de una y otra cosa depende la ganancia del establecimiento industrial.

Librodot

Esta dificultad se reagravó con el hecho de que una partida que trajo a Buenos Aires un transporte, mal estibada y en un sitio demasiado caliente por la cercanía de la máquina, se echara a perder completamente, desprestigiando al artículo que sin embargo es bueno, y que está llamado a hacer competencia, quizás victoriosa, a la ostra conservada.

Los mejillones, que duran indefinidamente en Usuhaia, parecen no soportar bien temperaturas muy elevadas; pero esto es sin duda cuestión de procedimiento, y las nuevas estufas esterilizadoras harán desaparecer el inconveniente cuya causa no está bien averiguada todavía, aunque con toda probabilidad consiste en el modo de envase. Yo he traído algunas latas, que llegaron en perfecto estado.

La fábrica de Usuhaia puede producir hoy mismo bastante para un consumo regular en nuestro país y en Chile, donde sus productos se venden con el nombre de choros al natural, como aquí se llaman mejillones de Tierra del Fuego.

Algunos detalles sobre estos moluscos serán interesantes. Viven en las rocas que cubre la marea, y también en los fondos de piedra, donde alcanzan enormes proporciones, los he visto de más de un palmo. Su crecimiento es, sin embargo, lento, y no llegan sino en muchos años a un completo desarrollo. Se alimentan al parecer de cachiyuyo, y tienen una parte amarga como hiel que hay que sacarles cuando cocidos, y que tiene el aspecto de una plumita de barbas escasas y duras. Abundan de una manera asombrosa, y pueden dar alimento a cien fábricas, pues los hay en casi todas las costas de Tierra del Fuego, que ocupan centenares de millas por el sinnúmero de islas, penínsulas, cortes y recortes, y también en la Isla de los Estados, de perímetro más caprichoso todavía.

Pero la recolección es difícil en invierno, por la insoportable frialdad del agua, y por la particularidad de que el mejillón sólo está gordo en el período de la luna llena, enflaqueciendo luego hasta quedar como un pellejo coriáceo en la luna nueva. Parece que sólo comen cuando Selene está en todo su esplendor, y ayunan y se purgan el resto del tiempo.

Esto, que en un principio se creyó conseja, ha sido demostrado por la experiencia, pues en la fábrica se vio que cuando había luna llena bastaba para llenar las cajas la mitad y aun la tercera parte de los mejillones que se necesitaban otros días.

No dudo de que esa industria prosperará muchísimo en época no lejana, procurando nuevos elementos de progreso a la Tierra del Fuego, y sirviendo de punto de partida a otras industrias similares, como la conservación de pescado, calamares -que los hay exquisitos y en abundancia-, langostinos, etcétera.

-¿Y pondrá usted nuevamente en movimiento su fábrica? -pregunté al señor Fique.

-En eso pienso, pero no lo haré tan pronto -me contestó-. Es necesario, antes, contar con un buen servicio de cargas, que no nos exponga a eternizar la mercadería en los depósitos...

Industriales, ganaderos, comerciantes, toda la población del sur reclaman la solución de un problema que está resuelto por sí mismo.

¿Cuándo lo comprenderá el Gobierno nacional, e incorporará de veras aquellos territorios a la vida del país?...

La conversación era muy amena, pero el sueño reclamaba sus derechos.

Salimos, y nos dirigimos a la Casa de Gobierno, donde tenía preparada mi habitación.

En el comedor quedaban todavía algunas personas, y entre ellas el juez Salvadores que me preguntó cuál era mi programa para la mañana siguiente. Olvidado de la cita con mi

Librodot

sardónico amigo de aquella tarde, y dominado por una idea que me sugirió la conversación con Fique:

-¿No hay mejillones? -pregunté.

-Sí, a cuatro o cinco cuadras hay un hermoso criadero y ahora estarán buenos, porque la luna es propicia.

-¿Qué tal si nos desayunáramos mañana con un par de docenitas al pie de la vaca? ¿Me acompañaría usted?

-Con mucho gusto.

-Yo le mandaré limones y vino blanco -dijo galantemente Godoy.

-¡Magnífico! Mañana bien temprano, ¿eh, señor Salvadores?

-Yo mismo lo despertaré.

Y un rato después extrañaba yo, en sueños, la inmovilidad de la cama, acostumbrado al vaivén de mi cucheta del Villarino, que en las noches de calma parecía una cuna. Y estuve en Buenos Aires, con los míos, de quienes hacía mucho más de un mes que estaba separado, absolutamente separado, sin noticias, como si me hallara a millones de leguas de la civilización.

- XXV -
Historia e historias

Al día siguiente muy de mañana fue a buscarme mi interlocutor de la víspera, deseoso de cumplir el ofrecimiento, de relatarme a su modo la historia de Tierra del Fuego. Afortunadamente llovía a cántaros y habíamos tenido que abandonar con el juez Salvadores la expedición marisqueadora, los limones y el vino blanco del desayuno. Me encontré, pues, en disposición de escuchar a mi hombre, que me invitó a seguirle a nuestro escondrijo de la víspera. Una caja de sardinas, un pedazo de pan y una botella de vino Panquehue suplantaron a los mejillones, y dieron ánimo al narrador, que comenzó por el principio.

-El 84 -dijo- la expedición Laserre estableció con gran gasto la Subprefectura de San Juan del Salvamento en la Isla de los Estados, y la de Usuhaia, esta última en octubre. Cuatro meses después, ya teníamos gobernador. En efecto, en febrero de 1885 nos llegó el teniente de fragata Paz, primer autoridad de Tierra del Fuego, que después de un rápido viaje de cinco días alrededor de la isla, se fue de nuevo a Buenos Aires, con todos los datos que creyó necesario para el establecimiento de la Gobernación, que determinó se hiciera en Usuhaia. ¿A que usted no ha visto nunca una cosa semejante? ¡Así se pagan esas improvisaciones! Hoy se trata de llevar la capital a Río Grande, donde indudablemente estará mejor, y donde debió establecerse desde un principio... Pero el señor Paz se guió por informes de los misioneros que no conocían el territorio al norte y al noroeste del cabo San Diego, y que no podían darle, por lo tanto, un buen consejo... ¡Qué quiere usted! Ahora hay que rehacer lo hecho y perder lo gastado, que no ha producido beneficio alguno, para irse más al norte, donde afluye la población... Están buenas estas sardinas.

Las había acabado, y fue menester pedir otra caja, que le pareció superior, por la muestra, a la primera.

-Pues, con el gobernador -continuó entre bocado y bocado-, vino cantidad de empleados ávidos, de excelencias, como decía Popper. ¡Oh!, los recuerdo uno por uno, como si acabaran de llegar. El señor gobernador Paz, en primer término; su secretario, en segundo; un jefe de policía, un comisario, un ingeniero agrónomo, dos escribientes, un herrero, un carpintero, un sargento, dos cabos, dos ordenanzas, un peluquero, una sirvienta que revistaba como gendarme, una cocinera, un despensero, un cocinero de oficiales, otro de tropa, dos asistentes y siete gendarmes. Si desea usted que le diga los nombres de toda esta gente...

-No, muchas gracias, no es necesario... Pero, ¿cómo conserva usted tanta cosa en la memoria?...

-¡Oh!, aquí todo es acontecimiento, y ¡hay tan poco que recordar!...

Llevaban también víveres para racionar a treinta familias de indios que quisieran instalarse en rededor de la gobernación. Pero éstas nunca pasaron de cinco. La capital fueguina quedaba fundada. Sólo en junio de 1886 se acordó el señor gobernador del territorio que tenía bajo su mando, y resolvió visitarlo. Para eso se embarcó en el Comodoro Py, con un cabo y cuatro gendarmes, e hizo rumbo a San Sebastián, de donde iba a salir para explorar el norte y el nordeste de Tierra del Fuego...

-¿Y tuvo buen resultado la expedición?

-Verá usted; no se impaciente. Desembarcó al sur de la bahía en cuestión, e instaló allí su campamento... A las cuarenta y ocho horas, y sin haber intentado algo que se pareciera a una exploración, determinó emprender viaje de regreso, como efectivamente lo hizo. Sin embargo, poco tiempo después, y sin que precedieran más investigaciones, el ministro del Interior recibía en Buenos Aires un extenso informe, en que se le hablaba de descubrimiento de arenas auríferas -halladas por otros- en aquella región, de la aridez de las tierras que hoy se disputan los ganaderos, de numerosas y sanguinarias tribus de indios que cerraban el paso al hombre blanco, y otras lindezas semejantes. Al mismo tiempo se aprovechaba la oportunidad para pedir fondos con el objeto de trasladar a Buen Suceso la prefectura de Usuhaia, y de fundar una comisaría en San Sebastián.

El vapor Comodoro Py salió entretanto con el jefe de policía y cuatro gendarmes, que iban a bahía Sloggett a examinar la barranca que, según noticias recibidas, contenía oro en gran cantidad. Se descubrieron, en efecto, yacimientos auríferos en ese punto. ¡Más vale no hubiera sido así!

Apenas se supo esto, cuando todos los empleados se vieron atacados por la fiebre, por la rabia del oro, y no quedó gendarme de la gobernación ni marinero de la subprefectura, que no se enviara a Sloggett en busca de pepitas y arenas.

-¿Usted también fue?

-No, señor. Yo anduve con Lista en su exploración por la costa este, que ha relatado en un libro... muy a su manera, y sin gran exactitud.

Hizo una pausa, como recapacitando, y luego continuó, pesando las palabras.

-Yo entiendo algo de expediciones de ese género. Aquélla fue un paseo de veintidós días, en que no se verificó científicamente ninguna posición, ni se hizo nada de provecho, a no ser el bautismo de algunos montes y ríos... Popper ha hablado de una matanza... Es cierta. Los soldados de caballería que en número de veinticinco y como escolta acompañaban a la expedición, mataron sesenta y cinco indios entre hombres, mujeres y criaturas, algunos de los cuales se disecaron bajo la dirección del cirujano Segers, médico de los expedicionarios. Durante varios días se desengrasaron pieles, se peinaron cueros

cabelludos, con el pelo adherido aún, y se hirvieron y limpiaron cráneos y esqueletos de los pobres onas.

-¡Qué horror!...

-Bueno, dejemos eso. Se perdieron cuarenta y tantas mulas con provisiones de boca, pero en cambio, se hizo un vocabulario corto y no muy exacto, y se trazó un itinerario de fantasía sobre un calco de la carta de Fitz-Roy, incluyendo como de exploración el rápido viaje del Comodoro Py, que en tres días fue de Buen Suceso a Punta Arenas...

-Sigamos, si usted gusta, con la gobernación...

-Pues, al poco tiempo, el señor gobernador se fue a Buenos Aires, donde seguramente expuso sus descubrimientos y planes al ministro del ramo. Lo cierto es que el inolvidable Magallanes tenía sus bodegas casi completamente llenas de materiales de construcción, herramientas, útiles, muebles para el gobernador, etc., etc. La pérdida de este buque hizo necesaria la adquisición de otro vapor para el servicio exclusivo del territorio, mientras que se pedían fondos para refaccionar el Comodoro Py, que no necesitaba compostura, y cuya destrucción comenzó con ella. ¡Así tiene que ser! Gobierno sin gastos no es gobierno. Pero más extraña es aún la historia del bote...

-¿De qué bote? Diga, cuente...

-Ha de saber usted que por aquel entonces atravesó el magín de nuestras autoridades la brillante idea de construir una embarcación con materiales del territorio. Teniendo tanta madera a mano, había de resultar muy económico... En julio de 1886 se puso manos a la obra. Trabajaron en su construcción -anótelo usted, que quizá después le sirva-: dos carpinteros con 85 pesos mensuales; cinco aserradores de tablas con 130, y dos gendarmes con 50, entre todos. El bote quedó terminado el 24 de Febrero de 1887 -fecha precisa- y el personal que lo construyó costó solamente la friolera de 1867 pesos... No retribuyó el gasto. Hizo un viaje colgado de los pescantes del transporte Usuhaia, y se destrozó en un descuido, antes de prestar el servicio más pequeño... Así iba todo por estos barrios... Pero iba a surgir un enemigo terrible frente al Gobernador.

-¿Quién?

-¡Popper!... ¿Usted lo ha conocido?

-Sí. Lo he visto muchas veces en Buenos Aires.

-Comenzó a hacer sus viajes por aquella época. Era un aventurero de raza, fuerte, con talento, instruido, emprendedor, que no se detenía por nada, ni temía a nadie. En un principio anduvo bien con el gobernador, y las cosas marchaban al paladar de ambos. Pero Su Excelencia no tardó en apercibirse de que Popper no era un aventurero vulgar, y de que, como quien no quiere la cosa, iba tan lejos que se perdía de vista, y ganaba en prestigio lo que le quitaba a él. Por poco que se descuidara, el diablo del rubio iba a ser más autoridad que la autoridad. Empezó entonces el tira y afloja; sintió don Julio que se le ponían trabas, y saltó el hombre. Se enojaron los compadres y se dijeron las verdades. Ruptura completa. Popper se fue a Buenos Aires, y allí le metió pluma a su ex amigo, escribiendo aquellos artículos que publicó El Diario, que luego esparció en millares de folletos y que acusaron por calumnia las autoridades fueguinas... El gobernador tuvo, al fin, que renunciar, pero no sin poner personero, como se usaba entonces... Popper, con todos sus defectos -que los tenía grandes-, era el hombre para estas tierras, el llamado a hacerlas progresar. Se murió... ¡y es lástima! Tenía muchas y muy buenas ideas, aunque no se apartara del refrán de «la caridad bien entendida»... ¡Pero se murió!

Valía más esta exclamación que un discurso entero.

Librodot

-Entretanto -continuó- seguían a más y mejor los trabajos en busca de oro en bahía Sloggett. La riqueza de sus arenas había conquistado tanta fama, que no tardaron en afluir los intrusos, provocando una interminable serie de conflictos con la autoridad, que naturalmente, siempre resultaba vencedora. Aquello parecía una California en pequeño. Nadie estaba seguro, y las arenas de oro solían desaparecer con sus dueños.

Una copa de vino acentuó esta última frase, como con un rasgo enérgico y eficaz, una appoggiatura de nuevo género.

-Continúe usted. Me interesa.

-Los mineros intrusos, muchos de ellos venidos de Chile, no se andaban tampoco por las ramas, tenían armamento y a lo mejor la emprendían a tiros con los que trataban de desalojarlos, si se consideraban con más fuerzas que ellos. Popper ha contado muchas de estas cosas en sus publicaciones de polémica, que le recomiendo, porque dicen ciertas verdades, aunque con exageraciones apasionadas. En eso nos quedamos sin Subprefectura, que era un estorbo para el gobernador. Se trasladó en octubre de 1889, pero no sin que antes el subprefecto se hubiera hecho construir una casa y un muelle por los marineros, en cuya casa dejó una buena cantidad de víveres y vestuario para la venta... Los edificios, elementos, municiones de boca, etc., de la Subprefectura, pasaron a poder de la Gobernación. A Buen Suceso no se llevó víveres sino para tres meses; el transporte Usuhaia debía renovar en tiempo la provisión. Pero...

El hombre se interrumpió.

-Usted no sabe, usted no imagina -dijo por fin- las penalidades que se han sufrido en el sur. Lo que hoy pasa es muy llevadero; estamos relativamente en la gloria, y no nos falta nada. Los viejos de aquí nos reímos cuando los transportes tardan, hay víveres y, sin embargo, se asustan y se lamentan los recién venidos. ¡Hemos visto tantas!... Pues el Usuhaia no apareció por Buen Suceso en la época señalada, ni mucho tiempo después. Los víveres empezaron a escasear. Los empleados de la subprefectura tuvieron que estar a media ración, completándola con mejillones. Luego disminuyó el alimento, y por último no había qué comer sino mejillones y apio silvestre... ¡Qué quiere que le diga! Aquella era la más espantosa e irremediable miseria. Los hombres estaban exhaustos, demacrados, moribundos. El hambre les despedazaba el estómago.

Un día el marinero Jaime Mac Gregor fue mandado a buscar mariscos y apio; le tocaba el turno, pero estaba tan consumido, que apenas podía moverse.

Llegó, sin embargo, a unos quinientos metros de la Subprefectura, pero no pudo ni avanzar, ni retroceder. Cayó para no levantarse más. Cuarenta y cinco días después se encontró su cadáver... Las publicaciones de Popper por un lado, y el conocimiento de estos hechos por otro, hicieron inevitable la renuncia del gobernador, que pasó a otro puesto en una de las provincias... Claro, figúrese usted que mientras la gente se moría de hambre en Buen Suceso, en Usuhaia se hacían comilonas. Pero las cosas cambiaron para seguir del mismo modo. El doctor Cornero, cirujano de la armada, fue nombrado gobernador. ¡Oh!, en un principio hizo reformas muy importantes...

-¿En el manejo del territorio?

-Más o menos... Formó una banda de música, mandó plantar parras que no prendieron (36), hizo trazar paseos y alamedas, y consiguió que en Buenos Aires le dieran cuatro cañones de bronce, elevándose a seis las piezas de artillería de la isla, pues ya estaban aquí las dos de la vieja Cabo de Hornos... Lástima que no hubiera proyectiles y que la pólvora se gastara en salvas... Pero, ¡qué diablos!, teníamos cañones, y avanzábamos, por lo tanto,

Librodot

rápidamente en civilización... Mas, para ser justo, añadiré que se pidieron y obtuvieron fondos con el objeto de hacer un muelle para facilitar la aguada a los buques. Además, se aumentó el personal de la Gobernación con empleados de necesidad imprescindible y urgentísima, como un capellán sin capilla, un maestro de escuela sin alumnos ni local, un juez de paz sin juzgado, dos alcaldes, uno para los indios y otro para la península Gable, que no tenía gente; un comisario para San Sebastián, que tuvo realmente comisaría, quizá por error, y un geólogo encargado de buscar minas de carbón de piedra... Entonces fue cuando vino -en 1890- el agrimensor Díaz a medir quinientas leguas de campo, trabajo que hizo en dos meses y medio, sabe Dios en qué forma... En fin, él lo ha pagado, mientras que otros...

-¿De modo que la historia de Tierra del Fuego es una sucesión de desastres y de abusos, y que han vivido ustedes en un continuo desquicio?

-Más de lo que usted supone y de lo que yo le digo.

-¿Y ahora?

-Ahora marchamos un poco mejor, pero seguimos casi casi tan abandonados como antes. El gobernador Godoy tiene buenas intenciones, pero se estrella contra la indiferencia de los de Buenos Aires, y hace mucho que está clamando en el desierto. Aquí se necesitaría un gobernador que tuviera enorme influencia en los ministerios nacionales, o unos ministerios nacionales que se impusieran el programa de hacernos adelantar, previendo desde ahora el inmenso porvenir de estas regiones.

-Habla usted como un libro.

-¿Y qué mejor libro que la experiencia de todos los días? Pero nosotros vemos las cosas de un modo y los gobernantes de otro. Éstos creen que hacen por estas tierras más de lo que deben, y en cambio, hasta a sus empleados los dejan pasar una existencia miserable, como lo puedo demostrar a usted.

-¿Otra diatriba?

-Llámela como usted guste; pero ya que conoce una parte del reverso de la historia del sur, escuche otra que le puede ser útil.

-Veamos.

-Cuando la Escuadra de evoluciones en el Atlántico del Sur, como se llamó al conjunto de barquichuelos que mandaba Laserre, coronel entonces, vino a establecer esta Subprefectura y la de la Isla de los Estados, los empleados de una y otra no se quedaron sin que antes se les prometiera un servicio regular de comunicaciones y la puntual provisión de víveres. Ya comprende usted que el cumplimiento de esto era vital para los que quedaban aquí, fuera del mundo, y sin poder contar mucho con los recursos de la isla... Desde entonces, primero la Comisaría General de Marina y últimamente la Intendencia General de la Armada, proveen a estos establecimientos de acuerdo con las últimas «listas de revista». En un principio, y cuando el Villarino sólo hacía cada seis meses un viaje al sur, cada subprefectura tenía un racionamiento extra para treinta familias, de tal modo, que a pesar de las mermas naturales y artificiales, los víveres alcanzaban hasta su renovación... y aun sobraban gracias a la ausencia de las familias supernumerarias... Esas mermas no fueron, pues, muy notables en un principio. ¡Al contrario! Llegó a suceder que los depósitos fueran pequeños para contener tantos víveres, y la ciencia administrativa de los empleados se dedicó a corregir ese exceso.

¿Cómo? ¿Haciendo que se enviaran menos mercaderías?... Suponer eso sería no conocer nuestro país... La solución que hallaron fue... percibir en dinero una parte del

Librodot

racionamiento... Desde ese instante ya no hubo sobra de víveres, y muy a menudo sucedió que faltaran, con gran dolor de los marineros, que tenían que ajustarse cada día un poco más la faja, cuando comenzaba a tardar el transporte... ¡Oh!, ¡esas tardanzas! ¡Por ellas se han producido desgracias, y los argentinos hemos tenido que pasar vergüenzas!

-¿Desgracias? ¿Vergüenzas?

-Sí. En 1890 y en 1891 el personal de la Subprefectura de Buen Suceso pasó cuatro meses -cuatro cada vez- sin racionamiento. En 1890 se murió allí de hambre el marinero Mac Gregor, en 1891 la mujer del herrero...

Creo que ya se lo había dicho... Pero no le dije que en 1890 se enfermaron gravemente, por falta de alimento, tres marineros, dos de los cuales fallecieron de consunción a bordo del Usuhaia, que los conducía a Buenos Aires. Hablose de fiebre tifoidea, ¡pero era hambre!

Mi interlocutor hizo una pausa para recalcar más lo siguiente:

-Pero lo que no querrá usted creer, es que las autoridades argentinas hayan tenido que tender la mano mendigando qué comer...

-¡De veras! -exclamé viendo que se interrumpía como un folletín para dejar pendiente el interés.

-Como usted lo oye.

-¿Dónde y cuándo?

-En la Isla de los Estados, en 1890.

-¡Cuente usted, pues!

-La Subprefectura de San Juan del Salvamento acababa de recoger a los náufragos de la barca inglesa Glenmore, y se encontró con que no tenía qué darles de comer. Se recogieron mejillones, y se comió la nauseabunda carne de algunos lobos de un pelo que se lograron matar, cuando la casualidad quiso que pasara a la vista un barco inglés. Se le hicieron señales desde el faro, y los botecitos de la Subprefectura fueron a abordarlo, recorriendo unas cuantas millas... Allí hubo que confesar al capitán que toda una repartición nacional se moría de hambre, y pedirle la donación de algunos víveres... ¿Qué me dice usted de eso?...

-¡Oh!, una vez, la cosa es perdonable...

-Sí, pero se repitió en 1892, cuando el naufragio de la fragata inglesa Crown of Italy, y seguramente es ya famosa la indigencia de las subprefecturas argentinas, porque un barco a quien se hicieron señales desde el faro con el código internacional preguntándole su bandera, fue a Chile con la noticia de que en San Juan pedían auxilio... ¡Y ahora mismo!, hace poco, se mandaron allá veintidós personas sin su racionamiento, y más de veinte días antes de la llegada del transporte acabose la carne, y la gente tuvo que estar a menos de media ración...

La mañana avanzaba, aunque el día nebuloso semejara un pálido y lento amanecer. Llovía a intervalos, y el paisaje que la víspera brillaba y centelleaba con la caricia del sol, era indeciso y borroso, como si fuera desvaneciéndose y estuviera a punto de desaparecer. Me despedí.

-Ya preocupará mi tardanza -dije a mi interlocutor- y tengo que dejarlo. No echaré en saco roto sus informes, quizá un poco malévolos, pero más peculiares por lo mismo...

-¡Vaya! No le he dicho más que una parte de la verdad. La verdad entera es inverosímil... Pero le doy mi palabra de honor de que todo es exacto, y hasta benévolo, si mucho me apura... Inquiera y verá. No faltan ni pruebas ni testigos...

-Bueno; de todos modos, gracias, y hasta la vista...

Librodot

-¿Volverá usted?

-Si vuelve el transporte en que vaya a Buenos Aires. De otro modo, mi regreso tardará algunos años... si es que llega.

-Lo siento.

Es indudable que en mucho tiempo no había tenido auditor tan paciente y complaciente, y que iba a recordar aquella mañana con la amargura de un solista condenado a perpetuo silencio después de uno de sus éxitos más prolongados.

El comandante Godoy me esperaba. Visitamos la Casa de Gobierno, las cuadras de los menores, los calabozos, la farmacia, el depósito de víveres, donde probé el pan, recién hecho, de excelente calidad, y examiné las provisiones, buenas y abundantes.

-Tienen botica, pero, ¿y médico? -pregunté.

-Ahora no hay. Es una historia eso de los médicos, porque nadie quiere venir, aunque además del sueldo nacional el gobierno del territorio está dispuesto a pasarle una asignación, y los vecinos a darle algo también. Cualquier médico joven, recién recibido, podría venir a Usuhaia, y sin gastos de ninguna especie, salir al poco tiempo con un capitalito para instalarse bien en otra parte... Esto está dejado de la mano de Dios.

Con los menores pasa una cosa análoga. Cuando la Gobernación tenía el aserradero, traje algunos que aprendieron un oficio, se acostumbraron al trabajo, y hoy tienen platita ahorrada... Pero ahora no hay ocupación que darles...

Me mostró algunas embarcaciones hechas allí, con madera del territorio, la abandonada fábrica de conservas, la escuela, en que se educan los hijos de los pobladores y algunos indiecitos e indiecitas, y como ya era hora de almorzar, nos encaminamos a su casa.

Estábamos tomando el café y haciendo proyectos para la tarde: una visita al cementerio, que se ve sobre la costa, a algunas cuadras del pueblo, rodeado por una alta y tupida cerca de postes; una ascensión a la montaña más accesible, para abarcar desde allí el panorama, el elevado monte Olivia, la península, la bahía, cuando una de las niñas dijo:

-¡El Villarino!

El transporte entraba, en efecto, a Usuhaia cortando las aguas empañadas por la lluvia menuda que las azotaba. Un silbido, como un grito, nos saludó.

Mientras fondeaba, tuvo tiempo Godoy de llamarme la atención sobre un juego de muebles construidos con madera de fagus, que, a pesar de algunos años de servicio, se conservaban tan sólidos como el primer día.

Presentaban muy buen aspecto, y eran una acabada demostración de la bondad del material. Mostrome también una fotografía de legumbres de enorme desarrollo obtenidas en la quinta de la Gobernación, y que prueban la fertilidad del terreno.

-Espero semillas de un trigo especial para climas muy fríos, con el que haré un ensayo este año. Si da resultados, será ésa una importante conquista para Tierra del Fuego.

En seguida nos dirigimos al muelle, donde no tardaron en desembarcar algunos de mis compañeros de viaje.

-¿Cuándo salimos? -pregunté.

-Esta misma tarde. Se han cargado todos los postes en Lapataia, y no nos queda nada que hacer aquí...

El gobernador aprovechó la ocasión para proponerme de nuevo una permanencia más prolongada en Usuhaia.

-Espere al otro transporte... Lo trataremos muy bien.

Librodot

-Gracias, comandante. Quiero ver la Isla de los Estados, y probablemente me quedaré en San Juan.

-Aquí estará mejor, y tendrá más datos.

-Mejor, no lo dudo; pero más datos, ¡quién sabe! Aquello, al fin, es más curioso y menos conocido que esto...

- XXVI -
Borrones de la cartera

Antes de embarcarme en el Villarino para seguir viaje con rumbo a la Isla de los Estados, séame permitido poner en orden las notas y observaciones que he ido agrupando en mi cuaderno de apuntes, a medida que se me han presentado. Ampliaré varias hojeando algún libro, al pasar, y dejaré por ahora otras que tienen mejor colocación en las páginas que han de referirse a sitios en que esas observaciones se han desarrollado. No seré prolijo, aunque crea que cuanto sirve para el conocimiento de estas apartadas regiones interesa a los que se ocupan del porvenir del país.

Aunque la Tierra del Fuego argentina no sea tan extensa como fuera de desear, gracias a la curiosa operación que la partió, no por el eje, sino por el meridiano de 68º 36' 38", que casi viene a ser lo mismo, presenta los más variados aspectos. Su superficie utilizable está amenguada por asperezas que se convierten en sierras y en altas montañas, sobre todo al oeste y en el centro, de donde bajan numerosos ríos, arroyos, torrentes e hilos de agua, que van a perderse en el Atlántico o en los caprichosos canales que la rodean. Entre estas asperezas, desde una altura de mil trescientos pies, bajan hasta el llano, muy poco extenso, los bosques seculares que constituyen hoy la mayor riqueza de la isla. La selva, eternamente verde, crece a menudo sobre la roca viva que poco a poco va cubriendo con sus despojos otoñales, mientras en el llano -quizá levantado del fondo del mar- arraigan pastos excelentes para la cría de animales, sobre una espesa capa de turba que mide a veces más de dos metros. Las rocas porfídicas y esquistosas y las colinas de gres y de granito que se levantan sobre el canal del Beagle, están coronadas de árboles...

La población, que tarda para la parte sur, afluye a los llanos del norte, y llegará en mayor número ahora, después del remate de tierras públicas efectuado este año, con tanto éxito, en que se alcanzaron tan elevados precios y que ha entregado a la industria privada una gran extensión que comenzará a fructificar en breve. Los lectores están informados del número e importancia de los establecimientos ganaderos fundados ya, y que han de triplicarse, por lo menos, antes de dos años.

El buen resultado de la cría de ovejas atraerá indudablemente a muchos hombres de trabajo, y la explotación de los bosques, cuando se piense en organizarla y reglamentarla de acuerdo con las exigencias del clima -y no aplicando los mismos principios acertados en el Chaco, pero ridículos en el extremo austral-, los llevará en mayor número aún, pues es sabido que los campos de Tierra del Fuego, como los de Patagonia, no soportan sino una cantidad determinada de animales, lo que tiene que limitar el número de sus pastores.

Librodot

Dejando de lado la ganadería, cuyos productos figurarán dignamente en la próxima exposición, pues aparte de los que la gobernación del territorio se prepara a enviar, hállanse en Buenos Aires los que con ese objeto trajo mister Bridges en su último y desgraciado viaje -muestras de lana, cueros, etc.-, la isla posee otras riquezas que por sí solas bastarían para asegurarle un hermoso porvenir, como sus bosques, sus minas, sus viveros de peces, crustáceos y moluscos, sin contar las ballenas que pueblan sus canales y los anfibios que habitan en sus costas.

Las ballenas, que no son perseguidas, porque no es fácil burlar la prohibición de su pesca, vagan en número sorprendente hasta en los sitios más frecuentados, como ser en los alrededores de Usuhaia, y podrían comenzar a utilizarse, sometiendo a los pescadores a una reglamentación que impida la extinción de esos cetáceos. En cambio, la foca desaparece, a pesar de todas las medidas escritas que se han tomado para evitar ese mal.

A hurtadillas y con impunidad completa, pues se necesitaría gran número de embarcaciones rápidas para hacer la eficaz policía de las costas, los loberos han hecho en todo tiempo y hacen aún, cacerías inconsideradas, destructoras y terribles del anfibio, matándolo en todas las épocas y a todas las edades, sin pensar en mañana, y de tal manera que dentro de poco no quedará uno solo en toda la extensión de la isla. Hoy mismo podrían contarse los que restan, salvados de la destrucción en alguna oculta roquería...

La nutria, cuya piel se estima también, aunque no tanto como la de la otaria joven, está corriendo la misma suerte que ella, y desaparecerá o irá a refugiarse en los islotes menos frecuentados del sur del Beagle, a donde los loberos se dirigen en busca del lobo de dos pelos, ahuyentado no sólo por los cazadores, sino también por el lobo-león, más fuerte que él, y que ocupa en paz las roquerías abandonadas, porque su escaso valor le sirve por ahora de escudo.

Como la foca y la nutria, el guanaco que antes pululaba en Tierra del Fuego, comienza a escasear también, y cada vez queda más lejos la época en que no temía al hombre, se acercaba curioso a sus campamentos y amanecía en los corrales o en los palenques, mezclado a los caballos... En la isla Navarino los hay todavía, acompañados como en la isla mayor, por el zorro, que -ése sí- no lleva miras de desaparecer, gracias a lo poco solicitada que es su piel; no hay zorros azules...

La fauna no es ni muy rica ni muy variada en tierra, pero en cambio, lo es hasta el extremo en el mar. Después del guanaco, la nutria y el zorro, que es de dos clases, cuéntase un murciélago, una especie de ratón, dos ratones y un ctenomys aliado o idéntico al tucu-tucu, ese interesante roedor subterráneo a quien los jinetes deben tantas rodadas desde el Brasil hasta el extremo austral de América... En su aspecto y costumbres es igual al que habita al norte, en los países templados, descripto por los naturalistas, y que conocen cuantos han andado por nuestros campos...

si se han dado la pena de buscarlos en su agujero.

Las aves que viven en la isla o la frecuentan, comienzan en el cóndor que acude desde los Andes, con las inmensas alas desplegadas, para acabar en el minúsculo pájaro-mosca. Ánades, cormoranes -los felinos del mar-, buitres, halcones, pingüinos, albatros, petreles, loros, reyezuelos, papamoscas, habitan los bosques a las orillas del mar; en cambio, no hay reptiles, ni sapos, ni lagartos; los mismos escarabajos son poco numerosos, y apenas se observan unas cuantas moscas y abejas. Darwin, al hablar de esto, señala el contraste que existe entre el clima y el aspecto general de Tierra del Fuego y Patagonia, presentando la entomología como ejemplo notable de ello: «Creo -dice- que esas dos comarcas no poseen

Librodot

en común una sola especie, y es seguro que el carácter general de los insectos es completamente distinto.»

Los habitantes del agua se cuentan por millares de especies, que desde la ballena van hasta los caracolillos que pueblan a millones las ramas y las hojas del cachiyuyo, esa alga gigantesca que algún día ha de utilizar la industria para extraerle el yodo que contiene, como se hace en tantas costas europeas. Para enumerar los diversísimos seres cuya vida animan los canales, las ensenadas, las caletas, todos las rincones en que reina la onda fecunda, sería menester un libro entero, y un libro fastidioso para los no especialistas. Darwin se quedaba admirado de aquella variedad y aquella profusión, que es incomparable contraste con la poca vitalidad animal que se observa en los bosques, los valles y las montañas de la isla.

En cuanto a la flora, además de los árboles y arbustos que se han nombrado antes, hay numerosas plantas, musgos, líquenes, criptógamas, que cubren la espesa capa de turba, ese curioso producto vegetal que en muchas partes del norte de Europa, y en las mismas islas Malvinas, se aprensa y se seca para utilizarlo como combustible.

Según Darwin, la turba se forma con los detritus de una planta, la Astelia pumila, ayudada por la Donatia magellanica. Dice que las hojas nuevas se suceden siempre en torno del tallo como alrededor de un eje; las hojas inferiores se pudren pronto, quedando enterradas, de tal modo que si se cava la turba para seguir el desarrollo del tallo, pueden observarse hojas fijas aún en su lugar y en todos los grados de la descomposición, hasta que hojas y tallo se unen en una masa confusa.

No son estas plantas solas las que producen la turba, y el célebre sabio añade a ellas un mirto rastrero (Myrtus nummularia) de tallo leñoso, que da bayas azucaradas, el Empetrum rubrum, parecido al brezo, y el Juncus grandiflorus, plantas que, también, son casi las únicas que crecen en los terrenos pantanosos.

«En las partes más altas del territorio -dice- la superficie de la turba está entrecortada por pequeños charcos que se hallan a diferentes alturas y que parecen ser excavaciones artificiales. Hilos de agua que circulan bajo el suelo completan la desorganización de las materias vegetales y consolidan el todo.

»El clima de la parte meridional de América -añade- parece especialmente favorable a la producción de la turba. En las islas Falkland, todas las plantas, hasta la yerba grosera que cubre casi toda la superficie del suelo, se transforman en esa substancia, cuyo desarrollo no detiene ninguna situación; algunas capas de turba tienen hasta 12 pies de espesor, y las partes inferiores se hacen tan compactas, cuando se las pone a secar, que es difícil quemarlas. Aunque, como acabo de decirlo, casi todas las plantas se transformen en turba, la Astelia es la que constituye la mayor parte de la masa. Hecho notable, cuando se considera lo que pasa en Europa: no he visto nunca, en la América meridional, que el musgo contribuya por la descomposición a formar la turba. En cuanto al límite septentrional del clima que permite la lenta descomposición necesaria para producir la turba, creo que en Chiloé (41 a 42 grados de latitud sur), no hay ya turba bien caracterizada, aunque haya mucho aguazal; en las islas Chonos, por el contrario, tres grados más al sur, acabamos de ver que existe en abundancia. Sobre la costa oriental en el Río de la Plata, a los 35 grados de latitud, un residente español que había estado en Irlanda, me ha dicho que siempre buscó esa substancia pero sin poder encontrarla. Me mostró como lo más análogo que había descubierto, un mantillo negro turboso, tan lleno de raíces, que ardía lenta, pero incompletamente.»

Librodot

Los turbales, blandos, que ceden bajo el pie, y hacen penosa la marcha, cubren casi todo el sur de la Tierra del Fuego, y la Isla de los Estados tiene la roca de su base vestida por ella.

Afortunadamente, no se necesita allí como combustible, pues aparte de sus colosales bosques, la Tierra del Fuego posee minas de carbón, cuyos productos acaban de ser ensayados con todo éxito y que parecen ser superiores a los lignitos de Coronel (Chile), que utilizan los transatlánticos de la carrera del Pacífico. Dichas minas están cerca de costas, casi a raíz del suelo, y constituirán una gran riqueza si son tan abundantes como se cree. El carbón en Tierra del Fuego cambiará en breve espacio la faz de aquellas regiones, dándoles más intensa vida propia, y atrayendo la civilización y el intercambio comercial, por poco que pueda competir con los productos similares de las cercanías.

En cuanto a minas, se me ha asegurado que existen también de níquel, próximas a puertos, y algunas de hierro; pero no he visto muestras. Como ya se sabe, Tierra del Fuego cuenta, además, con fuentes de aguas minerales, sulfurosas y ferruginosas, que se enviarán en breve a Buenos Aires para ser analizadas.

Minas de oro propiamente dichas no las hay, pero las playas auríferas abundan y algunas son de gran riqueza, si se las explota con máquinas perfeccionadas. El oro que se encuentra en ellas procede del fondo del mar, y Popper ha escrito páginas brillantes acerca de lo que podríamos llamar su acarreo. En obsequio a la brevedad, las transcribiré, despojándolas de sus galas.

En las regiones mineras las pepitas son generalmente arrastradas por ríos o arroyos que las arrancan del cuarzo y las llevan hacia el mar; en Tierra del Fuego, por el contrario, las olas arrancan el oro de las profundidades y lo impelen a las playas...

A lo largo del litoral atlántico hay extensos bancos submarinos, a veces de muchas millas de ancho, restos de montañas que desaparecieron en pasados períodos geológicos; son depósitos enormes de piedras, cascajo y arena, constituídos por cuarzo y cuarcita, pórfidos graníticos y felsíticos, por diorita, serpentina, sienita, traquita y anfibolita, en los que abunda el óxido de hierro magnético, el hierro titánico, las piritas de hierro, y en los que se hallan diseminados en pequeñas proporciones, granates y rubíes diminutos, escamitas de platino y pepitas de oro. Este oro, esparcido en la inmensa masa de los residuos minerales que lo envuelven, sería difícil de extraer de las profundidades en que se encuentra, y estaría perdido para la humanidad, si las olas del océano, si la naturaleza misma no se encargara de ponerlo al alcance del hombre.

Al examinar estas arenas se ve brillar entre el hierro magnético que las constituye, partículas más o menos abundantes de oro, desde el tamaño de un grano de maíz hasta el de una escamita imperceptible, microscópica, cuya ley es de 850 a 900 milésimas de fino.

Según el mismo Popper, la cantidad de oro sacado de las playas auríferas fueguinas hasta 1891, ascendía a más de seiscientos mil gramos, de los que ciento setenta mil entraron en nuestra Casa de Moneda y noventa mil fueron enviados a Hamburgo por Wehrhahn, de Punta Arenas. Los trescientos cuarenta mil restantes fueron substraídos ilegalmente por aventureros del Magallanes.

Hoy se trabaja en el establecimiento de El Páramo, al norte de San Sebastián, fundado por Popper y de propiedad de don Juan Fernández.

Hay oro también sobre el canal del Beagle, en Sloggett, por ejemplo, donde está formándose una pequeña población, todavía muy móvil, muy accidental, en torno de una modesta casa de comercio, quizá núcleo primero de un pueblo importante en el futuro.

Librodot

Un clima relativamente benigno que, sin grandes dificultades, sobre todo en primavera, verano y otoño, permite su explotación, da mayor precio a estas riquezas, a las que hay que añadir las que producirá el comercio de manga ancha que se practica en el territorio, y que no es indudablemente la menor. Pero, ¿qué puede exigirse de mercaderes cuyo destierro los pone ya casi fuera de lo normal? ¿Por qué medirlos con el cartabón de los grandes centros, cuando están donde la ley no impera?...

Son los descalificados de la exigente sociedad actual, los que saben por dolorosa experiencia que el dinero es el eje único de la vida moderna, y que el pobre lucha en un circulo vicioso, sin poder arrancarse nunca de él; para salir de la pobreza es necesario tener un punto de partida, vale decir, un principio de fortuna, un capital más o menos pequeño; sin eso todo está cerrado, clausurado, y lo único que se puede lograr es un empleo, una ocupación que cada día dé lo necesario para comer. Con qué amargura abandonan entonces los grandes centros de acción para ir a los últimos límites poblados, y con qué avaricia, con qué ávido furor aprovechan todos los beneficios, lícitos o ilícitos, que se les presentan, abusando del trabajo de los débiles, vendiendo caro y malo, envenenando a indios y marineros, prestándose a todos los comercios, al contrabando, a la piratería, al merodeo, a la usura, con un desenfado que favorece la escasez misma del público y lo común de esa elasticidad de conciencia. Si sufrieron en las ciudades, por la ínfima categoría que ocupaban y por la impotencia que los consumía, toman la revancha, y se gozan en ella, poniendo el pie sobre el cuello de los que están debajo. Hacen dinero, se forman ese capital que será varita mágica en sus manos, ideal único de sus horas de meditación, ensueño de sus sueños. ¿La conciencia? ¡Oh!, la conciencia se hace más ancha a medida que el dinero de la caja crece.

Luego, cuando la suma se redondee bien, habrá tiempo de modificar una moral sobrado estrecha ya en estas latitudes; mientras tanto, hay que dejar de lado convencionalismos y mojigaterías... Cuando se habla de un pioneer del extremo austral, no es bueno darle carta de honradez sin previo examen, si el que la otorga quiere preocuparse de la verdad. Ni hay tampoco que vilipendiarlo. Es un producto lógico de la civilización, una creación absolutamente suya. Los cómicos de la legua representan en los teatros de campaña los mismos papeles que los grandes artistas en los lujosos coliseos de las ciudades. Y luego, ¿quién puede afirmar que no tendrá que convertirse en pioneer de esa misma especie, si la rueda de la fortuna voltea de mal lado?...

Pero a ellos se deberá en gran parte, y a pesar de todo, el adelanto de esa región que explotan a sabiendas y protegen inconscientemente, y nadie ha de disputarles el mérito de haber ido como vanguardia adonde pocos se atrevieron a llegar, atemorizados por las exageraciones que rodeaban de misterio a la isla. Los naufragios, las penalidades, el hambre, el frío mortal... ¡Cómo se reirán de esas consejas los que dentro de algunos años vayan a veranear en las costas del Beagle, junto a las verdes selvas de la Onaisín!...

Las inclemencias del clima no llegan al extremo que se ha dicho, y las demás amenazas que se han puesto como cordón sanitario alrededor de la isla, son simples patrañas de viajeros deseosos de dar proporciones de sacrificio a un paseo más o menos arduo, o de habitantes y frecuentadores interesados en reservarse la exclusividad del territorio durante un tiempo más o menos largo... hasta que la luz se hiciera. Baste decir que la nieve es escasa, y que aun en pleno invierno deja a descubierto la yerba. Ya Darwin trató de

Librodot

desvanecer estos errores, publicando un cuadrito comparativo de la temperatura media de Tierra del Fuego e Islas Malvinas, y la de Dublín, que es el siguiente:

	Latitud	Temperatura del verano	Temperatura del invierno	Media del invierno y el verano
Tierra del Fuego	53º 38 S	+10º	+0º 6	+5º 12
Malvinas	51º 30 S	+10º 5	--	
Dublín	53º 21 N	+15º 12	+0º 8	+9º 46

«Esta tabla nos indica -añade el sabio- que la temperatura de la parte central de la Tierra del Fuego es más fría en invierno y más de 5º centígrados menos caliente en verano que la de Dublín. Según von Buch, la temperatura media del mes de julio (que no es el más caluroso del año) en Sandfjord, en Noruega, se eleva a 14º 3, y ese lugar está 13 grados más cerca del polo que Puerto Hambre.»

Según mis datos, la temperatura media de Usuhaia es de 6º 5 en primavera, de 10º 4 en verano, de 6º en otoño y de 0º 66 en invierno.

Estos últimos números son bastante exactos, y siento no haber podido completarlos con las observaciones de los salesianos establecidos en Río Grande, el Río Pellegrini de Lista.

Y, a propósito de esta comunidad religiosa: instalada sobre el citado río, al norte de donde desemboca en el Atlántico, ocupa los terrenos reservados para pueblo, y ha levantado grandes galpones, donde asila a unos cincuenta niños indígenas de ambos sexos. Alrededor de la misión, que no tiene industria alguna, viven en toldos, como en el estado salvaje, diez o doce familias más, que no están sujetas a régimen y que continúan con sus usos y costumbres tan nómadas como antes.

Cuatro años hace que están allí los salesianos, sin que sus beneficios se hayan hecho notar sobre los indios.

Los terrenos que usufructúan son los más apropiados para el establecimiento de la nueva capital fueguina, que es urgente sacar de Usuhaia. Este pueblo se encuentra, en efecto, en un extremo del territorio, casi en el ángulo que forma la línea divisoria con el canal del Beagle, y si la capital de un país poblado y civilizado que cuenta con telégrafo, ferrocarriles, etcétera, puede hallarse como si dijéramos arrinconada, semejante cosa es perjudicial en una comarca en que todo está por hacer y en que la falta de caminos alarga de un modo inconmensurable las distancias.

La capital de Tierra del Fuego debe estar ubicada en un terreno cuya extensión y productos basten al sustento de la población y a su crecimiento, y que se halle muy al alcance de los otros centros poblados.

Río Grande, al revés de Usuhaia, reúne dichas condiciones.

Facilitaría la traslación de la capital, la formación de una colonia en el valle del Río Grande, cuyo suelo es favorable. Esa colonia, por su situación, tendría un hermoso porvenir; tanto más cuanto que el río es navegable hasta para buques de algún calado. Su valizamiento, que es urgente, porque el puerto es frecuentado por muchos barcos de vela y algunos de vapor, puede hacerse fácil y económicamente, pues bastarían tres señales para dejar bien determinada la entrada del río.

Como complemento necesitaríase un camino que ligara el valle con San Sebastián, y dos puentes, uno sobre el San Martín y otro sobre el Carmen Sylva, ríos que hoy dificultan

Librodot

en grado sumo las comunicaciones, así como también dos nuevas comisarías, una en el valle mismo y otra a inmediaciones del cabo San Pablo, sobre el Atlántico.

El interés que despierta la Tierra del Fuego, está demostrado materialmente por el precio que han obtenido los lotes sacados a remate, y científicamente, por las comisiones de exploradores que la visitan a menudo. Las últimas que han estado fueron: en febrero de 1896 la compuesta por los señores doctor F. Lahille, doctor Nicolás Alboff, Carlos Lahitte y E. Beaufils, que permanecieron hasta abril, y un mes más tarde la de Otto Nordenskjöld, en que iba el doctor Pedro Dusén y el señor Hjelmer Ackermann. En Diciembre de 1897 la visitó también el Bélgica, a cuyas primeras desventuras me he referido ya.

Y ahora, ¡a bordo!

- XXVII -
De Usuhaia a Buen Suceso

Los escasos pasajeros del Villarino se habían dispersado por la capital fueguina, sin preocuparse mucho de la lluvia menuda que continuaba cayendo. Pisar tierra firme es el afán de cuantos viajan por agua, cansados de la perpetua inestabilidad del barco; de modo que aprovechaban los cortos momentos que el transporte iba a permanecer en la bahía, para andar por el enlodado suelo de Usuhaia. Cierto que aquel barro no es como el de Buenos Aires, engrudo adherente y repugnante, sobre el que patinan hombres y animales, embadurnándose de pies a cabeza; un instante después de haber pisoteado verdaderos lodazales, no queda en las botas más seña de ello que la helada humedad que se infiltra por las costuras y por el cuero mismo, con un poder invencible de penetración...

El comandante Murúa tenía prisa -siempre la tiene-, de tal modo que sus viajes son un modelo de rapidez, aunque su barco sólo ande diez millas por hora. Aguardaba para zarpar, que la correspondencia oficial de la Gobernación estuviese a bordo; así es que no tardamos en embarcarnos para correr hacia el este, salir del canal del Beagle, y tocar al término de nuestro viaje de ida.

La despedida de Usuhaia fue cordial y afectuosa. Aquellos buenos desterrados consideran un acontecimiento la llegada mensual (a veces) del transporte, y se complacen en agasajar a los viajeros, ayer desconocidos, como si fueran viejos amigos. No los ven partir sin sentimiento, y en el fondo sentirán como una esperanza que escapa, como una visión de otras comarcas y otros centros que se desvanece con ellos.

Zarpamos.

Mis compañeros me rodeaban acribillándome a preguntas, dándome noticias, estrechándome las manos, como si hiciera mucho que no nos veíamos; tanto estrecha la vida en común en aquellas soledades.

Los postes para el telégrafo patagónico se habían cargado en Lapataia sin tropiezo alguno y con mucha rapidez, gracias a la buena voluntad de la tripulación del transporte y

Librodot

de los empleados y peones del aserradero. Las bodegas estaban atestadas de palos, y Funes rebosante de satisfacción, pues la sección a él encomendada podría comenzarse esta misma primavera; no resultaba, pues, inútil su viaje, y su actividad tenía recompensa en esa nueva probabilidad de éxito para la obra.

Por desgracia, parece que la primera sección, en el norte de Patagonia, presenta graves dificultades que el comandante Leroux acaba de exponer al Gobierno, y que no serán fáciles de vencer. Recorriendo este jefe la parte de la línea telegráfica futura que está a su cargo, ha tenido que atravesar vastas extensiones sin agua, donde por ahora es imposible el establecimiento de oficinas, pues los telegrafistas y guardahilos se morirían de sed (37). Pero siempre habrá modo de hallar un sesgo al inconveniente, que en realidad es inmenso, pero que no debe de privar a la Patagonia de un servicio cuya existencia colaboraría tan eficazmente a su progreso. Si la dificultad es grande, mayor aún es la necesidad de que ese telégrafo exista, militar y socialmente... Dentro de poco, Chile habrá terminado de tender sus hilos hasta Punta Arenas, aunque la obra no sea mucho más fácil sobre el Pacífico que sobre el Atlántico.

-El gobernador Godoy -díjome el comandante Funes- ha accedido a enviarme con el transporte Usuhaia, que está al servicio de la Gobernación de Tierra del Fuego, dos mil quinientos postes a Coy-Inlet; a San Julián, donde se necesitan dos mil seiscientos, llevará mil seiscientos, y a Gallegos mil. A Santa Cruz habrá que enviar dos mil seiscientos también.

Con estas remesas basta y sobra para dar comienzo a los trabajos, pues mientras éstos se lleven adelante será facilísimo completar el número de postes que se necesita para toda la sección.

Algunos compañeros habían aprovechado la permanencia en Lapataia para emprender una cacería de animales alzados, sobre todo de un buey gordo, famoso por lo inabordable... Llegaron al lago Jacinta, del que sale el río, y hallaron en él cisnes y patos de agua dulce, pero no tuvieron la más mínima noticia del buey ni de los carneros cimarrones que, sin embargo, abundan. Hay que poseer muy buenas piernas y decidirse a recorrer enormes distancias por los fatigosos turbales, si se quiere obtener algo.

En cambio, podían ampliar mis informes a propósito del Bélgica.

El barco explorador tenía mala suerte. Hallándose frente al depósito de carbón, y aunque estuviera fondeado a dos anclas, el viento y la corriente lo hicieron garrear, y tan en peligro se vio, que pidió auxilio con la sirena.

-Debe haber sufrido averías -me dijeron.

-¿De consideración?

-No se sabe, porque su gente no ha dicho nada.

Decididamente los expedicionarios andaban en la mala desde mucho antes de comenzar la parte realmente difícil de su viaje. ¿Qué les habrá ocurrido entre los témpanos del sur? Nada puede conjeturarse todavía, pero la falta de informes, a pesar de que llevaron palomas mensajeras de Punta Arenas, no es seguramente un buen indicio...

Más tarde, y en la Isla de los Estados, iba a hallar nuevas huellas del buque, cuya última recalada conocida es la de San Juan del Salvamento.

Hacia allá nos dirigíamos, y poco después íbamos a dejar atrás la Tierra del Fuego, donde en 1889 sólo había 282 ovejas, que hoy llegan a la cantidad ya consignada.

Seguimos el canal, entre la isla mayor y la de Navarino, una de las grandes del archipiélago que hormiguea al sur, y cuya avanzada es el Cabo de Hornos.

Librodot

No tardamos en llegar a la península generalmente creída isla de Gable, desde donde comienza a ensancharse el canal que, pasando la isla Picton, termina en pleno océano.

Gable es una tierra privilegiada, con hermosísimos paisajes y -lo que es más positivo- excelentes pastos. Allí está la instalación de mister Bridges, oculta a los que pasan por el canal, con las tierras altas de la península. Su estancia y almacén están situados en el punto en que la península se une a tierra con un pequeño istmo bajo, que las altas mareas han de cubrir en ocasiones, pero que tiene vegetación.

Los panoramas que allí presentan las altas colinas, los verdes vallecitos y hondonadas pobladas de árboles que aquí y allá forman grupos que más lejos se convierten en bosque, pasando el arroyo de aguas cristalinas que corre oculto bajo una enramada de plantas acuáticas, son de veras dignos de un gran pincel, sobre todo por la luz diáfana y cariñosa que en el verano los envuelve.

El establecimiento del señor Bridges, con ramificaciones en Cambaceres, isla Picton, etc., posee, además de la cría de ganado, otras industrias lucrativas, como el comercio de artículos de primera necesidad, un pequeño aserradero que pensaba ensanchar, haciéndolo a vapor, para lo cual ya había echado los cimientos de nuevas casas, un conato de grasería, etc., etc. Los edificios están rodeados de huertas y jardines, que dan flores y legumbres a la pequeña colonia, en que las hijas y los hijos del antiguo misionero trabajan a la par, con el ardor de los que encuentran al mismo tiempo diversión y utilidad en el trabajo.

Haberton, que así se llama el puerto, tiene un muellecito y un malecón de piedra, que le dan el aspecto de uno de esos establecimientos industriales de las márgenes de nuestros grandes ríos en la provincia de Buenos Aires.

Los argentinos han quedado sin puerto sobre la entrada del canal del Beagle, mientras Chile lo tiene en la isla Picton, justamente en la boca del mismo, allí donde desembarcaron los desgraciados misioneros ingleses con Allen Gardiner a su cabeza... Pasamos la isla, navegando con tiempo excelente, pero ya algo nebuloso y frío. Corriendo más al este, seguimos sin detenernos frente a la Isla Nueva, tras de la cual se extiende el océano abierto, inmensa planicie de color de acero que disminuía la niebla indecisa, como un velo tenue.

En Sloggett vimos con el anteojo algunas carpas de mineros, pobre gente que busca sin tregua las pepitas de oro ocultas en la arena.

Más allá, Bahía Aguirre, escenario del último acto del drama de padecimientos y de muerte desarrollado en 1851, se presentó a nuestro paso y pronto lo dejamos atrás, navegando a todo vapor, sobre las aguas ya más agitadas que las del canal abandonado poco antes.

Desde allí podríamos, en rigor, haber visto el Cabo de Hornos, si no se interpusiera la isla Deceit; pero abarcábamos en cambio toda aquella zona oceánica, tan temida por los barcos de vela, juguete de las poderosas corrientes, de los bruscos cambios del viento y del formidable oleaje y los remolinos que se levantan cuando luchan encontrados el viento y la corriente...

Habíamos pasado frente al sitio en que ocurrió el naufragio del explorador Bove, situado entre Punta Herse y Punta María.

Este siniestro se produjo el 31 de Mayo de 1882. El San José estaba tan en peligro, que se resolvió echarlo a tierra, para salvar la tripulación y el cargamento. Bove cuenta aquellas dramáticas escenas del siguiente modo:

Librodot

«El aspecto de la tierra situada a sotavento, era desalentador. Por lo que podía verse desde lo alto de la arboladura, parecía que de Punta Herse a Punta María no hubiera sino una línea de escollos.

»¡Cuán lejos de la costa se había producido el primer choque del barco!...

»A las tres de la tarde resolvimos hacer la peligrosa prueba; era la hora de la marea alta. Preparose en un instante una pequeña balsa que, con algunos barriles de galleta y carne salada, fue colocada sobre cubierta para que la utilizaran los sobrevivientes si el buque no lograba alcanzar la costa.

»La conducta de la tripulación fue, en tan difícil trance, digna del mayor elogio; cumpliéronse las órdenes con eficaz rapidez, y cuando se oyó la voz de mando: ¡Larga la cadena! ¡Iza la trinquetilla!, ejecutose la maniobra como si se tratara de llegar a la bahía en viaje de placer y no forzados al naufragio.

»El marinero Jemmy Howard se dejó atar valerosamente al timón, con dos cuchillos al alcance de las manos para que pudiera cortar sus ligaduras apenas fuese innecesario su trabajo.

»Nunca podré olvidar al bravo Jemmy, fijo en el timón, con los ojos clavados en el que mandaba la maniobra, repitiendo sus órdenes, palabra por palabra:

»-Steady, Jemmy!

»-Steady, sir!

»-All right, Jemmy!

»-All right, sir!

»Del fondeadero a la costa hubiéramos llegado en cualquier otra ocasión como una luz, pero entonces nos parecía tardar una eternidad.

Entre el abandono del ancla y el choque de la nave contra tierra, pasamos momentos de agitada expectativa; a cada instante temíamos ver el barco detenido por algún banco; pero con la mayor sorpresa y gozo se pasó el primer escollo y luego el segundo, volando sobre las olas, sin choques, sin sacudidas... La angustia creció, sin embargo, cuando -acercándonos a tierra- vimos las olas rompiendo contra las altas rocas sobre las que nos precipitábamos... toda esperanza de salvación desapareció por un instante... Pero la suerte nos favorecía; precisamente en el camino del buque, la barranca se plegaba un poquito, dejando entre ella y el mar algunos metros de arena en que la nave fue a enterrar su proa quedando el bauprés a pocos centímetros del precipicio. Un instante después la San José quedó tumbada sobre el flanco izquierdo, el bote de estribor hecho pedazos, y todos los objetos sueltos fueron desalojados de la cubierta.

Pero antes de que sobreviniera otra ola, nos reunimos en una hendidura de la barranca, con el mar a nuestros pies y una muralla de doscientos metros de altura sobre nuestras cabezas. La hendidura era de arenisca y a cada momento amenazaba desplomarse como una avalancha. Por fortuna, sólo al día siguiente se precipitó al mar...»

Cruzamos frente a Bahía Valentín, y haciendo rumbo al nordeste nos dirigimos a Buen Suceso, última etapa nuestra en Tierra del Fuego.

Fondeamos allí. El Estrecho Lemaire se presentaba a nuestra vista, bastante agitado.

Ese Estrecho que los Nodales llamaron de San Vicente por haberlo visitado el 22 de diciembre de 1619, y que la Concordia de Horn descubrió el 25 de enero de 1616, bautizándolo con el nombre de Lemaire, tiene por término medio un ancho de treinta kilómetros, y sólo está limitado al este por la angosta extremidad occidental de la Isla de los Estados.

Librodot

-Nos hallamos en Ash Paltn.

-¿Cómo? ¿No decía usted que ésta es la bahía del Buen Suceso? La carta náutica...

-Sí; pero los onas la llaman Ash Paltn.

-¡Ah!

Lástima carecer de medios para emprender una excursión por el lado oriental de la isla; pero los transportes nacionales recalan pocas veces en sus puertos -casi nunca más que en San Sebastián-, y eso en su viaje de retorno, porque a la ida se internan en el Estrecho, fondean en Punta Arenas y costean la isla por el oeste, haciendo innecesariamente un trayecto larguísimo por aguas no argentinas, en detrimento de las nacientes poblaciones del este.

Pero el ingeniero Tapia, que en aquellos días debía estar midiendo los terrenos últimamente vendidos por decreto de marzo 30 de 1897, me había prometido detallados informes sobre la zona comprendida entre el cabo Espíritu Santo y el río Grande, y con ellos podría salvar en parte la deficiencia, inevitable por la falta de elementos.

Y llegado a Buenos Aires, en efecto, el señor Tapia ha tenido la bondad de comunicarme tan interesantes datos, completados con atinadas observaciones personales, que me servirán aquí de complemento a lo ya dicho.

Las cincuenta y seis leguas fueron medidas y entregadas a los compradores dentro del plazo señalado por el decreto -a seis meses del remate-, menos el lote 40, del que, por hallarse ausente el apoderado del propietario señor Pietranera, no pudo, dársele posesión.

Según los minuciosos informes suministrados por el ingeniero Tapia, el campo vendido es en general de pastos buenos y variados, excepción hecha de un lote situado en el centro de la bahía de San Sebastián, que es un arenal cubierto de mata negra y salpicado con depresiones salitrosas que en las grandes mareas se convierten en lagunas.

Los pastos son abundantes y variadísimos en los valles de los ríos, arroyos y chorrillos que forman vegas de leguas de extensión, en dirección general de oeste a este, verdaderos oasis en que la yerba crece hasta sesenta y ochenta centímetros de altura. Entre ellas se distingue por sus dimensiones y fertilidad la del arroyo San Martín, que corre hacia el mar en la parte sur de la bahía.

En los terrenos altos, generalmente pedregosos, el pasto no es muy abundante.

Las aguadas son numerosas y se encuentran en todas direcciones. Las hay en forma de manantiales, de arroyuelos, de lagunas, de arroyos y de ríos. Son de agua dulce y cristalina, casi siempre de temperatura baja.

Los cursos de agua son generalmente pantanosos y de poca profundidad; en invierno se congelan, cubriéndose de una capa de hielo que en algunas partes llega a tener sesenta centímetros de espesor.

El río Grande, que tiene un ancho variable entre cincuenta y sesenta metros, hallábase a principios de mayo de este año (1898) a la altura del límite con Chile, cubierto con una capa de hielo de quince centímetros de espesor, que sólo dejaba libre el centro en un ancho de tres metros aproximadamente.

En muchos puntos del territorio, y sobre todo en las vegas, se encuentra agua a un metro bajo el nivel del suelo.

La topografía no es uniforme. El terreno en general es montañoso, con serranías o macizos paralelos que corren de oeste a este, entre los que existen grandes abras -valles de ríos y arroyos-, y a veces llanuras relativamente extensas, altas y bajas. El oeste tiene médanos más o menos elevados, y no es propiamente montañoso.

Librodot

En toda la extensión recorrida, salvo algunos puntos situados cerca del límite con Chile, y comprendidos en los lotes 23, 24 y 40 de los terrenos vendidos por el gobierno, no se ha encontrado un solo árbol; en ciertas faldas de cerros y médanos crece el calafate, arbusto tan abundante en Patagonia y Tierra del Fuego.

La mancha de bosque que se halla en el ángulo formado por el río Grande y el límite con Chile, es continuación del gran bosque chileno de La Matanza; los fagus que lo componen tienen una altura media de cinco metros y un diámetro de veinte centímetros.

El clima es frío en general. La temperatura media observada por el ingeniero Tapia, es de 8º centígrados en marzo, 4º en abril y 1º 5 en mayo. Estas observaciones son aproximadas, pues no tuvo ni tiempo ni ocasión de hacerlas exactas y detenidamente por la movilidad que exigen los trabajos de mensura.

Los vientos dominantes del oeste y sudoeste, son fuertes en primavera, verano y parte del otoño; en invierno la atmósfera permanece en calma. Generalmente las lluvias caen poco rato.

Pasando a otro orden de observaciones, el señor Tapia me comunica lo siguiente:

La Tierra del Fuego, principalmente en su parte chilena, está poblada de estancias dirigidas por caballeros ingleses, algunos de los cuales tienen también establecimientos en territorio argentino y en campos arrendados al Gobierno.

En los terrenos vendidos y que el señor Tapia ha entregado ya, existe una estancia denominada Sara, entre el extremo este de las sierras de Carmen Silva y el río del mismo nombre, lote 17, y a mediados de abril iba a comenzarse a alambrar todo el campo comprado por la señora Sara Braun de Nogueira, que tiene una extensión de 35.801 hectáreas, 30 áreas y 55 centiáreas, o sea catorce leguas y 801 hectáreas.

El territorio está cruzado por caminos que van de una a otra población, corriendo generalmente hacia el este e internándose hacia el oeste en territorio chileno, con salidas sobre el Estrecho de Magallanes a Punta Catalina, Punta Anegada, Río del Oro, Gente Grande, Porvenir, Bahía Inútil, etc., etc. Estos parajes de la costa chilena están en activa comunicación con Punta Arenas por medio de vapores correos y bastantes buques de vela.

Los caminos en cuestión desde la desembocadura del río Grande, son en su mayor parte carreteros.

La principal industria del territorio es la cría de ovejas de raza Lincoln, de tamaño extraordinario, que se reproducen admirablemente, dan lana abundante y larga, y recorren a millares los campos, alimentándose y reproduciéndose -cosa sorprendente- en zonas desprovistas de agua, tanto como en los lugares en que abunda.

El ingeniero Tapia ha recorrido tres veces el trayecto que media entre Punta Delgada, en el Estrecho, y Spreen-Hill, importante establecimiento del señor Mont E. Walles, en territorio chileno. En aquellas siete leguas no existe una sola corriente, ni una triste laguna de agua dulce. Sin embargo, allí hay millares de ovejas y dos o tres poblaciones de pastores; el ganado era sano, robusto, gordo, a pesar de todo.

Según el señor Walles, las ovejas beben si encuentran agua, pero prosperan si no la tienen, dando los mismos resultados que las que se hallan en una vega cruzada por un arroyo permanente. A su juicio, les basta con el rocío que por las noches se deposita en la yerba.

Los pastores recogen el agua de las lluvias en grandes estanques de hierro galvanizado pues de otro modo no tendrían cómo apagar la sed.

Librodot

Las ovejas de Tierra del Fuego son fuertes, y tan grandes como no las habrá en todo el resto del país. Los animales yeguarizos son escasos, pero las estancias tienen caballos suficientes para el trabajo, y tropillas para los viajes. Aunque haya terreno excelente para la cría de millares de vacas, ésta no se hace hasta ahora porque no hay mercado. Los hacendados se limitan a tener unas cuantas para formar bueyes, pues las carretas son indispensables en el territorio.

A la explotación del oro, ya amalgamado, ya en pepitas, se dedican sólo jornaleros y aventureros que buscan una fortuna tan rápida como incierta y que, creyendo encontrarla a cada instante, pasan meses y años malgastando una actividad que dedicada a cualquier otra cosa les daría indudablemente más provecho. Pero parece que el desencanto cunde.

En la costa del Páramo, por ejemplo, hay algunos que esperan desde hace dos años las borrascas que sacudiendo el mar arranquen el oro guardado en su seno, derrumben las barrancas a pico, y lleven a las playas o dejen a descubierto el codiciado metal. Dos años de esperanzas y de angustia...

En el territorio comprendido entre el Cabo Espíritu Santo, el límite con Chile, el Océano Atlántico y el Río Grande, los establecimientos son puramente pastoriles. La agricultura no existe aún. El señor Walles ha hecho un ensayo de siembra de alfalfa en terrenos abonados previamente, que no ha tenido éxito; después de varios años de cuidados, la alfalfa continúa baja y descolorida. Los sembrados hechos cerca de las poblaciones y al reparo del viento, son simplemente de hortalizas para el consumo, escasas y raquíticas. No hay árboles frutales ni forestales plantados por los pobladores.

Pero aunque la industria pastoril sea la más desarrollada en el territorio, no hay que creer fácil dedicarse a ella. Por el contrario, su implantación exige capitales bastante crecidos.

No basta con el dinero necesario para adquirir e importar los animales destinados a la cría; es indispensable poseer una vasta extensión de tierra, alambrarla y dotarla de instalaciones costosas.

En efecto, cada oveja ha de tener para su alimentación no menos de una hectárea de campo, pues de otro modo en la estación de los fríos y cuando el pasto escasea, enflaquecerían y morirían irremisiblemente. Unos cuantos miles de ovejas, pues, exigen otros tantos miles de hectáreas, si no se quiere correr a una pérdida segura.

Además, los hacendados establecidos allí, hombres prácticos y positivos, han adoptado el sistema de alambrar sus campos, encontrándolo más económico que el de tener numeroso personal para cuidar sus majadas.

Éstas andan siempre libremente, sin que se las recoja en corrales o rodeos como se acostumbra en la provincia de Buenos Aires, y los pastores se limitan a recorrer los campos observándolas. Allí permanecen meses enteros, sin que se las moleste sino para la esquila, la curación de la sarna, la formación de tropas, u otras causas accidentales.

Los alambradas se construyen con madera de los bosques fueguinos y son de nueve alambres.

Todas las estancias tienen que poseer instalaciones completas para esquilar, bañar las ovejas y enfardelar la lana, para lo cual hay que hacer crecidas erogaciones.

Los productos que salen del territorio argentino van, como los del chileno, a Punta Arenas, desde donde son enviados a Europa. Los hacendados enfardelan las lanas, las transportan a aquel puerto por los vapores que subvenciona el Gobierno de Chile o por los

Librodot

buques del comercio de aquel puerto, y no tienen para qué pensar en la República Argentina ni en sus intereses.

Muchas veces he señalado en el curso de estas páginas ese mal que causa la anemia de nuestros territorios del sur; la insistencia puede incomodar, pero es necesaria, y tengo ahora la satisfacción de poder variarla cediendo la palabra a otra persona. Dice, en efecto, el ingeniero Tapia, hablando de tan importante asunto.

«¿Qué razones determinan el pasaje por Punta Arenas, no sólo de los productos que se exportan a Europa, sino también de la correspondencia, pasajeros, etc., destinados a Buenos Aires, Gallegos, Santa Cruz y diversos puntos de la costa sur, teniendo el Gobierno nacional un servicio de vapores-transportes que hacen la carrera hasta Usuhaia, capital de la Tierra del Fuego? La contestación es tan sencilla como lógica:

»En Punta Arenas, que ofrece un buen puerto hasta para buques de gran calado, hay libertad de derechos a la importación y exportación, y todos los habitantes del mundo pueden entrar y salir con cualquier cantidad de mercaderías, sin que las autoridades los molesten. Hay, además, un servicio de vapores-correos subvencionados por el Gobierno chileno y que recorren con toda seguridad ambas márgenes del Estrecho, poniendo al alcance de los habitantes de Tierra del Fuego y de la costa patagónica los elementos de transporte que facilitan todo el movimiento comercial, industrial y hasta social de la comarca.

»Los transportes del Gobierno argentino, mientras tanto, hacen un servicio tan lento y tan deficiente, que puede afirmarse sin exageración que toda la costa fueguina sobre el Atlántico se encuentra completa y absolutamente privada de comunicación directa con los puertos nacionales.

»¿Y cómo no ha de ser así? Los vapores argentinos, después de tocar en Río Gallegos, van a Punta Arenas y luego a Usuhaia por los canales chilenos, llegan hasta la Isla de los Estados, y desde allí vuelven a Gallegos, dejando a la costa este de Tierra del Fuego privada de sus servicios, sin dar a sus habitantes otro consuelo que el comentario sobre la columna de humo o el casco blanco de un vapor que a tantas millas navegaba rumbo al norte...

»Natural es, pues, que los pobladores sientan la necesidad y aprovechen la conveniencia de recurrir a Punta Arenas, que les ofrece medios de comunicación con el mundo entero y la ventaja de la libertad aduanera.»

«Es penoso decirlo -añade luego- pero es la verdad: el Gobierno chileno es quien sirve los intereses argentinos en Tierra del Fuego, por lo menos en la zona comprendida entre el Río Grande y el cabo Espíritu Santo.

»Pero no creo que este descuido sea principalmente imputable al Gobierno. Según informes que he recogido, los comandantes de transportes nacionales y en general los jefes de los barcos que durante tantos años han hecho la navegación del sur, han creído que los puertos y las costas de Tierra del Fuego en el Atlántico no ofrecían garantía alguna. Por esto pocas veces se han efectuado en San Sebastián y sus cercanías operaciones de carga y descarga con la debida serenidad. El mismo temor se ha apoderado del Gobierno por los informes de dichos jefes, en cuyo descargo hay también que observar su enorme responsabilidad en caso de pérdida del barco que mandan, responsabilidad que se hace efectiva ante las autoridades del ramo, y que tiene muchas más consecuencias que la de un simple capitán mercante.

Librodot

»Se agrega que las dimensiones de los vapores nacionales no facilitan su entrada en algunos puertos, como Río Grande, por ejemplo.

»De todas maneras, existe el hecho del abandono, por parte del Gobierno argentino, de las costas del sur de la República, y se hace necesario remediar ese mal.

»Sin embargo, los estancieros de la Tierra del Fuego, tanto chilena como argentina, practican continuamente operaciones de carga y descarga con sus buques de vela y a vapor, en la bahía de San Sebastián, Río Cuyen, Punta Sinaí, Río Grande, etcétera. No hace mucho, durante los meses de marzo y abril, el señor Menéndez, de Punta Arenas, ha enviado cada diez días, más o menos, el vapor Amadeo, de su propiedad, al Río Grande en su parte navegable, con animales en pie y materiales de construcción.

¿Entonces? ¿No podremos los argentinos atender mejor los intereses que se desarrollan a la sombra de nuestra bandera?

»El Gobierno mejoraría la situación, ya teniendo fe en los hechos y la palabra de los jefes de buque en caso de accidente, haciéndolos responsables dentro de un justo criterio, ya adquiriendo barcos de un calado conveniente para todos los puertos de la costa, ya entregando la navegación del sur a una compañía subvencionada, en cuyas tarifas intervendría el Estado Mayor de marina.

»Las razones del mayor gasto que ocasionarían al erario los viajes más frecuentes con escalas efectivas, gasto que no estaría compensado porque el comercio es escaso aún, ceden ante las razones de estado. Aparte del deber que tiene el Gobierno de servir esas zonas pobladas por hombres laboriosos al frente de crecidos capitales, que hacen erogaciones en terrenos arrendados, adquieren tierra y de uno y otro modo llevan a ella la savia de sus intereses, tiene también el de propender al adelanto moral y material del país por todos los medios a su alcance.»

El ingeniero Tapia describe del siguiente modo las costumbres de los estancieros ingleses de Tierra del Fuego:

«La lana que envían directamente a Inglaterra representa libras esterlinas, y a cuenta del valor de ese fruto del país, piden a su patria, sin necesidad de previo desembolso, cuanto les hace falta y cuanto se les ocurre para sus estancias: muebles, adornos, estufas, billares, ropas, vinos, licores, cigarros, remedios para las ovejas, carbón, útiles y herramientas...

»Las habitaciones de los caballeros ingleses, con ricas alfombras y tapices, reúnen todo el confort deseable en aquel clima inclemente.

»Pero no pasan una vida sibarítica ni mucho menos; el patrón está siempre al frente de sus peones, toma como éstos las herramientas del trabajo que dirige, y fomenta con sus sudores la riqueza propia y el progreso del territorio.

»Los he visto en el baño de las ovejas, con la pala de madera en la mano, concurriendo al mejor éxito de la curación de sus animales, que conservan limpios y libres de toda peste.»

Es curioso y al mismo tiempo natural: en aquella parte de Tierra del Fuego no corre otra moneda que los giros y vales de esos estancieros, que se cotizan a la par.

Librodot

A estos hacendados se añadirán en breve los señores J. Maupas, Narciso Laclau, Gabriel Labarrié y otros que han manifestado su intención de introducir animales en los campos comprados al Gobierno.

-¿Y la Isla de los Estados? -pregunté al segundo Méndez.

-Allá está -me contestó, señalando el este.

-No la veo...

-Aquella masa de nubes... ¿la ve?... pues eso es la isla.

-¡Ah!

Uno de los compañeros se acercó:

-¿Quiere ir a tierra con nosotros? Puede ser que haya indios... al natural. Vienen muy a menudo a Buen Suceso.

-¡Vamos, vamos!

Momentos después pisábamos las playas de Ash Paltn.

- XXVIII -
La visión de la Isla

-Buenos días, segundo. ¡Y dónde está esa bendita isla, que hoy tampoco la veo?

El teniente Méndez tendió otra vez el brazo hacia el este, como la tarde anterior, y me contestó:

-Allí.

Y otra vez no vi sino una aglomeración de vapores densos y bajos, de color ceniza, que elevándose de la superficie del océano, y confundiéndose luego con las nubes más altas, cerraba por aquel lado el horizonte.

La mañana era tormentosa, el Lemaire estaba agitado, y su paso es peligroso hasta para los barcos de vapor en esas circunstancias.

«Cuenta un capitán americano -escribe Bove- que cuando la Great Republic, clipper de 4000 toneladas, quiso aventurarse en el estrecho de Lemaire con fuerte viento sur-sudoeste y corriente favorable, faltó poco para que se perdiese. A la altura de cabo South un golpe de viento lo embistió de través, con tanta fuerza que la columna de agua se alzó a una veintena de pies sobre la amura, y volviendo a caer sobre el puente, destrozó no menos de cincuenta pies de cubierta.»

-¿Saldremos esta mañana? -pregunté al segundo.

-¡Hum! El tiempo no está bueno, y salir para pasarse a la capa quién sabe hasta cuándo... Lo mejor es quedarnos quietos.

Habíamos llegado a Buen Suceso el día antes, el viaje entero se había hecho en excelentes condiciones, y no era ni necesario ni lógico tener prisa: día más día menos, el Villarino estaría de regreso en Buenos Aires pocas semanas después, y más pronto de lo que podía esperarse a la salida.

La bahía en que estábamos, de forma semicircular, rodeada de alturas cubiertas de espeso bosque hasta la orilla, es lo que los marinos llaman un «regular tenedero», porque el

ancla muerde bien en el fondo, y sus aguas son tranquilas cuando no se engolfan en ella los vientos del este, de los que nada la defiende. En el fondo de la bahía se tiende un hermoso vallecito en que la fuerte y alta yerba primitiva ha sido suplantada por un pasto corto, tierno y tupido, desde que los rebaños de ovejas y cabras de la Subprefectura triscaron en él, esperando la hora triste de dar trabajo a los asadores.

Un riachuelo que baja de las montañas vecinas, mezcla sus aguas dulces con las del mar, y por todos lados vense correr, desmenuzando el esquisto arcilloso, chorrillos amarillentos teñidos por la turba en que antes se han abierto lecho. Su coloración les da un aspecto extraño, y es tan fuerte, que la comunican a los cantos rodados que cruzan en su última etapa antes de llegar al océano.

El Villarino estaba completamente inmóvil, reflejándose su casco blanco en el espejo de la bahía, hasta con sus menores detalles. Y sin embargo, hacia la mitad de Lemaire veíanse las olas persiguiéndose unas a otras, y como huyendo de nuestro barco, apacible y silencioso. Murúa se acercó al grupo que formábamos en la popa.

-Y ¿salimos hoy, comandante?...

-Parece que sí. El barómetro me hace creer que va a mejorar el tiempo. Pero hay que verlo antes de resolver la partida...

Yo entretanto, desinteresado de Buen Suceso, miraba con insistencia aquel misterioso y empecinado montón de nubes que velaba a mis ojos la isla, con la que tanto deseaba entrar en relaciones. Allí permanecía, fijo, como coagulado, impenetrable a mi intensa curiosidad.

El aire estaba frío y cargado de humedad y los abrigos eran de rigor.

Habían salido del fondo de las maletas los pañuelos de lana, las boas, los guantas forrados, aunque la temperatura no hubiera llegado a cero. Lo que nos transía era la humedad, tan intensa que traspasaba las ropas, llegando hasta la carne, y produciendo una sensación penosa, a la que desgraciadamente iba yo a tener que acostumbrarme.

Afortunadamente, ya no había para qué bajar a tierra. El día antes habíamos aprovechado las últimas horas de la tarde para hacer una excursión.

El bote que nos condujo llegó primero hasta el riacho que desemboca a la izquierda, junto a un muro de rocas amontonadas confusamente y a las que adhieren sus raíces como tentáculos de pulpo, el uchpaya y el ánis, como llaman los fueguinos al fagus betuloides y al F. antártica respectivamente. La entrada está a medias obstruida aún por las duras cuadernas del cúter Patagones, que uno de esos temibles vientos del este hizo naufragar allí.

A unos trescientos metros del límite de las altas marcas vense también las ruinas de los galpones que sirvieron a la Subprefectura trasladada luego a Bahía Thetis para suprimirse enseguida, rodeadas por restos de los ranchos de la marinería y los indios, que aún suelen visitar aquellos parajes, cuando salen a caza de nutrias en la costa del Lemaire.

Atracan con sus piraguas a una playa de arena negruzca, que les ofrece fácil desembarcadero; esta playa se encuentra rodeada de costas de piedra, en que la rompiente es lo bastante poderosa para tumbar o estrellar un bote, y con mayor razón las groseras embarcaciones fueguinas.

La arena en cuestión es aurífera, aunque contiene tan escasa cantidad de oro, que su lavaje no daría resultado sino con grandes y costosas maquinarias. En nuestra pequeña excursión llegamos y desembarcamos en la playa que forma, de suave declive y surcada por multitud de hilos de agua dulce que caen y brotan de las peñas. Después de resbalar un rato sobre las hojas de cachiyuyo arrojadas por la marea, nos sentamos en una piedra saliente

Librodot

mientras que el doctor Pinchetti, escopeta en mano, vagaba buscando víctimas por los alrededores.

-¿Aquí hay oro? -preguntó a un compañero.

-Seguramente -contestó-. Esta tierra negra lo está indicando.

-Busquemos...

-¡Oh!, ¡no pierda el tiempo!

-¡Cómo! ¿no dice usted que hay?

Y recogí un gran puñado de arena, que comencé a desmenuzar sobre la palma de la mano.

-Sí.

-Entonces, encontraremos...

-¡Phs! Sin aparatos y en todo un día, no recogeríamos un solo gramo entre los dos.

-¡Oh! Lo busco sólo por curiosidad, y me contentaría con una partícula cualquiera, la más insignificante...

-Busque, pues.

-Es lo que hago.

Y arrojé lo que me quedaba del primer puñado de tierra, después de examinarlo cuidadosamente, para recoger otro que escudriñé con el mismo resultado negativo.

-Veamos el tercero -dije.

-Será inútil si no lo favorece la casualidad.

-Voy creyéndolo.

-Si fuera en Slogget, todavía. Allí hay pepitas en mayor abundancia, y algunas bastante grandes. Pero asimismo, los mineros no se enriquecen.

-En cambio se enriquecerán sus proveedores.

-¡Claro!

Seguí desmenuzando tierra, pero ya más por entretenerme hasta que llegara el bote, que con la esperanza de encontrar oro. Mi compañero me miraba, medio sarcástico, medio compadecido; sin duda considerábame atacado por la auri sacra fames. Por fin dijo:

-Yo no busco ya oro, ni aquí ni donde lo haya de veras. La lotería nacional me ha hecho estoico, y no creo ni en suertes ni en hallazgos. Es lo único bueno que le encuentro a esa institución gubernativa, y es el solo beneficio que me ha dado... como a tantos otros...

-¡Pues a mí... ni ese! -exclamé echando al viento el último puñado, y renunciando a buscar más.

En eso estábamos, cuando vimos a nuestros marineros agachados sobre la playa, como si también buscaran pepitas. Uno se levantó de pronto con ademán de triunfo agitando algo en la mano por encima de su cabeza; los otros se levantaron también, rodeándolo, para comenzará desgranarse enseguida, y volver con más ahínco a la tarea. Era indudable que el primero había encontrado una pepita. Nos acercamos.

-¿Ha encontrado algo? ¿A ver?

Sonriendo con un aire un tanto burlón, el marinero me tendió una pepita rugosa y llena de hoyitos minúsculos, que tendría el tamaño de una arveja grande. Apenas la vi, miré instintivamente al suelo, con la visible intención de escudriñarlo otra vez. El del hallazgo lanzó una carcajada; mi compañero se rió también. Los examiné perplejo.

-¡Oh! no busque, señor, no la he encontrado aquí; ya la tenía. Era para dar un chasco a ésos.

Librodot

Esos seguían removiendo empeñosamente la arena con las uñas. Si no hubiera estado tan avanzada la tarde, seguro es que hubiesen hecho una excavación. Pero era hora de volver a bordo, los llamamos, y medio a regañadientes saltaron al bote y empuñaron los remos, a tiempo que el doctor Pinchetti volvía, escopeta al hombre, con un ramo de violetas amarillas en la mano, pero sin haber hallado ocasión de disparar un tiro.

Más felices que él, otros que habían salido a pescar en el chinchorro, volvieron al Villarino con algunos excelentes pescados, un balde de rojos langostinos y media docena de centollas, esos enormes y exquisitos cangrejos cuyo cuerpo mide a veces medio metro de diámetro, y cuyas patas simplemente cocidas constituyen un manjar incomparable. Demás está decir con qué placer comimos la sopa de arroz con langostinos, la centolla hervida y fría y el pescado frito, riéndonos de los menús clásicos que hubieran condenado aquella atrocidad. Lástima no haber recogido mejillones y erizos -que los hay también-, pues entonces nuestra comida hubiera sido exclusivamente marítima.

...Entre tanto la mañana avanzaba sin que se calmasen las olas del Lemaire, y ya nos iba pareciendo que tendríamos que quedarnos otro día en Buen Suceso... o más, si el tiempo seguía tan malo. La demora no sería larga, de cualquier manera, pero hay que observar que todos estábamos más o menos enervados, y deseosos de terminar o de hacer diversión al viaje, ya monótono a pesar de su variedad. Noté, sobre todo esta fatiga en mí, cuando me preguntaron lo que había resuelto en definitiva, si permanecería o no en la isla hasta la llegada del otro transporte, y contesté sin titubear, dominado por el deseo de pisar tierra firme siquiera unos cuantos días:

-Me quedaré.

Temía, también, regresará Buenos Aires con unos cuantos apuntes superficiales, apenas una impresión a vuelo de pájaro desperdiciando informes que, con paciencia, podía obtener de los viejos marineros de San Juan, muchos de ellos conocedores de las costas patagónicas y de la tierra fueguina. Tenía noticias de algunos que eran un verdadero arsenal viviente de datos, y a ellos iba a dirigirme desde el primer momento.

Y como si sólo hubiera esperado esa resolución, el viento cambió, su soplo fue desvaneciendo paulatinamente la espesa cortina de vapores que velaban la Isla de los Estados, y ésta apareció por fin, áspera y abrupta como una visión diabólica.

Era un amontonamiento informe de rocas empequeñecido por la distancia, que dominaban numerosos picos semejando los dientes de una sierra. Los treinta y tantos kilómetros del estrecho de Lemaire no nos permitían apreciar los detalles de aquel extraño peñón, que visto en las cartas parece un monstruo marino, un animal apocalíptico que descansara sobre la superficie del océano, dejando al sol las verrugas de su cáscara...

Todos los preparativos de marcha estaban hechos; sólo faltaba levar anclas para ponernos en franquía si mejoraba el tiempo, como todo parecía indicarlo. En efecto, el Lemaire se calmó, aclarose completamente la atmósfera, y el Villarino puso proa al nordeste para tomar luego rumbo al sudeste y pasar entre la costa de la Isla de los Estados, hacia su parte central, y las islas de Año Nuevo. Íbamos en un principio hacía las Malvinas, que la distancia nos ocultaba.

¡Las Malvinas! Ya casi nosotros solos conocemos por ese nombre a las islas Falkland de los ingleses, que tuvieron tantos. Llamáronse, en efecto, y sucesivamente, isla de los Leones, Maideland, Sebaldinas, Pepys, Nuevas islas de San Luis, Belge Australis, Malvinas y Falkland...

Librodot

El primer nombre fue dado a la isla del este por los españoles, aunque no se sepa por qué la llamaron de los Leones; Vespucio las señaló vagamente en 1502.

John Davis, comandante de uno de los buques de la escuadra de Candish, las descubrió en 1592, casualmente, y a causa de una tempestad que le impidió entrar en el Estrecho de Magallanes, arrojándolo hacia el este; y dos años más tarde, el corsario inglés Ricardo Hawkins, que había de ser vencido y apresado por la escuadra del Perú, las llamó Maideland, o «tierra de la Virgen», en homenaje a su graciosa majestad Isabel Tudor.

El holandés Sebald de Weert, volvió a bautizarlas en 1600 con el nombre de Sebaldinas, Coreley, en 1683, las llamó Pepys...

Strong, un marino inglés protegido por lord Falkland, les dio el nombre de su protector, que ha prevalecido, en 1690.

Nuevas islas de San Luis les puso en 1714 el capitán Anicón, marino de Saint-Malo, dando lugar este nuevo bautismo a que se las llamara malouines, por sus descubridores, de donde viene nuestro Malvinas, que fue Maluinas para los antiguos geógrafos españoles.

Belge Australis fue el último nombre que se les dio en 1721 por el belga Reggewein.

Los franceses fueron los primeros en tomar posesión de las Malvinas, y en 1763 el célebre Bougainville fundó una colonia sobre Port-Saint-Louis, al oriente; los ingleses no tardaron en seguirlos, y en 1765 sir John Byron fundó otra al occidente sobre Port Egmont.

España, entre tanto, reclamó a Francia aquellos dominios, y en 1767 logró que se le entregaran, mediante una indemnización de 2.412.000 reales de vellón -«suma dada por generosidad, y a que montaba el gasto de aquel establecimiento (la colonia)», dicen los españoles- y tomó posesión de ellas el 1.º de abril.

Pero el capitán Font de Tamar con sus ingleses estaba en Egmont, e intimó al enviado español Ruiz Puente que evacuara la isla en el término de seis meses, lo que no hizo, aguardando instrucciones. El gobernador Buccarelli las recibió de España, y de acuerdo con ellas conminó a su vez a los ingleses para que salieran de la isla; como no se retiraran, les mandó al capitán Madariaga con gente y artillería, ante lo cual cedieron, porque no estaban en condiciones de resistir.

La situación de Europa era bastante turbia, y Francia y España estaban a punto de irse a las manos con Inglaterra. Ésta, herida por el desalojo de las Malvinas, encomendó al caballero Harris, más tarde conde de Malmenbury, una reclamación ante el Gobierno español; quería que se desaprobara la conducta de Buccarelli, y que se diera por no ocurrida la expulsión.

España no quería precipitar los sucesos, y su embajador, el príncipe de Maserano, recibió instrucciones que importaban debilidad, y llegó hasta proponer la cesión de las islas, salvando el derecho del rey a ellas, y consentir en la reinstalación de los ingleses. Pero el gabinete británico insistió en que se desaprobara a Buccarelli y se devolvieran incondicionalmente las islas, a lo que se opuso el conde de Aranda con mucha entereza, diciendo que la violencia había partido de los ingleses al ocupar las Malvinas, y al amenazar a Ruiz Puente. Bien es cierto que Aranda quería la guerra, que debía declararse apenas Francia estuviese lista.

La guerra no estalló. Inglaterra recibió el 22 de enero de 1771 las declaraciones de desagravio que exigía y se le devolvió Egmont, aunque con la restricción de que ese hecho no afectaba el derecho anterior de soberanía.

En 1774, sin embargo, los ingleses se retiraron de las islas.

Librodot

Varios historiadores explican este abandono, afirmando que, cuando como desagravio se la puso en posesión de Egmont, Inglaterra se comprometió secretamente a evacuar las islas por su voluntad, y en breve término. Hasta entonces no había alegado derechos de posesión.

España continuó, pues, como soberana de las Malvinas, cuidando de mantener en ellas una colonia, a pesar de lo gravosa que le era, para que no pudiera disputársele en derecho. Vértiz quiso abandonarlas porque su sostenimiento costaba más de cincuenta mil duros al año, pero el rey se opuso terminantemente a ello.

El rey de España creó en el establecimiento de Soledad de Malvinas un gobierno dependiente del de Buenos Aires, que subsistió hasta después de 1810.

Independizada la República Argentina, mandó en 1820 como comandante militar, al de la fragata Heroína, Tewit, quien prohibió la pesca de anfibios; en 1823 fue nombrado don Pablo Aregnoty; en 1829, el comandante José María Pinedo puso en posesión de ellas como comandante militar a don Luis Vernet, concesionario de las islas desde el año anterior, y con privilegio exclusivo para la pesca de aquellos mares.

Pero Inglaterra, que desde hacía sesenta años no se ocupaba de las Malvinas, incitada quizá por los Estados Unidos, que habían destruido la colonia de Vernet, mandó a ellas la fragata Clío, comandante Onstow, que el 3 de enero de 1833 hizo desalojar las islas, que están desde entonces bajo la bandera británica...

Las islas, que tienen una extensión de setecientas veinte leguas cuadradas, cuentan hoy con más de dos mil habitantes, unos 15.000 animales vacunos y más de 700.000 ovejas. Puerto Stanley, su capital, es un buen fondeadero, con faro y cinco muelles, rodeado por un pequeño y lindo pueblo con iglesias, bibliotecas, hoteles, etc...

Su principal, casi única industria, es la ganadería, cuyos productos exporta anualmente por un valor de cerca de 150.000 libras esterlinas. Hay allí graserías, saladeros, frigoríficos, y la exportación de animales en pie para Patagonia toma mucho impulso en estos últimos años.

...Aunque tranquilizándose poco a poco, las olas del estrecho jugaron con el barco, haciéndolo bailar un buen rato, pero todo anduvo bien y no tardamos en ver de cerca la silueta espantable de la isla.

Diríase que era la fantástica decoración de un drama sobrenatural cuyos protagonistas fueran los elementos desencadenados por la mano de un Prometeo en pugna con los dioses. Las nubes se enredaban haciéndose jirones en los picos agudos, bajaban a las peñas, colmaban las hondonadas, acudiendo de todos los rincones del horizonte para posarse como gigantescos pájaros cansados en aquel enorme escollo rodeado por los espumarajos de la rompiente y el hervidero de los remolinos. Nada más salvaje que aquella costa inhospitalaria vista desde lejos: acantilados, peñas a pico, rocas que avanzan desde lo alto hacia el mar, prontas a descuajarse; y ni una playa, ni un punto a que pueda acercarse un bote sin peligro de ser estrellado contra las piedras, como una cáscara de nuez, por las olas que se levantan muchos metros para caer pulverizadas en amarga lluvia, sobre las otras que vienen furiosas detrás a continuar el inacabable asalto. Pero la fortaleza se mantiene firme, desafiando altiva a su enemigo el océano, que para vencerla tendrá que desmenuzarla partícula por partícula, en una tarea de siglos, que él sólo puede realizar...

De cerca, la vista se sorprende al hallar que lo que parecía roca desnuda, es intrincada selva que trepa por todos lados, agarrándose a las aristas de la piedra, aprovechando las hendiduras, las grietas, los pequeños espacios abrigados, o adaptándose a las exigencias del

Librodot

viento en los sitios descubiertos, y estirando sus ramas de modo que resbale sobre ellas sin desgajarlas. La Isla de los Estados se halla poblada por la misma vegetación de Tierra del Fuego; árboles, arbustos, yerbas y parásitos son completamente análogos, hasta el punto de hacer creer que un ataque violento del océano, o una serie de ataques conducidos por los invencibles vientos del sur, se ha abierto un paso por lo que antes era el extremo de la gran isla fueguina.

Aquel abrupto montón de rocas, separado por el estrecho Lemaire de la Tierra del Fuego, en efecto, parece ser, y es sin duda la última excrecencia que despide hacia el este la colosal cordillera de los Andes.

-¿Qué sacudimiento, qué cataclismo lo ha disgregado de la otra isla que, a catorce millas de distancia, tiende sus costas coronadas por las alturas de los Tres Hermanos? ¿Qué fuerzas lo trabajan, adelgazando sus istmos o llenando sus bahías con los derrumbamientos de la piedra, descuajada por los embates del mar? ¿Qué fenómenos geológicos cambian lentamente de faz a aquella masa esquistosa, presidio natural y tumba de navíos, que se yergue como fortaleza y como escollo, rodeada de remolinos y rompientes? ¿Qué le guarda el porvenir? ¿Qué es hoy? ¿Por qué no reclama el nombre de Isla del Diablo, que le han usurpado con menos títulos que ella?

En sus contornos naufragan, según Piedrabuena, siete u ocho navíos anualmente. Entre las espumas de su rompiente aún quedará algún destrozado resto del Yess, del Vergeri, del Pactolus, del Ana, del River Lagan, del Mountaineer, de la Garnock, de tantos otros buques perdidos años ha, y en sus playas todavía irán a vararse palos de la Crown of Italy, de la Guy Mannering, de la Louisa, de la Amy, de la Calcutta, de la Esmeralda, víctimas de catástrofes recientes...

En sus tierras ásperas, cubiertas de montaña y selva, se ocultan los loberos, o viven triste vida los presidiarios. El único canto de pájaro es el graznido del darup, y de todas partes y a todas horas se escucha la tremenda sinfonía del océano azotando la piedra, y el silbido violento y sarcástico de las rachas... El genio del mal tiene allí su alcázar, envuelto en perdurables nieblas, terrible y solitario, silencioso y negro.

Hasta los árboles toman un aspecto de angustia y de quebranto, y retuercen sus ramas desesperadamente como en un paroxismo de terror, atormentados por el viento que se divierte al verlos crisparse y al desnudarlos hoja por hoja...

Y sin embargo, aquel peñón salvaje y diabólico no es tan inhospitalario como aparece a la imaginación de quien lo ve por vez primera, ni tan temible como lo atestiguan los dramas del mar que se han desarrollado junto a él. De estos dramas, algunos han sido artificialmente provocados; es fácil evitar la repetición de los demás. A su alrededor, hierve el Atlántico, es cierto, pero su agitación no es tan terrible que haga peligrar a los navíos manejados por pilotos expertos, que encontrarían en caso necesario y a lo largo de sus costas, abrigos como la bahía, Crossley, la Flinders, el puerto Hoppner, el Parry, Basil Hall, la había de Año Nuevo, Cook, San Juan, Back, Blossom, Vancouver, Grant, York, Black Mary, Brent, la Bahía Sudoeste, la Franklyn, refugios más o menos seguros, y algunos de ellos verdaderos lagos, como por ejemplo, Cook.

Pero poco se la conoce, y rara vez va uno de nuestros buques a fondear en sus anchos y abrigados puertos, excepción hecha del de San Juan, donde se halla la subprefectura y el presidio. Su fama terrible dura aún, o infunde a los navegantes más que respeto, cuando divisan en lontananza la masa de vapores que la envuelve.

Librodot

No la temía, sin embargo, el comandante don Luis Piedrabuena, que consintió en formar parte de la marina argentina, a cambio de la posesión a perpetuidad de la isla, hoy propiedad de sus herederos. Pero -hay que decir la verdad-, el mismo Piedrabuena naufragó en sus costas en 1881, y en bahía Franklyn pueden verse aún restos de su Explorador, los palos machos, la cadena, el ancla, y huellas de las dos casillas que construyó para abrigarse él y su tripulación mientras construían el barquichuelo que los llevó a Punta Arenas.

Triscan por las peñas de los alrededores las cabras que dejó entonces el denodado marino, o mejor dicho la descendencia de aquéllas, crecida en estado salvaje, sin temor de las fieras que no existen, ni de los hombres, que no llegan hasta allí sino rara vez.

La isla no es temible para los barcos de vapor, y los buques de vela no corren peligro sino cuando, sorprendidos por una calma chicha demasiado cerca de la costa, no pueden oponerse A la corriente y a los tide rips, que tienden a estrellarlos, y sus pilotos no conocen bastante los parajes para aprovechar los abrigos que ofrecen.

-La mayor parte de los naufragios ocurridos allí -decíame un entendido marino- han sido intencionales, o por lo menos, evitables, si los comandantes hubieran conocido la costa como debían conocerla para acercarse tanto a ella.

Ya veremos más tarde cómo casi todos los siniestros han ocurrido con calma y niebla, lo que acusa impericia, sobre todo cuando para doblar el Cabo de Hornos no es necesario irse sobre la isla.

Desde Piedrabuena hasta hoy, no se ha cesado de clamar por el establecimiento de faros realmente útiles, no insuficientes como el semi-oculto de San Juan, que apenas tiene un cuarto de círculo de iluminación.

-Con dos faros bien ubicados -exclamaba Bove- lejos de huir de ella, los navegantes buscarían la Isla de los Estados...

Este inestimable servicio tendría que ser complementado con la instalación de elementos de salvataje más amplios -no pueden serlo menos- que los que se tienen hoy. San Juan del Salvamento no se llamará legítimamente así, mientras eso no se haga. Cierto que la Subprefectura hace lo posible por auxiliar a los náufragos, pero no hay que pedirle que trate de poner a flote un buque varado o que transborde un cargamento; no tiene embarcaciones para ello; necesitaría un vaporcito, y posee sólo un pesado bote salvavidas. Así, fortunas enteras van a parar al fondo del mar, o despiertan la codicia de los marineros semi-piratas que abundan en Malvinas y en algunas costas chilenas, y que suelen rondar la isla semanas enteras, como aves de rapiña en acecho de la casualidad que ha de darles buena presa... ¿Con qué buque hacerla vigilancia de las intrincadas costas? ¿Con el salvavidas o con algún chinchorro?...

La fauna de la Isla de los Estados, menos el guanaco y el zorro, es la misma que la de Tierra del Fuego, y llama la atención la presencia del tucu-tucu, que ha invadido toda la América del Sur, y vive también proscripto en aquel fragmento desprendido de las grandes tierras. No es suponible que el pequeño roedor atravesara a nado el estrecho de Lemaire...

Habíamos salido de éste, y navegábamos a la vista de las islas de Año Nuevo, bajas y cubiertas de espesa yerba.

Carecen de árboles, aunque las semillas puedan llegar con mucha facilidad desde la vecina costa, sin duda por la violencia del viento que las barre continuamente.

Una de ellas presenta cierta curiosidad natural que aprovechan los bromistas: en una de sus costas más elevadas hay un agujero circular que la atraviesa de parte a parte, y que los navegantes suelen mostrará los viajeros cándidos diciéndoles que ha sido hecho a

Librodot

cañonazos por uno de nuestros buques de guerra que tiraba al blanco desde corta distancia. El agujero tiene como dos kilómetros de largo...

Están situadas al norte del centro de la de los Estados, y ofrecen un magnífico asiento para un faro, cuya luz se vería mucho antes de llegar a los parajes verdaderamente peligrosos que de todos lados rodean a la isla principal.

Pasamos entre ellas, acercándonos más a la casta, que seguía presentando el aspecto de un erizamiento de rocas inaccesibles, embatidas por el mar, ceñidas por ancho cinturón de verdes árboles, y coronada por una diadema de agudos picos envuelta en el tul de las nubes.

El océano se había calmado por completo, y navegábamos tranquilamente, a la vista ya de puerto Cook y en demanda del siempre proceloso cabo Fourneaux. Pero la rompiente mantenía su línea de blancas espumas en las rocas de la costa, y el tide-rip alzaba su columna aquí y allá, al capricho de la marea y las corrientes. También veíamos el viento, pulverizando las aguas de la superficie del océano, e imitando las tormentas de tierra de la provincia de Buenos Aires...

-¡Una roquería!

-¡Estamos tan lejos!

-¡Con un anteojo, con un anteojo!

Nos hallábamos frente a una roquería o campamento de lobos-leones o focas de un pelo. Pero por más que me desojara mirando con el anteojo, no alcancé a ver sino una roca plana como una mesa que descendía en suave declive hacia el mar, y sobre la cual apenas se distinguían algunos bultos obscuros, inmóviles, semejando excrecencias de las piedras. De vez en cuando llegaba hasta nosotros un rumor confuso como de bramidos de animales vacunos sedientos.

Era la primera vez que veía focas, si aquello era ver... Pero ya podía hacer gala de conocerlas y, de haberlas sorprendido en sus guaridas, aunque necesitara buscar informes para no describirlas mal y hacer lo del mono del Pireo. Afortunadamente, más tarde iba a tener ocasión de examinarlas más de cerca.

Dejamos atrás la roquería y no tardamos en llegar a la altura del cabo Fourneaux, un promontorio abrupto, de rocas altas y desnudas, azotado por enormes olas, rodeado de tide-rips movibles, que alcanzan a tres millas, y de cuyas puntas bajan violentas y repentinas rachas, que silban como terribles latigazos.

Un instante después se presentaba a nuestra vista la punta Laserre y la casucha del faro, oculto como un pirata en la concavidad que forman los cabos Fourneaux y San Juan.

- XXIX -
San Juan del Salvamento

-¡Pero señor! ¡Aquí hay dos faros, y las cartas no señalan más que uno! -exclamaba Halder, piloto de la barca Calcutta, naufragada en alta mar a veintitantas millas de la Isla de los Estados.

Él, con algunos marineros, se había embarcado en un bote cuando se resolvió el abandono del buque, mientras el capitán se refugiaba con el resto en la chalupa. Después de

largas horas de esfuerzos sobrehumanos, los pobres náufragos habían logrado llegar a San Juan del Salvamento, en cuya Subprefectura se les asiló. Y Halder, no repuesto aún de sus fatigas, repetía invariablemente, como protestando:

-¡Aquí hay dos faros!, ¡aquí hay dos faros! y en las cartas no se señala más que uno...

¿Qué había sucedido? ¿Existían, en efecto, dos luces, o algún fenómeno había hecho ver doble al piloto de la Calcutta? Esto era, en efecto, lo ocurrido; pero no se trataba de un fenómeno, sino de una consecuencia lógica de la mala ubicación y peor disposición del faro.

El bote, al desprenderse del buque náufrago, había navegado hacia el noroeste, hasta hallarse a la altura del cabo San Juan, extremo este de la isla. Lo había doblado allí, descubriendo poco más tarde, y en medio de una noche obscurísima, la luz del faro de Punta Laserre; púsose entonces proa hacia la costa, pero la marea creciente, que corre de este a oeste con una velocidad de cuatro a cinco millas por hora, arrastró a la ligera embarcación tomándola de costado, y sin dejarla avanzar hacia el sur, a pesar del esfuerzo de los remeros ya fatigados. Llevola así hasta la altura de Russian Fin, o falsa caleta de Cook, que se halla unas cuantas millas al oeste de San Juan del Salvamento, y apenas pasado el cabo Fourneaux, los náufragos perdieron naturalmente de vista la luz, sin observar, por falta de punto de referencia, que eran arrastrados por la marea. Este largo trayecto lo hicieron siempre proa a tierra, pero sin dominar la corriente. Proa a tierra continuaban, cuando comenzó la marea bajante, que los arrastró de nuevo, pero de oeste a este, sin que lo notaran, y pasado otra vez el cabo Fourneaux, volvieron a ver el faro. En su concepto no habían cambiado de rumbo, y era evidente la existencia de dos faros en lugar de uno; la obscuridad de la noche, que no permitía ver los relieves de la costa, cooperó poderosamente a este error, que no hubieran sufrido de día.

Prueba concluyente de que el faro no está bien ubicado, tanto más, cuanto que su sector pasa apenas de noventa grados. Sin embargo, esa luz es importantísima, pues todos los barcos que se disponen a doblar el Cabo de Hornos, buscan la Isla de los Estados para comprobar y arreglar sus cronómetros.

Hace tiempo se proyectó cambiarlo a la más avanzada de las islas de Año Nuevo, lo que sería excelente por todos conceptos; pero nada se ha hecho aún en ese sentido, a pesar de que es conocida la opinión de casi todos los navegantes de esos mares.

La instalación del faro de San Juan se hizo muy apresuradamente, a causa de las circunstancias, y no hay que extremar la crítica hacia quienes lo hicieron. Por el contrario, y aunque haya variado la situación, menester es, para ser justos, ponerse en el lugar de los expedicionarios de 1884, a quienes urgía posesionarse de aquellas tierras, y dejar constancia, de que nuestro país se preocupaba de sus intereses y progresos, especialmente movidos por las ávidas miradas que les dirigían ciertas naciones europeas.

Pero una vez regularizada la situación, el faro de punta Laserre no puede subsistir sino como una luz local que indique la entrada del puerto de San Juan, utilísimo para los barcos en peligro que lleguen del este.

Una luz en las islas de Año Nuevo, sobre todo en la del este, serviría mucho mejor a la navegación del Atlántico Austral, cuya seguridad aumentaría en grado sumo; y el proyecto de establecerla no debe ser abandonado por el Estado Mayor de Marina, que haría bien en apresurar su realización.

Librodot

Se ha proyectado también completar la iluminación de la costa norte de la isla, construyendo otro faro -creo que en el Cabo San Antonio-, cuya luz serviría a los barcos que, doblando el Cabo de Hornos, llegaran del oeste para tomar el camino del norte. Pero éste, como el anterior, se halla aún en estado de crisálida y tardará en tender el vuelo.

Mientras tanto, la isla continuará siendo un verdadero escollo para algunos buques, sobre todo cuando esté, según su costumbre, envuelta en las densas nieblas que señalan su presencia durante el día, y ocultan por la noche su diabólica silueta.

...El Villarino, a media fuerza, avanzó por las anchas entradas de la bahía, que forma un doble saco, terminado al sudoeste al pie del monte Richardson. El antepuerto en que navegábamos lentamente se termina por una punta delgada, de rocas, con una altura de más de cincuenta metros, en cuya cumbre se halla el faro de madera, y las casas de los empleados.

Entre esta punta y la costa este de la bahía hay un paso de menos de una milla de ancho, pero con mucha profundidad aun sobre la costa, que a ambos lados es abrupta y llena de vegetación que trepa por las rocas. Al pie mismo de los grandes picachos de la entrada, el escandallo encuentra treinta y cuarenta brazas de agua.

Todos estábamos sobre cubierta, con la emoción del que termina un viaje. Los que íbamos a quedarnos -Demartini, el doctor Pinchetti, de la Serna, su esposa y yo- teníamos que considerar el destierro que nos aguardaba; los demás terminaban allí su expedición de ¡da, para emprender acto continuo el rápido regreso.

La gente del faro estaba toda fuera, mirándonos llegar. Un marinero se distinguía perfectamente junto al cañón de señales, la bandera argentina flameaba en lo alto de su asta, frente al faro, y en el mástil que se alza detrás ondulaba otra del código de señales, anunciando a la Subprefectura que el Villarino entraba al puerto. Cuando embocamos el estrecho paso, el marinero del cañón hizo funcionar el tira-frictor, oyose un estampido seguido de muchos otros, despedidos por las vibrantes paredes de piedra y el eco duró largo rato en nuestros oídos. El agudo silbido del transporte contestó alegremente. Minutos después estábamos frente a la Subprefectura y el presidio militar de la Isla de los Estados:

Un puñado de casas, pintadas de amarillo, semejando juguetes alemanes, y colocadas aquí y allá en un pequeño espacio llano, a algunos metros de altura sobre el nivel del mar, en medio de un bosque de hayas, rodeado a su vez por altas colinas que reducían el horizonte a unas cuantas cuadras; rocas amontonadas tras de una estrecha cinta de arena; agua amarillenta cayendo con entrecortados saltos desde la costa a pico; grandes matas de cachiyuyo, agitando levemente sus hojas en la superficie del mar; un gran bote salvavidas, blanco, meciéndose con largas cadencias, cerca de un tosco muelle terminado por una escalera que da acceso a las habitaciones.

Enfrente un alto paredón de rocas enclaustraba por completo aquel verdadero presidio, limitado al sur por la punta que llaman allí el Cabito de Hornos, donde el agua no cesa de hervir ni cuando hay calina completa en la bahía.

No tardó en desprenderse un bote del muelle, y en avanzar rápidamente hacia el transporte. En el muelle y junto a la baranda que corre sobre la costa, los soldados de infantería de marina, los marineros, los empleados, los presidiarios mismos formaban alegres grupos, interesadísimos en nuestra llegada, único acontecimiento de importancia en aquellas indescriptibles soledades. Confuso y jubiloso murmullo llegaba hasta nosotros, atareados en los últimos preparativos del desembarco.

-¿Está bien decidido a quedarse?

Librodot

Era el comandante Murúa que me interpelaba.

-Sí, bien decidido.

-Piense usted que va a tener que quedarse aquí un mes entero, si no más, y que no se le presentará entretanto la menor oportunidad de acortar su destierro.

-Lo he pensado ya, comandante, y estoy resuelto. Tengo que comenzar a escribir y que completar muchos datos insuficientes, lo que podré hacer aquí con mucha tranquilidad, y espero que con buen éxito.

-No lo dudo... Pero observe bien el sitio esta tarde. Es un verdadero encierro, en que casi no tendrá ni donde caminar para hacer ejercicio...

Puede que modifique su plan. Entonces tendrá todavía tiempo de volver a embarcarse, porque no saldremos hasta mañana en la madrugada.

-Gracias por su interés, Murúa; pero no me echaré atrás, ni tomo estas soledades.

Poco después desembarcamos, Demartini para tomar posesión de su puesto, que debía entregarle el ayudante Nicanor Fernández, De la Serna y señora para irse al faro, el doctor Pinchetti con su inseparable escopeta, dispuesto a sus dobles funciones de cazador y médico, yo para reconocer los lugares en que iba a vivir, el comisario Martínez a pagar la tropa, y el comandante Funes, el doctor Luque, etc., para pasear un rato en tierra firme. Murúa nos visitaría más tarde, para despedirse de nosotros.

Demartini se puso inmediatamente al trabajo, y el doctor Luque y yo comenzamos a visitar el presidio, la cuadra de los presos, la carpintería, la cuadra de marineros y soldados, la farmacia, el depósito de víveres, terminando nuestro paseo con una excursión al faro.

Pocas cuadras separan a éste de la Subprefectura, pero hay que ir subiendo y bajando continuamente, y algunas cuestas son rudas. Además, el suelo de turba, cubierto de yerba y musgos, cede bajo los pies, que se entierran hasta el tobillo; la huella se llena de agua un segundo después, tan húmedo es el terreno; por otra parte, la presión atmosférica es tan baja, que uno se creería en las cumbres andinas: oprímese el pecho, se jadea, y comienzan a observarse los síntomas de la puna.

Tuvimos que descansar a la mitad del camino, a cuyos lados se alzan grupos de árboles pequeños, tristes y achaparrados. El sol aumentaba nuestra fatiga, elevando mucho la temperatura, y provocando nuestras quejas -razón por la cual, quizá, no volvió a mostrarse sino rara vez y por breves instantes, mientras permanecí en la isla-. Allí se dice generalmente, cuando hace un día hermoso:

-Hoy llega transporte.

O viceversa, cuando el transporte ha fondeado en la mañana:

-Hoy tendremos sol.

¿Será porque el júbilo producido por el único acontecimiento feliz, hace parecer hermosos los días que en otras circunstancias no llamarían la atención?

Después de tomar aliento algunos minutos, emprendimos de nuevo la marcha, bajamos a una hondonada desde donde se ve de un lado el mar abierto, del otro la bahía de San Juan, y comenzamos a subir la última cuesta que nos ocultaba el faro.

ENTRADA A SAN JUAN DEL SALVAMENTO

Tomamos un sendero que corre por el flanco del peñón, a más de cuarenta metros del nivel del mar, sobre las paredes cortadas casi a pico, en cuya base de piedras carcomidas por el continuo choque del agua se estrellan las olas espumosas que vienen desde afuera persiguiéndose como infatigables monstruos. Desde allí se ve el cabo tempestuoso de Fourneaux, con sus traidores tide-rips, y más lejos, como un cuarto de círculo lo inmenso, la línea del horizonte, tirada a compás; el mar, herido por el sol, lanzaba destellos enceguecedores, semejando de plomo derretido. Ni una sola vela, ni un solo penacho de humo se veía en la inmensidad del océano, quieto como un lago. Era la soledad casi absoluta.

Y digo casi absoluta, porque al pie de la barranca, un poco más allá de la rompiente, bogaban lentos los gaviotines, en numerosas bandadas, pescando y comiendo, acechados por un buitre negro que, con las alas desplegadas e inmóviles, trazaba misteriosos círculos sobre nuestras cabezas, ya más alto, ya más bajo, ensanchando o estrechándolos según su capricho. Algún shag (cormorán) erguía su largo cuello negro sobre las olas, y luego desaparecía debajo, persiguiendo a los langostinos y los peces de piedra (rock fish) como el viguá y el zabullidor de nuestros ríos.

El camino al faro estaba en esa parte empedrado con anchas losas planas, trabajo hecho en la expedición Nasarre, en 1884, y que sólo se conservaba bien en aquella última parte, única que no se abandonó después de construida.

De pronto, al dar vuelta a una peña, nos encontramos en el faro.

Es éste una casucha octógona, dos de cuyos lados, con frente al mar, están cubiertos de gruesos cristales, tras de los cuales se colocan las siete lámparas belgas a petróleo que lo iluminan. Dentro hay varias piezas a modo de camarotes, unas con cuchetas para dormitorio de los marineros, y otras con estantes para depósito de víveres, cabos, petróleo, etc. Junto a esta construcción y pasando un puentecito que une los dos bordes de una zanja de desagüe, está la pobre casilla del jefe del faro, compuesta de dos habitaciones solamente. Al lado la cocina, bastante espaciosa y clara, y otras dependencias. En una huertita como la palma de la mano, De la Serna cultiva algunas hortalizas, que van a picotear los pájaros y a roer los conejos vueltos hoy a la libertad, o las gallinas que tienen su corral a un paso. Por el peñón vagan los capones destinados al asador y al puchero, cuádruplemente tristes, por su estado infeliz primero, por lo estrecho de su cárcel enseguida, por la escasez de yerba después, y por último -y esto no lo afirmo-, por la perspectiva de su desgraciado fin a manos y cuchillo del ranchero...

-¡Hola! ¿Qué tal? ¿No le decía yo que me iba a visitar apenas pisara en la isla? Este es el único paseo que se tiene por acá.

Era De la Serna, que nos saludaba como si hiciera meses que no nos viéramos, aunque nos habíamos separado pocas horas antes. Con él estaba Murúa, también de visita, pues la gente de la Subprefectura estaba demasiado ocupada con el arribo del nuevo jefe, para poder conversar un rato.

La posición exacta del faro, según los libros que allí pude examinar, es de 54º 0' 24" de latitud sur y 63º 47' 3" de longitud oeste de Greenwich. Su elevación es de cincuenta y cinco metros sobre el nivel del mar. La luz de las lámparas «L'Empereur» se distingue a una distancia de catorce millas.

En 1897 se avistaron ciento noventa y cuatro buques, algunos de cinco palos, y casi todos navegando con rumbo al sur, para doblar el Cabo de Hornos.

En los dos primeros meses de 1898 se avistaron diez y seis fragatas y seis barcas.

Librodot

El consumo de las lámparas durante el año 1897, fue de 2874 litros de kerosene.

Desde el faro presenciábamos de nuevo el espectáculo del mar tranquilo, reverberante aquí y allá como unida superficie de azogue, con un brillo imposible de soportar con la mirada. Largo rato permanecimos saturándonos de soledad o inmensidad, cambiando breves palabras, invadidos por involuntaria y plácida melancolía, hasta que pareció hora de volver.

-Adiós, De la Serna.

-No se pierda, ¿eh?

-No. Hasta muy pronto...

Paso a paso volvimos a la Subprefectura y poco después los oficiales y pasajeros del Villarino se despidieron y embarcaron, pues el transporte iba a refugiarse en el fondo de la bahía, para mayor seguridad. Pero no lo hicieron antes de exigirnos que los visitáramos aquella noche.

- XXX -
Tra la perduta gente

-Tan, tan; tan, tan; tan, tocaba la campana que fue del buque náufrago «La Esmeralda» y que hoy sirve para picar la hora en San Juan del Salvamento. En primer lugar, deben saber los lectores que en la Isla de los Estados los naufragios se cuentan por decenas, y en segundo, que los dobles golpes y el sencillo que acababa de dar la campana, anunciaban a los habitantes de la Subprefectura y presidio, que eran las seis y media.

A bordo y entre marinos tienen una manera extraña de señalar horas: cada doble golpe marca una, cada golpe sencillo media. Pero no se pican más de cuatro golpes dobles, que corresponden a las cuatro, las ocho y las doce, volviendo a empezar enseguida con uno, que tanto puede significar la una como las cinco, como las nueve. Eso basta, en efecto, pues ¿quién que esté, despierto, puede equivocarse en cuatro horas? A bien que es famosa la anécdota aquella del marino que, navegando en el Río de la Plata, alababa a otro el raro acierto que para calcular la hora sin instrumento alguno, tenían los patrones de lanchas de cabotaje. Como el segundo ponía en duda semejante habilidad, el primero la llevaba más allá de los cuernos de la luna, y afirmaba con toda su fuerza, que no se equivocarían ni en un cuarto de hora... En eso estaban cuando acertó a pasar cerca una lancha.

-Hagamos la prueba, dijo el incrédulo.

-Hagámosla.

Y llamaron a los de la lancha, que se acercaron enseguida. El patrón iba al timón, y preguntó medio en italiano, medio en español, qué era lo que deseaban.

-¿Puede decirnos qué hora es? -le contestaron.

El patrón miró deliberadamente al cielo, examinó con cuidado la altura del sol, volvió la cara al este, luego al poniente, y enseguida sentenció:

-¡Eh! sarán come la dos o la cuatro y medias...

Habían dado, pues, las seis y treinta cuando nos sentamos a la mesa en el comedor de la Subprefectura, palacio de madera compuesto de tres habitaciones, el despacho en el centro, el dormitorio a la derecha, entrando, y el comedor a la izquierda. Una estufa atestada de leña, roncaba en un rincón de este último, llevando la atmósfera a una temperatura capitosa, y una lámpara de petróleo difundía vaga penumbra en torno, mientras alumbraba violentamente el mantel blanco. Nada más extraño y desigual que el mueblaje del comedor: sofás procedentes de buques náufragos, anaqueles y armarios desparejos, restos también de siniestros marítimos, como las copas, como los platos, como las fuentes... Esto es de la Guy Manering; esto de la Esmeralda; aquello de la Amy... Parecíame estar en una guarida de piratas costaneros, más que en una subprefectura marítima. Cosas de mi tierra, me dije, y esta explicación me pareció suficiente.

Alrededor de la mesa estábamos sentados el subprefecto capitán Demartini, el doctor Pinchetti, que había dejado su escopeta hasta el día siguiente; el ayudante Nicanor Fernández, a quien conocía de mucho tiempo atrás, y yo. Comimos bien, más por el apetito que por lo selecto de los manjares, suministrados en su mayor parte por uno de los carneros desembarcados del Villarino, y no repuesto de las fatigas del largo viaje y las hambrunas consiguientes.

Terminada la comida, nos dispusimos a ir a bordo, a llevar la correspondencia, pedir algunos elementos culinarios indispensables, y despedirnos de aquella gente a quienes nos ligaban tantos días de vida en común y tantas impresiones recibidas ya al unísono, ya en acorde, durante la navegación o en las excursiones por tierra.

Bajamos al muelle, junto al cual cabeceaba el bote que había de llevarnos, y nos embarcamos inmediatamente.

-¡Abre!... ¡Arma!...

Y separándonos del muelle, nos sumergimos en la obscuridad, tan profunda que apenas se adivinaban las altas costas por la rigidez de la negrura, y por los recortes de su silueta sobre el cielo encapotado en que sólo a trechos se veía alguna estrella. Los marineros bogaban vigorosamente, arqueando los remos para vencer la corriente y los remolinos. El transporte estaba a tres millas, en el fondo mismo de la bahía, que rodeada allí de altos cerros, está más al abrigo de las rabiosas rachas que la barren frente a la Subprefectura. De todo el paisaje, que íbamos a contemplar tantas veces después, no veíamos ni las grandes líneas siquiera. Sólo las luces del Villarino servían para guiarnos. Por otra parte, Fernández iba al timón, y conocía palmo a palmo aquellos parajes. Llegamos una hora después.

No describiré la despedida, que no fue, naturalmente, desgarradora, pero a la que tampoco faltó emoción. Nos habíamos acostumbrado los unos a los otros, y al separarnos cerrábamos, al fin, un párrafo, si no un capítulo, de la vida.

Agradecí como debía -vale decir efusivamente- las atenciones de que me habían hecho objeto Murúa, Méndez, el comisario Martínez durante todo el largo viaje -atenciones nada incómodas como suelen serio, sino de veras útiles por su franqueza y eficacia.

-Véngase con nosotros; todavía está a tiempo.

-¡No! ya no puedo echarme atrás. En cambio de mi persona, llévense mi agradecimiento, y mis deseos de navegar otra vez con tan distinguida dirección... ¡Y buen viaje!

-¡Feliz estadía!

Librodot

Y apretones de manos, ofrecimientos calurosos, manifestaciones cordiales que se renovarán sin duda en otro encuentro, con todos los recuerdos gratos o desapacibles de aquella prolongada travesía, en que abundaron sobre todo los buenos momentos.

A las dos de la madrugada volvimos a la Subprefectura, llevando con nosotros un verdadero tesoro... pimentón, pimienta, aceite, una bolsa de harina, otra de verduras, algunas conservas y un cuarto de carne de vaca, obsequio del comandante, y obsequio de inestimable valor a la verdad...

¡Bendita escasez que hizo dar tanto mérito a aquellas provisiones tan desdeñadas en la abundancia!

Teníamos poco tiempo para dormir, y nos echamos medio vestidos en las camas dispuestas en el aposento, encargando que se nos despertara al amanecer para ver partir al Villarino.

Levantados estábamos, y junto a la barandilla que da sobre la barranca, ateridos por el viento helado y la humedad y la falta de sueño, cuando vimos aparecer tras del cabito de Hornos, la proa del transporte, encarnación para nosotros de esta idea al mismo tiempo plácida y amarga:

Buenos Aires. Lentamente cruzó por frente a la Subprefectura, rasgó la neblina sonora con un silbido agudo, y fue ocultándose poco a poco tras el peñón que conduce al faro, hasta que sólo se vio, flotando un instante, el extremo de la bandera de popa...

Quedábamos encerrados en la isla.

El sueño se nos quitó como por encanto, y nos miramos un segundo con expresión melancólica. ¡Eh!, ¡no es para tanto! A la labor, a la actividad, que el tiempo pasa pronto para el que trabaja, y sin dejar lugar a la tristeza. La instalación primera estaba hecha, pero teníamos que organizarlo todo: Demartini lo referente a la Subprefectura y al presidio, yo a mis notas y apuntes, que era necesario fijar claramente y aun desarrollar, si no quería encontrarme más tarde con que eran griego para mí mismo. Además, y desde el primer momento, se me había confiado la alta y delicada misión de dirigir y vigilar la cocina, y de hacer mucho y bueno con el menor gasto posible, pues aunque hubiéramos llevado víveres suplementarios, podía tardar el otro transporte y tener días de escasez si no de hambre. Eso por lo menos ha sucedido muchas veces, y podía repetirse una más.

Mientras el subprefecto hacía una minuciosa visita de inspección, me puse a escribir, dejando para más tarde la tarea de trabar conocimiento con los presidiarios, algunos de los cuales purgan allí unos cuantos crímenes, mientras que otros pagan bien amargamente por cierto, ya una insubordinación, ya una deserción a veces muy perdonable. Preocupado con mis papeles estaba, cuando una voz risueña y blanda me interrumpió:

-¿Qué se hace para almorzar, señor?

-Y en una cara negra, sobre un cuerpo pequeño y redondo, blanqueaban unos dientes de porcelana, y brillaban unos ojos como azabache. Era Vicente Zuluaga, el cocinero, un soldado que, estando de facción, quizá algo chispo, hizo fuego sobre una persona que no contestó a su tercer '¿quién vive?', dado sin duda con demasiada precipitación, hiriéndola gravemente. Fue condenado a diez años.

-¡Hombre! Primero, caldo; después, carne cocida; después, verdura; después... ¿hay huevos?

-No, señor.

Librodot

-Bueno. Entonces, entonces... un bife frito con cebolla y papas. El puchero con un poco de carne de vaca y lo demás de capón. El bife, de vaca; pero sin desperdiciar, ¿eh? Yo iré a ver dentro de un rato...

Demartini estaba indudablemente descontento del resultado de la inspección. En efecto, a primera vista se notaba que no había organización ni disciplina en el presidio.

El día antes pudo observar las maneras libres de los condenados, que jugaban entre sí, arrojándose piedras, gritando y riendo, sin respeto para los superiores ni compostura alguna. Aquel era un signo inequívoco de que las cosas no andaban bien, y de que sería necesario encaminarlas con mano de hierro. El día pasó ocupado en diversos trabajos; afortunadamente, el tiempo continuaba soportable, y a no ser por la enorme humedad del suelo turboso, hubiera invitado a pasear por la isla. Pero esa humedad era un verdadero desastre, y ni aun en el recinto de la Subprefectura y el presidio, cuyo pavimento estaba cubierto de pedregullo, se podía andar sin empaparse los pies, de manera que todos tuvimos que apelar a las botas patrias de tacones con herradura y suela con clavos semiesféricos de medio centímetro de alto. Y aun así, el agua penetraba por las costuras a pesar de todos los calafateos, entre los cuales tenía la preeminencia un barniz compuesto de alquitrán y grasa de foca, impermeable según los marineros, inútil o poco menos según la experiencia.

El doctor Pinchetti, dedicado a levantar el inventario de la farmacia, o mejor dicho del botiquín, había dejado descansar su escopeta, que dormía en un rincón.

La isla nos había recibido con mansedumbre. En todo aquel segundo día de permanencia no llovió una sola vez, aunque gruesas y pesadas nubes pasaran lentamente sobre nuestras cabezas, como examinando con curiosidad a los nuevos huéspedes de la región en que ellas, sólo ellas, imperan desde tiempo inmemorial.

El ayudante Fernández me presentó al alférez Lezica, jefe accidental del piquete de infantería de marina que compone la guarnición de San Juan, junto con los marineros de la Subprefectura. Es un joven muy correcto y agradable, avezado a las fatigas y los peligros que hay que vencer hasta en las más cortas excursiones por aquel país extraño y salvaje, y que permanece allí sin que se le releve, desde hace mucho tiempo. Visitamos con él la cuadra de los soldados, de bastante buen aspecto, fuertes y llenos de salud. Llamome la atención la juventud de los sargentos, todos ellos distinguidos, y casi unos niños; poco aprenderán allí, si no es a soportar las inclemencias del clima, y no parece ser ese su puesto, sobre todo considerando la clase de presidiarios que tienen que vigilar.

Conocí también al contramaestre Morgan, un yankee alto y delgado, de grandes bigotes rubios, ojos vivos, escrutadores y algo felinos, nariz recta, larga y fina, gran conocedor de la isla y Tierra del Fuego, en las que anda desde hace quince años o más, y quien había de prestarme importantes servicios, constituyéndose en mi colaborador en la parte informativa del trabajo emprendido, suministrándome curiosos y minuciosísimos informes sobre multitud de asuntos de interés. Con él fuimos a ver los marineros a la hora del rancho. Los había de todas las nacionalidades y de todos los aspectos, hasta indios pampeanos, que no son los peores. Entre ellos notábase un vasco muy joven, de veinte años o menos, cuya cara ingenua contrastaba con su desarrollo: parecía un gigante bien proporcionado. Sus compañeros lo llaman Burro y medio por su fuerza colosal, y cada vez que se embarca hay que recomendarle que al bogar cuide del remo, pues suele quebrarlo de una arrancada como si fuese una insignificante varilla.

Faltábame por conocer los presidiarios, entre los que hay famosos criminales; pero dejé la tarea para otro día, y me refugié en un rincón para continuar con mis notas.

Librodot

Por la noche hubo tertulia en el comedor, hablándose largo y tendido sobre las primeras impresiones, no desagradables, producidas por nuestra nueva mansión.

-¡Pero esto no es tan malo como dicen! -exclamé- Salvo, la humedad y el nublado, no puede decirse que aquí se está peor que en otra parte...

El alférez Lezica se sonrió.

-Ya verá después. -Hoy ha sido, como ayer, un día excepcional.

-¿De veras?

-¡De veras!... Aquí cuando no llueve graniza, cuando no graniza nieva, y cuando ni llueve, ni nieva, ni graniza, las rachas amenazan derrumbarlo todo, y casi no dejan asomar afuera las narices.

-¡Corpo! -exclamó el doctor Pinchetti.

Y como para confirmar las palabras del alférez, una violenta racha sacudió la casilla cual si quisiera arrancarla de cuajo, otra la hizo retemblar como en un terremoto, y enseguida se oyó el furioso repique del granizo en los techos de hierro galvanizado, entrecortado a intervalos por los silbidos del viento que se espoleaba a sí mismo.

-Empieza la danza. Así es todos los días, todos los meses, todos los años... cuando no es peor...

-¡Corpo! -repitió el doctor Pinchetti.

-¿Y nieva mucho en San Juan? -pregunté.

-Bastante.

-¿De modo que en invierno estará todo cubierto de nieve?

-No. Sólo dura tres o cuatro días, porque los vientos del norte la deshacen. Los picos, sí, quedan todo el invierno blancos.

-¿Y hace mucho frío?

-¡Bah! mucho menos del que podría creerse. Sin embargo, hace más que en Buenos Aires y no tanto como en Usuhaia. Morgan puede darle las cifras exactas.

-¿Sí?

-Tiene toda una oficina meteorológica, una estación del observatorio de Córdoba, con instrumentos registradores de precisión, barómetros, termómetros, anemómetros, ¡qué sé yo! Hace ya años que practica observaciones diarias.

La conversación siguió por este rumbo largo rato, hasta que -llegada la hora de retirarse- Demartini hizo diversión refiriéndose a temas algo más agradables:

-Supongo que un poco de viento y unas cuantas gotas de lluvia no van a tenernos confinados -dijo.

-¡Quién lo duda! Para estar encerrado me hubiera quedado en el Villarino.

-¡Claro! -afirmó Pinchetti.

-Propongo entonces una pequeña excursión para mañana.

-¿A dónde?

-Al fondo de la bahía. Tengo que cerciorarme del estado de un bote salvavidas que está abandonado allí; si es posible componerlo, lo traeremos. Pero dudo que se pueda arreglar, pues tiene inutilizadas las válvulas, y nos faltan elementos para reponerlas. De todos modos, quiero examinarlo. Es muy triste que una embarcación de tanto costo y que tan grandes servicios puede prestar, esté tirada en una costa, acabando de destruirse. Saldré mañana a las seis.

-Yo también.

-Y yo -añadió el doctor Pinchetti.

Librodot

-Podremos recoger mejillones para el almuerzo, y quizá veamos algún lobo -sugirió Demartini.

-Mejor que mejor. Llevaremos fusiles, y ¡guay de la foca que se ponga a tiro!

-Bien. Ahora, lo mejor es dormir, para no madrugar en tan malas condiciones como hoy, y estar todo el día cayéndonos de sueño.

Al día siguiente me despertó la diana; Demartini se había levantado ya, y presidía la lista, con un mal humor de todos los diablos, porque muchos señores presos se permitían quedarse en cama con los pretextos más especiosos, o sin pretexto alguno. Demás está decir que menudearon los plantones, y que el flamante subprefecto se juró presidir la lista todas las mañanas, para cortar de raíz aquel abuso que por desgracia no era el único, ni mucho menos.

Pero a pesar de nuestra diligencia no pudimos salir a la hora convenida. Las rachas asoladoras se alternaban con chubascos de lluvia menuda y penetrante, la bahía estaba muy agitada, y hubiera sido tan inútil como peligroso salir en esas condiciones. No se trataba del vientecillo ni de la garúa de que hablamos la noche anterior. Aquello era insoportable de todo punto.

-¡Che tempo, dottore!

-¡E un tempo... rale!

¡Cuántas fiestas -si así pueden llamarse- iba a ahogarnos el tiempo, con sus extravagantes caprichos! Sólo quien haya vivido en la isla puede imaginarlo.

- XXXI -
Mal tiempo

El día fue, pues, tan malo, que no nos permitió salir, ni casi asomarnos a la puerta. Los libros que había llevado conmigo me hicieron olvidar muy pronto mi inmovilidad forzosa, al mismo tiempo que me ilustraban algo más respecto de la historia de aquella isla.

Después del no comprobado descubrimiento del Cabo de Hornos en 1526, por don Francisco de Hoces, que arrastrado por un temporal llegó hasta más allá del paralelo 55, y volvió diciendo que a su parecer «allí era acabamiento de Tierra», pasaron largos años sin que se emprendiera expedición alguna tan al sur.

Pero en 1615, dos holandeses, llamado el uno Schouten y el otro Le Maire, se propusieron encontrar un paso al oriente, que no fuese ni el Cabo de Buena Esperanza, ni el Estrecho de Magallanes, y con tal objeto armaron en Horn un buque, al que llamaron la Concordia, y, el 14 de junio se dieron a la vela con rumbo a Magallanes. Scrouten era un marino de fama, pero Le Maire, el más conocido hoy, era sólo un comerciante hábil y emprendedor.

Llegados al Estrecho pusieron proa al sur, con la esperanza de encontrar el paso Esperanza, que afortunadamente no resultó fallida como tantas otras.

El 25 de enero de 1616, descubrieron el Estrecho que separa la Tierra del Fuego de la isla de los Estados, al que dieron el nombre de Le Maire, que tiene hoy, bautizando al conglomerado de peñascos que veían al este, con el título de Staten Land.

Librodot

Corriéndose luego hacia el sudoeste, descubrieron el famoso cabo, al que pusieron Hoorn, en honor del puerto de que habían zarpado, cuyo nombre, corrompiéndose, ha llegado a convertirse en Hornos; doblado el cabo, y seguros de hallarse ya en el Pacífico, siguieron errantes, sin conocer su situación hasta tocar en las islas Molucas.

La otra expedición holandesa mandada por el almirante Spilberg, alemán de origen, cuyos barcos se hallaban en dichas islas, capturó a la Concordia, porque no pertenecía a las compañías holandesas unidas. No sólo se aprehendió a Le Maire, sino que no quiso creerse en su notable descubrimiento, se le confiscó el navío y se repartió su tripulación entre los de Spilberg, que se hizo a la vela con sus dos buques principales. El desgraciado descubridor, que era conducido preso a Holanda, murió en el trayecto...

Los Nodales cambiaron en 1619 el nombre al estrecho de Le Maire, poniéndole el de San Vicente -que no ha prevalecido-, por haberlo cruzado en el día de aquel santo, y lo mismo hicieron con el Cabo de Hoorn, al que llamaron de San Ildefonso.

Poco interés despertó desde entonces la Isla de los Estados, lo que se explica muy bien por su escasa extensión, lo áspero de sus costas, y la dificultad de proveerse en ella de elementos de vida -y sólo desde 1884 comenzó a estar positivamente poblada.

El comandante Piedrabuena la frecuentó antes y después de entrar a formar parte de la marina argentina, por cuyo hecho recibió en recompensa el usufructo para sí y sus descendientes de los productos naturales de la isla.

El teniente Bove y sus colaboradores científicos, visitaron la, isla en 1880, deteniéndose en Puerto Cook y en Pengüin Rockery, y haciendo varias expediciones por los montes del interior.

En 1883 llegó la Romanche, enviada por el Gobierno de Francia, que practicó estudios muy minuciosos desde puerto Parry.

Los tripulantes de la Romanche construyeron en Pengüin Rockery una casa de madera con dos habitaciones, en las que había nueve cuchetas dispuestas como en un buque.

La casa existía aún en 1892, y cuando el naufragio de la Guy Mannering habitaron en ella nueve personas, entre náufragos y marineros de la Subprefectura de San Juan acudidos al salvamento; pero ya en 1895 había desaparecido, probablemente destruida por los loberos que, no pensando en mañana, suelen arrasar cuanto encuentran a su paso, quizá para echarlo de menos más tarde.

No se limitaron los franceses a dejar ese refugio, sino que también lo proveyeron de víveres suficientes para sostener a doce personas durante todo un año.

Ese depósito fue en parte consumido por un desertor de nuestra armada, que ha dejado recuerdos imborrables en la isla.

La historia de aquel hombre es lo bastante curiosa para merecer algunos párrafos.

Tenía poco más de veinte años de edad, era oriundo de la Finlandia rusa, y según parece había sido estudiante de derecho. Demostraba conocimientos que hacían creíble, esto último, aunque su condición en la isla no podía ser más modesta.

Él explicaba su venida a menos diciendo que en su país había pertenecido a una sociedad política secreta y que, perseguido por la policía, se había visto obligado a huir y expatriarse, perdiéndolo todo, hasta su carrera.

Iwan Iwanowsky -así se llamaba- era de una estatura de 1.85 metros, estaba dotado de una musculatura hercúlea y de una energía a toda prueba.

Se incorporó a nuestra escuadra de una manera casual, casi podría decirse sin pensar en tal cosa. Cuando los buques de la expedición Laserre estaban fondeados en Santa Cruz,

Librodot

Iwanowsky llegó a dicho puerto, al que había ido a pie desde Punta Arenas, y pidió pasaje para Buenos Aires. Se le concedió, haciéndolo embarcar en la Paraná.

Todo fue bien hasta que la expedición llegó a la isla de los Estados, donde se le hizo trabajar junto con los marineros. Iwan no entendía una palabra de castellano, y probablemente por eso incurrió en falta, pues por regla general era muy cumplidor. El cabo le infligió un castigo corporal, resistiole el ruso, pero reducido a la fuerza, se le puso en el cepo de campana...

Apenas lo desataron buscó medio de evadirse de San Juan del Salvamento, donde estaba, y así lo hizo aquella misma noche, llevándose dos mantas y media bolsa de galleta, con la que vivió quince días, nadie sabe dónde.

Sin embargo, volvió, estuvo detenido en la Subprefectura, y al tercer día fugó de nuevo, esta vez acompañado por un preso llamado Castellanos, que se presentó poco después diciendo que en una riña había herido a su compañero de evasión.

Dos meses más tarde y en una batida qua se hizo por la Isla, encontrose a Iwanowsky en la falsa caleta de Cook, admirándose todos de que hubiera podido soportar durante tanto tiempo una vida de privaciones que habría aniquilado a cualquier otro. Tomósele preso, y desde entonces comenzó la costumbre de llamar Russian Fin a la caleta en cuestión, nombre bajo el cual se la conoce ahora.

Pero el finlandés no renunció a la libertad, y en 1885, hallándose a bordo del cúter Bahía Blanca, que trabajaba en el salvamento de la barca náufraga Ana Génova, resolvió escapar por tercera vez. Embarcose en una lancha muy pesada, y bogando él sólo, consiguió llegar a la costa, que se hallaba a dos millas, más o menos.

Después no se supo nada de él, hasta que el 6 de octubre del mismo año, el piloto Macías y los contramaestres Morgan y Pérez, hallaron su cadáver en la costa este del puerto Parry. Habría muerto cuatro días antes.

Se le enterró en el sitio en que se le había encontrado, fuera del alcance de la marea, y a unos trescientos metros de la cascada que existe en el interior de dicho puerto. Allí dormir arrullado por rumor del agua que cae y de las olas que se precipitan fragorosas sobre la playa... La isla es tan pequeña que podría recorrerse en pocas horas si no fuera tan áspera, tan quebrada, tan cubierta de bosque, y si la turba no fatigara tanto, haciendo hundir al caminante hasta el tobillo, y complicando, la dificultad que a la respiración opone la presión atmosférica. A pesar de su pequeñez, aun hoy existen en su interior campos no explorados, sobre los que no se tiene dato alguno, pero que sin duda serán iguales a los ya conocidos; están hacia el centro de la isla, y como el aspecto de ésta no varía en sus extremos, puede conjeturarse que la variación no existirá tampoco allí.

La turbulencia del estrecho Lemaire ha impedido que la Isla de los Estados se poblara como Tierra del Fuego, la isla Navarino, etc. En ninguna parte se encuentran huellas de indios, ni restos de wigwams, ni depósitos de conchas de moluscos, ni puntas de flecha. Al contrario, la abundancia y el tamaño de los mejillones que se encuentran en diversas costas accesibles, parecen demostrar que esos criaderos no han servido de depósito de comestibles para los indios, cuyas frágiles embarcaciones no hubieran dejado de zozobrar antes de acercarse al peñón, sorbidas por el tire-rip.

He hablado varias veces de este fenómeno tan frecuente en los alrededores de la isla, pero sin definirlo aún. Bove lo describe así:

«No bien había pasado la punta Conway, comenzó a inquietarme una mar gruesa del nordeste. Hice amarrar el segundo estay a la vela, y no fue precaución inútil, porque pocos

Librodot

minutos después el viento empezó a soplar con tal fuerza, que la pequeña embarcación soportaba apenas el poco paño desplegado. Pero como a sotavento no se veía sino una costa desmantelada y erizada de rompientes, menester era forzar vela pira llegará puerto Cook antes de que el bote corriera serio peligro. Pero no tuvimos tiempo.

»Sobre el cabo Baily, precisamente en medio de uno de esos remolinos que son, puede decirse, la bestia negra de los pobres balleneros que se aproximan a la Isla de los Estados, sucediéronse dos o tres ráfagas de viento con violencia tal que en pocos minutos se levantó una mar espantosa.

»No era posible gobernar, ni usar de la vela, ni remar; la pobre embarcación se alzaba, se bajaba, se retorcía sacudida por las ondas que la azotaban de proa, de popa, de flanco. Si hubiera tenido tiempo hubiese comparado la lancha con un pedazo de tabla arrojado en un caldero de agua en ebullición.

»Pero jamás halló tan exacto el proverbio de que hay también un Dios para los locos...

»Cuando ya creíamos entrar en el centro del remolino, nos encontramos fuera, un suspiro se escapó de nuestro pecho y todos volvimos los ojos al peligro de que habíamos escapado.

»A nuestra espalda el mar no era más que una serie de cimas rectas y blanquizcas que se perseguían, avanzaban unas sobre otras, reapareciendo más veloces y terribles cada vez, semejando millares y millares de rompientes, e imitando el fragor del trueno que retumba en los valles...»

Pasamos encerrados todo aquel horrible día, sobre todo en lo que a mí respecta, pues Demartini salió a despecho de la lluvia y el viento furioso, a dar algunas órdenes y ver si todo andaba bien.

-¿Y, doctor, vamos al faro? El día merece aprovecharse en un paseo.

En efecto, redoblaban los techos de hierro, estremecíanse las tablas crujiendo como de dolor, y en techo y cristales repicaba la lluvia para no cesar sino cuando el granizo entraba en juego. ¡Huhuhuhup! ¡Huhuuuhup! y volaban hojas y ramas, y en la bahía, frente a nosotros, levantábanse polvaredas de agua. Las rachas se entretenían a veces en impedir la salida del humo, que llenaba entonces las habitaciones, obligándonos a abrir la puerta, por donde se colaban silbando para transirnos a su gusto.

-¡Corpo! -exclamaba el doctor Pinchetti, golpeando las gruesas suelas de sus botas claveteadas.

Con aquel tiempo no asomaban el hocico ni los ratones, esos simpáticos animalitos que crecen a sus anchas en la isla hasta alcanzar dimensiones descomunales, y que la infestan desde uno al otro extremo. Son tan abundantes y dañinos, que han hecho imposible la cría de conejos.

cuyos hijuelos matan hasta cuando tienen más de tres meses, como hacen con los pollos en los gallineros, donde no dejan un huevo al menor descuido.

-¿Ha pasado revista a sus enfermos, doctor? -pregunté.

-Sí, desde el primer momento.

-¿Y qué tal el estado sanitario?

-Bueno, bueno; creía que fuese peor. -Muchos de los enfermos lo están sólo de haraganería, pues los presidios son como los colegios. Pero el reumatismo abunda.

-¿Tiene muchos tuberculosos?

-Algunos, sí; algunos que han tenido ya la enfermedad. Otros la habrán adquirido aquí, pero son pocos. La generalidad soporta bien estas inclemencias... Ya habrá notado usted los marineros, fuertes, robustos, aclimatados... ¡Y qué apetito! Aquí se come más que en Buenos Aires.

-No lo dudo; pero si tenemos que seguir aquí encerrados, yo hasta que llegue el transporte, usted hasta que lo permuten con otro, creo que por nuestra parte lo perderemos pronto. Con tal que antes que el apetito no se concluyan los comestibles, como suele acontecer por estos barrios...

-Mire usted el arco iris...

Y el doctor me señalaba uno, espléndido, que frente a nosotros, y destacándose sobre los árboles y las rocas de la otra orilla, trazaba un semicírculo perfecto, teñido de colores tan brillantes, que turbaban la vista. Sus dos extremos se apoyaban en la espuma blanca de la rompiente, cual si brotaran de ella como espléndido fuego de artificio. Pero su esplendor duró pocos instantes. Gradualmente fue palideciendo y empañándose, hasta fundirse del todo en las nieblas opacas que velaban la costa vecina.

-El arco iris anuncia buen tiempo, dicen... Aquí nos avisa que hay mucha agua en la atmósfera, y que el sol se ha dignado guiñarnos un ojo...

La posición es insostenible; ¡vengan los días lindos, o renuncio!...

-Renunciar ¿a qué? ¿a quedarnos aquí? -¿Y cómo nos ¡riamos a otra parte?...

Estábamos bloqueados, encajonados, presos. A la izquierda, las alturas de Punta Laserre, a la derecha y a la espalda otros cerros, enfrente la bahía, y más montaña. El vallecito, como un pañuelo, parecía el patio de un castillo feudal, rodeado de almenas y de fosos.

Allí pasé muchos y muy largos días, que hubieran sido interminables a no acortarlos un tanto el trabajo emprendido con ardor y con cariño, las primeras de estas páginas, trazadas al arrullo de la lluvia, junto a la chimenea, frente a la ventana que da sobre el mar, ora tranquilo, surcado por las aves acuáticas, ora agitado suavemente por la brisa y la marea, ora turbulento, rumoroso, espumante, ora irritado, bravío, escupiendo y vociferando sobre las rocas que pretendía desmenuzar...

Había -¡oh poder del aislamiento!- reglamentado mis horas: de mañana el desayuno, un poco de trabajo, y la cocina con Zuluaga, mientras Demartini se ocupaba de sus marineros y presidiarios y el doctor de sus enfermos. Después el almuerzo, en que nunca faltó ni la fariña, ni la mazamorra, ni el buen humor. Acabado el almuerzo, ya una visita al faro cuyo camino se reconstruía con grande empeño, ya una caminata por el muelle, les cent pas -único sitio del exterior en que la humedad no era temible-, ya alguna excursión en bote, algún ejercicio de tiro, un poco de caza o de pesca... Luego a escribir hasta la hora de comer, o a interrogar a aquella buena gente, o a husmear por todos lados en busca de curiosidades... Las veladas pasaban en amenas conversaciones, relatos de aventuras reales desarrolladas en aquellos parajes, comentarios de los sucesos del día.

¡Qué mundo de cosas ocurría en el presidio! ¡Con qué calor se discutía el condimento más apropiado para la avutarda, el sistema mejor de conservar los mejillones, la cantidad de aceite que podía dar una foca, o el betún más eficaz para calafatear las botas!...

Algunas veces iba a visitarme el contramaestre Morgan, a quien hacía sufrir un verdadero interrogatorio, deteniéndome en minuciosidades, queriendo saberlo y explicármelo todo, y sin interrumpirme hasta que a hora avanzada se retiraba, para que la diana no lo sorprendiera todavía con sueño.

Librodot

A veces, también, de la Serna se presentaba a comer con nosotros llevando su escote, en forma de legumbres y verduras de su huertita. Y siempre tenía alguna noticia.

-Hoy ha pasado un buque de cinco palos, bandera inglesa, a diez millas del faro.

O bien:

-Esta mañana una manada de lobos de un pelo -andaba pescando en el cachiyuyo, alrededor de Punta Laserre.

Y a menudo le envidiábamos su suerte: Él siquiera tenía un vasto horizonte por donde pasear la mirada, mientras que la nuestra se estrellaba a todos lados contra las paredes de granito.

-¿Sabe algo del Bélgica? -le pregunté un día.

-Sí. El 7 de enero entró en este puerto, a hacer agua, y el 11, salió con rumbo nordeste, para doblar enseguida el cabo San Juan.

- XXXII -
El presidio de San Juan

La Isla de los Estados parece hecha expresamente para presidio y para fortaleza.

Está aislada, solitaria en medio de las olas tumultuosas, sin que buque alguno de los que pasan a su vista, vaya a recalar por capricho a sus puertos, donde no podría refrescar sus vituallas.

Es al mismo tiempo centinela avanzado de la navegación del Cabo de Hornos, y ofrecería seguro asilo a los barcos que en ella se refugiasen...

si tuviera cañones que completaran su defensa natural.

Nadie puede escapar de ella sin contar con sus guardianes primero, con un buque de cierta estabilidad que fuese en su busca, después.

Huir del presidio para vagar por la isla ¡imposible! a menos de comer ratas y mejillones, o de tener medios de cazar las aves de los lagos o de las costas, y ser de una constitución a prueba de bomba para soportar a la intemperie las inclemencias del clima.

Así, pues, no es extraño que San Juan del Salvamento sea presidio militar; lo que sí extraña es que no se le haya dado mayor amplitud, llevando también presos civiles, y ensayando una colonia penal, que -debidamente organizada- tendría que dar excelentes resultados. Los colonos podrían gozar de cierta libertad, sin otro encierro que las murallas de piedra de la isla, y el inmenso océano que la ciñe. Un solo barco de vapor bastaría para vigilar eficazmente sus costas, siempre que los presidiarios formaran un solo núcleo, y que no les fuera posible ocultarse sin que se notara su falta.

Hoy por hoy, los pobladores forzosos de la Isla de los Estados no llegan a cincuenta, y son todos soldados o clases de los cuerpos de línea, excepción hecha de un capitán de guardias nacionales. Entre ellos hay diez y ocho homicidas.

Aunque la tarea no sea agradable ni mucho menos, me permitiré pasarlos en revista, considerando que no todo lo útil ha de ser ameno, y que vale la pena conocer el presidio y sus habitantes.

Trinidad Cuello, fue condenado a diez años de presidio por insubordinación. Cuenta que al ser maltratado por un subteniente se resistió, dando lugar a que se le castigase con pena tan severa.

Pedro Carrasco, soldado del 2.º de caballería, hallándose en estado de embriaguez, fue provocado por un dragoneante, a quien hirió causándole la muerte: diez años de presidio.

Anfiloquio Pérez, cabo del 2.º de caballería, habiendo sorprendido in fraganti delito de adulterio a su mujer y un sargento, mató a éste: diez años.

Pedro Royal, cabo del 30 de infantería, mató a un cabo, hallándose ebrio: tiempo indeterminado.

Marcelino Monteiro, marinero, condenado a diez años de presidio, es lo que puede llamarse una bestia humana. Dominado por un vicio contra natura, mató a un compañero que dormía por considerarlo rival en la amistad inconfesable con otro hombre.

A esta especie de degenerados pertenece también Eduardo, Aparicio, condenado a diez años por un asesinato alevoso, y que antes habla ocasionado ya otra muerte. Tiene fama en el presidio por su corrupción realmente abyecta.

Juan C. Castex, condenado a presidio indeterminado, por homicidio, y que gozaba de grandes preeminencias hasta la llegada del nuevo subprefecto de San Juan.

Isidro Ramírez, soldado del 3.º de infantería, hombre sano y robusto, muy blanco y hasta casi simpático si no fuera por su mirada aviesa y torva, es sin duda el criminal más perverso de todos aquellos presidiarios, entre los que los hay de alma atravesada, como vulgarmente se dice. Había hecho una muerte y estaba en la cárcel, cuando, como se usaba entonces con grave desprestigio del ejército, fue sacado de ella para engancharlo. No tardó en desertar de las filas, pero fue perseguido, se le dio alcance, y al capturarlo mató a uno de sus compañeros de cuerpo.

Llevado ante el consejo de guerra, éste, en vista de la reincidencia con circunstancias agravantes según la ley militar, lo condenó a presidio por tiempo indeterminado. Confinado en la isla, la noche del 3 de julio de 1897 tuvo un altercado con el despensero cabo Carrozza por una ración de caña que éste no quería darle; aprovechando la obscuridad, y hallándose indefenso el cabo, lo mató infiriéndole once puñaladas...

Anacleto Hojas, 10 años; Ángel Pastrana, tiempo indeterminado; Nicolás Tejeda, quince años; Félix Lavallena, José Gatica, Anselmo Ortiz, Enrique Pasarello, Pedro Sierra y José Sinsano, a presidio indeterminado y Dionisio Torres a nueve años, todos ellos por homicidio.

Estos penados, sobre cuyas conciencias pesa la sangre derramada, no son los únicos que sufren su condena en el presidio de la isla. Otros, por causas más leves, y en resumen perdonables por la sociedad, pues sus delitos lo son únicamente respecto de la institución militar, comparten con aquéllos su desgraciada suerte, y viven en común, aunque sean mucho más dignos de interés y de lástima. Pobres soldados, que han querido protestar, no seguir siendo máquinas, sin acordarse de que ya era peor para ellos volverse atrás.

Juan de Dios Gómez y Juan Yáñez, del 12.º de infantería, han sido condenados a diez años, por abandono del servicio, escalamiento y deserción. Cuentan, y no estoy muy lejos de creer que dicen la verdad, que entraron como voluntarios a formar parte del batallón; pero que cuando, cansados del servicio, pidieron la baja, no se les dio, porque figuraban en los libros del cuerpo como enganchados, aunque no hubieran recibido el importe de su enganche. Como se les anunció que tendrían que servir dos años más, desertaron, fueron aprehendidos, y... ahí están en San Juan del Salvamento.

Librodot

Pedro Peralta, Salustiano Sosa, Jacinto Moyano, Juan B. Peralta, Francisco Murúa, Melitón Pizarro, Moisés Medina, José González, Agustín Alvear y Enrique Cáceres, sufren diversas condenas por insubordinación.

El motín del 3.º de caballería, es el hecho que ha dado mayor contingente al presidio: allí está el cabo Justino Sánchez, por tiempo indeterminado; el trompa Carmelo Rodríguez y los soldados Jacinto Castro, Miguel Burgoa y Martín Rodríguez, por doce años, y los de igual clase Gustavo Gavelli, Lorenzo Gil, Pantaleón Zárate, Emilio Borjas, Saturnino López y llamón Menzequies, por diez años...

Estos presos han tenido, en general, buena conducta, y ésta mejora a medida que la disciplina se implanta con más rigidez. Antes anduvo muy relajada, flojos los resortes, a su albedrío los presidiarios. Ahora, y especialmente desde que Demartini se ha hecho cargo de la Subprefectura, reina el orden, y los nenes esos entran en vereda, se dedican al trabajo, y dan poco que hacer.

Pero aunque el presidio estuviera bastante desorganizado, menester es confesar que los presos no han cometido tantas barrabasadas como pudieran.

En ocho años, en efecto, sólo se registra un asesinato, el perpetrado por Ramírez, y dos heridas en pelea, en noche de orgía, muy frecuentes en otro tiempo, pues cada vez que llegaba un transporte, los presos se procuraban alcohol... Han pagado hasta quince nacionales por una botella de bebida espirituosa que no vale un peso en Buenos Aires... La vigilancia, no muy estricta, se burlaba fácilmente, y no era raro ver cuatro o cinco ebrios poco después de haber entrado un buque al puerto.

Con todo esto, se ve que son de buena pasta cuando los anales de San Juan no están llenos de escenas dramáticas, sublevaciones, fugas, asesinatos, y otras lindezas del mismo jaez. Gente ya ensangrentada, y con la excitación del alcohol...

-Dígame, Morgan -preguntó un día-, ¿y cómo hacían estos diablos para procurarse bebidas sin que los sorprendieran?

El contramaestre se sonrió, y me dijo:

-Hay mil modos, fuera del más sencillo, que es hacerlas introducir por los mismos guardianes...

-¿Pero los otros? ¿cuáles son los otros?

-Muy simples, y comunes a los marineros y los presos de todas las naciones: una línea de pescar que en vez de peces lleva a la costa una botella atada al extremo desde el barco, una caja de tabaco llena de caña, un vejiga convertida en bota, y oculta luego entre la camisa y la carne...

Una vez, cierto buquecito vino de Punta Arenas con artículos generales, entre los que había cocos; éstos eran de dos clases, y se vendían unos a cincuenta centavos la pieza, otros a cuatro pesos. Estos últimos, especiales, estaban llenos de guachacay, de tal modo que por la noche abundaron los borrachos, sin que nadie se explicara en el primer momento de dónde procedía el alcohol...

Entre los presos hay seis que tienen mujeres, más o menos legítimas, como si se tratara de implantar allí una especie de colonia penal. Ensayo insuficiente, y desde luego fracasado, pues será difícil arraigar una población en San Juan, cuyos recursos no pueden ser más escasos, y cuyo clima no puede ser más inclemente.

Los trabajos a que se dedican los presidiarios tienen que ser necesariamente poco variados, por la estrechez de su campo de acción:

Librodot

corte de leña en el bosque, construcción de caminos, conservación de los existentes, algo de carpintería, un poco de pesca, descarga de los víveres y vestuarios a la llegada del transporte... En sus horas de ocio algunos se dedican a fabricar objetos de madera, pacientes «trabajos de presos», que venden a los raros visitantes de los transportes; pero dudo de que, con una buena organización, tuvieran otros momentos de ocio que los dedicados a la comida y al sueño.

Esa organización ha dejado mucho que desear hasta ahora, pero el capitán Demartini, lleno de buenas intenciones, ha puesto desde su llegada todo su empeño para ajustar los resortes flojos o relajados e introducir de lleno la disciplina militar en el presidio militar, que de otro modo no se comprendería.

En breve tiempo ha hecho reconstruir completamente el camino al faro, que se hallaba en un estado lamentable, sin reparación desde que lo hizo la gente de la expedición Laserre, y ha dado principio al camino a Cook, obra de muy difícil realización por los turbales que suben casi hasta la cresta de las altas lomas que se levantan entre San Juan y el fértil istmo a cuyos lados están los puertos de Cook y de Vancouver. Un rompeolas de necesidad urgente, pues el mar socava y carcome la barranca en que está instalada la Subprefectura, iba a ser comenzado cuando salí de la isla.

El trabajo trae necesariamente consigo el orden y las buenas costumbres en las colectividades de esa especie, muy inclinadas a toda clase de extravíos y de vicios, por poco que encuentren la ocasión de dar rienda suelta a los instintos individuales. Se cuentan del presidio cosas que no son para repetidas, y que indudablemente no volverán a suceder, sino como excepción, desde que se implante un régimen severo de labor y no se descuide la vigilancia, nunca excesiva en tales casos.

Sin embargo, el presidio seguirá costando dinero al Gobierno mientras no se le provea de herramientas y útiles que hagan más aprovechable el trabajo de los presos, que hoy se sirven de instrumentos primitivos o insuficientes. Se pensó en darle un aserradero a vapor, que nunca ha llegado a la isla. Con él podrían haberse mejorado y aumentado las habitaciones, labrando la excelente madera que abunda en los bosques cercanos a la Subprefectura; con él, los presidiarios no tendrían que quedarse de brazos cruzados en los días tan frecuentes de mal tiempo, en que es imposible trabajar a la intemperie; con él podrían haberse hecho embarcaciones que faltan para el servicio de las costas, y tablas y tablones que hay que llevar hoy de Buenos Aires al país de la madera...

Pero puede dotarse a la isla, sin gran gasto, de un elemento tan útil; no faltan motores que no se aprovechan en los talleres del Gobierno, y las sierras circulares y sin fin no cuestan lo que se economizaría teniéndolas en actividad en San Juan.

Esto mismo contribuiría a hacer más llevadera la vida de aquellos infelices que, lejos del mundo, aislados de todo contacto externo, la pasan en medio de una tempestad continua, envueltos en nubes, bajo la lluvia, bajo el granizo, bajo la nieve, transidos por ráfagas glaciales, sin ver sino rara vez un fugitivo rayo de sol.

No son ellos sentimentales, rudos soldados hechos a la fatiga y a las privaciones del campamento; pero rodeados de montañas, sometidos a un reglamento que suprime las iniciativas, sumergidos en una atmósfera gris que limita aún el escaso horizonte, llevan en el rostro un sello de melancolía que no se observa en la mayor parte de los penados de la penitenciaría. -En aquel pantano circunscripto, apenas más grande que una cárcel, los árboles verdes dan aún menos idea de libertad que las paredes blanqueadas de una celda...

Librodot

Y entre los desgraciados que arrastran esa triste existencia, hay algunos condenados por deserción a diez años de presidio, y que los cumplirán quizás aunque el nuevo código haya reducido la pena a la mitad.

Los tribunales militares ¿no tendrán en cuenta que este beneficio de la ley debe alcanzarles a ellos también? Esperemos que sí.

Ellos, entretanto, viéndose en la misma situación de los que han armado su mano de puñal y la han manchado con sangre del prójimo, alevosamente vertida, harán amarga y práctica filosofía sobre la equidad humana, esa abstracción irónica que siglo tras siglo viene como un Proteo cambiando de forma y de significado, sin llegar nunca a ser una verdad...

Pero su suerte sería menos amarga si no sufriesen otras torturas que se añaden a éstas: la invencible envidia, el celo violento, casi hasta llegar al odio, hacia los que tienen mujer, aunque sean más criminales que ellos, y gozan a sus ojos de la vida de familia, en ranchos aislados, en torno de la cuadra común... Siquiera pudiesen equiparar fortunas... Pero ¿dónde encontrar la Eva de aquel paraíso al revés?...

¡Pobre gente! Mientras los criminales natos hacen por conservar su especie, ellos que todavía podrían ser miembros útiles de la sociedad, como que sólo son culpables respecto de una ley convencional, cuyos mandatos olvidaron un día, se consumen estérilmente en aquellas soledades dantescas, que poca inspiración llevarán a su espíritu inculto.

Todo se ha de hacer a medias y por vía de ensayo en nuestro país: es de reglamento. Eso explica que la incipiente colonia, penal tenga seis mujeres y cincuenta penados a cargo de un piquete de infantería de marina y un destacamento de marineros de la Subprefectura, que también envidiarán a ratos la suerte de los presidiarios, como que suele olvidarse su existencia y quedarse en Buenos Aires los relevos...

- XXXIII -
Naufragios y salvamentos

¿Se conocen todos los naufragios que han tenido por teatro las costas y las cercanías de la Isla de los Estados?

Parece que la respuesta debiera ser afirmativa, dada la poca extensión de aquel informe hacinamiento de piedras; pero los caprichosos cortes y recortes de sus orillas, lo inaccesible de algunas caletas a la observación de los barcos que pasan de largo, la falta de elementos de movilidad de la Subprefectura, hacen posible que se suponga lo contrario.

Un buque cualquiera puede ser tragado por las olas, junto a una de aquellas costas a pico, a cayo mismo pie hay inmensas profundidades, sin que quede rastro de él...

Sin embargo, los siniestros marítimos que se conocen, y en que ha tenido intervención la Subprefectura de San Juan del Salvamento desde su fundación hasta la fecha, son suficientes para dar triste fama a la isla, aunque se sospeche que algunos, si no muchos de ellos, son provocados para recibir el importe de un buen seguro a cambio de un buque malo y viejo...

Bove habla de varios naufragios anteriores a la fundación de la Subprefectura: el del Jess, barco de 2000 toneladas, en Año Nuevo, el del Vergeri, del Pactolus, del Capricorn...

Desde 1884 cuéntanse diez y seis, rodeados de circunstancias más o menos dramáticas, que narraré brevemente aquí, siguiendo el orden de las fechas en que han ocurrido, y sin detenerme a vestirlos con descripciones y adornos innecesarios.

1. El 20 de enero de 1885 naufragó la barca italiana Ana, de Génova, de 800 toneladas de registro, que tripulada por catorce hombres iba de Génova a Valparaíso con cargamento general.

Sorprendiole una calina estando muy nebulosa la atmósfera, y la corriente dio con ella en la costa, entre los puertos de Cook y Año Nuevo.

Afortunadamente salvaron todos los tripulantes, que fueron socorridos en San Juan.

II. Poco después, el 4 de marzo y con un tiempo semejante, pues había cerrazón, viento en calma y mar de leva, la corriente arrastró a la barca inglesa Hiver Lagan, de 852 toneladas de registro y 1250 de cargamento general, llevándola sobre una de las islas de Año Nuevo, donde naufragó. Iba de Glasgow a Valparaíso. Sus diez y siete tripulantes se salvaron.

III. Pasó algún tiempo sin que se tuviera noticia de otros naufragios, hasta que el 18 de octubre de 1886 ocurrió el de la fragata inglesa Mountaineer.

Este buque, de 1886 toneladas de registro, cargado con 2100 de carbón de piedra, iba de Hull a Wilmington, California... Llevaba veintiocho tripulantes.

El 9 de octubre dobló el cabo San Juan en dirección al Pacífico, y sólo el 16, hallándose frente al Cabo de Hornos, se notó fuego a bordo. El capitán mandó sin pérdida de tiempo toda la gente a la bodega para reunir todo el carbón hacia el centro del buque. La atmósfera era irrespirable, y hubo que sacar a dos de los marineros, casi asfixiados. Renunciose, entonces, a la tarea.

Encaminando sus esfuerzos en otra dirección, el capitán ordenó que se cerraran herméticamente las escotillas, para tratar de sofocar el incendio. El fuego continuó aumentando. Se armaron mangueras, se intentó inundar las bodegas, pero todo fue inútil. El humo denso que escapaba por todas las rendijas, era mayor y más negro cada vez...

Aquel día la Mountaineer se puso al habla con otra fragata inglesa, la City of Athens, cuyo capitán invitó al del primero a seguir más al oeste o a abandonar el buque. La City of Athens recibiría a su bordo a toda la tripulación. Pero el capitán de la Mountaineer prefirió seguir rumbo a la Isla de los Estados, y recalar en alguno de sus puertos para tratar de salvar el barco.

El 17, hallándose a los 57 grados 47 minutos de latitud sur y 69 grados 40 minutos de longitud oeste de Greenwich, comenzaron a producirse explosiones de los gases acumulados en la bodega, y se hizo urgente el abandono del buque.

Había tres barcos a la vista, a una distancia de cuatro o cinco millas: se les hizo señales, pero no las contestaron y siguieron su derrota...

El 18, a las diez de la mañana, se avistó la Isla de los Estados a una distancia como de 25 millas, y se hizo rumbo hacia Back Harbour, que queda exactamente al sur de San Juan del Salvamento.

Pero desgraciadamente sobrevino una neblina tan densa, que hizo casi imposible situar el buque, mientras el peligro aumentaba a cada instante, las explosiones se sucedían más terribles cada vez, y por las escotillas de popa y proa, que se habían levantado, salían torbellinos de humo y llamas... Imposible permanecer un minuto más a bordo... Eran las tres de la tarde.

Librodot

Se arriaron los botes, embarcose en buen orden toda la tripulación, y bogando con brío llegaron a las cinco y media a Back Harbour, donde desembarcaron rendidos de fatiga.

El capitán no salvó nada, ni sus papeles, ni una suma de dinero que tenía en la cámara, con la que desde un principio fue imposible comunicar.

Los náufragos sólo habían conseguido llevar víveres para dos días, y no conocían la existencia de la Subprefectura de San Juan. Pero el capitán había visto luz en Punta Laserre, supuso que habría allí un faro, y resolvió en consecuencia enviar al día siguiente una comisión compuesta del segundo piloto y siete marineros, para que cruzaran el istmo que separa a ambos puertos. Urgía obtener provisiones, pues de otro modo los 28 náufragos estaban condenados a morir de hambre en plazo breve.

Los comisionados tomaron hacia el nordeste, llegando horas después frente a la Subprefectura, separados de ella por el ancho de la bahía.

Hicieron señales con humo, disparando algunos tiros, y a las tres de la tarde la gente de la Subprefectura atravesó en un bote para prestarles auxilio.

Quedaron los marineros en San Juan, y el segundo piloto de la Mountaineer, con un hombre que lo dio el subprefecto para que lo acompañara, fue en busca de sus compañeros, que se pusieron inmediatamente en marcha, menos cuatro que, por enfermos, hubo que ir por ellos en bote al día siguiente.

La Mountaineer, incendiada, pasó, llevada por la corriente, por delante de San Juan como un inmenso brulote, y fue a embicar en la costa este del cabo San Antonio, donde más tarde se encontraron sus restos...

IV. En la isla nordeste de Año Nuevo, con tiempo de calma, naufragó el 26 de mayo de 1887 la barca inglesa Garnock, de 700 toneladas de registro y 1015 de carga general, que iba de Londres a Victoria, en la isla Vancouver. Sus diez y siete tripulantes lograron salvar.

V. El 23 de junio de 1887, naufragó la fragata inglesa Dunskerg en el cabo San Antonio.

VI. El 5 de julio: barca inglesa Colorado, en cabo San Vicente (Tierra del Fuego). Era de 800 toneladas de registro y llevaba 1100 de carbón, de Cardiff a San Francisco.

No se conocen detalles de estos dos últimos naufragios, pues las tripulaciones fueron salvadas por el vapor Mercurio, el 20 de agosto del mismo año.

VII. El 11 de abril de 1888, a eso de medio día, avisaron del faro a la Subprefectura, que un bote con diez y seis hombres se dirigía al puerto.

Al acercarse al faro quisieron atracar, lo que les fue imposible, por lo erizado de la costa, en que la rompiente es enorme en todo tiempo y haría pedazos cualquier embarcación. Los infelices tripulantes del bote pedían agua a gritos.

Como el desembarco es impracticable allí, se les hizo seña de que entraran al puerto, lo que hicieron, apelando a un último resto de fuerzas. En efecto, cuando llegaron junto al muelle, fue preciso desembarcar en brazos a muchos que ya no podían moverse, tan extenuados estaban.

Eran náufragos, tripulantes de la barca inglesa Glenmore, que tres días antes se había perdido en Tierra del Fuego, cerca del cabo San Vicente, a tres millas y media, más o menos. Iban en el bote el capitán, los dos pilotos, y los tres marineros de la barca.

Como único recurso quedábanles cinco latas de dos kilos de carpe conservada, y ni una sola gota de agua. En cada uno de los días interiores habían comido entre todos, una sola de esas latas, tratando de que les duraran lo más posible.

Librodot

Llegaban tan extenuados y habían padecido tanto con la humedad y el frío, que no podían hablar, ni menos caminar. Para colmo de desdicha, el bote se había abierto un rumbo, que compusieron como mejor les fue posible; pero el agua entraba, y como no tenían baldes, veíanse obligados a aclararla con los sombreros y las botas.

La Glenmore había ido con rieles de acero, de Maryport a Montevideo, de donde salió en lastre para Talcahuano, el 24 de marzo.

Cerca de Tierra del Fuego cambió repentinamente el viento, que la arrojó sobre la costa; el mar, muy agitado, la hizo pedazos enseguida...

VIII. Otra víctima de la calma y de la corriente: La barca inglesa Córdoba, de 530 toneladas de registro, con 786 de carbón, y 12 tripulantes, naufragó el 27 de julio de 1888 entro cabo San Diego y Bahía Thetis (Tierra del Fuego). Los dos pilotos y cinco marineros fueron en un bote hasta San Juan. El capitán, con cuatro hombres y otro bote, se quedó en cabo San Diego a la espera de algún barco que los salvara.

IX. El 28 de julio de 1890, entre cuatro y cinco de la mañana, ocurrió otro naufragio a una milla al oeste de cabo Fourneaux.

El buque perdido era una barca inglesa de 558 toneladas de registro y casco de hierro, la Seatollar, que iba de Glasgow a Valparaíso, con cargamento general.

La Seatollar se vio obligada a recalar en las Malvinas, para reparar algunas averías sufridas durante el viaje. Zarpó el 26 de julio, y el 28 avistó tierra por estribor.

Una falsa maniobra la perdió, pues yendo en dirección al este, el capitán ordenó poner proa al norte, lo que la hizo embicar en las barrancas cortadas a pico de aquella costa.

Apenas se sintió el primer choque contra la roca, el capitán mandó arriar un bote por babor, pero un terrible golpe de mar lo arrebató junto con dos pilotos y siete marineros.

El capitán William Jennings, corriendo a una muerte casi segura por salvar a su barco y su gente, echose al agua llevando un cabo para atarlo en tierra, pero la rompiente furiosa lo arrebató, lo arrojó dentro de una cueva de lobos, y allí lo estrelló contra las rocas...

El buque se sumergió hasta más arriba de la cubierta; sólo se veía a flor de agua el castillete de proa... Los marineros sobrevivientes habían logrado subir al palo mesana, donde se mantuvieron algunas horas, que debieron parecerles eternas; de allí, buscando mejor acomodo, pasaron por los estays al palo mayor, en cuyas velas durmieron... Después de descansar como fue posible en tan horrorosa situación, por el mismo camino de los estays pasaron al palo trinquete, y luego al castillete de proa. Después de varias inútiles tentativas para pasar un chicote a tierra, lo logró el velero Silas Batties, no sin grandes esfuerzos para trepar por la costa acantilada, que tiene allí varios metros sobre el nivel del mar.

Amarrado el chicote a tierra, pasaron por él el practicante de piloto Charles Surnbank, el cocinero Hardy y los marineros Clindinning y Brown, únicos que se salvaron. Batties y sus cuatro compañeros se encaminaron a pie hacia la Subprefectura, a la que llegaron medio moribundos de extenuación y casi desnudos.

En este naufragio perecieron: el valeroso capitán Jennings, los pilotos Pooley y Joseph Bryden, los practicantes G. S. Snell y J. Lumsden, el carpintero Clark, y los marineros Docharty, Collie, Mullin y Juan Valenzuela, este último chileno...

X. Fragata inglesa New York, de 2699 toneladas de registro, con 2750 de carbón y cuarenta tripulantes.

Iba de Swansea a San Francisco de California, cuando el 20 de abril de 1891 naufragó, por corriente, cerrazón y calma, en una de las islas de Año Nuevo.

Librodot

Los náufragos fueron recogidos el 21 por la barca alemana Guttemberg, que iba de Blyth, en Escocia, a Valparaíso. A bordo de la Guttemberg murió uno de los náufragos. Los demás fueron dejados en San Juan, porque la barca estaba muy escasa de víveres.

XI. El 23 de diciembre del mismo año naufragó al sur de cabo San Diego, Tierra del Fuego, la fragata inglesa Crown of Italy, de casco de hierro y 1551 toneladas de registro, que iba de Liverpool a San Francisco de California, con 2250 toneladas de carga general. Veintiocho hombres componían la tripulación. Acompañaban al capitán su esposa y su hija.

Con viento contrario, la fuerte corriente del estrecho del Lemaire la echó sobre la costa.

La gente se embarcó en dos botes, uno de los cuales llegó a San Juan del Salvamento en la noche del 24; el segundo arribó a las 10 de la mañana siguiente. Los náufragos llegaron empapados y abrumados de fatiga, por tan larga travesía, hecha a remo.

XII. Barca inglesa Guy Mannering, casco de hierro, 807 toneladas de registro y 1100 de carga general, coke y carbón. Iba de South Shields al Callao, con veinte personas, contando la tripulación, la esposa del capitán y una hermana de ésta. Naufragó el 16 de diciembre de 1892, en que la sorprendió la niebla, y la calma y la corriente la echó sobre Penguin Rockery. Salvaron todos, tripulantes y pasajeros.

En la Subprefectura de San Juan quedan muchos objetos procedentes de aquel naufragio, como los asientos y un armario que hay en el comedor, un cañoncito, etc., etc.

XIII. Saliendo de San Juan, el 1.º de febrero de 1898, naufragó el cúter Louisa, de 35 toneladas y cinco hombres de tripulación, que se había refugiado allí, huyendo de un temporal. El viento calmó de pronto, y la marea arrojó al cúter contra la costa, junto a la cual se hundió en treinta brazas de agua.

XIV. 8 de julio de 1891. -Naufraga en la punta oeste de la bahía Croosley -al noroeste de la isla- la fragata dinamarquesa Amy, de 1399 toneladas de registro, que iba en lastre de Santos a Iquique. La cerrazón causada por un temporal de nieve, y un error de estima, la hacen estrellarse contra dicha punta. Salvan el capitán y los diez y nueve hombres de tripulación.

XV. La barca inglesa Calcutta, que iba a Londres con 1450 toneladas de guano, se abrió un rumbo en alta mar el 17 de septiembre de 1895, y fue abandonada a veinte millas más o menos al E. S. E. de Cabo San Juan. El piloto y siete marineros llegaron en un bote a San Juan. El capitán y el resto de la tripulación, que iban en otro bote, fueron recogidos a la altura de San Sebastián, Tierra del Fuego, por una barca chilena que los llevó a la colonia Magallanes. Aquella enorme travesía a remo los había aniquilado.

XVI. La barca alemana Esmeralda, que con 1400 toneladas de carga general iba de Amberes a Talcahuano, naufragó por error de estima, cerrazón, calma y corriente, el 11 de abril de 1897, entre Puerto Hoppner y el cabo San Antonio. Sus 16 tripulantes se salvaron.

El salvamento, cuando ocurre un naufragio, y con los miserables medios con que cuenta la Subprefectura, es lo menos práctico que imaginarse pueda. Si el siniestro no da bastante tiempo para que, las tripulaciones se salven por sí solas, poca ayuda pueden éstas esperar de la isla.

Véase, si no, el relato que me ha hecho el señor Nicanor Fernández, práctico y luego ayudante de la Subprefectura de San Juan, de uno de los salvamentos «más fáciles» en que ha tenido intervención:

«Como el capitán de la Esmeralda, que había salido a intentar el salvamento, no pudo remontar el cabo Colnett con el bote salvavidas de la Subprefectura, se me ordenó que me alistara para ir al día siguiente al lugar del naufragio con un bote lancha. Aquella misma

Librodot

tarde -14 de abril de 1897- se me dieron víveres para un día, calculando que con una embarcación ligera como el negro, podría hacer en 24 horas las veinticinco millas de navegación. La tripulación de mi bote se componía del segundo contramaestre Isaac Jobisen, el cabo Jorge Morgan, y cinco marineros. Como pasajero iría con nosotros el primer piloto de la barca náufraga. En el salvavidas de los náufragos, al mando del ayudante Carlos Larrayán, con el primer contramaestre Carlos Andreu y ocho marineros, irían como pasajeros el capitán y el segundo piloto de la Esmeralda.

El 15 amaneció lluvioso, con viento muy fresco del nordeste y mar bastante picada; pero, sin embargo, aprovechando la baja marea, salimos a las 9.30 de la Subprefectura, navegando a remo, pues el viento era de proa, hasta hallarnos frente a la ensenada La Nación, donde izamos la vela e hicimos rumbo al cabo Fourneaux. Un cuarto de hora después de nosotros salía el otro bote.

La mar estaba tan picada cerca de las costas, que resolvimos -después de embarcar agua en los tide-rips de Fourneaux hacemos afuera en busca de la mar larga, y pasar entre las dos islas grandes de Año Nuevo. El segundo bote siguió nuestras aguas, luego costeó otra vez, nos siguió de nuevo, y por fin hizo rumbo a puerto Cook. Avanzamos con felicidad, pero al pasar los tide-rips de las islas, embarcamos dos golpes de agua tan tremendos, que un tercero hubiera dado con nosotros en el fondo del mar.

Pasadas las islas y con viento y mar a un largo, fácil nos fue llegar a puerto Hoppner, donde desembarcamos a la una de la tarde. Improvisamos un arganeo con el anclote y cuarenta brazas de cabo, y nos dispusimos a hacer fuego y comer. La mojadura de los golpes de agua, la lluvia y el frío nos aterían; además, sólo habíamos tomado un jarro de café y una galleta.

Aguardamos el segundo bote, que no apareció. Al caer la tarde calmó por completo el viento, serenose mucho el mar, y nos echamos a dormir en nuestras pobres mantas patrias hechas sopa, despertados a cada instante por las enormes ratas que infestaban la isla.

Al día siguiente y aunque no hubiera llegado el bote, aprovechamos la tranquilidad del mar para ir a bordo de la Esmeralda en procura de algunos víveres, pues los que llevábamos se habían concluido, cosa que sin duda había ocurrido también a los retrasados. A las siete de la mañana ya habíamos comenzado a navegar hacia la barca que se hallaba a tres millas, recostada sobre babor y jugando de popa a proa como si estuviera en un eje.

Se hizo fuego en la cocina, mientras el piloto y algunos marineros iban a buscar a la despensa los víveres necesarios. El cabo Morgan, hoy contramaestre, procedió a preparar la comida al mismo tiempo que nosotros sacábamos tres velas para hacer carpas en el campamento, y las poníamos en el bote y en otro que logramos echar al agua, junto con todo el equipaje del capitán y los pilotos, algunos víveres y conservas, botellas de licores, etc., etc. En la cámara el agua nos llegaba a la rodilla y en el camarote de los pilotos y en la despensa, situados a babor, pasaba de la cintura.

Apenas almorzamos hice embarcar al contramaestre y los cinco marineros en el bote negro, mientras el piloto, el cabo Morgan y yo ocupábamos el salvado, que era mucho más liviano, pero que estaba reseco hasta el punto de hacer agua que no conseguíamos achicar. Pedimos remolque, y cuando llegábamos al campamento entró en el puerto el bote del ayudante, cuya suerte ya comenzaba a preocuparnos.

Habían hecho noche en puerto Año Nuevo, y llegaban decididos a no detenerse sino para tomar víveres y correr en busca nuestra, pues nos creían perdidos, quizá refugiados en las islas. Estaban hambrientos y comieron con ansia lo que les dimos.

Librodot

Con las velas, troncos y ramas, construimos unas a modo de grandes carpas, en que pasamos la noche algo mejor sobre los jergones de paja que habíamos encontrado a bordo, y al abrigo de la lluvia helada que caía continuamente.

El mar, agitadísimo, nos impidió al día siguiente intentar siquiera acercarnos a la barca, pero el 18 muy de mañana salió el ayudante con el capitán, los dos pilotos y cuatro marineros para sacar los papeles, que estaban bajo llave y no habían podido retirarse, antes.

Cuando salimos nosotros, a eso de las once, con el bote negro y el náufrago tripulado por cuatro marineros que nos dejó el ayudante, vimos que la embarcación de éste cruzaba la boca del puerto, con rumbo a San Juan.

A bordo encontramos dos soberbios lechones, que se aprovecharon para el almuerzo. Aferramos las velas, para que los terribles sudoestes que allí reinan no hicieran zozobrar la barca encallada, enarbolamos en ella el pabellón nacional, y volvimos a tierra con los botes cargados de víveres y otra vela para tapar los artículos que fuéramos salvando. Cuando llegamos llovía con fuerza y era ya de noche.

El día siguiente amaneció novando, pero a las diez la nieve se cambió en lluvia y nos fuimos a bordo, donde cargamos los botes con pinturas, pinceles, cuadernales, motones, etc., regresando al anochecer, sin novedad.

Pero al otro día íbamos a tenerlas. Bajo la lluvia pasamos la barca, de la que sacamos algunas piezas de lona, dos barriles, platos y tazas de hierro enlozado, y otros artículos varios, que íbamos cargando en los botes, o amontonando sobre cubierta para llevarlos después. Entretanto, se hacía el almuerzo para la gente, cuando de pronto comenzó a venir mar de leva del norte, y a romper con fuerza en la playa en que estaba varada la Esmeralda. Ordené cargar cuanto se pudiera para irnos al puerto inmediatamente.

-La comida está pronta y es lástima desperdiciarla -me dijo el cabo Morgan, que hacía de cocinero.

-Bueno. Comamos en un minuto, y a los botes. Yo hay tiempo que perder...

Pero no bien habíamos tomado la primera cucharada de sopa, cuando se oyó un crujido, y la cubierta comenzó a partirse por la boca-escotilla mayor, muy cerca del palo, mientras que la popa era alzada por las olas, y los perillas del mesana y el mayor se acercaban amenazadoramente. El palo mayor, que era de hierro, parecía a cada momento que iba a desplomarse.

Demás está decir que lo abandonamos todo para correr a los botes y alejarnos de la barca. Pero la mar estaba tan brava, que cerca de una hora de esfuerzos nos costó salir de las rompientes para dirigirnos a Hoppner.

El viento fresco del noroeste, que agitaba mucho el mar, nos hizo perder el día siguiente, un día magnífico de sol; al otro, obedeciendo a las órdenes que llevaba, tuvimos que regresar, pasando antes por la barca, para cargar algunos otros artículos y almorzar. Pero el mar había arrebatado los chismes de cocina, obligándonos esto a regresar a Hoppner, de donde salimos de nuevo a las tres de la tarde.

Al doblar el cabo Colnett, el bote náufrago nos pasó; frente a Pengüin Rockery nos sorprendió la calma, mientras los otros seguían con buen viento... Estábamos sólo a la altura de Basil-Hall, cuando comenzó a anochecer; armamos remos y nos dirigimos a puerto Año Nuevo, en cuya ensenada de la izquierda fondeamos, escoltados hasta allí por toda una manada de lobos de un pelo, que nos salpicaban dando saltos en el agua. La noche estaba obscurísima, comenzó a llover torrencialmente, y como no veíamos la costa, nos resignamos a pasarla en el bote, calados hasta los huesos y tiritando de frío.

Librodot

Afortunadamente, a eso de las tres de la madrugada notamos que nos íbamos quedando en seco, lo que sucedió media hora después. Nos echamos a la playa, mandé que encendieran fuego, llevaran algunos víveres e hicieran café, pues desde medio día no habíamos comido más que un poco de galleta, y entre tanto con el cabo Morgan improvisamos un arganeo.

Cuando creció la marea, a eso de las nueve de la mañana, la aprovechamos para seguir viaje; a la una de la tarde llegamos a San Juan.

Total: habíamos trabajado nueve días, a la intemperie, escasos de alimento, expuestos a cada instante, para no salvar sino un puñado de cosas casi sin valor alguno, a pesar de las buenas condiciones en cine se hallaba el buque náufrago.

Con un vaporcito, y en menos de quince días, estoy cierto de que se hubiera salvado todo el cargamento, como el de tantos otros barcos que no han tenido salvamento en la Isla...»

¿Quiere el Gobierno que cese este estado de cosas? Pues nada más fácil. El consejo lo tiene, formulado por Bove, desde hace muchos años: la luz de un faro, una población con una lancha a vapor.

El faro existe, pero en malas condiciones; la población también:

falta el vaporcito, sin el cual no podrá ejercerse jamás buena vigilancia en las costas, ni menos practicar con resultado el salvamento de los buques náufragos.

«La numerosa navegación a vela de estos mares -decía el señor Edelmiro Correa, marino argentino- tiene la vista fija en estas mejoras, y la Inglaterra misma las prevé, cuando manda ofrecer al comandante Piedrabuena diez mil libras esterlinas por la mitad de la isla.»

- XXXIV -
Aventuras de mineros

Una noche que, después de comer, conversábamos de todas las cosas y otras muchas más con el contramaestre Morgan, que tantos y tan buenos informes y observaciones personales me ha dado acerca de la isla y de Tierra del Fuego, púsose sobre el tapete sin saber cómo ni cómo no, el siempre socorrido tema de las minas de oro.

-¿Hay terrenos auríferos en la isla? -pregunté, aunque ya lo supiera desde Punta Arenas.

-Sí, pero su rendimiento es tan escaso, que no vale la pena explotarlos.

-¿Ha hecho usted la prueba?

-No, pero otros hubo que la hicieron. La minería no entra en mis aficiones, pues me ha tratado mal cuantas veces me dediqué a ella... sobre todo en el primer ensayo.

-¡Hola! Eso pica en historia...

-Lo es, efectivamente, pero tan sencilla que no merece contarse.

-¿Fue aquí?

-No, señor, en Tierra del Fuego.

Insistí para que me relatara su aventura, que debía ser característica, tuviera o no tuviera episodios dramáticos o siquiera interesantes. Accedió por fin, y mientras

tomábamos un poco de café, junto a la chimenea encendida, me contó lo que he tratado de reproducir con toda fidelidad en estas páginas, pintorescas por su misma sencillez.

Era en 1884. Punta Arenas estaba revuelto. No se hablaba sino de buscar oro, de encontrar oro, de recoger oro. Iban y venían los mineros, se formaban sociedades, se proyectaban y se hacían excursiones. En las casas de comercio, en los cafés, en todas partes, eran tema de conversación las rápidas fortunas que se hacían en los lavaderos del Cabo de las Vírgenes, los hallazgos de yacimientos donde los había y donde no los había, los derroteros que tenía este o aquel aventurero o cazador de lobos, la riqueza incalculable de algunas playas... Parcela que una enfermedad contagiosa, una epidemia nos fuera invadiendo poco a poco sin dejar a nadie libre. La fiebre del oro se apoderaba del pueblo entero, y no contenta con los estragos que hacía en la villa chilena, remontaba hacia el norte, para presentarse hasta en el mismo Buenos Aires, con análoga intensidad. No sé si recuerda usted los cientos de cientos de pertenencias que se pidieron en el ministerio de Hacienda por aquel tiempo...

Naturalmente, caí yo también atacado por el mal.

Tenía un regular empleo, con sueldo suficiente para vivir, pero eso no podía bastar a quien veía tan cerca el medio fácil de enriquecerse. Con muchas ganas de dejar lo cierto por lo dudoso, comencé a pensar en alguna aventura minera, hasta proyecté lanzarme a buscar oro yo también, pero en un principio no me atreví, porque estaba solo, y me faltaba capital.

Cierto es que muchos se iban con un puñado de víveres y una bolsa de herramientas, para volver ricos o no volver; pero eso no me convenía, pues las probabilidades eran pocas. Otros se asociaban en número de ocho o diez, formaban un fondo común para los gastos, y marchaban a trabajar juntos; otros, por fin, organizaban expediciones por cuenta de capitalistas que, como el capitán Araña, se quedaban en tierra, para reclamar después gran parte de la ganancia. Pero yo no hallé ni socios ni empresarios en los primeros tiempos.

Había abandonado casi por completo mis vagos proyectos, cuando un día conversando con un amigo, le oí decir:

-Hay varios capitalistas -y me los nombró- que buscan un hombre capaz de dirigir una expedición.

-¿De mineros? -le pregunté.

-Sí.

-¿Y adónde se tiene que ir?

-A la Tierra del Fuego Argentina, porque las autoridades no quieren dar permiso para trabajar en la costa norte del Estrecho. ¿Te gustaría ir?

No podía presentarse mejor oportunidad, y ésta venía justamente cuando ya no la esperaba.

-Me gustaría mucho, si fuese en buenas condiciones...

-¿Quieres que hable con esos hombres?

Contesté que sí, dándole las gracias por su mediación, y los capitalistas no tardaron en llamarme, hacerme proposiciones que me convinieron, y nombrarme jefe de la expedición, autorizándome a contratar la gente que creyera necesaria.

¡Figúrese usted mi alegría! Ya me veía de vuelta del viaje, rico, al abrigo de la necesidad, seguro del porvenir, de una vida de holganza y de satisfacción.

-¿Cuándo podrá salir? -me preguntaron mis empresarios.

-¡Oh! apenas tenga los víveres y reclute los compañeros: dentro de una semana.

Convinimos en que no llevaría sino cuatro hombres. ¿Para qué más?

Entonces se creía que, a pesar de su altura y robustez, el ona era cobarde, pues las comisiones de cuatro o cinco personas salidas del puerto Porvenir -chileno- los habían perseguido y diezmado sin gran resistencia de su parte. Los cazaban para ganarse la prima que ofrecían algunos comerciantes de Punta Arenas, y era convicción general que semejante caza no exigía más que una carrera a caballo o un tiro bien dirigido... Sólo de un herido, entre estos aventureros, se había tenido noticia hasta entonces.

Ya verá usted cómo no siempre acierta la mayoría, y cómo estaban en la verdad los dos o tres que me aconsejaron más precauciones.

Pronto me arreglé con cuatro hombres fuertes y animosos al parecer, que se comprometieron a seguirme a todas partes; quedó fletada la goleta Luisa, lindo barquito muy marinero, compradas y cargadas las provisiones, las armas y las herramientas necesarias, y estuvimos listos para partir.

Salimos de Punta Arenas antes de finalizar el mes de noviembre, y nos dirigimos a la entrada este del Estrecho, para navegar después hacia el sur, y detenernos en San Sebastián, puerto que yo conocía bien por haberlo visitado dos veces a bordo de buques de guerra argentinos, y de donde debían arrancar mis pesquisas en busca de oro.

Llevábamos con nosotros algunas mercaderías que teníamos que descargar en el spit de Dungeness. Fondeamos allí, y las desembarcamos, sin más contratiempo que la pérdida de un ancla, y en los últimos días del mes llegamos a San Sebastián.

Mis cuatro compañeros y yo estábamos convencidos de que en caso necesario seríamos capaces de conquistar la Tierra del Fuego entera, a despecho de los onas, y a costa de su vida, gracias al juicio desfavorable que teníamos de su valor; y las ilusiones acerca de la recolección de pepitas y arenas de oro corría parejas con nuestra belicosidad.

Desembarcamos en la costa sur de San Sebastián, pero no sin precauciones, cuyo resultado verá usted después.

Resolví, en efecto, que Guarzi -un chilote que llamaban así porque había servido a un italiano de ese nombre- quedara de guardia, recomendándole que en caso de alarma disparase tres tiros para avisarnos y hacernos reunir en el embarcadero, y que bajo ningún pretexto abandonase el bote en que íbamos y veníamos de la embarcación fondeada un poco lejos y vigilada por sus tripulantes. Luego, como si se tratara de un escuadrón, dividí el resto de mi gente en dos grupos: Villoc y Wilson harían cateos por un lado, y Antonio y yo por otro, durante todo el día. Por la noche nos replegaríamos a bordo, para no dormir a la intemperie. Hacía bastante frío aún, y el viento nos atería. Salimos a lo largo de la costa en distintas direcciones, y durante dos días hicimos numerosos agujeros en la arena, ensayando ésta con las chailas...

¿Que qué son chailas? Pues unas fuentes de madera, redondas y muy chatas, instrumento primitivo para el lavado del oro. En el fondo tienen unas ranuras. Las llena usted de arena, les imprime un movimiento circular bastante rápido, y el oro, por su propio peso, va a depositarse en las ranuras. Es el instrumento más grosero, pero era el único que teníamos...

Los ensayos no dieron resultado. Encontrábamos, sí, algunas partículas, algunas escamitas, pero no en cantidad suficiente para que el yacimiento pudiera explotarse con ventaja. Sin embargo, perseveramos; es decir, perseveramos menos de medio día más, pues la catástrofe nos esperaba.

El tercer día salimos muy de madrugada y nos pusimos con ahínco al trabajo, que no debíamos abandonar hasta la hora del almuerzo.

De pronto, fatigado -ya hacía mucho que estaba doblado en dos sobre la arena- levanté la cabeza para tomar aliento...

-No puede usted figurarse mi sorpresa y mi angustia, al ver varado en la playa y envuelto en llamas, el bote de la Luisa.

¿Quién lo había varado? ¿Quién le había puesto fuego? ¿Guarzi? ¿los indios?... No podía explicármelo. ¿Qué objeto hubiera tenido Guarzi? ¿Cómo se habrían atrevido a acercarse los pusilánimes indios, viéndolo de guardia, y a nosotros relativamente cerca? ¿Lo habrían asesinado de un flechazo, antes de que sospechara su presencia?

Mientras hacía estas conjeturas, o mejor dicho, pasaban por mi imaginación como un relámpago, disparé tres veces el winchester, a cuya señal acudieron mis compañeros a toda carrera. Yo corrí también en dirección al embarcadero, donde minutos después nos reuníamos los cuatro.

-¿Y Guarzi?

-¿Y Guarzi?

El guardián no estaba cerca del bote incendiado, ni vivo ni muerto, pero en cambio quedaban las huellas inequívocas de que los onas hablan pasado por allí: faltaban tres de los seis remos, la boza, los toletes...

Nuestro primer pensamiento fue el de que Guarzi había sido asesinado o que se lo habían llevado los indios... Pero como también podría haber huido al aproximarse los incendiarios, y hallarse oculto, resolvimos hacer de nuevo la señal antes de tomar otro partido... Al tercer disparo vimos al chilote salir de entre unas malezas que había hacia el cabo San Sebastián, y dirigirse corriendo hacia nosotros.

-¿Qué ha pasado, Guarzi?... Los indios... -le grité agitada cuando estuvo cerca.

-¿Qué indios? -preguntó sorprendido y asustado, deteniéndose y mirando a un lado y otro...

Sólo entonces vio el bote que los compañeros trataban de salvar, pero que se hallaba ya en un estado lastimoso...

-¡Ah! no sabes, canalla! ¿Qué has estado haciendo?

Entonces me confesó que se había alejado del bote y acostado entre la maleza para dormir un rato. Los indios se habrían acercado, aprovechándose de su sueño...

-¿Está la botella de guachacay? -pregunté a los compañeros.

-No -me contestaron.

Era indudable que la maldita botella era la culpable de todo.

-Te has mamao, ¿no? -gritó enfurecido a Guarzi.

-No, flor; no, flor.

-¿Y dónde está la botella?

-No sé; los indios la habrán yevao, ñor.

Nunca confesó la partida, y yo no insistí mucho, porque era necesario pensar en volver a bordo de la Luisa. Tratamos de llamar la atención de los marineros para que fueran a buscarnos con otro bote, hicimos disparos al aire, encendimos grandes fogatas con pastos, y por fin logramos nuestro objeto. La gente de a bordo comenzó a moverse, y vimos con satisfacción que se ocupaba de echar la otra embarcación al agua para acudir en nuestro socorro.

Pero en ese mismo instante un grito resonó a nuestras espaldas.

Volvimos la cabeza, y en lo alto de la colina vimos destacarse la figura de tres indios envueltos en quillangos, de zorro el del medio y de guanaco los otros.

Librodot

Nos hablaban en voz alta, e iban acercándose a nosotros con decisión y tranquilidad. Los esperábamos, no temiendo nada de ellos, porque estábamos armados y en mayor número; pero cuando se hallaron a unos ochenta pasos, surgió en lo alto de la colina y comenzó a bajarla, un crecido grupo de indios... eran más de cien... El asunto se ponía endiabladamente serio...

-Preparen las armas, y alerta y mucho ojo, muchachos -dije a los compañeros.

Quedaban todavía de diez a doce tiros en cada winchester, lo que nos permitiría vender caras nuestras vidas si, como todo lo hacía presumir, llegaban los onas con intenciones hostiles.

Yo aún no sabía su idioma, pero sí algo de la lengua yagana, en la que les gritó que no se acercaran más. Pero o no entendieron o no quisieron hacer caso, y continuaron avanzando, mientras el grupo de retaguardia engrosaba más y más con nuevos contingentes. Bajo los quillangos de algunos veíanse aparecer las puntas de los arcos...

-Hagamos una descarga al aire, muchachos, a ver si se retiran -ordené.

Cinco disparos retumbaron y repercutieron en la colina, pero el avance continuó.

Era evidente que los indios estaban resueltos a atacarnos y que no iban a huir con salvas.

-Apuntemos a los tres primeros, mandé entonces.

Estaban ya -a unos cincuenta pasos, pues todo esto había ocurrido en un momento. Los winchester se dirigieron hacia los indios.

-¡Fuego!

Uno de ellos cayó muerto; los otros, heridos, se detuvieron.

Pero la formidable columna siguió impertérrita su marcha.

-¡Fuego a discreción!, ¡y apuntar bien!...

Una lluvia de flechas, afortunadamente demasiado cortas, me contestó.

Después de haber hecho tres o cuatro disparos más cada uno de nosotros, cayeron otros tres onas. El grupo titubeó, se detuvo, y creyéndosenos sin duda con más municiones de las que teníamos, resolvió huir, como en efecto lo hizo con asombrosa rapidez...

Durante el combate nos alentaba la convicción de que el bote de la Luisa se acercaba a nosotros a fuerza de remo; como teníamos ganada la costa, bien podíamos replegarnos en orden hacia él y embarcamos manteniendo a los indios, con nuestras armas, a distancia respetuosa.

¡Cuál no sería nuestra sorpresa y nuestro desencanto, cuando al volvernos, y en vez del bote que suponíamos bogando en dirección a la playa, vimos que la Luisa, izadas las velas, nos volvía la popa, y navegaba hacia la salida del puerto!...

Gritamos, hicimos señales, vociferamos desesperadamente; todo fue inútil; media hora después la goleta se perdía de vista...

Los tripulantes, asustados por el número de los indios, y aunque desde su fondeadero nada tuvieran que temer, habían emprendido la fuga.

-Y ahora ¿qué hacemos? -preguntó Antonio.

-¿Qué hemos de hacer sino esperar? -contesté- La goleta ha de venir a buscarnos esta misma noche, o mañana cuando más tarde.

-¡Se han ido de flojos! -murmuró Wilson.

-¿Y ji yega a no venir, ñor? -agregó Guarzi, que indudablemente no las tenía todas consigo.

Librodot

-¡Bah!, ¡tiene que volver! -exclamé, aunque me asaltara un temor vago de que nos hubiesen abandonado.

Nos sentamos en la playa, y las horas pasaron en la muda contemplación del lugar por donde había desaparecido la goleta. Así llegó la tarde y sobrevino el crepúsculo.

-Hay que arreglarnos de cualquier modo para pasar la noche. Hoy ya no vendrán...

Y elegimos para acampar una lomita, donde nos acomodamos como pudimos, después de examinar los cadáveres de los seis indios: el que menos, tenía dos balazos; uno presentaba cinco heridas. La puntería había sido buena; ¡pero qué resistencia, qué duros de caer eran los tales onas!...

Resolví que se montara una guardia continua, relevándonos cada tanto tiempo. -Aunque no me tocara, yo velé durante el turno de Guarzi, que fue el primero, porque después de lo ocurrido no confiaba en su vigilancia; creo que los otros tres compañeros, aunque tendidos, hicieron lo que yo, por la misma causa...

Teníamos mucho frío y mucha hambre, porque desde la mañana no hablamos probado bocado y porque no habíamos encendido fuego por no dar señal de nuestra presencia a los indios, que sin duda volverían aprovechando la obscuridad de la noche. Nos lo pasamos dando diente con diente, sin más abrigo que lo puesto. Mucho antes de amanecer estábamos todos en pie, con el estómago pegado al espinazo.

-Si habrá venido la goleta...

-Se verían las luces...

-Puede ser que las hayan apagado por precaución.

A las primeras luces indecisas de la mañana, cualquier montón de vapores, cualquier sombrita flotante nos parecía el barco... Cuando fue más claro, la inmensa bahía nos apareció desierta, absolutamente desierta...

El hambre apremiaba, y nos dirigimos a la playa, pasando por el teatro de la lucha del día anterior; nos sorprendió no hallar los cadáveres; los indios, como lo temíamos, hablan andado por allí y los habían recogido...

Después de mucho andar, quiso nuestra buena suerte que encontráramos algunos pescados que la marea había dejado en seco. Hicimos fuego, los asamos, y ya puede usted figurarse con qué satisfacción los hicimos desaparecer.

Entretanto, pasaban las horas en la más angustiosa e inútil expectativa.

Hasta el más confiado de nosotros se había convencido de que la Luisa no volvería.

Resolvimos emprender la marcha hacia el punto poblado que estuviese más cercano, y que era Gente Grande, donde se halla la estancia de mister Stubenrauch, de Punta Arenas.

La isla no tenía entonces tantos recursos como hoy.

Guiados por una brújula de bolsillo que yo llevaba, anduvimos toda aquella tarde, con tanto empeño, que a la noche alcanzamos el ángulo noroeste de la bahía, donde hoy está instalada la comisaría de San Sebastián, que entonces no existía, como tampoco el establecimiento del Páramo, fundado más tarde.

Acampamos para descansar, como la noche anterior, montando la guardia por turnos y sin atrevernos a encender fuego, para que los indios no conocieran nuestro campamento y no pudieran sorprendernos.

Al día siguiente, bien obscuro todavía, nos desayunamos también con pescado asado y unas cuantas almejas, y le aseguro que la conversación no fue muy alegre. Sin embargo, teníamos buen ánimo y esperábamos escapar con bien de aquellas apuradas circunstancias.

Librodot

-Lo que hemos de hacer ahora -dije a mis compañeros- es recoger todo el pescado y mariscos que podamos cargar, para que no nos falte alimento, y caminar duro, sin detenernos: es preciso llegar mañana a Hombres Grandes.

Lo hicimos así, pero desgraciadamente no nos fue posible procurarnos mucho pescado, y éste necesita comerse en gran cantidad para sostener las fuerzas y tranquilizar el estómago durante algunas horas.

No perdimos, pues, el tiempo, y a eso de las cinco de la mañana ya estibamos en marcha, para no detenernos hasta medio día. Hicimos alto cerca de una lagunita, Wilson encendió fuego y comenzó a asar los pescados, y los demás nos sentamos a descansar en rededor. La provisión mermó de una manera lamentable, sin que por eso comiéramos según nuestro apetito; era necesario economizar aquel alimento insuficiente.

Una hora después volvimos a emprender la caminata, hambrientos todavía, pero afortunadamente sin extraviarnos, gracias a la brújula de bolsillo. Sin embargo, era muy entrada la noche cuando nos detuvimos, y no me parecía que estuviéramos cerca del fin de nuestras penurias.

Comimos, reservando dos pescados para el día siguiente, y nos acostamos a dormir con las mismas precauciones de las noches anteriores, pero desanimados y tristes, extenuados por la fatiga y el hambre, que ya comenzaba a hacerse sentir. Cerca ya de amanecer y estando de guardia, oí los ladridos cercanos de un perro. ¿Se aproximaban los indios? ¿Era un perro cimarrón? Me incliné a creer lo primero, y llamé a los otros, que inmediatamente se pusieron en pie, empuñando el winchester... No se volvió a oír nada...

-En marcha, de todas maneras -dije.

Era prudente, porque los onas podían andar por las cercanías y atacarnos otra vez. Además, urgía llegar a poblado, porque dos pescados para cinco personas, sin pan ni otros elementos comestibles, equivalían a bien poca cosa, pues un kilo de carne hubiera valido más. Y a mediodía este, último recurso se consumió también...

En el trayecto no habíamos encontrado una sola pieza de caza, a no ser un guanaco, sobre el que había hecho fuego Villoc, sin darse cuenta de que estaba fuera de tiro, con el ansia de cazarlo. El animal nos miró un momento curiosamente y luego emprendió la fuga, desapareciendo bien pronto hacia el sudoeste.

Marchamos el día entero, pero cada vez con mayor lentitud, porque estábamos rendidos.

A las tres de la tarde tuve una prueba inequívoca de que había acertado al suponer que los Indios estaban cerca, y que el ladrido de aquella madrugada era de uno de sus perros. En efecto, hacia el sur, y a cierta distancia, veíanse dos humos que se levantaban en sitios diferentes: los onas se hacían señales, disponiéndose sin duda a estrechar el cerco.

-¡Vamos, vamos muchachos! Moverse, que los indios nos siguen la pista.

Todos volvieron la cabeza, y al ver los humos, parecieron recobrar todo su vigor. En un principio aquello no fue marcha sino fuga, pero poco a poco decayeron las fuerzas, y el paso se hizo más lento. El sol nos cocía después del frío de la noche, el cansancio nos entumecía, y el hambre, aguijoneada por la convicción de que no teníamos qué comer, nos martirizaba el estómago... Sin embargo, no nos detuvimos hasta que la obscuridad nos impidió seguir adelante. Caímos extenuados, sin aliento, junto a un pequeño riacho que corría más o menos en la misma dirección que llevábamos nosotros. Allí pasamos horas terribles.

Librodot

De bruces sobre el arroyo, bebimos hasta hincharnos para calmar o engañar el hambre; y no bastando esto, masticábamos pasto, tragando las ásperas fibras leñosas que aplacaban un instante aquel tormento. Nos tiramos en el suelo, pero a pesar de la fatiga no podíamos dormir: apenas nos adormecíamos un poco, cuando despertábamos sobresaltados, con la idea fija en los indios.

A eso de la una de la mañana Antonio, que estaba de centinela, nos habló en voz baja:

-Miren, allá; ¿no ven unos bultos que se mueven?

En rededor se veían, en efecto, pequeñas sombras, más densas que las de la noche, y que iban lentamente de aquí para allá.

-Son los indios -murmuré.

Y, siempre en voz baja, añadí:

-Vamos a hacer fuego todos a un tiempo, y nos retiramos hacia la derecha arrastrándonos por el suelo, apenas se apague el fogonazo, para que no nos hieran con sus flechas.

Hicimos la maniobra tal como lo había dispuesto, pero ni vimos ni oímos nada. Sin embargo, repetimos la descarga desde otro sitio, apartándonos enseguida. Pero no se escuchó ni vio nada tampoco...

Pasamos el resto de la noche winchester en mano, pero sin nueva alarma hasta el amanecer. Inspeccionamos entonces los alrededores, y no tardamos en encontrar huellas de indios. Uno debió ser herido por nuestros proyectiles, pues en el suelo había un charco de sangre, y un hilo rojo señalaba en el pasto el camino de su retirada. Pero en toda la extensión del horizonte no se vela un solo hombre.

Débiles y hambrientos, emprendimos la marcha, que continuamos todo el día, aguijados por la idea de que los indios iban detrás. Seguimos algún tiempo las orillas del riacho, que luego resultó ser el de Gente Grande, que va a desembocar precisamente en el punto a que nos dirigíamos. -Pero pronto nos separamos, para acortar camino... Mascábamos pasto y bebíamos grandes cantidades de agua, pero nuestra extenuación iba naturalmente en aumento, y pronto nos sería imposible dar un paso... Por fin llegó la noche, acampamos, y descansamos algunas horas.

Cuando echamos a andar al día siguiente, mis compañeros parecían sufrir mucho más que yo, aunque estuviera verdaderamente hecho pedazos.

Guarzi sobretodo, Guarzi cuya torpeza y descuido nos habían puesto en tan terrible situación, sentíase aniquilado, cosa extraña en él, pues los chilotes están hechos a privaciones de toda especie, y el hambre los conoce... Iba bamboleándose como un ebrio.

Al medio día comenzó a quejarse y a decir cosas incoherentes; brillábanle los ojos como si tuviera fiebre, y la cara se le había demacrado de una manera horrible...

-I-ó me pegaría un tiriyo -decía a cada instante alzando el winchester, que llevaba medio a la rastra.

-Este se está volviendo loco -observó Wilson.

-¡I-ó méi de matar! -repetía Guarzi.

-Me parece que le tenemos que quitar las municiones -dijo Antonio.

-Sí, quíteselas -le contesté.

Guarzi opuso resistencia, pues tenía la idea fija de matarse, pero logramos desarmarlo sin mucho trabajo por fortuna.

Cada vez caminaban mis compañeros con más lentitud. Era necesario empujar a menudo a Guarzi, que iba casi arrastrándose, para que no se quedara atrás.

-¡Vaya, ánimo, compañeros! ¡Ya no estamos lejos del Estrecho!

-exclamé, para infundirles nuevos bríos.

Según mis cálculos, debíamos estar cerca, en efecto, aunque no mucho.

Pero añadí:

-Si no lo alcanzamos esta misma tarde, mañana por la mañana estaremos en él.

Por la noche, sin embargo, aún no teníamos indicio alguno de su proximidad. -Acampamos medio muertos de fatiga.

El día siguiente nos guardaba nuevos tormentos.

Hasta entonces nu habíamos tenido que sufrir la sed, pero en aquella larga etapa, que hicimos bamboleantes, no hallamos un sorbo de agua siquiera. Ya supondrá usted cuánto sufrimos, qué pensamientos nos agitaban, qué angustias nos oprimían... Sólo a la noche encontramos una lagunita, sobre la que nos echamos como bestias, bebiendo agua y barro al mismo tiempo, casi hasta reventar...

Como a tres millas del charco salvador, levantábase una colina bastante alta, desde la que, sin duda, se vería el Estrecho. Pero era imposible dar un paso más. Estábamos desfallecidos, presa de la fiebre, con el mareo espantoso de la debilidad que hacía bailar vertiginosamente a nuestra vista cuantos objetos nos rodeaban. En vano tratamos de aplacar el hambre masticando raíces. La fiebre aumentaba, y extrañas y horribles ideas se apoderaban de nosotros... Uno propuso que nos sorteáramos, pero apenas comenzó a formular su pensamiento, cuando lo interrumpí indignado, diciéndole que me encargaba de matar como a un perro a quien se atreviese a sugerir siquiera la idea de un festín de caníbales. Pero vi en sus ojos, y en los de mis compañeros, que si el hambre apuraba más, no iba a poder cumplir mi amenaza, porque se me hubieran anticipado, y era uno contra cuatro...

A la madrugada comenzamos a andar, ¡de qué manera!, hacia la colina, que nos parecía lejana y casi inaccesible. Nos habríamos arrastrado una milla y media, cuando hallamos otra lagunita en que nos detuvimos a beber.

Nadie decía una palabra. Nadie hacía un movimiento. Pasamos así más de media hora, casi agonizantes. Pero haciendo un esfuerzo supremo me puse en pie.

-¡Vamos! -dije tartamudeando- No nos podemos morir aquí, tan cerca del fin del viaje. ¡Valor!, ¡y andando!

Pero los otros no se movieron. Rogué, supliqué, todo fue en vano.

Entonces los hice levantar a culetazos, a pesar de mis miradas de ocio, y de que agarraran su winchester con los dedos crispados, prontos a matarme.

Estaban completamente locos, pero una fugaz energía los hizo ponerse en marcha.

En una hora no habíamos caminado mil pasos, cuando de pronto un estampido nos volvió súbitamente a la vida. Era un tiro de fusil.

Levantamos las cabezas que se inclinaban irresistiblemente hacia el suelo, y vimos... ¡No, es imposible que usted suponga nuestro júbilo!... Vimos como a media milla, un hombre que, escopeta en mano, nos hacía señas y caminaba rápidamente hacia nosotros.

Fuese quien fuese, era la salvación.

Prorrumpimos en un grito que nos salió del fondo del alma, y completamente anonadados por la alegría, caímos sentados en el suelo, fijando ávidamente los ojos en aquel ser para nosotros sobrenatural en tan terrible momento. El hombre no tardó en llegar.

Era un minero del Porvenir que andaba de caza. Llevaba un par de magníficos cisnes que acababa de matar, y cuando estuvo cerca nos gritó:

Librodot

-¡Eh! ¿de dónde vienen?

-¡Nos estamos muriendo de hambre! -contestamos, sin hacer caso de su pregunta.

Nos dio los cisnes, que Antonio y Wilson se pusieron a desplumar, mientras que Villoc encendía fuego, y yo ponía a aquel hombre al corriente de lo sucedido.

-¡Bien, pues, se han salvado! -exclamó al fin- Porvenir está a dos millas de aquí. Coman un poco primero, y luego los llevaré a casa de Pablo Durán.

Los cisnes, medio crudos y sin sal, fueron materialmente devorados, y con alegría en el corazón nos pusimos en camino, llegando poco después a la casa, cuyo dueño nos recibió con toda bondad.

Tres días pasamos allí, reponiéndonos un poco de nuestros, padecimientos y fatigas, y al cuarto se nos presentó la oportunidad de regresar a Punta Arenas, a bordo de la goleta Anita, que frecuentaba aquellos parajes donde, además del lavadero de oro «Porvenir», de Pablo Durán, nuestro generoso huésped, existían varios de alguna importancia, como «Marta», de Thomas Saunders, «La Esperanza», de mister Wolff, y otros que durante el verano exportaban de diez y siete a veintiún kilos de oro, y el plantel de la estancia de mister Stubenrauch.

Aquella misma tarde llegamos a Punta Arenas, donde causamos una desagradable sorpresa al dueño de la goleta Luisa, que nos había abandonado tan indignamente, y que no había vuelto aún. El relato de nuestra travesía a pie sorprendió e interesó al pueblo entero, que quería vernos y pedirnos detalles con insaciable curiosidad.

Sólo entonces me preocupé del desastre pecuniario de nuestra expedición minera. Volvíamos sin un grano de oro, después de tan tremendos percances; había yo perdido mi empleo, y no teníamos recursos...

Me presenté a la autoridad, formulé la protesta del caso contra el patrón de la Luisa, pidiendo en mi nombre y en el de mis compañeros una indemnización por daños y perjuicios, y esperé la llegada de aquel que había estado a punto de ser causa de nuestra muerte.

Llegó por fin, y se enredó en mil explicaciones y disculpas, que de nada le valieron. Dijo que se le había roto la cadena del ancla -la primera se había perdido en Dangeness-, y que no teniendo lista otra, tuvo que darse a la vela para no irse sobre la costa. Que después que salió de San Sebastián, los vientos contrarios le habían impedido volver en busca nuestra, etcétera, etc.

A pesar de su labia, tuvo que pagarnos la indemnización, insignificante pero salvadora, realidad irrisoria al lado de nuestros sueños de fortuna de un mes antes, cuando organizábamos la expedición.

- XXXV -
Pelo y pluma

-¡Buenas noches, contramaestre! Buena nevada, ¿eh?

Los techos de la Subprefectura y el presidio, los caminos, el campo, todo estaba cubierto de una espesa capa de nieve, blanca y seca, que la luna iluminaba con resplandor

mate, con una luz fría, sin destellos, melancólica y monótona. Los árboles verdes parecían empolvados con harina, y en la cuesta de los montes la sábana blanca se veía salpicada de manchas obscuras como agujeros. El viento estaba en calma, y aunque la temperatura exterior fuera muy baja ya, la placidez de la atmósfera la hacía soportable. Había nevado el día entero, a intervalos, y al cerrar la noche, más obscura aún por los densos nubarrones que iban a desaparecer en breve, la memoria repetía por instinto los versos del poeta:

...Lentamente

la nieve silenciosa, descendiendo
del alto cielo en abundantes copos,
como sudario fúnebre cubría
la amortecida tierra. Cierzo helado
sacudía los árboles desnudos
de verde pompa, pero no de escarcha,
y sacudidos por el recio choque
parecían lanzar en las tinieblas
los rudos troncos lastimeros ayes...

-Buena para ser la primera -contestó Morgan.

Entramos en mi habitación, para sentarnos «al amor de la lumbre», beber el café, no tan bueno como bien caliente, y contar él y escuchar yo algo interesante respecto de la recolección de huevos de pingüín, la caza de diversos animales, y las costumbres más o menos curiosas de algunos de ellos. El contramaestre comenzó con la primer taza y con su cuento:

«Todos los años, e invariablemente en el mismo día, comienza la postura. El pingüín hembra es como un calendario infalible: no se equivoca jamás.

Por nuestra parte, y conociendo esta costumbre, nos habíamos ocupado los días anteriores en reunir las latas vacías de kerosene que rodaban por ahí, y en arreglarlas convenientemente con alambre y filástica para poder colocarlas a la espalda a modo de mochilas. El 21 de octubre preparamos los pocos víveres que íbamos a llevar: tocino, grasa, café, sal y azúcar y los útiles, que no eran sino un caldero para calentar agua, y una sartén.

Al amanecer, los veintidós hombres que componíamos la expedición, cada uno con un par de latas y parte de los víveres, estábamos listos para emprender la marcha.

El campamento de los pingüinos está situado sobre el Atlántico, un poco más al este que San Juan, y puede llegarse a él por dos caminos:

yendo en bote hasta fuera del puerto, doblando la punta para ganar la roca llamada del Castillo, y trepando desde allí por la costa que parece un despeñadero. Pero esto sólo es practicable cuando el mar está muy tranquilo, pues por poco que se agite rompe furioso contra las rocas, poniendo en peligro a la embarcación y a los que la tripulan. El segundo camino es más penoso, pero está abierto en todo tiempo. Se atraviesa la costa que está frente a la Subprefectura, se trepa la loma, y se camina unas dos millas y media... nada más.

Aquella mañana el tiempo no estaba bueno, y tuvimos que adoptar este último itinerario, más arduo, pero más seguro.

A las cinco y media de la mañana estábamos ya en la falda de la loma, que se eleva a unos seiscientos pies sobre el nivel de la bahía, y comenzamos a treparla. La ascensión es

Librodot

muy fatigosa, pues el declive es rapidísimo y las piedras que se desprenden al paso de los que van adelante hacen peligrar las canillas de los que marchan detrás.

A las seis y cuarto, después de algunos altos para tomar aliento, llegábamos a la cima, desde donde se domina la Subprefectura y el faro.

Hasta entonces habíamos andado entre las ramas de los árboles y los arbustos que crecen en las colinas, pero íbamos a tener que cruzar un campo extenso cubierto de juncos y pasto duro, que a milla y tres cuartos limita un pequeño cerro; el terreno esponjoso por la turba y los musgos, cedía bajo nuestros pies, dificultando la marcha; pero hora y media después alcanzamos el cerrito, comenzando a bajar por la vertiente opuesta, boscosa como la primera y cubierta por manchas del pasto llamado tussac que nos ocultaba por completo, pues alcanza a dos metros de altura.

Con todo, al cabo de tres cuartos de hora vimos las dos rocas que tienen cierta semejanza con un castillo y que han motivado el nombre del promontorio, y pocos minutos después llegábamos al sitio en que habíamos hecho campamento en años anteriores.

Dos de nosotros fueron a buscar agua para hacer el café, mientras íbamos a la roquería a comenzar la cosecha de huevos.

Enorme es el número de los pingüinos que se reúnen allí, escalonados en orden de batalla, grotescos y tontos. Son de la especie que los chilenos llaman pájaro-niño, y andan apoyándose en las puntas de las alas, o se quedan en pie, erguidos, moviendo a un lado y a otro la cabeza, graciosísimos, como una caricatura de gaucho con chiripá. Ocupan todo el despeñadero, que allí tendrá unos 700 pies de alto por 250 de ancho, y se les ve en filas horizontales, superpuestas, y tan apretadas que con un tiro de fusil pueden matarse muchos a la vez... Un verdadero asesinato.

Aprovechan cualquier cosa para hacer su nido; las quebrajas de la piedra, los mechones de pasto, las excrecencias de la roca. ¡Pero qué nido! Un poquito de barro formando un montículo de diez centímetros de alto, con un pequeño hueco en el centro, seco o mojado, en que depositan sus huevos de un blanco azulado, y algo mayores que los de pato.

El pájaro-niño es del tamaño de un pato criollo, tiene el pecho blanco, el lomo negro azulado, el pico agudo y rojo, y tras de los oídos se le ven cuatro plumitas amarillas de dos centímetros de largo. Desde el 20 de octubre hasta el 5 de noviembre, la hembra pone de cinco a seis huevos como los descriptos, que son bastante apetecibles, pues apenas tienen sabor a marisco; se aprovecha sólo la yema; la clara, que no se endurece en el agua hirviendo, es muy espesa, desagradable e indigesta.

Poco se come la carne del pájaro-niño, que es más dura aún que la de foca, y con gusto pronunciado de marisco en descomposición; los mismos indios de la Tierra del Fuego, a cuyas costas llega arrastrado por los temporales, lo desdeñan, y sólo comen el pellejo con la grasa que está adherida a él, asándolo a un fuego vivo. He probado muchas veces ese plato, que, en efecto, no es muy desagradable y se parece algo al pato demasiado gordo.

El pobre animal es muy valiente y defiende los huevos con ardor, valiéndose de su pico, que suele dar mordiscos bastante dolorosos.

-¿Y los otros pingüinos? -pregunté, interrumpiendo al narrador.

-Tenemos, además, el de cueva, que habita principalmente los islotes y promontorios que rodean la isla. Es algo más grande que el otro, y anda en el mar siempre en parejas. Se distingue del pájaro-niño por una faja circular negra que tiene sobre el pecho blanco. Arriba y abajo de los ojos tiene un arco y no lleva plumitas amarillas. Pone en las cuevas que encuentra, y no forma roquerías. El tercero, el pingüín real, se ha extinguido casi en la Isla

Librodot

de los Estados. Sólo se le encuentra en dos sitios: en Pengüin Rockery y en la pendiente de Bahía Franklin que mira al norte. Es mucho mayor que los otros, y puesto en pie alcanza a la respetable altura de un metro y veinte. Tiene el pecho blanco y el lomo negro azulado como el primero, pero su plumaje es más tupido y parejo, por lo que obtiene precios muy superiores. Lleva además un copete de plumas amarillas, azules y blancas, su pico es muy agudo, dentado como la boca de los tiburones, y con él produce a sus enemigos heridas dolorosas y de curación difícil. El comandante Piedrabuena casi los ha exterminado en las grandes cacerías que hizo en aquellos parajes, restos de las cuales vi el 85 en Bahía Franklin -calderas, etc.- como hoy se encuentran todavía ruinas de casas en Pengüin Rockery. El pingüín real es tan escaso ahora, que apenas se encuentra ni aun en la época de la postura; sólo una vez, en 1892, encontré doce juntos en Pengüin Rockery. Pero parece que aumentan poco a poco -gracias a que no se les persigue- en Bahía Franklin, donde ya en 1894 había más de cien. ¿Por dónde íbamos?...

-Llegaban los expedicionarios a la roquería.

-¡Ah, sí! Había ya en cada nido uno o dos huevos, entre los que podíamos elegir, sin temor de equivocarnos, los recién puestos, que están completamente limpios, mientras que ya los del día anterior se han cubierto de una segunda cáscara con el barro del nido, pegado y endurecido sobre ellos. En un momento juntamos algunas docenas, con las que una comisión culinaria se fue al campamento para hacer una tortilla -la de la primera sección- mientras el resto continuaba la recolección, tan fácil cuanto fructífera.

Cuatro o seis docenas de yemas y un poco de tocino y sal, forman un buen almuerzo para seis hombres, y con eso y un jarro de café quedamos satisfechos. Desocupada la sartén y el caldero, reemplazaba otra tanda a la que acababa de almorzar, mientras ésta se ponía al trabajo. Así, almorzando y recogiendo huevos, ya a las once estaban llenas las 44 latas.

Puede usted hacerse idea de lo que significa eso, sabiendo que en cada lata caben de 120 a 130 huevos, y que como tienen la cáscara muy delgada, muchísimos se rompen. Nunca bajan de seis mil los que sacamos en estos verdaderos malones, y sin embargo, no se nota sensible disminución en los pingüinos al año siguiente.

Los pobres animales tratan de oponerse al robo, y atacan a sus agresores, que los ahuyentan fácilmente a gorrazos, haciéndolos rodar cuesta abajo como una avalancha, que se engrosa a medida que desciende con los pingüinos que encuentra al paso... No deja la recolección de ser peligrosa también para los hombres, pues un paso en falso, una piedra o una mata que se desmoronaran, en un descuido, podrían hacerlos rodar como los pingüinos, pero con la circunstancia agravante de que no llegarían vivos al mar...

Por fortuna no ocurrió accidente alguno aquella mañana, y a las once y media emprendimos el viaje de regreso, más arduo y más largo que el de ida. Tardamos, en efecto, más de tres horas en llegar a la cima del monte que está frente a la Subprefectura, y la bajamos cayendo y levantando, abrumados por la carga y precipitados por lo empinado de la cuesta. Sólo a las cinco de la tarde llegamos a San Juan...

-Ya que en eso estamos -dijo al ver que había terminado su relato- cuénteme algo, contramaestre, a propósito de las tocas.

Morgan, que liaba un cigarrillo de tabaco patria, no se hizo de rogar.

-Aquí en la isla -comenzó- se conocen sobre todo focas, o lobos, como se llaman vulgarmente, de dos clases: el lobo de un pelo, que abunda en la costa norte, y el de dos, que sólo se encuentra al sur, y ya en pequeña escala. Se estima poco la piel del primero, pero puede utilizarse en muchos artículos. Al macho le decimos lobo-león, porque tiene una

Librodot

abundante melena; alcanza a cuatro metros y medio de largo desde el hocico a las aletas traseras. Cuando descansa sobre las rocas levanta la parte anterior, como si se incorporara, y llega así a tener una altura de metro y medio. Es muy cariñoso y horrible y sangrienta mente celoso; abraza y besa a la hembra, hace el amor como los hombres, pero disputa con un valor y un encarnizamiento indomables la soberanía de su familia. Combate frecuentemente con otro macho, formándoles círculos las hembras, como espectadores, y ese duelo no tiene fin sino con la muerte de uno de ellos:

rara vez se obtiene -casi nunca, mejor dicho- una piel de macho que no esté acribillada a mordiscos. El serrallo de cada uno de estos señores tiene por lo menos cincuenta odaliscas...

Los lobos de un pelo se tienden durante el día sobre las rocas planas que les sirven de refugio, siempre a sotavento. Por la mañana temprano y a la tarde se echan al mar y pescan recorriendo los matas de cachiyuyo que se extienden a lo largo de la costa... Como las roquerías están menos pobladas en verano que en invierno, supongo que en la época de los calores emigran hacia el sur.

El lobo de dos pelos, cuya piel se estima más que la de la foca de los mares árticos, tiene las mismas costumbres del otro, pero el macho es más pequeño y sin melena. Su número ha disminuido mucho, porque los loberos que lo cazan clandestinamente no reparan en la estación y lo hacen aunque sea durante el celo, matando hembras, machos, chicos y grandes...

Así, mientras en 1884 se podían faenar, sólo en la isla, más de 22.000 animales, hoy se lograría apenas la décima parte... Al norte no hay una sola requería frecuentada por estas focas; en la costa sur existen, en cambio, catorce.

En tiempo de invierno, y cuando reinan temporales del sur, suele encontrarse en nuestras aguas alguno que otro ejemplar de vaca marina, foca así llamada por su bramido... Se distingue de las otras por los colores de la piel, pues tiene el lomo ceniciento y el vientre blanco.

Llegan a nuestras costas en una extenuación tal, que es muy fácil cazarlas, pero como vienen rara vez, sólo se han obtenido cuatro en los seis años últimos.

La caza del lobo de dos pelos es interesante.

Las goletas loberas van a fondear cerca de las roquerías, y desprenden de su costado los botes balleneros de dos proas, construidos especialmente para poder atracar con alguna seguridad a la costa erizada de piedras.

Salen los botes provistos de carne salada, agua, café, azúcar, leña y galleta para algunos días, fusiles de repetición, garrotes de roble, cuchillas, chairas, etc., y se dirigen a la roquería, a cargo de un timonel-capataz y tripulados por siete o nueve marineros.

Cuando han llegado atracan a la costa con mucha cautela, para no ahuyentar a los lobos medio dormidos. El proel desembarca silenciosamente de un salto, y toma los víveres y las armas que le alcanzan los demás, aprovechando el momento en que la ola pone el bote al nivel de la roca.

Los demás saltan a su vez, uno tras otro, cuidando de hacer el menor ruido posible, menos dos que se quedan a bordo y alejan inmediatamente la embarcación para que no se estrelle contra las piedras.

Por muy en calma que esté el tiempo, siempre hay alguna mar de leva, que hace muy difícil esta operación, tan sencilla al describirla. Saltar del bote a la roca lisa y como enjabonada por el cachiyuyo, y eso en un instante preciso, matemático, cuando la ola llega

Librodot

a su mayor altura y el bote está sobre la roca, mientras los remeros ciando impiden que se haga añicos... es mejor para contado que para hecho... Un resbalón puede hacer caer al que no ha tenido la vista bastante segura, el pie bastante firme y los músculos bastante elásticos, entre la roca y el bote que lo aplastará en sus vaivenes, o dejará que la resaca lo golpee contra las piedras. En cuanto a los remeros ¡qué puños! y al timonel ¡qué sangre fría!... La vida de sus compañeros, la suya propia, depende de un ademán, de un golpe de remo, de una voz de mando...

Desembarcados, por fin, los loberos se agazapan circularmente alrededor de las focas para cortarles la retirada: para ello tienen que deslizarse rápida y sigilosamente, con movimiento combinado y simultáneo, de manera que cuando los lobos se aperciban de su presencia, ya sea tarde para escapar...

Comienza entonces el ataque con un tiroteo convergente de los rifles de repetición -winchester por lo general-, que espanta a los animales y mata a muchos; el resto trata de ganar el agua, pero se les ha cerrado el paso, continúa haciéndose fuego sobre ellos, y al fin, bramando lastimosamente, se retiran hacia las cuevas, si las hay en la roquería, o hacia los peñascos más altos, arrastrándose bastante de prisa, ayudados por las aletas.

La matanza verdadera, el exterminio va a empezar. Mientras uno o dos, los mejores tiradores, quedan con el winchester para matar algún macho bravo que ponga a alguno en peligro, o para evitar la fuga de los más ágiles, los otros loberos echan mano de los palos y avanzan sobre las focas. Cada garrotazo bien asestado en el hocico, causa una víctima. El puñal la ultima, dándole la puntilla. El suelo queda pronto sembrado de cadáveres. Apenas si dos o tres logran escapar, precipitándose al agua desde alguna roca a pico. En menos de media hora, 200 ó 300 lobos yacen ensangrentados, muertos a los pies de los cazadores...

Inmediatamente se procede a desollarlos, tarea que los loberos hacen con pasmosa rapidez, dejando para lo último los lobos de un pelo que han caldo mezclados con los otros, y que tiran a un lado como cosa de poco valor. No importa que los animales respiren aún; los afilados cuchillos desprenden la piel, después de abrirla de arriba abajo, por el lomo, y conservando la grasa a ella adherida -y la arrancan de aquella carne caliente, palpitante, viva.

Los primeros 40 ó 50 cueros son embarcados en el bote, que los lleva a la goleta, donde se desengrasan y salan, poniéndolos en barriles, mientras la faena continúa en la roquería, sin más descanso que el tiempo necesario para tomar un trago de aguardiente o un jarro de café, salvo cuando algún temporal impide el trabajo.

A veces, en roquerías apartadas de fondeaderos seguros, las goletas se alejan después de desembarcar a su gente, para volver en su busca algunos días después. Pero el mal tiempo suele ser cruel con los loberos, que a menudo tienen que aguardar más de lo previsto, y sufren verdaderas miserias cuando se les concluyen las pocas provisiones que han llevado consigo. Entonces, y cuando el hambre apura, hay que apelar a la carne de lobo, y hasta sin cocer...

Esto último sucedió en 1883, cuando Juan Silva, un tal Germán y seis hombres tuvieron que permanecer nueve días y medio en una roquería, al sur de la isla Navarino.

El café les duró tres días, la galleta cuatro, el agua cinco y la leña un día más. Después comieron carne de lobo cruda...

Al octavo día, uno de los loberos se tiró al agua para tratar de alcanzar a nado la isla Navarino, que distaba unas dos millas. No se volvió a saber de él...

Librodot

Al noveno, los infelices estaban casi locos por falta de agua, y cuando apareció la goleta San Pedro, que los había llevado, y no pudo volver antes en su busca, hallábanse tan postrados, que no podían moverse.

Uno murió a bordo de extenuación. Los demás fueron reponiéndose poco a poco.

Y no crea usted que semejantes pellejerías sean bien compensadas. ¡Al contrario! El lobero no gana sueldo, sino que tiene que ajustarse a los resultados obtenidos. Del producto de las pieles se aparta un tanto por ciento para el armador, otro para el capitán, otro para el piloto, etc...

El resto se divide por partes iguales entre los demás. Pero ese resto es muy exiguo, pues antes se ha descontado el importe de los víveres, las municiones, etc. Por regla general no gana sino el armador, que se ha quedado tranquilamente en su casa, mientras los otros arriesgaban el pellejo...

-Usted debe conocer muy bien los animales de la isla, después de tantos años de permanencia -dije a Morgan.

-¡Oh! regular, y no como un naturalista -contestó-.Tengo los datos que cualquier marinero podría tener...

-No importa, háble me de ellos; aunque no sea científica, su descripción será interesante... quizás más por eso mismo...

-Conozco cuatro clases de shags o cormoranes. Uno de pecho blanco y oídos blanquecinos, otro de pecho blanco, oídos azulados y cresta negra con puntas amarillas. Estas dos clases anidan en roquerías extensas, en los promontorios e islotes cercanos a la isla. Hacen sus nidos sobre guano dejado de años anteriores, que alcanza a un metro de altura; los forman con algas muy delgadas que ellos misinos extraen del fondo del mar. Ponen cinco o seis huevos, comenzando en los primeros días de noviembre. Aunque se note su diminución, todavía son muy numerosos, y en una roquería triangular de la isla nordeste de Año Nuevo, de siete metros y medio de lado, conté 79 nidos, mientras que los shags serían unos 220. Estas aves se disputan los nidos a picotazos, pues las menos activas quieren ocupar los de las trabajadoras... Los huevos son del tamaño de los de gallina, pero más alargados y del color de los de pingüín, cuyo sabor tienen también; la yema es más rojiza. Su abundancia es asombrosa: en una estación cargamos cuatro botes, habría en ellos unas cuantas decenas de miles de huevos... El guano del shag, muy lavado por las continuas lluvias, es pobre. Las otras dos clases son: el shag negro, que tiene blancos los oídos, y el shag de roca, de, ojos y oídos rojos. Estos anidan en las concavidades de rocas inaccesibles, cerca de la costa, son poco numerosos y más pequeños que los primeros.

Las avutardas son dos: la de Malvinas -que los ingleses llaman «Kelp-geese», o avutarda de cachiyuyo, porque se mantiene con un alga tierna, el luche de los chilenos -del tamaño de un pato casero. Anda siempre en parejas: el macho es blanco y la hembra negra con manchas blancas. Muchas veces dos hembras siguen al macho, como usted habrá visto, y al volar forman triángulo, yendo el macho adelante. La avutarda de pasto, que los chilenos conocen por caiquén, es del tamaño de un ganso, negra y con manchas blancas. Tiene las patas palmeadas, pero busca su comida -pasto tierno- en las lomas. Anda también en parejas.

El curioso pato a vapor, que ya habrá encontrado muchas veces, y cuyas alas no le permiten volar, nada en parejas, es grande como un ganso, plomizo, anida entre la yerba de la costa, pone de cuatro a seis grandes huevos, y se mantiene con los caracolillos y mejillones del cachiyuyo. En sus correrías no se aleja nunca más de tres millas de la costa,

Librodot

cuya proximidad anuncia. El pato de mar es más pequeño y anda siempre en bandadas. El de agua dulce, que habita en «las lagunas y vive con los gusanillos de la turba, tiene una lista azulada en el extremo de las alas y forma bandadas de quince a treinta individuos.

Ya conoce usted el albatros, ese inmenso pájaro que de una a otra punta de las alas mide cerca de dos metros y medio. Sólo visita la costa cuando hay temporal u horas antes de que estalle, anunciando así el cambio que va a producirse. Entonces vuela muy alto, como si quisiera ver venir la tempestad, mientras que cuando reina ésta, o cuando el tiempo es benigno, apenas se eleva un metro de la superficie del mar. Su congénere el albatros negro de pico amarillo verdoso, es un tragón de lo que no hay.

Suele comer tanto, que permanece horas enteras en el agua sin poder levantar el vuelo.

Además, tiene usted la gaviota blanca, la negra, la gris y la blanca con alas negras. Un gaviotín que llaman «golondrina de mar», blanco y de alas color plomo y una lista negra en el extremo; otro sin lista, con plumas teñidas de rosa como el flamenco, que zabulle precipitándose al mar desde 15 y 20 metros de altura. La blanca paloma de mar; la paloma del Cabo, negra y blanca con dibujos caprichosos que la hacen parecer una gran mariposa; la palomita del tamaño de una golondrina, parda, cuyas alas miden unos diez centímetros de largo, y tiene las patitas palmeadas; otra blanca con alas negras, que vive de pececitos, aguas vivas, etc., y por último la palomita ladrona que se alimenta como las demás, pero que en primavera visita las roquerías de shags y aprovecha los descuidos para, comerse los huevos; es mayor que las últimas. Hay también una gallareta que se alimenta con lo que arroja a la playa la resaca y anida en troncos huecos.

El cisne blanco y el de cuello negro visitan en verano la isla.

Vienen de Patagonia.

Entre las aves de rapiña hay dos buitres, uno completamente negro y otro con fajas blancas en el cuello; tres caranchos, uno negro de cabeza pelada, otro negro con manchas blanquecinas y el tercero amarillo obscuro; tres halcones, el gris, mayor que una paloma, el amarillento con puntas blancas como la paloma y otro amarillento también, pero con alas amarillas y una faja negra en la cola y que es del tamaño de un zorzal. Una lechucita gris con puntas negras, y la Viuda, pájaro negro del tamaño de un cuervo, que fascinado por la luz del faro, se estrella continuamente contra los vidrios...

Algunas veces dan contra los cristales con tanta fuerza, que los rompen, como ha sucedido hace poco. El viento apagó las lámparas, hizo añicos los tubos; pero todo pudo componerse en un cuarto de hora, y el faro continuó funcionando...

- XXXVI -
Entre dos borrascas

Los días hermosos, o mejor dicho, los momentos -bastante escasos, por cierto- en que el tiempo se hacía bonancible, eran aprovechados en cortas excursiones a las cercanías, ya para conocerlas, ya en busca de mariscos, ya en procura de alguna pieza de caza que diera variedad -triste variedad- a nuestra mesa, ya sólo por paseo, bien necesario en el encerramiento forzoso en que vivíamos.

Generalmente preferíamos las embarcaciones a todo otro medio de locomoción -limitados estos últimos a la marcha a pie-, pues los terrenos de la isla son tan cenagosos, que los más resistentes se fatigan muy pronto aunque ya estén aclimatados. Las primeras veces que fui hasta punta Laserre, que está sin embargo a un paso de la Subprefectura, el camino me pareció interminable, y tuve que hacerlo por etapas; jadeante y sudoroso, cada pequeña cuesta me reclamaba un verdadero esfuerzo; pocos días después comencé a habituarme, y pronto salvaba a paso de trote la distancia antes enorme. Tenía razón De la Serna: el faro lo era también para nosotros en los días brumosos de spleen; a él acudíamos como se va a Palermo en Buenos Aires.

Muchas veces recorrimos en bote la bahía de San Juan; pero no recuerdo una sola en que hayan dejado de sorprendernos chubascos de agua helada, mortificantes a más no poder, acompañados por violentas rachas, frías como hojas de cuchillo, que nos obligaban a sostener los ponchos con ambas manos, bien plegados al cuerpo, para que el viento no se los llevara, y a nosotros con ellos.

La bahía, como se habrá visto en el plano, se interna bastante en la isla, hasta tropezar con la base del monte Richardson, e inclinándose hacia el oeste. Está rodeada de costas casi a pico, de roca desnuda, hasta donde alcanza el agua en las mareas, y cubierta de turba, de vegetación y de bosque desde allí hasta cerca de la cumbre de los barrancos que forma.

Su aspecto es al propio tiempo pintoresco y extraño: un poeta la elegiría para hacerla escenario de nebulosos y desgraciados amores, para fantásticas apariciones, para rondas de espíritus desolados del mundo de Poe...

Algunas playitas de cantos rodados interrumpen acá y allá la aspereza bravía de la costa en que, continuamente rompe la ola con fragor inacabable, mientras las nubes se enredan en las crestas peladas de los cerros, bajan lentas por sus aristas, o parecen bailar una complicada cuadrilla en el espacio limitado por las alturas. Criptas negras abren su boca al nivel de las aguas, como habitáculos sombríos de algún monstruo; sobre ellas, en la piedra lavada por las exudaciones, se agarran las raíces de los fagus, como manos huesudas, descarnadas, crispadas en un espasmo horrendo; al lado otras cavernas, salpicadas por la espuma del mar, manchadas por los musgos y los mohos; o altos pilares rectos que sostienen bóvedas medio derruidas, estrambóticos capiteles, arquitrabes que se mantienen en milagroso equilibrio, frisos historiados, cornisas decadentes de una estética loca e inconexa, peristilos en que las columnas de piedra se mezclan con los gruesos troncos de los árboles, como si el material se hubiese agotado de repente.

Allá una inmensa roca se ha despeñado de la altura, cayendo al mar con pavoroso estruendo; la huella que dejó en el cerro se ve aún como una tremenda cicatriz descolorida; pesaba miles de toneladas, y su caída ha tenido que conmover toda aquella extensión, como un maremoto; los árboles la han acompañado y crecen en el islote como crecerían en el cerro natal.

Acá, otra roca ingente ha sido partida en dos, y su pared lisa parece buscar todavía las antiguas adherencias a la costa; el mar corre entre dos muros de piedra, perpendiculares, en cuya cima se ve una estrecha faja de cielo. Y por todas partes gotea o chorrea el agua, que lo empapa todo, corre en delgados hilos, formando arroyuelos, torrentes y saltos, se evapora y cubre de nubes el espacio, y luego vuelve azotándonos con su lluvia, apedreándonos con su granizo, cubriéndonos con su nieve, cuyos copos parecen lentas y blancas mariposas. Y al pie de la roca siempre espumante, las verdes matas de cachiyuyo amansan la ola, alzan sobre la superficie sus anchas hojas blanqueadas por innumerables caracolillos, y que el

Librodot

viento agita como manos de ahogados que piden socorro. Sirven de vivero a los peces de roca, a los langostinos, y de repostería, a las gaviotas, y aun cuando el mar se encrespa alrededor, tienen rinconcitos especulares, en que el agua semeja de acero bruñido.

En torno pululan los shags, los patos a vapor, las avutardas, que pescan sin descanso los pobres pececillos y los crustáceos que se han refugiado allí, huyendo del lobo, que sin embargo va a buscarlos hasta ese último asilo. Los gaviotines salpican la bahía con millares de manchas blancas, sobre todo en los días tranquilos y tibios, cuando el viento y la lluvia no dispersan sus innumerables bandadas... ¡Cuántos tiros hemos hecho sobre aquellas aves codiciadas en la isla, impresentables en cualquier mesa medianamente abastada, como decía fray Luis! La caza era, sin embargo, bastante difícil, desde el bote y a bala de fusil, pues carecíamos de munición más apropiada, y los recelosos pajarracos no dejaban aproximarse mucho, temiendo ya, y con razón, la vecindad del hombre. Pero no por eso dejábamos de volver, salvo raras excepciones, con algún ejemplar cuya carne figuraba en nuestra mesa previo un verdadero trabajo de desinfección, y cuyo cuero con la pluma se reservaba cuidadosamente para un embalsamamiento siempre postergado. Esas aves tienen un sabor desagradable, y sólo pueden comerse en caso de necesidad extrema, o después de larga cocción y disfrazadas con salsas que valgan más que los caracoles... Se calumnia a los pobres mariscos diciendo que el gusto de las aves es igual al suyo. Quizá cuando entran en descomposición, ¡pero frescos! Los calamares, los minúsculos langostinos, pueden figurar con honor en comidas luculianas. Los mejillones tienen un sabor exquisito, son un vrai bombon, suaves, blandos, perfumados, como una golosina obra maestra de cocinero genial. ¡Y cuántos, cuántos! En el fondo de la bahía, la roca que las mareas cubren está alfombrada, desaparece bajo la capa negra de sus conchas, se recogen a baldes, pueden llenarse botes enteros con ellos... Y nada de trabajo para prepararlos: basta un ligero hervor en agua salada para que estén a punto, la cáscara se desprende casi por sí misma, con toda facilidad se le saca una parte amarga que tienen dentro; unas gotas de vinagre o de limón, un poco de aceite y ese plato, tan vulgar en la isla, sería el éxito de un restaurateur cualquiera.

Una mañana, el doctor Pinchetti y yo nos adherimos a una expedición que iba a marisquear con el contramaestre Morgan a la cabeza. El día estaba hermoso, la temperatura agradable, hasta hacía sol a ratos.

Alrededor del bote, de vez en cuando asomaban las focas su cabeza redonda, para mirarnos curiosamente, y quedar un instante atentas al silbido con que las llamábamos. De pronto desaparecían para reaparecer cinco o seis minutos más tarde en otro sitio, ya delante, ya tras de la embarcación.

Les hicimos algunos disparos sin resultado, pues el bote se movía como una hamaca; una, sin embargo, fue herida, pues de pronto subió a la superficie del agua una gran mancha roja que se desvaneció en breve; pero el animal escapó. Alguna vez veíamos la peluda cabeza de un macho, cuyas crines se distinguían perfectamente, como sus colmillos blancos, como sus ojos obscuros y brillantes, de expresión cuasi humana.

Desembarcamos tarde en el fondo de la bahía, a causa de lo agitado del mar; la marea estaba ya demasiado alta y cubría por completo los bancos de mejillones. Ibamos a regresar, cuando el contramaestre Morgan nos procuró entretenimiento.

-¿Vamos a ver la laguna? -nos dijo- Está muy cerca, detrás de aquella colina...

-¡Vamos!

Librodot

La isla podría llamarse el país de los lagos. Los depósitos de agua abundan de tal modo, que ese nombre le cuadraría más que a cualquier otro sitio del mundo. Cada hondonada, cada valle pequeño entre cerros, se ha llenado de agua de las continuas lluvias, de la condensación de los vapores en los picos enfriados por el viento, y en esos lagos nadan cisnes, patos, enjambres de animales que pocas veces incomoda el hombre, por la dificultad de trepar hasta allí.

Echamos a andar por la playa, sobre los gruesos cantos rodados, cuando un fuerte olor de podredumbre nos llamó la atención. El viento habla cambiado, y soplaba del nordeste. Volvimos los ojos en esa dirección, tapándonos las narices; dos grandes caranchos negros, con las alas abiertas y sus plumas separadas como las varillas de un abanico, alzaron al mismo tiempo el vuelo, trazaron dos o tres círculos caprichosos en el aire, y se dejaron caer de nuevo sobre un objeto cuya forma no podíamos distinguir. Venciendo la repugnancia que nos causaba aquel olor nauseabundo, nos acercamos al sitio en que se habían posado las aves de rapiña, manteniéndonos en lo posible a barlovento. ¿Sería algún náufrago?

No había que pensarlo... ¿cómo podía haber llegado tan cerca de la Subprefectura, para caer justamente en el momento de salvarse?

Pronto cesó nuestra emoción. Tratábase sólo del cuerpo de una foca que la marea había dejado en seco, y que -al crecer- iba a arrebatar de nuevo. Las olas cortas que llegaban hasta él, haciéndolo moverse, espantaban a los caranchos, que muy luego volvían a su presa, cebando los agudos picos en la carne, ya en plena descomposición. Los ahuyentamos, y llamando a algunos de los marineros, se les encargó que le sacaran el cuero, si era posible.

La foca era un magnífico macho de dos metros y medio de largo, y pertenecía a la especie vulgarmente llamada lobo de un pelo y lobo león.

Pero estaba en un estado tan avanzado de putrefacción, que era inútil desollarlo, pues la piel no hubiera servido para nada.

¿Habríalo muerto alguno de nuestros tiros de los días anteriores, algunos de nuestros fuegos graneados, tan sin éxito al parecer? Fue lo que nos dijimos en un principio; pero las grandes cicatrices de feroces dentelladas, algunas de ellas recientes que se veían en la piel, estaban demostrando de un modo terminante que el pobre lobo era una víctima, un vencido de los combates primaverales. Señor destronado de su harén, había ido a morir lejos de la roquería, huérfano de amores, para que la ola móvil jugara con su cadáver y fuera a encallarlo en playas desconocidas...

Dejamos a los marineros junto a aquel despojo nauseabundo, cuyo olor infecto se pegaba a las mucosas -nos duró todo el día-, y emprendimos el camino del lago. La playa estaba resbaladiza, como enjabonada por las algas que depositan las mareas, pero andar por ella era fácil en comparación de la cuesta que íbamos a tener que subir.

-Hay un camino que hicimos el 84 los marineros de la expedición Laserre -nos dijo Morgan-. Iremos por él.

Pero la yerba crecía alta, enmarañada, entorpeciendo la marcha, y no se veía la huella menor de senda, vereda o camino. El suelo, formado de turba y detritus vegetales, era más húmedo y fofo que en San Juan, y los pies se hundían, y el agua entraba a chorros por las costuras de la bota, helándonos los pies.

-Pero, ¿dónde está el camino, Morgan?

-Es éste.

Librodot

-¡Corpo! -exclamó el doctor Pinchetti.

Bajo la yerba espesa corren hilos de agua que de pronto desaparecen, se infiltran, pierden su caudal en el suelo esponjoso para reaparecer después algo más abajo, ya engrosados, ya disminuídos, según el capricho del declive. Trepábamos trabajosamente enredándonos en la maleza, desviando o quebrando las ramas de los árboles, pinchándonos en las espinas, bajo la sombra húmeda de las hayas, junto a las magnolias de florecillas de batista blanca, o los calafates de frutas negras y redondas como cuentas de azabache, cuando a pocos metros sobre el nivel del mar nos hallamos de pronto ante un campo cubierto de cruces y de piedras, en que la yerba crecía con vigor, no empobrecida por la vecindad de los árboles.

Era el cementerio de San Juan del Salvamento, pobre y melancólico campo santo, donde nadie va a llorar ni orar por los que fueron. Sobre las toscas cruces leímos algunos nombres, ya casi borrados por tantas borrascas. Otras tumbas, aisladas, como desdeñadas, no tenían ni nombre ni cruz: sepulturas de indios, segregados de la sociedad hasta para el sueño eterno.

Seguimos adelante, internándonos en el bosque, deslizándonos entre troncos secos que amenazaban aplastarnos con su caída, lastimándonos con las espinas del calafate, saltando charcos y pasando arroyos. En un puente derruido, cubierto de moho y cuyos troncos sin labrar estaban tan separados que nadie hubiera dicho que era puente, di un resbalón que me pintó de verde las espaldas, etc. Me levanté mohíno, renegando de la isla y los islotes adyacentes.

-¡Conque este es el camino, no! -exclamé.

Morgan no pudo menos de sonreír, mordiéndose los labios.

-Está un poco borrado -dijo-. Pero más arriba...

-¡Será peor! -interrumpí restregándome un brazo medio descuajaringado.

-Probablemente... ¡Hace ya tanto tiempo!...

El doctor Pinchetti observó que ya era cerca de las diez, y que para llegar a la hora del almuerzo... No gustaba mucho de aquella marcha, que era como andar con grillos.

-¡Oh! Hay tiempo -dijo Morgan-. Estamos muy cerca.

Nos pusimos a andar, pero sin prisa ni entusiasmo. ¡Oh!, ¡aquel suelo! La turba inconsistente, los musgos esponjosos que ceden como elásticos a la menor presión, el agua que lo satura todo, los troncos caídos y enjabonados, las ramas entrelazadas, las espinas, la yerba, ¡ah!... ¡Cuánta razón tenía Bove al decir que los musgos lo acobardaban y que, andando por la isla, recordaba las llanuras siberianas, donde el cuerpo se hunde en la nieve hasta la cintura y donde los más robustos se fatigan a los pocos pasos!... Pinchetti y yo sudábamos la gota gorda...

Pero la fatiga no nos impedía contemplar el paisaje mudo y sombrío, de una tristeza honda y amarga desde que el día se había nublado y las nubes bajaban hasta la copa de los árboles. Si en los paisajes lunares hubiera árboles, serían así... Sólo el rumor vago del viento y el redoble de la lluvia que comenzaba a caer sobre las hojas; ni un grito, ni un canto de pájaro, sino el murmurar del agua corriente, como una oración continua, balbuceada sin cesar con el mismo ritmo, con las mismas notas.

Aquí y allá árboles muertos o moribundos, vencidos en la lucha por la existencia, sin desarrollo, casi secos éstos, crujientes bajo la mano, podrido el corazón y en pie todavía aquéllos, que fueron robustos y que otros más poderosos han anonadado al fin, robándoles los jugos de la tierra...

Librodot

Media hora después hicimos alto sin haber llegado a ninguna parte.

-¿Falta mucho todavía?

-¡Oh, no! casi nada; ya hemos andado más de la mitad...

-¡Más de la mitad!... Lo que quiero decir que falta... casi la mitad!

No, volvamos, señor contramaestre, no sea que lleguemos después del almuerzo... como dice el doctor.

Y no vimos el lago, cuyas aguas tranquilas no han de haberse enturbiado por eso...

Otro día, poco después de diana y mientras yo dormía tranquilamente, aprovechando como de costumbre la bonanza entre dos borrascas, Demartini salió en bote excursionando fuera de San Juan para reconocer la costa nordeste de la isla.

PEÑA EN LA ENSENADA "LA NACIÓN"

En ese lado está la roquería de Pingüinos, la roca del Castillo, y el islote en que, desde tiempo inmemorial, anidan los shags. Un poco más lejos avanza hacia el norte el cabo Saint John, extremo de la isla. Según me dijo a la vuelta, había visitado una gran ensenada todavía sin nombre, seguro fondeadero, rodeado de altas rocas, con algunas playitas accesibles, al abrigo de los fuertes vientos dominantes. La ensenada en cuestión está junto a la punta que termina al este de la bahía de San Juan, y es una de las mayores bellezas naturales de aquellos contornos, que las tienen en tan crecido número. El amable subprefecto terminó su entusiasta relato, diciéndome:

-Todos los que visitamos la ensenada, hemos convenido en darle el nombre de La Nación, a la costa a pico que forma uno de sus lados, lisa como un muro, llamarla paredón Piquet, y a la punta que avanza entre la ensenada y esta bahía, bautizarla con su apellido...

Agradecí -¿cómo no agradecer?- la galantería y el exceso de honor -por lo menos en cuanto a mí toca- y demás está decir que hice todas las objeciones imaginables, muchas de ellas justísimas y decisivas, como la de que demasiado se ha bautizado y rebautizado cada rincón de Tierra del Fuego y de la isla, llegándose a una nomenclatura verdaderamente anárquica, con que nadie se entiende. Hubo que renunciar, pues, al proyecto, aunque sólo en parte: la ensenada comenzó a llamarse «de La Nación», nombre que sancionará o no sancionará la costumbre -ley en tales casos- ¡vaya usted a saberlo!

Pero interesado por las descripciones del capitán Demartini, le pedí que me llevara a conocer el sitio, y pocos días después salí amos -almuerzo hecho- con un tiempo excelente, sobrevenido a raíz de una especie de diluvio y mientras se preparaba otro a los rayos evaporadores del sol.

Bajaba la marea, bogaban con brío los remeros, de modo que en poco rato nos encontramos fuera de la bahía, doblamos la punta y pusimos la proa a la ensenada. El mar estaba como una balsa de aceite y en su superficie pululaban los cormoranes, los patos, las gaviotas, los gaviotines, mientras que sobre nuestras cabezas revoloteaban albatros, «darups», golondrinas de mar, palomas del cabo pintadas como mariposas...

Aquel era un día verdadero de fiesta, un día «de transporte», como se dice en San Juan, con el sol jubiloso, la alegría de las aves, la reverberación del mar como un espejo ustorio...

Allá lejos, detrás, se veía la rompiente espumosa del cabo Fourneaux; al norte, a nuestra izquierda, el horizonte curvo e inmenso del océano, que parecía ir levantándose suavemente, dejándonos en su parte más baja...

Llegamos a la ensenada; era pomposa; un derroche de arquitectura titánica; grandes cavernas como templos, rocas enormes, partidas de arriba abajo por la fuerza de los hielos, presentando grietas negras y profundas, cuevas visitadas por las focas, minaretes árabes, cúpulas bizantinas, menhires, altares druídicos, graves monumentos aztecas... en fin, cuanto puede ver una buena voluntad ayudada por un poco de imaginación, porque en esto, como con la etimología, se prueba lo que se quiere...

-¡Avante!

Salimos de la ensenada y nos corrimos más al este, hasta la roquería de Pingüinos, frente a la cual llegamos poco rato después, aunque, burro y medio que hacía cimbrar el reino, hubiera prometido seriamente no troncharlo.

Los pájaros-niños, muy solemnes, estaban, como siempre, en filas superpuestas, ocupando todo lo alto y lo ancho de la roca. Se movían lentamente, con andar torpe, siguiéndose unos a otros como en una procesión. Tiramos algunos tiros con un éxito inesperado, porque cada vez despeñábanse varios. pingüinos, que rebotando en las asperezas, iban a quedar detenidos en cualquier roca saliente, a la que se precipitaban los caranchos, vecinos empecinados y crueles de las roquerías, a las que -en pago de sus frecuentes matanzas de pichones- limpian de cadáveres impidiendo las epidemias.

Nos dio lástima asesinar así a los pobres pingüinos, sin más resultado que dar de comer a los darups, y nos alejamos de su campamento de cincuenta pisos.

En la Subprefectura de San Juan ha habido en estado doméstico un pingüín tomado casi al nacer y que los marineros llamaban El Vasco; paseaba tambaleándose grotescamente, y como sumido en hondas y transcendentales meditaciones, y fue bondadoso compañero de gansos y gallinas hasta que murió. Se ha tratado de traer ejemplares a Buenos Aires, pero sin conseguirlo, que yo sepa. La nostalgia, la añoranza de su isla misteriosa, los devora en pocos días, y mueren de calor como se muere de frío.

No lejos de sus abruptas rocas, que no sin acierto han llamado del Castillo los marineros de San Juan, blanquea el guano del islote de los shags, hacia el cual nos dirigimos, navegando cerca de la costa, caprichosa y abrupta.

-¡Un lobo!, ¡un lobo!

En efecto, sobre una piedra alta, bastante alejada del agua, un lobo, tendido al sol, levantaba su torso para mirarnos.

Apunté, rápidamente, hice un tiro, luego otro con el winchester, y el animal desapareció rodando...

¿Había caído o se había tirado?... La duda entre ambos extremos era permitida.

Sin embargo, mis compañeros convinieron en que el anfibio estaba herido.

-No se tiran así cuando no se les ha tocado -insinuó uno.

-Yo lo he visto retorcerse al sentir la bala -afirmó otro.

-Son duros para morir, y el winchester no vale lo que el rémington, para cazarlos -agregó un tercero-. Si no se le da en la cabeza, es inútil.

Demartini dispuso que se viera dónde estaba el cuerpo de la foca para ponerlo fuera del alcance de la marea e ir a tomarlo con toda precisión al día siguiente, y gobernó buscando

Librodot

dónde desembarcar. Esto, fácil en teoría, era arduo en la práctica, pues a cualquier parte que se dirigieran los ojos se veían las crestas irritadas y espumosas de la rompiente.

Por fin se eligió una roca plana que en violento declive descendía hacia el mar, a espaldas del sitio en que había caído el lobo. El marinero Vassallo, que hacía de proel -joven robusto y ágil como un gato- aprovechando el instante fugitivo en que la proa del bote estuvo a la altura de la piedra, llevado por la ola, dio un salto y fue a caer sobre la roca cubierta de jabonoso cachiyuyo. No resbaló, a pesar de no haberse quitado las gruesas y pesadas botas, y trepó desapareciendo en breve tras de otras piedras.

MONOLITO

-¡Cía!, ¡cía!

La embarcación, merced a un violento impulso de los remeros, que bogaban hacia atrás, se alejó de la piedra, donde podía haberse estrellado. Aguardamos largo rato, dando algunas bogadas para resistir a la corriente que nos llevaba sobre la costa. Comenzaba a preocuparnos la tardanza de Vasallo, a quien podría haberle ocurrido algún percance, cuando apareció en lo alto de las piedras.

-¿Y el lobo? -le preguntamos a voces.

-¡No está! -nos contestó de la misma manera.

Se maniobró para atracar a la erizada costa, y el ágil marinero saltó al bote.

Él se explicó entonces:

-No encontré el lobo, pero vi un reguero de sangre que llegaba hasta la orilla de una piedra... Bajó hasta

la misma costa, pero el animal no estaba.

-¡Es raro! ¿Buscaste bien? -preguntó Demartini.

-Sí, señor, por todos los rincones.

Yo callé. A pesar de lo del reguero, no las tenía todas conmigo.

Seguramente la puntería no habla sido buena, pero Vassallo querría no herir mi amor propio, para lo cual habría inventado la sangre aquélla...

Aunque muy aficionado a la caza, donde no suelo errar es en el plato...

Hubiéramos seguido nuestra excursión por lo menos hasta el islote de los shags, y al cabo San Juan, si hubiera tiempo suficiente, pero comenzó a levantarse mar corta e incómoda con viento fresco del oeste que iba a dificultar el regreso: era prudente pensar en volver, y pusimos proa hacia la bahía.

No anduvimos mucho sin tropiezo; de pronto, desde una alta cortadura, bajó una racha silbando como un latigazo, empezó el baile de las nubes, y segundos después nos envolvía una borrasca de lluvia, mientras el mar hacía danzar el bote que era un contento. Llegamos, sin embargo, fácilmente a la Subprefectura, a tiempo que la tormenta tomaba mayor intensidad, empapados pero satisfechos, por las horas plácidas que habíamos pasado, y riéndonos de la presunta muerte del lobo.

Y a propósito de lobos: también hubo dos en San Juan, tomados pequeñitos como el pingüín. Pero los animales, arrancados a sus costumbres, se negaron a comer, y hubo por fin que echarlos al agua, en la que desparecieron como si hubieran estado en ella toda la vida. Otro, ya adulto, que se tomó también, protestó del mismo modo pasivo contra sus opresores, y para no verlo morir se le devolvió la libertad.

Los días pasaban en estas excursiones, alternadas para mí con trabajos de escritorio, visitas al faro, paseos hasta el campo de tiro, donde se ejercitaban los soldados del piquete de infantería, con bastante resultado, a decir verdad.

El blanco, a 300 metros, parecía mucho más lejano por lo nebuloso de la atmósfera, pero los soldados hacían numerosos impactos en cada sesión, y se perfeccionaban poco a poco, aunque los cinco tiros de cada serie no basten para afirmar bien el pulso.

Y siempre, cualquiera de estos paseos, por corto que fuera, tenía que hacerse entre dos borrascas, la que acababa de salir de escena y la que se preparaba entre bastidores, en la fábrica, como decía un ex subprefecto, aludiendo a los cerros que rodean a San Juan.

El mismo distinguido funcionario llamaba ráchagas a las rachas, y de vez en cuando solía equivocarse al poner su nombre...

- XXXVII -
Un poco de climatología

¡El clima de la Isla de los Estados! Según la creencia general, es algo verdaderamente insoportable, y no deja de haber razón para ello, como acaba de verse. La lluvia, el viento, la humedad, el granizo, la nieve...

Semejantes elementos, en acción continua, disputándose unos a otros la palma, o trabajando en colaboración, hacen las combinaciones más incómodas y extraordinarias que imaginarse pueda. Muchas veces en la isla me creí estar en plena realización de esas láminas que en algunos tratados de meteorología representan objetiva y arbitrariamente la «formación de la atmósfera», sólo que faltaban los relámpagos. ¡Qué laboratorio químico! No andaba descaminado el subprefecto de la «frábica», al llamarlo así.

Pero ésta es una cosa, y la que se cree vulgarmente es otra. Pensar en la Isla de los Estados y verla cubierta de eternas nieves, rodeada de enormes y flotantes témpanos, congeladas sus bahías, sepultada la vegetación bajo una blanca y helada corteza, todo es uno. Las tierras de Graham no son menos hospitalarias en el concepto popular, y en la isla sólo pueden habitar los esquimales bebedores de aceite de foca, comedores de pescado crudo con velas de sebo para postre, refugiados en humosas colmenas de hielo...

Una mirada al mapa bastaría para desvanecer el error, como que la isla está algo más al norte que la misma Usuhaia, donde no hace gran frío, sin embargo. Pero como se va poco a la isla, la preocupación y el falso concepto subsisten.

El clima está muy lejos de ser glacial, la temperatura es bien soportable, no hay nieves eternas, ni témpanos, ni se hiela el mar, salvo en algún rinconcito muy tranquilo y muy pequeño, en bahías sin oleaje.

Librodot

Personas que han vivido allí quince años, como el contramaestre Morgan, por ejemplo, me aseguran que jamás vieron descender el termómetro a más de seis grados y medio bajo cero. Aun en los meses más rigurosos del invierno, la temperatura media se mantiene sobre el cero, y es muy soportable.

Los patines son perfectamente inútiles, pues si las lagunas y aun los simples charcos llegan a congelarse, la capa de hielo que los cubre no es nunca lo bastante gruesa para soportar el peso de un hombre.

Verdad que el mar es bravo en torno de la isla, que el tiderip, esos remolinos inesperados y fatales, acechan a los navegantes, que las rachas están siempre prontas a caer como fieras sobre las embarcaciones descuidadas. Pero no hay duda de que se exageran mucho los peligros, pues los loberos frecuentan -demasiado quizás- sus costas hervorosas, y los botes abiertos de la Subprefectura, que ni siquiera tiene un cúter, hacen hasta treinta y más millas para socorrer buques náufragos, o en procura de provisiones, cuando los transportes no llevan a la isla todo el indispensable racionamiento, como ocurre a menudo...

El viento corre continuamente con una velocidad de 25 kilómetros por hora, cuando está casi tranquilo... En sus días de asueto, llega a ser vertiginoso, y el anemómetro, gira con tal rapidez, que parece un disco transparente... La velocidad máxima observada ha sido de 165 kilómetros por hora, y esto con bastante frecuencia. Allí sí que resultaría exagerado el viejo chascarrillo:

-Quid levis plumae?

-Pulvis.

-Quid pulvere?

-Ventus.

-Quid ventus?

-Mulier.

-Quid mulier?

-Nihil.

Y la variante de Francisco I, introducida en Rigoletto.

Algunas cifras fijarán mejor las ideas respecto de la temperatura media anual de la Isla de los Estados. Para facilitar su interpretación, se comparan aquí con las de otros puntos: Buenos Aires, Bahía Blanca y Usuhaia:

MediaMáximaMínima

Buenos Aires.....17,2338,8-2

Bahía Blanca.....15,2441-5

Usuhaia.....6,327-10,5

San Juan del Salvamento.....6,2625,25-6,5

Como se ve, la temperatura media de San Juan del Salvamento es casi igual a la de Usuhaia, observándose que la máxima es más baja y la mínima más alta, lo que demuestra que la temperatura es menos variable. Es menos fría también. Si en San Juan no se pasó nunca de 6,5 grados bajo cero, en Usuhaia, y en mayo, de 1886, el termómetro ascendió a 12,5 grados, o sea seis grados menos.

La temperatura media mensual en los mismos puntos es la siguiente:

Resulta en este último cuadro la uniformidad sorprendente de la temperatura de la isla, uniformidad tal que no se la observa semejante casi en país alguno del mundo. La media

Librodot

mensual más alta es sólo de 10,75 grados, y la más baja de 2,22 grados: la diferencia es de 8,53 grados. En cambio, la media mensual más alta de Buenos Aires es de 24,22 grados, y la más baja de 10,30, o sea casi 14 grados, y la diferencia en Bahía Blanca alcanza a más de 15 grados.

Pero si la temperatura es uniforme, no sucede lo mismo con la humedad, que es muy variable por lo montañoso del suelo y los frecuentes vientos. A menudo se llega casi hasta la saturación:

HUMEDAD RELATIVA Buenos Aires.....74,2--
Bahía Blanca.....63,5--
San Juan del Salvamento.....82,19847

La cantidad de lluvia que cae en la isla es sorprendente, y pasaría los límites de lo creíble, si no se tratara de un laboratorio en perpetua actividad. ¡En un solo año han caído 3400 milímetros de lluvia, lo bastante para hacer creer en un nueva diluvio universal! En el mes de agosto de 1896 cayó casi medio metro: ¡415,9 milímetros! Y siempre la lluvia cae con análoga abundancia, aunque algunos años disminuya bastante.

LLUVIA MEDIA ANUAL
Buenos Aires.....865,6
milímetros.
Bahía Blanca.....489,0
milímetros.
Usuhaia.....511,6
milímetros.
San Juan del Salvamento.....2905,6
milímetros.

En cuanto a la presión barométrica, he aquí los cuadros correspondientes a los mismos cuatro puntos:

PRESIÓN ATMOSFÉRICA MEDIA ANUAL

	Media	Máxima	Mínima
Buenos Aires.....	760,	1978000	74200
Bahía Blanca.....	7590	278200	73000
Usuhaia.....	740	9477110	70832
San Juan del Salvamento.....	749	44772,	1571420

Estoy lejos de aconsejar que se tome a San Juan del Salvamento como lugar de veraneo, mientras no se concluya el enorme trabajo meteorológico a que está entregada la isla. Sus condiciones climatéricas tienden a modificarse, y sólo será cuestión de unos cuantos siglos para encontrarlas más benignas y agradables. Entonces podrán pasarse allí los días de la canícula, sin tener que encerrarse en las habitaciones por las rachas y la lluvia.

Las rachas, sobre todo, que son tan incómodas, y hasta malignas, cuando bajan como el rayo de los altos barrancos, y corriendo vertiginosas por la superficie del mar levantan densas polvaredas de agua, que se alzan a veces como columnas salomónicas, girando sobre si mismas, cuando se encuentran dos vientos opuestos.

No puede concebirse la instantaneidad y la fuerza de esas rachas, que a menudo golpean contra los edificios, los árboles o las rocas, como si fueran un cuerpo sólido, como

Librodot

si les dieran un empujón, y que harían volar techos y construcciones, si desde un principio no se hubiese tenido en cuenta su violencia. Doblan los árboles, contribuyen al despeñamiento de las rocas que se desprenden, y arrebatan cuanto opone a su paso una resistencia susceptible de ser vencida.

El suelo húmedo y caliente de la isla, en que las materias orgánicas están en continua descomposición, el aire húmedo y frío, producen las densas nieblas que casi de continuo lo envuelven todo. De esas nieblas puede darse cuenta el lector recordando la densísima que se observó este año en Buenos Aires, y que dificultó el tránsito en las calles. Son, como las de Londres, espesas y tenaces, y tienen pronunciado olor a turba.

Las nubes bajan casi hasta el nivel del mar, y flotan en la cumbre de colinas poco elevadas. Las que traen el granizo, negras y pesadas, avanzan lentas como un toldo colosal que fuera a ocultar para siempre la luz del sol; las de lluvia son más ligeras, más tenues, pasan con vuelo rápido, y se asoman al océano para volver atrás, como atraídas por irresistible fuerza hacia los picos de la isla.

Cosa extraña: sólo muy de tarde en tarde -tanto que muchos podrían negar la existencia del fenómeno-, suelen oírse truenos en la Isla de los Estados. No se ven tampoco relámpagos, y parecería que la electricidad no funcionara allí. Por el contrario, debe estar en perpetua actividad, descargándose a medida que se acumula, lo que explicaría la ausencia de grandes manifestaciones. La tierra y las nubes, en continuo, contacto, neutralizarán probablemente su fluido en todo momento, sin dar lugar a la formación de chispas apreciables y, por consiguiente, de relámpagos y truenos.

Sea como sea, el hecho de que el rayo se observe sólo como una extraordinaria excepción, es indiscutible, puesto que lo atestiguan hasta los más viejos habitantes de la isla.

En cuanto a auroras australes, sólo he recogido una vaga referencia del contramaestre Morgan, quien me dice que se ven allí, efectivamente, pero no en la forma que en el hemisferio boreal; la luz, según él, afecta la forma de lágrimas que salpican el cielo obscuro. Para apreciar mejor este fenómeno, habrá sin duda que descender más hacia el sur. Sin embargo, no hay que poner en duda su existencia, a juzgar por lo que afirma uno de los más reputados astrónomos franceses:

«Hay auroras boreales que se extienden sobre un espacio inmenso. La de 3 de febrero de 1859, fue visible desde Nueva York hasta Siberia y a ambos lados de la tierra, tanto en el otro como en nuestro hemisferio -¡en el Cabo de Buena Esperanza, en Australia, en el Salvador, en Filadelfia, en Edimburgo! Entonces se comprobó por primera vez de visu, la teoría de que las auroras boreales y australes se producen al propio tiempo en ambos hemisferios, bajo la influencia de la misma corriente. Los extremos del globo están en relación íntima entre sí, por medio del fluido que circula incesantemente en los aires y en el suelo. En ciertos momentos solemnes, la intensidad del magnetismo aumenta, y parece reanimar la vida del planeta.»

Yo no las he visto, pues no se presentaron durante mi permanencia en la isla, y lo siento, pues deben ofrecer uno de los espectáculos más sugestivos y curiosos para los que, como los habitantes de las márgenes del Plata, están privados de esos esplendores de la Naturaleza...

A propósito de un fenómeno curioso, recuerdo otro que vieron Américo Vespucio en 1501 y Sarmiento en 1580: un arco Iris blanco en el trópico de Capricornio, de noche, en contraposición a la luna que iba a ponerse. Este fenómeno se ha colocado entre los

Librodot

anthelios, pero el que me fue dado observar a mí no ha sido descripto aún, si no me equivoco.

Trátase de dos arco iris completos, unidos por una de sus bases, afectando la forma de una echada. Sorprendente espectáculo que me llamó fuertemente la atención y que dio ancho campo a las conjeturas. Lo vi sólo una vez, y no me fue posible cerciorarme de su causa, que no me explico sino suponiendo que el arco iris real -si así puede llamarse-, se reflejaba en una segunda cortina de vapores que formaba ángulo con aquella en que se descomponía la luz. Los colores de ambos arcos no estaban invertidos, como suele suceder en los concéntricos dobles o múltiples.

Puede tratarse también de la bifurcación de los rayos solares por la interposición de algún pico, roca o piedra; pero entonces los arcos estarían seguramente separados...

Los versados en meteorología lo decidirán.

Con estos elementos, las tormentas de la isla son imponentes y magníficas, aunque no las acompañen el rayo y el trueno con golpes de bombo, redobles de timbal y fragor de platillos. El mar azota las costas con violencia tal, que sus espumas llegan al camino del acantilado de Punta Laserre, a cuarenta metros del nivel ordinario de las aguas. Sopla el viento furioso. El cielo se obscurece. Las delgadas saetas de la lluvia caen como recién salidas del arco tendido. Ruedan los cantos. Los árboles agitan sus ramas como en desesperada defensa. Y sobre todo esto la voz del mar domina, ronca y formidable, y las olas acuden en loca carrera desde el confín del horizonte.

Ou sont-ils les marins
sombrés dans les nuits noires?
O flots, que vous savez de lugubres histories!
Flots profonds, redoutés des mères a genoux!
Vous vous les racontez en montant les marées,
Et c'est ce qui vous fait ces voix désespérées
Que vous avez le soir quand vous venez vers nows!

Otro espectáculo siempre admirable es el que ofrece una nevada, una de esas blancas nevadas que todo lo visten con traje de novia, y cuelgan de los árboles guirnaldas de azahares. Los copos comienzan a revolotear como leve plumazón arrebatada al nido por la brisa; luego se hacen más y más espesos, hasta ocultar el borroso panorama, y caen sin ruido, depositándose en los techos, en el suelo pedregoso, en las rocas negras, más lúgubres aún con el sudario que deja ver a intervalos sus miembros sombríos. De noche, la luna despejada suele brillar sobre la superficie niveladora de la nieve, y todo toma entonces colores pálidos del clorosis, y la robusta vegetación, las piedras colosales, parecen anémicas que aguardan una lenta muerte por desfallecimiento... La alegría de la nieve es mortal tristeza para los que nacimos donde el sol de invierno calienta y reconforta bajo el cielo azul.

El clima tiene sobre el paisaje mayor influencia que la de favorecer la vegetación y pasear por los agrestes panoramas sus legiones de nubes.

Él ha contribuido, en efecto, a quebrar y tallar la roca, entregándose a una verdadera orgía de arquitectura. El agua, al congelarse, hace estallar las piedras pequeñas, y separa, disgrega las mayores con esfuerzo irresistible. El suelo se encuentra, pues, sembrado de fragmentos, junto a los cuales se yerguen inmensos bloques aislados, de las más variadas formas. Darwin ha estudiado este fenómeno bajo otro aspecto:

Librodot

«He observado con frecuencia en Tierra del Fuego y en los Andes -dice-, que allí donde la roca se cubre de nieve durante gran parte del año, está resquebrajada de un modo extraordinario en gran número de pequeños fragmentos angulares. Scoresby ha observado el mismo hecho en Spitzberg. Paréceme difícil explicarlo; en efecto, la parte de la montaña protegida por un manto de nieve debe estar menos expuesta que cualquier otra a grandes y frecuentes cambios de temperatura. He pensado a veces que la tierra y los fragmentos de piedra que se encuentran en la superficie, desaparecen quizá menos rápidamente bajo la acción de nieve que se funde poco a poco y se infiltra en el suelo, que bajo la acción de la lluvia, y que, por consiguiente, la apariencia de una desintegración más rápida de las rocas bajo la nieve es absolutamente engañosa. Cualquiera que pueda ser la causa de esto, encuéntrase gran cantidad de piedra triturada en la Cordillera. A veces, en primavera, enormes masas de detritus resbalan a lo largo de las montañas, y cubriendo de nieve las que se hallan en los valles, formando así verdaderos ventisqueros naturales. Hemos pasado sobre uno de esos ventisqueros, situado mucho más bajo que el nivel de las nieves perpetuas.»

Este trabajo contribuye sin duda, no sólo a aumentar lo pintoresco de aquellas regiones, sino también -cosa más útil- a rellenar las infinitas cortaduras que dibujan las costas como un encaje, haciéndolas de enorme extensión, relativamente a la escasa superficie de la isla.

Labor de los siglos que tienden siempre a nivelarlo todo.

Pero por más inconvenientes que tenga el clima de la isla, tanto es el poder de la uniformidad de su temperatura, que -andando sin cesar en la humedad- en todo el mes de mi permanencia allí no tuve un solo resfrío; en cambio, apenas llegué a Buenos Aires, la influenza tuvo a bien hacerme una visita larga y enojosa, que me hizo echar de menos las nieblas y las lluvias de San Juan del Salvamento.

-¿Y? -se preguntará- aunque así sea. ¿para qué diablos puede servir ese peñón, tan azotado por los elementos que las bondades discutibles de su temperatura no disminuyen sus desventajas?

Sirve, primero, para presidio, a lo que está dedicado, pero sin la amplitud de programa que podría tener; para estación de pesquería, que tendría mucha importancia si el privilegio exclusivo de la pesca no estuviera en manos de la sucesión Piedrabuena; para depósito de carbón, en mejores condiciones que Lapataia; para la producción de leña, carbón vegetal, postes y madera de construcción, que sus bosques ofrecen con abundancia; para establecer aserraderos y carpinterías de ribera, que podrían poner en actividad los mismos presidiarios; para un comercio bastante desarrollado, en fin, con los barcos que ahora pasan al largo, por la falta de buenos faros, y porque la isla apenas puede procurarles agua, y de ningún modo refrescar sus víveres.

No hay duda, pues, de que la isla tendrá su importancia en el futuro, dada la situación en que se encuentra; en la actualidad -fuerza es decirlo- esa importancia es muy relativa.

- XXXVIII -

Librodot

Puerto Cook

La lluvia y el viento nos hicieron retardar varios días una proyectada expedición a Puerto Cook; muchas veces, a punto de embarcarnos, el tiempo que prometía ser bonancible varió de pronto, agitando el mar y haciendo inútiles nuestros preparativos: salir en bote en esas condiciones y sin urgencia, era una indisculpable locura. Por fin, cierta mañana, aprovechando una calma, partimos de San Juan.

No se espere hallar aquí el relato de múltiples y peligrosas peripecias: no las hubo. Apenas las incomodidades que nunca faltan en una excursión cualquiera, y nada más.

Formábamos la comitiva: el alférez Lezica, nuestro jefe en la emergencia; el doctor Pinchetti, contentísimo ante la perspectiva de varios días de caza; el contramaestre Morgan, como práctico de aquellos mares y aquellas costas; yo, en mi calidad de periodista viajero que quiere y debe verlo todo; cinco de los mejores marineros de la Subprefectura, hechos al reino, incapaces de fatiga; otro para servir de relevo en caso necesario, y un par de perros fueguinos. Dos marineros más habían salido a pie el día anterior, y debían hallarse ya en Cook.

El subprefecto enviaba a sus comisionados para que le informaran acerca de las condiciones de aquel paraje, que según se afirmaba eran muy superiores a las escasísimas que reúne San Juan del Salvamento en cuanto a habitabilidad. Se me permitió agregarme a ellos, como repórter sin función oficial.

Llevábamos pocos víveres, sólo los estrictamente necesarios: un capón sin las «achuras», algo de arroz, café, azúcar, una bolsa de galleta, un poco de vino, una botella de caña... Nuestro cargamento se completaba con los fusiles para cazar, mantas y quillangos para abrigarnos, mi máquina fotográfica...

-En la casilla de Eyroa hay de todo: platos, tazas, camas, conservas, cuanto se necesita...

Confiados en eso, no quisimos aumentar la impedimenta, que así y todo empachó bastante el bote.

La mar larga dificultó mucho nuestra marcha apenas salimos de la bahía, tanto más, cuanto que la calma hacía inútil la vela que, hasta con brisas suaves, presta alas al bote «negro», embarcación que en San Juan es como el «petizo de los mandaos» en las estancias, y anda eternamente de aquí para allá. Pero navegar a remo no era inconveniente de mayor cuantía, pues el trayecto hasta Cook es de pocas millas por mar, y de menos aún por tierra: unas dos horas de retraso, cuando mucho, con la marea a favor, como llevábamos.

Nos hicimos bastante al norte para evitarlos remolinos del cabo Fourneaux, donde -como ya he dicho- las aguas se agitan y hierven hasta cuando el océano parece un inmenso lago. Desde lejos veíamos la cresta de las olas que iban a estrellarse contra las rocas negras de su base, y la espiral del tide-rip giraba aún a pocos cables de nosotros.

Luego, variando el rumbo, tomamos hacia el oeste, poniendo la proa en dirección a las islas de Año Nuevo, que sobresalían de la ondulada superficie del mar, como grandes olas inmóviles, verdes también, pero más claras.

En el segundo tercio del viaje comenzó a levantarse un poco de viento, pero soplaba arrachado, y no era posible izar la vela sin correr el riesgo de que el bote se nos pusiera de

Librodot

sombrero, a pesar de su estabilidad, grande en relación a sus dimensiones. Continuamos, pues, a remo, y los valientes marineros se encorvaban y enderezaban con movimientos rítmicos sobre ellos, sin prisa, ganando terreno a cada impulso, mientras Morgan gobernaba evitando el golpe de las olas que en series de a dos, de a tres levantaban y hundían sucesivamente la embarcación, ya ensanchando hasta lo inmenso nuestro campo visual, ya reduciéndolo a unos cuantos metros de radio, según nos alzábamos sobre la onda sin rompiente o bajábamos a la concavidad profunda y verde que dejaban detrás.

-¡No pierdan bogada, muchachos!

-¡Cuidado a babor! ¡No ahoguen el remo!

Mecidos por la ondulación -no muy suave, sin embargo- los pasajeros de popa, Lezica, Pinchetti y yo, conversábamos tranquilamente, interrogando a menudo al contramaestre Morgan, que se mantenía en cuclillas junto a la caña del timón, postura incómoda que no sé por qué adoptan casi todos los timoneles; sin duda para manejar la caña desde arriba y con más fuerza. Llevábamos el fusil al alcance de la mano, prontos a hacer fuego apenas se nos presentara un tiro conveniente.

Pinchetti sobre todo, entusiasta devoto de San Huberto. -Pero no gastamos pólvora; aunque con la mayor sangre fría fueran a desafiarnos gaviotas, palomas y otros avechuchos, que tuvieron a honor ponerse bien a nuestro alcance, los fusiles no funcionaron.

-¡Oh! ¡Si tuviera cartuchos para mi escopeta! -exclamaba el doctor Pinchetti.

¡Pues, sin duda alguna! Con munición patera hubiéramos dejado el tendal de pajarracos; pero las balas eran impotentes para detenerlos en los caprichosos círculos que trazaban sobre nuestra cabeza, o al darse pediluvios en las olas altas, o al volar en línea recta cual si fueran a posarse en el cañón de los fusiles. El bote, tomado de proa por la marejada y felizmente empujado por la marea, nos columpiaba sin descanso, y todavía no se han hecho ejercicios de tiro en columpio.

-¡Fuego, doctor, fuego!

Un magnífico albatros pasaba a diez metros, frente a Pinchetti, pero al mismo tiempo descendíamos con rapidez tal que nos pareció que el mar faltaba bajo la quilla. Con ademán instintivo el doctor apuntó, pero inmediatamente bajó el arma, sonriendo de su propia precipitación. En cuanto mí, no pude dominarme, e hice fuego sobre un carancho que fue a observarnos con demasiada curiosidad. Pero el ave no se dio por aludida, y continuó examinándonos como si tal cosa...

-Guardemos las balas hasta desembarcar.

-Es lo más prudente.

Y descorazonados, desarmamos los fusiles poniéndolos a nuestras espaldas, sobre el banco, y lo sustituirnos con la pipa bien cargada de tabaco negro. Agotada la provisión de tabaco fumable que lleváramos de Buenos Aires, el de cuerda, húmedo de pichúa, comenzaba a parecernos excelente, sobre todo cuando lo picaba en hebras delgadas como cabellos un marinero portugués del faro, toda una notabilidad en la materia. Pero en cualquier centro medianamente civilizado, el tabaco en cuestión sólo se utilizaría para ahuyentar importunos y matar mosquitos.

Gracias a los buenos puños y a la mejor voluntad de los remeros, pronto estuvimos a la altura del escollo que se encuentra al este de la entrada de Puerto Cook -donde ha tropezado algún buque de nuestra escuadra-, cuya rompiente se veía desde lejos como una mancha blanquecina e incierta en medio de los médanos verde-obscuros del mar.

Librodot

Lo doblamos sin inconveniente, mirándolo aparecer y desaparecer al capricho de la marejada, y poco después poníamos proa al puerto, izando la vela para aprovechar un soplo favorable.

-Esto es como un paseo en el Tigre, doctor.

-Algo más agitado quizá.

Dejamos a nuestra izquierda el islote de base redonda que en la entrada semeja una torre puesta allí para custodiar el puerto, y comenzamos a navegar en aguas cada vez más tranquilas, muy transparentes, aclaradas por el sol y en cuya superficie hormigueaban las aves. Entre las yerbas y las piedras de la costa, aquí y allí resaltaba el puntito blanco de las avutardas.

El puerto es abrigadísimo, muy amplio y de lo más pintoresco que pueda verse en toda la isla. Bove lo reputaba el más seguro de todos. Las irregulares alturas que lo rodean no favorecen tanto como las de San Juan la formación de las rachas, dejan pasar más luz, no estrechan los horizontes hasta la opresión, y sus playitas de arena o de cantos rodados, sus costas riscosas, sus barrancos a pico, sus colinas y sus montañas cubiertas de árboles, sus saltos de agua, son eficaces elementos de su panorama. No hay duda, no: más plácido, más risueño que San Juan, presenta aspectos variados, menos violentos, menos diabólicos que aquel pozo abierto como una enorme herida de bordes ásperos y desagradables de cicatriz reciente.

Íbamos avanzando lentamente por sus aguas. La vela, apenas de tiempo en tiempo hinchada por una ráfaga, pendía luego lánguida, mustia, gualdrapeando como por fórmula, pronta áquedarse inmóvil, petrificada a lo largo del mástil. Hubo, pues, que volver al remo para ganar el fondo de Cook. A lo lejos pasaban haciendo espuma los patos a vapor, y algunas focas emergían del agua para sumergirse enseguida, como negras ondinas de aquel lago.

Media hora después desembarcábamos en una playa de cantos rodados, enjabonada por el cachiyuyo en descomposición, sembrada de agua-vivas que dejó en seco la bajante y que, entre las piedras, parecían pedazos de cristal; algunos tenían en el interior flores curiosamente coloreadas.

En la línea de la playa comenzaba el matorral de altas yerbas, gramíneas, tussac, apio silvestre, dominado un poco más arriba por arbustos -calafates, magnolias, que las hayas dominaban a su vez. No se veía senda alguna, y la vegetación parecía cerrarnos el paso.

Al desembarcar tuvimos que meternos en el agua hasta media pierna, aunque los marineros hubieran varado el bote, arrastrándolo muchos metros.

La playa es baja, y desciende con suave declive. Uno de los marineros se ofreció a llevarnos sobre los hombros, a babucha, pero por mi parte renuncié: un desembarco por el estilo en Santa Cruz, había costado un baño a mi portador y en poco estuvo que también yo me zabullera en la onda amarga.

Morgan se quedó con dos hombres para hacer un arganeo dejar el bote bien seguro; los demás excursionistas tomamos nuestros trabajos personales, mantas y fusiles, y parte de las provisiones comunes, y echamos a andar cuesta arriba, entre la yerba, que nos empapó los pies en un instante.

-¿Y la famosa casilla de Eyroa? -pregunté al alférez Lezica. -¿Dónde está?

-Allá, a la derecha, sobre Vancouver. Desde aquí no se alcanza a ver.

-¿Está muy lejos?

-No. A unos cuantos centenares de metros. No sé a punto fijo...

Librodot

Todos anduvimos a la par durante un rato: pero el doctor Pinchetti y yo, embarazados con nuestra carga, complicada para mí con la máquina fotográfica que me golpeaba empecinadamente las espaldas, como avisándome de que sus últimos negativos no iban a servir -nos rezagamos muy pronto, echando pestes contra el turbal en que se hundían los pies, y contra la presión atmosférica que hacía trabajar sin descanso los pulmones.

-No me parece que concluyéramos pronto si se nos encargara a ambos una exploración de toda la isla...

-¡Oh! seguramente...

-Sin contar con el perpetuo baño... ¡Mire usted, ya comienza a llover!...

A derecha e izquierda levantábanse dos macizos de montanas, separados por el llano, de quinientos a ochocientos metros de ancho -que desde ambas orillas, Vancouver y Cook, va elevándose poco a poco, para formar en el centro una especie de espinazo más alto que el resto del istmo. A primera vista parece que aquella estrecha faja de tierra se ha formado con el acarreo del mar y los derrumbamientos de las montañas que lentamente han cegado un canal antiguo; contribuye a fundar esta opinión, el hecho de que la playa norte del istmo sea de cantos rodados, mientras la sur, sobre Vancouver, es de arena fina, y también el que no se vean rocas desde la una a la otra orilla.

Encontramos algunas vigas empotradas paralelamente en la turba, como carriles, y que sin duda han servido para transportar embarcaciones de un puerto a otro.

-¡Corpo! Esto fatiga bastante.

-¡Y tanto!

-Sin embargo, no hemos caminado ni cien metros...

-Sigamos un poco, doctor. Por aquí hemos de encontrar algún punto que nos muestre al mismo tiempo las aguas de Cook y de Vancouver.

-Es muy posible.

-¡Oh, es seguro! Entonces... ¡a descansar! y en celebración del acontecimiento echaremos un taco.

-¿Cómo dice usted?

-Digo que, como me han hecho, depositario de la botella de licor, me parece justo que cobremos la comisión por adelantado.

La charla festiva ocultaba mal nuestro cansancio, pero cubiertos de sudor, y jadeantes, seguimos andando bajo la lluviecita pertinaz y maligna. No me había engañado: cerca de allí, en lo más alto del lomo del istmo, nos fue dado ver las aguas especulares de ambos puertos, que un caprichoso rayo del sol, alto aún, doró un instante con fugitivo resplandor. Nos sentamos a descansar sobre la yerba, que manaba agua. Un beso a la botella; un cigarrillo; luego un poco de contemplación silenciosa.

Habríamos andado unos trescientos metros para llegar hasta allí.

Desde nuestros asientos veíamos allá abajo, a la derecha, una casilla de hierro galvanizado, delante de la cual, y de una hoguera recién encendida con leña húmeda, se levantaban espirales de humo denso, que subía lentamente a mezclarse con las nubes. Algunos de nuestros marineros iban y venían haciendo los preparativos de la instalación bajo las órdenes del alférez Lezica. Había que reunirse a ellos, so pena de pasar por poco activos, si no por algo peor.

Nos levantamos, dando un suspiro, y comenzamos a bajar; hicimos las de Blondin y pasamos las de Caín, atravesando sobre un tronco ensebado el arroyo de aguas amarillas que corre junto a la casa; pero después de eso tuvo término feliz nuestra odisea.

Librodot

-¡Hola!, ¡ya están aquí! -exclamó al vernos el alférez, no sin cierta ironía. -Creí que se quedaran ayudando a Morgan...

-¡Mire que es malo, alférez!

Entramos en la casa, que se compone de dos departamentos, a saber:

una pieza cuadrada y una cocinita adyacente. Está construida con chapas de hierro galvanizado, y forrada por dentro de madera, menos el techo; una puerta da luz al interior, otra más pequeña se abre sobre la cocina.

Su mueblaje se limita a unas cuantas camas portátiles, casi completamente desvencijadas, un banco largo de madera, varios tablones, en el techo los remos de dos embarcaciones, y junta a las paredes, y esparcidas por el piso, negras bolsas de sal, húmedas como si hubieran estado a la intemperie. En la pared del fondo, frente a la puerta, un tablero contenía, en castellano, francés, e inglés, la siguiente hospitalaria inscripción:

AVISO
SE RUEGA A LOS SEÑORES NÁUFRAGOS
U OTROS QUE USEN ESTA CASA, LA
CUIDEN Y GASTEN SÓLO LOS VÍVERES
NECESARIOS PARA SU SUSTENTO.
Buenos Aires, 1.º enero de 1896.

Antes la inscripción estaba perfectamente justificada por la existencia de víveres, y hablaba muy alto en pro de los sentimientos humanitarios de los dueños de la casilla, que así la ponían, con sus enseres y bastimentos, a disposición de náufragos y visitantes; pero en aquellos días no había provisiones que malgastar, y el letrero era simple recuerdo de tiempos mejores.

-En la casilla de Eyroa hay de todo: platos, tazas, camas, conservas, cuanto se necesita...

Salvo las camas, en muy mal estado, la sal, y una provisión de balas de winchester, pocos comestibles a decir verdad, nada de aquello había, ni tazas, ni platos, ni mucho menos conservas. Los loberos y otros merodeadores que han pasado por allí dejando las huellas de Atila, han quitado a los propietarios las ganas de renovar provisiones y vajillas, como lo demuestra otra inscripción grabada en el zinc con un clavo o un cuchillo y que comienza diciendo: «¡Ojo! Esta casa fue saqueada y robada»... No copio la acusación íntegra, pues bien pudo el que la hizo equivocarse al señalar a los presuntos tutores del saqueo.

-¿Lo extraña a usted, doctor? Pues lo extraordinario es no se hayan llevado también la casa, o se hayan calentado con ella, como han hecho los loberos con los que dejó la Romanche...

Sin embargo, cosas así han de respetarse, porque son respetables, y cada individuo que visita la casilla y se apropia lo que contiene, debería ponerse en lugar de los náufragos que pueden un día llegar a ella buscando socorro, y encontrar frustrada su última esperanza...

Cerca de allí, fuera del alcance de las olas de Vancouver, estaban, con la quilla al aire, los dos botes de la pesquería. Porque debo advertir que de una pesquería se trata, y que la cantidad de sal de que antes he hablado no está allí inútilmente: es para la conservación de los cueros de foca que se cosechan al sur de la isla, y que sólo pueden beneficiar legalmente los herederos del comandante Piedrabuena, representados por el comandante Eyroa.

Librodot

Vancouver no merece el nombre de puerto sino muy a la entrada, pues el resto está sembrado de restingas y escollos que pondrían en grave peligro a cualquier embarcación mediana que se aventurara entre ellos. En el fondo, junto a la casilla, forma un arco regular, bastante cerrado, que traza una playa de arena fina, amarillenta; una roca situada a corta distancia de la costa, y cuya base se ve sobre la arena del fondo, tan cristalinas son las aguas, sirve de pedestal a algún carancho que, en actitud académica, descansa o digiere. La vegetación crece al abrigo del viento, a ambos lados, y avanza sobre el mar, como para mirarse en él.

Rocas desnudas y caprichosas se levantan un poco más lejos, y un promontorio, con aire de castillo, domina a la derecha la entrada de una caleta, determinando al propio tiempo el final del arco. Enfrente, una línea recta de restingas se corona de espuma. Allá, más lejos, al sur, una raya obscura separa el cielo del océano ya sin límites hasta las tierras polares.

Entre Cook y Vancouver el istmo mide mucho menos de lo que generalmente se cree y de lo que indican todos los mapas de la isla. Una cuidadosa mensura hecha al día siguiente en nuestra presencia por el contramaestre Morgan, dio por resultado exacto 555 metros entre el nivel de las altas mareas.

La estrecha faja está, del uno al otro extremo, cubierta por una capa de turba, cuyo espesor varía entre 1,45 y 2,85 metros. Sobre ella crece abundante yerba, que daría alimento a buen número de animales.

En la falda de los cerros que limitan el istmo al este y al oeste, los fagus alzan su copa desmelenada, o abren calle a los chorrillos que bajan saltando, para correr luego hacia el mar. Esos árboles son en general más desarrollados que los que crecen en las cercanías de San Juan del Salvamento, sobre todo los que forman los bosquecillos del sudoeste. Y a propósito del fagus, observé en el centro del istmo un particularidad bastante curiosa: allí los vientos corren a su antojo y sin obstáculo, de sur a norte y de norte a sur, adquiriendo gran velocidad y, por consiguiente, fuerza; algunas semillas de fagus han germinado, sin embargo, y las plantas han comenzado a desarrollarse, plegándose al viento para no morir; luego fueron creciendo poco a poco, cuidándose de no estorbar, adaptándose al medio en que nacieron; y hoy por fin se presentan perfectamente horizontales, al ras del suelo, extendiendo sus ramas y su follaje verde, como una alfombra, convertidos en una nueva planta rastrera, de grueso tronco y leñosas guías...

Mientras hacíamos este ligero examen de la localidad, los preparativos de instalación quedaron terminados: se había barrido con escobas de yerbas, sacudido las destripadas camas sin más colchón que el elástico, y ensanchado un poco el espacio libre apilando las bolsas de sal esparcidas por el suelo. No hacía falta más, o mejor dicho, nuestra escasa exigencia accidental se contentaba con aquello.

-¿Hay buenos hoteles en la Isla de los Estados? -preguntome una persona hace pocos días.

-¡Ah! Si viera usted el de Cook, donde en el mismo balde se hacía el puchero y el café...

La hoguera cuyo humo habíamos visto desde la lomita, no estaba tampoco desocupada. Un costillar y una paleta de capón, ensartados en un asador de haya, se doraban lentamente junto a ella, dejando caer gotas doradas de jugo, que chirriaban sobre la brasa. Un marinero, con la gravedad de un mago, bendecía el asado con un hisopo empapado en salmuera.

Librodot

Los demás, en círculo alrededor, envueltos en nubes acres, seguían atentos la ceremonia. La carne se estiraba, se esponjaba, y la película color caramelo que iba cubriéndola, resquebrajábase a veces, con ligero estallido, como para dejar ver el interior, blanco y apetitoso, y dar salida al suculento caldo. La envoltura del riñón parecía de oro, y reflejaba el claro llamear de la hoguera... ¿Qué es vulgar un asado al asador? ¡Oh! En Cook es un espectáculo incomparable, lleno de interés y de emoción; y, mucho más cerca, en la campaña, no hay paisano que no siga con profunda atención sus diversas escenas, desde que se ensarta el trozo de carne hasta que se clava el asador en medio de la cocina, poniéndolo a disposición de los cuchillos.

Pero no asistimos a todo el desarrollo de la operación, porque la lluvia comenzó a apretar, y nos pareció conveniente refugiarnos en la casa, obscura ya como si hiciera noche.

-¿Con qué comeremos? -preguntó el doctor Pinchetti, no avezado todavía a las modas de donde no puede haberlas.

-Pues, con el cuchillo y los dedos...

-Pero ¿en qué se pondrá el asado, si no hay platos?

-Lo tendremos en la mano...

No era necesario tal extremo: el banco largo, previamente raspado con los cuchillos, quedó listo para servir de mesa, fuente y plato al propio tiempo, y sobre él comimos la sabrosa carne, que no tardó en llegar, cubierta de dorada y crujiente cáscara. El café se hizo en el balde de achicar el bote, y fue servido en un plato hondo de lata cubierto de herrumbre, dos jarros que habían llevado marineros previsores, y las dos mitades de un envase de queso de bola.

Como no había sido posible colarlo, lo sorbimos por medio, de unas pajitas, utensilio de la invención de Morgan. Tomado el café, los cacharros pasaban a la segunda serie de comensales. Una vela de estearina alumbraba la escena con reflejos a la Rembrandt, y violentas sombras móviles por las ráfagas, que se paseaban sobre el revestimiento de madera de las paredes y parecían vivir con vida fantástica entre las negras pilas de bolsas, o pegadas al techo en que redoblaba el viento y resbalando por él. Tratamos de encender fuego en una estufa de hierro, pero tuvimos que renunciar, pese al intenso frío, porque el humo, rechazado por el viento, volvía a la habitación y amenazaba asfixiarnos. Sacados los manteles..., o con más realismo, terminada la comida, nos arreglamos lo mejor posible para pasar la noche, tinos en las camas, otros sobre los tablones, aislados así de la humedad del suelo y de las bolsas de sal; Morgan, que tuvo el acierto de llevar su coy, durmió colgado de los tirantes encima de nuestras cabezas. ¡Qué noche, y cómo bendije al inventor del quillango, que -mejor que el recado del gaucho- sirve de abrigo y de colchón cuando se duerme, como sirve de capa y water proof cuando se viaja!

Picante estuvo el frío; sin embargo, y quizá por lo mismo, no madrugamos mucho, pero pronto se recuperó el tiempo perdido; hirvió el agua en el balde, el café llenó la habitación con sus vapores perfumados, salieron a relucir el plato, los jarros, las tapas pintadas de rojo del queso, y las pajitas auxiliares... Nos desayunamos alegremente, después de haber hecho nuestras abluciones a la orilla del mar, y luego cada cual se fue a donde mejor le plugo, unos a cazar, otros a buscar mariscos, otros a holgazanear un rato por los alrededores.

Recorrí lentamente las playas de Vancouver, deteniéndome de vez en cuando para admirar el silencio y la calina de aquella mañana excepcional, la soledad absoluta, el reposo mudo y como reconcentrado de la naturaleza.

Librodot

Nunca he tenido mejor la sensación del desierto, ni aun en medio de la pampa, donde sin embargo se abarcan inmensas extensiones solitarias, en que ninguna aspereza del terreno puede ocultar a la vista un rancho, una persona, un potro alzado. Detrás de aquellas rocas, entre aquellos árboles, bajo aquellas malezas, podía haber hombres, quizá mis propios compañeros, que andaban cerca, a un paso, al alcance de mi voz; y sin embargo, parecíame estar solo, aislado del mundo, en un lugar extraño que no perteneciera a nada, que no tuviera relación con riada. Probablemente las rígidas e imponentes líneas de algunas partes del paisaje sugestionaban mi imaginación con ideas de desamparo y desconsuelo...

PUERTO COOK

Volví hacia el norte, después de haber recogido algunos ejemplares de esponjas que la marea había arrojado a la orilla y que todavía huelen a yodo, como también musgos, líquenes y huesos de foca, especialmente uno muy curioso, que sólo tienen los machos, y que los loberos suelen usar como boquilla.

Las esponjas que recogí no son bastante fuertes ni compactas, están llenas de piedrecitas y caracolitos, y no parecen completamente formadas; cierto es también que el mar no arranca sino las que están insuficientemente adheridas al fondo.

Las aves debían haberse pasado aviso de nuestra llegada; el día antes, en efecto, abundaban hasta lo increíble, pero ya pudimos notar un movimiento emigratorio muy acentuado, y a medida que avanzábamos, veíamos que -las avutardas especialmente- volaban hacia el norte, como para salir de Cook. El hecho es que en toda la mañana no sonó un tiro, aunque fuéramos cinco o seis los cazadores. Pero cuando, de vuelta en la casa, y sentado en una piedra, miraba a los marineros que preparaban el frugal almuerzo, la carrera de los perros, que salieron desalados, me llamó la atención. Pronto los oí, ya lejos, ladrar furiosamente, en son de ataque.

Los marineros se pusieron en pie de un salto.

-¿Qué es eso?

-¡Una nutria!, ¡una nutria!

Y tomando una pala y una carabina que cerca de ellos había, salieron a todo lo que les daban las piernas, en dirección a los perros, sin ocuparse del asado que podía arder y hacerse yesca sí tal era su gusto.

Estuve por quedarme a cuidarlo, vista la escasez de la carne, pero la curiosidad pudo más que la prudencia, y echó a correr tras ellos. Al propio tiempo, y como a un centro de atracción, corrían hacia el mismo punto y de varias direcciones los demás compañeros. - Sonó un tiro, el primero de aquella mañana. Cuando llegué, la nutria se había refugiado en un hoyo que encontró a punto para escapar de los perros, que seguían ladrando desaforadamente. El tiro lo había disparado el de la carabina, pero mal dirigido por no dañar la piel de la nutria ni herir a los canes, que debían haber dado y recibido dentelladas a juzgar por las señales. El de la pala descubrió en un instante al animalejo, que trató de escapar otra vez, pero que, sujeto por los perros, fue muerto a golpes en la cabeza. Palpitante todavía, comenzaron a desollarlo... Yo veía las contracciones de los músculos que se crispaban al contacto del cuchillo, y profundamente sublevado por el cruel espectáculo, me volví a la casa. Hace dos veces bien: además de no ver aquello, llegué a

tiempo de evitar una carbonización inminente de todo nuestro almuerzo, ya en parte chamuscado y que tuve que raspar para devolverle su prístino aspecto. Nada cómoda aquella cocina al aire libre: el humo acre e irritante de la leña mojada, el piso como un charco, la lluvia inevitable (un día conté en San Juan diez y seis chubascos de lluvia, granizo y nieve) me hicieron desear bien pronto que fueran a relevarme. Llegaron por fin, y, listo el asado «partibus factis», se almorzó con tanto apetito que el buen humor era silencioso.

Luego, mientras se hacía el café, cambiamos impresiones. El doctor Pinchetti encontraba que Cooker era muy superior a San Juan del Salvamento, desde el punto de vista sanitario. En efecto, aunque muy húmedo, el istmo lo es menos que el asiento actual de la Subprefectura, y tiene más sol, más luz, elementos, también necesarios a la vida.

-Hay que observar también -dijo otro- que desde que puede vigilarse mejor ambas costas o frentes de la isla, si ustedes quieren; porque el istmo tiene, como si dijéramos, salida a dos calles.

-Los animales -agregó un tercero- se mueren en San Juan por falta de espacio y... de qué comer. Aquí hay mucho y muy buen pasto, y el istmo forma un amplio corral natural que puede acabar de cerrarse con unos pocos metros de alambrado.

-No falta agua.

-Sobra leña.

-Los árboles son más corpulentos, mejores para hacer vigas y tablas, y hasta embarcaciones.

-Hay pesca más abundante, mucho calamar, por la tranquilidad de las aguas, y pululan las aves silvestres.

-Eso no -observó el doctor Pinchetti-. Apenas se estableciera gente aquí, las aves se retirarían. Ya lo estamos viendo... Hoy no se ha cazado nada.

-Bien, pero las rachas son menos frecuentes y violentas, porque el viento no choca contra tantas paredes.

-El puerto es también mucho más abrigado y seguro. Los transportes no tendrían que irse a dos o tres millas de la Subprefectura, como lo hacen en San Juan, dificultando enormemente la descarga...

Y mil otras observaciones, surgidas sobre el terreno, y por las cuales quedaba demostrado plenamente que el sitio más adecuado para instalar la Subprefectura y el presidio, era sin duda alguna Puerto Cook.

Se ha proyectado su mudanza, que debe hacerse, en efecto, como debe erigirse un faro de primera clase en la isla del este de Año Nuevo.

-¿No sería bueno pensar en el regreso?- pregunté.

-Sí -apoyó Morgan-; la carne que queda es poca, y no tenemos otras provisiones. Comiéndola asada, se consume mucha.

-Saldremos esta tarde -resolvió el alférez Lezica-. ¿No les parece?

Quedó determinada, pues, nuestra partida.

Un rato después cazamos otra nutria; nadaba en las aguas de Vancouver, cerca del islote, cuando la descubrimos: pronto alcanzó la playa y emprendió la fuga perseguida por los perros; un tiro certero lo agujereó el cráneo y cayó muerta a poca distancia de nosotros. La piel fue a unirse con la de su compañera. Más feliz que por la mañana, el doctor encontró algunas avutardas, con las que volvió lleno de justa satisfacción.

Librodot

-Tenemos mal viento -observó Morgan-. Si sigue soplando así, cuando llegue la hora de la marea favorable, el camino estará sembrado de tide-rips, y sería temeridad ponernos en viaje.

La marca comenzaba dos horas después. Me entretuve sacando algunas vistas fotográficas, que una mano tan indiscreta como mal inspirada había de inutilizarme después, abriendo la caja en que guardé las placas impresionadas... El aparato y las placas eran excelentes, como que procedían de la casa Lepage. El viento no cambió, y hubo que resolverse a comer en Cook.

-Quizá podamos salir esta noche -auguró el contramaestre, pero con aire dubitativo.

Hubo que renunciar al asado, por si se prolongaba la estadía, y se hizo puchero en el balde con el espinazo del capón y unos puñados de arroz por todo aderezo. La carne cocida tiene la enorme ventaja del caldo. El café se resintió bastante por algún resto de grasa.

Otra noche toledana, más fría que la anterior, afortunadamente, se pudo encender la estufa, y no tardamos en dormirnos, aunque ante nosotros se presentara la triste perspectiva de que bien podríamos tener que quedarnos varios días allí, emprender el regreso por tierra, cosa tan ardua, que uno de los marineros que acababa de hacer el trayecto, estaba derrengado, y había llegado a Cook a duras penas.

Pero a la mañana siguiente salimos, después del desayuno, y llevando cocido el resto de la carne, por lo que pudiera ocurrir.

El viento había cambiado, soplaba fresco del sur, y todo anunciaba una excelente navegación. La vela se hinchó, redondeándose y haciendo inclinar el bote sobre un costado, lo llevó como una flecha. Hervía el agua en la proa, y tras de nosotros dejábamos una brillante estela. La marcha era vertiginosa, y en un momento salimos de Cook. Media hora había bastado para recorrer cerca de cuatro millas con la pequeña embarcación.

Avanzamos algo hacia el norte y luego pusimos proa al este en demanda de San Juan. Pero el agradable viaje comenzó a cambiar de aspecto; en lugar del viento continuo que hasta entonces nos habla favorecido, soplaban repentinas rachas que obligaron a tomar rizos; luego fue preciso arriar la vela y apelar al remo.

-¡Corpo! - exclamaba el doctor Pinchetti.

Las rachas cada vez más frecuentes hacían danzar el bote, pero ayudado por la marea continuaba avanzando. Se resolvió variar de rumbo para ponernos al reparo de la alta costa, pues el viento y el mar nos tomaban de costado, haciéndonos embarcar un poco de agua. Así mejoró la situación y nos acercarnos al cabo Fourneaux, imponente en aquel momento.

VANCOUVER

Entonces fue cuando volví a oír los mugidos que me habían llamado la atención a mi llegada en el Villarino, pero mucho más fuertes; pasábamos frente a la roquería, y en la piedra plana descansaba un centenar de focas de un pelo. Una que otra erguía el torso dominando a sus compañeras, y mirando fijamente el bote.

-¡Lástima que el mar esté tan malo! -exclamó.

-¿Por qué? -preguntó Lezica.

-Porque nos hubiéramos acercado para fotografiar la roquería...

-Lo han hecho los del Bélgica, que obtuvieron una placa magnífica, según dicen.

-No me consuela mucho el dato.

Descargamos un tiro sobre la roquería.

Un indescriptible alboroto se produjo entre las focas, que se irguieron, miraron un instante a todos lados buscando sus enemigos, y luego comenzaron a precipitarse al mar. Pero viendo sin duda que el ataque no se repetía, la fuga cesó, a tiempo que una roca iba a ocultarnos.

Poco después doblamos sin dificultad el cabo Fourneaux, enorme peñón negro, escueto, que parece un torreón destacado del castillo feudal de la isla; el faro de punta Laserre se presentó entonces frente a nosotros.

-Ya estamos en casa, doctor.

-¡Oh!, ¡me alegro mucho!

Pero hicimos mal en cantar victoria tan pronto.

El viento sur, que primero nos empujó de popa y luego nos tomó por estribor, soplaba allí de proa, oponiendo un obstáculo invencible a nuestra marcha. Íbamos ya empapados por las salpicaduras de las olas, que no habían cesado de azotarnos en el trayecto, pero allí entraban en el bote las olas mismas, barriéndolo de proa a popa felizmente no con tanta fuerza que nos pusiera en peligro. Pronto estuvimos hechos sopa, inundados por el mar, calados por la lluvia. Y el viento del sur era frío, frío, y penetraba hasta la médula de los huesos, y nos transía, entumeciéndonos.

El doctor Pinchetti se había envuelto hasta la cabeza en un poncho de caballería, y no podía ver, porque el agua le empapaba los anteojos.

Lezica y yo mirábamos, cegados a cada momento por las salpicaduras.

El faro había anunciado nuestra llegada a la Subprefectura izando una señal.

-¡Cía a babor! ¡Boga a estribor! ¡Avante todos!

Pero el bote no avanzaba un metro, y yo confirmaba viendo la misma piedra del cabo durante minutos, largos como horas. No sé cuánto tiempo estuvimos así, sin adelantar ni retroceder, aunque los marineros hicieran esfuerzos que cubrían sus frentes de sudor.

Ya nadie hablaba; sólo Morgan, dando órdenes con voz breve. Estábamos materialmente transidos, envarados de frío.

Pero todo tiene fin, hasta los malos ratos, y venciendo la resistencia del viento y la marea, el bote avanzó, lentamente, como a despecho suyo, llegó a la altura del faro, pasó el canal, y se presentó a la vista de la Subprefectura, cuando ya se arriaba a otra embarcación para salir en su auxilio.

Nos costó trabajo trepar la escalera del muelle y la que conduce a las casas, donde se nos recibió con júbilo, porque nuestra tardanza comenzaba a inquietar. Un buen fuego nos aguardaba en las habitaciones respectivas, y con unas fricciones, ropa seca y un vaso de vino caliente, desapareció todo malestar... Menos el de un formidable apetito, que casi llegaba a ser hambre mayor de edad.

Un rato después estábamos reunidos alrededor de una mesa bastante bien provista para la circunstancia, y Demartini nos interrogaba interesado en las peripecias de la excursión.

-Ahora falta que me lleven al Pingüin Rockery -dije al terminar.

-¡Oh, con mucho gusto! -contestó el subprefecto.

Pero otra cosa estaba escrita.

Librodot

- XXXIX -
De regreso

Cuando menos lo esperábamos, apareció en San Juan el transporte lo de mayo. Creíamos que tardaría algunas semanas más, y su arribo causó a todos agradable sorpresa. Había acortado el viaje, tomando directamente de Gallegos a la Isla de los Estados para llevar víveres a la Subprefectura y el presidio; e hizo bien, pues los comestibles comenzaban a escasear y ya se había apelado a la carne salada para completar las raciones. Ancló en el fondo de la bala, donde acudimos todos a saludar a los recién venidos; yo regresé enseguida para arreglar mi equipaje, y aquella misma tarde me embarqué.

Demás está decir cuán efusivamente agradecí a Demartini y a los empleados de la Subprefectura y el faro las múltiples atenciones de que me hicieron objeto. El primero, sobre todo, había hecho lo posible para que mi estadía a la isla fuese agradable y útil, sin descuidar por eso sus quehaceres, que solían absorberlo de la mañana a la noche. Ambos objetos fueron cumplidamente llenados, pues conservaré gratísimos recuerdos de aquella extraña villeggiatura, y la reorganización del presidio era ya plausible hecho cuando emprendí viaje de vuelta.

No los dejé, sin pesar, tristemente convencido de lo poco que podría hacer por ellos, como también de que el destino condena a la Isla de los Estados a pasar abandonada muy largos años todavía... El olvido parece hecho para aquella tierra, en que trabajan, sin despertar el eco de un aplauso, hombres muy meritorios.

A la mañana siguiente partimos.

Por última vez vi las costas fantásticas de aquel peñón sombrío, cuyos perfiles tengo siempre presentes a mi vista, y me acerqué de nuevo a los maravillosos canales del Beagle. Pero no me detendré -aunque lo desearía- ante aquellas magnificencias. Urge dar término a este trabajo, ya demasiado largo.

La primer recalada de este viaje interminable -duró cuarenta y cinco días- fue en Bahía Aguirre, ya en Tierra del Fuego. En el trayecto había conocido a la oficialidad del transporte y a los pocos pasajeros que iban a bordo: el comandante Antonio Mathé, que ha hecho muchos viajes al sur, el segundo Wells, marino siempre risueño fuera de las horas de servicio; el teniente Padilla, que aunque mediterráneo -es cordobés- está en el agua como en su elemento; el doctor Rojo, médico accidental del 1.º de mayo, amabilísimo compañero, gimnasta, cazador, pescador, remero, excursionista, y tan dispuesto a prestar auxilio a los pacientes, que una noche se levantó a deshora para prescribir un medicamento a doctor Pastor y Montes, a quien lo desvelaba una muela...

Entre los pasajeros iban el ya nombrado doctor Pastor y Montes, juez letrado del Chubut, que recorría su jurisdicción -Santa Cruz y Tierra del Fuego-, inspeccionando los juzgados de paz, y su secretario, señor Sarmiento, a quien había conocido en Madryn, como uno de los afortunados catequizadores del doctor Brodrick. Pedile noticias acerca del interesante médico inglés, y supe que se había conquistado una gran clientela y la atendía sin descansar ni de día ni de noche.

Entre otras operaciones quirúrgicas practicadas con éxito, acababa de hacer la trepanación de un cráneo, auxiliado por su esposa, que demostró la más envidiable sangre fría.

Después de Bahía Aguirre nos detuvimos en Haberton, donde tuve oportunidad de conocer a mister Bridges, de quien he hablado ya tantas veces, y en el pequeño aserradero del señor Ravié, para cargar alguna madera.

En Usuhaia nos recibieron con mucho agasajo el secretario de la Gobernación, señor Mariano Muñoz, y el jefe de Policía, señor Ramón L.

Cortés.

Este último acababa de hacer una excursión al norte del territorio, y los indios lo hablan herido de un flechazo, de que aún se resentía. A mi pedido me relató los hechos de la siguiente manera:

«A mi llegada a Río Grande, de vuelta de la Misión Salesiana, a principios de febrero, tuve noticia de que una partida de indios estaba cometiendo robos y haciendo destrozos en la Primera Argentina, estancia de don José Menéndez. Por los datos que se me dieron, supuse que estos indios eran los mismos que incendiaron la comisaría de Río Grande y un puesto del señor Menéndez.

Hice entonces los preparativos necesarios para perseguirlos sin pérdida de momento, y salí por la noche, pues sólo en la obscuridad es posible acercarse a los indios.

Me acompañaban el comisario Atanasio Navarro, el mayordomo de la Segunda Argentina, don Alejandro Mac Lennan, que se había brindado para ello, el sargento Imperiale, dos gendarmes y dos indios onas.

Estos me habían dado aviso de la invasión y se comprometieron a servirnos de guía indicándonos los parajes por donde entraban los indios a sacar la hacienda, los puntos por donde probablemente saldrían, y sus mismos campamentos.

Llegamos al primer punto de observación a las cinco de la madrugada del 6 de febrero, y nos detuvimos a descansar.

Poco después, Mac Lennan, que observaba el campo con su anteojo, divisó hacia el nordeste un arreo de ovejas, dirigido por ocho o diez indios. Inmediatamente di orden para que adelantáramos en su misma dirección, ocultándonos tras una cerradilla que teníamos en frente. De ese modo evitaríamos que entrasen con la hacienda en un bosque cercano, donde sin duda alguna iban a la operación se hizo con felicidad; nos adelantamos a los indios sin ser sentidos y aguardamos la aproximación del arreo.

Cuando estuvo a unos 200 metros de nosotros, di orden de avanzar, y cuando aparecimos fue tanta la sorpresa de los indios, que ni siquiera trataron de defenderse: echaron a correr, abandonando algunos de ellos hasta los quillangos, y se precipitaron a todo escape hacia un bosquecito que se hallaba a cosa de dos mil metros.

Los perseguimos sin hacer un solo disparo, pero sólo pudimos alcanzar a dos de ellos, a causa del terreno, que no permitía galopar a los caballos.

Como el grupo de árboles era muy pequeño, lo hice rodear completamente y mandé a uno de los indios prisioneros a intimar a sus compañeros que se rindieran, y asegurarles que su vida no correría peligro.

El que hacía de cacique contestó que no he entregaban y que lo que querían era pelear y matar cristianos.

Por segunda y tercera vez hice repetir la orden, pero obteniendo siempre la misma respuesta.

Librodot

Entonces mandé que se hicieran algunos disparos al aire como señal de ataque. Los indios contestaron a esta salva disparándonos flechas con que hirieron al caballo del sargento. Sólo al ver esto, mandé que se hiciera fuego sobre los árboles, pues los indios no presentaban blanco alguno.

Hice repetir, sin embargo, la intimación, y esa vez salió a entregarse con su arco el indio más joven, un muchacho de catorce o quince años, quien declaró que los demás no querían hacerlo; en efecto, apenas nos acercábamos, llovían flechas sobre nosotros.

Otra descarga que hicimos hirió gravemente al cacique Shule, que murió poco después; atemorizados por esto y por mi amenaza de pasarlos a todos a cuchillo, los indios consintieron en entregarse.

Aquella primera jornada dio por resultado la muerte de Shule, la captura de seis indios de pelea con sus arcos y flechas y el rescate de 236 ovejas.

Volvimos al campamento para asegurar a los prisioneros, dar alimento y descanso a los hombres y animales, y preparar una nueva batida, atacando a los indios en su toldería general, de cuya situación tuvimos noticias por los presos.

La tribu, a la que estaba agregado el indio Felipe y los que le acompañaron a incendiar la comisaría y el puesto de Menéndez, y en diversos robos de hacienda, estaba instalada como a unos 30 kilómetros hacia el sur, en la falda del cerro Hersch, que teníamos a la vista.

Dispuse, pues, que saliéramos aquella misma noche en busca del paradero, guiados por uno de los indios prisioneros, y así lo hicimos. El indio se nos escapó cuando ya estábamos cerca; pero, sin embargo, a eso de las siete de la mañana sorprendimos la toldería en momentos en que los indios se preparaban a carnear uno de los bueyes robados a Menéndez. A tiempo llegamos, pues ya estaban levantados todos los toldos, y hechos los preparativos para mudar campamento; los indios que escaparon de la sorpresa del día anterior, habían dado indudablemente la voz de alarma.

En este segundo ataque no tuvimos necesidad de disparar un solo tiro, pues los indios huyeron al bosque, donde era imposible toda persecución.

Tomamos cuatro mujeres y dos criaturas, solamente.

Como habíamos, dejado los caballos a diez cuadras de allí y estábamos extenuados, resolví que se quemaran los objetos que se encontraron en el campamento: arcos, flechas, pedazos de alambre, sin duda del alambrado de Menéndez, que utilizan para cazar tucu-tucus -y emprendimos enseguida la marcha.

Una vez en el punto en que habíamos dejado los caballos, despaché a los gendarmes con las prisioneras y me quedó con Mac Lennau y el comisario Navarro, para seguir un poco más atrás. De improviso fuimos rudamente atacados por una partida de indios de flecha, que ocultándose en la espesura del bosque habían llegado a diez o quince metros de nosotros, que desgraciadamente no teníamos preparadas las armas ni sospechábamos el ataque. Con gritería infernal nos lanzaron una verdadera lluvia de flechas, hiriéndonos a Mac Lennau y a mí, a Mac Lennau en la espina dorsal y a mí en el lado izquierdo del cuello.

Probablemente los indios querían rescatar sus compañeras, que por una casualidad habían partido con los gendarmes y estaban ya fuera de su alcance.

Los atacantes huyeron en cuanto pudimos tomar las armas, heridos y todo, y nosotros nos pusimos penosamente en marcha para regresar a las poblaciones y ponernos en cura.»

Librodot

Las indias e indios presos, puestos a disposición del juez letrado, fueron embarcados con nosotros y el 1.º de mayo los condujo hasta el Chubut, donde se quedaron llorando y suplicándonos que los lleváramos.

En el transporte hicieron campamento sobre cubierta, junto al puente, en el sitio más abrigado, pues hasta él subía el calor de las máquinas y la cocina. Tendieron unas lonas que sujetaron con cuerdas, y pronto su carpa improvisada presentó el extraño aspecto de un wigwam fueguino a bordo de un barco de vapor. Allí vivieron largos días entreteniéndose en conversar entre sí, en fumar, en labrar puntas de vidrio para flechas, que luego regalaban a los oficiales y pasajeros. El comandante Mathé hizo desde el primer momento que se diesen un buen baño y que los cortaran las greñas, les dio algunas ropas, y de veras que no estaban mal y no eran antipáticos aquellos pobres indios que ya sin duda no volverán jamás a ver su Tierra del Fuego...

Saliendo de Usuhaia fuimos a cargar madera en Lapataia, donde fue a reunírsenos con la lanchita a vapor de la Gobernación, el señor Mariano Muñoz que debía trasladarse a Punta Arenas.

Los canales volvieron a presentársenos en espectáculos, extraordinarios de hermosura. Pero el trayecto por ellos fue interminable, pues había que fondear a cada paso. Las nieblas parecían haberse conjurado para no dejarnos avanzar, y todo lo obscurecían, todo lo borraban, sorbiendo el paisaje, ocultando hasta las mismas perillas de los palos.

Pero llegamos a Punta Arenas y pasamos a Gallegos, sin más incidente que la insoportable demora.

En Gallegos embarcáronse bastante pasajeros, entre los cuales contábanse el señor Antonio G. Gil, miembro de una de las subcomisiones de límites, el señor Hauthal, que tan buenos e importantes servicios ha prestado en las recientes exploraciones de la Patagonia, y don Pedro Derbes, nuestro antiguo conocido del Chubut, que regresaba de un corto viaje. En Santa Cruz nos aguardaban dos compañeros del viaje, de ida, el señor Terrero y el coronel Rosario Suárez, que habían dejado al doctor Moreno después de su feliz navegación del río Santa Cruz.

En Golfo Nuevo tocamos primero en Pirámides, cuyas costas a pico, amarillentas y abruptas son muy pintorescas. Cargamos sal de las salinas que existen en aquel sitio, y pasamos enseguida a Madryn, donde el 1.º de mayo se llenó de gente.

Ya desde Gallegos había aumentado nuestro número con algunos estancieros, casi todos hijos del norte de Europa, hombres fuertes y decididos, de francas y toscas maneras, que ya están reclamando en Bred-Harte. Pero en Madryn -donde don Pedro Derbes nos obsequió con un excelente asado al asador- los galenses invadieron materialmente el transporte, haciéndome recordar con terror los apretones del viaje de ida.

Salimos, pero para recalar en Crakres hasta el día siguiente, porque el mar estaba muy bravo.

Cuando, ya fuera de Golfo Nuevo, nos hacíamos la ilusión de haber llegado a Buenos Aires, aunque faltara trecho todavía, el mareo nos libró otra vez del exceso de pasajeros, dejándonos en relativa holgura.

Una noche, de la superficie del océano surgió una luz que brillaba y se apagaba intermitente. Hacía horas que la esperaba sobre cubierta, y sin embargo al verla quedé como sorprendido: era el faro del Cabo San Antonio, cuyos centelleos parecíanme amistosos llamados...

Librodot

La navegación continuó sin incidente alguno, y por fin tomamos rumbo directo a Buenos Aires.

- XL -
Las últimas páginas

...Buenos Aires se presentó a nuestra vista aquella mañana, envuelta en vapores luminosos, dorada por el sol, resplandeciente como una ciudad de pasión y de encanto. A lo lejos, las cortinas de árboles del suburbio se esfumaban con los últimos jirones de la niebla, y el inmenso panorama, de líneas violentas y colores vibrantes en primer término, iba amortiguándose progresivamente, hasta la indecisión final del horizonte.

Sobre el gran río rodaban oleadas de luz enceguecedora, tornasolando las aguas turbias, de color neutro, con el reflejo de las nubes, y yendo a quebrarse en millares de chispas contra las fachadas churriguerescas y los techos sombríos, dominados aquí y allí por las torres, las cúpulas barnizadas y brillantes, las altas chimeneas empenachadas de humo.

Todos estábamos sobre cubierta cuando el 1.º de mayo, surcando lentamente el río, entraba a media fuerza en el canal, señalado por gruesas boyas que la ola mece sin descanso. Hasta entonces la alegría y la algazara habían reinado a bordo: de los camarotes salieron muy de mañana hasta los más fastidiados por el mareo, que recobraban ánimo y estómago al saberse tan cerca del término del viaje; las conversaciones se hacían en voz alta, entrecortadas por risas, exclamaciones, llamamientos, rebosando el júbilo de proa a popa, y de la máquina al puente. Pero, desde que entramos en el canal ¡qué largos fueron aquellos minutos!, ¡cómo parecía que no avanzábamos hasta el bosque de mástiles del puerto!... Una congoja nos oprimía el pecho; la animación, las risas habían cesado; hubiérase dicho que estábamos en la expectativa angustiosa de un peligro desconocido.

El mismo pensamiento, diversamente exteriorizado, embargaba a todos, nos inmovilizaba limitando nuestra actividad a los ojos ávidos de ver, a la imaginación que nos conducía a la dársena, luego a las calles sórdidas del barrio de San Telmo, después al ruidoso y palpitante corazón de la ciudad...

Aquel extraño silencio aumentaba aún la lentitud de los minutos, y la emoción enervante que lo producía era más fatigosa que el cansancio mismo del viaje. Pero, por fortuna, ya su veían distintamente los buques en la dársena, los depósitos de ladrillo rojo, las casuchas de madera pintadas de colores rabiosos, los remolcadores negros y chatos que iban y venían, nadando como inmensas tortugas...

Un rumor indeciso llegaba hasta nosotros, como la respiración de la ciudad, y el 1.º de mayo seguía avanzando sin prisa, alta la proa, al viento la bandera, entre las embarcaciones menores, cada vez más numerosas, que encontraba a su paso, y cuyos tripulantes nos miraban alzando la cabeza. Por fin tocamos las aguas del antepuerto, el rumor aumentó con mil ruidos distinguibles ya, la vida intensa de Buenos Aires nos envolvía, nos reconquistaba, saturándonos de actividad febril con las ráfagas de su ambiente, y todo lo pasado quedaba atrás, muy atrás, desvanecido en los horizontes del sur.

Librodot

Atracar al malecón de la dársena, amarrar el transporte, recibir la visita de las autoridades del puerto, fue cuestión de horas. En balde tratábamos de engañar nuestra impaciencia recorriendo los diarios de la mañana.

-La guerra hispano-americana continúa. Ha habido un combate en...

-Sí, sí; ya podríamos estar en tierra...,

-La elección del general Roca es un hecho...

-¡Y decir que todavía tendremos que esperar la revisación de los equipajes!

¡Qué fiebre, qué violento deseo de echar a correr por las maderas del muelle, qué congoja la que anudaba nuestra garganta! ¡Oh! Un viaje de tres meses no es un largo viaje; pero cuando se han pasado en el aislamiento, en la separación absoluta de todo lo querido, de todo lo usual, los meses, las semanas se convierten en años, y el tiempo, eternizándose, fatiga y envejece, sin embargo, con mayor rapidez.

Por fin desembarcamos, y minutos después -ya revisadas las valijas- corríamos en carruaje hacia el centro de la ciudad, casi sin despedirnos de nadie, con la premura de quien va a reanudar la vida. Tumultuosamente acudían a la memoria todos los recuerdos anteriores al viaje, mientras éste desaparecía, se desplomaba con todos sus detalles, como para no dejar solución de continuidad entre el ayer y el hoy, entre el 12 de febrero y el 10 de mayo -curioso fenómeno que, ante una pregunta imprevista, hace necesario, para responder, un esfuerzo semejante al de un brusco despertar:

-¿Usuhaia tiene muchos habitantes?

-¡Eh!... ¿cómo dice usted?... ¡Ah, no!... Muy pocos...

Estos viajes son como la rápida lectura de un libro variado e interesante: cuando se llega al fin sólo queda una impresión nebulosa, muy tenue y muy frágil, compuesta, sin embargo, de todas las impresiones íntegras que se han experimentando, empalidecidas, casi efímeras, pero prontas a reaparecer, ante una decidida evocación, con toda su intensidad y todo su relieve. He intentado esta evocación, y al escribir estas páginas he revivido mi viaje, sin lograr, no obstante, fijar todas sus sensaciones en el papel. Si hubiera alcanzado a la verdad descriptiva y sugestiva con que soñaba al tomar la pluma...

Pero tengo confianza en otro resultado, menos artístico, pero más útil: que el Gobierno y los hombres de empresa fijen su atención en las regiones que recorrí, el uno para incorporarlas definitivamente a la existencia nacional, los otros para llevar a ellas sus iniciativas y sus esfuerzos, acelerando su progreso para cosechar sus primeros frutos. Si eso se logra, por indirectamente que sea, este modesto trabajo irá a dormir en el olvido, pero no sin servir antes un momento.

Cierto que con él o sin él, Patagonia cumplirá, más bien temprano que tarde, los destinos a que está llamada.

La creencia general de que era un territorio estéril e ingrato, va, por fortuna y con justicia, desvaneciéndose poco a poco. No se conocen en vano los magníficos cereales del Chubut, los bosques seculares de la falda oriental de los Andes, las verdes y ricas praderas de sus valles; las lanas y la carne de Santa Cruz; las ovejas gigantescas de Tierra del Fuego; las minas de carbón y de lignito; las arenas auríferas; el depósito inagotable de los fagus; las aguas termales; el océano hormigueante de peces, de anfibios, de cetáceos, de moluscos; la montaña en cuyos riscos se asilan millares de guanacos; los anchos y profundos ríos de onda cristalina, prontos a mecer cientos de embarcaciones; los lagos inmensos como mares mediterráneos; el clima vívido, fortificador, a la espera de una raza de hombres vigorosos y

Librodot

emprendedores; la extensión, la extensión inconmensurable y solitaria, que se ofrece y se abre para que la fecunden...

Y ¿cómo, entonces, no acude allí todo un pueblo de trabajadores, iluminadas las frentes, robustecidos los brazos por la esperanza cierta?

¿Cómo no se ve, por caminos aún no trazados, desarrollarse las caravanas de cowboys, en dirección a ese far west, a ese far south argentino que las aguarda para entregarles sus riquezas?...

El Gobierno, guardián celoso, deteniendo el futuro, les cierra el paso momentáneamente con las reservas, o para siempre con las concesiones de que se ha apoderado la especulación.

Hace más de veinte años que se sueña en aumentar de un modo apreciable la población del país, fomentando la inmigración por los medios ya naturales, ya artificiales que más eficaces parecían. Pero la población se mantiene en un estancamiento doloroso, y los cálculos menos optimistas resultan todavía exagerados en la realidad. Sólo Buenos Aires, la enorme cabeza de la República, ha seguido creciendo sin descanso.

La inmigración viene, pero se marcha: es una verdadera corriente, que, si fecunda, arrastra también lo que encuentra a su paso. Y para que la inmigración contribuya realmente al bienestar general, es menester que se quede; si no, tanto valdría que no viniera a complicar la estadística y a pesar sobre el erario con toda una rama de empleados públicos.

Pero si a medida que llega se retira, con el ir y venir continuo de la marea, fuerza es que haya causa para ello; la Argentina está bastante lejos de Europa como para que los braceros no acudan a ofrecerse por una cosecha, y regresar luego con sus salarios a la aldea. ¿Cuál es esa causa?

¿No será la de que los recién llegados no encuentran en ella todo lo que esperaban, o siquiera una parte suficiente para retenerlos?

Por poco que se medite, se ve que no hay otra razón. La gran mayoría de los que regresan no han fatto l'America, sino, por el contrario, se van lamentando de la desastrosa aventura que los vuelve derrotados a su vieja tierra. Sin embargo, no se los había ofrecido más de lo que podía dárseles: campo en que hacer su hogar y desarrollar su acción, seguridad de vidas y haciendas, justicia rápida, equitativa, insospechable, barata, comunicaciones fáciles para la salida de sus productos. Y toda eso que puede, que debe dárseles, porque nos beneficiarla a nosotros mismos en primer término, se traduce precisamente en todo lo contrario...

La tierra -mucha parte de ella, por lo menos- está en poder de compañías especuladoras y avaras, que mientras aprovechan el trabajo del colono no le permiten conquistar el pedazo de terreno prometido y que sería su independencia, porque permitiéndolo perderían el siervo pseudo-libre que las enriquece. La seguridad de nuestras campañas ha sido y es un mito, pues las autoridades encargadas de velar por ella, se nombran con miras inconfesables de dominio político y con el mismo fin se les dejan facultades tiránicas de que todavía abusan. La justicia es en general tarda, tortuosa, cara, terrible para quien acude a ella, por más que tenga razón. Las comunicaciones sólo son fáciles en las partes privilegiadas del país que las posee naturales: los caminos de hierro están intransitables..., por los fletes...

Para vivir la vida amarga de la estrechez cercana a la miseria, preferible es la patria al extranjero, y nadie emigra sino a la conquista de algún vellocino más o menos de oro. Pensar en que el país ha de poblarse porque sí, gracias a la virtud de un discurso, un artículo

Librodot

o un libro, es reírse de la lógica o desconocerla por completo. Hay que dar al inmigrante algo más que palabras, y ese algo, eficaz, lo tenemos a nuestra disposición, pero hay que usarlo con cuidado y con régimen: tierra fértil de que hará su segunda patria si se le protege sin incomodarlo, con el mínimum posible de gobierno.

Patagonia ofrece inmenso campo, no ya para un ensayo (estamos ensayando desde 1810, y ya es hora de asentar el juicio), sino para la implantación regular y normal de un sistema de población gradual, definitivo, bien meditado, que puede formularse en un congreso de hombres de reconocida competencia y experiencia. Cada uno aportaría sus conocimientos y sus ideas, y de ese conjunto de opiniones y de observaciones prácticas, saldría, si no una obra maestra, algo que se le aproximara más que los proyectos de un ministro lírico, o las leves de cámaras esencialmente electorales.

Dominaría sin duda en el sistema adoptado, la prudente repartición de la tierra, para no dar al colono menos de lo necesario a su bienestar; el cálculo aproximado de los productos para no provocar abarrotamiento y crisis; la norma de progresión máxima para no producir un adelanto violento que trajese un retroceso como consecuencia... Para mayor eficacia, se organizarían colonias militares y penales, núcleos de villas futuras, dando al ejército -ahora que va a quedar desocupado- la misión, expresa esta vez, que cumplió inconscientemente y, por ley natural cuando la guerra de indios en las avanzadas de la frontera...

Ya me parece oír a uno de los pobladores del sur, llamados a consejo, expresándose así:

-«El problema, al parecer difícil, está resuelto con sólo plantearlo.

Patagonia tiene cuanto necesita una región que ha de poblarse: tierra fértil, agua abundante, clima benigno; con más otras cosas que llamaré superfluas: bosques, minas, caza; y un tesoro: ¡ríos navegables!...

Pero, si no se ha poblado todavía, es porque está lejos, porque es mal conocida, porque aparentemente no presenta ventajas sobre otras tierras de este mismo país.

Las comisiones de límites que la han cruzado en todas direcciones, aparte de otros exploradores y viajeros muy dignos de ser recordados, han despejado la incógnita describiendo casi palmo a palmo aquellos ricos territorios antes tan calumniados y despreciados. Desaparece así una de las causas de su atraso: la falta de conocimiento exacto de sus cualidades.

Las otras dos causas puede hacerlas desaparecer el Gobierno sin esfuerzo alguno.

Patagonia no estará lejos de Buenos Aires cuando la una a ella una línea de transportes de verdad, que la sirvan continuamente y lleven toda su carga, y estará muy cerca de Europa cuando se declaren libres sus puertos...

Una voz. -Eso no se hará.

¿Por qué? Eso sería justamente dar a Patagonia la ventaja que le falta para que la población afluya primero a sus costas, que es lo peor que tiene, luego hacia el interior, que va enriqueciéndose hasta la falda de los Andes, donde el territorio es una maravilla.

Con esa concesión no se perjudicaría en nada a las provincias que tienen vida propia. Y, señores, las que no la tienen ¿no pesan injustamente sobre los mismos territorios? Parte de la renta de éstos ¿no va acaso a contribuir al sostenimiento de los estados que no tienen con qué costearse su gobierno? Y esas rentas que indudablemente no proceden de la aduana, porque en el sur costaría impedir el contrabando más dinero del que producirían los derechos, se verían engrosadas, decuplicadas con la declaración de puertos libres, que llevaría capitales, multiplicaría la producción, valorizaría la tierra engrosando la contribución directa, y sembraría para recoger mil por uno.

Librodot

Cuando se trató en la convención reformadora esta cuestión de tan vital importancia para Patagonia, y por consiguiente para el país, los representantes de las provincias agricultoras, especialmente ellos, se opusieron a tan progresista concesión. Precisamente entonces sus provincias pasaban por una situación difícil: año tras año las cosechas se habían perdido, y los colonos desalentados, buscaban nuevos horizontes.

«Si declaramos los puertos libres -se dijeron- todos estos labradores arruinados, se irán a Patagonia: no cedamos, pues...»

Y bien, señores ¡los colonos no se han ido a Patagonia, pero se han ido al extranjero!... El país ha perdido lo que sólo puede calcular mirando la villa que se levanta en la margen norte del Estrecho de Magallanes, la gallarda Punta Arenas, risueña como un balneario de moda, con chalets y palacios, grandes establecimientos comerciales, aserraderos, astilleros, un puerto siempre poblado de transatlánticos, de buques de cabotaje, de barcos balleneros. En torno se agrupan los establecimientos ganaderos, las manufacturas, toda una población fija que vivo de lo que la tierra produce, en aquella estrecha faja de territorio que está lejos de ser lo mejor de Patagonia... Y aquella ciudad naciente, es hoy motivo de envidia, cuando sólo debiera ser ejemplo y enseñanza...

¿Por qué la República Argentina no tiene en todo el sur un pueblo como ése? ¿Qué inclemencias de clima, qué esterilidad de suelo, qué alejamiento es mayor en su territorio que en aquel rinconcito que goza de tan dulce privilegio?... No, no existen desventajas, pero el procedimiento gubernativo ha entorpecido, imposibilitado la expansión, mereciendo críticas ásperas y agrias que no se formulan con el vigor debido.

Cerremos los ojos a la realidad, y para castigar nuestro orgullo supongamos -¡oh, por un instante sólo! -que Inglaterra es dueña de Patagonia... Esta sola suposición evoca ideas de actividad, de riqueza, de libertad, de administración, de gobierno propio, todo un proceso vertiginoso de adelanto... ¿No tenemos ahí, frente a Gallegos, las islas Malvinas? ¿esos escollos cubiertos de turba y sin un árbol, en que vive holgadamente una población ganadera que va tiene exceso de productos?

¡Ah! se dirá; pero Inglaterra cuenta con elementos que no poseemos nosotros; es la nación colonizadora por excelencia; sus capitales son enormes; su fuerza expansiva colosal..., Bien: pero de esos elementos el primero y principalísimo está a nuestro alcance: es el orden, es el método, es la lógica... Hay tolerancia aduanera en el sur, y acuden los pobladores y los comerciantes; Gallegos crece, sus calles se prolongan, sus casas se multiplican, todos lo señalan como al «competidor de Punta Arenas», y de pronto se le quita lo mismo que le daba la savia vital.

Gallegos se debilita, vegeta, no muere porque nada muere en el suelo americano...

Santa Cruz está poblado por viejos pioneers que han ido allí en días de miseria y de abandono; pues a esos pioneers no se les da la tierra que han ganado y que se les había prometido.

La Tierra del Fuego atraía habitantes con sus playas auríferas, con sus bosques de hayas; pues se prohíbe el lavado de oro y el corte de maderas...

El este de la isla es lo más poblado y lo más rico de ese territorio argentino; pues se le deja sin comunicaciones con el resto de la República...

Hay que reaccionar, señores, y con la visión de lo futuro abrir de par en par a los trabajadores del mundo las puertas de la Patagonia...

Librodot

Tal imagino que diría, con las ampliaciones del caso, uno de esos hombres del sur, prácticos y experimentados, si se le pidiera su opinión sobre el porvenir de la Australia Argentina.

¡La Australia Argentina! ¿No habré estado en error al apellidar así a esas tierra, australes, geográfica y topográficamente tan próximas parientas con el mundo novísimo? ¿Podrá decirse un día, que fue predicción lo que hoy es presunción tan sólo?

Sí, Patagonia hará su camino, más lenta, más rápidamente, según la sabia o desacertada dirección que le impriman gobiernos. Pero lo hará. En aquellas inmensas soledades

Le douteur ne voit rien, le penseur trouve un monde

El mundo de mañana, asilo de la libertad y escenario del progreso.

FIN